

Salvador Cayuela Sánchez

AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA EN EL
CONTEXTO EUROPEO. UN ACERCAMIENTO SOCIO-
ANTROPOLÓGICO

TESIS DOCTORAL

dirigida por la Dra. Dolors Comas d'Argemir i Cendra

y el Dr. Klaus Schriewer

Departamento

de Antropología, Filosofía y Trabajo Social



UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

Tarragona

2015

 UNIVERSITAT
ROVIRA I VIRGILI
**Departamento de Antropología,
Filosofía y Trabajo Social**

Plaza Imperial Tàrraco, 1
43005 Tarragona
Tel. 977 55 95 95
Fax. 977 55 95 97

HACEMOS CONSTAR que el presente trabajo, titulado “Agricultura murciana y modos de vida en el contexto europeo. Un acercamiento socio-antropológico”, que presenta Salvador Cayuela Sánchez para la obtención del título de Doctor, ha sido realizada bajo nuestra dirección en el Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social de esta Universidad y cumple los requisitos para poder optar a la Mención Internacional

Tarragona, 3 de marzo de 2015

La directora de la tesis doctoral

el Codirector de la tesis doctoral



Dra. Dolors Comas d'Argemir i Cendra



Dr. Klaus Schriewer

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	13
Capítulo 1. Objetivos y metodología	23
I. Objetivos	24
II. Acercamiento al campo de estudio y principales problemas	26
III. Metodología	29
Capítulo 2. Discusiones en torno a las características y supervivencia de los pequeños agricultores en el desarrollo del capitalismo	43
I. Primeras aproximaciones: ¿el fin de la pequeña explotación agrícola?	43
II. Motivos de la supervivencia de las pequeñas explotaciones en el siglo XX	55
III. Interdependencias entre el sector agrícola y la industria: J. Lisovkij	63
IV. El colapso de las interpretaciones marxistas y el triunfo del neoliberalismo económico	70
V. La pequeña agricultura de los países desarrollados en la era de la globalización: la perspectiva ecologista	79

Capítulo 3. Teoría de los modos de vida, producción mercantil simple y trabajo en la era global	87
I. La teoría de los modos de vida: una aproximación histórica	88
II. La producción mercantil simple y el modo de vida de autónomo	99
III. Estado y Sistema de Estados en la teoría de los modos de vida	110
IV. Discursos sobre el trabajo en la era global a la luz de la teoría de los modos de vida	123
Capítulo 4. Contextos I. La agricultura en la España contemporánea, el camino hacia Europa y la Política Agraria Común	135
I. Algunas notas sobre la agricultura en la España del siglo XX	135
II. La llegada a Europa, la Política Agraria Común (PAC), y el sector hortofrutícola español	146
Capítulo 5. Contextos II. La Agricultura en Murcia y en la Comarca del Bajo Guadalentín	161
I. La Región de Murcia: el sector agrícola	161
II. La Comarca del Bajo Guadalentín: el sector hortofrutícola	183
Capítulo 6. Trabajadores autónomos de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín	197
I. Uvas que dan libertad: el modo de vida de autónomo	200
II. Estrategias de venta	223
II.1. La uva Dominga: la “venta por libre”	223
II.2. El cooperativismo	233
II.3. Pieles sin hueso, ¿autónomos sin alma?: la agricultura contractual	243

III. Luchas de reconocimiento	250
IV. Procesos de interpelación: niveles local, regional y estatal	267
V. Mercado de Leyes, Imperio de Gustos: Europa y la Unión Europea	277
VI. La cuestión ambiental y de recursos	290
A modo de conclusión: perspectivas de futuro de la agricultura de autónomo en la Comarca del Bajo Guadalentín	303
Summary	317
Conclusion	321
Bibliografía	327

Agradecimientos

Una tesis doctoral, como cualquier trabajo de investigación científica, tiene mucho más de camino incierto de lo que a su creador le gustaría admitir. Como diría el propio Machado, sería más atinado entender ese tránsito como una andadura errante guiada tan solo por la eventualidad de las huellas abandonadas tras una pisada insegura, titubeante, desconfiada. Pero también como en los grandes viajes, no es sino en el transcurso de la aventura, en el acaecer de los acontecimientos, que las certezas más succulentas le son desveladas a los ojos del peregrino. Es por eso que la meta, el final del camino, a pesar de su irremediable pasión redentora, esconde casi más de nostalgia que de consuelo, un poco como el moribundo que, en su lecho de muerte, lamenta lo no realizado en vida, consumido ya, recién acabado, su proyecto capital.

Y también como en todo gran viaje, ese largo camino no sería soportable, siquiera realizable, sin la ayuda de tantos que son, sin duda, copartícipes del largo proyecto que aquí se presenta. Entre esos tantos, claro está, debe ocupar el primer lugar la directora de esta tesis, la Dra. Dolors Comas d'Argemir i Cendra, Catedrática de Antropología Social y Cultural de la Universidad Rovira i Virgili, de quien he recibido los apuntes más preciosos y las sugerencias más provechosas, además del apoyo más comprometido y la ayuda más generosa. Además, aquellas que comenzaron siendo aportaciones y direcciones teóricas, prácticas y metodológicas al concreto proyecto de tesis, han derivado en la complicidad más estimulante en lo académico, en la gratitud más infinita e impagable, y en la amistad más desinteresada y sincera. Por todo esto, por todo lo demás, y por lo que aún nos queda por compartir, *moltes gràcies*.

Y como no, junto a mi directora, mi codirector, el Dr. Klaus Schriewer, Profesor Titular de Antropología Social de la Universidad de Murcia, de la que hasta ahora ha sido mi casa, y al que tanto debo en lo académico y en lo personal. En cierto modo, y

casi sin darme cuenta, fue él quien me introdujo en este pasaje, salvándome de la desidia postdoctoral de aquel que descubre con pasmo la crueldad tantas veces experimentada en los inicios de aquel “periodo de inserción académica”, que diría Pierre Bourdieu. Fue él también quien me dio a conocer la *Teoría y el Análisis de los Modos de Vida* que aquí utilizaré, prestándome algunos de los útiles que ya antes había comenzado a buscar, ayudándome en la sempiterna exigencia del *penser autrement*. Por todo ello, y por todo lo demás, *vielen dank*.

Se trata además de un sendero que me condujo lejos de mi país en alguna ocasión, a esas tierras del norte que vieron nacer la teoría etnológica que hemos utilizado de forma privilegiada, a Copenhague, en Dinamarca. Allí trabaja el Dr. Thomas Højrup, Profesor de Etnología de la Universidad de Copenhague, creador de la moderna *Teoría de los Modos de Vida*, con quien tuve la suerte de trabajar y aprender de primera mano las virtudes y el potencial interpretativo y analítico de esta teoría social. Y el profesor Dr. Niels Jul Nielsen de esa misma universidad, también experto en esta teoría y a quien debo muchas de las mejores ideas que cimentaron este trabajo, y muchos de los consejos prácticos que lo hicieron posible. *Mange tak*.

Otros compañeros me han ayudado en esta marcha, colegas y amigos con quienes he tenido la posibilidad de discutir sobre esto y aquello, aprender, y también con quienes he podido relajarme y olvidarme de todo. Entre los primeros otro *norteño*, mi buen amigo el Dr. Aske Juul Lassen, también etnólogo del SAXO Institute de la Universidad de Copenhague, compañero ya de muchos años con quien he compartido tantos buenos momentos, agradables conversaciones, inspiradoras reflexiones. El Dr. Damián Omar Martínez, amigo y colega con quien he transitado desde hace ya mucho los límites difusos entre la Filosofía y la Antropología Social, entre las humanidades y la ciencias sociales. El Dr. Antonio Campillo, Catedrático de Filosofía de la Universidad de Murcia, con quien aprendí mucho de lo que se de Antropología Social y Sociología, por tanto. Al Dr. Alfonso García Marqués, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Murcia, por toda su ayuda estos últimos años, en esto y aquello. Mis colegas del grupo internacional de doctorado *Transformations in European Societies*, del que también forma parte esta investigación, y especialmente a mis compañeros Daniel Kunzelmann (Universidad de Múnich), Natalia Gutkowski (Universidad de Tel Aviv) y Miriam Gutekunst (Universidad de Múnich), y a los doctores Dr. Johannes Moser (Universidad de Múnich), Dr. Jeppe Høst (Universidad de Copenhague), Dr. Ulrich Kockel (Universidad Heriot Watt de Edimburgo) y el Dr. Walter Leimgruber (Universidad de

AGRADECIMIENTOS

Basilea). Nuestros encuentros semestrales han sido algunas de las experiencias más ricas y fructíferas desde un punto de vista académico, y también personal. Y también gracias a los miembros del proyecto *Enclaves. Sostenibilidad Social: nuevos enclaves productivos agrícolas España y México*, de la Universidad de Murcia, con quienes he tenido la suerte de poder colaborar, a quienes debo muchas de las ideas y las perspectivas sobre la agricultura murciana que contextualizan y enriquecen este trabajo.

Y entre aquellos que han hecho agradable el camino, mis buenos amigos Fernando Martínez, Daniel Sánchez, Javier Fernández, Juan Pedro Reverte, Ana Belén Aznar, Herminio Campillo, Jorge Díez, Ángel Domingo Cayuela Portela y Cristóbal Zapata. A mi “familia de la bici”, por todas sus alegrías. A Ángela Eisenmenger, por todo su amor y apoyo, por tanto. A todos aquellos que han querido conversar conmigo, que me han ayudado en el camino, que me han atendido. A mis hermanos, por toda su ayuda y su amor. Y muy especialmente a mis padres, Salvador y Josefa, a quienes dedico esta tesis, por la vida, por su amor, por todo lo que me han dado. Gracias.

Introducción

I

En 1997, el Catedrático de Antropología Social de la Universidad de Barcelona Joan Frigolé, publicaba su libro *Un hombre*, obra a medio camino entre el relato y el ensayo, vertebrada por la trayectoria vital de un hombre desde comienzos del siglo XX hasta mediados de los años 60¹. Buceando en la memoria del protagonista narrada en 1973, Frigolé componía el relato singular de una época pretérita, donde las experiencias personales y colectivas, las relaciones con diversos grupos, las discusiones y los conflictos en múltiples niveles, parecían dibujar el universo simbólico de toda una generación. Y decimos “parecían”, porque lejos de buscar el «tono objetivo de una etnografía de rescate o de una reconstrucción histórica», aquel protagonista no se interesó por describir «hechos externos, separados de él, sino experiencias que lo marcaron, a menudo a causa de su impacto doloroso, negativo»².

De hecho, la unidad del relato, su coherencia, emana únicamente de los conceptos de *hombre* y *trabajador* que el interpelado ocupa como propios, condensadores en sí de aspectos culturales, morales y políticos. La “identidad global” del protagonista, en efecto, venía definida por su condición de *trabajador*, si bien su trayectoria laboral y vital había basculado –recuerda Frigolé– entre la aparcería y el trabajo asalariado³. Este hombre era de un pueblo de la Vega alta del Segura, en Murcia, testigo de unas profesiones –la de “espartero”, principal ejemplo– que ya no existen, de un tiempo tumultuoso e injusto que se intuye quisiera olvidarse, pero portador de valores

¹ Frigolé Reixach, Joan, *Un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1997.

² *Ibid.*, p. 14.

³ *Ibid.*, p. 17.

esenciales, la *honradez* y la *dignidad*, cuya proclamación debía legitimar en sí el derecho al trabajo y la supervivencia.

II

Aquel mundo que recuperaba Frigolé en su ensayo, en efecto, dejó de existir hace ya algunos años, pero no muchos de los valores que permitían a su protagonista definirse a sí mismo como *hombre*, y tampoco –por supuesto– aquel espacio rural que perfilaba el contexto de su estudio. De hecho, en los últimos años, un grupo de sociólogos de la Universidad de Murcia –encabezados por el profesor Andrés Pedreño y aglutinados en torno al proyecto *Enclaves: Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México*–, dirigían su atención hacia aquel mismo “campo de trabajo”, transformado ahora en un enclave global de producción de frutas y hortalizas. El llamado sector primario, en efecto, ya no era el mismo, y de hecho aquel espacio rural y campesino, que podríamos considerar “subdesarrollado”, se había convertido en una nueva *región agroindustrial* plenamente inserta en los mercados globales de mercancías. Y mercados globales en los que la uva de mesa, producto emblemático del sureste español, estaba llamada a conformarse como el nuevo cultivo estrella de la Región de Murcia, condensando muchas de las problemáticas derivadas no sólo de los profundos cambios experimentados en el sector agrícola en los últimos años, sino también de las drásticas transformaciones acaecidas a nivel mundial.

En efecto, en estos nuevos enclaves agrícolas murcianos confluían multitud de procesos, característicos por lo demás de las últimas fases de la globalización económica⁴: un intenso flujo migratorio –procedente en su mayor parte de Sudamérica y África–, que había asegurado la conformación de un nuevo “ejército de reserva” de mano de obra, así como una contención salarial imprescindible para mantener el aumento de los beneficios del sector; la incorporación, extensión y perfeccionamiento de la llamada “organización científica del trabajo”, tradicionalmente de dificultosa introducción en el agro; la aplicación de nuevas tecnologías biológicas para el desarrollo de nuevas variedades de uva *apirenas* –sin semilla–, amoldadas a los gustos del mercado internacional pero también más resistentes a las plagas, menos exigibles de

⁴ Para estas cuestiones, véase: Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la ‘uva global’”, en Pedreño Cánovas, Andrés (Coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014, pp. 13-37.

INTRODUCCIÓN

tareas de trabajo intensivo –como el aclareo–, más fácilmente manipulables, etc.; conectado con esto, la introducción de patentes y *royalties* para estas nuevas variedades de uva apirenas; y, finalmente, la conformación de grandes empresas productoras y/o comercializadoras de uva de mesa, emergidas en el marco de una creciente competencia interempresarial, condicionada a su vez por una atención escrupulosa e innegociable a los estándares de calidad marcados por las grandes cadenas de supermercados.

Como señala Andrés Pedreño, este proceso –o confluencia de procesos múltiples–, parecía desembocar en la conquista de al menos dos “esferas extracapitalistas” –utilizando la expresión de Rosa Luxemburgo–, que hasta entonces habían permanecido ajenas a la lógica del intercambio en la región analizada: el *sabor* de la fruta y sus cualidades organolépticas –color, aroma, textura, etc.–; y las *explotaciones agrícolas familiares*⁵. Así, y en primer lugar, se estaba marginando y excluyendo a las variedades autóctonas de uva –como sucede también con otras frutas como el melocotón o la ciruela–, apelando por un lado a su escasa adaptabilidad a las nuevas exigencias de productividad –es decir, a la reducción de los costes de producción–, y por otro lado a su –virtualmente– decreciente atractivo para los nuevos gustos internacionales. Es decir, se ha operado «un proceso de apropiación capitalista de algo que pertenecía a la esfera extracapitalista de los saberes arraigados localmente. De tal forma que se producen variedades de uva con sabor a uva de forma capitalista y por tanto ese sabor ha devenido en valor de cambio»⁶.

Y en segundo lugar, la conquista de esa otra esfera extracapitalista conformada por las explotaciones agrícolas familiares «que quedan marginadas y excluidas de un proceso de progresiva centralización/concentración del capital agroindustrial en grandes empresas y/o grandes cooperativas»⁷. En efecto, en la Región se ha producido en la última década una drástica reducción del número de pequeñas explotaciones –pasando de 33.215 en 1999 a 13.715 en 2009–, paralela a un incremento medio del tamaño de las mismas –de 7,69 hectáreas por explotación en 1999, a 12,37 en 2009–⁸. Estos datos estarían apuntando hacia un progresivo acaparamiento y/o concentración de la propiedad de las tierras, la configuración de una agricultura a gran escala y, consecuentemente, hacia el desplazamiento y definitiva expulsión de los pequeños productores del sector. Y es que la introducción de estas nuevas variedades de uva

⁵ *Ibid.*, p. 30.

⁶ *Ibid.*, p. 30.

⁷ *Ibid.*, p. 31.

⁸ Según los datos del INE recogidos por el autor que citamos: *Ibid.*, p. 31.

apirena –todavía hoy altamente rentables–, exigen de fuertes inversiones de capital difícilmente asumibles por las medianas empresas del sector, quiméricas para los pequeños agricultores. Esta incapacidad para adaptarse a los cambios cíclicos del producto, finalmente, imposibilitaría a estos actores la adquisición de mayores tasas de rentabilidad y beneficio, al quedar en principio excluidos de los mercados globales. Así, los pequeños productores, «o bien se desvinculan del campo y/o resisten mediante estrategias diversas (pluriactividad, etc.), o se ponen al servicio de las grandes empresas productoras como “agricultores asociados” o “agricultores tutelados”»⁹.

III

Ahora bien, ¿cuáles pueden ser esas estrategias de supervivencia? ¿Son estas dos posibilidades las únicas imaginables para los pequeños agricultores murcianos de la uva de mesa? ¿Están realmente condenados a la desaparición o al abandono de su *modo de vida*? ¿Son estos procesos de acaparación de tierras y de mercados, acaecidos ciertamente en otros lugares de Europa y de España, un devenir necesario y definitivo? ¿Cuáles son las estrategias de vida económica, de organización social y política, que podrían permitirles conservar su *cultura laboral*? ¿Podrían acaso imaginar formas distintas de producción y comercialización de sus productos? ¿Es el fin del cultivo de las variedades tradicionales de uva? Estas son, de hecho, algunas de las preguntas que intentarán responderse en estas páginas, y la justificación propia de este trabajo.

No obstante, es preciso advertirlo aquí, nuestra atención se orientará a una zona de estudio diferente a la que ocupó al profesor Joan Frigolé, y que los investigadores del grupo *Enclaves* han atendido sólo como formando parte de las nuevas circunstancias acaecidas –en el sector agrícola en general y de la uva de mesa en particular– durante los últimos años en la Región de Murcia en su conjunto. Así, nuestra investigación se desarrollará en la Comarca del Bajo Guadalentín, centrándose en los agricultores autónomos de la uva de mesa. Fuera de esta categoría, por tanto, quedarán excluidos de nuestro análisis tanto los agricultores a tiempo parcial como las grandes empresas del sector, si bien especialmente estas empresas se erigirán como actores fundamentales en nuestros análisis –siempre en su relación e influencia con los agricultores autónomos–. En cualquier caso, las circunstancias de la Vega Alta del Segura son prácticamente

⁹ *Ibid.*, pp. 32-33.

INTRODUCCIÓN

idénticas en lo que al cultivo de la uva de mesa atañe a las de la Comarca del Bajo Guadalentín, y en lo que concierne tanto a los pequeños agricultores, como a las grandes empresas y cooperativas, los problemas hídricos de ambas zonas, la introducción de nuevas variedades de uva apirena y sus consecuencias aparejadas, etc. El motivo de la elección de esta área de análisis, con todo, será debidamente expuesto en siguientes apartados.

Así, nuestros análisis se centrarán en el *modo de producción mercantil simple* desarrollado por estos agricultores autónomos, considerados –como después analizaremos– en su exclusivo *modo de vida*. En este sentido, las pequeñas explotaciones agrícolas serán entendidas en su condición de empresas familiares, con unas significaciones que expondremos con el detalle requerido en siguientes apartados. Con todo, es preciso advertir aquí que las dimensiones relacionadas con la reproducción social de esta “estrategia de vida económica”, que más directamente tienen que ver con las funciones reservadas mayoritariamente a las mujeres, no serán tratadas en profundidad por diversos motivos, aunque siempre serán tenidas en cuenta. Ello se debe, por un lado, a que son las dimensiones relacionadas con la producción y comercialización de estas empresas familiares las que han centrado nuestra atención, labores ejecutadas –en efecto– en su inmensa mayoría por hombres. De hecho, todas las entrevistas han sido realizadas a trabajadores autónomos, hombres –si bien durante el trabajo de campo hemos tenido la ocasión de entrevistarnos de forma informal con alguna trabajadora autónoma de la uva de mesa–. Por otro lado, y a pesar de ocuparnos siempre de explotaciones regentadas por agricultores autónomos, hemos encontrado distintos grados de compromiso familiar –también de los hijos– para con la explotación agrícola, desde la implicación plena hasta el desentendimiento total derivado de ocupaciones liberales alejadas del agro –enfermeras, maestras, regentes de otro negocio familiar, etc.–. Y finalmente –y aunque como decimos las cuestiones relacionadas con la reproducción social de estas unidades productivas no ocupe un lugar central en nuestros análisis–, a lo largo de estas páginas haremos referencia no obstante a distintos ámbitos e implicaciones de las mujeres de nuestra zona de estudio en la vida agrícola. Y es que aunque nuestros entrevistados –hombres– conserven y expresen ciertas percepciones sociales en las que el trabajo de las mujeres sea considerado en cierto modo secundario o poco relevante a nivel económico, su papel y cometidos son absolutamente imprescindibles para la supervivencia y porvenir de las pequeñas explotaciones agrícolas.

IV

Este camino analítico debe transitar necesariamente por varias fases, exigibles por lo demás a todo ensayo científico que aspire a serlo. Así, y en primer lugar, un apartado inicial será el encargado de mostrar: por un lado, tanto los *objetivos generales* como *específicos* de esta investigación; por otro lado, las particularidades de nuestro *acercamiento al campo*, así como los *problemas iniciales* –y algunos más tarde recurrentes– que hemos tenido que afrontar durante nuestro trabajo etnográfico; y finalmente, las *metodologías* empleadas durante nuestro trabajo de campo. No obstante, estas metodologías de trabajo irán precedidas –también en la estructura analítica que aquí se presenta–, por una “cuarta estrategia metodológica”, no expuesta por evidente en este apartado: a saber, la *investigación archivística* y la *discusión crítica* con los autores y las teorías llamadas a ser referentes de nuestro estudio. Esta cuarta estrategia de investigación, de hecho, será la empleada en los cuatro apartados siguientes, y siempre referente en el análisis e interpretación posterior de los datos empíricos recopilados.

A este apartado seguirá un segundo capítulo –el primero de los destinados al debate teórico–, encargado de mostrar las discusiones teóricas en torno a las características, supervivencia y acomodaciones de los pequeños productores agrícolas de los países desarrollados en el avance del capitalismo. Así, y en primer lugar, expondremos los postulados básicos del llamado “marxismo agrario”, iniciando nuestro debate –como no podía ser de otro modo– con los análisis de Karl Marx sobre esta cuestión. En este recorrido –que podríamos considerar *contextual*–, autores como Lenin, Kautsky y Chayanov ocuparán necesariamente un lugar privilegiado, seguidos por otros como Postel-Vinay, Servolin, Lebossée-Oisse o Lisovkij. Más tarde, y de la mano de estudiosos como Godelier, Comas d’Argemir o Bretón Solo de Zaldívar, iremos acercándonos a las problemáticas más actuales, polarizadas en gran medida por las discusión entre Harriet Friedmann y Henry Bernstein, por la incipiente perspectiva ecológica, o la propia incorporación de nuevas áreas productoras –fundamentalmente africanas y asiáticas– a los mercados globales de alimentos, y sus consecuencias para la agricultura de los países desarrollados.

En el capítulo tercero, estas discusiones y problemáticas serán atendidas y problematizadas a la luz de la llamada *teoría de los modos de vida*, propuesta teórica y

INTRODUCCIÓN

metodológica venida del norte de Europa, y que aquí utilizaremos como “caja de herramientas” privilegiada. Esta teoría postula que existen varios modos de producción, y asociados a ellos diferentes modos de vida, con sus universos conceptuales propios. Así, los agricultores autónomos –nuestro objeto de estudio–, tendrían un particular modo de vida, en este caso único del llamado modo de producción mercantil simple. De este modo, estos trabajadores autónomos cohabitarían con personas en las que se *realizan* otros modos de vida –por ejemplo, el del trabajador asalariado, el del empresario capitalista, el del profesional de carrera, etc.–, y competirían en un mercado único con los productos desarrollados bajo el modo de producción capitalista. Posteriormente, y también de la mano de esta particular aproximación teórica, expondremos la pertinencia de un análisis antropológico que tenga en cuenta la importancia tanto del Estado, como de los diferentes organismos y esferas supraestatales –en este caso, claro está, la referencia a la propia Unión Europea será obligada–. Finalmente, confrontaremos la propia teoría de los modos de vida con las conceptualizaciones teóricas actuales sobre el mundo del trabajo en la era global, apelando a posicionamientos diversos y encontrados sobre estas cuestiones.

En este punto, además, es necesario señalar que el análisis de los modos de vida –correlato analítico necesario de la teoría–, adopta un *modelo deductivo* del conocimiento científico. De este modo, aceptamos y asumimos el hecho de que nuestra aproximación al campo no será –es decir, no fue– exenta de supuestos analíticos, sino todo lo contrario: dirigida sobre la base de unas hipótesis previas de trabajo encargadas de ordenar tanto los datos empíricos recopilados, como el propio proceso etnográfico. No obstante, estos supuestos teóricos previos pueden –esto es, pudieron– verse alterados en función de la evidencia empírica, lo cual supondría su inmediata modificación. En este sentido, se intuye, la teoría de los modos de vida pretende adecuarse a los principios básicos de la experimentación científica, aportando un modelo de investigación positiva a las ciencias sociales. En efecto, como toda argumentación científica, la teoría de los modos de vida exige ser *corroborada* por la experimentación empírica, cumpliendo por tanto con un principio fundamental: a saber, la *falsabilidad*. Estos postulados de trabajo, que entendemos pueden ser polémicos para las ciencias sociales, nos parecen del todo oportunos, debido principalmente tanto a su probada utilidad en el pasado como a lo fructífero de sus resultados. Asumimos por supuesto que los modos de vida son *tipos ideales* –en el más estricto sentido weberiano–, cuya objetivación circunstancial no

responde sino a realizaciones sociales e históricas no exentas de contradicciones, y por tanto mudables.

Tras estos dos capítulos teóricos, se abre un segundo duplo destinado a contextualizar económica, social y políticamente nuestros análisis. Así, en un *Contextos I* –el Capítulo 4–, exponemos el desarrollo y características –siempre de forma introductoria– de la agricultura en la España del siglo XX, prestando una especial atención a aquellos momentos y acontecimientos que más directamente iban a influir en nuestras temáticas de análisis. Así, el proceso de acercamiento de España a la CEE, y la definitiva adhesión de nuestro país en 1986 a las Comunidades Europeas, conforman toda una serie de cuestiones enormemente relevantes para nuestros intereses aquí, y por ello reclamadas de una especial atención en nuestro discurso. De igual modo, en este apartado se expondrán algunos elementos fundamentales de la Política Agraria Común (PAC), y su influencia en la agricultura española, especialmente en el sector de las frutas y hortalizas, obviamente el más interesantes para nosotros. En este sentido, los últimos cambios en la organización de las ayudas de la PAC, su posible impacto e influencia en la agricultura española y murciana, y las líneas de actuación que parece dibujar son, en efecto, esenciales en nuestros análisis.

En el capítulo 5, *Contextos II*, realizaremos un segundo ajuste de nuestro objetivo para centrarnos en las características, desarrollos y problemáticas de la agricultura en la Región de Murcia primero, y en la Comarca del Bajo Guadalentín –nuestra concreta área de análisis– después. Así, y en primer lugar, realizaremos una breve pero necesaria contextualización de esta región del sureste español, para después exponer las evoluciones de su sector agrícola desde finales del siglo XIX, sus problemáticas y características propias. Con todo, prestaremos especial atención al subsector hortofrutícola –de nuevo–, así como a ciertos elementos determinantes en la evolución del sector –como han sido, por ejemplo, las políticas hidráulicas estatales–. De igual modo, introduciremos ciertos elementos fundamentales para nuestros análisis, como son las propias estructuras productivas básicas presentes tanto en la Región de Murcia como en nuestra comarca de estudio, la nueva composición de una mano de obra inmigrante para el campo, o algunas características del tejido social y la economía de las ciudades de nuestra área de análisis. A continuación expondremos la situación y características de la Comarca de Bajo Guadalentín, prestando claro está un celo particular a aquellos elementos que más importancia van a tener en nuestros análisis. Determinadas condiciones topográficas de la zona, limitaciones ecológicas o la propia estructura de la

INTRODUCCIÓN

propiedad de las tierras agrícolas, serán así objetos privilegiados. De igual modo, los desarrollos y características de la agricultura en la comarca, y especialmente del sector hortofrutícola, están llamados a ser protagonistas en este capítulo.

Finalmente, el capítulo 6 será el destinado al análisis e interpretación del material empírico recopilado durante nuestro trabajo de campo, siempre observado a la luz de los referentes teóricos con los que nos iremos citando a lo largo de estas páginas. Con todo, y en primer lugar, realizaremos una breve introducción a las características y evoluciones del cultivo de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín, a modo de contexto que complemente y concrete las anotaciones previas sobre esta específica situación. A continuación, pasaremos a exponer las características y conceptualizaciones del modo de vida de autónomo, empleando para ello los datos recopilados durante nuestro trabajo de campo –particularmente en entrevistas y a partir de las notas vertidas en nuestro diario de campo–, y siempre a la luz de los supuestos teóricos contemplados. Un segundo apartado de este capítulo estará destinado a exponer las diferentes estrategias de venta de los agricultores autónomos, opciones que de hecho podrían determinar en gran medida tanto sus posibilidades de supervivencia, como el propio sostenimiento, desvirtuación o abandono de su modelo productivo. En un tercer apartado de este capítulo 6, expondremos las percepciones subjetivas que hemos encontrado recurrentes entre diversos grupos de agricultores, así como las “luchas de reconocimiento y recursos” que buscan justificación –en gran medida– en aquellas mismas percepciones. En un cuarto apartado abordaremos los procesos de interpelación en diferentes niveles –local, regional, estatal y supraestatal, de la UE–, en los que estos agricultores autónomos se ven inmersos, al tiempo que intentaremos mostrar la “efectividad” de tales influencias y, claro está, algunas de las quejas más recurrentes. En un penúltimo apartado, abordaremos la cuestión de los “gustos” a los que hicimos referencia más arriba, cómo influyen en las estrategias de vida económica de los agricultores autónomos de la zona, y hasta qué punto pueden provocar el abandono del cultivo de variedades autóctonas de uva de mesa. También en este apartado trataremos la determinante influencia de la legislación y las políticas de la Unión Europea en el quehacer de nuestros agricultores, sus acomodaciones y posibilidades. Finalmente, concluiremos el capítulo con un apartado destinado a mostrar las cuestiones medioambientales y los problemas ecológicos y de recursos a los que la agricultura en la zona –y no ya solo los pequeños agricultores– tendrán que hacer frente si pretenden seguir subsistiendo de esta actividad económica.

El ensayo se cerrará con un apartado conclusivo en el que entablaremos una somera –aunque creemos interesante– discusión con algunos de las problemáticas con los que nos citaremos en los iniciales capítulos teóricos, a la luz aportada por los análisis e interpretaciones de nuestros datos empíricos. Finalmente, intentaremos esbozar un cuadro en el que queden representadas algunas de las posibilidades de futuro, y posibles acomodaciones, que pueden permitir a los agricultores autónomos –de nuestra zona de estudio pero quizá también del resto de Europa– mantener su actividad económica y con ella, claro está, su *modo de vida*.

V

Como ya ha podido apreciarse en las primeras páginas de este trabajo, hemos optado por la exposición en primera persona del plural. Esto quizá pudiera ser entendido, somos conscientes de ello, como pura pedantería. Esperamos que no. Con todo, me gustaría aquí señalar que se trata de una opción narrativa que responde a varios motivos, el primero de los cuales el hecho de que el que escribe ahora estas líneas quizá se parezca menos a la persona que inició la investigación, que a aquella otra llamada a defenderla como tesis de doctorado ante un tribunal. Como Nietzsche señaló, por otro lado, cada uno de nosotros no es sino un hemiciclo en el que desordenada y gritonamente un puñado de parlamentarios reivindica su posición, intentando a cada instante convencer al resto de lo oportuno de sus propuestas. Además, sería casi irresponsable no admitir aquí –prueba de fuego del antropólogo– que el propio desarrollo de esta investigación ha modificado muchos de los posicionamientos tanto teóricos como prácticos –esto es, *éticos*–, en los que en cierto modo me había sentido comfortable durante algún tiempo. De hecho, esta es casi una justificación personal, la exigencia de alguien que persigue como un imperativo ese *penser autrement* al que se refiriera Michel Foucault, ese terreno movedizo e incómodo por el que es preciso transitar para responder a la pregunta, en efecto, de si es posible pensar de otro modo, ensayar otras miradas, atisbar nuevos horizontes. Y *nosotros*, finalmente, porque estas páginas no han sido posibles sin la ayuda y comentarios de mi directora de tesis doctoral, la Dra. Dolors Comas d’Argemir, y mi codirector, Dr. Klaus Schriewer, sin aquellos autores con los que hemos conversado de forma crítica, y por supuesto, sin esos agricultores que *nos han hablado*. En efecto, todos y todas formamos parte de este proceso.

Capítulo 1: Objetivos y metodología

La cuestión de la agricultura familiar en los países desarrollados ha sido desplazada en los últimos años hasta casi desaparecer del panorama de la Antropología Social europea. Por supuesto, y de una parte, cuestiones como la extensión y efectos socio-económicos y culturales de la agricultura ecológica en el viejo continente, los movimientos de despoblación –y repoblación– de ciertas zonas rurales, o los nuevos espacios recuperados –o contruidos– para labores agrícolas reconfiguradas, han suscitado un gran interés entre numerosos científicos sociales de toda Europa. De otra parte, los desarrollos de la agricultura en otras áreas geográficas del Globo – Sudamérica, África y el Sudeste Asiático principalmente–, y las profundas consecuencias derivadas para las formas de vida tradicionales de aquellas latitudes, han merecido la atención de muchos antropólogos –y no sólo los preocupados por cuestiones económicas–. Lo atrayente y radical de estos procesos, absolutamente necesitados de estudio y análisis, queda fuera de toda duda. Pero como comentamos –y en siguientes apartados desarrollaremos en detalle–, la importancia económica, social, política y cultural de la pequeña agricultura en Europa, así como su propia existencia y transformaciones, justifican en sí mismas una aproximación actual –y actualizada– a la cuestión.

Y es que según la Organización Mundial para la Agricultura y la Alimentación (FAO), en torno al 68% de la producción agrícola europea procede de la agricultura familiar. Una FAO que, por lo demás, declaró el 2014 como el año internacional de este tipo de agricultura. Por su parte, en España hay censadas cerca del millón de explotaciones, de las cuales en torno a un 93% tienen como titular a una persona física. En muchas zonas de Europa, de hecho, la agricultura familiar se ha revelado como un sector crucial en el sostenimiento de economías locales y regionales, capaz de soportar –como veremos una de sus características idiosincrásicas– los períodos de crisis

económica más delicados. Esta fue precisamente una de las intuiciones que motivó el inicio de nuestra investigación: si para las grandes teorías económicas, tanto la marxista como la liberal –con puntualizaciones, claro–, la producción mercantil simple no puede ser considerada sino como un reducto de épocas pretéritas, entonces, ¿por qué siguen existiendo hoy pequeños agricultores en los países más desarrollados del continente europeo? ¿Por qué todavía su papel es tan crucial en la vida económica de sus comunidades? ¿Cuáles son las motivaciones, intereses e ideales de estos agricultores, y sus posibilidades de futuro?

Estas serán de hecho –lo adelantamos ya en la introducción– algunas de las cuestiones que guíen nuestro estudio, y sus posibles respuestas algunos de sus objetivos centrales –siempre circunscritas por lo demás a nuestra área de análisis–. Pero antes de presentar las discusiones científicas que servirán de andamiaje conceptual y teórico para nuestra investigación –por supuesto, paso previo al análisis de nuestros datos empíricos–, será preciso aquí exponer las metodologías y estrategias utilizadas durante nuestro trabajo de campo, así como enunciar los problemas recurrentes a los que hemos tenido que enfrentarnos durante este proceso. Con todo, quizá sea lo más apropiado comenzar aquí describiendo concisa y brevemente los que serán nuestros objetivos de análisis.

I. Objetivos

Aplicando las estrategias y metodologías propias de la Antropología Social en su intrínseca visión holística, capaz de aunar diferentes planos de análisis –partiendo de lo local para comprender lo global, conectando al tiempo los múltiples espacios intermedios–, y diversos saberes científicos –en nuestro caso principalmente la economía agraria, la sociología rural y laboral, la política o la propia historia agrícola regional–, trataremos de alcanzar los siguientes **objetivos generales**:

- 1) *Analizar el modo de vida de autónomo* de los agricultores murcianos de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín, mostrando las notas idiosincrásicas, aspiraciones, valores, conceptos y percepciones de esta cultura laboral.
- 2) *Identificar sus estrategias de supervivencia y posibilidades de futuro*, atendiendo a los múltiples factores –económicos, medioambientales, tecnológicos, etc.– que interactúan en su modo de vida.

A estos generales, seguirán otros **objetivos específicos**:

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

- 3) Examinar las *relaciones y contextos* de estos agricultores autónomos, en su *conexión con las cooperativas y las grandes y medianas empresas del sector*.
- 4) Comprender las interconexiones y estrategias ensayadas por estos agricultores con los distintos actores económicos nos permitirá a su vez distinguir entre *varios grupos de análisis*.
- 5) Tanto estos grupos de análisis como los distintos agentes implicados se enfrascarán en mutuas y sempiternas *luchas de reconocimiento*, cuya interpretación mostrará asimismo los *grados de interpelación* que los actores políticos parecen haber alcanzado en este colectivo.
- 6) Los objetivos de esta investigación exigirán, asimismo, la contextualización de estos análisis en esa *red de interdependencias y conexiones mutuas* que conectan los agentes implicados en la investigación con los *contextos local, regional, estatal y supraestatal*, y para los ámbitos tanto *económico*, como *social, ambiental, político* y, por supuesto, *cultural*.
- 7) En el contexto de la globalización neoliberal, el análisis de los *nuevos modelos de consumo europeos y los gustos globales*, en su implicación para la vida cotidiana de los agricultores autónomos, será asimismo un importante objetivo analítico.
- 8) Todos estos objetivos requerirán igualmente una *aproximación a los discursos clásicos y las teorías contemporáneas sobre el modo de producción mercantil simple en agricultura*.
- 9) Finalmente, y en discusión con las teorías expuestas, será un objetivo fundamental el *acercamiento crítico a la Teoría y el Análisis de los Modos de vida*, nuestro modelo teórico privilegiado, en su conexión con los discursos y teorías actuales sobre *el trabajo en la era global*.

Como no podía ser de otro modo, la consecución de estos objetivos –además de las ya anunciadas aproximaciones teóricas–, exigirán de las metodologías cualitativas de investigación y análisis propias de la Antropología Social. En este sentido, la *observación participante* y las *entrevistas semi-estructuradas* han sido nuestras fuentes de datos empíricos privilegiadas, además, claro está, de los datos recopilados en nuestro *diario de campo*, siempre secundado por un socorrido *cuaderno de notas*. Por lo demás, el trabajo etnográfico ha sido completado con la toma de *fotografías* sobre el terreno, algunas de las cuáles servirán de ilustración a nuestras exposiciones analíticas. Entremos en estas cuestiones con algo de detalle, partiendo no obstante de nuestra inicial aproximación al campo.

II. Acercamiento al campo de estudio y principales problemas

El cultivo de la uva de mesa no es en absoluto extraño para mí¹⁰. De hecho, ya durante mis estudios de secundaria trabajé como jornalero durante el verano en la recolección de este característico fruto del sureste español para poder disponer de algún dinero propio. Esta actividad continuó en mis tiempos universitarios, dedicando también las largas vacaciones veraniegas –entonces de tres meses– para costear parte de mis estudios. Aunque la mayoría de estos períodos como jornalero estival estuve empleado en una mediana empresa ubicada en el noroeste murciano, en ocasiones esta empresa adquiría uva “al tanto” a agricultores autónomos de la que es aquí mi zona de estudio. Más tarde veremos en qué consiste esta forma de comercialización y cómo actúan este tipo de empresas. Fue en aquellos años cuando comprendí las características de este cultivo, sus variedades, exigencias, las distintas formas de envasarla, etc., y cuando entendí las idiosincrasias de su cultivo en el Valle del Bajo Guadalentín. No obstante, claro está, en aquellos tiempos no podía guardar un mínimo de “distancia analítica” que me permitiese comprender aquella *cotidianidad* como un posible objeto de estudio.

Dicho esto, sería absurdo negar el alto grado de implicación personal en el trabajo que aquí se presenta. Tampoco lo creemos necesario, considerándolo casi una “obligación” para el etnólogo¹¹. Como tampoco podemos negar que los conocimientos adquiridos en aquel período de mi vida –insistimos, sin llegar a ser considerados valiosos desde un punto de vista científico por aquel entonces–, hayan sido tremendamente útiles al afrontar esta investigación. En este sentido, cuando comencé mi trabajo de campo a principios del año 2012, ya conocía muchos aspectos técnicos del cultivo de la uva de mesa, así como el contexto en el que los pequeños agricultores están obligados a moverse. Sin duda alguna, ello me permitió un acceso más fácil a mis informantes, y también propició buena parte de mis conversaciones informales y/o registradas. Por otro lado, también me permitía conocer a priori parte de la que sería mi zona de análisis, zona que por lo demás ya me era familiar puesto que yo mismo nací y

¹⁰ Me voy a permitir aquí narrar en primera persona las experiencias personales vividas durante mi trabajo de campo, mientras que en el resto de este trabajo –como ya justificamos– he optado por la exposición en primera persona del plural.

¹¹ Pujadas, Joan J., “La etnografía como proceso de investigación. La experiencia del trabajo de campo”, en Pujadas i Muñoz, Joan J.; Comas d’Argemir, Dolors y Roca i Girona, Jordi, *Etnografía*, Barcelona, Editorial UOC, 2010, pp. 271-311.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

crecí en Totana, y mis padres continúan viviendo en esta ciudad de la Comarca del Bajo Guadalentín.

Como puede advertirse, estos fueron algunos de los elementos que explican en gran medida la elección de este tema, como también otros que tienen que ver directamente con mis circunstancias personales y profesionales. En este sentido, la investigación que aquí se presenta ha sido realizada sin ninguna fuente de financiación específica, y compaginada con un trabajo como investigador a tiempo parcial en la cercana Universidad de Murcia, en cuya ciudad he residido la mayor parte del tiempo dedicado a esta investigación. Estas circunstancias me han exigido una implicación especial, sacrificando en muchas ocasiones lo que se podría considerar como “tiempo libre”, o ampliando –quizá en exceso– mi jornada laboral. Por lo demás, tampoco es esta una circunstancia excepcional, ni debe quejarse nadie por hacer aquello que quiere hacer. Desafortunadamente, son muchos los investigadores que realizan hoy su trabajo en este país sin contar con los medios que serían exigibles. Y también son pocos los “académicos” que saben disfrutar de sus fines de semana y períodos vacacionales olvidándose de sus “trabajos pendientes”...

Sea como fuere, debo hacer notar aquí que durante la mayor parte del tiempo dedicado al trabajo de campo, he podido residir en una modesta casa de campo que mi familia posee cerca de la que ha sido mi zona de estudio. Este período se extendió entre enero y octubre de 2013, diez meses en los que pude realizar una “inmersión” en el terreno casi completa, sin desatender por lo demás mis obligaciones laborales en la universidad. En este sentido, fue en este período en el que recopilé la mayor parte de mis datos empíricos, a pesar de que las primeras entrevistas las había realizado ya un año antes, en la primavera de 2012 –siendo también entonces por lo demás cuando comencé mis aproximaciones etnográficas al terreno–. No obstante, aquellas primeras entrevistas y acercamientos fueron relativamente “fáciles”, por cuanto algún viejo amigo de la infancia se había convertido con los años en agricultor autónomo, y también algún antiguo vecino lo seguía siendo.

Estas eran algunas ventajas, pero incorporaban asimismo serios inconvenientes. En efecto, y en primer lugar, aquellas dos o tres primeras conversaciones estaban inevitablemente marcadas por un exceso de confianza en relación a ciertos temas no siempre relevantes para mi investigación; al tiempo que por un celo casi incomprensible respecto a otros que, indudablemente, podían ser mucho más interesantes para mis intereses. Con todo, mi experiencia previa en la realización de entrevistas para otros

estudios me permitía comprender estas circunstancias, al tiempo que me recordaba la importancia de contar con algunos “informantes enlace” que abriesen el campo de estudio. En este sentido, aquellas primeras conversaciones fueron casi más interesantes por los informantes y las problemáticas que propiciaron, que por los “datos” aportados – con todo, siempre preciosos–. Ciertamente, fue el inicio de aquel efecto “bola de nieve” que todo antropólogo persigue al comienzo de su investigación.

Un segundo problema al que tuve que enfrentarme fue precisamente la dificultad para “convencer” a algunos agricultores para registrar nuestras conversaciones. En este sentido, se trata de un colectivo ciertamente reservado en sus opiniones, muchas veces casi desconfiado, con en el que por lo demás –y en la mayoría de los casos– resulta muy fácil hablar de manera informal, pero no tanto si se persigue registrar la conversación. Nada excepcional por otra parte. Por supuesto, y por un lado, ello no significa que la información obtenida en una conversación no registrada no pueda ser anotada en el diario de campo y utilizada como fuente de información empírica; ciertamente, muchos de los datos “más sabrosos” nos han sido relatados –como es natural– “fuera de micro”, y hemos utilizado algunos haciendo notar esta circunstancia. Pero por otro lado, claro está, necesitábamos de entrevistas registradas que citar para apoyar nuestras reflexiones, y que guiaran nuestros análisis. Sea como fuere, estos son problemas a los que todo antropólogo –y científico social por ende que practique análisis cualitativos– debe hacer frente, las más de las veces resueltos con un poco de tacto, y una buena porción de suerte.

Una tercera y última dificultad recurrente a la que he tenido que enfrentarme – aunque conectada con las anteriores–, ha derivado de la necesidad de contar con un número relativamente similar de agricultores de la uva de mesa representantes de cada uno de los tres grupos que hemos podido catalogar, y persiguiendo siempre que personificaran distintos grupos de edad. En este sentido, por ejemplo, era mucho más fácil conversar con agricultores de en torno a los 50 años, y representantes de un tipo particular de estrategia de venta –“al tanto”, que después veremos–, que con agricultores más mayores, o más jóvenes –en este último caso, sencillamente, porque son menos–. Por otro lado, no me ha sido posible visitar ninguna de las grandes empresas de la zona de estudio, o dialogar con sus dirigentes; a pesar de que no se trataba de nuestro tema directo de análisis, esto habría sido muy interesante por cuanto son actores que ejercen una fuerte influencia sobre los agricultores autónomos de la uva de mesa, y determinan también muchas de sus estrategias de supervivencia.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Otros problemas como la llegada a las explotaciones –muchas veces por caminos casi intransitables y apartados–, o las dificultades para concertar las citas para las entrevistas –con trabajadores autónomos, casi por definición sin tiempo libre y siempre pendientes de sus cultivos–, han sido también muy comunes. También la propia “condición biológica” de sus productos ha exigido que mi trabajo de campo se amoldara a los ritmos de las plantas. Así, por ejemplo, era casi imposible realizar entrevistas en los períodos de floración o durante la recolección, cuando los agricultores parecen vivir casi literalmente “bajo la parra”. Era el momento entonces de tomar fotografías que ilustrasen las distintas formas de envasado, o que mostrasen los múltiples cuidados que exige este tipo de cultivo. Y por otro lado, las semanas posteriores a la recolección de la uva –diferentes según la variedad en cuestión–, o los meses de invierno –cuando los cuidados son menos y, además, no hay tantas horas de luz al día que permitan trabajar–, eran las mejores para realizar las entrevistas. También para concertar estas conversaciones cabía privilegiar los viernes, sábados y domingos sobre los días de semana –pues los agricultores parecían menos atareados–, centrando en estos últimos la recolección de datos visuales, formas de trabajo, etc. Pero pasemos ya a exponer las metodologías de este trabajo etnográfico, así como de interpretación y gestión de datos.

III. Metodología

En las etapas iniciales de la investigación, tanto el “muestreo” de informantes como las que serían las propias cuestiones de análisis, estaban mucho más abiertas de lo que hubiese querido admitir. De hecho, el grupo a investigar se refería en un primer momento a todos los agricultores autónomos de la zona de estudio –siendo consciente de las limitaciones propias de un estudio cualitativo como este, claro–. Pero quizá esto no fuera un impedimento, sino más bien una oportunidad. En efecto, fue precisamente en aquellos momentos cuando comencé a adquirir cierta *conciencia analítica* de las significaciones específicas de la uva de mesa, sus connotaciones culturales en la zona, su importancia histórica, sus desarrollos actuales, la configuración de nuevos actores implicados en el contexto, las dimensiones políticas que está alcanzando, la apuesta tecnológica por nuevas variedades que podían suponer cambios sustanciales en mi área de estudio, etc.

Ahora bien, aquel “cierre temático” derivó de la que debía ser inevitablemente mi primera estrategia metodológica: claro está, la *observación participante*. Como acabo

de señalar, el trabajo agrícola no era ajeno a mi trayectoria vital, y mi zona de análisis era bastante conocida al iniciar la investigación, por lo que contaba con ciertas ventajas de partida. Después de todo, la mirada del investigador hacia su objeto de estudio no es neutra, ni puede pretender serlo, sino algo activo, orientado por una motivación, filtrado por esa cultura propia que funciona como unas “gafas” que permiten observar lo mirado, obviando por lo demás otros elementos que –al menos en principio– parecen escaparse de entre las manos¹². En este sentido, la observación participante debe ser entendida, de hecho, como una *experimentación en sí misma*: «La observación participante obliga a sus participantes a experimentar, en un nivel tanto intelectual como corporal, las vicisitudes de la traducción. Requiere de un arduo aprendizaje del lenguaje, y a menudo un desarreglo de las expectativas personales y culturales. Hay, por supuesto, todo un mito del trabajo de campo. La experiencia concreta, cercada de contingencias, rara vez alcanza la altura de lo ideal; pero como medio para producir conocimiento a partir de un compromiso intenso e intersubjetivo, la práctica de la etnografía conserva su status ejemplar»¹³.

En efecto, y aunque mis informantes pertenecían a la misma cultura en sentido amplio que yo mismo –¡y al pueblo de mi familia en algunos casos!–, aunque hubiera trabajado como jornalero agrícola y supiese algo del cultivo de la uva de mesa, sus variedades, etc., debí aprender ese *lenguaje propio* del grupo al que se refiere James Clifford, sus *signos* e *idiosincrasias*, para conversar con ellos con un mínimo de familiaridad. Debí, en efecto, *resocializarme*, adquirir una *socialización secundaria* que dirían Berger y Luckmann¹⁴, que me permitiese “vivir” en ese grupo que iba a ser al tiempo mi objeto de estudio. Por lo demás, estas cuestiones se enmarcan entre las limitaciones y riesgos propios de la propia observación participante, bien estudiados por los antropólogos. Como señala Anastasia Téllez: «[Si mediante la observación participante] se trata un objeto de estudio de la propia sociedad o cultura del etnógrafo este deberá tener presente no obviar determinados hechos y situaciones cuando observe, no debe darlas por “banales” o suficientemente conocidas; es decir, intentará no caer en el sociocentrismo a la hora de observar y describir. Así pues, procurará observar con el

¹² San Martín Arce, Ricardo, *Observar, comparar, escuchar, escribir. La práctica de la investigación cualitativa*, Barcelona, Ariel, 2003, p. 54.

¹³ Clifford, James, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 2001, pp. 41-42.

¹⁴ Berger, Peter L., y Luckmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984, p. 164 y ss.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

mismo grado de extrañamiento con el que lo haría (supuestamente) si se tratase de un contexto cultural muy alejado del suyo»¹⁵.

No es de extrañar en este sentido que el primer requisito fuera amoldar mi atuendo a lo acostumbrado en el trabajo agrícola. Al fin y al cabo, no se me exigía el uso de un taparrabos... Con todo, fui rápidamente consciente –aunque supongo que ya lo era– que una gran parte de los agricultores conservan una acentuada “conciencia de clase”, al margen de su color político –por lo demás a menudo desvelado–. Como académico, debía huir de un juicio que en alguna ocasión resultó funesto, echando al traste las posibilidades de mi *inserción* en el terreno: “viene como los señoritos, a ver”. Esta meridiana expresión –y peor aún lo que quería significar–, podía suponer de entrada un cierre en las posibilidades de participar en el quehacer diario de los agricultores, o de entablar una conversación informal primero, y mucho menos registrada después. De hecho, y como he notado en el apartado anterior, la susceptibilidad y desconfianza de mi colectivo objeto de análisis han sido en ocasiones ciertamente insalvables.

Pronto aprendí lo importante que era “guardar las apariencias”, ensayando por lo demás una “táctica” las más de las veces tremendamente fructífera, a la par que evidente: *ayudar a los potenciales informantes en su trabajo diario*. En efecto, en esta estrategia cobraba su más completa significación el método etnográfico de la observación participante, y me permitió compartir no sólo experiencias cotidianas con mis informantes –en las que ya tenía alguna experiencia–, sino además ganar un grado de confianza imprescindible para asegurar la información más rica y fidedigna. Ello suponía “mancharme las manos”, trabajar codo con codo en labores en ocasiones tan duras como gratificantes, recordar –se advierte– mis tiempos de jornalero, aunque bajo una nueva perspectiva analítica. Con todo, y por supuesto, no podía utilizar esta estrategia con los que serían todos mis entrevistados; quizá sólo con algunos “informantes clave”, o con aquellos con los que entablara un cierto afecto –inevitable en algunos casos–. Esto me ha supuesto en ocasiones ciertos problemas morales, por lo demás no excesivamente graves por tratarse de cuestiones para ellos absolutamente triviales y rutinarias, además de por haber siempre explicado pormenorizadamente los motivos y objetivos de mi investigación, su destino, etc. Huelga decir que no he reproducido en ningún lugar informaciones que hayan podido darme –y advertirme– en confidencia: “Esto queda entre nosotros, ¿vale?”. Con todo, el etnólogo debe mantener

¹⁵ Téllez Infantes, Anastasia, *La investigación Antropológica*, Alicante, Editorial Club Universitario, 2007, p. 165.

siempre una distancia conceptual y teórica que le permita extraer las concepciones propias de los actores “objeto” de su estudio, al margen de simpatías mutuas. Creo, ya con perspectiva, que he podido cumplir mis propósitos, respetando las fronteras e intimidades que se le exigen al etnólogo, sin “contaminar” más de lo inevitable mi campo de estudio.

Esta observación participante, en efecto, me permitió percibir actitudes y aptitudes, comportamientos, relaciones sociales, aspiraciones, motivaciones, expresiones y emociones, siempre en continua interacción¹⁶. En este sentido, y al ser mi grupo de estudio un colectivo desperdigado en un área de unos 1.000 km², esta observación se ha desarrollado en múltiples lugares, y no sólo en las explotaciones agrícolas. Así, por ejemplo, una parte del trabajo de campo ha sido especialmente fructífera en aquellos bares y cafés de la zona donde quizá no se cierren los tratos de venta entre los agricultores y las empresas del sector, pero sí se intuyen sus movimientos, los precios que se están marcando en cada momento para según qué variedades de uva, además de los problemas con el agua o ciertas enfermedades, la capacidad de maniobra de los agricultores –en gran medida conectada con el volumen de producción de cada campaña–, etc. Los agricultores hablan entre ellos y, con un poco de suerte, podía recabar información muy valiosa sobre mis temas de estudio, siempre guardando una distancia muy prudente, aunque atento a las sutilezas. Por lo demás, pronto aprendí que los desplazamientos de un lugar a otro –entre explotaciones, en las distintas zonas, a los pozos de extracción de agua, donde se concentraban también normalmente algunos agricultores con los que dialogar, etc.–, era más conveniente realizarlos en motocicleta que en coche, preferencia fácilmente explicable: no sólo era mejor para acceder a las explotaciones más recónditas y con peores accesos, sino que además los agricultores se sentían notablemente menos intimidados al verme, sobre todo en un primer momento. Este hecho quizá se debiera a que ellos mismos solían utilizar este medio de transporte entre sus –a menudo– separadas explotaciones, o simplemente a que el “investigador” –yo mismo– se mostraba más expuesto de este modo. Sea como fuere, ese fue mi insospechado medio de transporte la mayoría de las ocasiones, con resultados muy positivos. Todo ese trabajo de campo, como arriba quedó señalado, ha sido registrado mediante *fotografías* que ilustrarán las interpretaciones de nuestro material empírico, una vez alcancemos los apartados destinados a ello.

¹⁶ Esta es precisamente la mayor ventaja de este método cualitativo: Téllez Infantes, Anastasia, *La investigación Antropológica*, op. cit., p. 164.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

Pero la observación participante debía quedar secundada, claro está, por otra de las técnicas más apreciadas en la investigación cualitativa: las *entrevistas*¹⁷. En un primer momento planteamos entrevistas semi-estructuradas, con algunas preguntas preparadas en caso de que el informante perdiera el hilo de su discurso, o para facilitar la conversación. En cualquier caso, estas preguntas –sobre los temas que debían guiar a priori mi investigación– no las hacía de forma ordenada, siguiendo la guía de un papel, sino oportunamente insertas –o lo más posible– en el trascurso de la conversación. En mi opinión, era –y es– preferible “memorizar” un puñado de preguntas antes de realizar la entrevista, que lanzar las cuestiones al entrevistado como si se tratase de un interrogatorio policial. Quizá este método exija una mayor concentración por parte del entrevistador. Quizá se quede en el tintero algún asunto en principio importante. Pero sin duda alguna el diálogo fluye así de una forma más natural, y da pié al entrevistado a hablar de las cuestiones que realmente le interesan y preocupan –que no siempre tienen que coincidir con las que ocupan al entrevistador–, propiciando una información siempre más interesante que la “guiada” por las preguntas prediseñadas. Estos cambios temáticos improvisados e inesperados constituyen por lo demás, en efecto, una guía analítica inestimable del proceso etnográfico. Con todo –como cualquiera que haya hecho algunas entrevistas puede corroborar–, en algunos casos no es necesario cuestionar al interlocutor para que este pueda hablar durante horas, mientras que en otras ocasiones es preciso “guiar” las palabras con preguntas secuenciadas. Por lo demás, las interrogantes que se habían pensado inicialmente fueron modificándose en el trascurso del trabajo de campo, abordando y centrando la atención en unos temas, o descartando otros. Otras veces, sobre todo con los agricultores más decanos, la entrevista se convertía en una auténtica “historia de vida”, al tiempo tremendamente ricas y muy ilustrativas sobre los procesos y cambios en la agricultura de la zona, y de la sociedad en su conjunto.

Ahora bien, ¿cómo se conformó ese “muestreo” de informantes? Como puede intuirse por lo ya dicho, concertar las primeras entrevistas –aquellas que debían iniciar

¹⁷ Sobre los diversos tipos y empleo de entrevista en el trabajo etnográfico existe, obviamente, una vasta bibliografía que no es preciso recopilar aquí; no obstante, por citar alguno de nuestros textos de referencia: Roca i Girona, Jordi, “Las entrevistas”, en Pujadas i Muñoz, Joan J.; Comas d’Argemir, Dolors y Roca i Girona, Jordi, *Etnografía*, op. cit., pp. 89-109; Pujadas Muñoz, Juan José, *El método biográfico: el uso de la historia de vida en las ciencias sociales*, Madrid, CIS, 1992; ó Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Bellaterra, 2005.

la conocida como “bola de nieve”¹⁸ que arriba se apuntó— no fue en exceso complicado, puesto que pude convencer a algún vecino o a un amigo de un amigo para que hablase conmigo. Estos primeros entrevistados sirvieron de “informantes enlace” para acceder a otros representantes del grupo a analizar. Por lo demás, sus testimonios han sido adoptados con ciertas precauciones, pues con ellos era notablemente más difícil alcanzar la “distancia metodológica” —o “mirada analítica”— necesaria. No obstante, y por puro azar, aquellas primeras entrevistas dibujaron ya los tres subgrupos principales que iban a ordenar en gran medida mi trabajo de campo, diferenciados atendiendo a otras tantas estrategias de comercialización: como veremos, vendedores “al tanto”, por cooperativa o a través de una gran empresa.

En efecto, estas tres estrategias de comercialización mostraban diferentes formas de concebir el trabajo, el gobierno de las explotaciones, sus valores, conceptualizaciones, motivaciones, etc., por lo que pronto se revelaron como una guía de análisis privilegiada. Fue también esta primera diferenciación la que me obligó en cierto modo a buscar un número similar de representantes de cada estrategia de venta, lo que me permitió a la postre advertir las notas definitorias de los tres subgrupos. Otros temas a priori importantes para la investigación —como la lucha por los recursos y de reconocimiento, perspectivas de futuro, acomodaciones, etc.—, eran asimismo mucho más claramente entendibles observando las diferencias que marcaban estas estrategias de venta. Incluso las distintas áreas de cultivo en las que se ubicaban las explotaciones de los pequeños agricultores parecían ordenarse atendiendo a estas estrategias: cooperativistas y “vendedores al tanto” cerca de la montaña, “agricultores asociados” en el valle.

Esta fue en efecto una intuición prematura que me permitió “economizar” esfuerzos, siempre teniendo presente que se trataba de un tema que, para otras metodologías, habría necesitado de todo un grupo de investigación. Con todo, aquellos primeros informantes llevaron a otros, pero a menudo fue en el campo —literalmente— donde encontré algunos agricultores que resultarían “clave” para mi investigación. Así —y siempre explicando el motivo de mis pesquisas, insisto—, logré persuadir a algún agricultor para que mantuviese conmigo una conversación registrada sobre los temas que nos ocupan, siempre con mucho tacto, y sobre todo apelando a los compañeros —

¹⁸ Para la estrategia del “Snowball” —y otros métodos de muestreo—: Russell Bernard, Harvey, *Research Methods in Anthropology. Qualitative and Quantitative Approaches*, New York, Altamira Press, 2006, pp. 192-194.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

conocidos–, con los que ya había hablado previamente. Por lo demás, era preferible realizar las entrevistas –claro está– en algún ambiente lo más confortable posible para el entrevistado –idealmente su propio domicilio–, aunque en ocasiones la conversación tenía lugar en el propio parral, o en el porche del almacén agrícola aledaño. Esta última circunstancia, por lo demás, resultó en ocasiones molesta a la hora de transcribir la entrevista, pues a pesar de usar una grabadora profesional, el viento y el ruido ambiente dificultaba a menudo la correcta audición. Aunque no tanto como en el caso de un par de entrevistas realizadas en bares y cafés de la zona...

Aquellas entrevistas registradas a agricultores –junto con algunas conversaciones informales realizadas en el campo, en unas circunstancias que no permitieron su registro sonoro pero sí su noticia en el diario de campo–, hacían referencia a menudo –como cabía esperar– a otros actores con los que sería igualmente conveniente conversar. Entre estos se encontraban, por ejemplo, los técnicos agrícolas –a sueldo de una gran empresa, de una cooperativa o de la propia Comunidad Autónoma–, que aconsejaban a los agricultores sobre los tratamientos fitosanitarios a realizar, otras circunstancias puntuales en relación al cuidado de la uva, etc. O un gestor de las ayudas europeas, especializado en cuestiones agrícolas, con el que tuve ocasión de conversar, y que a menudo era citado en mis conversaciones en el campo. También creí conveniente entrevistarme con el presidente de una cooperativa, así como con el gerente de una mediana empresa, con el fin de entender los entresijos y exigencias de los mercados internacionales. Por lo demás, y aunque también me pareció importante –y ya señalé más arriba–, no fue posible concertar una cita con el director de ninguna de las grandes empresas productoras y comercializadoras de uva de mesa de la zona –o de concertar una visita a sus instalaciones–. En este punto, debo advertir que en los análisis de nuestro material empírico hablaremos tanto de estas grandes empresas como de las cooperativas de la zona asignándoles un número de forma aleatoria, con el fin de mantener su anonimato. Así, distinguiremos entre Cooperativa 1, Cooperativa 2, etc., y entre Gran Empresa 1, Gran empresa 2, etc.

Al tiempo, debo hacer aquí notar que todos los entrevistados son varones. Como ya señalé en la introducción, se trata de un tema eminentemente masculino, pero lo cierto es que me hubiese gustado encontrar a alguna trabajadora autónoma de la uva de mesa. Algunas mujeres, ciertamente, son las titulares de la explotación, aunque *de facto* estén gobernadas por sus maridos. Como quedó apuntado en la introducción, encontré el caso de una mujer que se encargaba ella misma de la explotación tras el deceso de su marido,

y aunque hablamos de forma tendida y en detalle en su explotación, no fue posible concertar una entrevista registrada con ella. Con todo, el número final de entrevistas registradas ascendió a 26, de las cuales 21 corresponden a agricultores autónomos, 2 a técnicos agrícolas –ambos agricultores–, y las 3 restantes a gerentes de cooperativas y medianas empresas –asimismo agricultores–. Además, al final de este capítulo se expone una tabla especificando la edad de los agricultores entrevistados en el momento de la entrevista, la extensión en hectáreas de sus explotaciones, su población de residencia, su forma de comercialización, y el número asignado a su entrevista –del 1 al 26, y número que utilizaremos como referencia en nuestros análisis del material empírico–. Finalmente, durante mi trabajo de campo pude conversar tanto con hombres como con mujeres asalariados, conversaciones tremendamente ricas en información sobre sus empleadores –tanto pequeños agricultores como grandes compañías–, las circunstancias laborales o económicas de cada momento, el precio y calidad de la uva, etc.

Las entrevistas registradas mediante grabadora, han sido a su vez transcritas utilizando el programa informático F4[©], y codificadas posteriormente con el programa informático MaxQda11^{©19}. Este tratamiento posterior de las entrevistas ha permitido sin duda una utilización más ágil, fructífera y ordenada de los datos obtenidos durante el trabajo de campo –sobre todo en las entrevistas registradas, claro–, a pesar de haber exigido una preparación “extra”: en primer lugar para el propio dominio técnico de estas herramientas; y en segundo lugar para el mismo trabajo de codificación, catalogación, etc. Así, este programa me ha permitido clasificar las entrevistas realizadas, y elaborar un sistema de códigos y sub-códigos que atribuir a los segmentos de entrevista donde se trataba de los respectivos temas de análisis. Este proceso de codificación, además, nos ha resultado enormemente beneficioso en una doble dirección: por un lado, el propio sistema de códigos ha ido desarrollándose al tiempo que introducíamos nuevas entrevistas, ampliándose a veces en lugares en principio secundarios, y reduciéndose en algunas problemáticas llamadas a ser a priori fundamentales. Así, por ejemplo, mientras que el código “Modo de vida de autónomo” –y sus sub-códigos “Valoración”, “Motivaciones”, etc.–, eran bastante predecibles, otros como “Cambios en la agricultura” –y sub-códigos como “Pasado/presente”, “Experiencia/profesionalidad”,

¹⁹ Este programa también ha sido utilizado en otras investigaciones en antropología en el ámbito español. Una buena ilustración de su utilización puede encontrarse asimismo en: Díaz Agea, José Luis, *Experimentar el sufrimiento en la cultura del ocio. Una perspectiva antropológica del amputado de miembro inferior*, Tesis Doctoral Inédita, Defendida en Julio de 2011.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

etc.—, no fueron evidentes sino en el transcurso de la propia codificación. Y por otro lado, la distinción dentro de las entrevistas de este aparentemente complejo árbol de códigos —aunque fácilmente utilizable gracias a la funcionalidad del programa—, me permitió disponer directa y rápidamente de todos los segmentos adscritos a cada uno de estos códigos. Por lo demás —y como puede apreciarse en las imágenes posteriores—, he podido distinguir 11 códigos —o “familias de códigos”—, que resumo a continuación:

- *Lucha de reconocimiento*: con esta familia de códigos he hecho referencia a los cortes de entrevista donde se hacía explícita la lucha de reconocimiento entre unos actores económicos y otros, y tanto en relación a los recursos y ayudas económicas, como a las cuestiones identitarias y de percepción subjetiva.
- *Medio Ambiente*: los subcódigos registrados en esta familia hacen referencia principalmente al mayor problema de recursos de la zona, el agua, y a sus distintas procedencias y problemáticas. Los pesticidas debían quedar enmarcados asimismo en esta familia, a pesar de que en otros códigos también se hacía referencia a los cambios introducidos en el sector en materia de productos fitosanitarios, etc.
- *Acomodaciones*: este grupo de códigos se refiere a las distintas posibilidades estratégicas de los entrevistados, y tienen que ver tanto con la ubicación de sus explotaciones —con sus posibilidades asociadas—, como con la posibilidad de optar a participar en una OP de FH —que más tarde comentaremos—, o en una cooperativa.
- *Trabajo*: los subcódigos de esta familia estaban llamados a distinguir los grupos de trabajadores implicados en los procesos de producción de la uva de mesa en la zona, y podían ser fundamentalmente familiares o trabajadores asalariados —fueran estos inmigrantes o no—. Estos códigos, por ejemplo, sólo fueron imaginados a raíz del trabajo de campo y las entrevistas y conversaciones informales con los agricultores, pues a priori en una “empresa familiar” ordenada por el modo de producción mercantil simple sólo tiene cabida un tipo de trabajo: el familiar.
- *Estrategias de Venta*: este grupo de códigos fue fundamental desde un primer momento para distinguir muchos de los demás, así como las formas de entenderse a sí mismos, a los demás y al mundo de los agricultores componentes de mi grupo de análisis. Al tiempo, estas estrategias de venta —como después veremos— son

incluso las que han permitido diferenciar tres subgrupos de agricultores autónomos de la uva de mesa, y que a la postre permitiría ordenar las entrevistas.

- *Gastos/Precio*: este grupo de códigos hace referencia a los distintos tipos de gastos –fijos y variables– a los que tienen que hacer frente los agricultores autónomos, atendiendo igualmente al volumen de tierra con el que cuentan, y a los precios que han sido fijados para sus productos en las campañas a las que se ha hecho referencia.
- *Modo de vida de autónomo*: esta familia de códigos engloba las codificaciones encargadas de mostrar las notas idiosincrásicas de este particular modo de vida, expectativas, valores, universos conceptuales, etc. Es, en definitiva, el eje central de la investigación.

Categoría	Subcategoría	Código	Valor
Sistema de códigos	LUCHA DE RECONOCIMI...		2
	Grandes empresas		71
	De si mismo		51
	De los otros		22
	MEDIO AMBIENTE		8
	Trasvase		7
	Agua		29
	Desaladoras		3
	Pozos		14
	Pesticidas		8
	ACOMODACIONES		1
	Ubicación		17
	OPFH		9
	Cooperativismo		42
	Calidad/Certificacio...		31
	Variedad de cultivos		13
	Gustos		13
TRABAJO		2	
Trabajo inmigrante		3	
Trabajo propio		13	
Trabajo asalariado		19	
Trabajo familiar		9	
ESTRATEGIAS DE VENTA		1	
Venta gran empresa		25	
Venta por cooperativa		31	
Venta por libre		29	
Cobro		8	
GASTOS/PRECIO		11	
Precios/Salario		19	
Volumen de tierra		20	
Gastos variables		8	
Gastos Fijos		14	
Maquinaria		12	
MODO DE VIDA DE AUTÓNOMO	Futuro de la agricult...		40
	Valoracion		41
	Perspectivas		17
	Formación		9
	Motivaciones		18
	Reproduccion		18
	PODERES PUBLICOS		18
	Seguros		2
	Ayudas		18
	Unión Europea		27
	Estado		13
	Región		19
	Ayuntamiento		19
	Terceros países		20
	Sindicatos		16
	VARIEDAD DE UVA		44
	Pirena		15
Dominga		34	
Origen		2	
Denominación d...		20	
Apirena con patente		28	
Apirena sin patente		18	
Desarrollo de nuevas...		10	
Volumen de uva		11	
CAMBIOS AGRICULTURA		2	
Plagas/Granizo/Lluvia		5	
Experiencia/Profesio...		26	
Feromonas		7	
Mayores/Jóvenes		13	
Fitosanitarios		14	
Pasado/Presente		34	
OTROS CULTIVOS		20	
Conjuntos		0	

Imágenes: Códigos y subcódigos empleados en la codificación de las entrevistas registradas utilizando el software informático MaxQda11©.

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

- *Poderes públicos*: los segmentos recuperados bajo este grupo son los relacionados con las interacciones entre los distintos agentes sociales y políticos implicados en el campo de análisis y los agricultores autónomos, así como sus influencias sobre estos últimos. Uno de los códigos pertenecientes a este grupo, la “Unión Europea”, está llamado a ser ciertamente un vector esencial de la investigación que aquí se presenta.
- *Variedad de uva*: las distintas estrategias de vida económica de los grupos de agricultores entrevistados estaban directamente relacionadas con la variedad de uva plantada, así como sus preferencias de venta y sus propias posibilidades de futuro. Este grupo de códigos, también esencial en la investigación, es pues el destinado a señalar los segmentos de entrevista donde se habla de esta crucial cuestión, así como de las posibilidades de futuro de las variedades autóctonas de uva de mesa –y especialmente de la uva Dominga–, en su importancia con el sostenimiento de una “cultura laboral” precisa.
- *Cambios en la agricultura*: en las entrevistas realizadas a los agricultores de mayor edad, las comparaciones entre tiempos pretéritos y el presente vehiculan gran parte del discurso. En el transcurso de la investigación –y del propio proceso de codificación–, estas comparaciones –y los cambios que apuntan, acaecidos en el sector agrícola de la zona especialmente en los últimos 30 años–, son, en efecto, cruciales, y merecen de una distinción clara en el sistema de códigos
- *Otros cultivos*: esta última familia de códigos –que de hecho quedó “monoparental”–, se refiere en un principio a los cultivos que pueden servir para asegurar la actividad económica en los meses de invierno, cuando la uva de mesa requiere de menos cuidados. No obstante, la que en principio estaba llamada a ser una estrategia fundamental resultó ser absolutamente marginal. Con todo, preferí mantenerla para referirme a segmentos donde algunos agricultores exponen cómo en etapas anteriores de su desarrollo personal se dedicaron a otros cultivos, recalando finalmente en el tipo de producción agrícola que aquí nos ocupa.

Por lo demás, es preciso advertir que algunos códigos hacen referencia y se completan con otros, lo que ha supuesto que a lo largo del análisis del material empírico haya tenido que prestarse atención a los segmentos recuperados bajo distintas familias de códigos, sin que ello supusiera mayor problema. Al fin y al cabo, se trata de un ejemplo más de las dinámicas propias de una investigación cualitativa como esta, donde

el propio trabajo de campo, la codificación de las entrevistas, la comparación entre los datos recogidos, el análisis y las propuestas teóricas, permanecen siempre íntimamente interconectadas –y ello a pesar de que el grueso del trabajo de campo se realizó, como ya apunté, durante un intenso período de “vivencia en el campo”–.

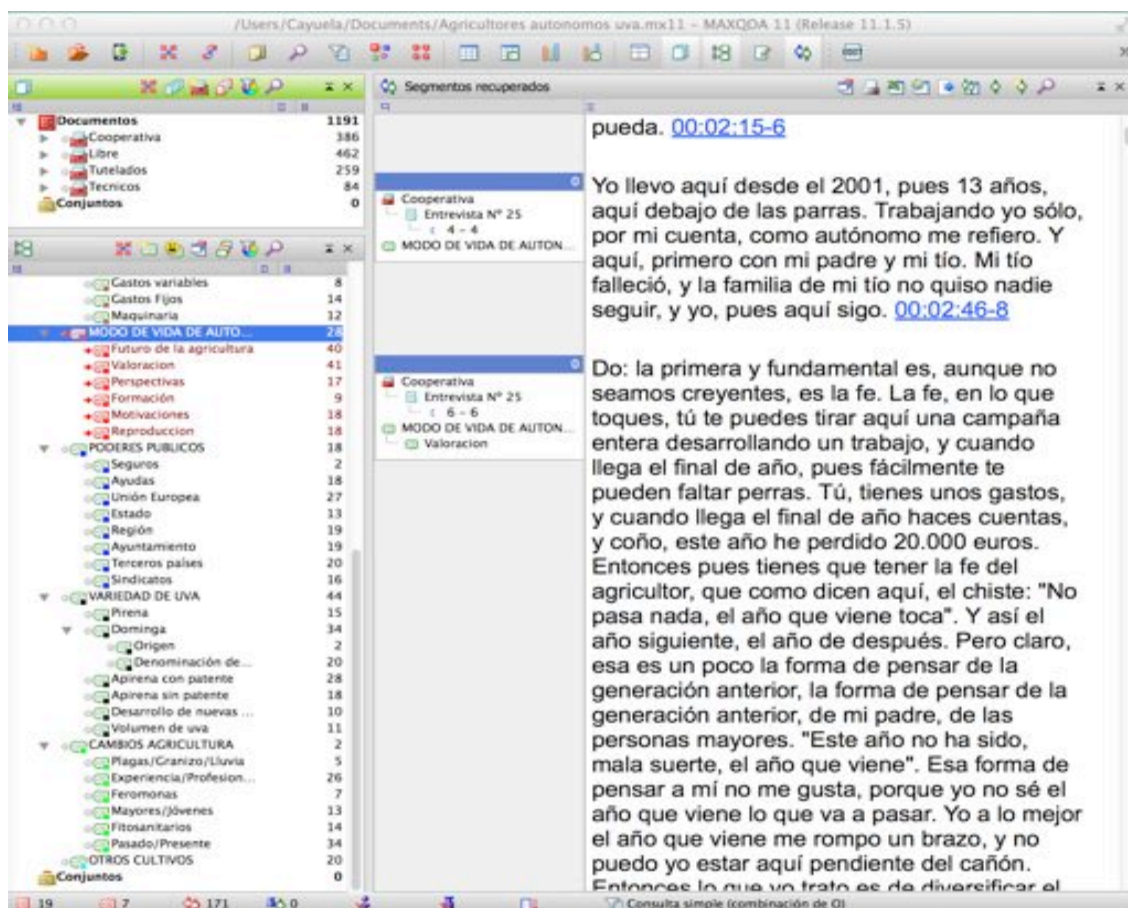


Imagen: Segmentos recuperados bajo el grupo de códigos “Modo de vida de autónomo” de una de las entrevistas. Captura de pantalla del programa MaxQda11©.

Al tiempo, las entrevistas han sido acompañadas por una “ficha” donde debía anotarse en cada caso la edad del informante, dónde se había realizado la entrevista, un teléfono de contacto –confidencial, claro–, las circunstancias que habían rodeado a la realización de dicha entrevista, o cómo se había establecido el contacto con el entrevistado. En este sentido, el trabajo de codificación debía atender siempre a los datos más relevantes contenidos en esta ficha, procedimiento llamado a evitar una posible “descontextualización” de la de la entrevista durante su codificación. En efecto, las entrevistas están conectadas y fueron realizadas en un determinado momento del

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

trabajo de campo, un estadio preciso con sus significaciones propias, tanto para la propia investigación como para el que ahora describe el proceso. Las codificaciones, claro está, debían contextualizarse para no desvirtuar la visión holista que debe presidir todo trabajo etnográfico.

Como ya señalamos anteriormente, durante la realización del trabajo etnográfico nos acompañó tanto un *diario de campo*, como el –siempre recurrente– *cuaderno de notas*. En el diario de campo, instrumento privilegiado del etnógrafo, debían quedar registradas las sensaciones, dificultades, casualidades y curiosidades, frustraciones y vivencias que acompañaron al investigador durante su trabajo de campo. En casa, en la tranquilidad de la noche y la comodidad del escritorio, esas experiencias debían ser transcritas en las blancas páginas de un diario que, incansablemente, me ha acompañado tanto en las fases más estimulantes y complicadas del proceso etnográfico, como en las largas horas de pupitre en las que era el encargado de recordar aquellas mundologías sobre las que edificar la infranqueable prisión del proceso creativo. Y diario escudado en el campo por su acólito cuaderno de notas, casi *sanchopanciano*, encargado por su parte de registrar de forma realista, grosera, tragantona, los datos muchas veces más útiles y menos poéticos: las frases captadas casi sin querer en un café, números de teléfono, direcciones, confesiones, etc.

Finalmente –y como ya quedó apuntado en la introducción–, el método cognitivo empleado en esta investigación ha sido *deductivo* –y no inductivo, suposición acostumbrada en ciencias sociales en los últimos años–. En este sentido, y aunque lo veremos con detenimiento en siguientes apartados, mi investigación ha partido de un conjunto de postulados teóricos previos sobre el modo de vida de los trabajadores autónomos, diseñados –se intuye– por la moderna teoría y análisis de los modos de vida. Así, la “llegada al campo” no se ha presupuesto límpida o exenta de prejuicios – como sucede en determinadas posturas teóricas actuales–, sino que se ha asumido una carga teórica previa que creemos inevitable –y, más aún, deseable–. Con todo, el trabajo de campo ha podido variar o modificar algunos de estos supuestos iniciales, y de hecho este es uno de los principios esenciales de las investigaciones realizadas bajo este modelo epistemológico. La teoría de los modos de vida aspira a ser un método científico para las ciencias sociales, y como tal debe estar sujeto a corroboración y, además, ser falsable.

AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA

Relación de entrevistas registradas:

Nº Entrevista	Edad	Población	Nº Hectáreas Aprox.	Comercialización (otra profesión)
1	32	Totana	10	Libre
2	33	Totana	5	Libre
3	36	Totana	10-12	Gran Empresa
4	65	Totana	7	Gran Empresa
5	33	Totana	–	Gestor Empresa Agrícola
6	56	Aledo	3,5	Libre
7	67	Aledo	2,5	Libre
8	40	Totana	12	Libre/Cooperativa
9	55	Aledo	7	Cooperativa
10	29	Totana	–	Técnico Agrícola
11	71	Totana	4	Cooperativa
12	52	Raiguero	13	Gran Empresa
13	43	Alhama	10	Gran Empresa
14	41	Totana	–	Cooperativa
15	55	Totana	8	Cooperativa
16	65	Totana	9	Cooperativa/Libre
17	53	Aledo	40	Gestor Cooperativa
18	64	Totana	4	Cooperativa
19	51	Alhama/Totana	3	Cooperativa
20	49	Aledo/Totana	15	Cooperativa/Libre
21	64	La Hoya (Lorca)	–	Gestor Empresa Agrícola
22	45	Totana	–	Técnico Agrícola
23	40	Aledo	12	Gran Empresa
24	48	Aledo	3,5	Libre
25	42	Alhama	9	Cooperativa
26	41	Aledo	8	Libre/Gran Empresa

Capítulo 2: Discusiones en torno a las características y supervivencia de los pequeños agricultores en el desarrollo del capitalismo

I. Primeras aproximaciones: ¿el fin de la pequeña explotación agrícola?

Desde principios del siglo XIX, la evolución de la economía capitalista hizo pronosticar a muchos el fin próximo de la pequeña agricultura. La propia e inexorable evolución del capitalismo y su división convencional entre inversores, empresarios y empleados no podía dejar, en principio, ningún espacio a los pequeños agricultores. Fue en este marco histórico, y sobre todo desde mediados del siglo XIX, cuando los teóricos socialistas introdujeron el debate sobre la conocida como “cuestión agraria”, articulada en torno a la pregunta de cómo superar la explotación capitalista en el campo. En este punto, Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina Navarro sintetizan lo que podría definirse como “marxismo agrario” como «el esquema teórico que interpreta la evolución de las estructuras agrarias en el proceso histórico a través de las siguientes características: 1) una evolución unilineal de la agricultura determinada por el crecimiento de las “fuerzas productivas” y la configuración del progreso como resultado; 2) una secuencia histórica de fases o modos de producción irreconciliables entre sí y que disciplinan los cambios en la agricultura; 3) la centralización y concentración como procesos necesarios al capitalismo industrial eliminan al campesinado de la agricultura al ser aquél incapaz de incorporarse al progreso técnico; 4) la gran explotación agraria posee una potencial superioridad técnica que, a través de las ventajas de las “economías de escala”, permiten el crecimiento de su composición orgánica del capital, avanzando así hacia la socialización de la producción agraria, y 5)

la existencia de una contraposición básica entre la gran y la pequeña explotación, cuyo desenlace es la proletarización del campesinado y la polarización social en el campo»²⁰.

De hecho, el propio Marx se ocupó más bien poco de la evolución de la agricultura en el desarrollo del capitalismo, cuestión que trata principalmente en la “Génesis de la Renta Capitalista de la Tierra” en el tomo III de *El Capital*²¹. Es allí donde, relacionadas con la evolución histórica de la renta del suelo, estudia diversas formas de explotación agrícola, por otra parte únicamente válida para Europa. De cualquier modo, y tomando como referente el caso de Inglaterra, realiza un análisis de la cuestión sobre la base de una ficción metodológica donde el capitalismo tiende necesariamente a imponer su dominio en todas las ramas de la producción, proyectando los elementos escrutados desde el pasado hacia el presente. Sostiene así que la concentración de la propiedad y el empleo de mano de obra asalariada conducirán al asentamiento de las grandes explotaciones agrícolas, una evolución normal y previsible en la penetración del capitalismo en la agricultura.

No obstante, y sin alterar en exceso esta hipótesis central, en ciertos lugares Marx interpreta la pequeña propiedad parcelaria como un determinado *régimen de producción*, caracterizado por el hecho de que el campesino es propietario de la tierra entendida como instrumento fundamental de la producción, de una parte, y por la circunstancia de que el buen funcionamiento de la explotación se encuentra determinado por el salario que el pequeño agricultor se abona a sí mismo, una vez reducidos los costes de producción, de otra. En este sentido –sintetiza Pérez Touriño–, «Su existencia como forma social de producción aparece ligada a determinadas condiciones: que la población rural tenga predominio numérico, débil concentración del capital y atomización por lo tanto del mismo, y predominio del autoconsumo como medio de subsistencia de la población rural»²². El régimen de producción parcelario era de hecho para Marx la propia base económica de la Antigüedad clásica, recuperada en Europa más tarde al disolverse el régimen feudal: «Esta forma de libre propiedad parcelaria de

²⁰ Sevilla Guzmán, Eduardo y González de Molina Navarro, Eduardo, “Ecosociología: algunos elementos teóricos para el análisis de la convolución social y ecología en la agricultura”, en REIS, Nº 52/90, 1990, pp. 7-45.

²¹ Marx, Karl, *El capital. Libro III. El proceso global de la producción capitalista*, Vol. 8, Madrid, Siglo XXI, 1981, pp. 995-1034. Marx también trata esta cuestión en *Formaciones económicas precapitalistas*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967; y en casos históricos particulares en *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, Buenos Aires, Ateneo, 1972; en *La lucha de clases en Francia*, Madrid, Ayuso, 1975; y *La guerra civil en Francia*, Madrid, Aguilar, 1971.

²² Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1983, p. 108.

campesinos que cultivan sus propias tierras, en cuanto forma normal y dominante, constituye por una parte el fundamento económico de la sociedad en los mejores tiempos de la antigüedad clásica y la encontramos entre los pueblos modernos como una de las formas que surgen al disolverse la propiedad feudal de la tierra»²³.

No obstante, Marx señala al tiempo que este modo de producción no debe entenderse sino como una fase transitoria surgida en ciertas etapas históricas en las que aún no se han consolidado ciertas relaciones de producción como dominantes. En este sentido, la propiedad parcelaria «excluye, por su índole, el desarrollo de las fuerzas sociales productivas del trabajo, las formas sociales del trabajo, la concentración social de los capitales, la ganadería en gran escala y la aplicación avanzada de la ciencia»²⁴. La estructura y funcionamiento de la producción parcelaria serían así incompatibles con el desarrollo capitalista, y puesto que éste es inevitable y dominante, aquélla no puede entenderse sino como una fase transitoria, aunque necesaria, en el desarrollo de la agricultura. De hecho, el proceso de esta crisis es descrito por Marx de forma inevitable: «La usura y el sistema impositivo necesariamente han de empobrecerla por doquier. El desembolso del capital en el precio del suelo sustrae dicho capital al cultivo. La infinita fragmentación de los medios de producción y el aislamiento de los propios productores. La monstruosa dilapidación de las fuerzas humanas. El progresivo empeoramiento de las condiciones de producción y el encarecimiento de los medios de producción constituyen una ley necesaria de la propiedad parcelaria»²⁵.

Con todo, en *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, el campesinado parcelario es caracterizado como una clase social “sin conciencia de sí”, y de hecho la más numerosa de Francia –por aquel entonces, claro–. En este sentido, su carácter de clase vendría condicionado –de nuevo– por su propio modo de producción, que «los aísla a unos de otros, en vez de establecer relaciones mutuas entre ellos. Este aislamiento es fomentado por los malos medios de comunicación de Francia y por la pobreza de los campesinos. Su campo de producción, la parcela, no admite en su cultivo división alguna del trabajo ni aplicación alguna de la ciencia; no admite, por tanto, multiplicidad de desarrollo, ni diversidad de talentos, ni riqueza de relaciones sociales. Cada familia campesina se basta, sobre poco más o menos, a sí misma, produce directamente ella misma la mayor parte de lo que consume y obtiene así sus materiales de existencia más

²³ Marx, Karl, *El capital, Tomo III*, op. cit., p. 1026.

²⁴ Marx, Karl, *El Capital. Tomo III*, op. cit., p. 1027.

²⁵ *Ibíd.*, p. 1027.

bien en intercambio con la naturaleza que en contacto con la sociedad»²⁶. A través de las distintas formas de rentas derivadas de la descomposición de la dominancia feudal – aunque básicamente la libre propiedad–, este campesinado parcelario no sería capaz de adquirir una conciencia de sí, situándose de hecho como una clase social explotada por el capital, que toma de la agricultura parcelaria ganancia, intereses y renta, mientras que el campesino debe arreglárselas para sacar como pueda su salario.

Pérez Touriño, al estudiar los análisis de Marx sobre la pequeña propiedad parcelaria, resume los mismos en tres cuestiones fundamentales: «En primer lugar [...] son relaciones sociales de producción, básicamente, las que giran en torno a la propiedad de la tierra y las condiciones sociales de acceso y reproducción de la misma, las que están en la base de su caracterización. En segundo lugar, para Marx es incompatible con el desarrollo capitalista y con el progreso social (en el sentido de la división social del trabajo, incremento de la productividad y condiciones de vida de los propios agricultores) el mantenimiento del régimen de producción parcelario, que encierra límites muy precisos al desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Por último, resulta central en la propia especificidad de este régimen de producción las relaciones sociales, y en concreto el drenaje de excedente, con las clases sociales dominantes en un momento dado. Su existencia social como régimen de producción definible en sí mismo, es decir, al margen de sus relaciones con otras formas productivas, aparece ligado a momentos de transición entre distintos modos de producción dominantes y el que sea dominante socialmente se asocia a condiciones muy particulares, tales como predominio de la población rural, capital técnico muy débil, volumen de producción relativamente bajo, siendo la tierra el instrumento de producción esencial»²⁷.

Los análisis de Marx sobre la pequeña explotación campesina y su carácter transitorio en el desarrollo capitalista fueron continuados –de forma más o menos heterodoxa– por diversos autores, entre los cuáles cabría destacar, en primer lugar, al propio Vladímir Ilich Uliánov, Lenin, autor olvidado durante muchos años pero indudablemente pertinente en nuestros análisis aquí. En este punto, cabe distinguir en Lenin dos fases de desarrollo teórico sobre el tema, separadas por los sucesos revolucionarios de 1905 y 1907, acontecimientos que le hicieron cuestionar sus

²⁶ Marx, Karl, *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, op. cit., p. 133.

²⁷ Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, op. cit., pp. 109-110.

planeamientos iniciales²⁸. Así, en un primer momento, Lenin continúa las tesis marxistas sobre el desarrollo capitalista en la agricultura, pronosticando –como tantos autores de la época– el inminente fin de la pequeña explotación agrícola, forma de producción precapitalista y residuo feudal. Esta tesis leninista queda expuesta del siguiente modo en *El contenido económico del populismo*, de 1895, donde señala que «La penetración de la producción mercantil en el campo hace que la riqueza de cada familia campesina dependa del mercado, creando, mediante las oscilaciones de éste, una desigualdad que se acentúa al concentrar el dinero libre en manos de unos y arruinar a otros. Ese dinero sirve, naturalmente, para explotar a los campesinos que, estando al borde de la ruina, aún conservan sus haciendas, y al dejarlos que sigan trabajando la tierra con los viejos métodos técnicamente irracionales, puede explotarlos comprándoles el producto de su trabajo. Pero la ruina del campesino alcanza por fin tal grado, que éste se ve obligado a abandonar por completo su hacienda: ya no puede vender el producto de su trabajo, no le queda más remedio que vender su trabajo»²⁹.

Como vemos, en esta fase anterior a 1905, Lenin asume como irrefutables las tesis sobre agricultura del marxismo clásico, sustentadas en el inequívoco antagonismo entre desarrollo capitalista y pequeña producción campesina. En este sentido, la expansión capitalista excluye en sí misma el mantenimiento de la producción agrícola campesina – como decimos sobrevivencia feudal y para Lenin sin entidad como forma social de producción–, pues se fundamenta precisamente en la rápida concentración y centralización del capital. Pero es a partir de entonces, en *La cuestión agraria y los “Críticos de Marx”* y en *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa 1905-1907* –escritos de 1908–, y sobre todo en *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura* –escrito en 1915 pero publicado en 1917–, cuando Lenin concibe una forma alternativa de desarrollo del capitalismo en agricultura³⁰.

²⁸ Véase sobre esto Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, op. cit., p. 223 y ss.

²⁹ Lenin, *El contenido económico del populismo*, Obras Completas, Tomo I, Editorial Akal, 1977, [1895], p. 499.

³⁰ Lenin, *La cuestión agraria y los “Críticos de Marx”*, y *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa 1905-1907*, ambos textos en Lenin, *Obras Completas*, Tomo XIII, Madrid, Akal, 1977, pp. 165-216 y pp. 217-438 respectivamente; Lenin, *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura*, en *Obras Completas*, Tomo XXIII, Madrid, Akal, 1977, pp. 89-183; en este punto, también es ciertamente interesante un trabajo de relativa transición de 1910, en Lenin, *El sistema capitalista en la agricultura moderna*, *Obras Completas*, Tomo XVI, Madrid, Akal, 1977, pp. 429-454. Véase también para esto el ensayo de Pérez Touriño que venimos comentando: Pérez

En efecto, es entonces cuando Lenin comienza a concebir la posibilidad de dos formas diferentes de desarrollo de la agricultura en el capitalismo: la “vía prusiana” por un lado, y la “vía norteamericana” por otro. Así, argumenta, «las formas de este desarrollo pueden ser dos. Los restos del feudalismo pueden desaparecer tanto mediante la transformación de las haciendas de los terratenientes como mediante la destrucción de los latifundios de los terratenientes, es decir, por medio de la reforma o por medio de la revolución. El desarrollo burgués puede verificarse teniendo al frente las grandes haciendas de los terratenientes, que paulatinamente se tornen cada vez más burguesas, que paulatinamente sustituyan los métodos feudales de explotación por los métodos burgueses, y puede verificarse también teniendo al frente las pequeñas haciendas campesinas, que por vía campesina extirpen del organismo social la “excrecencia” de los latifundios feudales y se desarrollen después libremente sin ellos por el camino de las granjas capitalistas»³¹. Tenemos pues, de una parte, el modelo prusiano –que parecería corroborar las interpretaciones del marxismo clásico–, donde la conversión de los campesinos en asalariados agrícolas, la transformación de la explotación feudal en explotación burguesa capitalista, y la consiguiente desaparición de la agricultura familiar o campesina, parecían ser desarrollos inevitables. Y de otra parte, la vía norteamericana o *farmer*, basada igualmente en la destrucción de los latifundios de los terratenientes, pero que conduciría al establecimiento de un nuevo tipo de campesinado como libre propietario de la tierra, bajo la forma de la explotación de tipo familiar –aunque Lenin discutirá más tarde lo oportuno de esta caracterización–.

Por supuesto, es el descubrimiento de esta segunda alternativa de desarrollo de la agricultura el que más nos interesa aquí, no sólo por cuanto puede ofrecernos algunas claves sobre la supervivencia de la pequeña agricultura hasta nuestros días, sino además porque supuso una nueva forma de entender dicho desarrollo. Refiriéndose a este segundo caso, prosigue Lenin, «no existen haciendas de terratenientes o son aventadas por la revolución, que confisca y fragmenta las posesiones feudales. En este caso predomina el campesino, que pasa a ser el agente exclusivo de la agricultura y va evolucionando hasta convertirse en el granjero capitalista. En el primer caso [la vía prusiana], el contenido fundamental de la evolución es la transformación del feudalismo en sistema usurario y en explotación capitalista sobre las tierras de los feudales-

Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, op. cit., p. 230 y ss.

³¹ Lenin, *El programa agrario de la socialdemocracia...*, op. cit., p. 241.

terratenientes-junkers. En el segundo caso [la vía norteamericana], el fondo básico en la transformación del campesino patriarcal en el granjero burgués»³².

Los análisis de Lenin supusieron en este punto un importante desarrollo de la teoría marxista en agricultura, al vislumbrar la formación de un tipo distinto de agricultura a pequeña escala sustentada sobre la producción intensiva, una alta tecnificación y con elevados niveles productivos. De hecho, el propio Lenin admitía que esta alternativa norteamericana «entraña el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas y las mejores condiciones de existencia de las masas campesinas (las mejores posibles bajo la producción mercantil) [esto es, capitalista]»³³, únicamente mejorable, claro, por la solución socialista. Que Lenin reconociera las virtudes de esta forma alternativa de desarrollo capitalista de la agricultura no deja de ser sumamente interesante, y posiblemente ese fuera el motivo de que continuase profundizando sus análisis al respecto –además, claro, de sus innegables ambiciones como científico social–.

Este interés quedó evidenciado en 1917, cuando vio la luz un escrito –de 1915– dedicado precisamente al desarrollo del capitalismo en la agricultura de los Estados Unidos de América, donde continúa el estudio de este segundo modelo. Allí admite que aquella segunda opción puede llegar a ser incluso la forma predominante de evolución en el campo, y ello porque «La vía fundamental de desarrollo de la agricultura capitalista consiste precisamente en el hecho que la pequeña explotación, permaneciendo pequeña por su superficie, se transforma en gran explotación, por el volumen de la producción, por el desarrollo de la ganadería, por la cantidad de abonos empleados, por el desarrollo de la utilización de máquinas»³⁴. Aparecen aquí dos elementos particularmente relevantes para nuestros intereses³⁵: en primer lugar, cuestiona la eficacia analítica de la disyuntiva entre pequeñas y grandes explotaciones agrícolas –tan recurrente en otras posiciones que después veremos–, afirmando explícitamente que el tamaño de las mismas no debe ser considerado como un factor determinante para su viabilidad económica. En este sentido, se preocupa en mostrar cómo las explotaciones agrícolas del norte de los Estados Unidos, en porcentaje notablemente más pequeñas que las grandes haciendas del sur, resultan ser mucho más productivas debido, precisamente, a su alta tecnificación, al empleo de maquinaria, uso de abonos, etc. La pequeña agricultura deja así de ser entendida como un reducto feudal,

³² *Ibid.*, p. 242.

³³ *Ibid.*, p. 246.

³⁴ Lenin, *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo...*, op. cit., p. 107.

³⁵ Véase Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 232 y ss.

y pasa a considerarse como una posibilidad de desarrollo. Esta cuestión conecta al tiempo, y en segundo lugar, con uno de los debates que con más fuerza centrarán los análisis sobre el desarrollo capitalista de la agricultura años después: a saber, las íntimas relaciones sectoriales entre la agricultura y la industria. En efecto –y sin adelantar aquí posturas que después veremos más detenidamente–, Lenin parece conceder especial atención a la importancia creciente que estas relaciones intersectoriales tienen para el desarrollo económico –si bien no puede entender aún la enorme relevancia que la modernización del agro supone en sí para el conjunto de la industria–³⁶. En este sentido, y por supuesto, su preocupación aquí se centra en el problema de la supuesta *inmovilización* en la agricultura de las enormes ganancias amasadas por los terratenientes, circunstancia que debía retardar necesariamente el desarrollo industrial³⁷.

Es interesante señalar además cómo en este mismo trabajo Lenin pone en duda la validez del término “agricultura familiar” referido a las pequeñas explotaciones agrícolas modernas, y en relación crítica –en aquel momento– con las tesis de los autores llamados “populistas” y “oportunistas”. En este sentido, afirma que «Los censos agrícolas de los últimos años, por ejemplo el austríaco de 1902 y el alemán de 1907 [...] muestran que en la agricultura moderna –y en particular en la pequeña explotación agrícola– se emplea mucho más trabajo asalariado que lo que se cree habitualmente. Nada puede refutar tan evidente y categóricamente la fábula pequeñoburguesa de la pequeña agricultura “basada en el trabajo familiar” como estos datos»³⁸. En efecto, la pequeña explotación agrícola ha sido considerada durante buena parte del siglo XX –e incluso hasta nuestros días– como fundada en el trabajo familiar, y por un amplio abanico de teóricos de la agricultura. De hecho, se han usado frecuentemente como sinónimos “pequeña explotación agrícola”, “agricultura familiar” o, incluso, “agricultura campesina”, referida esta última a las pequeñas explotaciones familiares apartadas de núcleos urbanos importantes. Aunque en este sentido, por supuesto, los intereses y observaciones de Lenin se apartan en mucho de los nuestros –y si bien su teoría esta salpicada siempre de supuestos ideológicos más o menos recalcitrantes–, sin duda este cuestionamiento supone un hito fundamental en nuestro trabajo, por cuanto nuestras observaciones actuales verifican en gran parte la validez de las posiciones leninistas. Con todo, y como acaba de ser apuntado, las observaciones de Lenin

³⁶ Sólo por citar uno de los primeros referentes sobre el tema: Dorner, Peter, *Reforma agraria y desarrollo económico*, Madrid, Alianza, 1974.

³⁷ Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 233.

³⁸ Lenin, *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo...*, op. cit., p. 109.

permanecían en ocasiones excesivamente sometidas a ciertos postulados ideológicos difícilmente asumibles, como por ejemplo la polarización social ineludible entre burguesía y proletariado en el desarrollo capitalista³⁹. En este sentido, por ejemplo, asimila “agricultura mercantilizada” con capitalismo, o sostiene –como acabamos de ver– que la explotación agrícola familiar deberá recurrir progresivamente a la mano de obra asalariada, siendo asimilable por ello mismo con la agricultura extensiva capitalista.

Es ahora el momento de darnos cita con otro de los grandes teóricos marxistas de aquella época interesado también por la “cuestión agrícola”: a saber, Karl Kautsky⁴⁰. Para muchos, de hecho, *La cuestión agraria* –su obra fundamental– está exenta de muchas de las contradicciones que enturbian en parte los análisis leninistas, siendo considerada la expresión más acabada de la ortodoxia marxista sobre la evolución de la agricultura en el capitalismo. Sea como fuere, es preciso comenzar aquí señalando el manifiesto enfoque determinista que caracteriza su interpretación, donde el desarrollo de las fuerzas productivas –junto con el de la ciencia, la tecnología y el propio mercado– ha de marcar el cambio social dirigido hacia el progreso armónico de la sociedad. En este sentido, afirma, «La sociedad humana es un organismo, un organismo de tipo particular, diferente del animal o del vegetal, pero, sin embargo, organismo y no simple agregado de individuos, y como tal debe ser organizada de manera unitaria. Es absurdo creer que una de las partes de una sociedad pueda desarrollarse en un sentido y otra [la agricultura], tan importante, pueda hacerlo en sentido opuesto. La sociedad no puede desarrollarse sino en un sentido. Pero no es necesario que cada parte del organismo saque de sí misma la fuerza motriz necesaria para su desarrollo; baste que una parte del organismo produzca las fuerzas necesarias para el organismo entero. Si el desarrollo de la gran industria actúa en el sentido del socialismo y si la gran industria es en la sociedad actual la potencia dominante, ésta arrastrará hacia el socialismo y adaptará a sus exigencias incluso aquellos sectores que no son capaces de crearse por sí mismos las premisas de esta revolución. Debe hacerlo así, en beneficio propio, en beneficio de la unidad, de la armonía de la sociedad»⁴¹.

³⁹ Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 233.

⁴⁰ Kautsky, Karl, *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, París, Ruedo Ibérico, 1970 [1899]. Véanse a modo introductorio: Pérez Touriño, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., pp. 37-69 y pp. 236-242.

⁴¹ Kautsky, Karl, *La cuestión agraria*, op. cit., pp. 324-325.

Encontramos aquí una de las grandes aportaciones kautskianas al debate: a saber, la convicción en la necesidad de analizar el desarrollo de la agricultura en el marco de la evolución del conjunto del sistema económico. En efecto, para Kautsky es preciso estudiar las transformaciones que el desarrollo del capitalismo ocasiona en la agricultura, y cómo ésta se conforma y obedece a las leyes del –por aquel entonces– nuevo modo de producción⁴². Este es por tanto el elemento que determinará el futuro de la agricultura, la cuestión principal que deben observar los analistas, y no tanto el tamaño de las explotaciones: «La teoría marxista del modo de producción capitalista no consiste sencillamente en reducir el desarrollo de este modo de producción a la fórmula “desaparición de la explotación pequeña ante la grande”, de manera que quien sepa de memoria esta fórmula tendría, como quien dice en el bolsillo, la clave de toda la economía moderna. Si se quiere estudiar la cuestión agraria según el método de Marx, no hay que limitarse a la cuestión de saber si la pequeña explotación tiene algún porvenir en la agricultura, sino que, por el contrario, hay que examinar todas las transformaciones de la agricultura bajo el modo de producción capitalista. Es decir, averiguar: *Si y cómo el capital se apodera de la agricultura, la transforma y hace insostenibles las viejas formas de producción y de propiedad, y crea la necesidad de otras nuevas*»⁴³.

Otro de los elementos especialmente interesantes en el análisis kautskyano es su concepción de la agricultura moderna como una ciencia, imagen fundada en una sobrevaloración del desarrollo científico y su aplicabilidad al agro. A esta cuestión dedica de hecho el Capítulo IV de su gran obra, donde argumenta que la mecanización, la revolución de la fisiología vegetal, los nuevos métodos de cultivo, la utilización de productos químicos, etc., son las características fundamentales de una agricultura que ha dejado de ser un *arte* para convertirse en *ciencia*: «En pocos lustros la agricultura, la más conservadora de todas las formas de producción y que durante miles de años casi había permanecido estacionaria, pasó a ser no una de las formas más revolucionarias sino la más revolucionaria de las formas de producción modernas. A medida que se transformaba, cesó de ser un *oficio*, transmitido de padres a hijos, para convertirse en *ciencia*, o mejor aún, en sistema científico, ensanchando el campo de sus investigaciones y el horizonte de sus conocimientos teóricos. El agricultor que no está familiarizado con las ciencias, es mero “práctico”, asiste impotente y perplejo a estas

⁴² Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 38 y ss.

⁴³ Kautsky, Karl, *La cuestión agraria*, op. cit., p. 12. La cursiva es del texto original en la edición citada.

innovaciones, sin poder volver tampoco al antiguo método, porque le es imposible seguir trabajando con los procedimientos de sus antepasados»⁴⁴.

Esta característica esencial de la agricultura moderna ha de suponer necesariamente –en opinión de Kautsky– el final de la pequeña explotación campesina. De hecho, la explotación campesina no es para nuestro autor sino un anacronismo en el marco del desarrollo capitalista: «La prosperidad de la agricultura y la persistencia de los procedimientos de economía campesina son dos conceptos que se excluyen uno a otro en el modo de producción capitalista desarrollado»⁴⁵. Se trata de un “residuo feudal”, el vestigio de otra época que debe dejar paso a una nueva forma de producción agrícola sostenida sobre las bases del desarrollo tecnológico, científico y, por supuesto, mercantil. En este sentido, la pequeña producción agrícola es considerada de nuevo como un obstáculo para el capital y el desarrollo de la agricultura.

Ahora bien, Kautsky es consciente –como arriba apuntamos– de las características idiosincrásicas de la producción agrícola, particularidades que permiten una cierta resistencia de la pequeña explotación campesina frente a la gran explotación. Esta resistencia se basa, esencialmente, en dos variables que el pequeño agricultor puede alterar: de una parte, el trabajo excesivo –esto es, la autoexplotación de la familia campesina–; y de otra parte, la reducción al mínimo de su nivel de vida. En efecto, puesto que la pequeña explotación agrícola es «la más irracional entre todas las que producen mercancías, tiene que sostener la lucha contra la competencia a expensas de un trabajo excesivo y un nivel de vida infrahumano»⁴⁶. Estas son en opinión de Kautsky las únicas dos variables que el campesino puede modificar conscientemente para amoldarse a las exigencias del mercado capitalista y de la propia división del trabajo del moderno sistema productivo.

Con todo, la cuestión de la dialéctica entre la pequeña y la gran explotación no deja de ser central en el análisis kautskyano. En este sentido, señala que es el propio desarrollo capitalista en la agricultura el que hace ahondar la diferencia cualitativa entre la pequeña y la gran explotación, por cuanto ésta adoptará una superioridad técnica difícilmente alcanzable para aquélla. Pérez Touriño resume en cuatro los aspectos que –

⁴⁴ *Ibid.*, p. 59.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 246.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 248. Empero, esta doble estrategia ha sido señalada en innumerables ocasiones como la única posible para los pequeños agricultores; véase, por ejemplo: Wolf, Eric, *Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1982, pp. 23-28.

teóricamente— determinan esta preponderancia⁴⁷: en primer lugar, el incremento del tamaño de la explotación supone la operación análoga de economías de escala; en segundo lugar, una mayor rentabilización de la maquinaria y los instrumentos de trabajo; en tercer lugar, una mayor eficiencia derivada de la propia división capitalista del trabajo; y, finalmente, mayores ventajas tanto en el acceso al crédito como en la comercialización de la producción.

Aceptando la validez de estos principios, Kautsky señala no obstante ciertos elementos que dificultan el desarrollo de la gran explotación en agricultura por un lado, y que ofrecen posibilidades de subsistencia a la pequeña explotación por otro —además de los citados más arriba⁴⁸. En primer lugar, cabría señalar algunos condicionantes de orden global externos a la agricultura: la explotación del campo por la ciudad en la forma de hipotecas, rentas territoriales, etc.; la competencia del mercado internacional; o la despoblación del campo y las consiguientes dificultades para la obtención de la suficiente fuerza de trabajo para las grandes explotaciones. Otra serie de factores serían inherentes a la agricultura, como es el régimen de propiedad privada del suelo, obstáculo al desarrollo de la agricultura extensiva, circunstancia ajena a la producción industrial por ejemplo.

De hecho —y como acertadamente señala Etxezarreta—, puede parecer que en Kautsky la dinámica de la agricultura en el capitalismo se regiría por la evolución de grandes ciclos de concentración y fraccionamiento de las explotaciones, marcados eso sí por diversos factores⁴⁹. Así, por ejemplo, la propiedad privada de la tierra, la exigencia de cambio de cultivos, o la propia necesidad para las clases dominantes de mantener una cierta fuerza social conservadora constituida por pequeños y medianos campesinos, serían elementos “enfrentados” a esa tendencia capitalista a la concentración. Por otro lado, el gran empresario agrícola necesita de hecho de una cierta fuerza de trabajo de reserva y de algunos de los excedentes de la pequeña agricultura, lo que supondría la conveniencia de sostener un cierto volumen de pequeñas explotaciones.

En este contexto, la pequeña explotación subsistiría en el marco del capitalismo moderno únicamente como subordinada de la agricultura extensiva o industrial, que en cualquier caso continuaría su proceso dominante. Múltiples factores pueden retrasar o dificultar el proceso de concentración de las propiedades —que en ningún caso será

⁴⁷ Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 237.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 238.

⁴⁹ Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, p. 16 y ss.

lineal–, pero ello no significa –se insiste– que la pequeña explotación pueda detener dicho proceso: «nada es más absurdo que suponer que si perdura la pequeña explotación es porque es capaz de sostener la competencia. Subsiste porque cesa de hacer la competencia a la gran explotación y de tener importancia como vendedora de productos que la grande produce al lado de ella. La pequeña explotación ya no vende cuando se desarrolla a su lado la gran explotación capitalista. Se convierte de vendedora en compradora del “excedente de productos” de la gran explotación, y la mercancía que ella produce en exceso es precisamente el medio de producción que necesita la gran explotación: la fuerza de trabajo»⁵⁰.

II. Nuevas interpretaciones: motivos de la supervivencia de las pequeñas explotaciones en el siglo XX

En parte en oposición a las tesis de Marx, Lenin y Kautsky, Alexander V. Chayanov desarrolló una particular visión de la economía campesina, fundamentalmente preocupada por explicar su especificidad⁵¹. En este sentido, y a pesar de que Chayanov no se ocupa directamente de la cuestión que aquí nos guía –a saber, la supervivencia de la pequeña explotación agrícola en el desarrollo capitalista–, lo cierto es que su particular interpretación de la organización campesina, y especialmente su gran influencia en autores posteriores, justifican una breve referencia a su obra. Con todo, lo realmente importante de la obra chayanoviana para nosotros es su visión de la economía campesina como un particular “sujeto económico”, articulado sobre la base del trabajo doméstico o familiar, y en el que están ausentes las categorías de salario y beneficio en sentido riguroso. La invalidez de estas categorías para el campesino explica que sus motivaciones sean distintas a las del capitalista y el obrero, hecho que define precisamente su especificidad.

⁵⁰ Kautsky, Karl, *La cuestión agraria*, op. cit., p. 175.

⁵¹ Véase fundamentalmente: Chayanov, Alexander V., *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974; y “On the Theory of Non-Capitalist Economic System’s”, en Kerblay B. y Smith, R., *The Theory of Peasant Economy*, Illinois, Homewood, 1966. En la edición de *La organización de la unidad económica campesina* que aquí citamos, puede encontrarse una buena introducción de Eduardo P. Archetti, además de en el ensayo de Emilio Pérez Touriño que venimos comentando, *Agricultura y Capitalismo*, op. cit., pp. 51-67. En relación con los temas que aquí venimos tratando, son también referentes los textos de Lehmann, David, “Ni Chayanov ni Lenin: Apuntes sobre la teoría de la economía campesina”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, N° 1, Vol. 3, 1980, pp. 5-23; y “Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chayanovian Marxism”, en *Comparative Study of Society and History*, N° 4, Vol. 28, 1986, pp. 601-627.

Siguiendo esta argumentación, Chayanov señala el *producto obtenido por el trabajo familiar* como la única categoría de ingreso posible en ausencia –como decimos– de los vectores salario/beneficio propios del modo de producción capitalista. Como explica Pérez Touriño, en Chayanov «la noción central es que la actividad económica de la unidad de explotación familiar viene regulada como resultado del llamado balance consumo-trabajo, de la búsqueda de un punto de equilibrio entre la satisfacción de las necesidades familiares y el esfuerzo, fatiga o desutilidad, ocasionados por alcanzar unos determinados resultados materiales [...] El campesino actúa por comparación entre la restricción que le introduce la fatiga del desgaste de la fuerza de trabajo y la cobertura de las necesidades familiares. El punto de equilibrio es, pues, el grado de autoexplotación de la fuerza de trabajo familiar que el campesino considera óptimo»⁵². Por supuesto, estas tesis permanecen fuertemente marcadas por las circunstancias históricas que las inspiraron, lo cual las torna ampliamente discutibles, especialmente en relación con la actualidad de la agricultura en los países del llamado capitalismo avanzado. Con todo, lo realmente interesante para nosotros es señalar cómo Chayanov supo entender la especificidad no ya de la economía campesina –desaparecida en sus concepciones originarias en nuestro campo de estudio–, sino de aquello que daremos en llamar la *producción mercantil simple*, entendida como un modo de producción distinto al capitalista y propio de los trabajadores autónomos –nuestro objeto de estudio–.

Con todo –y no obstante muchas de las tesis del marxismo clásico–, la pequeña agricultura ha sobrevivido durante todo el siglo XX, incluso en los países más desarrollados, hasta llegar –al menos– a los albores del XXI. Esta evidencia ha llevado a muchos a discutir las previsiones de la teoría marxista clásica, introduciendo –junto con el tamaño de las explotaciones– nuevos factores en la ecuación. Y es que la propia economía capitalista ha reservado a la agricultura diversas formas de absorción y desarrollo: «El fin del siglo XX no está marcado por la generalización de la vía “clásica” de desarrollo del capitalismo en la agricultura, sino más bien al contrario por la intensificación general del sector de la pequeña explotación»⁵³.

En este punto, y siguiendo a varios autores recogidos en su compendio –especialmente al mismo Postel-Vinay, Servolin y Lebossé-Ouisse–, Miren Etxezarreta enumera varios factores encargados de explicar las posibles causas de la supervivencia

⁵² Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo*, op. cit., p. 55.

⁵³ Postel-Vinay, Gilles, “La rente foncière dans le capitalisme agricole”, en *Documents et recherches d'économie et socialismo*, Nº 7, 1974, selección recogida en Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., p. 275.

de los pequeños agricultores⁵⁴. En primer lugar, y a diferencia de lo ocurrido en la gran industria, la *superioridad técnica* de las grandes explotaciones no es en absoluto tan patente como Kautsky imaginaba. Por una parte, la absorción de los principales avances tecnológicos tales como las simientes, los abonos o las mejoras genéticas de los productos, no es un gran problema para la pequeña explotación. La incorporación de maquinaria, por otra parte, parece incidir menos de lo esperado en la mejora de la productividad agrícola, y de hecho requiere de grandes explotaciones para su utilización eficiente –si bien y en última instancia se ha ido incorporando progresivamente también en la pequeña agricultura–.

En segundo lugar, si atendemos a la especificidad del proceso de producción agrícola, resulta que las distintas operaciones productivas no pueden realizarse de forma simultánea, lo que supone que las posibilidades de *división del trabajo y de cooperación compleja* –propias de la producción capitalista– son muy débiles. Como señala Servolin, «Los diversos procesos de trabajo agrícola no se prestan más que muy débilmente a la manufactura. A pesar de la aplicación de la ciencia a las técnicas agronómicas, los procesos de trabajo en materia de producción vegetal, por no decir nada de la ganadería, conservan los caracteres que les hacen todavía más propios para tomar la forma industrial manufacturera: las diversas operaciones de la producción no pueden realizarse simultáneamente ya que están sometidas a los ritmos biológicos de la vegetación»⁵⁵.

Un tercer factor que explica la supervivencia de las pequeñas explotaciones agrícolas en el desarrollo del capitalismo deriva, precisamente, de las dificultades que la gran empresa debe hacer frente en su necesario –y definitorio– *proceso de concentración de la tierra*. En este sentido, la tierra es un elemento limitado, necesario para la propia supervivencia del pequeño agricultor, lo que supone que el precio de mercado de aquella siempre será mayor a su propia rentabilidad propiamente económica. En palabras de Servolin, «son los pequeños agricultores, al perseguir la seguridad mediante la propiedad, quienes determinan el precio de las tierras. Este precio se impone a los terratenientes no agricultores, haciendo de sus tierras su capital inmovilizado para el cual la renta del suelo es remunerativa. Y lo que es más

⁵⁴ Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., p. 20 y ss.

⁵⁵ Servolin, Claude, “L’absorption de l’agriculture dans le mode de production capitaliste”, *L’univers politique des paysans*, Paris, Armand Colin, 1972, texto traducido al español por Miren Etxezarreta como “La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista”, y recogido en Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., pp. 149-195.

importante, se impone también, indirectamente, a los capitalistas, haciendo casi imposible la concentración de las tierras en grandes explotaciones, que es la condición de producción agrícola capitalista de forma tradicional»⁵⁶. El grado de validez de esta afirmación fluctuará, por otra parte, dependiendo tanto del tipo de cultivo y las exigencias propias para su desarrollo en cada zona analizada, como de las propias dimensiones de la explotación exigibles para el mismo –lo cual no lo desautoriza en absoluto–.

Otro elemento a tener en cuenta en esta explicación es, precisamente, el *Estado*. En efecto, y por diversos –y en muchos casos particulares– motivos políticos, los Estados han protegido y apoyado a las pequeñas explotaciones agrícolas. Servolin se refiere a este hecho ejemplificándolo en la situación vivida en Francia durante la segunda mitad del siglo XIX: «La gran explotación había decepcionado. Ya no atraía a los capitalistas. Por otra parte, su generalización hubiera representado un gran peligro político. La elección de la política molinista de protección de la pequeña explotación por los poderes públicos y el acuerdo de apoyo mutuo entre las clases dirigentes y el pequeño campesinado eran perfectamente lógicos»⁵⁷. De hecho, continúa nuestro autor, fue «el proteccionismo agrícola absoluto practicado por Francia [el que] salvó a la gran explotación, porque era sobre todo ella la amenazada por la competencia del trigo americano»⁵⁸. En este sentido, el Estado debe ser considerado un elemento fundamental en este equilibrio de fuerzas, no ya entre la pequeña y la gran explotación agrícola, sino en cualquier marco económico que pretendamos analizar⁵⁹. También a este hecho se refiere Postel-Vinay, analizando la situación de la agricultura francesa en aquella misma época: «durante este período el desarrollo del capitalismo cambia su rumbo. Respecto al sector agrícola, sus rápidos progresos se detienen en la Comuna, y el malthusianismo bien conocido de la burguesía aparece entonces. Después de este gran miedo prefiere anular o frenar fuertemente el desarrollo de su propio modo de producción anulando o limitando fuertemente la expropiación de los campesinos pobres. La alianza con el campesinado se convierte en una orientación privilegiada de su política. El “sub-desarrollo” del capitalismo es, en este caso, una elección»⁶⁰.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 164.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 157.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 158.

⁵⁹ Wallerstein, Immanuel, *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

⁶⁰ Postel-Vinay, Gilles, *La rente foncière dans le capitalisme agricole. Document et recherche d'économie et socialisme*, Paris, F. Maspero, 1974. Aquí citamos el compendio español traducido por

Un quinto e importante factor a tener en cuenta es, precisamente, el propio carácter de *pequeña producción mercantil* de la agricultura familiar, lo que le permite afrontar tanto las crisis agrícolas como la competencia de las grandes explotaciones capitalistas. En efecto –y como veremos con detenimiento en el siguiente capítulo–, en el conocido como *modo de producción mercantil simple*, «El fin de la producción no es la valoración de un capital y la obtención de una ganancia, sino la subsistencia del trabajador y su familia y la reproducción de los medios de producción necesarios para asegurar dicha subsistencia»⁶¹. En este sentido, el pequeño agricultor se haya en posición de competitividad con la gran explotación porque está dispuesto a aceptar una remuneración total por su producto en ocasiones menor que la de la gran explotación: «en una agricultura de pequeña producción mercantil, los precios son menos elevados de lo que serían si la producción se hiciese en condiciones del capitalismo. Para que fuese de otro modo sería preciso que el modo de producción capitalista estuviese en condiciones de provocar una “revolución” en el valor por la aplicación de técnicas de producción radicalmente inaccesibles a la pequeña explotación»⁶² –lo que no va a suceder según hemos visto–.

Lebossé-Ouisse se refiere a esto mismo en los siguientes términos: «La *rentabilidad* del capital del agricultor invertido en la explotación no es el elemento determinante de su permanencia o no en esta actividad. Esto se relaciona con el hecho [...] de que el agricultor posee los medios de producción necesarios para el ejercicio de su profesión, y no un capital a la búsqueda de la mejor tasa de beneficio»⁶³. A diferencia del empresario capitalista, el pequeño propietario busca, como decimos, su supervivencia y la de su familia, y a lo sumo las condiciones que permitan la reproducción de sus medios de producción. Su objetivo fundamental es pues cubrir sus necesidades inmediatas y hacerse con los avances que permitan, en su caso, continuar su actividad como trabajador independiente, su máxima aspiración.

Estos cinco factores son los que llevan a concluir a estos autores –como señala Etxezarreta– que el proceso de absorción de la pequeña explotación agrícola por el capitalismo en el oeste europeo, es escasamente probable, al menos a corto y medio

Miren Etxezarreta como “La renta de la tierra en el capitalismo agrícola”, y recogida en Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., pp. 249-295.

⁶¹ Servolin, Claude, “La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista”, op. cit., p. 163.

⁶² *Ibid.*, p. 167.

⁶³ Lebossé C. J. y Ouisse, M., “Les politiques d’intégration de l’agriculture artisanale au mode de production capitaliste”, *Économie Rurale*, N° 102, número 4, 1974. Aquí citamos la traducción de Miren Etxezarreta “Las políticas de integración de la agricultura artesanal en el modo de producción capitalista”, en Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., pp. 199-245.

plazo –refiriéndose todos ellos, eso sí, a la segunda mitad del siglo XX–⁶⁴. En este sentido, durante el siglo pasado tanto el estancamiento de las fuerzas productivas como la influencia de ciertos factores políticos e ideológicos dificultaron aquella tendencia – pronosticada en el siglo XIX– a la disolución de la pequeña explotación agrícola. Lo que hemos observado ha sido más bien la coexistencia más o menos beneficiosa de la producción mercantil simple en agricultura y de la agricultura capitalista –entendida como gran explotación agrícola–. Partiendo de este hecho, pues, cabría preguntarse por los motivos de esta coexistencia, y así hacen nuestros autores.

Para Postel-Vinay, la propia formación de las grandes explotaciones agrarias no es sino una forma específica en la que el capitalismo pretende introducirse en el mundo agrícola. En este sentido, la gran explotación se ha desarrollado en un momento preciso, pero ello no supone un proceso generalizable: «la vía de desarrollo del capitalismo en la agricultura es una vía específica. Estas grandes explotaciones capitalistas no se han formado por un proceso de concentración en el seno de unidades de producción en competencia, sino por la transformación, a causa de las contradicciones del modo de producción anterior, de las grandes unidades de producción que han obtenido un beneficio de una cierta combinación de las relaciones de producción presentes. Ellas han mantenido también, en contrapartida, una forma particular de capitalismo, puesto que conservan rasgos atípicos en el interior del capitalismo dominante»; y continúa: «Pero si se considera que esta forma de capitalismo en agricultura es “clásica” en que representa una forma ideal y como acabada de este modo de producción en la esfera agrícola y que será, por tanto, un modelo que seguirá más o menos directamente este modo de producción en el proceso por el que absorbe a la agricultura, se está haciendo entonces una representación profundamente impropia»⁶⁵.

Servolin, por su parte, no se detiene en el hecho de que las grandes explotaciones no tienen por qué ser la forma en la que el capitalismo absorbe la esfera agraria, como se contenta en demostrar Postel-Vinay. En su opinión, es el propio capitalismo el que organiza en nuestros días todas las formas sociales, y el que ha obligado también a una evolución rápida y profunda a la pequeña agricultura⁶⁶. En este marco, el pequeño agricultor se ve forzado, por un lado, a incrementar constantemente sus ingresos con el fin tanto de reproducir sus medios de producción como de mantener un nivel de vida

⁶⁴ Etchezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., p. 24 y ss.

⁶⁵ Postel Vinay, Gilles, “La renta de la tierra en el capitalismo agrícola”, op. cit., pp. 294-295.

⁶⁶ Servolin, Claude, “La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista”, op. cit., p. 168 y ss.

comparable al de otras capas sociales. Pero además, y por otro lado, puesto que el precio de sus productos tiende a ser inferior al coste de la producción, precisa tanto de la introducción de mejoras técnicas que incrementen su productividad como de la compra o arrendamiento de nuevas tierras. La supervivencia de la pequeña agricultura, señala Servolin, «sólo puede alcanzarse mediante la adopción de métodos de producción científicos y recurriendo cada vez más a medios de producción de origen industrial, lo que puede ser financiado únicamente a través del crédito. Por lo demás, estos métodos y estos medios de producción sólo pueden ser aplicados eficazmente si el agricultor dispone de un mínimo de tierra. Por tanto, deberá buscar ampliar su explotación mediante alquiler o mediante compra de nuevas tierras»⁶⁷.

No obstante, para Servolin en esta coexistencia entre la pequeña y la gran explotación en agricultura –y en la adopción por parte de aquella de técnicas modernas–, el Estado juega –como antes quedó señalado– un papel fundamental. Y es que los precios de los productos alimentarios –y la propia *seguridad alimentaria*– es una auténtica “cuestión de Estado”: «Si es verdad que una agricultura de pequeña producción mercantil suministra estos productos al más bajo precio posible, es natural que el Estado organice y arbitre su coexistencia con el modo de producción capitalista en beneficio de éste. Por tanto, cuidará permanentemente de que las apropiaciones de valor realizadas a costa de la pequeña producción mercantil no lleguen a recortar el ingreso mínimo necesario de los pequeños productores y a desalentar la producción. Siendo los precios pagados a los productores los principales determinantes de la remuneración de su trabajo, es lógico que el apoyo y la regulación de estos precios hayan sido hasta hoy el principal elemento de toda política agrícola en los países de la Europa Occidental»⁶⁸. En cualquier caso, lo que todo ello supone es que la pequeña explotación agrícola únicamente puede sobrevivir en función de un constante aumento de la productividad y la intensidad del trabajo familiar, del endeudamiento creciente, de la estrechez progresiva de los márgenes de beneficio, amén de una escasa remuneración por el trabajo realizado –tendente únicamente a la supervivencia de la explotación y del propio modelo económico–.

Por su parte, Lebossé-Ouisse, siguiendo las apreciaciones de Servolin, concluye afirmando que las pequeñas explotaciones agrícolas sobrevivirán, sencillamente, porque sirven mejor a los intereses del capitalismo. De hecho, afirma, el propio mantenimiento

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 170.

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 172.

de la pequeña explotación en agricultura es deseado y durable en el actual sistema económico: «Al estudiar los nuevos elementos de este artesanado cuya libertad de acción y su alcance son limitados de forma que sirvan a los intereses del sistema, al investigar los diferentes medios de integración de esta agricultura artesanal, podemos descubrir los intereses que persiguen y la coherencia profunda de la evolución y la política agrícola actual, más allá de contradicciones aparentes. [En este sentido,] en todos los dominios agrícolas el mantenimiento de un artesanado transformado permite, en las condiciones actuales, una explotación mayor al beneficio del sistema capitalista, es decir, una transferencia de valor mayor que la explotación directa de una fuerza de trabajo asalariado en una agricultura capitalista»⁶⁹.

En este punto, y antes de terminar con este apartado, sería preciso atender al concepto de *pluralidad de bases económicas* desarrollado por Maurice Godelier, y a su particular visión del desarrollo capitalista⁷⁰. En esta interpretación, la evolución de la pequeña agricultura en los países desarrollados que venimos aquí analizando debe ser considerada en el marco de un proceso de carácter global –esto es, la transición al capitalismo–, que abarca al mundo entero y afecta a todas las sociedades, pero cuyo progreso no tiene por qué ser homogéneo en su concreción local, ni tampoco continuo en el tiempo⁷¹. En este sentido, la hegemonía del capitalismo sería un hecho, por lo que la cuestión debe orientarse sobre una distinción básica entre “centros” –allí donde el desarrollo capitalista ha sido fruto de un proceso endógeno– y “periferias” –donde dicha evolución económica ha venido marcada por influencias externas, muchas veces impuesta mediante la violencia en procesos de colonización, conquista, etc.–. Tomando estas apreciaciones como instrumento interpretativo para la antropología, la aportación de ésta a los debates sobre la transición social no puede sino consistir en «la realización de minuciosas etnografías, que permiten analizar cómo los procesos de transición social se manifiestan en ámbitos concretos y particulares, lo que permite establecer las rupturas y continuidades, los procesos recurrentes y los divergentes, de forma que se pueden determinar las variables diferenciales que concurren en cada contexto social»⁷².

⁶⁹ Lebossé C. J. y Ouisse, M., “Las políticas de integración de la agricultura artesanal en el modo de producción capitalista”, op. cit., pp. 202-203.

⁷⁰ Godelier, Maurice, “Antropología y economía ¿Es posible la antropología económica?”, en Godelier, Maurice (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, 1976, pp. 279-333; y sobre todo Godelier, Maurice (dir.), *Transition et subornations au capitalisme*, Paris, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, 1991.

⁷¹ Comas d’Argemir, Dolors, *Antropología económica*, Barcelona, Ariel, 1998, p. 67 y ss.

⁷² *Ibíd.*, p. 69.

Desde este punto de vista, el análisis que aquí vamos a proponer puede ser considerado como un buen ejemplo de cómo un determinado grupo social perteneciente a una comunidad local concreta, ensaya formas de diversificar las bases de su existencia económica, intentando así preservar una cierta independencia y libertad en un contexto de pleno desarrollo capitalista. Como marca la interpretación de Godelier, en la transformación de las comunidades locales confluyen múltiples procesos tanto endógenos como exógenos, que reformulan sin eliminarlas las viejas formas sociales no capitalistas –en nuestro caso, los agricultores autónomos y su modo de producción mercantil simple–, que asumen su propia forma de evolución histórica. Cabría atender así al concepto de *pluralidad de bases económicas*, «por el que se define la articulación en una misma persona, grupo doméstico, unidad de trabajo o comunidad local de diferentes tipos de actividades fundadas en relaciones de producción de distinta naturaleza. Ello se debe a que la expansión del mercantilismo no siempre se basa en formas capitalistas de organización de la producción, sino a menudo se conservan antiguas formas sociales que se pueden consolidar e, incluso, desarrollar»⁷³. La propia agricultura a tiempo parcial, donde el campesino combina un trabajo asalariado plenamente capitalista con sus tradicionales quehaceres agrícolas, sería un buen ejemplo de esta pluralidad de bases económicas en los países desarrollados. Como expondremos en el siguiente capítulo, en nuestra interpretación la producción mercantil simple –propia de los trabajadores autónomos– podría ser incluso considerada como un modo de producción diferente al modo de producción capitalista.

III. Interdependencias entre el sector agrícola y la industria: J. Lisovkij

En otro orden argumentativo encontramos a J. Lisovkij, autor que también encuentra un lugar propio en el compendio de Etxezarreta que venimos utilizando. Para Lisovkij la cuestión fundamental tampoco es tanto el tamaño de la explotación, sino cómo la agricultura –en sus distintas formas– se encuentra integrada en el sistema capitalista y sus estructuras macroeconómicas. Por supuesto, no puede dejar de reconocer el carácter específico de la agricultura debido a su intrínseca vinculación a la tierra y a sus ritmos propios, y por ello las dificultades que supone la industrialización y tecnificación del agro, menos evidentes que en la industria. Y sin embargo, argumenta, «la agricultura

⁷³ *Ibíd.*, p. 70.

forma parte integrante de todo el sistema económico. Su unidad con los demás sectores de la economía capitalista está determinada sobre todo por el hecho de que en su interior actúan las mismas leyes generales propias del capitalismo, mientras que en el exterior choca con las normas de la economía capitalista de mercado. Las relaciones cada vez más intensas y complejas del sector agrario con los demás sectores económicos y la tendencia a una unidad cada vez más estrecha con todo el organismo económico, determinan que el progreso de la agricultura, y hoy más que nunca, sólo sea posible en el marco del desarrollo económico en su conjunto, y a la inversa, que el desarrollo normal de toda la economía sea inconcebible en condiciones de estancamiento, inmovilidad o degradación del sector agrario»⁷⁴.

En este sentido, Lisovkij argumenta que la concentración de las explotaciones agrícolas es una realidad, y de hecho son los grandes propietarios o los empresarios capitalistas y financieros los únicos capaces de fijar los precios de mercado de los productos agrícolas, al menos ya desde la primera mitad del siglo XX. Es por ello que la cuestión principal es cómo las explotaciones agrarias moldean sus estructuras a los intereses y exigencias del capitalismo, orientándolas al mercado y contemplando siempre objetivos de rentabilidad –sean éstos más o menos difusos–. En este punto, la adopción de modernos medios técnicos de producción y la intensificación de la fuerza productiva tanto en las pequeñas como en las grandes explotaciones no es sino la prueba, irrefutable, de esa interconexión e interdependencia de todos los sectores económicos capitalistas. Sólo las explotaciones agrícolas que sean capaces de amoldarse a estos criterios y circunstancias –esto es, que sean útiles al capitalismo monopolista–, podrán sobrevivir; y ello porque «El desarrollo de la agricultura se ha revelado necesario no sólo en sí mismo, sino también para el desarrollo de todo el sistema económico en su conjunto, y en primer lugar para los mayores monopolios en la fase de su expansión económica. Los monopolios se han hallado pues ante la necesidad de un intenso desarrollo capitalista en la agricultura, de su reorganización en tal sentido y de su transformación en un amplio mercado para las mercancías industriales producidas

⁷⁴ Lisovkij, J., “Il rapporto agricultura-industria nelle condizione dello sviluppo del capitalismo”, en *Agricultura y sviluppo del capitalismo*, Roma, Ediciones Riuniti, 1973. Aquí utilizamos la traducción española de Carmel Artal, con el título “La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista”, recogida en el compendio de Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., pp. 297-323.

por los grupos monopolistas (abonos químicos, maquinaria, materiales para la construcción, combustible y energía eléctrica, herbicidas, piensos, etc.)»⁷⁵.

Por supuesto, esta interdependencia entre la agricultura y la industria –o si se prefiere la penetración del propio sistema capitalista en la agricultura–, no ha sido en absoluto lineal. Bien al contrario, la relación entre la agricultura y la industria ha ido variando y alterando su intensidad desde el siglo XIX. En efecto, señala Lisovskij, «Las relaciones entre la agricultura y la industria se han ido modificando a lo largo del desarrollo histórico. Durante mucho tiempo la agricultura representó para la industria fundamentalmente una fuente de abastecimiento de productos alimenticios y de materias primas, así como también una reserva de mano de obra. A su vez, la industria, por una parte, aseguraba a la agricultura un mercado para sus productos, gracias al cual esta última ha podido desarrollar sus fuerzas productivas, y, por otra, le proporcionaba los medios de producción»⁷⁶. No obstante, continúa más adelante: «Con el progreso técnico, con el desarrollo de la especialización de la agricultura y con la división cada vez más minuciosa del trabajo, gradualmente y de forma espontánea, fueron desgajándose de la producción directamente agrícola los diferentes elementos de las operaciones productivas, de los procesos y de las líneas tecnológicas para la transformación de los productos agrícolas. Inicialmente dichos procesos fueron transformados en empresas, laboratorios o fábricas, estrechamente vinculadas a la producción agrícola [...] Pero estas empresas, con la ampliación de sus dimensiones y con el perfeccionamiento de su base productiva, salen de la órbita de la producción agrícola y entran en la esfera de la industria, integrándose en el complejo industrial de la circulación de las rentas y de los capitales»⁷⁷.

Lo interesante aquí es señalar cómo el sector agrícola ya no puede entenderse como separado del conjunto del sistema económico, por muy aislado que pudiera parecer. Bien al contrario, la agricultura no es sino una parte del conjunto, y su evolución irá ligada al propio desarrollo de aquél⁷⁸. En este sentido, el perfeccionamiento del sector agrícola sólo será posible en el propio desarrollo del sistema económico, mientras que al tiempo el progreso de todo el sistema depende de que la propia agricultura no entre en recesión o estancamiento. En cualquier caso, serán las necesidades del sistema las que empujen al sector agrícola, entrando éste a formar parte de las estrategias y mecanismos

⁷⁵ *Ibid.*, p. 310.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 302.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 304-305.

⁷⁸ Etchezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., p. 34.

capitalistas encargados de favorecer –en opinión de Lisovskij– los intereses de los grupos dominantes.

Ahora bien, todo ello no significa que el desarrollo de la industria y la agricultura en la expansión del capitalismo sean paralelos. Bien al contrario, ambos han seguido dinámicas propias, aunque como decimos, interrelacionadas. En este sentido, la propia subordinación de los sectores productivos al capital monopolístico ha sido notablemente distinta en la industria y en la agricultura. En efecto, «Existe una profunda diferencia entre los métodos y las formas de subordinación del sector de la producción industrial, por un parte, y de la agricultura, por otra, a la dominación del capital monopolista. En la industria los monopolios establecen su propia dominación introduciéndose directamente en la misma producción, operando como grandes productores, eliminando y asfixiando a los pequeños y a los medianos competidores y *outsiders* [...] En la agricultura el panorama es completamente diferente [...] Hasta un cierto estadio de desarrollo el capital financiero no estuvo directamente interesado en penetrar en la esfera de la producción agrícola y en reorganizarla. El carácter fragmentario y la dispersión de la producción agrícola hacían muy difícil, y durante un cierto tiempo “no rentable”, desde la perspectiva de los intereses de los monopolios, el trabajo de reorganización, de unificación del proceso productivo del sector agrario en un sistema tecnológico unitario, cuya creación habría podido servir de base, por sí sola, para el paso a la industrialización de los procesos productivos de la agricultura. Sólo la aguda necesidad –surgida en la fase moderna de desarrollo del capitalismo monopolista– de movilizar todas las posibilidades del mercado, por una parte, y las premisas creadas en la propia agricultura debido al paso a la mecanización compleja, por otra, abrieron nuevas posibilidades a los monopolios para penetrar en el propio núcleo de la producción agrícola, induciéndoles a ocuparse seriamente de su reorganización y a asumir su control»⁷⁹.

No obstante –y esta es otra de las grandes novedades del análisis de Lisovskij–, los monopolios no actuarán en el sector agrícola como productor directo preferentemente, sino que su dominio de la agricultura pasará por el control de ciertos canales vitales para la producción agrícola, en relación directa con otras esferas económicas. En efecto, «A lo largo del progreso técnico y de la mecanización de la agricultura, al aumentar el volumen de los instrumentos y de los medios de producción necesarios, los grupos

⁷⁹ Lisovkij, J., “La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 307-308.

monopolistas altamente concentrados de los diferentes sectores de la industria van jugando un papel cada vez más importante a nivel del suministro de las mercancías adquiridas por los productores agrícolas. Ello determina, por un lado, una subordinación cada vez mayor de los productores agrícolas a los grandes grupos monopolistas, y, por otra, el interés de los mismos monopolios por la agricultura en cuanto mercado para sus productos. Y también aquí el capital monopolista establece su propio control sobre la agricultura a través del mercado. Mediante los elevados precios de monopolio estipulados para las mercancías vendidas por los productores agrícolas (la “tenaza de los precios”), los monopolios extraen de la agricultura sustanciosos beneficios⁸⁰. En efecto, la agricultura necesita de ciertos *inputs* suministrados, de una parte, por el propio sector industrial —en forma de maquinaria, productos fitosanitarios, etc.—, y por otra del sector financiero —en forma, claro, de recursos monetarios—. Al tiempo, los propios productos agrícolas se destinan principalmente a las industrias de transformación y de comercialización, que absorben progresivamente una mayor proporción de aquéllos, adquiriendo así no sólo la potestad de influir definitivamente en la fijación de los precios, sino también en las variedades, la calidad y los mismos procesos y técnicas de producción⁸¹.

Es por ello que Lisovskij no duda en precisar que «La entrada del capitalismo europeo en su fase monopolista no ha favorecido la situación de la agricultura [y ello porque] el capital monopolista tiene grandes posibilidades de apoderarse de las posiciones de mando y de dominio de la agricultura. Y en efecto, a su potencia económica concentrada se le ha opuesto principalmente una masa de medianas, pequeñas y pequeñísimas posesiones y empresas de tipo agrario y capitalista-individual, aisladas entre sí e incapaces de oponer una resistencia eficaz a los colosos del capital monopolista-financiero. En todos los sectores donde la masa de pequeños productores agrícolas, mal organizados y económicamente débiles, ha entrado en contacto con los poderosos y consolidados monopolios industriales, comerciales y financieros, evidentemente han sido los primeros en encontrarse en una posición desventajosa y no han tenido más remedio que desarrollar un papel pasivo»⁸².

La integración de la agricultura en el sistema capitalista sufrirá —al menos en los países desarrollados—, un profundo proceso de intensificación, estrechándose

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 308-309.

⁸¹ Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado*, op. cit., p. 36.

⁸² Lisovskij, J., “La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 306-307.

progresivamente los vínculos entre los diversos sectores económicos. Y este proceso, además y como estamos viendo, tiende a realizarse en un doble sentido: por un lado, sobre la base de una compenetración cada vez más estrecha entre los sectores agrícola e industrial; y por otro lado, en el marco de un aumento progresivo del dominio técnico-económico del sector industrial sobre la agricultura. En este sentido, la tradicional – aunque siempre relativa y discutible– autarquía de la agricultura no impide la inserción de esta –y de los demás sectores económicos– en el sistema capitalista triunfante⁸³. En efecto, «la economía agraria se va integrando gradualmente en el sistema general de la economía capitalista, cada vez es más “económicamente homogénea” respecto a sus demás elementos en la medida en que las condiciones tecnológicas, económicas y organizativas de la producción, del mercado, de la circulación y de la acumulación de los capitales en el sector más avanzado de la agricultura van aproximándose a las condiciones ya dominantes en los otros sectores más avanzados de la economía capitalista»⁸⁴.

Desde un punto de vista analítico, todo ello imposibilita un examen acertado de la agricultura en los países desarrollados que no tenga en cuenta la complejidad y las mutuas interrelaciones de las diferentes esferas y sectores de la economía capitalista. De hecho, las respectivas fronteras entre los sectores industrial y agrario se están debilitando de forma tan patente en las últimas décadas que se tiende a su eliminación de facto: «La simbiosis cada vez más estrecha entre los diferentes sectores de la producción agrícola con los correspondientes sectores de la industria ha llevado en la fase actual a la aparición del sistema del *agrobusiness*, o sea a la creación de un conjunto económico unitario que incluye tanto a la producción propiamente agrícola, como a los sectores industriales que la abastecen y transforman sus productos»⁸⁵. El *agrobusiness* sería así el conjunto de compañías, monopolios de la industria de transformación, acreedores de los medios de producción agrícolas, el sistema de créditos y financiación, y los propios mecanismos de distribución y servicios de la agricultura. En este sentido, «el *agrobusiness* es la encarnación del capital monopolista moderno, que ha invadido la esfera de la agricultura con la finalidad de someterla a su dominio»; no obstante, prosigue, «sería un error no darse cuenta de que precisamente el *agrobusiness* es actualmente una potente fuerza motriz que fecunda la agricultura,

⁸³ *Ibíd.*, p. 312.

⁸⁴ *Ibíd.*, p. 314.

⁸⁵ *Ibíd.*, p. 315.

dotándola de medios crediticios y contribuyendo a su reorganización de acuerdo con principios modernos, introduciendo en ella nuevas máquinas y medios técnicos, hasta las últimas conquistas de la ciencia»⁸⁶.

Como último punto, es preciso señalar el importante papel que Lisovskij concede al Estado, factor por lo demás determinante para todos nuestros autores. En su opinión, el Estado sostiene artificialmente al sector agrario, tradicionalmente el más débil, sobre la base de unos subsidios a la agricultura en continuo aumento, y ello a pesar de sus abiertas proclamas sobre el carácter intrínsecamente anti-económico de las pequeñas explotaciones agrícolas. No obstante, se apresura en afirmar, «tales disposiciones de intervención estatal están determinadas principalmente por una necesidad general del sistema capitalista: por la necesidad de conservar el equilibrio económico y social. Estas disposiciones son ventajosas sobre todo para los grandes grupos monopolistas y para los grandes propietarios agrarios. Pero al mismo tiempo el sistema de estas medidas y normas de intervención estatal concede también a las pequeñas empresas agrarias ciertas posibilidades para no perecer, para seguir manteniéndose a flote»⁸⁷. Prosigue nuestro autor afirmando que cada una de las “economías naturales individuales campesinas” contenía en sí, de forma embrionaria, todos los elementos de la economía moderna. El desarrollo de las relaciones de mercado condujo a la formación de un mercado nacional como “unidad económico-territorial”, primera fase de desarrollo capitalista, con unas relaciones de mercado más o menos libres pero escasa intersectorialidad. A esta fase primigenia seguiría la actual –no lo olvidemos, en los años sesenta y setenta–, marcada por el desarrollo de los monopolios y del propio capitalismo monopolista de Estado, y caracterizada por «la enorme dilatación, profundización y complicación de las relaciones intersectoriales, por la integración de la agricultura en un conjunto económico unitario orgánico y por la pérdida de su vieja autonomía. En esta etapa no sólo se llega a la unidad territorial para la fluidez del mercado nacional sino a una unidad económica orgánica, a una compenetración de todos los sectores de la economía nacional. Estos procesos van acompañados de una intervención activa en la producción agrícola del capital financiero, que en una determinada etapa de la evolución del sistema económico se encuentra interesado en una reorganización de la agricultura según ciertas directrices»⁸⁸.

⁸⁶ *Ibíd.*, p. 315.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 322.

⁸⁸ *Ibíd.*, pp. 322-323.

En los países desarrollados, la agricultura ya no es pues un conglomerado más o menos homogéneo de pequeñas empresas, sino un conjunto de conglomerados más o menos grandes coaligados sobre la base de múltiples fuerzas coagulantes: «El carácter de dichas formaciones y de los lazos y fuerzas que las mantienen unidas es muy variado, llegando a ser incluso hostiles entre sí. Entre estas formas y fuerzas que estimulan las tendencias unificadoras en la agricultura se hallan el gran capital agrario, el capital financiero, el movimiento cooperativo, el capital monopolista de Estado. Estas tendencias se expresan en las formas del *agrobusiness*, en la integración vertical, en el rápido incremento de las cooperativas y de la economía de grupo, etc. Son tendencias muy diferentes que tienen en común el hecho que de un modo u otro estimulan la “coagulación”, la unión de los diferentes elementos de la producción agrícola, creando así las condiciones para la formación de una nueva agricultura moderna con un alto grado de concentración de capital y de desarrollo de los métodos industriales»⁸⁹.

IV. El colapso de las aproximaciones marxistas y el triunfo del neoliberalismo económico

El discurso de Lisovskij nos servirá aquí de punto de partida para afrontar el penúltimo peldaño de esta sección, discurso que fue capaz de notar –ya a principios de los años setenta– muchos de los elementos que configurarán el espacio de la agricultura actual en los países desarrollados. Con todo, en aquellos mismos años, toda una serie de cambios macro-económicos, sociales y políticos a escala global iban a desviar el punto de mira de la mayoría de los teóricos de la agricultura. Casi como una premonición, la publicación en 1969 del libro de Eric Wolf *Peasant Wars of the Twentieth Century*⁹⁰ – donde analizaba las luchas campesinas por la tierra y las reformas agrarias llevadas a cabo en todo el planeta pero especialmente en los países del llamado Tercer Mundo–, parecía señalar los que iban a ser los campos de estudio privilegiados por los estudiosos de la “nueva cuestión agraria” –si es que acaso podemos afirmar la existencia de tal reactualización–⁹¹. En efecto, el proceso de descolonización, las consecuencias derivadas de la polarización mundial en los dos bloques encabezados por la U.R.S.S. y

⁸⁹ *Ibid.*, p. 323.

⁹⁰ Wolf, Eric, *Peasant Wars in the Twentieth Century*, New York, Harper and Row, 1969.

⁹¹ Bernstein, Henry, “Is There an Agrarian Question in the 21st Century?”, en *Canadian Journal of Development Studies/Revue canadienne d'études du développement*, N° 4, 2006, pp. 449-460. Es también interesante en este punto el artículo de Sevilla Guzmán, Eduardo, “El campesinado: Elementos para una reconstrucción teórica en el pensamiento social”, en *Agricultura y Sociedad*, N° 27, 1983, 33-79.

los E.E.U.U., o la creciente y progresiva incorporación al mercado mundial agroalimentario de ciertas áreas como el África Subsahariana, el continente sudamericano o el sudeste asiático, desviaron la atención sobre la situación de la agricultura en los países del llamado capitalismo avanzado. En este punto, Eric Hobsbawm ha llegado incluso a señalar que fue durante los años cincuenta cuando el 80% de la Humanidad abandonó la Edad Media, incorporando sus realidades a las nuevas dinámicas de la economía global y abandonando, de forma repentina, su forma de vida campesina⁹². No es de extrañar que, sobre concepciones de este tipo, los antropólogos, sociólogos o economistas interesados por la agricultura focalizaran sus intereses en las regiones donde ocurrían –y quizá ocurren– los cambios más drásticos.

Ello nos obliga aquí a tomar un desvío, justificado de una parte por la imposibilidad de abordar ni tan siquiera de forma esquemática los discursos sobre la pequeña agricultura en otras partes del globo; y de otra, porque tales discursos se alejan en su mayoría de nuestro objeto de estudio. En este sentido, nos ha llamado la atención cómo buena parte de las teorizaciones sobre la pequeña agricultura o agricultura familiar de los años setenta y ochenta continúan vertebradas sobre la noción de campesinado, tremendamente discutible en los países desarrollados al menos desde mediados del siglo pasado, y necesariamente sujeta a circunstancias de lo más variable. Y es que como señalaban Pérez Yruela y Sevilla Guzmán en 1985, «en la actualidad no puede hablarse de la agricultura familiar a través de la noción tradicional de campesinado, sino en todo caso hablar de agriculturas familiares según la intensidad y dirección de los procesos de cambio ocurridos en cada una de ellas. Y en ocasiones habrá que deshacer la noción de campesinado para analizarlas, ya que su evolución real las ha sacado fuera del marco que tal concepto delimita. Esto es especialmente válido en las economías desarrolladas (orientales y occidentales) y puede que sea parcialmente válido en determinadas áreas tercermundistas de influencia más directa de los países desarrollados»⁹³.

Esta cuestión no deja de ser esencial aquí por cuanto muestra en sí misma las variables discursivas de nuestras temáticas de análisis. Esto es, es la noción de *agricultura familiar* que adoptemos aquí –y no tanto ya la de campesinado– la que de hecho deberá guiar nuestro discurso, amoldándolo a nuestras necesidades y exigencias

⁹² Hobsbawm, Eric, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1994, pp. 288-289.

⁹³ Pérez Yruela, Manuel y Sevilla Guzmán, Eduardo, “Agricultura familiar y campesinado: Discusión sobre la conceptualización en las sociedades desarrolladas”, en Rodríguez Zúñiga, Manuel y Soria Gutiérrez, Rosa (coord.), *Lecturas sobre agricultura familiar*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1985, pp. 75-104, p.82.

hermenéuticas. En este punto, creemos conveniente adoptar la distinción elaborada por Harriet Friedmann a principios de los años ochenta, cuando señalaba al menos dos tipos de agricultura familiar⁹⁴: un primer tipo, asimilado quizá con el campesinado tradicional, donde el autoconsumo seguía siendo la característica principal, y que permanecía por tanto alejada de la economía de mercado capitalista; y un segundo tipo, con una estructura integrada de forma plena en las relaciones de mercado y las relaciones sociales capitalistas⁹⁵. En esta interpretación, el primer tipo sería –claro– el predominante en la situación de la pequeña agricultura en los países en vías de desarrollo, mientras que el segundo definiría la forma habitual de las explotaciones familiares en los países desarrollados –y cuyas circunstancias y discursos actuales conectarían, por lo tanto, con los que aquí hemos venido analizando–.

Así, para Friedmann –como para nosotros–, será la *forma o modo de producción* lo que determine las características fundamentales de la agricultura familiar en los países desarrollados, pues permite explicar la penetración de las nuevas estructuras del capitalismo en la agricultura. Esta penetración, en efecto, modifica las relaciones de producción e introduce –como bien ha comentado Bretón Sólo de Zaldívar– a las unidades en una dinámica no unilineal: «En la medida en que el carácter de las explotaciones depende del conjunto global de la economía, y en la medida en que este último puede evolucionar en direcciones distintas, no hay ninguna razón que permita pronosticar un solo rumbo universal en el desarrollo de la economía familiar»⁹⁶. La propia Friedmann lo expone del siguiente modo: « [El concepto de modo de producción] es entendido a través de la doble distinción entre la unidad de producción y la formación social. La formación social proporciona el contexto para la reproducción de las unidades de producción, y en combinación con la estructura interna de la unidad, determina sus condiciones de reproducción, descomposición o transformación [...] El modo de producción capitalista se caracteriza, así, por la circulación generalizada de bienes, especialmente fuerza de trabajo. Mercados de productos, fuerza de trabajo, créditos y medios de producción deben inundar de relaciones salariales a todas las

⁹⁴ Friedmann, Harriet, “Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations”, en *The Journal of Peasant Studies*, Nº 2, Vol. 7, 1980, pp. 158-184.

⁹⁵ Véase como ejemplo de una evolución de estos modelos y su coexistencia actual el bello trabajo de Sonorellas Masdéu, Montserrat, *Pagesos en un món de canvis. Família i associacions agràries*, Tarragona, Publicacions de la Universitat Rovira i Virgili, 2006.

⁹⁶ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, en *Noticiero de Historia Agraria*, Nº 5, 1993, pp. 127-159, p. 136.

unidades, a fin de que la reproducción de cada una sea plenamente capitalista en la forma»⁹⁷.

La concepción de la pequeña agricultura como agricultura familiar, entendida como unidad de *producción mercantil simple*, aparece así como la única categoría viable de análisis de la pequeña explotación agrícola en los países desarrollados durante las últimas décadas⁹⁸. En este sentido, señala Bretón, «La expresión agricultura familiar hace alusión [...] a una forma de producción que no es ni específicamente feudal, ni específicamente capitalista. Se trata simplemente de un tipo peculiar de explotación que ha sido sucesivamente apropiada y adaptada por diferentes modos de producción. Permite abordar en su totalidad, por lo tanto, los cambios acaecidos en esa forma de producción a lo largo del proceso de penetración y consolidación del capitalismo en la agricultura»⁹⁹. La noción de agricultura familiar, y su característico modo de producción mercantil simple –central en nuestro análisis de los modos de vida, como veremos en el siguiente capítulo–, supera la disyuntiva del tipo campesino/empresario agrícola –al tiempo que evita los tan habituales “posicionamientos teleológicos”–, permitiéndonos comprender la situación de la pequeña agricultura en los países desarrollados y señalando su grado de inserción en la economía de mercado.

Centrado ya nuestro foco de análisis para este último apartado teórico sobre la supervivencia y características de la pequeña agricultura en los países desarrollados, quizá sea necesario preguntarse aquí por las *estrategias adaptativas actuales* de esta agricultura familiar. A lo largo de las últimas páginas, en efecto, hemos visto someramente cuáles han sido los peligros que han atenazado a los pequeños agricultores a lo largo del siglo XX, y qué formas de resistencia han podido adoptar. ¿Han cambiado tales estrategias? ¿Han sido capaces los pequeños agricultores de amoldarse a las nuevas circunstancias del llamado por Lisovskij *agrobusiness* mundial? ¿Cuál es su lugar en los discursos teóricos sobre agricultura? ¿Y en el mercado mundial? ¿Sigue

⁹⁷ Friedmann, Harriet, “Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations”, op. cit., p. 160.

⁹⁸ Con todo, la propia expresión de “agricultura familiar” ha sido objeto de innumerables críticas y redefiniciones, preocupadas por amoldarla a las circunstancias particulares para las que pretendía usarse. Tampoco nosotros tenemos una opinión tajante al respecto, a pesar de que seguimos pensando que se trata de una noción “útil”. Sobre sus nuevas definiciones, aunque en especial conexión con la situación sudamericana, véase: Soberna, Susana; Tsakoumagkos, Pedro y Paz, Raúl, “Revisando la definición de agricultura familiar”, en *Serie Documentos de Capacitación*, N° 7, 2008, edición digital: <http://www.proinder.gov.ar/productos/Biblioteca/contenidos/doccap.07.%28ebook%29%20revisando%20la%20definici%C3%B3n%20de%20agricultura%20familiar.pdf>

⁹⁹ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., p. 137.

siendo útil de hecho aceptar la dicotomía maniquea entre *abandonar* o *resistir* –tan manida en lo relativo a la pequeña explotación familiar–, no parece señalar una precariedad quizá discutible en ciertos casos?

Como ya señalara Bretón –citando a E. Feder¹⁰⁰–, a finales de los años setenta los investigadores preocupados por el desarrollo del capitalismo en la agricultura parecían querer diferenciarse entre “campesinistas” –interesados en resaltar la persistencia de diversas formas de agricultura familiar– y “descampesinistas” –quienes auguraban su desaparición en un plazo más o menos largo¹⁰¹. Tanto unos como otros, por lo demás, parecían de hecho reactualizar algunas de las posturas teóricas de los primeros estudiosos de la cuestión agraria que aquí hemos analizado. Así, los descampesinistas volvían –y vuelven– a describir cómo el proceso de industrialización lleva parejo un progresivo abandono del medio rural, y el consiguiente éxodo del sector primario al secundario y al terciario. En este punto, y a pesar de las estrategias adaptativas de las pequeñas explotaciones familiares, la resistencia al cambio no sería más que un canto de cisne inexorable que, a lo sumo, únicamente serviría para auto-imponerse una indeseable proletarización.

Opuestos en grandes rasgos a esta interpretación, encontraríamos a los llamados campesinistas, preocupados por mostrar no sólo la enorme versatilidad de la pequeña explotación agrícola actual¹⁰², sino el propio interés que el capitalismo tiene en su supervivencia. Autores como Amin y Vergopoulos han llegado de hecho a insistir en la idea de que la tendencia hacia la concentración únicamente se ha dado en circunstancias excepcionales, muestra clara de la capacidad de resistencia de la pequeña explotación agrícola¹⁰³. En este sentido, algunos estudiosos con los que nos hemos citado en nuestro recorrido ya han mostrado muchos de los factores que explican esa pervivencia: la capacidad de la pequeña explotación para adquirir las principales innovaciones tecnológicas; los procesos propios del trabajo agrícola, con sus ritmos intrínsecos, y las dificultades derivadas para la introducción de una eficiente organización científica del

¹⁰⁰ Feder, E., “Campesinistas y descampesinistas”, en *Comercio Exterior*, Vol. 27 y Vol. 28, N° 12 y N° 13, 1977-1978, citado en Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., p. 140 y ss.

¹⁰¹ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., p. 138 y ss.

¹⁰² Véase sobre esto: Domínguez Martín, Rafael, “Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis e interpretación desde una perspectiva interdisciplinar”, en *Noticiero de Historia Agraria*, Vol. I, N° 3, 1992, pp. 91-130.

¹⁰³ Amin, Samir y Kostas Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Barcelona, Fontanella, 1980.

trabajo; los problemas que plantea para la extensión de las grandes explotaciones el régimen de propiedad de la tierra; la propia acción estatal; etc.

Con todo, y sin pretender negar la tremenda importancia de estos elementos, parece que un factor especialmente determinante para la supervivencia de la agricultura familiar es, precisamente, su *carácter no empresarial*. Como antes apuntamos con Friedmann, o como Bretón se encarga de recordar¹⁰⁴, la condición de *pequeña producción mercantil* hace que la agricultura familiar sea relativamente permeable tanto a las crisis económicas como a la competencia de las grandes empresas capitalistas, precisamente porque no persigue la acumulación. De hecho, el propio Vergopoulos ha llegado a afirmar que se trata de la organización de la producción más eficaz en la agricultura, pues el intercambio desigual entre el campo y la industria convierte a los agricultores autónomos en meros “proletarios que trabajan en casa”¹⁰⁵. A esta tesis, sin embargo, autores como Mouzelis han respondido que no se puede simplemente aseverar que este modo de producción sea mejor o peor para la economía de mercado, pues en los países desarrollados el tamaño de las empresas agrícolas no determina en absoluto el desarrollo del capitalismo industrial –debido a que el primario es un sector poco relevante en términos macroeconómicos, al menos en una determinada fase de desarrollo industrial–¹⁰⁶.

Estas interpretaciones –y otras como las de Servolin o Pérez Touriño que ya hemos visto aquí–, parecen partir –como bien señala Bretón Sólo de Zaldívar– del supuesto de la especificidad de la “economía campesina”, entendida como una forma particular de organización de la producción: «Semejantes conceptualizaciones ofrecen en realidad una imagen distorsionada de la agricultura familiar contemporánea, pues se le niega su carácter capitalista y se le supone rodeada de un aura de *esencialidad* que la preserva del propio capitalismo. En estas aproximaciones no suele hablarse de *subordinación*, sino de *articulación* y *resistencia* del sector a la estructura económica global [...] Esta forma de abordar la pervivencia de la agricultura familiar queda, además, invalidada en función de sus importantes limitaciones heurísticas. Presupone, en primer lugar, la existencia real de una especie de “economía dual”, ignorando o minimizando tanto la

¹⁰⁴ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., p. 140 y ss.

¹⁰⁵ Vergopoulos, Kostas, “Capitalism and the Peasant Productivity”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 5, Nº 4, 1978, pp. 446-465., citado por Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 140-141.

¹⁰⁶ Mouzelis, Nicos, “Peasant Agriculture, Productivity and the Laws of Capitalis Development”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 3. Nº 4, 1976, pp. 483-492.

heterogeneidad interna del sector como las interrelaciones dinámicas entre las unidades domésticas y el modo de producción en que se desenvuelven. No constituye, en segundo lugar, un modelo válido en todos los contextos, en la medida en que en muchos casos concretos la eliminación de explotaciones familiares ha sido dramática. Tampoco puede explicar por sí misma por qué la concentración y la centralización de la producción no van más allá de los límites del trabajo familiar. Representa, por último, un caso flagrante de determinismo tecnológico que, en la mayor parte de los casos, deja de explicar por qué históricamente formas de producción diferentes (pequeñas explotaciones familiares y grandes propiedades trabajadas con asalariados) han coexistido al mismo tiempo en el mismo lugar y bajo condiciones tecnológicas similares»¹⁰⁷.

Ahora bien, ¿dónde cabe buscar entonces la clave del mantenimiento de la agricultura familiar en las sociedades del capitalismo avanzado? En opinión de Bretón no queda más que una posible respuesta: debido a la propia lógica, estructura y “naturaleza” del capitalismo. En efecto, los pequeños agricultores pueden sobrevivir en los países plenamente capitalistas porque son capaces de encontrar –como todo buen trabajador autónomo, que después veremos– oportunidades de inversión en actividades productivas de baja rentabilidad desde la perspectiva del gran capital¹⁰⁸. A estas posibilidades, por supuesto, se unen las ya mencionadas especificidades del agro: limitaciones biológicas y climáticas del proceso de producción, las barreras legales, el régimen jurídico de propiedad de la tierra, etc. En este sentido, señala Bretón, «las explotaciones familiares pueden ser correctamente caracterizadas como “capitalistas”, a pesar de su tamaño reducido y de su empleo de fuerza de trabajo doméstica: están integradas en las estructuras de mercado; están condicionadas por la compleja incidencia de los criterios de competitividad y de los mecanismos de los oligopolios y del Estado; y están en principio predispuestas a maximizar los beneficios y minimizar los riesgos»¹⁰⁹.

Siguiendo esta misma tesis –que recordemos fue esbozada por primera vez por Lenin, aunque con distintas formulaciones, claro–, David Lehmann señaló ya en 1986 que esta penetración del capitalismo en los lugares con una importante presencia de

¹⁰⁷ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 143-144.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 144. Véase también aquí: Mann, Susan A. y Dickinson, James M., “Obstacles to the Development of a Capitalist Agriculture”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 5, Nº 4, pp. 466-481.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 144.

explotaciones agrícolas familiares suele desarrollarse de dos formas: a través de una capitalización creciente de las unidades familiares, o por medio de la coexistencia más o menos conflictiva entre las grandes y las pequeñas explotaciones –situación esta última que suele romper el equilibrio a favor de las grandes, que tenderán a aumentar su poder proporcionalmente¹¹⁰. En este contexto, a la agricultura familiar, convertida ya en capitalista en estos términos, no le queda más –en expresión de Bretón– que apostar por una permanente “huida hacia delante”, en forma de inversiones y otras mejoras productivas, en su «necesidad imperiosa para garantizar su propia viabilidad dentro de la estructura económica global de la formación social a la que pertenece»¹¹¹.

En este punto, los mecanismos actuales de adaptación de los pequeños agricultores en los países desarrollados estarán determinados por múltiples factores, más o menos coyunturales: la propia estructura de la propiedad de la tierra; las posibilidades de adopción de determinados cultivos con mayores márgenes de beneficio; las limitaciones legales y/o ecológicas del regadío; la localización con respecto al mercado; las posibilidades de adquisición de la tan ansiada –en ocasiones– Denominación de Origen; etc. En este contexto, la *intensificación* ha sido –desde antaño– el principal mecanismo de supervivencia de la agricultura familiar, e intensificación tanto del trabajo como de la producción –posible gracias al aumento del rendimiento por hectárea relacionado con ciertas técnicas o cultivos–¹¹². Se trata de una estrategia señalada desde el mismo inicio de los estudios agrarios, invocada hasta nuestros días en innumerables ocasiones. Pero no ha sido la única. La *agricultura a tiempo parcial*¹¹³, a su vez, ha permitido a muchos –y permite, especialmente en el actual contexto de crisis económica– completar los ingresos necesarios para alcanzar un nivel de vida aceptable, por un lado, y seguir explotando la pequeña propiedad familiar, por otro. Por supuesto, la *concentración de propiedades* siempre ha sido un mecanismo recurrente entre los pequeños agricultores,

¹¹⁰ Lehmann, David, “Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chayanovian Marxism”, en *Comparative Study of Society and History*, Vol. 28, Nº 4, 1986, pp. 601-627.

¹¹¹ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., p. 145.

¹¹² Véase aquí el texto anteriormente citado de Domínguez Martín, Rafael, “Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis e interpretación desde una perspectiva interdisciplinar”, en *Noticiero de Historia Agraria*, Vol. I, Nº 3, 1992, pp. 91-130. Y también el texto que venimos comentado de Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 146-147.

¹¹³ Véase: Gallego Bono, Juan Ramón, “La agricultura a tiempo parcial y la externalización de servicios agrarios como vehículo del cambio estructural”, en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, Nº 225, 2010, pp. 13-45; y especialmente interesante para el caso que aquí nos va a ocupar, aunque después lo comentaremos con más detenimiento: Gómez Espín, José María y Gil Meseguer, Encarnación, “El fracaso de la agricultura a tiempo parcial en las pequeñas explotaciones frutícolas de la Región de Murcia”, en *Papeles de Geografía*, Nº 23-24, 1996, pp. 147-163.

concentración que les ha permitido alcanzar unos niveles productivos más cercanos a los óptimos –sobre todo en relación con la adquisición y uso de maquinaria, tecnologías, etc. Por lo demás, esta concentración ha sido posible en muchas ocasiones debido al progresivo abandono de la actividad agrícola en ciertas zonas, lo que ha liberalizado pequeñas parcelas que han pasado a formar parte de explotaciones de tamaño igualmente pequeño –muchas veces incluso de familiares–, casi nunca interesantes para la inversión capitalista. La llamada *agricultura de carácter contractual* –*agricultura tutelada* o de *propietarios asalariados*–, por otra parte, está siendo una solución ensayada por un importante número de pequeños agricultores, que han visto en la cooperación con grandes empresas del sector –o industrias de transformación– la estrategia de supervivencia más viable –y no sólo en los países desarrollados–¹¹⁴.

Junto a estas *estrategias individuales*, cabría señalar asimismo un conjunto de *soluciones colectivas* a las nuevas circunstancias del mercado global –soluciones no obstante con una larga tradición en la mayoría de los casos–. Nos referimos aquí a las distintas variedades de *asociacionismo* que se han mostrado eficaces para, si no asegurar, al menos sí facilitar la continuidad de la llamada agricultura familiar en los países desarrollados¹¹⁵. Entre esas estrategias podemos señalar como especialmente exitosas el *cooperativismo de explotación comunitaria de la tierra* –menos presente en el norte que en el sur pero con experiencias muy positivas–, las *cooperativas de maquinaria agrícola* –que persiguen aumentar la rentabilidad de las innovaciones técnicas compartiendo los gastos de adquisición, mantenimiento, etc.–, o el más común *cooperativismo de comercialización* –principal estrategia adaptativa para muchos de los agricultores que constituirán nuestro objeto de estudio–. Coaligarse ha sido y es, en muchos casos, el único modo de competir en relativa igualdad de condiciones con las

¹¹⁴ Aunque entraremos con algo más de detalle en otros lugares, véase al respecto: Soria Gutiérrez, Rosa; Rodríguez-Zúñiga, Manuel y Langreo Navarro, Alicia, “La agricultura contractual: el sector lácteo asturiano”, en *Revista de Estudios Agro-Sociales*, N° 144, 1988, pp. 221-254. Y López Estudillo, Antonio, “Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: el trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba)”, en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, N° 211, 2006, pp. 63-119.

¹¹⁵ Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, “¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista”, op. cit., pp. 146-147. Aunque más tarde nos detendremos algo más en estos temas, véanse también aquí: Gómez Oliver, Miguel Carlos, “Acción de gobierno y organizaciones campesinas en la Europa mediterránea”, en Sánchez Picón, Andrés (coord.), *Agriculturas mediterráneas y mundo campesino: cambios históricos y retos actuales. Actas de las Jornadas de Historia Agraria: Almería, 19-23 de abril de 1993*, Almería, Universidad de Almería, 1993, pp. 137-150. Y: Gómez López, José Daniel, “El movimiento cooperativo agrario en España y la Unión Europea: evolución y cambios verificados ante el proceso de internacionalización del capital”, en *Boletín de Geografía*, Vol. 26/27, N° 1, 2008/2009, pp. 15-23.

grandes empresas del sector, a pesar de ser éstas las que más influencia tienen en el mercado global de la alimentación.

V. La pequeña agricultura de los países desarrollados en la era de la globalización: la perspectiva ecologista

Empero la pervivencia, reformulación y relativo éxito de estas estrategias adaptativas, la pequeña agricultura ha tenido que hacer frente en los últimos años – como también la grande, por otra parte– a toda una serie de profundos cambios derivados de la intensificación del proceso de globalización¹¹⁶. En este punto, los trabajos de Harriet Friedmann y los de Henry Bernstein son quizá los referentes más destacados, por cuanto son los que mejor han sabido entender –en nuestra opinión– las múltiples relaciones de fuerza que se han dado cita –tanto en la historia reciente como a nivel mundial– en la nueva *political economy of food*¹¹⁷. De la mano de Bernstein, por una parte, y en lo relativo a la pequeña explotación, podríamos señalar una serie de factores que definirían sus características actuales, entre las que cabría destacar la *simplificación* y *estandarización* de las condiciones de la producción agrícola, derivadas de las constantes innovaciones científicas y tecnológicas. Estas innovaciones reducirían los riesgos e incertidumbres intrínsecos a la producción agrícola, siendo accesibles tanto a las grandes como a las pequeñas explotaciones, pero diferenciando en la mayoría de los casos la agricultura de los países desarrollados de la practicada en otros lugares del globo.

¹¹⁶ Para los temas que nos ocupan: Comas d'Argemir, Dolors, *Antropología económica*, Barcelona, Ariel, 1998, pp. 197-214; y también de la misma autora: “La globalización, ¿Unidad de sistema?: exclusión social, diversidad y diferencia cultural en la aldea global”, en Chomsky, Noam et. alt., *Los límites de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 85-112. Sobre el proceso de globalización, claro, la bibliografía podría ser interminable; a modo introductorio, sirva el aún vigente clásico de Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.

¹¹⁷ Sólo los trabajos que más directamente nos interesan aquí, además de los ya citados: Bernstein, Henry, “From Transition to Globalization: Agrarian Questions of Capital and Labour”, Paper presented at the conference on *Land, Property, Social Justice and Development*, Institute of Social Studies, The Hague, 2006, sito en Internet: <http://www.iss.nl/content/download/3612/35265/file/Bernstein.pdf>; también de Bernstein, Henry, “The Peasantry in Global Capitalism: Who, Where and Why?”, en *Socialist Register*, Vol. 37, 2001, pp. 25-51. En discusión con Bernstein: Friedmann, Harriet, “Focusing in Agriculture: A comment on Henry's Bernstein's ‘Is There an Agrarian Question in the 21st Century?’”, en *Canadian Journal of Development Studies/Revue Canadienne d'études du développement*, Vol. 27, N° 4, 2006, pp. 461-465; también de Friedmann, Harriet, “The Political Economy of Food: The Rise and Fall of the Postwar International Food Order”, en *The American Journal of Sociology*, Vol. 88, *Supplement, Marxist Inquiries: Studies of Labor, Class and States*, 1982, pp. 248-286; y revisión de este mismo artículo unos años más tarde: Friedmann, Harriet, “The Political Economy of Food: A Global Crisis”, en *New Left Review*, N° 197, 1993, pp. 29-57.

Por supuesto, una segunda característica –agudizada en los últimos años– es la creciente integración de la producción agrícola con el *gran capital*, y tanto en la misma producción y mercantilización de productos agrícolas, como en los mercados globales de *inputs* y *outputs* relacionados con el agro. En efecto, la pequeña agricultura –y la grande– se encuentra cada vez más interconectada con las grandes compañías de productos fitosanitarios, fertilizantes, productos químicos, biológicos, etc., pero también de la industria de maquinaria agrícola y, huelga decirlo, de los mercados globales de circulación de mercancías. En este sentido, Berstein señala que se trata de cambios que afectan en mayor o menor medida a todos los agricultores del globo, ya sean grandes propietarios agrícolas, *farmers* al estilo norteamericano –recordemos a Lenin–, o a los campesinos supervivientes de los *lejanos países de oriente*. Con todo, y a pesar de lo común de tales factores, Berstein se apresura en hacer notar la enorme diversidad de las empresas agrícolas, tanto en su tamaño, escala, organización social del trabajo o grado de mecanización, como en su inserción e integración en los mercados y en las cadenas de bienes de consumo¹¹⁸.

Harriet Friedmann, por su parte, en su artículo “The Political Economy of Food: The Rise and Fall of the Postwar International Food Order”, y especialmente en “The Political Economy of Food: A Global Crisis”, ha analizado cómo las políticas de protección de la agricultura llevadas a cabo por Estados Unidos en la segunda posguerra mundial y su régimen de exportación –en conexión con la naciente Unión Europea e insertos ambos en las dinámicas políticas de la Guerra Fría–, supusieron un *desorden* en la producción agrícola mundial, arriesgando la llamada seguridad alimentaria en muchas zonas del mundo y modificando los hábitos alimenticios de buena parte de la población mundial. Estos cambios –especialmente graves tras la crisis de 1973 y la desregulación del comercio mundial ya en la década de los ochenta–, desembocaron en lo que ella denomina un *nuevo régimen alimentario*, regulado ahora no ya por los Estados –como sucedía al menos desde los años treinta del pasado siglo–, sino por grandes corporaciones agroalimentarias que han conseguido redefinir la *comida* como una industria de bienes y servicios. En este contexto, la pequeña agricultura de los países desarrollados se ha visto obligada a modificar sus producciones amoldándose a los *gustos del mercado*. Así, por ejemplo, se ha disminuido progresivamente el cultivo de

¹¹⁸ Berstein, Henry, “The Peasantry in Global Capitalism: Who, Where and Why?”, op. cit., p. 29.

cereales o algodón, sustituyéndolos por productos hortofrutícolas o, más recientemente, producciones ecológicas.

Con todo, tanto Berstein como Friedmann –y otros– comienzan a situar sus discursos en toda una serie de nuevas problemáticas que –durante los últimos años y de forma creciente– han eclipsado los anteriores debates sobre la agricultura. Nos referimos, claro está, a las cuestiones ambientales y ecológicas, auténtico hilo conductor de una gran parte de los discursos actuales sobre el agro. En este punto, como bien ha sintetizado Comas D’Argemir, el nacimiento de la llamada *ecología política* en los años ochenta «Implica ampliar el enfoque de la economía política hacia cuestiones derivadas de la interacción con el medio ambiente, al considerarlo una dimensión esencial, e implica también modificar el enfoque de la vieja ecología cultural, introduciendo las dimensiones políticas en el análisis. Las diferencias sociales en el acceso a los recursos, el papel de los factores políticos en el uso y gestión de tales recursos, las dinámicas de desarrollo y sus efectos sobre el medio ambiente, así como la articulación entre los contextos locales y la globalidad pasan a ser los principales temas de interés»¹¹⁹. Esta nueva disciplina, inaugurada por Eric Wolf en 1972¹²⁰, deriva de hecho de una nueva concepción de la naturaleza, entendida como categoría de análisis, que puede llegar a serlo debido precisamente a la propia dinámica de la sociedad industrial y de su intrínseca *mercantilización de todas las cosas*¹²¹.

La introducción de esta nueva problemática¹²², enriquecida con los debates derivados de los riesgos ecológicos inherentes al desarrollo industrial y más patentes en las últimas décadas¹²³, ha afectado de muy distintas formas a los discursos teóricos sobre la agricultura. En este sentido, por ejemplo, Sevilla Guzmán y González de Molina, partiendo del debate marxista, señalaban ya a principios de los noventa que «El hecho de que la agricultura consista en la manipulación por parte de la sociedad de los “ecosistemas naturales” con el objeto de convertirlos en “agroecosistemas” supone una alteración del equilibrio y la elasticidad original de aquéllos a través de una combinación de factores ecológicos y socioeconómicos. Desde esta perspectiva, la producción agraria es el resultado de las presiones socioeconómicas que realiza la

¹¹⁹ Comas D’Argemir, Dolors, *Antropología económica*, op. cit., p. 115.

¹²⁰ Wolf, Eric, “Ownership and Political Ecology”, en *Anthropological Quarterly*, Nº 45, 1972, pp. 201-205.

¹²¹ Polanyi, Karl, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta, 1989 [1944].

¹²² Véase: Comas D’Argemir, Dolors, *Antropología económica*, op. cit., pp. 115-162.

¹²³ Sólo por citar el ensayo quizá inaugurador: Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva Modernidad*, Barcelona, Paidós, 2002.

sociedad sobre los ecosistemas naturales, produciéndose una co-evolución, en el sentido de evolución integrada, entre cultura y medio ambiente»¹²⁴. Partiendo de esta nueva concepción, señalan que ni la perspectiva liberal ni la marxista habían tenido en cuenta las limitaciones naturales al desarrollo económico e industrial, afirmando que las visiones de las ciencias naturales habían quedado relegadas a un segundo plano en los discursos económicos dominantes.

La situación actual exigiría una revitalización de la perspectiva ecológica, que en combinación con ciertos elementos de la tradición marxista podría reinterpretar de forma más *holista* –si se permite la expresión– la pequeña explotación agrícola. Siguiendo esta línea teórica –a la que podemos referirnos como ecosocialista–, Sevilla Guzmán y González de Molina aventuran una distinción entre la explotación capitalista y la campesina (distinción teórica que no entran a explicar en detalle), un tanto discutible, pero paradigmática de esta perspectiva: «frente a la producción capitalista, la campesina contiene –cuando no se encuentra aún subordinada totalmente al Capitalismo– una alta racionalidad ecológica. [Se] ha subrayado recientemente el carácter eficiente de la producción campesina tradicional, dado que basa sus fuentes esenciales en la energía humana y animal plasmada en el trabajo; a ello debe añadirse que dicha producción realiza un aprovechamiento integral de los subproductos generados en la actividad productiva y mantiene tiempos de producción que permiten la renovación de los suelos. El manejo eficiente de la energía surge del carácter mismo de la forma de explotación campesina: por el aporte familiar de la fuerza de trabajo; por el alto nivel de autosuficiencia, donde predominan los valores de uso sobre los de cambio; por el autoconsumo como limitador de las necesidades a las imprescindibles para la existencia; por los objetivos que orientan la propia práctica productiva, la reproducción simple de la explotación; etcétera»¹²⁵. Por supuesto, señalan a continuación que esta forma de explotación ya es rara en los países desarrollados –hablan, recordemos, a principios de los años noventa–, anotando que el desarrollo del capitalismo obliga a estos campesinos tradicionales a vender su fuerza de trabajo –pluriempleo– como forma de subsistencia.

¹²⁴ Sevilla Guzmán, Eduardo y González de Molina Navarro, Eduardo, “Ecosociología: algunos elementos teóricos para el análisis de la convolución social y ecología en la agricultura”, op. cit., pp. 8-9.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 41.

Como decimos, esta visión puede ser tomada como paradigmática dentro del vasto abanico que representa la interpretación ecologista del agro¹²⁶. Con todo, durante los últimos años la perspectiva llamada *agroecológica* –preocupada por la búsqueda de las bases científicas para una agricultura ecológica–, ha focalizado sus análisis principalmente en los profundos cambios acaecidos en los países del Tercer Mundo en nuestros días, y no sólo en relación al intenso proceso de privatización de tierras y bienes comunales, sino también –y quizá sobre todo– en la utilización creciente de cultivos transgénicos y su impacto en las economías campesinas. Por supuesto, se trata de un problema de profundo calado para millones de personas en todo el planeta, por cuanto conlleva toda una serie de inconvenientes de difícil solución¹²⁷: la pérdida de la autosuficiencia agroalimentaria; el sometimiento del trabajo campesino a las lógicas del mercado; la pérdida de la independencia y legitimidad histórica a conservar e intercambiar las semillas del campesinado; la erosión sociocultural de los sistemas ambientales, amén de la pérdida de conocimientos locales, etc.; la apropiación de múltiples territorios indígenas por compañías transnacionales; etc.

Frente a estos riesgos, la Agroecología pretende plantear alternativas sostenibles sobre la base de una utilización teórica de un «enfoque integral en [el] que las variables sociales ocupan un papel muy relevante ya que aunque parta de la dimensión técnica (artificialización ecocompatible de la naturaleza para obtener beneficios) y su primer nivel de análisis sea la finca; desde ella, se pretende entender las múltiples formas de dependencia que el funcionamiento actual de la política, la economía y la sociedad genera sobre los agricultores. Pero además, la Agroecología considera como central la matriz comunitaria en que se inserta el agricultor; es decir la matriz sociocultural que dota de una praxis intelectual y política a su identidad local y a su red de relaciones sociales. La Agroecología pretende pues, que los procesos de transición en finca de

¹²⁶ Sólo algunos buenos ejemplos de una ya vasta corriente: también de Sevilla Guzmán, Eduardo, “Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado”, en *Política y sociedad*, N° 9, 1991, pp. 57-72; y el más reciente: Sevilla Guzmán, Eduardo, “Agroecología y agricultura ecológica: hacia una ‘re’-construcción de la soberanía alimentaria”, en *Agroecología*, Vol. 1, 2006, pp. 7-18. El trabajo de Lattuada, Mario, “El crecimiento económico y el desarrollo sustentable en los pequeños y medianos productores agropecuarios argentinos de fines del siglo XX”, ponencia presentada en las X Jornadas de la Asociación Argentina de Extensión Rural, Mendoza, 18-20 de junio del 2000. Los trabajos de Altieri, Miguel, *Biotechnología agrícola. Mitos, riesgos ambientales y alternativas*, Oakland, Food First/CIED/PED-CLADES, 2001; uno de los grandes referentes de la corriente, también de Altieri, Miguel, *Agroecología. Bases científicas de la Agricultura Alternativa*, Valparaíso, CETAL, 1985; el de Gliessman, Stephen R., *Agroecology. Researching the Basis for Sustainable Agriculture*, New York, Verlang, 1997; o el de Rooset, Peter, *Mitos de la revolución verde*, Oakland, Food First, 1998.

¹²⁷ Sevilla Guzmán, Eduardo, “Agroecología y agricultura ecológica: hacia una ‘re’-construcción de la soberanía alimentaria”, op. cit., p. 13.

agricultura convencional a agricultura ecológica se desarrollen en este contexto sociocultural y político y que supongan propuestas colectivas que transformen las formas de dependencia»¹²⁸.

A pesar de lo loable de esta interpretación, y de los posibles programas económicos, políticos y sociales que de ella puedan derivarse, lo cierto es que nos parece ciertamente problemática su viabilidad práctica –al menos en nuestro ámbito de estudio–. En este sentido, por ejemplo, no creemos que una porción significativa de los pequeños agricultores de nuestra zona de análisis estén realmente dispuestos a transformar sus explotaciones bajo los imperativos de la corriente agroecológica. Y no porque no crean en el respecto a la naturaleza, sino porque como agricultores, pero también –y sobre todo– como trabajadores autónomos, su principal objetivo será, precisamente, la supervivencia de la explotación. Partiendo de esta premisa fundamental, creemos que transformarán sus actuales explotaciones para amoldarlas a los criterios agroecológicos si se cumplen al menos tres factores: en primer lugar, si tienen un mínimo de *conciencia ecológica*; en segundo lugar, si las *condiciones medioambientales* del lugar en el que se encuentren sus explotaciones lo permiten –lo que incluye, por supuesto, al resto de explotaciones colindantes–; y, finalmente, si dicha transformación resulta *económicamente viable*.

Ahora bien, y sin entrar en el *deber ser*, lo cierto es que la aproximación ecológica al problema que aquí nos ocupa resulta ciertamente fructífera. En este sentido, y recordando las apreciaciones de Comas D'Argemir arriba citadas, esta nueva perspectiva ha permitido en los últimos años afrontar la cuestión agrícola en sus íntimas relaciones –hoy obvias pero despreciadas teóricamente hace escasos años– con el medio ambiente y sus limitaciones y ritmos propios, con el acceso desigual a los recursos, con las idiosincrasias socio-culturales y políticas de cada lugar, y todo ello –finalmente– en la articulación y múltiples interdependencias entre los contextos locales y las dinámicas globales. Así, por ejemplo, hemos visto cómo la preocupación creciente en los últimos años por los riesgos ecológicos y medioambientales ha impulsado determinadas reglamentaciones y restricciones de la Unión Europea sobre el uso de ciertos productos químicos y fitosanitarios en la agricultura, o incluso la siembra de productos transgénicos –al menos hasta hoy–. Por su parte, la nueva *moral corporal* y la obsesión de una buena parte de la población de los países desarrollados por conservar una salud

¹²⁸ *Ibid.*, p. 14.

aceptable –elementos tan propios del *cultivo de sí* neoliberal–, han modificado las pautas alimentarias, disparando el consumo de productos frescos y, con ello, aumentando la viabilidad de ciertos cultivos –pensamos por ejemplo en las frutas y hortalizas sin procesar– en detrimento de otros. En efecto, todas estas son cuestiones que tendremos ocasión de ver en repetidas ocasiones en el análisis de nuestro material empírico.

Capítulo 3: Teoría de los modos de vida, producción mercantil simple y trabajo en la era global

En el breve recorrido propuesto en el capítulo anterior, nos hemos acercado a las distintas interpretaciones sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura, prestando especial atención a las características y estrategias de adaptación de los pequeños agricultores en los países desarrollados. Como hemos visto, el inminente final de la pequeña agricultura, posición más o menos común entre los representantes del llamado marxismo clásico, no ha podido ser corroborada por la experiencia histórica. En este sentido, el propio devenir de los acontecimientos y la supervivencia de la agricultura familiar en los países desarrollados hicieron a muchos matizar aquellas posturas iniciales, al tiempo que obligó a una complejización de las problemáticas de análisis. En la nueva era global, elementos como la multiplicación de perspectivas y contextos, la irrupción de las cuestiones ambientales, o la incorporación de nuevas regiones al mercado mundial de la alimentación, no han simplificado las cosas.

De hecho, esta diversificación de la cuestión agraria ha supuesto que la estructura y supervivencia de la conocida como agricultura familiar en los países del capitalismo avanzado haya sido desplazada en los discursos académicos, más preocupados por otro tipo de cuestiones. Con todo, son millones los europeos –por restringir en algo el ámbito de referencia– que aún hoy orientan su existencia económica sobre la base de una agricultura familiar que, en ciertos lugares, parece ser una de las pocas soluciones viables en contextos de crisis económica general. Partiendo de este hecho, y contemplando siempre los desarrollos teóricos a los que aquí hemos hecho referencia, nos proponemos a continuación exponer el marco teórico sobre el que fundaremos el análisis de las características y estrategias adaptativas de los agricultores autónomos en nuestro campo de estudio. Nos referimos, claro está, a la *teoría y el análisis de los*

modos de vida, atendiendo asimismo al contexto global y a los nuevos discursos sobre el trabajo. Esta teoría, desarrollada inicialmente en Dinamarca pero ampliamente extendida por otros países del centro y norte de Europa, ha sido utilizada con éxito por numerosos investigadores interesados por una determinada forma de hacer antropología europea. De hecho, la gran obra de referencia de la teoría de los modos de vida, editada en inglés en 2003 bajo el título *State, Culture and Life-Modes. The Foundations of Life-Mode Analysis*, de Thomas Højrup, ha conocido ya diez ediciones en danés, y ha sido traducida a otros idiomas como el ruso, el alemán o –como decimos– el inglés. Pasemos pues a exponer los principios fundamentales de la teoría, comenzando por una breve contextualización histórica.

I. La teoría de los modos de vida: una aproximación histórica

La primera teoría de los modos de vida modernos surgió en los años setenta, impulsada por las nuevas problemáticas derivadas del proceso de descentralización a nivel local y regional del Estado danés llevadas a cabo por aquel entonces¹²⁹. Esta nueva planificación estatal requirió de la participación ciudadana en el diseño de los futuros planes de actuación, fundada en la convicción de que debían ser escuchados los deseos y necesidades –culturales, sociales e industriales– de los distintos sectores sociales implicados. Ello era, en efecto, una condición ineludible para mejorar la eficiencia e idoneidad de esos planes, y un elemento imprescindible en el mismo proceso de planificación¹³⁰. No obstante, la experiencia mostró la enorme dificultad que suponía integrar perspectivas tan dispares como las de agricultores, familias, trabajadores asalariados, pescadores autónomos, empleados públicos, inversores, profesionales titulados, o las propias de las amas de casa. En esta situación, la idoneidad del lugar en el que construir un colegio, un parque industrial o una carretera resultó ser en absoluto

¹²⁹ Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes. The Foundations of life-Mode Analysis*, Aldershot, Ashgate, 2003, p. 13 y ss. Véanse también del mismo autor: “Del recuerdo a la experiencia. Herencia cultural y ambiente cultural en Dinamarca I”, en *SphEra especial Pública. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Nuevas formas de tratamiento/nuevos sentidos*, 2010, pp. 119-165; asimismo: “The Concept of Life-Mode. A Form-Specifying Mode of Analysis Applied to Contemporary Western Europe”, en *Ethnologia Scandinavica*, 1983, pp. 15-50. Y: “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Anthropological perspectives. Tools for the Anaysis of European Societies/Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Murcia/Muster, Editum/Waxmann, 2014, pp. 217-265.

¹³⁰ Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 223 y ss.

evidente, e insuficiente el dictamen en función de puros criterios racionales o científicos.

En este contexto, los planificadores estatales comenzaron a referirse a visiones encontradas capaces de imaginar distintas posibilidades para los modelos de actuación. Todo aquello parecía emerger de profundas contradicciones entre las necesidades y deseos de los distintos actores sociales, lo que convenció a las autoridades de la necesidad de un análisis etnográfico de la situación. Este análisis sería el encargado de comprender el contexto de las diferentes personas y grupos sociales implicados en dichos procesos de planificación, así como sus necesidades, deseos, imaginarios, perspectivas, etc.¹³¹. Lo que pronto apareció ante los ojos de los etnólogos fue que atender a las concepciones generales sobre la vida cotidiana, las necesidades humanas o las normas comunes no era suficiente para comprender los distintos puntos de partida y contextos en los que se formulaban los intereses específicos de los distintos grupos. Bien al contrario, aquel trabajo etnográfico reveló auténticas contradicciones culturales entre los diversos segmentos poblacionales, lo que exigió problematizar la propia cuestión sobre la vida cotidiana.

El punto de partida fue entonces la gran variedad de *valores culturales* que cada grupo social perseguía maximizar. En este sentido, las personas evaluaban de forma muy distinta cuestiones tan cotidianas y aparentemente prístinas como la familia, el trabajo, la educación, sus casas, el paisaje, la ciudad, la comunidad, etc. Lo que estas evaluaciones comenzaron a mostrar fue, precisamente, las diferentes escalas de valores culturales asociadas a distintas visiones del mundo, relacionadas además con los recursos de cada uno de los actores. Atender a los recursos y a la escala de valores de los distintos grupos debía permitir entonces explicar la forma de actuar de las personas, preocupadas por maximizar sus propios y específicos valores e intereses¹³².

Ahora bien, los heterogéneos actores y grupos sociales interactúan en el seno de una sociedad concreta, entrando en conflicto y intercambiando mutuamente sus valores y permitiendo con ello eventualmente el progresivo proceso de reconocimiento mutuo. Se trata de hecho de un proceso de aprendizaje fundado en la retroalimentación de las diversas escalas de valores de los distintos actores, lo que debe conducir a una integración creciente de dichas escalas, a priori enfrentadas en conflictos permanentes. En este sentido, una mayor *interacción* de los distintos grupos supone en principio un

¹³¹ Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 13 y ss.

¹³² *Ibid.*, p. 91.

grado mayor de *integración*, y no ya entre las personas que interactúan en una comunidad o país determinados, sino incluso entre distintos países¹³³. Atendiendo a todos estos elementos, el trabajo etnográfico podría distinguir diferentes escalas de valores para cada grupo social, lo que permitiría explicar a los planificadores su importancia y actuar en consecuencia. En efecto, cada segmento de la población, con sus valores propios, optará y reclamará propuestas diferentes de planificación, derivadas de sus diferentes valores, universos simbólicos, etc., lo que exige diferenciar las distintas escalas de valores presentes en la sociedad para poder actuar en consecuencia y de la forma más acertada posible –esto es, maximizando los puntos de encuentro de los distintos actores sociales–.

Llegados a este punto, era necesario averiguar los supuestos básicos sobre los que se asienta una sociedad en cuestión, supuestos que debían tomar la forma de *diferencias necesarias y no mudables* –aunque históricas, claro– en el infinito proceso de interacción de la vida cotidiana. En este sentido, debían existir unas formas culturales esenciales sobre las que se fundase la estructura social básica de un Estado concreto: esto es, *los elementos fundamentales de una determinada sociedad* –en sentido wittgensteiniano–. Estos elementos debían ser aprehendidos en conceptos culturales formados sobre la comprensión de ciertos *modos necesarios de existencia*, modos que constituirían –como decimos– la estructura esencial del Estado y su sociedad concreta. En este punto es preciso atender al viejo concepto de *praxis*, encargado de desvelar las condiciones de posibilidad específicas sobre las que pueden asegurarse unas determinadas condiciones de existencia¹³⁴. En una sociedad concreta, la *praxis* debe tener pues una forma y unos modos de existencia cíclicos, por tratarse del elemento de *auto-reproducción* de la propia formación social. En nuestras sociedades esta forma de análisis podría estar representada por los conceptos de los distintos *modos de producción*, entendibles como las formas que adoptan los diversos procesos de auto-reproducción, producción y apropiación que estructuran un sistema económico concreto.

Pues bien, y volviendo a nuestro caso inicial, resulta que el primer problema que surgió al analizar los distintos modos de producción es que traían asociados diferentes clases o grupos sociales. De hecho, cada una de ellas contemplaba intereses específicos enfrentados entre sí y en ocasiones hasta irreconciliables. Cada clase debía pues poseer

¹³³ Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 229 y ss.

¹³⁴ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, 2002.

intereses comunes, siendo cada uno de los actores portador de tales intereses específicos. Ahora bien, esos intereses no podían derivar únicamente de los recursos materiales de los actores, pues un cambio en tales recursos no suponía necesariamente un cambio de intereses¹³⁵. Era preciso por tanto poner en suspenso el propio concepto de clase para afrontar con garantías las problemáticas derivadas del proceso de planificación al que se intentaba hacer frente. Todo ello condujo a la conceptualización de diferentes *modos de vida* asociados a otros tantos *modos de producción*¹³⁶. En este sentido, aquellos modos de vida eran entendidos como *las condiciones básicas para la auto-reproducción social*, convirtiéndose en la clave epistemológica para construir una teoría científica que permitiese comprender de forma empírica las formas culturales esenciales de la sociedad –danesa, en primera instancia–.

Para definir estos diversos modos de vida y sus condiciones de existencia se utilizó –como venimos comentando– el concepto de modo de producción, considerado en un sentido amplio y en sus múltiples relaciones y conexiones. Así, por ejemplo, si atendemos al *modo de producción capitalista*, descubrimos que se encuentra inserto en un conjunto de múltiples relaciones necesarias entre sí, la primera de las cuales es –precisamente– la relación entre el *salario* y el *trabajo*. Ahora bien, esta relación necesita para ser fijada de una segunda, establecida por la *tarifa*: esto es, la negociación de mano de obra entre compradores y vendedores, y las condiciones asociadas al mercado laboral. Al tiempo, este *mercado laboral* –en el que se establecen las negociaciones de tarifas de mano de obra, condiciones laborales, etc.–, presupone otros mercados, como el *mercado de capitales* –donde se invierte un capital en vista a obtener futuros *beneficios*–. Estos beneficios presuponen *plusvalía*, al tiempo que esta producción de plusvalía requiere, finalmente, de un mercado de trabajo. En este sentido, tanto el mercado de trabajo como el de la plusvalía se presuponen entre sí como conceptos de relación, pero no son independientes de otros. En efecto, la competencia entre diferentes empresas e inversores exigirá una mejora constante de la competitividad, tanto en el propio proceso de producción como en el desarrollo de nuevos productos –dinámica cuyo fin último no puede ser otro que el alcanzar una posición de monopolio, al menos de forma teórica–. Ahora bien, esa mejora de la competitividad exigirá al tiempo la contratación de profesionales especializados, capaces de crear ideas únicas e

¹³⁵ Una versión más elaborada de esta idea en Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 121 y ss.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 20 y ss. Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 231 y ss; y Højrup, Thomas, “The Concept of Life-Mode”, op. cit., p. 29 y ss.

innovadoras que permitan a la empresa en cuestión adquirir una posición de ventaja con respecto al resto de sus competidores, generando así una mayor plusvalía con la que pagar a los inversores. Esos beneficios, al tiempo, permitirán unas mayores inversiones en competitividad, en la compra de más trabajo asalariado, la contratación de especialistas más sagaces y por tanto mejor remunerados, etc.¹³⁷.

Así, en el *modo de producción capitalista* –y en el proceso de su auto-reproducción que acabamos de resumir aquí–, se encuentran implicados al menos *cuatro modos de vida distintos*, cada uno participando del proceso de forma diferente pero siendo todos necesarios para la supervivencia del modo de producción en su conjunto. Estos modos de vida son: el del *trabajador asalariado*; el del *empresario capitalista*; el del *inversor*; y, finalmente, el del *especialista*. A pesar de ser contradictorios entre sí, son necesarios para la supervivencia del modo de producción capitalista, e incluso mutuamente dependientes. Así, por ejemplo, si atendemos a las características del *modo de vida del trabajador asalariado*, pronto entendemos que se encuentra ordenado por un universo conceptual donde la existencia vital está radicalmente dividida entre *horas de trabajo* –entendido como tiempo de *obligación*– y *horas libres* –consideradas como tiempo de *ocio*–. Su *responsabilidad* como trabajador asalariado se reducirá por tanto al tiempo que permanezca en su puesto de trabajo, realizando su cometido de forma adecuada, y atendiendo únicamente a lo que se espera de él durante ese tiempo específico. En oposición, el trabajador asalariado se considerará un *hombre libre* en su tiempo *fuera del trabajo*, donde podrá realizarse como persona en las actividades que más le llenen, o simplemente cuidando de su familia, disfrutando con sus hijos, etc. Su familia, sus hobbies, etc., serán la fuente de su *felicidad*, el objetivo último de su vida, y lo que justificará sus penurias durante el trabajo, considerado necesario para poder adquirir los recursos mínimos –en forma de salario– para asegurar tanto su existencia material y la de su familia como, en efecto, el ocio que se desee o pueda permitirse.

Por lo demás, la condición económica principal del trabajador asalariado será el propio mercado laboral, donde están implícitos los conceptos de salario y venta de horas de trabajo definitorios de su modo de vida¹³⁸. Al tiempo, el correcto funcionamiento del mercado laboral exige de una serie de condiciones políticas y legales que regulen la misma *propiedad*, la figura del *contrato de trabajo* y la *tarifa*. Por supuesto, en el marco del capitalismo moderno, estos conceptos se sostienen políticamente en el ordenamiento

¹³⁷ Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 144 y ss.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 119 y ss.

de un Estado Constitucional y de Ley, que funciona como condición de posibilidad política, y sostenido en la soberanía sobre un territorio y una población, y en su propio reconocimiento por parte de los otros Estados. Esta cadena etnológica de las sociedades contemporáneas puede detectarse analizando la forma en la que los trabajadores participan en una manifestación, donde, por ejemplo, plantean como “nacionales” demandas encaminadas a proteger sus privilegios frente a las reducciones del nivel salarial posibilitadas por la inmigración ilegal, o para asegurar la producción nacional frente a los actuales procesos de deslocalización productiva¹³⁹.

Si analizamos el *modo de vida del inversor*, también intrínseco al modo de producción capitalista, pronto descubrimos que su requisito en términos económicos es la existencia del mercado financiero. Este modo de vida, a su vez, requiere de la ordenación de un mercado de capitales que exige en sí mismo un sistema legal, de derechos y deberes específico. El funcionamiento de la actividad del inversor necesita de un *mercado de finanzas* regulado y mínimamente seguro que ofrezca múltiples posibilidades de inversión. En este contexto, el inversor puro desplazará continuamente su capital de empresa a empresa en busca de los beneficios más jugosos, y éstas, a su vez, se preocuparán por captar el máximo volumen de inversiones en función de múltiples estrategias como la exposición de resultados, el marketing, la contratación de productos y personal con un alto nivel de unicidad, etc. De hecho, el fracaso por parte de un Estado determinado en la formación de un mercado financiero con garantías ha supuesto en ocasiones el fiasco o la desvirtuación en la introducción del modo de producción capitalista. Así, por ejemplo, la creación de un mercado de capitales insuficientemente regulado en la Rusia postcomunista favoreció el desarrollo de un anarco-capitalismo salvaje, con la formación –o consolidación– de oligarquías, irregularidades, inseguridad social, etc.¹⁴⁰. Algo parecido está ocurriendo actualmente en China: a saber, la expansión de un sistema capitalista donde el Estado –al menos por el momento– no está siendo capaz ni de establecer legalmente ni de defender políticamente las condiciones necesarias de existencia del modo de producción capitalista, y tampoco de regular el mercado especulativo a él asociado¹⁴¹. Pero lo mismo ha podido observarse en la gran mayoría de los países desarrollados tras la crisis económica de 2008, donde se ha producido una desregulación general del sistema

¹³⁹ Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 233 y ss.

¹⁴⁰ Gray, John, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 171-212.

¹⁴¹ Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 235 y ss.

financiero, hasta el punto de que los Estados han sido aparentemente incapaces de “gobernar” a los llamados “mercados”.

Ahora bien, estos inversores puros son relativamente escasos, y suelen “contaminar” su modo de vida con el del *empresario capitalista* –tercer componente del modo de producción capitalista–. De hecho, podríamos diferenciar entre *capitalista financiero* (el inversor puro) y *capitalista productivo* (que contiene tanto el aspecto de inversor como el de gestor y, además, desarrolla productos no especulativos)¹⁴². En cualquier caso, lo que nos interesa aquí señalar son las enormes diferencias que existen entre estos modos de vida y aquel del trabajador asalariado al que hicimos referencia más arriba. Así, y en primer lugar, el empresario capitalista –como el inversor– no considera como un factor determinante la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, tan evidente en el modo de vida del trabajador asalariado. En efecto, el empresario dedicará a su negocio tanto tiempo como sea necesario, y aún más, teniendo como objetivo último no sólo el buen funcionamiento de su empresa, sino su máximo crecimiento. Este crecimiento le permitirá, a su vez, nuevas inversiones tanto en la propia empresa como en nuevas aventuras empresariales. En este sentido, su responsabilidad como empresario será perfeccionar el sistema productivo y maximizar la rentabilidad de la empresa, posibilitando el máximo aprovechamiento tanto de las inversiones en material como el coste de mano de obra. En pocas palabras, su principal objetivo será asegurar y aumentar todo lo posible la plusvalía de la producción de la empresa.

No obstante, y a diferencia del trabajador autónomo –que estudiaremos con mayor detenimiento en la siguiente sección–, para el empresario capitalista el funcionamiento deficiente o el cierre de su –o sus– empresas no supondrá necesariamente la experiencia de un fracaso personal. En este sentido, si su proyecto empresarial no ofrece los resultados esperados, no dudará en cesar su actividad productiva y reinvertir su capital en un nuevo proyecto. Este es, de hecho, el objetivo último de su proyecto vital: el crecimiento máximo de un capital que le permita la inversión continua y constante en nuevos proyectos, y de ser posible aspirar a una posición de monopolio en su sector específico. El aumento de su nivel adquisitivo, su cercanía a los poderes fácticos, y las demás consecuencias de una forma de vida elitista serán los atributos que lo definan como “empresario de éxito”.

¹⁴² Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 144 y ss.

Ahora bien, para que todo ello sea posible al empresario capitalista no le bastará con organizar de forma eficiente el aparato productivo y comercializador de su empresa. El máximo nivel de plusvalía –y con él la apertura de nuevas posibilidades de inversión y crecimiento– no será posible si no es capaz de desarrollar productos exclusivos. Es entonces cuando un nuevo modo de vida entra a formar parte del juego: a saber, el del *profesional de carrera* o *modo de vida del especialista* –“career professional life-mode” –¹⁴³. En efecto, estos especialistas son los encargados de desarrollar los nuevos productos, soluciones o estrategias que permitan a las empresas obtener una ventaja competitiva sobre sus adversarios, produciendo con ello un más alto nivel de plusvalía y asegurando el pago de beneficios a los inversores. En este sentido, son estos especialistas los que permiten a las empresas capitalistas una posición de monopolio temporal en el mercado, posibilitado –como decimos– por el desarrollo de un producto exclusivo, una adecuada estrategia de marketing, un diseño revolucionario, la adquisición de una tecnología favorable y aún no alcanzable por otras empresas, la organización eficiente de la producción, etc.

La existencia de este cuarto modo de vida es de hecho una condición de posibilidad necesaria para la propia existencia de la empresa capitalista, debido a su definitiva aspiración monopolista. En este sentido, los especialistas son la pieza clave en la adquisición de ventajas únicas por parte de las empresas particulares, asegurando como decimos la producción de plusvalía, la atracción de capital por parte de los inversores, la reinversión, etc. Lo que estos especialistas ofrecen a las empresas capitalistas es, precisamente, su capacidad para desarrollar, examinar y elaborar las visiones y proyectos que las empresas competidoras no han imaginado aún. Por ello, estas personas no tienen un salario fijo –como los trabajadores asalariados–, sino que se les paga una parte de los beneficios de la empresa. De hecho, esta forma distinguida de pago debe permitir las facilidades necesarias para explotar su creatividad, permitiendo así el desarrollo de nuevas ideas y soluciones. De no ser así, estos profesionales no dudarían en ofrecer sus servicios a un competidor que les brindara mayores ventajas, pues la empresa para ellos no es más que un *medio* para desarrollar sus ideas y proyectos. No obstante, una vez que un nuevo producto o servicio –tecnología, solución, etc.– es presentado y vendido, pierde su exclusividad. Es por ello que el

¹⁴³ *Ibid.*, p. 144 y ss., pp. 55-61., y pp. 37-41. También en Højrup, Thomas, “The Concept of Life-Mode”, *op. cit.*, pp. 41-45. Y del mismo autor: “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, *op. cit.*, p. 239.

especialistas está obligado a buscar incesantemente la exclusividad de sus producciones, con el fin de mantener así su propia *unicidad*, y con ella la posibilidad de desarrollar sus capacidades y aspiraciones. Demostrar su *irremplazabilidad* le permitirá exigir ciertas condiciones de trabajo en la empresa, adquirir participaciones de la misma, etc., al tiempo que le ofrecerá continuas posibilidades de movilidad y mejora. En este punto, la *unicidad* de sus creaciones y su condición de *irremplazable* serán los dos factores que determinen su “perspectiva profesional”: esto es, el fin último de su modo de vida. Como podemos observar, existe un contraste absoluto entre el modo de vida del especialistas y el del trabajador asalariado. En efecto, la unicidad de las producciones y la irremplazabilidad del especialista son la negación misma del binomio trabajo/ocio que articula la existencia económica del trabajador asalariado. En este sentido, mientras que la condición económica de posibilidad del modo de vida del trabajador asalariado era el mercado laboral, la condición económica de posibilidad del especialista es el *mercado de pericia única o experiencia única*.

Ahora bien, de igual modo en que el mercado laboral necesita de condiciones legales que reglamenten los salarios y las condiciones de trabajo, y en que el mercado financiero exige de un derecho de contrato y un sistema legal regulados, el mercado de experiencia exclusiva de los especialistas necesita de un sistema de protección de ideas y regulación de posibles copias antes de ser comercializadas¹⁴⁴. Este requisito legal será, claro está, el *derecho de protección de patente* de la idea, al tiempo que la empresa que contrata los servicios del especialistas tiene el derecho de prohibirle utilizar los secretos comerciales en caso de movilidad. En este sentido, los distintos modos de vida se encuentran determinados por las relaciones de división del trabajo y sus relativos requisitos políticos, legales e ideológicos. Es por ello que Thomas Højrup insista en que la “formación social” viene definida, precisamente, por las contribuciones al proceso común de los distintos modos de vida.

Aún así, cada modo de vida tiene asociado un sistema propio de conceptos culturales que fundamenta su *ideología*, entendida como visión del mundo y sistema de conceptos cotidianos¹⁴⁵. Ello supone que los individuos insertos en un determinado modo de vida pueden observar los distintos modos de vida de aquellos con los que convive en una determinada sociedad, pero inevitablemente les percibirá e interpretará desde el prisma

¹⁴⁴ Højrup, Thomas, “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, op. cit., p. 243 y ss.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 245. Y también en los otros textos citados del autor: *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 26 y ss. Y: “The Concept of Life-Mode”, op. cit., p. 30 y ss.

de su propia visión del mundo. En este punto, podríamos hablar de una especie de *ceguera cultural* entre los distintos modos de vida, entendible de hecho como un auténtico elemento fundamental de la relación existente entre ellos. Podría compararse, por ejemplo, con la perplejidad que los exploradores mostraban ante las formas de vida y organización social de los indígenas del Nuevo Mundo, y viceversa. En la teoría de los modos de vida, esta relación es denominada *etnocentrismo de los modos de vida*. Así, por ejemplo, el especialista difícilmente podrá comprender la visión del mundo del trabajador asalariado, y ello a pesar de que –posiblemente– él o ella mismo se haya visto obligado a desarrollar trabajos rutinarios en los primeros estadios de su carrera. No comprenderán su ansia de estabilidad, su “conformismo”, la importancia que suelen conceder a la vida familiar –que ellos vivirán de otra manera–, su aceptación de la posición que ocupan en la escala de organización de la empresa, etc. Y por otro lado, el trabajador asalariado verá al especialista, y quizá envidie su tren de vida, sus comodidades, etc., pero probablemente no comprenda su concepción de los asuntos familiares, su desinterés por el tiempo libre, su alto grado de flexibilidad y movilidad laboral, su aparentemente enfermiza obsesión por el trabajo, etc.

No obstante, en las llamadas sociedades desarrolladas, donde se reproduce en toda su amplitud el modo de producción capitalista que venimos comentando, los diferentes modos de vida son *mutuamente dependientes* y están *íntimamente interrelacionados*. De hecho, tanto esta dependencia mutua como el propio etnocentrismo cultural de los modos de vida se implican mutuamente en las relaciones que –en el seno de una sociedad concreta– se establecen entre ellos. Es por eso –insiste Højrup– que tanto la comprensión de las características definitorias de los diferentes modos de vida presentes en una sociedad determinada, como las mutuas e íntimas relaciones que se establecen entre ellos, exigen de un sistema de conceptos etnológicos capaz de posicionarse epistemológicamente ante la realidad social empírica. Volviendo a la situación de partida en la Dinamarca de los años setenta, y a las preguntas que se planteaban entonces a los planificadores sociales, las formas en que este etnocentrismo de los modos de vida se desarrolle e impregne los diferentes procesos y discursos, determinaría en gran medida, de hecho, el éxito de aquellos planes de actuación.

En efecto, el universo ideológico de los diferentes modos de vida que hemos comentado brevemente aquí, con sus conceptos culturales propios, influirá de un modo u otro en la adopción de unas determinadas políticas sociales, laborales, económicas, etc. En este sentido, el contraste entre los distintos universos culturales que ordenan los

diversos modos de vida debe suponer necesariamente un auténtico dilema en la toma de decisiones. Si atendemos al propio lenguaje cotidiano, por ejemplo, estas distinciones son fácilmente detectables: mientras que el especialista o el empresario capitalista “viven para trabajar”, el trabajador asalariado “trabaja para vivir”, al tiempo que el trabajador autónomo –en el que ahora nos detendremos– “vive para el trabajo”. Llevando este etnocentrismo a sus últimas consecuencias, es incluso factible señalar cómo cada uno de estos modos de vida tiene imágenes propias de la *libertad* o la *felicidad*: en efecto, para el trabajador asalariado la libertad solo se encuentra en el tiempo libre, permaneciendo la felicidad en el ámbito privado de la familia –o las aficiones personales–; para el especialista, la libertad es la posibilidad de desarrollar sus creatividad imaginando ideas y soluciones únicas que, a su vez, le permitan ascender en su carrera y cambiar de empresa cuando lo considere oportuno; para el empresario capitalista, es la propia empresa o empresas en propiedad y su buen funcionamiento lo que determina su libertad, así como su capacidad de inversión.

Como arriba ya apuntamos al definir el etnocentrismo de los modos de vida, lo que todo ello supone es que el especialista, por ejemplo, no entiende que los trabajadores asalariados pierdan su tiempo en un lugar de trabajo que no les permite ampliar ni mejorar sus “capacidades”. Para ellos, los trabajadores revelan una actitud vaga, seguramente determinada por sus escasas capacidades o, a lo sumo, por su deficiente desarrollo educativo. Y viceversa, el trabajador asalariado nunca entenderá la concepción del especialista de los asuntos familiares, siempre pensando en cómo aumentar su unicidad. Es fácil imaginar cómo estos trabajadores asalariados conciben a los especialistas como esclavos del empresario capitalista, siempre dispuestos a invertir más y más energías en la buena marcha del negocio, siendo el empresario, obviamente, esclavo de su dinero.

Todo ello ha mostrado la pertinencia de atender a los distintos modos de vida presentes en la sociedad actual a la hora de afrontar con garantías los planes de actuación estatal en cada caso particular, así como la relevancia del análisis etnográfico. Desatender las características definitorias de cada uno de estos modos de vida, imponiendo las preferencias ideológicas –digamos, quizá, culturales– de uno en concreto, necesariamente conducirá al fracaso de tales planes de actuación, e incluso de determinadas posturas teóricas. Por supuesto, más allá del análisis etnográfico y de la propia planificación estatal, determinados modos de vida tratan de imponer –y lo han intentado a lo largo de la historia de diversas formas y en diferentes modelos sociales–

su particular visión del mundo, al menos desde un punto de vista discursivo¹⁴⁶. En este sentido, no resulta difícil imaginar cuál es el modo de vida que en la actualidad impregna con mayor insistencia los discursos políticos, económicos y sociales de los países –al menos– del capitalismo avanzado. No obstante, es preciso aquí advertir que estos modos de vida son –como ya quedó señalado en otros lugares– *tipos ideales*, que se encuentran en mayor o menor medida representados en “realizaciones sociales concretas”. En este sentido, será difícil identificar en una persona en concreto todos los rasgos de un único modo de vida, pues compartirá en la mayoría de los casos aspiraciones o conceptos vitales de varios modos de vida. De igual modo, por ejemplo, un autónomo contratado durante un tiempo como trabajador asalariado, adquirirá con el tiempo presumiblemente la mayor parte de las notas características de este segundo modo de vida, un proceso adaptativo que puede ser tomado como una pura estrategia de supervivencia. Por lo demás, a lo largo de la historia se pueden diferenciar diferentes modos de vida asociados a varios modos de producción, lo que lleva a asumir que se trata –como no podía ser de otro modo– de modelos históricos, y por tanto mudables. Con todo, es hora ya de comentar de forma un tanto más pausada el modo de vida que aquí más nos interesa: a saber, el *modo de vida de autónomo*.

II. La producción mercantil simple y el modo de vida de autónomo

Hasta ahora hemos atendido a los diferentes modos de vida implicados en el sistema de producción capitalista. De hecho, podríamos incluso señalar otros igualmente importantes en el proceso de reproducción de este modelo económico y social, como serían por ejemplo el *modo de vida del ama de casa* –cuya centralidad en el capitalismo taylorista casi siempre fue menospreciada– o, por supuesto, el del *funcionario*. De hecho, no ha sido hasta fechas relativamente recientes que los economistas y sociólogos han comprendido la enorme relevancia económica, social y política de la familia patriarcal y la división entre la *labor* doméstica y el *trabajo* fuera del hogar –por utilizar la distinción de Hannah Arendt¹⁴⁷– para el desarrollo del capitalismo. También en la teoría de los modos de vida –como en el específico modo de vida de autónomo que aquí

¹⁴⁶ Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999. Como veremos a continuación, también ha sido esta una cuestión tratada, entre otros, por Pierre Bourdieu o Gilles Deleuze.

¹⁴⁷ Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993; y también Arendt, Hannah, “Labor, trabajo y acción”, en Arendt, Hannah, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós/ICE de la UAB, 1995, pp. 89-107.

vamos a comentar–, es preciso atender a la cuestión del género, como hemos señalado en otros lugares y después veremos. Por otro lado, sería también ciertamente difícil el buen funcionamiento del modo de producción capitalista sin la existencia de un sistema educativo –compuesto en su mayor parte por funcionarios, al menos en Europa– que preparara a los necesarios profesionales y trabajadores cualificados, así como a los cuadros de las grandes empresas, etc.¹⁴⁸. De hecho, el descrédito de estos factores ha venido en gran parte derivado de las utopías liberales de un mercado universal autorregulado nacidas en el siglo XIX, y de sus excluyentes conceptualizaciones sociales.

Con todo, y en primer lugar, es preciso ocuparnos aquí de la existencia en nuestras sociedades de un modelo productivo distinto, situado junto a, sobre o debajo –poco importa por el momento– del modo de producción capitalista. En efecto, en su conexión con el mercado de productos y servicios, las empresas capitalistas entran en competencia no sólo entre ellas, sino además con toda una miríada de pequeñas empresas de *trabajadores autónomos* que organizan su producción sobre la base del conocido como *modo de producción mercantil simple*. Este modelo productivo se organiza –en efecto– en función de una estructura bien distinta a la de la empresa capitalista, sobre un modelo de empresa familiar, como compañías de empresarios asociados, o en la forma de propiedad compartida o participativa –como sucede por ejemplo en el caso de la pesca costera¹⁴⁹. Ambos modelos productivos, el capitalista y el mercantil simple, coexisten en nuestras sociedades, conteniendo en sí mismos un cierto número de variantes lógicas que determinan sus grados de interdependencia y oposición. Detengámonos pues en las características principales de este segundo modelo productivo.

En primer lugar, en la producción mercantil simple los trabajadores autónomos son *propietarios de sus medios de producción*. Ello les permite conservar –como ya quedó señalado en más de un lugar en el capítulo primero– un alto grado de resistencia ante las fluctuaciones del mercado. En efecto, y a diferencia del empresario capitalista, el productor autónomo es capaz de sobrevivir sin recibir ingresos proporcionales al valor

¹⁴⁸ Sólo por citar algunos de nuestros referentes: Foucault, *Michel, Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Paris, Gallimard, 2004; y Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *La Reproduction. Eléments pour une Théorie de l'enseignement*, Paris, Minuit, 1970.

¹⁴⁹ Hansen, Kirsten Monrad, “La producción mercantil simple y el modo de vida del trabajador autónomo – Una cultura de importancia para la industria pesquera costera”, en Højrup, Thomas y Schriewer, Klaus (eds.), *European Fisheries at a Tipping Point/La pesca europea ante un cambio irreversible*, Murcia, Editum, 2012, pp. 137-171. Højrup, Thomas, “The Concept of Life-Mode”, op. cit., p. 30 y ss.

de sus instalaciones e inversiones. En este mismo sentido, este modo de producción ha demostrado un elevado grado de maleabilidad y adaptación, lo que inevitablemente debe facilitar esa misma capacidad de resistencia ante los negocios capitalistas. De hecho, esta característica ha sido señalada en innumerables ocasiones por científicos sociales procedentes de una gran variedad de perspectivas teóricas, tal y como ya hemos advertido en otros lugares. En este punto, quizá lo interesante es recordar las predicciones tanto del marxismo como del liberalismo del siglo XIX y principios del XX, convencidos ambos de que éste era un modelo productivo superviviente de épocas históricas pretéritas, y que poco o nada podía hacer frente a la evolución de la racionalidad capitalista –como ya hemos señalado intrínsecamente monopolista–.

En segundo lugar, en la producción mercantil simple el autónomo debe hacer frente –al menos– a dos tipos de costes: los *costes fijos* y los *costes por unidad*. Los primeros serían los destinados a cubrir las condiciones previas que hacen posible el funcionamiento de la empresa, tales como el alquiler de un espacio comercial o de tierra, la adquisición y mantenimiento de la maquinaria necesaria para desarrollar su actividad, el mantenimiento de su familia, las cuotas de la seguridad social, etc. Por su parte, los costes por unidad se referirían a los gastos derivados de cada artículo producido, considerado de forma independiente. Estas unidades podrían ser, por ejemplo, una hogaza de pan que saliera del horno de un panadero, un kilo de uva producido por un agricultor, o cada ladrillo de los que componen un muro ensamblado por un albañil¹⁵⁰. Atendiendo a estos gastos fijos y por unidad, la reproductividad de la pequeña empresa organizada según el modelo de la producción mercantil simple dependerá de que el trabajador autónomo sea capaz de generar una cantidad de mercancías suficiente para cubrir todos los gastos. Klaus Schriewer ha resumido la estructura básica de este modelo del siguiente modo: «El resultado de la venta de una cantidad de un producto (mercancía o servicio), multiplicado por el precio considerado para una unidad de producto, tiene que producir los ingresos que correspondan como mínimo con los costes fijos y los costes por unidad en función de la cantidad»¹⁵¹.

Una tercera característica de este modelo productivo –derivada de la anterior– es, precisamente, que no se distingue entre *costes privados* y de *empresa*. Esto es, los costes fijos necesarios para mantener a flote el proceso productivo y sus condiciones

¹⁵⁰ Schriewer, Klaus, “La cultura de los trabajadores autónomos”, Documento de Trabajo Inédito.

¹⁵¹ *Ibid.* Esta ecuación puede ser representada del siguiente modo: Precio de la mercancía X Cantidad \geq Costes por unidad X Cantidad + Costes fijos.

necesarias –la maquinaria exigida, el espacio necesario, etc., en cada caso relativo–, no difieren de gastos tales como la alimentación de la familia, la hipoteca, los gastos educativos de la progenie, el cuidado de los mayores en su caso, etc. Aquí, por ejemplo, para los trabajadores asalariados los costes privados se encuentran estrictamente separados de los de la empresa donde trabajan. En este sentido, es paradigmática la adquisición recurrente por parte de los trabajadores autónomos de vehículos monovolumen o pequeñas furgonetas, que por supuesto emplean tanto para su negocio como para las necesidades familiares.

Y de este, un cuarto elemento diferenciador de la producción mercantil simple respecto al modo de producción capitalista: mientras que la empresa capitalista está obligada a adquirir del exterior los diferentes elementos que permitan su proceso productivo y su continuidad –el capital que aporta el inversor, la fuerza de trabajo rutinario por la que se paga a los trabajadores asalariados, el conocimiento experto de los técnicos y especialistas en diseño y marketing, etc.–, en la empresa familiar es el propio trabajador autónomo el que aporta *todos los elementos necesarios para el mantenimiento cíclico de su negocio*. Por supuesto, y como pronto puede advertirse, para los diferentes agentes implicados en su funcionamiento, la empresa capitalista no es concebida sino como un *medio* para desarrollar sus respectivos modos de vida. Incluso el empresario capitalista, ante una secuencia más o menos prolongada de resultados deficitarios o no suficientes, no dudará en clausurar su negocio y buscar nuevas posibilidades empresariales. Por el contrario, para el trabajador autónomo su negocio es considerado un *fin en sí mismo*.

Esta definición de la empresa familiar como un fin en sí mismo es lo que nos va a permitir entender, de hecho, el propio *modo de vida de autónomo*. En efecto, la primera característica esencial de este modo de vida es la insistencia del autónomo en asegurar la *viabilidad y supervivencia del negocio propio*¹⁵². Se trata, de hecho, del objetivo último que gobierna la existencia no sólo económica, sino incluso vital del trabajador autónomo. En este sentido, por ejemplo, a diferencia del trabajador asalariado –cuyo objetivo principal es el disfrute del tiempo de ocio, en oposición al tiempo de trabajo–, o del inversor capitalista –siempre a la búsqueda del nicho comercial que le reporte mayores beneficios–, el autónomo contempla siempre como fin supremo el

¹⁵² Hansen, Kirsten Monrad, “La producción mercantil simple y el modo de vida del trabajador autónomo”, op. cit., p. 149 y ss. Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 22 y ss., y pp. 138-144. Y Højrup, Thomas, “The Concept of Life-Mode”, op. cit., p. 22 y ss.

sostenimiento de su propia empresa. Y eso es, precisamente, lo que completa la significación de lo que el autónomo entiende por *responsabilidad*: a saber, el mantenimiento de su negocio. Poco importa que ésta reporte una escasa o nula rentabilidad. De hecho, tales criterios no son significativos para el autónomo, a no ser claro que el negocio sea absolutamente insostenible. Es más, su éxito como trabajador autónomo dependerá precisamente de su capacidad para mantener su negocio en activo, considerado siempre como su propia vida, y entendidos los fracasos en su gestión como esencialmente personales.

De esto se deriva una segunda característica idiosincrásica de este modo de vida, donde la empresa familiar se erige como modelo económico paradigmático: a saber, la *ausencia de una separación nítida entre la empresa y la familia*. En efecto, para el autónomo no existe diferencia entre el trabajo y el ocio, ni entre el ámbito privado y el ámbito –público– de la acción económica –al contrario de lo que sucede, por ejemplo, con el trabajador asalariado–. Incluso cuando no esté desarrollando su labor productiva propiamente dicha, el autónomo se ocupará en su domicilio familiar de la contabilidad relativa a aquél, ordenará sus planes de actuación, imaginará nuevas estrategias comerciales, etc., mientras que los niños corretean a su alrededor o su mujer –o marido– prepara la cena. Poco importa en este sentido que todos los miembros de la familia participen –como antaño– en el proceso productivo de la empresa para que esta sea definible como familiar –aunque por supuesto esto siga sucediendo también en Europa–. En el pequeño comercio, por ejemplo, el hombre puede realizar las labores de abastecimiento y negociación con los proveedores, mientras que la mujer se ocupe de la venta o la contabilidad. En ocasiones, incluso, un miembro de la familia puede trabajar “fuera de casa” como trabajador asalariado, aportando a la empresa familiar dinero extra al principio, o en caso de que el negocio presente pérdidas puntuales. No obstante, esta situación, de prolongarse, sería experimentada –como decimos– como fracaso personal, y definible el responsable de la misma como “mal autónomo”.

Conectado con esto podemos señalar una tercera característica del modo de vida de autónomo, ya referida más arriba: la *condensación*, en una sola persona, *de todos los roles* a los que hicimos referencia al hablar de la empresa capitalista. En efecto, el trabajador autónomo es, en sí mismo, inversor, empresario, trabajador asalariado, contable, diseñador de nuevos productos, etc. En este sentido, el autónomo buscará el dinero que le permita comenzar –o reflotar– su negocio allí donde le sea posible, solicitando un préstamo a un banco, comprometiendo una herencia o sus ahorros

personales, tomando prestado de familiares y amigos, etc., cumpliendo así las labores de inversor. Por supuesto, organizará su negocio como el empresario capitalista, persiguiendo no ya tanto la rentabilidad de su inversión, cuanto la supervivencia de su negocio. Trabajaré en él, al tiempo, como el asalariado, con la salvedad de que la distinción entre horas de trabajo y ocio no será en absoluto relevante para él, invirtiendo tanto tiempo como sea necesario, y quizá incluso mucho más. Finalmente, como el especialista, estará siempre atento a las posibles innovaciones tecnológicas que le permitan la buena marcha de su empresa, o buscará una exclusiva unicidad de sus productos que le hagan posible competir en el mercado con un mínimo de garantías. De ahí, por ejemplo, que los autónomos suelen exigir a sus productos la máxima calidad, diferenciarlos con estrategias tales como la insistencia en su carácter artesanal, que han sido hechos a mano, evidenciar que se han elaborado con los mejores materiales, de forma ecológica, etc. En este sentido, no sólo es cierto que los autónomos han sido capaces a lo largo del desarrollo capitalista de hacerse con las ventajas productivas de las grandes empresas en la mayoría de los ámbitos productivos, sino que además han desarrollado estrategias propias que en ocasiones sus competidores capitalistas se han visto obligados a asumir para asegurar beneficios.

No resulta difícil imaginar a partir de lo dicho que el trabajador autónomo sea poco menos que un “esclavo de su negocio”. De hecho –y apelando a aquel etnocentrismo de los modos de vida al que hicimos referencias más arriba–, es fácil encontrar en la vida cotidiana expresiones despectivas referidas a los autónomos tales como “viven para trabajar”, contrapuestas a aquel “trabajar para vivir” tan caro a los trabajadores asalariados. Partiendo de esto, ¿cómo se explica la preferencia del autónomo por este modo de vida? ¿No sería preferible un contrato de trabajo que le brindara una estabilidad económica y que, al fin y al cabo, le permitiría adquirir relativamente parejos bienes de consumo? De esto resulta, precisamente, la cuarta característica esencial del modo de vida de autónomo: lo que justifica los sacrificios que en muchas ocasiones está obligado a asumir, la en ocasiones permanente inseguridad y las jornadas de trabajo maratonianas es, precisamente, la *libertad de ser su propio jefe*. En efecto, no tener a nadie que le dirija su vida, que le ordene en cada momento de su existencia económica lo que debe hacer, es para el trabajador autónomo la misma justificación de sus penurias, el valor último por conservar, su propia concepción de sí mismo como *hombre libre*.

Con esto quedan completados ya los cuatro vectores que definen el modo de vida de autónomo, conectados con otras tantas aspiraciones vitales: a saber, la *libertad*, la *felicidad*, la *responsabilidad* y el *éxito de su estrategia económica*. En efecto, para el autónomo la *libertad* derivará del hecho de ser su propio jefe, de no tener a nadie que le ordene lo que debe hacer en cada momento, de ser, en el plano económico, independiente. Esto, a su vez, le permitirá ser *feliz*, pues sólo de este modo ha podido realizar sus ideales de existencia económica, escapando así de las servidumbres – consideradas como tales desde su propia perspectiva– de otros modos de vida. Al tiempo, eso será posible únicamente si es capaz de cumplir con su *responsabilidad* como autónomo: a saber, asegurar la reproducción de su propio negocio, considerado una “cuestión personal”, elemento definitorio y central en su propia vida. Y de aquí, claro, el *éxito* de su estrategia de vida económica –por utilizar la expresión de Enzo Mignone–, estrategia que le ha permitido –una vez más– escapar de otro tipo de obligaciones laborales consideradas como degradantes e indeseables.

Todo esto nos permite postular la existencia de una determinada *cultura de autónomo*, formada por un cierto sistema de valores, normas, objetivos personales, etc., que ordenan la existencia de este tipo de trabajadores¹⁵³. Se trata, en efecto, de un modo de vida que comparte existencia con otros –el del trabajador asalariado (que puede incluso trabajar en su misma empresa familiar), del especialista, del empresario capitalista, etc.–, y que mantiene de hecho, como acabamos de ver, un modelo productivo propio. Así, para los individuos insertos en esta cultura, la expresión *tiempo libre* –tan en boga en nuestros días, y por lo demás tan relativamente reciente– no tiene significado real, pues nunca han sido forzados a trabajar, sino que se fuerzan a sí mismos a completar cada día las tareas requeridas por su negocio. De hecho, la propia esencia del trabajador autónomo puede ser entendida como la misma implicación libre y total en su trabajo. Y de ahí que tampoco tenga ningún sentido en esta cultura la separación entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. La hipervaloración de la libertad personal, entendida como independencia económica respecto a ningún empleador, justifica el esfuerzo requerido para solventar cualquier obstáculo. Y de aquí también no sólo la enorme capacidad de resistencia del autónomo, sino además la gran variedad de estrategias adaptativas que está dispuesto a ensayar para asegurar la viabilidad de su negocio y su peculiar actitud inventiva.

¹⁵³ Schriewer, Klaus, “La cultura de los trabajadores autónomos”, op. cit.

De hecho, esta convicción en la existencia de culturas características de los distintos modos de vida es un eje central de este análisis. En este sentido, y como ya señalamos en la sección anterior, los distintos modos de vida ordenan su existencia en función de diferentes visiones del mundo. Parafraseando al lingüista Edward Sapir¹⁵⁴ –discípulo del antropólogo Franz Boas, por cierto–, *existir en cada uno de los modos de vida*, con sus conceptualizaciones propias y sus imágenes de lo real características, significa *vivir en mundos distintos*. Todos se conocen, interactúan continuamente, entran en conflicto y, en ocasiones, son mutuamente dependientes; pero no se comprenden¹⁵⁵. En este sentido, insistimos, el trabajador asalariado no entenderá la obsesión del autónomo por conservar su empresa a toda costa, a pesar de que ello le obligue a vivir con salarios en ocasiones más bajos que los suyos propios. Y es que, en efecto, el mismo concepto de salario no tiene sentido para el trabajador autónomo, y de hecho éste será incapaz de comprender cómo el *asalariado* prefiere vender su libertad e iniciativa a un empleador a cambio de un sueldo fijo. Tampoco para el empresario capitalista será comprensible la forma de vida del autónomo, a quien considerará como un emprendedor que no ha sabido o no ha podido alcanzar un nivel superior de ingresos o de posición social, quizá por su carácter conservador o su falta de iniciativa o inventiva. No obstante, el autónomo probablemente no albergue tales ambiciones, ajenas a su modo de vida. De hecho, en el trabajo de campo son frecuentes los casos de trabajadores autónomos que, a pesar de atravesar un buen momento económico en el que el negocio funciona más que aceptablemente, se niegan a arremeter ampliaciones que posiblemente desvirtuarían su modelo de producción.

Esta *incomprensión cultural* a la que están sometidos los distintos modos de vida es interesante aquí especialmente en lo que atañe a su consecuencia inversa: a saber, los individuos cuya existencia esté regida por la cultura de un determinado modo de vida, difícilmente podrán completar sus aspiraciones e imágenes de lo real plenamente si son obligados a *vivir en las condiciones de un modo de vida ajeno*. Esto es, de igual forma que un trabajador asalariado no comprende el modo de vida de autónomo, si en un determinado momento se le obliga a participar de esta cultura laboral, entonces tendrá enormes dificultades para ordenar su vida como tal, pues no compartirá ni ese universo conceptual, ni esas aspiraciones, valores, etc. De hecho, lo más probable es que pronto

¹⁵⁴ Sapir, Edward, *El lenguaje: introducción al estudio del habla*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986.

¹⁵⁵ Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., pp. 27-29.

intente conseguir un puesto de trabajo con una retribución fija –esto es, un salario–, un horario determinado, y las seguridades laborales que acompañan –o deben acompañar– este tipo de trabajo. Lo mismo le sucederá al autónomo, obviamente más interesante aquí para nosotros: si en un momento preciso se ve obligado a cesar su negocio familiar y a trabajar como asalariado, sentirá una enorme frustración no sólo por haber fracasado en su negocio, sino además porque tendrá que asumir las –para el– “insoportables penurias” del trabajo rutinario y la aceptación de las jerarquías en el lugar de trabajo. Podemos imaginar aquí, por ejemplo, el sentimiento de los emigrantes del campo que, ante una situación insostenible, se vieron obligados a abandonar su hacienda familiar y probar suerte en las fábricas que pueblan los grandes cinturones urbanos. Este ejemplo drástico es buena prueba del auténtico universo cultural –simbólico, social, económico, familiar, etc.– que un cambio de modo de vida –en el sentido en que venimos comentando– puede ocasionar. Aunque –como antes ya apuntamos– sea perfectamente posible el cambio de modo de vida, esta adaptación será siempre experimentada de forma dramática.

Es por esto que los trabajadores autónomos –como los trabajadores asalariados, los especialistas o los empresarios capitalistas–, intentarán siempre y por todos los medios recuperar su modo de vida. En efecto, si tenemos en cuenta –como ya hemos advertido– que cada uno de estos modos de vida tiene conceptualizaciones propias de la libertad y la felicidad –ideales supremos regidos por códigos específicos–, no es difícil advertir la necesidad que los individuos particulares sentirán por alcanzar sus propias aspiraciones. Utilizando de nuevo una metáfora prestada de la reflexión sobre el lenguaje humano – esta vez elaborada por Merleau-Ponty–, un individuo sólo podrá *habitar* un modo de vida al mismo tiempo, aunque ello no signifique que sea incapaz de usar los códigos lingüísticos de otros para *comunicarse*¹⁵⁶. Quizá con el tiempo pueda *vivir* en otro lenguaje –asumir los valores de otros modos de vida–, pero para ello tendrá que renunciar a los previos, y renuncia siempre experimentada como frustrante.

Lo que determine el modo de vida en el que un individuo concreto existe no nos interesa por el momento. Quizá sea el entorno en que cada sujeto particular vive y crece, su familia, la formación recibida en el sistema educativo, sus aspiraciones por supuesto, el medio en el que se desarrolla. Sea como fuere, lo cierto es que la observación de la realidad cotidiana de nuestras sociedades confirma tales hipótesis. Por lo demás, y como

¹⁵⁶ Merleau-Ponty, Maurice, *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard, 2003, pp. 203-232.

tendremos ocasión de mostrar en los apartados empíricos del presente trabajo, el poder deductivo de la teoría de los modos de vida resulta no sólo evidente, sino significativamente útil a nivel interpretativo.

En este punto, y antes de terminar este apartado, será preciso incluir un elemento en ocasiones ausente en los trabajos sobre los modos de vida: a saber, la *perspectiva de género*. Como antes apuntamos, en efecto, los teóricos sociales han prestado escasa atención hasta tiempos muy recientes a la enorme importancia que los roles familiares y la propia estructura de la familia patriarcal han tenido en el desarrollo del capitalismo, pero también en el modo de producción mercantil simple¹⁵⁷. En efecto, el viejo binomio *producción/reproducción* ha marcado teóricamente durante largos años –y hasta hoy– una separación nítida entre el ámbito laboral y el familiar, o como expresamos con Arendt, entre el *trabajo* –remunerado, productivo– y la *labor* –no remunerada, y reproductiva–. De esta distinción, además, se derivan otras tales como amor/dinero, fábrica/familia, biología/tecnología, materiales/personas, etc. Estas distinciones han servido –y sirven– para justificar las desigualdades entre hombres y mujeres, mientras que el propio trabajo asalariado y el modo de producción capitalista no podrían entenderse sin la realización, precisamente, de esas tareas no remuneradas ejecutadas en el ámbito familiar fundamentalmente por mujeres –o, en su caso, por instituciones sociales más o menos públicas, y tradicionalmente dependientes de la comunidad o el Estado–. En efecto, «Las investigaciones feministas [...] han mostrado que las formas de trabajo no remunerado que se realizan en el hogar forman parte integral del sistema capitalista [...] Han cuestionado que el mercado sea el único estándar de valor y han llamado la atención respecto de la importancia del trabajo no-asalariado, las actividades de aprovisionamiento y mantenimiento, los procesos de socialización y la transmisión de conocimiento cultural»¹⁵⁸.

Ahora bien, ¿cómo actúan aquellas dicotomías entre géneros y actividades, entre roles y funciones, en el modo de producción mercantil simple, como decimos distinto del modo de producción capitalista, y cuyo modelo productivo es, precisamente, la conocida como *empresa familiar*? Por supuesto, y como ya señalamos anteriormente, la empresa familiar no pierde tal condición al emplear mano de obra asalariada, al tiempo

¹⁵⁷ Comas d'Argemir, Dolors, *Antropología económica*, op. cit., pp. 99-112 y pp. 76 y 80. También de Comas d'Argemir, *Mujeres, trabajo y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona, Icaria, 1995. Por lo demás, en el Capítulo 5 del presente trabajo profundizaremos algo más en la cuestión, relacionándola con las desigualdades y concreciones laborales presentes en nuestra zona y temáticas de análisis.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 100.

que tampoco exige necesariamente el trabajo –remunerado esta vez– de todos los miembros de la familia para “respetar” las notas idiosincrásicas de la producción mercantil simple. No obstante, y sobre todo en el contexto agrario que aquí nos va a ocupar, las mujeres no acceden de forma igualitaria a los medios de trabajo, ni realizan las mismas funciones que los hombres. Se trata de hecho de una cuestión quizá no directamente conectada con nuestros objetivos, pero que va a permanecer latente a lo largo de la interpretación de nuestro material empírico. Sin ir más lejos, la práctica totalidad de nuestros entrevistados son hijos de agricultores, y todos hombres, circunstancia debida a que los medios de trabajo se transmiten de padres a hijos, en un sistema hereditario claramente diferente entre hombres y mujeres, y desigual. Como veremos más adelante, no son pocas las mujeres de agricultores autónomos que trabajan a su vez en almacenes agrícolas, reproduciendo allí ciertos roles de género en los que nos detendremos en capítulos posteriores.

Por otro lado, la mayoría de las características que acabamos de señalar como propias de la producción mercantil simple pueden ser consideradas como “masculinas”, y conectadas con las labores de planificación y comercialización de los productos elaborados bajo este modelo productivo. Serían, en efecto, las funciones que más directamente tienen que ver con la propia *dimensión productiva* del proceso. Ahora bien, y como empresa familiar, esta dimensión productiva se encuentra respaldada en todo momento por la *dimensión reproductiva*, asegurada esta vez en la mayoría de los casos por mujeres. La crianza de los niños, el cuidado de los mayores, de la casa, etc., suelen ser tareas encomendadas a las mujeres, e igualmente necesarias para el funcionamiento de estos negocios familiares. Por lo demás, la mujer también suele realizar labores productivas dentro de la empresa familiar, y de hecho –como antes señalamos–, suele ocurrir que se ocupen de determinados ámbitos –como la contabilidad o la venta– propiamente entendidos dentro de las labores productivas. Así, no son pocas las mujeres que se encargan de la contabilidad del negocio familiar, o que atienden a los clientes mientras el marido –por ejemplo– prepara la masa en el horno de la trastienda de una panadería. Finalmente, y sobre todo en ámbitos rurales, es la permanencia o no de mujeres lo que permite la reproducción social de las pequeñas explotaciones agrícolas, condenadas al ocaso en muchas ocasiones debido a la emigración femenina. Estos serán aspectos que irán apareciendo al hilo de los comentarios de nuestro material empírico –si bien no será un tema central en nuestros análisis, principalmente destinados, en efecto, a los aspectos productivos de la

producción mercantil simple y su aparejado modo de vida de autónomo—. Por lo demás, quizá la teoría de los modos de vida no diferencia entre las esferas productiva y reproductiva de la empresa familiar —o en el modo de producción mercantil simple—, sencillamente porque desde esta perspectiva ambas dimensiones forman parte de una misma unidad económica, funcionando como las dos caras de una misma moneda.

Con todo, y antes de proseguir con las secciones que más directamente guardan relación con nuestro objeto de estudio, es preciso aquí atender a los factores políticos que completan la teoría de los modos de vida: a saber, los *sistemas estatal* y *supraestatal*, imprescindibles para comprender la organización política, social y económica que sostiene las distintas culturas laborales a las que aquí hemos hecho referencia.

III. Estado y Sistema de Estados en la teoría de los modos de vida

Como Schippers argumentara ya en los años noventa, en el desarrollo desde mediados del siglo XIX de las ciencias culturales en Europa tuvo un enorme peso la situación geopolítica particular de cada país¹⁵⁹. En este sentido, la antropología social y la etnología desarrollada en países como Alemania, en Dinamarca o en España, con sus circunstancias sociales, políticas y económicas particulares, tuvo que adoptar itinerarios específicos¹⁶⁰. Por otra parte, en países como Francia o Reino Unido, con extensos dominios en ultramar y en la cima de su poder colonial por aquel entonces, las ciencias culturales se enfrentaron —como no podía ser de otro modo— con posibilidades de desarrollo bien distintas. Es obvio que los primeros antropólogos británicos y franceses pudieron desarrollar un cierto tipo de estudios antropológicos merced a la situación y al beneplácito de las autoridades coloniales, interesadas por su parte en las posibles aplicaciones prácticas que tales análisis pudieran ofrecer. Por el contrario, en otros países las ciencias culturales tomaron como objeto de estudio las tradiciones orales y el folklore de los pueblos autóctonos, lo que inevitablemente marcaría caminos diferenciadores respecto a los cánones de aquella otra antropología colonial. No en vano, el propio Claude Lévi-Strauss se refería a la antropología social como “hija del

¹⁵⁹ Schippers, Thomas, “A history of paradoxes. Anthropologies of Europe”, en Vermeulen, Han F. y Álvarez Roldán, Arturo (eds.), *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*, London/New York, Routledge, 1995, pp. 234-246.

¹⁶⁰ Schriewer, Klaus, “Desde el legado disciplinar hacia Europa. Prolegómeno para una Antropología de Europa”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Athropological Perspectives/Perspectivas antropológicas*, op. cit., pp. 267-321.

colonialismo”¹⁶¹, y también por aquellos años Kathlenn Gough llegaba más lejos al referirse a esta disciplina como “hija del imperialismo colonial”¹⁶².

En este universo discursivo, el Estado siempre ha sido objeto privilegiado de estudio. De hecho, el Estado fue asiduamente considerado como el principal elemento de diferenciación entre la *prehistoria* y la *historia*, marcando al tiempo la complejidad de sus estructuras el “grado de civilización” de cada sociedad determinada, y con ello el propio interés de los antropólogos¹⁶³. Es más, para toda la tradición filosófica de Occidente, desde Platón hasta Hegel al menos, la historia humana no podía comenzar más que con la emergencia del Estado. Esta centralidad del ente estatal hizo a muchos antropólogos sociales de la tradición colonial cuestionarse por las posibles causas de su aparición, así como por sus distintas posibilidades de desarrollo. Las posiciones encontradas de Pierre Clastres¹⁶⁴, Herbert Spencer¹⁶⁵ o Elman R. Service¹⁶⁶, por ejemplo, son buena muestra de la preocupación de la antropología social por el Estado. Ahora bien, a medida que los focos de análisis etnológico y antropológico han ido acercándose a las sociedades desarrolladas, éste dejó de entenderse –mayoritariamente al menos y hasta fechas muy cercanas– como un factor determinante en la conformación y sostenimiento de las diferentes culturas, a lo sumo como “contenedor de reductos etnológicos” –pensemos, por ejemplo, en el pueblo gitano en España, o en las comunidades laponas o samis de Escandinavia–.

Autores como Cris Shore¹⁶⁷, Susan Wright¹⁶⁸ o Victoria Goddard¹⁶⁹, han venido planteándose desde la antropología y la sociología en los últimos años, cuestiones relacionadas con las dimensiones culturales y las relaciones sociales latentes en las políticas públicas. En este sentido, por ejemplo, Cris Shore se preguntaba por las posibles herramientas conceptuales y metodológicas más apropiadas para analizar el

¹⁶¹ Lévi-Strauss, Claude, *Anthropologie structurale*, Paris, Pion, 1966.

¹⁶² Gough, Kathleen, “New proposals for Anthropologists”, en *Current Anthropology*, N° 9, 1969, pp. 403-407, p. 403.

¹⁶³ Campillo, Antonio, *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*, Madrid, Akal, 2001, p. 187 y ss.

¹⁶⁴ Clastres, Pierre, *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Monte Ávila, 1978.

¹⁶⁵ Spencer, Herbert, *The evolution of Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.

¹⁶⁶ Service, Elman R., *Los orígenes del Estado y la civilización*, Madrid, Alianza, 1984.

¹⁶⁷ Shore, Cris, “La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la formulación de las políticas”, en *Antípoda*, n° 10, 2010, pp. 21-49. Ó: Shore, Cris, *Building Europe. The Cultural Politics of European Integration*, London, Routledge, 2000.

¹⁶⁸ Shore, Cris y Wright, Susan (eds.), *Anthropology of Policy. Critical perspectives on governance and power*, London, Routledge, 1997.

¹⁶⁹ Goddard, Victoria, “Trabajo y sustento en una Europa en transformación – Lecciones desde una Antropología Crítica del Mediterráneo”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Athropological Perspectives/Perspectivas antropológicas*, op. cit., pp. 25-67.

funcionamiento de las políticas públicas desde la sociología y la antropología, cuestión de enorme relevancia dado el creciente número de revistas, cursos, conferencias e instituciones públicas y de gobierno dedicadas, precisamente, al análisis de estas mismas políticas públicas. En este sentido, sería precisamente el buen momento que experimentan este tipo estudios –advierte Shore– lo que ha exigido de nuevas aproximaciones teóricas y empíricas, más cercanas a la etnografía y a las conceptualizaciones humanistas. En efecto, «Un eje central de estas aproximaciones es el reconocimiento de que la formulación de políticas es una actividad sociocultural (regida por leyes) profundamente inmersa en los procesos sociales cotidianos, en los “mundos de sentido” humanistas, en los protocolos lingüísticos y en las prácticas culturales que crean y sostienen esos mundos. El análisis de las políticas públicas implica dar sentido al conocimiento tácito, a las múltiples interpretaciones, y a menudo a las definiciones en conflicto que las políticas tienen para los actores situados en lugares diferentes»¹⁷⁰. De igual modo, Victoria Goddard analizaba recientemente las posibles consecuencias que pueden derivarse de las nuevas formas precarias de trabajo en todas las regiones y sectores económicos del globo, también –y quizá especialmente– en los países desarrollados. En este sentido, en un mundo donde el trabajo deje de entenderse como principio organizador central de la vida humana, los límites y funciones del Estado van a exigir transformaciones profundas capaces de imaginar modelos de organización social que aseguren el sustento y la reproducción de los individuos y sus hogares¹⁷¹.

Por su parte, para la teoría de los modos de vida, procedente de aquella *otra* tradición antropológica o etnológica desarrollada en el centro y norte de Europa, el Estado es un elemento central. De hecho, fue sobre todo a partir de los años setenta –y de las problemáticas derivadas de los planes de actuación social y política a los que hicimos referencia en la primera sección del presente capítulo–, que el análisis del funcionamiento del aparato estatal comenzó a considerarse como inevitable para el estudio de las culturas de los países desarrollados. En aquel momento, la primera cuestión que se planteó fue cómo es entendido el concepto de *relación social*, noción que ha ocupado y sigue ocupando un lugar central en los discursos teóricos por cuanto hace referencia a los lazos entre los individuos, y lazos que posibilitan por tanto la

¹⁷⁰ Shore, Cris, “La antropología y el estudio de la política pública”, op. cit., p. 24.

¹⁷¹ Goddard, Victoria, “Trabajo y sustento en una Europa en transformación”, op. cit., p. 60 y ss.

existencia social¹⁷². En efecto, cómo se establezca dicha relación social determinará, con mucho, la propia organización de una sociedad determinada.

En este punto, el primer gran referente teórico que apareció ante los investigadores como inevitable para la comprensión de esta cuestión fue, como no podía ser de otro modo, el propio Thomas Hobbes¹⁷³. Para el inglés, en “estado de naturaleza” los hombres viven en una situación permanente de guerra de todos contra todos. En esta ficción filosófica¹⁷⁴, la inseguridad y el miedo dominan por doquier, pues incluso el más fuerte estará indefenso ante la coalición puntual de varios individuos. Puesto que el “hombre es un lobo para el hombre” –en opinión de Hobbes–, el único mecanismo capaz de superar esta perniciosa situación es el *contrato social*, por el que los individuos se comprometen a aceptar un poder superior que, bajo la amenaza de sanción, se erija en garante de dicho contrato y regulador del orden social. Ese poder superior, claro está, no puede ser otro que el propio Estado, formado a partir de su correspondiente sociedad, y que detenta el monopolio de la violencia suspendiendo así el inseguro estado de naturaleza. Esta simple ficción del contrato primigenio, de hecho, ha sido recurrente en el pensamiento político Occidental hasta tiempos muy recientes, y ha originado además buena parte de nuestros conceptos teóricos sociales. No en vano, se trata de un movimiento teórico realmente *humano*, en tanto que ya no es Dios o la naturaleza lo que instituye una *ley moral*, ni el Estado el que conforma una *ley jurídica*, sino que es el propio hombre el que se concede a sí mismo una *ley natural*, sostenida por el aparato estatal como creación humana¹⁷⁵.

Ahora bien, este monopolio de la violencia *hacia el interior* que ejerce el Estado sobre su población, debe instituirse al tiempo *hacia el exterior*, aunando la voluntad de sus ciudadanos y constituyéndose de este modo como lo general o universal. El conflicto, por tanto, se desplaza del nivel nacional al nivel internacional, de la guerra de todos contra todos a la guerra entre los Estados. No obstante, tanto en el propio Hobbes

¹⁷² Schriewer, Klaus, “Desde el legado disciplinar hacia Europa”, op. cit., p. 299 y ss.

¹⁷³ Hobbes, Thomas, *El Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1979.

¹⁷⁴ Mucho se ha discutido en este punto sobre si el estado de naturaleza al que se refería Hobbes era, precisamente, una ficción filosófica o más bien un intuición real. En nuestra opinión, de una lectura atenta de su obra se desprende bastante claramente que él siempre creyó en el carácter social del ser humano, por lo que el hombre, antes de la sociedad –instituida por el pacto social primigenio y, como decimos, ficticio–, no puede existir. No se trata de una cuestión menor para el pensamiento occidental, pues de este malentendido, de hecho, han derivado muchas de las imágenes progresistas y evolucionistas de la sociedad, con las consecuencias que ello ha acarreado. Para esta cuestión véase: Delruelle, Edouard, *Métamorphoses du sujet. L'éthique philosophique de Socrate à Foucault*, Bruselas, De Boeck, 2004, pp. 149-157.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 152.

como en la ingente tradición que ha bebido de su obra, el Estado y la sociedad que lo sostiene han sido considerados como una entidad aislada, sin relación con los otros Estados y sociedades. Como ya señalara Friedrich Tenbruck a finales de los años ochenta, esta visión –que ha sido dominante en el pensamiento político occidental– ha impuesto una especie de *nacionalismo metodológico* –por utilizar la expresión de Ulrich Beck–, incapaz por definición de entender las múltiples relaciones que se producen más allá de las fronteras del Estado, y que influyen al tiempo tanto en su funcionamiento como en la sociedad que alberga¹⁷⁶.

Con todo, los especialistas en la teoría de los modos de vida encontraron un segundo hito teórico contrapuesto por su parte a este modelo de sociedad/unidad, vinculado asimismo con el Estado: Georg W. H. Hegel. En efecto, para el alemán, tanto el Estado como la sociedad y la familia debían ser considerados en sus relaciones mutuas, pensados en un modelo imaginado desde tres perspectivas: la de lo *universal*, la de lo *particular* y la de lo *singular*¹⁷⁷. Así, el *Estado* sería para Hegel la expresión de lo universal, la *sociedad civil* el lugar de lo particular, mientras que la *familia* y el *individuo* –finalmente– constituirían el ámbito de lo singular. En este sistema, los *Estados* deben ser considerados pues como totalidades independientes e idealmente perfectas, mientras que la *sociedad* es considerada el lugar donde se expresan los intereses particulares y el egoísmo de los individuos, ordenada sobre la base de acuerdos contractuales. En la sociedad, pues, los individuos sirven de medio para la consecución de los deseos de otros individuos, lo que explicaría la formación de diferentes grupos con intereses particulares, entendidos como clases sociales.

En este punto, es interesante señalar cómo Hegel argumenta la existencia de tres clases sociales¹⁷⁸: una *clase sustancial*, compuesta por los agricultores y los nobles, conservadora, religiosa y propensa al inmovilismo; una *clase industrial*, que estaría formada por artesanos, fabricantes y comerciantes, donde dominaría el egoísmo derivado de la exigencia permanente por la búsqueda de nuevos modos de transformación y venta; y finalmente, una *clase universal*, la de los funcionarios

¹⁷⁶ Tenbruck, Friedrich, “Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte? Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie”, en *Sonderheft*, N° 30, 1989, pp. 417-439.

¹⁷⁷ Hegel, Georg W. H., *Principios de la filosofía del derecho*, Barcelona, Edhasa, 1999. En su relación e importancia para la teoría de los modos de vida: Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes*, op. cit., p. 91 y ss. Schriewer, Klaus, “Europa como reto. La construcción teórica en las ciencias sociales y la antropología a la luz de la integración europea”, en *Revista de Antropología Social*, N° 12, 2003, pp. 55-78. Y: Schriewer, Klaus, “Desde el legado disciplinar hacia Europa”, op. cit., p. 303 y ss.

¹⁷⁸ Hegel, Georg W. H., *Principios de la filosofía del derecho*, op. cit., p. 304 y ss. Véase también: Schriewer, Klaus, “Europa como reto”, op. cit., p. 61 y ss.

públicos, preocupada por los intereses de la universalidad, esto es, por el bienestar de la sociedad en su conjunto. Cada una de estas clases sociales es expresión de lo particular y busca desarrollar sus propios intereses, despreocupada de los efectos de conjunto que tales anhelos puedan suponer. Es entonces cuando el Estado aparece como fin último de la sociedad, por cuanto es el encargado de gestionar los distintos intereses de las clases sociales que lo componen, considerados como «la raíz que liga el egoísmo al Estado»¹⁷⁹. En jerga hegeliana, el Estado es pues “substancia ética autoconsciente”, esto es, «el entendimiento ético como voluntad sustancial manifiesta y clara para sí misma, que piensa y se conoce a sí misma y que realiza lo que conoce en tanto lo conoce»¹⁸⁰. En este sistema el individuo es considerado algo accidental y arbitrario, que sin embargo encontraría en la familia su primer punto de referencia. Al tiempo, ésta estaría situada en el centro mismo de la moralidad, funcionando como núcleo de la sociedad y el Estado. Al contrario que Kant, para Hegel la familia no se fundaría en un carácter contractual, lo mismo que el Estado, sino por el amor, entendido como «conciencia de mi unidad con otro»¹⁸¹.

Esta diferenciación hegeliana entre sociedad y Estado, por lo demás tremendamente influyente en las ciencias sociales del siglo XIX, no supuso no obstante que el aparato estatal ocupara un lugar destacado en los estudios antropológicos. En opinión de Schriewer, esta desaparición del Estado de la construcción teórica de la sociedad y de las ciencias sociales pudo deberse, de hecho, a que el propio Hegel no aclarase suficientemente cómo el mecanismo necesario de la lucha entre los Estados implicaría necesariamente su reconocimiento mutuo, pilar indispensable de su propia existencia¹⁸². Sería preciso atender entonces a los análisis del sociólogo danés Anders Boserup, quién –partiendo de la teoría de la guerra de Carl von Clausewitz– iba a despejar la incógnita hegeliana como sigue: en su lucha por el reconocimiento, los Estados están obligados a respetarse mutuamente –y por tanto a *reconocerse*– debido a la desequilibrada relación guerrera entre ataque y defensa, que asegura una posición privilegiada de la segunda estrategia respecto a la agresión directa¹⁸³. Esta situación, que implica la tregua en una hipotética guerra entre Estados, es supuesta en la interminable lucha por la aceptación: «La relación entre los Estados se ha de entender, desarrollando la concepción de Hegel

¹⁷⁹ Ibid., p. 321.

¹⁸⁰ Ibid., p. 257.

¹⁸¹ Ibid., p. 277.

¹⁸² Schriewer, Klaus, “Europa como reto”, op. cit., p. 62.

¹⁸³ Boserup, Anders y Mack, Andrew, *Guerra sin armas: la no violencia en la defensa nacional*, Madrid, Catarata, 2001.

y Clausewitz, como una lucha permanente por el reconocimiento. La paz ha de entenderse, según esta interpretación, como una situación precaria de la tregua y en modo alguno como un Estado normal. La guerra no es por tanto una manifestación patológica, como se afirma habitualmente, sino una forma de la lucha por el reconocimiento que es parte de la lógica de las relaciones internacionales»¹⁸⁴. Es aquí cuando la afirmación de Foucault parafraseando a Clausewitz adquiere su máximo significado: «La política es la continuación de la guerra por otros medios»¹⁸⁵.

Sea como fuere, lo realmente importe aquí es señalar la necesidad de considerar al Estado, tanto interior como exteriormente, como un sujeto soberano y de orden superior, cuya existencia se funda precisamente en su capacidad para afirmarse a sí mismo en la lucha por el reconocimiento internacional¹⁸⁶. Este movimiento teórico puede trasladarse a la realidad histórica contemporánea con varios ejemplos especialmente claros. Así, por ejemplo, si observamos el contexto internacional derivado de la Segunda Guerra Mundial, y enfocamos nuestro objetivo a la situación de los países del centro y norte de Europa, es fácilmente comprensible cómo la siempre presente posibilidad de un enfrentamiento armado con la Unión Soviética obligó al desarrollo de unas estructuras estatales que desembocarían en la constitución del conocido como Estado del Bienestar. Por supuesto que ciertos condicionantes estaban ya presentes antes de la segunda gran conflagración mundial, y de hecho es más que posible establecer un movimiento genealógico que atendiera a los momentos clave de su desarrollo¹⁸⁷. Pero sin duda fueron esas circunstancias en el orden internacional las que empujaron y posibilitaron en grado superlativo la emergencia de tal forma estatal. La misma supervivencia del régimen franquista en España no sería tampoco explicable sin el reconocimiento de la mayoría de los otros Estados, también posibilitado entonces por aquel mismo contexto internacional¹⁸⁸.

Ahora bien, de igual modo en que el Estado debe asegurar su existencia a nivel internacional –posible por su reconocimiento por parte de los otros Estados–, su supervivencia le exigirá al tiempo el reconocimiento de sus súbditos. Volviendo de nuevo a Hegel, el Estado debe ser capaz de establecer las condiciones de posibilidad

¹⁸⁴ Schriewer, Klaus, “Europa como reto”, op. cit., p. 63.

¹⁸⁵ Foucault, Michel, «*Il faut défendre la société*». *Cours au Collège de France. 1976*, Paris, Gallimard/Seuil, 1997, pp. 146-147.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 63 y ss.

¹⁸⁷ Cayuela Sánchez, Salvador, “¿Biopolítica o tanatopolítica? Una defensa de la discontinuidad histórica”, en *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, N° 43, 2008, pp. 33-49.

¹⁸⁸ Cayuela Sánchez, Salvador, “La biopolítica del franquismo desarrollista: hacia una nueva forma de gobernar (1959-1975)”, en *Revista de Filosofía*, Vol. 38, N° 1, 2013, pp. 159-179.

que permita tanto a los individuos como a los intereses particulares que componen la sociedad desarrollarse. Debe asegurar, en definitiva, las condiciones políticas, militares, económicas e ideológicas necesarias para su existencia. Y es que tanto las organizaciones, como las empresas, la familia y las personas concretas, recibirán por parte del Estado su *status* de sujeto. Es más, su propio reconocimiento a nivel supra-estatal dependerá de su capacidad para asegurar el ejercicio de su soberanía hacia el interior. En efecto, como argumenta Schriewer, «Esta necesidad se debe a la circunstancia de que un Estado, para imponerse hacia el exterior, tiene que producir los necesarios recursos que le posibiliten obligar a los otros Estados a reconocerlo. Para ello tiene que organizar su interior de una manera que le permita extraer los recursos necesarios para esta labor hacia el exterior»¹⁸⁹. Estos recursos necesarios para su existencia y supervivencia serán militares, pero también materiales, económicos, sociales y, claro está, ideológicos. En este sentido, el Estado debe asegurar la participación constructiva en la vida social de una porción ampliamente mayoritaria de la población, capaz al tiempo de formar parte de la defensa del Estado ante un eventual enfrentamiento armado. Por supuesto, esta perspectiva no intenta considerar a la sociedad como una potencial maquinaria de guerra, pero sí que define el Estado exitoso como aquel capaz de organizar una sociedad capacitada para sostener un Estado entre Estados.

Con todo, en esta labor de soberanía hacia el interior concurren al menos dos perspectivas complementarias: por un lado, aquella que atiende a *la diversidad y diferencia que existen inevitablemente en el interior mismo de un Estado*, y que enfoca la vida económico-cultural tanto desde los diferentes modos de vida y sus relativos modos de producción, como desde los diferentes grupos sociales con sus respectivos intereses y conflictos recíprocos. Y por otro lado, aquella otra labor de soberanía que persigue la *creación de una comunidad nacional* en la que los miembros de la población son entendidos como una comunidad homogénea, obviando la percepción de una sociedad diversificada.

En el libro *Comunidades imaginadas*¹⁹⁰, por ejemplo, Benedict Anderson ha profundizado en este segundo aspecto de la soberanía nacional –que podríamos considerar *horizontal*–, entendiendo las naciones como “comunidades imaginadas”,

¹⁸⁹ Schriewer, Klaus, “Desde el legado disciplinar hacia Europa”, op. cit., p. 305.

¹⁹⁰ Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1993.

fruto de un proceso de construcción histórica de relatos e imaginarios nacionales y, por tanto, contingente. Otros autores como Ernest Gellner¹⁹¹ o Eric Hobsbawm¹⁹² han ahondando asimismo en esta concepción histórica de la soberanía nacional, necesitado el Estado-nación moderno de un continuo proceso de reconstrucción de identidades. Para los teóricos de los modos de vida, en este punto era preciso manejar no obstante un concepto clave que permitiera comprender las acciones concretas de esta labor de soberanía realizadas por los Estados sobre sus súbditos, con el fin de afrontar con éxito el estudio etnográfico. Pronto se percataron entonces de la validez del concepto de *interpelación*¹⁹³, por el que el pensador francés Louis Althusser venía a referirse al proceso mediante el cual el Estado perseguía la transformación de los individuos de una sociedad en sujetos dependientes, en ciudadanos –*nacionales*, en su amplio sentido primigenio¹⁹⁴–, proceso que permitía al tiempo el propio reconocimiento de aquél por parte de sus propios súbditos. En efecto, la existencia del Estado exige la eficacia en su labor de interpelación de los individuos que lo componen, pues sólo si éstos se sienten interpelados por el Estado del que forman parte tendrán *conciencia de él –y de sí mismos* como ciudadanos–. En esta labor de interpelación, Althusser distingue de hecho dos grandes tipos de mecanismos: por una parte, los *aparatos represivos del Estado*, de los que formarían parte la policía, el ejército, el sistema judicial, etc., y que serían los encargados de mantener aquella labor de soberanía a la que ya hacía referencia Hobbes. Y por otra parte, los *aparatos ideológicos del Estado*, entre los que podríamos señalar la escuela, el sistema de salud y de protección social, la propaganda estatal, etc., que permitirían la penetración ideológica del universo simbólico de cada Estado nacional en la conciencia de sus ciudadanos.

En este punto, Michel Foucault no hizo en muchos aspectos más que desarrollar esta concepción althusseriana de los mecanismos de legitimación e interpelación estatal –a pesar de que no siempre reconociera la impronta de Althusser en su obra, uno de sus maestros–¹⁹⁵. En efecto, como ya definimos en otro lugar, el mismo concepto foucaultiano de *biopolítica* –tan exitoso hoy– puede ser entendido como «el conjunto de mecanismos de conducción de conductas y fenómenos naturales relacionados con el ser humano en tanto que organismo viviente y en cuanto a especie viviente, sujeto como tal

¹⁹¹ Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1983.

¹⁹² Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.

¹⁹³ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.

¹⁹⁴ Esposito, Roberto, *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 272-291.

¹⁹⁵ Moreno Pestaña, José Luis, *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*, Madrid, Montesinos, 2006.

a toda una serie de procesos biológicos de alcance colectivo –índices de natalidad, de morbilidad, de mortalidad, de higiene, de duración de la vida, etc.–, y de circunstancias vitales que inciden en la ordenación de tales procesos –en la ciudad, en el lugar de trabajo, en las distintas instituciones de encierro, etc.».»¹⁹⁶. Todos estos mecanismos biopolíticos, *disciplinarios* –preocupados por la normalización de las conductas individuales– y *reguladores* –encargados de ordenar los procesos biológicos de conjunto–, no perseguirían sino la legitimación del Estado y la maximización de sus fuerzas¹⁹⁷. En este sentido, la vuelta de tuerca foucaultiana nos permitiría identificar con más precisión los mecanismos estatales de legitimación, entender las sutilezas de su funcionamiento y repercusión social, al tiempo que identificar con mayor claridad sus – en la mayoría de los casos– velados objetivos.

Ahora bien, lo que especialmente nos interesa destacar aquí de la obra de Foucault es su convicción de que el poder –o mejor, las *acciones o relaciones de poder*–, no se desliza y se ejerce únicamente desde las instituciones del Estado hacia el resto del cuerpo social. Bien al contrario, habría que imaginar una red de relaciones de poder insertas en la superficie de las interacciones cotidianas, presentes incluso en esferas no consideradas como “políticas”: en la familia, en las relaciones sexuales, en la alimentación, en la escuela por supuesto, etc. En este sentido, las empresas, los medios de comunicación y publicidad, los llamados saberes expertos, etc., permitirían la circulación por todo el cuerpo social –y a través de él mismo– de toda una serie de relaciones de poder, conectadas a determinados discursos dominantes, y que además ejercerían una *labor productiva y reproductiva* sobre los individuos. Como también veremos en la siguiente sección, las relaciones de poder no sólo se ejercen de forma negativa, en efecto, sino que producen actitudes, formas de ser y pensar, preferencias,

¹⁹⁶ Cayuela Sánchez, Salvador, “Biopolítica, nazismo, franquismo. Una aproximación comparativa”, en *Éndoxa: Series Filosóficas*, Nº 28, 2011, pp. 257-286, p. 259. Se trata de una definición de biopolítica extraída de varios lugares de la obra foucaultiana, así como de algunos de los estudios más destacados – para nosotros– de la misma; a este respecto, véanse sobre todo: Foucault, Michel, *«Il faut défendre la société»*. *Cours au Collège de France. 1976*, Paris, Gallimard/Seuil, 1997; Foucault, Michel, *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France. 1977-1978*, Paris, Gallimard/Seuil, 2004; y Foucault, Michel, *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 2003. Y los trabajos de Vázquez García, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009, pp. 10-11; y de Campillo Meseguer, Antonio, *La invención del sujeto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 83 y ss.

¹⁹⁷ Véanse: Cayuela Sánchez, Salvador, *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco (1939-1975)*, Madrid, FCE, 2014. Y también: Cayuela Sánchez, Salvador, “El nacimiento de la biopolítica franquista: la invención del ‘homo patiens’”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, Nº 40, enero-junio, 2009, pp. 273-288. Y: Cayuela Sánchez, Salvador, “La interpelación franquista en la memoria del sureste español. Aproximación desde la antropología política”, en *Gazeta de Antropología*, Nº 28 (2), artículo 3, 2012.

gustos, prácticas, que inevitablemente han de marcar el comportamiento de los sujetos, e incluso sus procesos de subjetivación. Esto es interesante aquí por cuanto todos estos nuevos agentes –publicistas, educadores, abogados, agentes de seguros, profesionales de la salud, etc.–, deben ser igualmente considerados tanto en los procesos de legitimación estatal, como en la emergencia de demandas y “apetitos” sociales mediante las cuales los ciudadanos interpelan a sus Estados. Aunque todo esto parezca alejado de nuestro objeto de estudio, es no obstante fácilmente detectable en el trabajo empírico, por ejemplo si atendemos al continuo aumento del consumo de productos frescos como las frutas y hortalizas desde los años ochenta en Europa y el mundo occidental en general. En efecto, dicho consumo ha sido impulsado tanto por los planes de actuación estatal encaminados a mejorar la salud de las poblaciones –con el supuesto consiguiente descenso en el gasto médico-sanitario–, como por los propios “saberes expertos” relacionados con la nutrición, la salud, el cuidado del cuerpo, etc., lo que lógicamente influirá tanto en la producción de tales productos como en las posibilidades de los pequeños –y grandes– agricultores.

Llegados a este punto, y volviendo al primer aspecto de la labor de soberanía a la que arriba hicimos referencia –y que podríamos considerar *vertical*–, podemos cerrar nuestro círculo teórico apuntando a las conclusiones que más nos interesan aquí. Desde esta primera perspectiva de la labor de soberanía, la estructura económica de la sociedad estaría formada por los diferentes modos de vida que el propio Estado –y demás circunstancias económicas, sociales, políticas, ambientales, etc.–, hace posibles o no. En este sentido, el Estado es el encargado de ordenar las *condiciones de posibilidad* que permiten la existencia y coexistencia de los diferentes modos de producción y sus respectivos modos de vida, presentes en una determinada formación social. En efecto –y tal como ya apuntamos en la primera sección de este capítulo–, sólo una eficaz regulación estatal de las circunstancias legales, materiales, estructurales, etc., involucradas en los distintos procesos productivos permite la existencia de los diversos modos de vida presentes en una sociedad determinada, conectados con sus respectivos modos de producción. Al tiempo, las relaciones de convivencia y conflicto que estos distintos agentes económicos y sociales guarden entre sí deberán estar reguladas por la acción estatal, de tal forma que todos alberguen unas mínimas condiciones de igualdad.

En este punto, autores como Wallerstein han señalado las íntimas relaciones existentes entre los desarrollos del Estado moderno y el sistema capitalista, en oposición

a las utopías liberales y neoliberales del mercado universal autorregulado¹⁹⁸. De igual modo, y a pesar de que la producción mercantil simple ha sido considerada por una buena parte de los teóricos económicos –empezando por el propio Marx– como un reducto de épocas pasadas, en más de una ocasión ha sido protegida y favorecida mediante acciones estatales, y por motivos que han podido ser tanto económicos como políticos, sociales o ideológicos. La existencia en nuestras sociedades de un tercer modo de producción, el *público*, desarrollado por los diferentes organismos y trabajadores del Estado, es en sí misma –y por cuestiones obvias– dependiente plenamente del aparato estatal.

En efecto, ninguno de estos modos de producción y de los modos de vida que desarrollan su existencia económica en su seno es completamente independiente de la acción estatal. Así, por ejemplo –y como ya apuntamos en la primera sección de este apartado–, el modo de vida del inversor, agente activo en el modo de producción capitalista, necesita para su desarrollo de toda una serie de condiciones legales y jurídicas que aseguren el correcto ejercicio de su actividad. Lo mismo sucede, por supuesto, con el empresario capitalista, que requiere no sólo de parejas condiciones jurídicas y legales, sino además –y por ejemplo– de todo un conjunto de infraestructuras públicas que permitan el desplazamiento en primer lugar de las materias primas necesarias para la producción desde su lugar de origen, y en segundo lugar de los productos manufacturados hacia los mercados potenciales. A su vez, el especialista posiblemente haya alcanzado su formación en una universidad pública, y en cualquier caso tampoco las instituciones educativas privadas son independientes del aparato estatal. El trabajador autónomo venderá sus productos y servicios y competirá con los empresarios capitalistas en un mercado regulado por la acción estatal, e incluso recibirá ciertas ventajas competitivas por parte del Estado o, por el contrario, se verá abocado al cierre de su negocio debido a una concreta decisión gubernativa. De igual modo, el trabajador asalariado depende de una legislación que lo defina como ciudadano libre con el derecho de realizar un contrato de trabajo. La centralidad del *modo de producción pública* para el correcto funcionamiento de todo el sistema, y la existencia de un *modo de vida de funcionario* –aún no suficientemente estudiado–, en efecto, son evidentes.

¹⁹⁸ Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*, 3 Vols., Madrid, Siglo XXI, 1979-1984-1988.

Ahora bien, y finalmente, los Estados –y sus respectivas sociedades– no son entes aislados de un sistema de Estados en el que tienen que conseguir, asimismo, su reconocimiento como tales. Esta cuestión –a la que hemos hecho referencia anteriormente– no es menor aquí, por cuanto todo el sistema económico se encuentra en la actualidad absolutamente internacionalizado. Es más, en el contexto que aquí nos va a ocupar –el de la España contemporánea, en su relación con los mercados comunitario y extracomunitario, y Estado plenamente inserto en las estructuras económicas, políticas y jurídicas de la Unión Europea–, los Estados europeos se encuentran inmersos en un proceso de integración económica, política y social que puede dar origen a una nueva *universalidad* –por utilizar la imagen hegeliana a la que antes hicimos referencia–. La Unión Europea, en este sentido, emerge como un nuevo agente político y económico que determinada buena parte de las líneas de actuación nacionales, y que con sus programas puede de hecho favorecer o impedir la supervivencia –o creación– de nuevos modos de vida. Al tiempo, la Unión Europea juega necesariamente un papel crucial en el nuevo contexto internacional –extracomunitario ahora–: esto es, en el sistema de Estados del que cada uno de los Estados miembros forma parte. Por supuesto, los diferentes Estados que componen la Unión llegan a acuerdos bilaterales con terceros países en cuestiones concretas. Pero tales acuerdos deben estar supeditados a la legalidad y los principios directrices que marcan la legalidad y los pactos comunitarios.

Esta nueva dimensión europea, y sus posibles consecuencias para los distintos modos de vida y modelos productivos presentes en los Estados miembros, puede ser explicitada atendiendo al caso de la pesca en Europa. Como recientemente ha sido expuesto en el compendio editado por Thomas Højrup y Klaus Schriewer, *La pesca europea ante un cambio irreversible*¹⁹⁹, la introducción a escala europea de las conocidas como Cuotas Individuales Transferibles (ITQ en sus siglas en inglés), puede transformar de forma drástica la pesca costera en todo el continente, haciendo inviable la pervivencia de los pequeños pescadores. Así, por ejemplo, la introducción en Dinamarca de un sistema de cuotas parecido al debatido en la Comisión Europea en 2005, ha supuesto el cierre de la mitad de los puertos pesqueros daneses, abocando a miles de pescadores –trabajadores autónomos o con participación en los pequeños navíos– a un cambio drástico en su modo de vida. Esta decisión del gobierno danés, en efecto, permitió el acaparamiento de cuotas de pesca por parte de las grandes empresas

¹⁹⁹ Højrup, Thomas y Schriewer, Klaus (eds.), *European Fisheries at a Tipping Point/La pesca europea ante un cambio irreversible*, Murcia, Editum, 2012.

capitalistas, que inflaron los precios de las mismas al considerarlas un activo financiero, haciendo su compra inasumible para los pequeños pescadores.

Este es un buen ejemplo de cómo una decisión gubernamental puede favorecer o impedir la pervivencia de los distintos modos de vida presentes en la sociedad. A nivel europeo, los Estados miembro deben acatar al tiempo las directrices adoptadas en Bruselas, lo que inevitablemente puede traer consecuencias impredecibles para unos sectores u otros de la población de cada lugar determinado. Cuestión que se complica todavía más si tenemos en cuenta que la propia Unión, entidad supranacional en continuo proceso de formación, se encuentra por su parte inserta en un sistema global de Estados luchando por su propio reconocimiento, e incapaz por el momento de interpelar de forma suficiente a sus propios ciudadanos –que lo son, recordemos, en cuanto que poseen la nacionalidad de un Estado miembro–. En este sentido, las líneas de fuerza trazan un vasto recorrido que conecta los planos local, regional, nacional, comunitario e internacional, en un orden de efectos impredecibles que bien podría estar regido bajo una nueva versión del efecto mariposa. Con todo, y antes de entrar a analizar nuestras problemáticas particulares, será preciso discutir –aunque sólo de forma somera– con algunas de las interpretaciones sobre el trabajo en la era global que aquí más nos interesan, a la luz siempre de la teoría de los modos de vida y, más concretamente, de su concepción del modo de vida de autónomo.

IV. Discursos sobre el trabajo en la era global a la luz de la teoría de los modos de vida

En su libro *El nuevo espíritu del capitalismo*, Luc Boltanski y Ève Chiapello argumentaban cómo el capitalismo había sido capaz de amoldar las reivindicaciones del Mayo del 68 francés a su propia estructura y funcionamiento²⁰⁰. En este sentido, la paradoja no derivaba únicamente del hecho de que buena parte de los cabecillas de la mítica insurrección estudiantil –y obrera, recordemos– llegaran a formar parte con el paso de los años de las élites económicas y empresariales francesas y mundiales, sino que además sus aspiraciones libertarias y sus críticas al taylorismo y a los valores de la sociedad francesa de los años sesenta habían sido adaptadas por la ideología neoliberal. En efecto, las críticas sesentayochistas al “despreciable” trabajo rutinario y al

²⁰⁰ Boltanski, Luc y Chiapello, Ève, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.

aburrimiento derivado de un puesto laboral de por vida, así como la hipervaloración de la libertad y la creatividad, parecen haber pasado a formar parte esencial del credo neoliberal. Así, el sistema capitalista habría aceptado la flexibilidad demandada, desregulando y deslocalizando tanto los puestos de trabajo como las propias empresas. El trabajo ya no volvería a ser aburrido y rutinario, pues nadie tendría un puesto de por vida, y tampoco habitaría la misma ciudad durante demasiados años. El trabajador debía desarrollar además su capacidad inventiva en la empresa, aportando ideas innovadoras, si no en relación a los productos, al menos sí destinadas a mejorar la productividad y el ambiente del lugar de trabajo.

Es curioso en este sentido advertir cómo los representantes más radicales del pensamiento neoliberal han dado en nombrar a su corriente como *libertarismo* – *libertarianism* en inglés–, término tan cercano fonéticamente al de *libertario*, inequívocamente referido a tendencias anarquistas²⁰¹. Sea como fuere, y se considere más o menos válida la hipótesis de Boltanski y Chiapello, lo cierto es que en el sistema capitalista actual se han resquebrajado buena parte de las seguridades típicas de modelos previos, dotando a la flexibilidad y a la libertad de connotaciones innovadoras. En el tema que aquí más directamente nos ocupa, toda esta ideología neoliberal ha impregnado gran parte de las prácticas laborales contemporáneas, al menos ya desde finales de los años setenta –aunque con distintas velocidades claro en los diferentes países desarrollados–. En este punto, quizá sea Richard Sennett el que mejor ha sabido comprender las consecuencias personales de estos profundos cambios en la organización del trabajo, tan hermosa y crudamente expresados en su obra –ya clásica– *La corrosión del carácter*²⁰². En este ensayo, el sociólogo estadounidense analiza cómo el neocapitalismo, y más en concreto los cambios progresivamente introducidos en los modelos de organización del trabajo desde los años setenta, han atacado muchos de los principios básicos de la creación de la subjetividad en el Occidente contemporáneo. Así, la experiencia laboral, el trabajo propiamente dicho, que hasta hace unos pocos años era un elemento primordial del movimiento del subjetivación del individuo, ha dejado de ser una fuente de identidad y seguridad para convertirse en un auténtico “elemento corrosivo del carácter”. La flexibilidad, mecanismo en principio destinado a atacar los “males del viejo capitalismo”, dando la oportunidad a los individuos de moldear su

²⁰¹ Por citar sólo al más reputado: Nozick, Robert, *Anarquía, Estado y utopía*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1988.

²⁰² Sennett, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2001.

propia vida, se ha convertido en un auténtico *riesgo*, difícilmente asumible para el trabajador, y experimentado como fatal inseguridad.

Para Sennett, el origen de este sentimiento es indudable: «La inestabilidad misma de las organizaciones flexibles impone a los trabajadores la necesidad de “cambiar de tiesto”, es decir, de asumir riesgos en su trabajo. El manual de empresariales es típico en el sentido de hacer de esa necesidad virtud. La teoría es que asumir riesgos rejuvenece, las energías se recargan sin cesar»²⁰³. La consecuencia perversa –además de la recalcitrante inseguridad que provoca esta ecuación, claro–, es que difícilmente el trabajador puede llegar a considerar su trabajo como fuente de identidad subjetiva cuando este cambia sin cesar. Ya no tiene mucho sentido referirse a uno mismo como “albañil”, “mecánico” o “pintor”, cuando apenas se ha permanecido en esos trabajos durante unos pocos meses. Por supuesto, para algunas personas esta flexibilidad laboral es síntoma de movilidad y energías positivas, quizá más para los jóvenes y para cierto tipo de profesionales, pero sin duda la mayoría lo experimentará –como argumenta Sennett– de forma muy negativa.

De hecho, es interesante cómo este concepto de *riesgo* –popularizado por el sociólogo alemán Ulrich Beck a mediados de los años ochenta–, fue aplicado desde un principio a varias esferas de la vida humana, en un momento de cambios sociales, políticos y económicos de especial trascendencia. En efecto, en su obra *La sociedad del riesgo*²⁰⁴, Beck apuntó las profundas transformaciones derivadas de una crisis ecológica global cada vez más patente, multiplicando las connotaciones del propio concepto de riesgo para atender a las nuevas circunstancias. Así, el riesgo ecológico se había convertido en algo transversal a la sociedad contemporánea, en un peligro siempre inminente que podía manifestar su crueldad en cualquier segmento de la población y en todo lugar del globo; y riesgo que al mismo tiempo había servido para legitimar una nueva “tiranía de los expertos”. Pero con aquel concepto de riesgo el alemán venía a referirse igualmente a los cambios sociales, políticos y económicos derivados del nuevo contexto global, y que parecían resquebrajar las certidumbres construidas –al menos– durante la segunda posguerra mundial. La *incertidumbre* había llegado al medio ecológico, pero también al *sistema político* en su conjunto –con el supuesto fin de las clases sociales, el descrédito de la tradicional lucha de partidos, y la aparición de nuevos

²⁰³ Ibid., p. 84.

²⁰⁴ Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998. Las cuestiones allí analizadas fueron posteriormente “actualizadas” en cierta medida en su libro: *La sociedad del riesgo global*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

actores como los movimientos sociales—, al *sistema social* —con la continua crisis de los mecanismos de solidaridad mutua y el empuje de las doctrinas neoliberales—, y al *sistema económico* —con la desregulación de los mercados nacionales, el proceso de deslocalización empresarial y las inseguridades derivadas de la nueva organización del trabajo.

En efecto, el trabajo se ha convertido en las últimas décadas en un “lujo” al que cada vez más personas no pueden aspirar, circunstancia que unida al continuo y progresivo proceso de individualización característico de la Modernidad tardía se experimenta — como decimos— de forma realmente dramática²⁰⁵. Como argumenta Beck, «La individualización no contradice a lo peculiar de esta “nueva pobreza”, sino que lo explica. En las condiciones de la individualización, los seres humanos han de cargar con el desempleo masivo como con un destino personal. Los seres humanos ya no son afectados por él de una manera socialmente visible y colectiva, sino *específica a las fases de la vida*. [...] En las situaciones de vida carentes de nexos de clase, individualizadas, el destino colectivo se ha convertido en destino *personal*, en destino *individual* con sociedad ya sólo percibida estadísticamente y ya no vivible, y tendría que volver a ser compuesto como destino colectivo desde esta fragmentación en lo personal. La unidad de referencia en que golpea el rayo (del desempleo y la pobreza) ya no es el grupo, la clase, la capa, sino el *individuo de mercado* en sus circunstancias especiales. La escisión de nuestra sociedad en una mayoría decreciente de propietarios de puestos de trabajo y una minoría creciente de desempleados, jubilados anticipados, trabajadores ocasionales y los que no consiguen entrar en el mercado de trabajo está en pleno curso»²⁰⁶ —llegando a alcanzar con la crisis actual sus más dramáticas consecuencias, cabría añadir—. Esa es precisamente la característica esencial del desempleo en la era de la globalización: éste se ha *individualizado*, convirtiéndose en una cuestión principalmente personal.

En un ensayo posterior, publicado en alemán en 1999 y titulado *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Beck ahondó en estas cuestiones, incorporando los datos aportados por la propia intensificación y

²⁰⁵ Sobre este proceso de individualización y sus consecuencias, véanse por ejemplo los trabajos de: Taylor, Charles, *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996; o Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Península, 1995.

²⁰⁶ Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo*, op. cit., pp. 117-118.

profundización de los procesos globales²⁰⁷. Allí elabora una curiosa comparación en la que pretende advertir en las características del mercado laboral en Brasil los cambios que parecían estar produciéndose en el mundo del trabajo en los países desarrollados. Así, asegura, «La consecuencia involuntaria de la utopía neoliberal del libre mercado es la brasileñización de Occidente. Lo que más llama la atención en el actual panorama laboral a escala mundial no es sólo el elevado índice de paro en los países europeos, el denominado milagro del empleo en EE.UU. o el paso de la sociedad del trabajo a la sociedad del saber, es decir, qué aspecto tendrá en el futuro el trabajo en el ámbito de la información. Es, más bien, el gran parecido que se advierte en la evolución del trabajo en los denominados primero y tercer mundo. Estamos asistiendo a la irrupción de lo precario, discontinuo, impreciso e informal en ese fortín que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. Con otras palabras: la multiplicidad, complejidad e inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental»²⁰⁸. De hecho, en la Alemania de principios de los años dos mil, esta precarización y flexibilización del trabajo apareció como la gran estrategia del gobierno alemán ante la crisis que siguió a la unificación. La extensión de los llamados *Mini Jobs* en Estados Unidos es conocida, y lo mismo parece suceder en los países europeos donde más se ha dejado sentir la crisis posterior al 2008.

Ahora bien, esta *generalización y democratización* de los riesgos –laborales, en nuestro caso–, ha sido explicada por Beck sobre la base de una teoría de la Modernización reflexiva donde las clases sociales parecen desaparecer, al tiempo que los tradicionales actores políticos –los partidos, los sindicatos, etc.–, han visto progresivamente mermado su poder de acción. En este sentido –y como señala Francisco Vázquez–, puede parecer que la “Gran Teoría” que sostiene el aparato discursivo del alemán pesara más que los propios hechos empíricos: «es como si el bosque de la “individualización”, entendida como un proceso cuasiuniforme y en constante incremento, le impidiera ver los árboles de los distintos usos, de las distintas formas de individualizar las prácticas, variando extraordinariamente según las posiciones de clase en el espacio social [...] Empeñado en considerar las “clases” como una rémora del pasado, Beck olvida un principio capital: la no contemporaneidad de lo contemporáneo. En cambio, parece trazar una línea, no exenta de rictus teleológico,

²⁰⁷ Beck, Ulrich, *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2000.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 9.

entre las resistencias de una sociedad industrial que no acaba de morir y el movimiento de una sociedad del riesgo y de la individualización que está destinada, sea para bien o para mal, a triunfar»²⁰⁹.

Y es que las variaciones del mundo laboral en los países desarrollados no afectan igual a todos. En este punto, Vázquez acierta –en nuestra opinión– al contraponer los análisis de Pierre Bourdieu a las teorías de Beck, partiendo de la diferencia elaborada por el francés entre la *clase objetiva* –referida a la construcción teórica construida por las ciencias sociales– y la *clase movilizadora* –con la que el francés venía a referirse al “actor histórico concreto”, formado en la propia intervención política de los agentes, como representación compartida de la sociedad y de la historia–²¹⁰. En la clase objetiva, entendida como diferencia y no como cosa, cabría diferenciar entre *capitales*, no únicamente entendidos como capital poseído –en forma de dinero, rentas, propiedades, etc.–, sino como las dotaciones de diversa cantidad y cualidad de recursos con los que son otorgados los distintos agentes sociales, permitiendo con ello su reproducción. En este sentido, los individuos no heredarían únicamente propiedades materiales objetivas, sino que además incorporarían en su ser ciertas disposiciones –esquemas de acción, sentimientos, habilidades, clasificaciones, etc.–, conocidas por Bourdieu como *habitus*. Esta diferenciación permitiría así distinguir diferentes tipos de *capital* en una sociedad determinada, como serían por ejemplo el *capital simbólico*, el *capital cultural*, el *capital social*, el *capital económico* por supuesto, etc. Finalmente, la trayectoria de un individuo en particular le permitiría acumular distintos volúmenes de capital(es), lo que introduciría el factor temporal en el espacio social.

Al tiempo, Bourdieu distingue dos tipos de capital poseído por cada individuo o segmento social: las *propiedades de condición*, que se referirían tanto a los atributos como a las disposiciones incorporadas por los individuos y que permitirían distinguir entre clases o fracciones de clase; y las *propiedades de posición*, que vendrían determinadas por el lugar que el individuo ocupa en el espacio social en un momento determinado. En este sentido, mientras que las propiedades de condición –que singularizan una clase o segmento social– pueden transformarse con el tiempo –una pérdida de renta, o una ganancia de competencias, por ejemplo–, las propiedades de

²⁰⁹ Vázquez García, Francisco, *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*, Donostia-San Sebastián, Gakoa, 2005, pp. 156-157.

²¹⁰ *Ibid.*, p. 147 y ss. Véase: Bourdieu, Pierre, “Condición de clase y posición de clase”, en AA. VV., *Estructuralismo y sociología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969, pp. 71-100; y Bourdieu, Pierre, “Espacio social y espacio simbólico”, en Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 15-28.

posición son difícilmente alterables. Así, por ejemplo, los jueces tienden a ocupar una posición social semejante a la de los profesores de universidad o los grandes empresarios, mientras que por su parte los maestros estarán más próximos a los pequeños comerciantes o a los cuadros medios de la administración. A su vez, las condiciones, aspiraciones y estilos de un segmento determinado pueden variar, pero ello no significa que los individuos en él creados se desplacen a una escala mayor de la sociedad. Los titulados universitarios procedentes de las clases trabajadoras son cada vez más numerosos, pero ello no significa que hayan adquirido los distintos grados de capitales que *diferencian* a las clases más pudientes, por ejemplo²¹¹.

Ahora bien, ¿cuál es la pertinencia de la teoría de Bourdieu para las cuestiones que aquí nos ocupan? Al margen de su relevancia para discutir las posiciones de Ulrich Beck –especialmente como decimos en su desprecio por el concepto de clase, que el teutón llega a definir como una “categoría zombi”–, los análisis de Bourdieu y sus colaboradores nos permiten comprender la complejidad diferencial de nuestras sociedades, así como explicar el triunfo –o al menos la hegemonía– de ciertos discursos sobre el trabajo en la actualidad. En efecto, y en primer lugar, una de las principales aportaciones del sociólogo francés ha sido entender que la disolución de la “identidad obrera” –en sí misma un constructo histórico– no significa la desaparición de la “sociedad de clases”, sino una redefinición y remodelado de las distinciones de clase: «Las condiciones materiales de las clases populares en los países desarrollados de Occidente no son las que caracterizaban a la clase obrera de la sociedad industrial. Lo mismo sucede con la pequeña burguesía o con la burguesía *tout court* respecto a sus antepasados correspondientes. Pero las diferencias, tanto en las distintas especies de capital objetivado como en los *habitus* y estilos de vida, se mantienen e incluso se ahondan, sólo que ahora se encuentran desplazadas a un plano diferente»²¹². Para las cuestiones que aquí tratamos, así como para la propia teoría de los modos de vida, esta afirmación es, por supuesto, tremendamente relevante, por cuanto los individuos posicionados en las distintas escalas sociales tenderán a adoptar uno u otro modo de vida, más acorde con sus capitales adquiridos.

²¹¹ Bourdieu ha analizado los distintos mecanismos de diferenciación y exclusión social, así como los distintos dispositivos que en nuestras sociedades impiden una auténtica movilidad social, empezando por el propio sistema escolar. Sólo por citar tres de los más representativos: Bourdieu, Pierre, *La Noblesse d'Etat. Grandes Écoles et Esprit de Corps*, Paris, Gallimard, 1989; Bourdieu, Pierre, *La distinction. Critique sociale du jugement*, Paris, Minuit, 2007; y Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *Les héritiers*, Paris, Minuit, 1964.

²¹² Vázquez García, Francisco, *Tras la autoestima*, op. cit., p. 152.

Y en segundo lugar, han sido los estudios de Bourdieu sobre las diferencias sociales sostenidas y legitimadas en función de las desiguales propiedades de condición y posición, lo que nos permite imaginar la genealogía de un modo de vida que, durante los últimos años, se ha convertido en hegemónico a nivel simbólico: a saber, *el modo de vida del profesional de carrera o modo de vida del especialista*. En efecto, las clases sociales inferiores tienden a imitar en la medida de lo posible los *usos sociales* de las clases inmediatamente superiores. Por supuesto, la *democratización* al acceso de tales usos –inscribir a los hijos en un colegio u otro, practicar un deporte u otro, etc.–, supone inmediatamente la devaluación e incluso la estigmatización de los mismos por las clases posicionadas en segmentos superiores relativos. Pero eso no significa que tales usos de *diferenciación* de los distintos segmentos sociales desaparezcan, sino únicamente que se modifican. Forzando el discurso bourdieusiano, y si bajo este supuesto atendemos al mundo laboral, pronto entendemos el segmento social que copa desde los años ochenta los discursos e imágenes hegemónicas sobre el trabajo: a saber, lo que Bourdieu llama la “nueva pequeña burguesía”. En efecto, esta nueva “clase social” se orienta «a la gestión de bienes y servicios simbólicos: medianos y modestos ejecutivos de secciones comerciales, especialistas en *márketing* y publicidad, profesionales de los medios de comunicación, nuevos expertos sociales, sanitarios y deportivos (trabajadores y educadores sociales, nutricionistas, animadores socioculturales, especialistas en mantenimiento físico y expresión corporal, psicólogos, psicoanalistas, etc.), decoradores, encargados de relaciones públicas, etc.»²¹³. De hecho, el propio Bourdieu se refiere a este movimiento como el *ejercicio de la violencia simbólica* mediante el cual una clase –o una fracción de clase– tiende a imponer un cierto *ethos*, una determinada forma de ser y pensar, de estar en el mundo, considerada la única legítima.

Ahora bien, para entender cómo la “ideología laboral” de este segmento social ha llegado a ser la hegemónica a nivel simbólico, impregnando los discursos neoliberales sobre el trabajo en la actualidad, debemos realizar un último giro teórico, giro que daremos de la mano del grupo conocido como *History of the Present Research Work*²¹⁴, y especialmente de sus miembros Nikolas Rose²¹⁵, Mitchel Dean²¹⁶, Thomas Osborne²¹⁷

²¹³ *Ibid.*, p. 153.

²¹⁴ Una magnífica introducción a los temas e hipótesis de este círculo en el libro que venimos comentando de Vázquez García, Francisco, *Tras la autoestima*, op. cit., pp. 159-225.

²¹⁵ Rose, Nikolas, *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999; y Rose, Nikolas, *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*, London, Free Books, 1999.

²¹⁶ Dean, Mitchel, *Governmentality. Power and Rule in Modern Societies*, London, Sage Pub, 1999.

y Pat O' Malley²¹⁸. Se trata de una escuela especialmente inspirada por los análisis de la *gubernamentalidad* y la *genealogía del sujeto* realizados por el último Foucault, y que vienen desarrollando desde finales de los años ochenta una serie de estudios transdisciplinarios infundidos por disciplinas tan diversas como la sociología, la economía, la filosofía, la historia o las ciencias políticas. Estos anglofoucaultianos se han preocupado principalmente por mostrar cómo aquello que podríamos llamar la *gubernamentalidad neoliberal* –entendiendo por *gubernamentalidad* la “conducción de conductas dentro de unas coordenadas históricas concretas”, y por *gobierno* el mismo “acto de conducción de conductas”–, ordena unas determinadas formas de subjetivación, escenarios de relaciones posibles y formas de saber y de placer. El gobierno, así, se ejercería de forma *productiva* sobre los individuos –recordemos la concepción foucaultiana del poder–, no reprimiendo una especie de libertad primigenia, sino más bien produciendo agentes y ámbitos de acción. Lo que vienen a identificar como *tecnologías psi* –la psicología, la psicopedagogía, la psiquiatría, pero también el trabajo social, los consejeros matrimoniales, las asociaciones de anónimos, los preparadores físicos, etc.–, serían los dispositivos paradigmáticos de una gubernamentalidad neoliberal que pretende llevar a sus últimas consecuencias las ideas de libertad y autocreación de sí mismo tan caras a ese segmento social que acabamos de identificar con Bourdieu como hegemónico.

Refiriéndonos a los temas que aquí nos ocupan, los análisis de estos *genealogistas de la gubernamentalidad* son especialmente interesantes, por cuanto muchos han estado orientados a la comprensión de los discursos sobre el trabajo en el nuevo orden neoliberal. Así, por ejemplo, en su libro *Governing the Soul*, Nikolas Rose elabora una genealogía del “trabajador contento”, imagen impulsada por la psicología de empresa desde los años veinte, y que perseguiría la máxima rentabilidad para la compañía implicando al tiempo la mayor autoestima posible para el trabajador, fomentando su creatividad y enriquecimiento interior²¹⁹. Al contrario que otras teorías inspiradas por ejemplo por el marxismo o el anarquismo –que han querido ver en estas estrategias un instrumento para aumentar y legitimar la explotación capitalista–, esta perspectiva ha querido entender estas tecnologías como una forma de implicar al trabajador no sólo en

²¹⁷ Osborne, Thomas and Gaebler, John, *Reinventing Government. How the Entrepreneurial Spirit is Transforming the Public Sector*, New York, Penguin Books, 1993.

²¹⁸ O'Malley, Pat, “Risk and Responsibility”, en Barry, Andrew; Osborne, Thomas and Rose, Nikolas, *Foucault and Political Reason. Liberalism, Neoliberalism and Rationalities of Power*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, pp. 283-299.

²¹⁹ Rose, Nikolas, *Governing the Soul*, op. cit., pp. 55-119.

las metas de la empresa, sino además de la economía nacional y del mercado internacional. Se trataría, en efecto, de un auténtico mecanismo de creación de identidades, que habría evolucionado desde la ética protestante del primer capitalismo, hasta el operario-empresario del neoliberalismo actual, pasando por la ética social del “productor protegido” propio del *Welfare State*. Así, en la actualidad, toda una miríada de terapeutas y *managers* de recursos humanos había filtrado en los discursos laborales una determinada forma de entender el *gobierno del trabajador* –esto es, de los mecanismos de creación de conductas laborales–, preocupado por potenciar sus cualidades, su creatividad, su crecimiento interior, su polivalencia, su amor por el riesgo, su competitividad, etc., preocupado por crear, en definitiva, un auténtico *empresario de sí*.

De hecho, este concepto de empresario de sí –junto con otros como el de *autoestima*, *autorrealización* o del *yo expresivo*–, han sido ampliamente utilizados por estos genealogistas para referirse a las características de la ética laboral dominante en nuestras sociedades. En efecto, en nuestro contexto la acción de gobierno –entendido, insistimos, como conducción de conductas– debe descansar fundamentalmente –al menos en un marco teórico– en la *exigencia de autorresponsabilidad*. Llevado al mundo del trabajo, lo que ello supone es que el clásico *homo oeconomicus* del liberalismo clásico –caracterizado por una búsqueda constante de sus intereses naturales–, debe ser reemplazado por un hombre nuevo –definido como *homo psicologicus* por Lipovetsky²²⁰–, *fabricado* por la gubernamentalidad neoliberal, y diseñado para buscar su propia realización personal. Como acertadamente resume Vázquez, «Se trata de convertir al individuo dependiente y necesitado, al “ciudadano social” [propio del Estado del Bienestar], ligado a la colectividad por mecanismos estatales de solidaridad (como el seguro social) en un individuo activo y autorresponsable, capaz de elegir por sí mismo y de sacarle el máximo partido a sus recursos personales en la búsqueda de un estilo de vida propio y singular. Se trata del sujeto como “empresario de sí”»²²¹.

Es por ello que la empresa –capitalista– se ha convertido en un auténtico modelo de racionalidad para estructurar la vida de los individuos, para crear incluso su subjetividad²²². En efecto, en esta nueva forma de gobierno, en la que las capacidades autocreativas y expresivas del sujeto son consideradas la base de la identidad personal,

²²⁰ Lipovetsky, Gilles, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 2003.

²²¹ Vázquez García, Francisco, *Tras la autoestima*, op. cit., p. 196.

²²² *Ibid.*, p. 197 y ss.

la promoción de una cultura empresarial, la gestión por creación de mercados y el conocido como “Nuevo Prudencialismo”, no pueden dejar de ser principios directrices. Así, por ejemplo, un desempleado no está “en paro”, sino en trámites de ampliar su “empleabilidad”, realizando cursos de formación, idiomas, etc. Es el *ethos* de la empresa el que debe guiar las conductas de los trabajadores, con arreglo a los valores de la calidad, la iniciativa, la flexibilidad, la competitividad, el placer de asumir riesgos, la polivalencia, etc. Y además, el sujeto debe ser autorresponsable, hacerse cargo de sus propios infortunios, desarrollando conductas de cálculo, autodisciplina y previsión, anticipando los riesgos propios del mercado laboral neoliberal.

En los últimos años, en el marco de la antropología social se han desarrollado igualmente sendos debates sobre la implementación y consecuencias de las políticas neoliberales, atendiendo especialmente a las mutuas interrelaciones entre el Estado y el funcionamiento de la economía. En este contexto, por ejemplo, Matieu Hilgers ha querido diferenciar tres formas de entender el neoliberalismo desde la antropología social²²³: como una *cultura*, con sus prácticas y representaciones asociadas; como un *sistema*, que codificaría distintos tipos de relaciones conectadas en el espacio social cristalizando en diversas posiciones, dinámicas, etc.; y como una *forma de gobierno* o *gubernamentalidad*, una nueva forma de conducción de conductas con sus tecnologías de gobierno, moralidades y subjetividades asociadas –siguiendo de cerca, claro está, las conceptualizaciones foucaultianas–. Con todo –insiste Hilgers–, los trabajos empíricos desarrollados bajo estas diferentes perspectivas no han hecho sino mostrar cómo el neoliberalismo conserva como denominador común la producción de desigualdades en las sociedades contemporáneas, ya se den éstas en el orden discursivo, en las prácticas culturales, o en el ámbito laboral. Parecidas conclusiones adopta Loïc Wacquant, al pretender fundar un análisis antropológico del neoliberalismo enmarcado entre el modelo económico dominante del *market rule*, y las diversas interpretaciones de la noción foucaultiana de gubernamentalidad²²⁴. Así, adoptando el concepto bourdieusiano de “campo burocrático”, el francés –docente en Berkeley– rechaza la concepción de neoliberalismo como estrictamente un régimen económico, afirmando que se trata de un proyecto político disciplinario, capaz de ordenar el mundo social en una estructura maniquea de clase donde algunos son llamados a “practicar el liberalismo”, mientras

²²³ Hilgers, Matieu, “The three anthropological approaches to neoliberalism”, en *International Social Science Journal*, nº 63, pp. 351-364.

²²⁴ Wacquant, Loïc, “Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism”, en *Social Anthropology*, nº 20 (1), pp. 66-79.

otros se ven sujetos a un eventual “paternalismo punitivo”. En el marco de las relaciones laborales, claro, el *Leviatán neoliberal* marcaría con claridad las posiciones que ocupan los individuos pertenecientes a las diversas clases sociales, exacerbando un sistema correccional y carcelario que aseguraría la estabilidad del sistema.

Adoptando tales análisis, y recordando las conclusiones de los autores tratados aquí previamente –especialmente las de Boltanski y Chiapello, las de Sennett y las del propio Bourdieu–, podemos aventurar el triunfo simbólico de los valores y principios directrices del modo de vida del especialista. En efecto, tanto los trabajadores asalariados como los empresarios, los inversores o los propios autónomos, tienden a ser gobernados en nuestras sociedades por unos discursos inspirados en el *ethos* del modo de vida del especialista. Por supuesto, ello contrasta en el plano empírico con los valores y principios organizativos de los restantes modos de vida, pero ello no significa que los discursos hegemónicos no pretendan someterlos a una especie de *disciplina ideológica laboral* considerada como ideal. De aquí parten, de hecho, muchas de las contradicciones tanto de los planes de actuación pública, como de los propios mecanismos de identificación y subjetivación de los distintos grupos sociales que componen nuestras sociedades. Se trata, en efecto, de una cuestión central que iremos retomando en nuestros análisis empíricos, igualmente crucial para entender las relaciones mutuas e interdependientes entre los distintos modos de vida. Las conclusiones a este respecto deberán aparecer, ya en los apartados finales, a la luz de tales análisis.

Capítulo 4: Contextos I. La agricultura en la España contemporánea, el camino hacia Europa y la Política Agraria Común

I. Algunas notas sobre la agricultura en la España del siglo XX

Desde finales del siglo XIX, la agricultura española –como la europea–, tuvo que hacer frente a una profunda depresión que supuso principalmente una bajada continuada de los precios y una contracción de la producción, especialmente cerealista²²⁵. Esta crisis del sector fue especialmente virulenta en España, por contar con una agricultura poco diversificada, especialmente orientada a la producción de cereales, y con elevados porcentajes de la población activa del país. El gobierno español –como la mayoría de los europeos excepto el británico–, intentó atajar las causas de esta crisis adoptando medidas proteccionistas tales como el establecimiento de barreras arancelarias, encaminadas a minimizar la importación de cereales y otros productos alimentarios provenientes de los países ultramarinos. Tales medidas, unidas a la depreciación continuada de la peseta, iban a permitir una recuperación agraria bastante importante entre 1900 y 1920, espoleada durante los años de la I Guerra Mundial. Fue también en aquel período cuando aumentó la obtención de productos agrícolas con mayor precio de mercado, tales como la remolacha azucarera, la naranja, el vino, el aceite y algunas plantas hortofrutícolas –a pesar de que los cereales y leguminosas seguían suponiendo prácticamente el 40% del valor total del producto agrario–. Desde finales de la década de los 10 se ampliaron progresivamente las tierras de cultivo, aumentando de forma pareja los niveles de producción, debido sobre todo a un mayor empleo de abonos,

²²⁵ Maluquer de Motes, Jordi, “De la crisis colonial a la guerra europea: veinte años de economía española”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1991, pp. 62-104

fertilizantes químicos y maquinaria agrícola. Fue entonces cuando comienzan a aparecer islotes de agricultura competitiva y exportadora, especialmente en el levante.

No obstante, en el decenio 1920-30 la tasa de crecimiento de la agricultura tiende a estancarse, aumentando únicamente alrededor del 1% anual. Los factores de esta desaceleración son diversos y de difícil análisis, pero con todo podemos afirmar que los bajos niveles de productividad podían deberse fundamentalmente a un evidente atraso tecnológico en comparación con los países del entorno, así como a un descenso continuado de la población activa ocupada en el sector primario²²⁶. Ello supuso, como señala Francisco Comín, que los cambios agrarios no fuesen lo suficientemente profundos para impulsar el proceso de industrialización del país²²⁷, en una dinámica recurrente en Europa y que en España tendrá que esperar –como veremos a continuación– a los años 40 y 50. De hecho, la producción agraria iba a crecer menos en la Dictadura de Primo de Rivera que durante la II República, a pesar de la inestabilidad política, social y económica de este segundo período, y de la coyuntura internacional más favorable del primero. Esta tendencia pudo deberse, por un lado, a que los sectores agrícolas intensivos potencialmente más dinámicos y orientados a la exportación –la vid, el olivo, las raíces y los frutales, aunque aún menos importantes que los cerealistas–, fueron los que más sintieron la contracción derivada de la depresión mundial; mientras que, por otro lado, en la España de los 30 surgió con fuerza una creciente demanda urbana.

Como es sabido, durante la II República se impulsaron sendas reformas y contrarreformas del sector agrícola que generaron: por un lado, un profundo malestar entre los jornaleros y trabajadores del campo al no ver cumplidas sus expectativas; y por otro lado, un fuerte rechazo a las políticas republicanas por parte de la burguesía terrateniente, los grandes propietarios y la Iglesia²²⁸. Por supuesto, estos procesos no fueron en absoluto homogéneos en toda España, y las respuestas políticas de los trabajadores del campo fueron radicalmente diferentes dependiendo del grado de sindicación y lucha social de cada región –por ejemplo, con niveles muy altos en

²²⁶ *Ibid.*, p. 76-77.

²²⁷ Comín, Francisco, “La economía española en el período de entreguerras (1919-1935)”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX*, op. cit., p. 105-149.

²²⁸ Véanse, por ejemplo: Sánchez Jiménez, José, “Política y agrarismo durante la Segunda República”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 8, 1987, pp. 211-233. Ó: Cobo Romero, Francisco, “La cuestión agraria y las luchas campesinas en la II República, 1931-1936”, en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 11, 2013, artículo sito en Internet: <http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d002.pdf>

Andalucía–, o de su condición de pequeños propietarios –como sucedía en Galicia o Castilla León–. Al margen de cuestiones políticas, lo cierto es –como nos recuerda Sánchez Jiménez– que la agricultura española de los años treinta era mayoritariamente una *forma de vivir* más que una *forma de producción económica*²²⁹. Era, en efecto, un sector todavía poco orientado a la producción intensiva y la exportación, y más a la mera subsistencia. En este sentido, en efecto, sería más preciso hablar en aquel contexto de «características dominantes, o insistir en el complejo y complicado pluralismo del sector agrario donde, pese a todo, y aún más en entornos de pequeña y mediana propiedad de secano [...] continúan vigentes: la lentitud de los cambios en la forma de trabajar y en las maneras de vivir; la situación de dominación y dependencia tanto del mercado exterior como de todo un aparato legal y transformador; la consideración de la familia campesina como algo peculiar, por encima, fuera y a veces ajena a la *empresa agraria*; la heterogeneidad de las comunidades campesinas en razón de los sistemas de propiedad o uso, de arrendamiento o aparcería; la valoración, aceptación, defensa y conquista de la propiedad privada, cuya esencia o influencia va más allá de la pura constatación jurídica del título de propiedad»²³⁰.

En este contexto podemos diferenciar tres formas de agricultura en la España de los años treinta, y que marcarán en mucho el futuro del sector hasta hoy: el *minifundio*, predominante en la cornisa cantábrica y en Galicia y Castilla; el *latifundio*, dominante en la zona suroccidental del país, exigido de modernización y –al menos en aquel momento– de la expropiación demandada; y, finalmente, la *agricultura moderna*, más orientada a la exportación, situada en el levante y en las comarcas de regadío del valle del Ebro, muy conectada con el creciente desarrollo urbano del período, la política hidráulica iniciada a principios de siglo, y a la apertura por entonces de fluidos cauces de comercialización²³¹. Con todo, la agricultura seguía siendo considerada como un elemento fundamental de la producción, mal regulada por una administración incapaz de comprenderla, y sometida en demasiados lugares de la geografía española a unos grandes propietarios sólo interesados en sus fortunas y privilegios. De hecho, la incidencia relativa de la crisis del 29 en la economía española pudo deberse –como argumenta Francisco Comín– al enorme peso del sector agrícola, que copaba aún en

²²⁹ Sánchez Jiménez, José, “Política y agrarismo durante la Segunda República”, op. cit., p. 214.

²³⁰ *Ibid.*, p. 214.

²³¹ *Ibid.*, p. 215.

1935 en torno al 45% del empleo nacional²³² –y que de hecho volvería a alcanzar cotas del 50% en las décadas de los 40 y 50–.

Sea como fuere, la reforma agraria republicana se vio truncada por el estallido en 1936 de la Guerra Civil y la instauración del régimen franquista en 1939. Quizá podamos de hecho afirmar que fue precisamente aquella reforma una de las principales causas del estallido de la conflagración fratricida, reforma que pretendía trastocar un *status quo* demasiado caro a una gran parte de las élites del país. Con todo, lo cierto es que la guerra no tuvo los efectos catastróficos sobre la agricultura que el nuevo régimen pretendió reprocharle, necesitado de excusar los graves problemas que caracterizarían al sector en la década de los cuarenta²³³. En efecto, en aquel decenio, la agricultura experimentó una profunda crisis que sumaría sus consecuencias a la ya de por sí delicada situación económica y social del período²³⁴. En este contexto, tanto las superficies cultivadas como la producción y los rendimientos disminuyeron marcadamente en relación con los años anteriores, haciendo descender parejamente el consumo alimenticio general. Fue la década del hambre y de las ciudades “de un millón de cadáveres”, en un país eminentemente agrícola incapaz de abastecer a su propia población²³⁵. En este sentido –y como sucedió por lo demás en los restantes sectores económicos–, la principal causa de la depresión agrícola de los años cuarenta fue sin duda «la propia política económica (y la política agraria) puesta en marcha por los sucesivos gobiernos franquistas durante aquellos años. Una política agraria fuertemente intervencionista y de signo autárquico, inspirada en los fascismos europeos»²³⁶.

Una de las más desastrosas líneas de actuación de esta política agraria fue precisamente el convencimiento de que los precios de los productos y los factores de producción podían fijarse por decreto y al margen de los mercados²³⁷. Así, por un lado,

²³² Comín, Francisco, “La crisis económica durante la Segunda República Española (1931-1935)”, en *Mediterráneo económico. El sistema bancario tras la Gran Recesión*, nº 19, 2011, pp. 77-92.

²³³ Barciela, Carlos, “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX*, op. cit., pp. 258-279.

²³⁴ Véase aquí por ejemplo en el contexto del cooperativismo agrario el estudio de caso de Soronellas Masdéu, Montserrat, “Les cooperatives agràries del franquisme. Desmantellament institucional i resorgiment del sentiment cooperatiu, 1939-1964”, en *Estudis d’Història Agrària*, nº 16, 2003-2004, pp. 65-90.

²³⁵ Barciela, Carlos, “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, op. cit., p. 260.

²³⁶ *Ibid.*, pp. 160-161.

²³⁷ Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española”, en Barciela López, Carlos (ed.), *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 66 y ss.

las medidas interventoras pretendieron regular hasta el más mínimo detalle del proceso de producción, comercialización y consumo de productos agrícolas, reglamentando desde las superficies de cultivo obligatorio, hasta la entrega de cupos o la venta obligatoria de la producción de trigo al Servicio Nacional del Trigo (SNT). Por otro lado, esta “contrarreforma agraria” del franquismo²³⁸ articuló una política de colonización cuyo objetivo fundamental era la modernización de la agricultura patria mediante la extensión del regadío y la mejora de las técnicas agrícolas. De este modo, se recuperaban las antiguas políticas de asentamiento de colonos en pequeñas explotaciones de carácter familiar²³⁹, suspendiendo las medidas de redistribución de tierras orquestadas durante la II República.

El gran organismo encargado de hacer efectivas las nuevas políticas del régimen franquista sería el *Instituto Nacional de Colonización* (INC) –creado a imagen y semejanza de su homólogo fascista–, siendo su línea de actuación principal la transformación integral de grandes comarcas. No obstante –y a pesar de las grandes proclamas tan propias del régimen–, esta política colonizadora fue un auténtico fracaso, como señala Carlos Barciela fundamentalmente por cuatro motivos²⁴⁰: inadecuación de tan ingentes proyectos a las circunstancias y necesidades económicas del momento; un ambiente social y político radicalmente opuesto a cualquier tipo de reforma agraria; ineficacia tanto del INC como del propio aparato del Estado; y finalmente, una política agraria desacertada y de bajos precios que, inevitablemente, iba a incidir de forma negativa en las expectativas de los agricultores así como en sus posibles –y siempre limitados– proyectos de inversión –y todo ello unido al clima de incertidumbre política presente durante toda la década de los cuarenta–. No obstante, otras líneas de actuación del INC fueron más exitosas, especialmente las relativas a la mejora y la potenciación de las zonas rurales a pequeña escala²⁴¹. Se trataba aquí de pequeñas inversiones económicas y técnicas orientadas a explotaciones de menor tamaño, y que de hecho permitieron la transformación en regadío de 158.000 hectáreas en aquellos decenios.

²³⁸ Barciela López, Carlos, “Introducción”, en Garrabou, R.; Barciela López, Carlos y Jiménez Blanco, José Ignacio (eds.), *Historia agraria de la España Contemporánea. Vol. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 383-454.

²³⁹ Piñense, por ejemplo, en las poblaciones de Sierra Morena impulsadas por las políticas ilustradas allá por el siglo XVIII; véase para esto: Vázquez García, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009, pp. 43-53.

²⁴⁰ Barciela López, Carlos, “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, op. cit., pp. 262-264.

²⁴¹ Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo”, op. cit., pp. 63-64.

Con todo, el descenso acusado del volumen de *inputs* relacionados con el sector agrícola –fundamentalmente fertilizantes y maquinaria–, siguió estando insuficientemente compensado por la industria nacional, lo que obligó a las autoridades –dentro de su lógica económica, claro– a incluirlos en su sistema de cupos y racionamiento²⁴². En aquel contexto autárquico, la distribución mediante cupos y precios tanto de fertilizantes como de maquinaria quedó –como no podía ser de otro modo– sujeta a una ostentosa arbitrariedad. Era la instauración de un sistema de favoritismos orquestado por un “estado depredador” que, en una situación de escasez generalizada combinada con salarios extremadamente bajos y un elevado índice de paro, iba a posibilitar la contratación de una mano de obra abundante y dócil. Todo ello tuvo como resultado un retroceso considerable tanto en la modernización de las técnicas agrícolas como en los niveles de producción, lo que iba a suponer, en efecto, “veinte años perdidos para la agricultura española”.

Pero lo que también supuso aquella política agraria –y las propias circunstancias socio-económicas y políticas del período–, fue la extensión de un “mercado negro” que, como consecuencia no deseada pero asimilada por el sistema en beneficio propio, iba a permitir una importante –y a la postre determinante– acumulación de capital²⁴³. Efectivamente, «El efecto inmediato de fijar un precio por debajo del de equilibrio es una reducción de la producción. Un segundo efecto, que confluye con el anterior, es el de eliminar los incentivos a aumentar la capacidad productiva. En realidad, la oferta del bien intervenido tenderá a reducirse en el mercado oficial –ahí donde las transacciones se realizan al precio tasado– y, siempre que sea posible, los oferentes desviarán la producción hacia un mercado paralelo al oficial –un mercado negro– en el cual las operaciones se realizan a precios muy superiores a los de tasa, y también superiores a los de equilibrio. Éste fue justamente el resultado de la rígida y equivocada política de intervención en los precios: la aparición y florecimiento de un mercado ilegal paralelo al oficial [...] en el cual los productos intervenidos se vendían a precios muy superiores»²⁴⁴.

²⁴² *Ibid.*, p. 73-74.

²⁴³ González Portilla, Manuel y Garmendia Urdangarín, José María, “Corrupción y mercado negro: nuevas formas de acumulación capitalista”, en Sánchez Recio, Glicerio y Tascón Fernández, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 237-260.

²⁴⁴ Carreras, Albert y Tafunell, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 284-285.

A pesar de las dramáticas consecuencias que para la población tuvo la extensión de este mercado negro –agudizando la situación de escasez generalizada y radicalizando aún más si cabe la polarización social–, ciertos segmentos de la sociedad –las clases privilegiadas pero también medianos productores y nueva burguesía de tipo especulador– aprovecharon los precios de tasa y el régimen de racionamiento para acumular vastas cantidades de dinero²⁴⁵. Ello supuso un intenso proceso de acumulación capitalista para la burguesía agraria y especuladora del régimen, que de este modo se iba a encontrar en condiciones de invertir –en la agricultura pero también en otros sectores– cuando, a principios ya de la década de los cincuenta, las medidas autárquicas iban a relajarse. Fue entonces –y en el marco de las nuevas políticas gubernamentales orquestadas desde el gabinete del ministro Rafael Cavestany desde 1951–, cuando se iban a dar las condiciones necesarias para acometer la definitiva modernización técnica del sector agrícola²⁴⁶.

En efecto, todo ello iba a permitir un incremento paulatino de la producción agrícola y una normalización de los mercados –sin alcanzarse no obstante los niveles de producción del período republicano hasta mediados de la década de los años cincuenta²⁴⁷–. El INC –en coordinación con la iniciativa privada– reorientó sus capitales hacia la financiación de obras de transformación y de mejora de las infraestructuras, especialmente hidráulicas, que permitieran la extensión al máximo de los regadíos. Por supuesto, aquella política no tuvo en cuenta que, en muchas ocasiones, el buen aprovechamiento del secano podía ser preferible al regadío, invirtiendo en proyectos de dudosa rentabilidad, por no hablar del impacto medioambiental²⁴⁸. Por otro lado, se creó el *Servicio Nacional de Concentración Parcelaria*, encargado de la ordenación del espacio de las estructuras agrarias, en un claro intento por limitar la reducida dimensión y dispersión de las parcelas agrícolas, y que de nuevo tuvo escasos resultados.

Fue la “etapa dorada de la agricultura tradicional”²⁴⁹, sostenida por las propias políticas intervencionistas y proteccionistas del régimen, una mano de obra abundante y

²⁴⁵ Moreno Fonseret, Roque, “Pobreza y supervivencia en un país en reconstrucción”, en Mir, Conxita; Agustí, Carme y Gelonch, Josep (eds.), *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo*, *Espai/Temps*, nº 45, 2005, pp. 139-164.

²⁴⁶ Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo”, op. cit., p. 76 y ss.

²⁴⁷ Barciela López, Carlos, “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, op. cit., p. 267.

²⁴⁸ Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo”, op. cit., p. 84.

²⁴⁹ Barciela López, Carlos, “Crecimiento y cambio de la agricultura española desde la Guerra Civil”, op. cit., p. 269-270.

barata, precios agrarios con tendencias continuadamente alcistas, con una Hacienda muy tolerante con los intereses de la gran propiedad, y un aparato Estatal dispuesto a comprar los excedentes agrícolas²⁵⁰. No obstante, el desarrollo económico de mediados de la década de los cincuenta y sobre todo el Plan de Estabilización de 1959 iban a marcar el inicio de una nueva etapa en la agricultura española. El re-comienzo del éxodo rural obligó a aumentar el precio de los salarios agrícolas, circunstancia que unida a las nuevas posibilidades laborales –derivadas tanto de la industrialización interna como de la ahora tolerada emigración a Europa– iban a exigir la definitiva mecanización del campo²⁵¹. Se estaba dando un continuo y progresivo traslado de mano de obra del sector primario a la industria y los servicios, produciendo una drástica disminución de trabajadores disponibles y un rápido envejecimiento de la población rural. Y todo ello en un contexto de apertura al mercado exterior que permitió la adquisición de bienes de equipo y productos necesarios para mecanizar el sector y modernizar las técnicas de cultivo.

En este contexto, y ya en las décadas de los años sesenta y setenta, la agricultura tradicional iba a dar paso a una modernización intensiva del agro español –al menos de forma muy extendida por el territorio nacional–. Esta modernización del sector, de hecho, jugó un papel fundamental en el intenso proceso de desarrollo económico de aquellos años –estamos en la década del famoso “desarrollismo”–, experimentando una auténtica y profunda transformación estructural²⁵². Así, y en primer lugar, la creciente escasez de mano de obra requirió de su racionalización, persiguiendo que fuera más productiva y eficiente; esto, en última instancia, reinvertió en mayores beneficios, tanto para los empresarios y la nación en su conjunto, como para los propios trabajadores –que ahora iban a disponer de un mayor poder adquisitivo–. En segundo lugar, el agotamiento de esas reservas de mano de obra iba a exigir su sustitución por capital, impulsando –como decimos– la modernización del sector, en una especie de “circulo virtuoso” de inversión, tecnificación y mejora de las explotaciones. En tercer lugar, es a partir de entonces cuando tanto la demanda urbana interna como internacional cambia sus preferencias y necesidades alimenticias, solicitando más productos frescos y frutas no procesadas. Esto impulsó en España la obtención de nuevos productos, en una

²⁵⁰ Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo”, op. cit., p. 89.

²⁵¹ Tamames, Ramón, *Estructura económica de España. Vol. I. Medio Ambiente, población, sector agrario, industria*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 63-84.

²⁵² *Ibid.*, p. 355 y ss.

carrera de diversificación que llega hasta nuestros días –como vamos a tener ocasión de ver en nuestro caso de estudio–. Finalmente, son los años de la adopción de la llamada “revolución verde” –mecanización, fertilizantes y fitosanitarios–, lo que iba a imponer la necesidad de abastecimiento de nuevos *inputs* de fuera del sector.

Maquinaria, fertilizantes, semillas seleccionadas, créditos y demás bienes intermedios iban a caracterizar, desde entonces, a la agricultura española. Con todo, la productividad del sector entre 1960 y 1974 –medida por la relación entre la producción total y la población activa–, creció anualmente un 5,8%, ritmo que se mantendría hasta finales de los años 80. No obstante, y como es sabido, desde mediados de los años 70 el sector tuvo –y ha tenido– que hacer frente a nuevos problemas derivados, precisamente, de la propia “revolución verde” que lo espoleó. Así, y en primer lugar, la subida continuada del precio de la energía –especialmente de los carburantes– y de las materias primas desde la crisis del petróleo del 73, ha encarecido de forma continuada los costes de producción, erosionando las rentas agrarias y produciendo un endeudamiento progresivo del sector²⁵³. En segundo lugar, y también desde finales de la década de los 70, el proceso migratorio se ralentizó en España, llegando incluso a invertirse en la década de los 80, lo que produjo una creciente presión sobre la tierra. Y finalmente, y sobre todo desde mediados de los años 80, el progresivo empleo de maquinaria y productos químicos ha provocado una pérdida de eficiencia de la energía utilizada, un serio deterioro del medio ambiente y una disminución alarmante de la calidad de los alimentos²⁵⁴.

Por supuesto, la incidencia de estos procesos no fue similar en todas las regiones españolas, adquiriendo intensidades y velocidades diversas. En este sentido, hablamos aquí de tendencias generales, que de hecho en determinadas áreas del país han podido mostrar desarrollos específicos, e incluso enfrentados a dichas tendencias. Existe, en efecto, lo que podríamos considerar una “geografía variable” del desarrollo agrícola en España –y Europa–, y es precisamente este uno de los motivos que justifican la realización de este trabajo, específicamente orientado a una comarca de la Región de Murcia –en cuyas particularidades por lo demás entraremos en siguientes apartados–.

Con todo, la segunda mitad del siglo XX había sido en términos generales un período de profundos cambios estructurales en la agricultura española, que sin duda iba

²⁵³ Barciela López, Carlos, “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, op. cit., p. 275 y ss.

²⁵⁴ *Ibid.*, p. 276.

a situarla en una posición de privilegio en el contexto de la entrada de España en las Comunidades Europeas en 1986. Así, si en 1955 la importancia de la agricultura en el PIB nacional era de 353.223 mill. de ptas., en 1985 alcanzaba los 26.219.487 mill. de ptas. –y los 60.904.287 mill. menos de diez años después, en 1993–²⁵⁵. No obstante, el porcentaje de su incidencia en el PIB no había hecho más que bajar, pasando de ocupar el 20,9% del total en 1955, al 6,2% en 1985, y tan sólo el 3,5% en 1993. Parejo decrecimiento encontramos en los porcentajes relativos a la población activa agraria, que pasaría del 44,7% en 1955, al 15,3% en 1985, y al 9,3% en 1993.

Con todo, y atendiendo a estas estadísticas, en términos generales cabría hablar – junto con Sancho Hazak–, de una tercera modernización del sector en los años ochenta, caracterizada por su estabilización y reestructuración²⁵⁶. En efecto, «la agricultura como sector, desde el punto de vista estructural se encuentra a principios de los ochenta con una dimensión de explotaciones algo mayor; con un número de parcelas por explotación considerablemente reducido y una importante mejora en la productividad por activo agrario, no solo debida a la intensificación en la eficiencia sino también a la fuerte pérdida de activos en el sector, que implica la desaparición de algo más de ochocientas mil personas en el sector, y que, sin duda, da un sentido más profundo a las tasas de paro agrario en ese contexto de pérdida de activos [...] en un contexto de crecimiento de la oferta de trabajo»²⁵⁷. Es entonces cuando se produce una fuerte intensificación del uso de la tierra, especialmente por parte de las pequeñas explotaciones, comportando una recuperación de la explotación directa. Por lo demás, se estabiliza una tendencia al “dualismo económico” en el sector que llega hasta nuestro días, y que se caracteriza por la persistencia y profesionalización –o abandono en su caso– de una gran capa de pequeñas explotaciones familiares, teóricamente de escasa viabilidad económica, en un contexto de expansión de subsectores y grandes empresas ampliamente eficientes dentro de la producción agraria.

En este punto, y antes de adentrarnos en los procesos y consecuencias derivados de la adhesión de España a las Comunidades Europeas y de la propia PAC, es preciso detenernos en ciertos elementos de importancia capital para nuestros intereses aquí. Y ello porque es precisamente en aquellos años 80 y 90 cuando se consolidan en nuestro

²⁵⁵ Sancho Hazak, Roberto, “Las políticas socioestructurales en la modernización del mundo rural”, en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación/Centro de Investigaciones Sociológicas, 1997, pp. 839-882.

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 855 y ss.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 857.

país ciertas dinámicas en la pequeña agricultura que, en muchos sentidos, continúan vigentes aún hoy. Así, como han señalado Víctor Bretón Sólo de Zaldívar, Dolors Comas d'Argemir y Jesús Contreras, cuatro son los rasgos más destacables de las transformaciones estructurales del sector agrícola hasta principios de los años noventa²⁵⁸: en primer lugar, la desaparición de muchas explotaciones, unido a un descenso acusado de la población que vive de la agricultura; en segundo lugar, una fuerte tendencia al incremento de la concentración de la tierra; en tercer lugar, un aumento considerable del tamaño medio de las explotaciones, derivado por un lado de la desaparición progresiva de las unidades más pequeñas incapaces en ocasiones de cumplir con los mínimos requisitos de viabilidad, y por otro lado de las dificultades en la aplicación del modelo de innovación tecnológica dictado por la “revolución verde” a la que arriba hicimos referencia; y, finalmente, el envejecimiento de la población activa agraria, con cifras que desvelaban que a finales de los años ochenta el 27,2% de la población activa agraria superaba los 65 años.

Estas circunstancias fueron definiendo una serie de procesos –como decimos profundizados en los años noventa y muchos de ellos supervivientes al proceso de integración europea–, entre los cuales cabría destacar, en primer lugar, la *fuerte modernización y diferenciación* de la agricultura familiar²⁵⁹. En este sentido, sólo aquellas pequeñas explotaciones capaces de acometer estas reformas sustanciales han sido capaces de sobrevivir en el marco de las nuevas circunstancias, abandonando no obstante una de sus señas de identidad tradicional: a saber, la utilización exclusiva del trabajo familiar, y su sustitución parcial por mano de obra asalariada. Conectado con esto, un segundo proceso crucial acaecido en las últimas décadas ha sido la propia *modificación del comportamiento familiar*, y la ruptura –al menos teórica– del binomio familia-explotación –cuestión que, por lo demás, ya hemos tratado en capítulos anteriores–. En tercer lugar –y aunque en diferentes grados dependiendo de las distintas regiones, claro–, se ha venido produciendo una *externalización del proceso productivo* y de la *gestión de las explotaciones*, lo que ha dibujado estrategias alternativas de supervivencia distintas a las clásicas –intensificación de mano de obra, sustitución de cultivos, etc.–. En este sentido, las pequeñas explotaciones agrarias, como las grandes,

²⁵⁸ Bretón Sólo de Zaldívar, Víctor; Comas d'Argemir, Dolors y Contreras Hernández, Jesús, “Cambio social en la agricultura familiar española”, en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, op. cit., pp. 653-671.

²⁵⁹ Arnalte, Eladio, “Formas de producción y tipos de explotaciones en la agricultura española: viejas y nuevas líneas de diferenciación”, en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, op. cit., pp. 501-531.

han externalizado distintas fases del ciclo productivo –comprando, por ejemplo, las plantas en sus primeros estadios de crecimiento–, han contratado mano de obra especializada, o empleado paquetes tecnológicos completos –como máquinas para la recolección y empaquetado de algodón, por ejemplo–. Y finalmente, un cuarto e importantísimo proceso que ha venido modificando las bases de la agricultura familiar ha sido la propia *inserción de las pequeñas explotaciones en la cadena agroalimentaria*. De este modo, la coordinación del sistema agroalimentario define la diferenciación de las explotaciones, en una lógica vertical que, en muchos casos, conforma una agricultura contractual que obliga a los pequeños agricultores a modernizar sus instalaciones y estrategias productivas.

Es hora ya de adentrarnos –aunque sólo de forma somera– en el nuevo marco socio-económico y político en el que la pequeña agricultura española va a tener que sobrevivir tras la entrada de nuestro país en las Comunidades Europeas. No obstante, será preciso tener presente los desarrollos, transformaciones, circunstancias y estrategias de la pequeña explotación que hemos venido señalando aquí, sobre todo desde los años setenta, pues en muchos casos se trata de elementos que vamos a tener la ocasión de volver a constatar en nuestros análisis empíricos. Después de todo, se trata de dinámicas estructurales a las que nuestros agricultores tuvieron ya que enfrentarse años antes de la convergencia europea, lo que iba a otorgarles una posición de salida privilegiada, como sucedía por lo demás con el sector agrícola español en su conjunto.

II. La llegada a Europa, la Política Agraria Común (PAC), y el sector hortofrutícola español

El proyecto europeo ha sido entendido por muchos como un “arma de oposición al franquismo”²⁶⁰. De hecho, resulta evidente que el llamado “europeísmo español” influyó de forma determinante en el proceso democratizador que siguió a la muerte del dictador en 1975²⁶¹. No obstante, y ya desde los años cincuenta, la propia dictadura se interesó y mucho por participar en las nacientes instituciones europeas, consolidando un primer paso con la entrada de España como país asociado en la OECE (Organización Europea

²⁶⁰ Zaratigui, Jesús M., “El europeísmo como arma de oposición al franquismo (1956-62)”, en *Actas del VII Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*, celebrado en Santiago de Compostella, 11-13 de noviembre de 2009.

²⁶¹ Véase, por ejemplo: MacLennan, Julio Crespo, “El europeísmo español en la época de Franco y su influencia en el proceso de democratización política”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Hª Contemporánea, N° 10, 1997, pp. 349-367.

de Cooperación Económica), en enero de 1958²⁶². Era, recordemos, un año después de la firma en Roma del tratado de creación de la Comunidad Económica Europea (CEE), en marzo de 1957. En este contexto, por supuesto, España no podía pertenecer a aquel club selecto de países que impulsaban –con el beneplácito y promoción de los EE. UU.– el proyecto europeo, pero ello no le impediría presentar una primera solicitud formal de adhesión, a principios ya del año 1962.

Aquella primera petición fue, claro está, desestimada “por obvias razones políticas”²⁶³, pero mostraba a las claras las intenciones del gobierno español. Era un momento crucial en el contexto de apertura económica seguida al Plan de Estabilización de 1959, y se exigía a toda costa aprovechar los fuertes vientos que impulsaban el desarrollo económico europeo de la segunda postguerra. Las proclamas autárquicas e intervencionistas de otros tiempos debían dar paso entonces a los nuevos discursos neo-capitalistas, enmarcados en una nueva estrategia legitimadora que entendía la estabilidad del régimen como necesariamente derivada de la prosperidad económica.

Sea como fuere, el régimen prosiguió en su empeño de acercamiento a las Comunidades Europeas, perseverancia que fraguó en las conversaciones exploratorias mantenidas con distintas delegaciones comunitarias a partir de 1964. El sistema político español no podía amoldarse a las exigencias democráticas de la CEE, pero ello no impidió la firma en 1970 del llamado *Acuerdo Comercial Preferencial* –en un marco de actuación que venía utilizándose desde principios de los años sesenta con otros países mediterráneos como Marruecos, Turquía o Grecia–²⁶⁴. Este acuerdo, de enorme importancia propagandística para el régimen, venía a señalar ya el que a la postre sería uno de los grandes escollos en el proceso de integración española en la CEE: la producción agrícola. De hecho, ya en aquel acuerdo inicial, «Las concesiones comunitarias a España fueron muy amplias en productos industriales y muy limitadas en productos agrarios; las realizadas por España a la CEE fueron muy reducidas en productos industriales y prácticamente nulas en agrarios»²⁶⁵.

Este acuerdo preferencial abrió muchas puertas al posterior proceso de adhesión, y como decimos fue especialmente beneficioso para los productos industriales. Pero en lo que se refiere a los productos agrícolas, las concesiones hechas por España a la CEE

²⁶² Fernández Navarrete, Donato, *Historia de la Unión Europea, España como Estado Miembro*, Madrid, Delta, 2010, p. 267.

²⁶³ Tamames, Ramón, *La Comunidad Europea*, Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 382.

²⁶⁴ Fernández Navarrete, Donato, *Historia de la Unión Europea*, op. cit., p. 281 y ss.

²⁶⁵ *Ibid.*, p. 283.

fueron efectivamente de escasa trascendencia, mientras que el trato que se concedió en esta materia a nuestra país se limitó a la aplicación de los reglamentos agrícolas comunitarios²⁶⁶. En este sentido, por ejemplo, los cítricos quedaban sujetos a los derechos aduaneros iguales al 60% de los derechos del Arancel Común de la CEE al ser importados por algún país miembro, mientras que dicha concesión podía ser suspendida en caso de que los precios españoles quedasen por debajo de los de referencia comunitarios. Todo ello relegaba a España al mismo nivel que Israel en su marco de competencia en el área mediterránea, mientras que otros países como Túnez, Marruecos o Argelia mantenían una posición privilegiada. En este punto, y por lo que aquí nos interesa, las uvas –junto con los tomates– consiguieron ciertas concesiones adicionales, derivadas no obstante de lo estrecho de los calendarios (tres meses para las uvas entonces), lo que les aseguró una distribución aventajada en los períodos sin producción comunitaria a la intemperie²⁶⁷. No obstante, tales concesiones podían quedar eventualmente suspendidas, pues un precio de mercado inferior al de referencia suponía, de forma inmediata, un cierre de frontera.

Con todo, cuando en 1977 España cumplía ya con los tres grandes requisitos para su ingreso en las Comunidades Europeas –recordemos, ser un país geográficamente europeo, democrático, y con una economía de mercado–, se habían dado ya algunos importantes pasos. Pero a esos pasos debían seguir aún muchos otros. De hecho, las negociaciones para la adhesión de España –que se realizaron de forma simultánea a las de Portugal–, se iban a extender entre 1979 y 1985, las más largas y duras de todas las realizadas hasta entonces –y quizá incluso más que las que condujeron a las ampliaciones a los países del este de 2004 y 2007–²⁶⁸. Los motivos eran muchos y variados, desde políticos –la cuestión de Gibraltar y el Reino Unido–, pasando por la pesca –el temor irlandés a la entrada en sus caladeros de la potente flota española–, a geoestratégicos –la exigencia germana de la permanencia de España en la OTAN, tras su entrada en 1982–; pero uno sobresalía al resto: la cuestión agrícola. Aquí era sin duda Francia el país que más obstáculos iba a poner –aunque no el único–, hasta el punto de que su presidente por aquel entonces, Giscard d’Estaing, condicionó el ingreso de

²⁶⁶ Tamames, Ramón, *La Comunidad Europea*, op. cit., p. 386.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 387.

²⁶⁸ Fernández Navarrete, Donato, *Historia de la Unión Europea*, op. cit., p. 289 y ss.

España a la reforma de la Política Agraria Común (PAC), especialmente en lo referente a los productos mediterráneos²⁶⁹.

Sin poder entrar en detalle en el transcurso de aquellas negociaciones, es quizá necesario señalar varios aspectos de especial transcendencia para nuestros intereses aquí. En primer lugar –y a pesar de que las exportaciones agrícolas españolas en 1984 apenas llegaban al 16% y las importaciones al 10% del volumen total–, la PAC suponía por aquellas fechas sobre el 70% del presupuesto comunitario, distando mucho de ser eficiente o equitativa según la mayoría de criterios²⁷⁰. Desde esta óptica, el problema no era tanto la agricultura española, sino más bien la propia PAC, y la necesidad imperiosa por aquel entonces de “poner orden en casa” –origen de hecho de gran parte de las reticencias francesas–. Como no podía ser de otro modo, España heredaría este problema a su entrada en la CEE en 1986. En segundo lugar, y esto es preciso no olvidarlo, erraríamos al hablar de “liberalización” de la agricultura española en el proceso de convergencia europea que se abriría con la entrada en la CEE. En efecto, sería más acertado entender el cambio como la transición de un sistema intervenido y proteccionista a otro, el comunitario, igualmente proteccionista e intervenido –aunque claro está, regulado con otras técnicas y con un mercado de incomparables dimensiones²⁷¹. Esta cuestión es fundamental para entender el impacto de la adhesión y de la propia aplicación progresiva de la PAC en España, pues se estaba abriendo un mercado inmenso a los productos agrícolas españoles, pero al mismo tiempo se lastraban o entorpecían ciertas potencialidades prometedoras, y arrinconaba otras. En conexión con esto, y en tercer y último lugar, fueron precisamente los productos hortofrutícolas los sometidos a mayores regulaciones, adoptándose un sistema en dos fases que de hecho hacía preceder al típico período de transición de seis años, uno primero de “verificación de la convergencia”, que debía extenderse por cuatro años. Como nos recuerda Juan Badosa, las frutas y hortalizas habían funcionado, básicamente, como la mejor moneda de cambio en la mesa de negociación: «El equilibrio de las concesiones recíprocas se concentró principalmente en el de aceptar limitaciones en el competitivo sector español de frutas y hortalizas a cambio de restricciones temporales en la importación en los de lácteos, carne de vacuno y trigo

²⁶⁹ Tamames, Ramón, *La Comunidad Europea*, Madrid, Alianza Universidad, 1987, p. 400 y ss.

²⁷⁰ Badosa Pagés, Juan, “La adhesión de España a la CEE”, en *ICE. 75 Años de política económica española*, n.º 826, noviembre, 2005, pp. 99-106, sito en Internet: http://www.revistasice.com/CachePDF/ICE_826_99-106_270EE6565A5D690BC190CD0BCD7FC083.pdf.

²⁷¹ *Ibid.*, p. 103.

blando panificable: “mediterráneos” por “continentales” en la jerga de la negociación»²⁷².

Hoy en día estas cuestiones pudieran parecer anecdóticas, asuntos menores en el complicado proceso de adhesión de España a las Comunidades Europeas . Y seguramente lo son. Pero el hecho de que fueran precisamente las concesiones en el sector de las frutas y hortalizas las que desatascasen las negociaciones no deja de ser sintomático y premonitorio. Se trataba, y se trata de hecho, de un “sector ganador”, y aquellos cuatro años “extra” no podían suponer un obstáculo en el camino²⁷³. En este punto, por ejemplo, de las 492.181 toneladas de frutas exportadas en 1985, se pasó a 1.480.835 en 1995, y a 1.851.493 ya en el año 2000. Igual sucedió con las hortalizas, con unos niveles de exportación en 1985 de 1.274.892 toneladas, 2.674.541 en 1995 y 3.426.055 en el año 2000²⁷⁴. En este sentido, claro está, la entrada de España en las Comunidades Europeas supuso un cambio importantísimo tanto en las estrategias de comercialización exterior e interior, como en los controles fitosanitarios parejos a la propia producción agrícola²⁷⁵. Pero también en una doble dirección, puesto que igualmente las importaciones agroalimentarias a España crecieron desde la entrada en los mercados europeos, y a un ritmo incluso mayor que las exportaciones. Estos cambios se debieron, principalmente, a tres factores fundamentales: por un lado, a la liberalización comercial y el desarme arancelarios frente a la CEE; por otro lado, al establecimiento de un arancel de Aduanas Común y del Sistema de Protección Variable frente a terceros países; y finalmente, al incremento de la demanda interna derivado del aumento del PIB español, y a la variación de las preferencias por el consumo de fruta y hortaliza fresca²⁷⁶.

Por razones obvias, la entrada de España en las CEE supuso efectivamente una gran oportunidad para el sector hortofrutícola español, que éste supo aprovechar con mayor o menor acierto. En aquellos primeros años, la convergencia real con otras zonas productoras de Francia o Italia, por ejemplo, aún tardaría en lograrse –si es que de

²⁷² *Ibid.*, p. 103.

²⁷³ Véase aquí: Tio Saralegui, Carlos, “La agricultura española: de la negociación de adhesión a la reforma de la P.A.C., en *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 140, abril-junio 1987, pp. 183-201.

²⁷⁴ Datos recogidos en: Planells, José M., y Mir, Joan, “La agricultura mediterránea en el siglo XXI”, en *Mediterráneo Económico*, nº 2, 2002, pp. 123-139. Un estudio detallado de esta progresión en aquellos primeros años tras la integración: Chebil, Ali, y Briz Escribano, Julián, “Función de exportación hortícola española”, en *Sector Exterior Español*, nº 788, noviembre 2000, pp. 79-85.

²⁷⁵ Ben Kaabia, Monia y Gil, José M., “La competitividad de las exportaciones agroalimentarias españolas tras la entrada en la CE”, en *Revista española de economía agraria*, nº 170, 1994, pp. 13-46.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 14.

hecho se ha alcanzado—, y la competencia de terceros países como Argentina o Sudáfrica —en el caso de los cítricos— o Marruecos —en el caso del tomate— aún no parecía ser un gran problema. Sea como fuere, lo cierto es que el sector era ya entonces —y sigue siendo— uno de los más importantes tanto de la agricultura española como de la europea, y ello iba necesariamente a atraer la atención de los diferentes agentes implicados: la de los propios agricultores y comercializadores, claro está, pero también la de las autoridades europeas y su instrumento de regulación privilegiado: la propia PAC.

Si recordamos, el Tratado Constitutivo de la Comunidad Europea, firmado en Roma en 1957, estableció ya los objetivos principales de aquella primera Política Agraria Común²⁷⁷: incrementar la productividad de la agricultura; asegurar un nivel de vida equitativo a los agricultores; estabilizar los mercados; garantizar el abastecimiento de los mercados; y, finalmente, el suministro de alimentos a los consumidores a precios razonables. Estos principios inspirarían las Organizaciones Comunes de Mercado (OCM), primeras disposiciones sectoriales de regulación de los mercados, que pondrían en marcha la PAC ya en 1962. Iban a ser las OCM las encargadas de regular jurídicamente tanto la producción como la comercialización y las ayudas de cada uno de los sectores agrarios, sobre la base de tres principios fundamentales: la unidad de mercado, la preferencia comunitaria y la solidaridad financiera.

En aquellos años, la agricultura europea —como la mayoría de los sectores económicos—, iba a experimentar un incremento considerable, fruto del período de estabilidad política y bonanza económica que marcaría la segunda posguerra mundial. Pero ya en los años 70 los mercados agrícolas se saturaron, llegando en los años 80 a una situación crítica, cuando prácticamente todos los sectores regulados por OCM eran excedentarios. Ese era, de hecho, el contexto de negociación de la adhesión de España a las Comunidades Europeas, y de él surgieron muchos de los obstáculos que acabamos de reseñar. Con todo, aquellas circunstancias adversas supusieron —ya con España como país miembro— la introducción de profundos cambios en la PAC de 1992, cuando el sistema de precios de apoyo a los agricultores es sustituido por otro en el que las ayudas directas deben compensar la reducción de los precios garantizados²⁷⁸. Se trataba, en

²⁷⁷ Véase a modo introductorio: VV. AA., Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, <http://www.magrama.gob.es/es/politica-agricola-comun/historia-pac/>

²⁷⁸ Véase: VV. AA., Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, <http://www.magrama.gob.es/es/agricultura/temas/regulacion-de-los-mercados/pagos-directos/antecedentes.aspx>

efecto, de una liberalización de los precios de mercado en una agricultura en cierto sentido protegida e intervenida, manteniendo un relativo control de la producción y el gasto agrícola.

Estos cambios impulsaron lo que sería la reforma más profunda de la PAC hasta entonces, concretada en el Acuerdo de Luxemburgo de 2003, que desvincularía definitivamente la gran mayoría de las ayudas directas a la producción. A partir de entonces, se iban a establecer regímenes de ayuda directa a los agricultores, cuya instauración iba a realizarse paralelamente a un proceso de “desacoplamiento” de las ayudas a la producción. Era el nacimiento del llamado “Pago Único”, que consistía básicamente en que a los agricultores se les podía asignar unos determinados derechos de ayuda, cuyo cálculo venía determinado en función de las ayudas que recibieran en un concreto período de referencia, e independientes de sus niveles de producción futuros. Sin entrar en tecnicismos inoportunos aquí, los objetivos proclamados de esta reforma eran la gestión más eficiente de los recursos presupuestarios, por un lado, y asegurar un mínimo de legitimidad social a las ayudas, por otro. Lo que iba a suponer de hecho era la apertura de los mercados europeos a los flujos comerciales internacionales, asumiendo que las ayudas de la PAC no eran sino “distorsionantes del comercio”, apostando ahora por negociaciones comerciales multilaterales. Parecía exigido amoldarse, en efecto, a los objetivos marcados por la Organización Mundial del Comercio, sin que ello supusiera una liberalización real de los mercados internacionales de los productos agrícolas –siempre mediados, claro está, por cuestiones políticas–.

Contextualizando estas últimas reformas y su ámbito de actuación, y atendiendo en exclusiva al sector hortofrutícola, nos encontramos con que la producción europea (UE-25) representaba en el año 2007 el 8,3% de la producción mundial, siendo China el mayor productor con el 35%, seguido de India con el 10%, y por delante de EE. UU. con el 5%²⁷⁹. Como puede intuirse, la balanza comercial europea era entonces –y sigue siendo– claramente negativa, alcanzando las importaciones europeas en 2005 un volumen de 16.000 millones de euros, frente a los 5.000 millones que registraron las exportaciones aquel mismo año. En términos de producción interna, el sector europeo alcanzó el promedio de 35,7 millones de toneladas de frutas, marcando

²⁷⁹ Para esta y las cifras que siguen, véase: Anido, José Daniel; García Álvarez-Coque, José M^a y Ouabouch, Hassan, “El sector de frutas y hortalizas español y la Política Agraria Común: actualidad y perspectivas en el marco de la Organización Común de Mercados”, en *Agroalimentaria*, Vol. 16, n^o 31, julio-diciembre 2010, pp. 115-139.

aproximadamente unos 62,9 millones de toneladas de hortalizas, con un valor de producción de 46.500 millones de euros.

Dentro de la UE, España es el país miembro que mayor superficie agrícola dedica al sector hortofrutícola con un 29% del total, seguido por Italia con el 17%, Polonia (11%), Francia (9%), Grecia (5%), Alemania y Portugal (4%), y Hungría (3%). Respecto al volumen de producción de frutas de mesa –el que obviamente más nos interesa aquí–, la producción italiana representaba en la UE-27 el 33%, seguida por la española con el 29%, y más atrás la francesa (9%), la griega (7%) y la rumana (5%). En este punto es interesante señalar que, a pesar de que en términos generales existe en Europa una tendencia a la sobreproducción –especialmente en el sector hortofrutícola–, la UE es el primer operador comercial mundial de frutas y hortalizas, siendo el primer importador y el segundo exportador en productos del sector²⁸⁰. No obstante, como antes apuntamos, el saldo neto de su balanza comercial es negativo –y en aumento desde los años 2000–, especialmente en el caso de las frutas, que en 2004 ascendía a 8.473 millones de euros –siendo 1.310 el de las hortalizas–. Por lo demás, tanto el comercio intracomunitario como el comercio con terceros países de frutas y hortalizas ha ido igualmente en aumento, alcanzado prácticamente la mitad de la producción comunitaria. Estas cifras nos deben permitir entender la importancia –siempre relativa en cifras globales– del sector hortofrutícola europeo y español –recordemos que el sector agrícola en su conjunto representa poco más del 6% del PIB europeo, dando trabajo eso sí a unos 46 millones de personas en Europa–. Y ello a pesar de que el consumo de frutas y hortalizas ha tendido a estancarse e incluso a descender en los últimos años. De hecho, desde hace algunos años se vienen realizando campañas costeadas con fondos europeos y nacionales al 50% a favor del consumo de frutas y hortalizas, especialmente entre jóvenes y adolescentes, cuyo objetivo último es luchar contra la obesidad y sus enfermedades derivadas –en un marco legislativo que ahora trataremos brevemente–²⁸¹.

Un elemento importante para entender tanto la dinámica como la influencia de la PAC en el sector –hortofrutícola pero agrícola en general– es el funcionamiento de las llamadas Organizaciones Comunes de Mercados (OCM), a las que antes hicimos

²⁸⁰ *Ibid.*, p. 118. Aunque ya algo antiguo, véase para la evolución del sector el interesante artículo de: Cook, Roberta L., “Tendencias internacionales en el sector de frutas y hortalizas frescas”, en *Economía Agraria*, nº 181, septiembre-diciembre 1997, pp. 183-308.

²⁸¹ Quizá la más conocida es la campaña “5 piezas al día”, que ha focalizado su atención en colegios e institutos, pero también fácilmente reconocible en fruterías, camiones de reparto, etc.

referencia²⁸². Las OCM han perseguido desde sus inicios reequilibrar el poder a lo largo de la “cadena de valor”: esto es, el conjunto de actividades que se producen en el sector agrícola –en este caso– que permiten llevar los productos desde el productor hasta el consumidor. Esta cadena está formada así por diferentes actores o “jugadores”: agricultores, intermediarios, procesadores y comercializadores (ya sean estos minoristas, mayoristas o grandes distribuidoras), que desarrollan por separado determinadas actividades que añaden valor al producto. Lo que debía perseguirse, en definitiva, era que «al mejorar la coordinación entre eslabones, se reduzcan los costes de transacción [...] al tiempo que se garantice la calidad y la seguridad de los productos y se mejore la comercialización»²⁸³. Otros aspectos como la sostenibilidad del modelo agrícola o la “eco-condicionalidad” eran igualmente señalados. En principio, para llevar a cabo estos objetivos, las OCM tenían –y tienen– a su disposición la posibilidad de articular varias medidas: la intervención directa en los mercados, a través de la recompra de excedentes de producción, fijación de precios, etc.; los pagos directos a los agricultores; la limitación de la producción; o la adopción de ciertas medidas comerciales tales como las restricciones por exportación, los derechos de aduana, los contingentes arancelarios, etc.

Así, las OCM –unidas en una única tras la reforma de 2007–, y especialmente las Organizaciones de Productores (OPs), pretenden en principio fortalecer los primeros eslabones de aquella “cadena de valor” a la que nos venimos refiriendo. Esos eslabones –esto es, los agricultores–, debían adquirir así un cierto poder de negociación frente a la gran distribución y otro tipo de “jugadores”, tendentes en las últimas décadas a adoptar estrategias de integración global que les permitan adquirir posiciones de dominio. Como vimos en el segundo capítulo de este trabajo, estas agro-corporaciones globales ostentan un poder que les hace posible marcar sus propias “reglas de juego”, tanto en lo relativo a los precios como a la calidad de los productos, condiciones de entrega, etc. Con todo, parece que «la estructura productiva y comercial del sector hortofrutícola en la UE no está bien adaptado a las cambiantes condiciones del mercado, que demanda cada vez más productos diferenciados y mejores garantías de calidad y estándares medioambientales. Con la consolidación de las OPs como actores clave para la comercialización de la producción primaria, se otorga a estas entidades funciones

²⁸² Anido, José Daniel; García Álvarez-Coque, José M^a y Ouabouch, Hassan, “El sector de frutas y hortalizas español y la Política Agraria Común”, op. cit., p. 123 y ss. Véase también:

²⁸³ *Ibid.*, p. 123.

protagónicas para responder a estas exigencias del mercado. Pero también, se asigna un mayor protagonismo a la manera cómo se organizan, se negocian y se “gobiernan” las transacciones a lo largo de la cadena. Ya no se trata de cumplir “requerimientos” formales de un comprador, sino de cambiar la estructura misma de la cadena, todo ello partiendo de una modificación de los incentivos (por la vía de la política agraria)»²⁸⁴.

Estas cuestiones son enormemente importantes para nuestros intereses aquí, puesto que van a reaparecer de forma recurrente en el análisis de nuestros datos empíricos. En efecto, la participación en una OP de FH (Organización de Productores de Frutas y Hortalizas), veremos, va a concretar muchas de las estrategias de vida económica de nuestros agricultores. Lo importante de momento es señalar que, al menos a nivel comunitario, el poder de las OPs para influir en el precio de los productos suministrados a la gran distribución ha sido prácticamente nulo hasta el momento, al tiempo que los programas operativos asociados parecen resultar poco efectivos en cuanto a promoción y publicidad²⁸⁵. Por el contrario, y atendiendo a aspectos cualitativos, tales programas se han mostrado eficaces en lo que respecta a las mejoras de competitividad y calidad de la producción, seguridad, homogeneidad de productos y respecto a las condiciones de los clientes.

En esta línea la Comisión Europea adoptó en 2007 toda una serie de medidas encaminadas a la reforma del sector hortofrutícola, en vigor desde enero de 2008: la inclusión del sector en el régimen de pago único; la supresión de las restricciones a la exportación; desacoplamiento de los apoyos a la transformación; aumento del apoyo a las OPs; un gasto obligatorio del 10% en medidas ambientales de los fondos asignados a las OPs; un programa de distribución gratuita de frutas y hortalizas en escuelas, hospitales e instituciones benéficas; pagos especiales temporales para fabricantes de bebidas suaves a base de frutas; y ayudas especiales transitorias para tomate²⁸⁶. Estas medidas perseguían, en definitiva, «mejorar la competitividad y tener en cuenta las exigencias del mercado del sector, reducir las fluctuaciones de los ingresos de los productores asociadas con las crisis, aumentar el consumo y reforzar la protección del medio ambiente»; asimismo, la Comisión esperaba que «los cambios introducidos estimulen a un gran número de productores a unirse a las OPs, al tiempo que pretenden

²⁸⁴ Ibid., p. 123.

²⁸⁵ Ibid., p. 124.

²⁸⁶ Ibid., p. 125. El texto original: European Commission, *CAP reform: Fruit and Vegetable reform will raise competitiveness, promote consumption, ease market crises and improve environmental protection*, 2010, en: <http://europa.eu/rapid/pressReleasesAction.do?reference=IP/07/810&format=HTML&aged=0&lang>

poner a disposición de éstas una amplia gama de instrumentos de gestión de crisis y exigir una fracción mínima de gastos destinados a medidas ambientales, así como ofrecer mejor financiamiento a la producción biológica y las medidas de promoción, al igual que eliminar las subvenciones a la exportación del sector. Además, los EE. MM. [Estados Miembros] están ahora autorizados para establecer los importes de referencia y para determinar qué agricultores pueden optar a nuevos derechos sobre la base de un período representativo»²⁸⁷. El objetivo último era, de nuevo, favorecer las relaciones directas entre los productores y las cadenas de distribución a través de las OPs, eliminando actores intermediarios. Ello debía permitir reducir los costes de transacción, permitiendo a los agricultores unos estándares de vida mínimos como actores privilegiados de la cadena de valor.

La OCM de frutas y hortalizas ordenó además un sistema de financiación que contase con los recursos necesarios para la consecución de tales objetivos: a saber, los Fondos Operativos (FO). Estos fondos venían a referirse al conjunto de operaciones realizadas por los miembros de una OPs, cuyo montante venía determinado por las cantidades y/o el valor de las frutas u hortalizas comercializadas y la ayuda de la UE, financiando así un Programa Operativo (PO). Estos POs serían pues el conjunto de operaciones programadas por la OP, orientadas a mejorar su situación inicial o conseguir determinados objetivos específicos contemplados en la reglamentación en vigor. Tales objetivos, claro está, son de libre elección por la OP, pero deben formar parte de los estipulados por la Organización Común de Mercados de Frutas y Hortalizas –en este caso–²⁸⁸. Por lo demás, las formas jurídicas que adoptan estas OP de FH han sido cuatro: de estatuto cooperativo (mayoritario en Holanda o Bélgica); de sociedades (frecuentes en Austria, Irlanda, Reino Unido o Suecia); de tipo asociativo (un modelo extendido en España o Italia); y, finalmente, de otro tipo como las Sociedades de Interés Colectivo Agrícola (usuales en Francia). Por lo demás, el volumen de negocio de sus miembros puede oscilar entre los 1.000€ y los 9 millones, así como su número de miembros, que puede comprender entre 10 –lo normal en España o Italia– y 5.000 –la tónica en Reino Unido o Países Bajos–²⁸⁹.

²⁸⁷ Anido, José Daniel; García Álvarez-Coque, José M^a y Ouabouch, Hassan, “El sector de frutas y hortalizas español y la Política Agraria Común”, op. cit., p. 125.

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 125.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 128.

En el caso español, las OP de FH han tendido a constituirse, claro está, a nivel autonómico²⁹⁰. Así, en el año 2000, de las 619 organizaciones censadas 460 se habían formado a ese nivel, en un porcentaje que se ha mantenido hasta hoy (con 650 OPFH en el año 2013). Por autonomías, a la cabeza se sitúa la Comunidad Valenciana con 162 en el año 2009, seguida por Andalucía con 140, Murcia con 97 y Cataluña con 86²⁹¹. Por sectores, en 2009 las OP de FH más numerosas correspondían a la categoría de Frutas y Hortalizas con 319 (el 45,85% del total), seguidas por las OPs de Cítricos con 119 (18,22%), las OPs de Frutas con 102 (el 15,62%), las OPs de Frutos de Cáscara con 59 (9,04%), las OPs de Hortalizas con 34 (el 5,21%), y 15 OPs en la categoría de Productos Destinados a Transformación (2,30%). Según un estudio del año 2000, y en relación al número de socios de estas OPs, en torno al 44% agrupan a más de 100 socios, casi el 26% entre 71 y 100, el 16% entre 16 y 40 socios, y finalmente, las pequeñas OPs en número de socios, con entre 5 y 10 miembros, sumaban en torno al 13% del total. Por último, en cuanto a los tramos de facturación, 293 OPs registraron ventas de entre 0 y 3 millones de euros aproximadamente; 120 facturaban entre 3 y 6 millones de euros; sólo 39 de ellas facturó entre 6 y 30 millones; y finalmente, unas 27 facturaban más de 30 millones de euros (en cifras que se han mantenido desde el inicio de los años 2000). Ello supone que el 86% de las asociaciones reconocidas como OPs facturan menos de 6 millones de euros, poniendo de relieve el tamaño relativamente reducido de las OP de FH españolas²⁹².

Llegados a este punto, es preciso preguntarnos por los resultados en España de tales ordenaciones comunitarias, resultados explorados por los autores del trabajo que venimos comentando y que nos permitimos aquí citar de forma extensa: «En relación con los Programas Operativos, las acciones emprendidas por las OPs de FH a través de los PO fueron valoradas satisfactoriamente, en cuanto permiten proteger más el medio ambiente y adaptar la oferta a la demanda. No obstante, los expertos valoran como menos satisfactorios los efectos de aquellos cuando el objetivo era mejorar las instalaciones de producción de los agricultores; esto a pesar que la mayor parte de los fondos percibidos a través de los Fondos Operativos suele destinarse a tales categorías del gasto (en sentido contable)»²⁹³. Estas son conclusiones que como veremos coinciden

²⁹⁰ Ibid., p. 131 y ss.

²⁹¹ Ibid., p. 132. Véase la página Web de la Confederación de Cooperativas Agrarias de España: <http://www.agro-alimentarias.coop/inicio>

²⁹² Ibid., p. 132.

²⁹³ Ibid., p. 133.

con las opiniones recopilados en nuestro trabajo de campo, lo que de hecho también sucede en la valoración relativa a la regulación de los precios: «Con respecto a los bajos precios percibidos por los agricultores, el poder que ostenta la gran distribución dentro de la cadena de valor, así como la inadecuada (o inexistente) coordinación vertical dentro de ella fueron señalados como las dos principales causas que los explican. En relación con la primera, la gran distribución es considerada la principal responsable de la crisis de precios enfrentada por el sector y del malestar de los agricultores; esto, debido a los pequeños márgenes de beneficio que transmite (la gran distribución) al punto de origen de la cadena (los agricultores). En cuanto a la segunda causa, la atribuyen a la fragilidad de los mecanismo de coordinación vertical. En contraste, la variable que [...] tiene menor incidencia en los bajos precios es la ineficiencia de la gestión de los costes por parte de las OPs»²⁹⁴.

Otros propósitos de los Programas Operativos tales como el fomento del consumo de frutas y hortalizas en la UE, la orientación hacia la consecución de una calidad diferenciada, o la promoción de una agricultura ecológica y económicamente sostenible, fueron valoradas según el estudio que comentamos como de menor influencia – cuestiones que de hecho también aparecerán en grados parejos en nuestros análisis empíricos–. Aspectos más técnicos como la imposición del Pago Único al que antes hicimos referencia han sido entendidos igualmente de forma muy positiva: por un lado, ha fortalecido la posición de la UE en las negociaciones con la Organización Mundial del Comercio; y por otro lado, se ha convertido en una herramienta adecuada para simplificar la propia aplicación de la PAC tanto para los productores, como para las administraciones y los miembros de las OP de FH. Con todo, parece que muchos de los problemas podrían derivarse –siempre según el estudio que comentamos– de las inadecuadas proporciones de la mayoría de las OPs españoles, que arriba ya señalamos, y cuyos volúmenes se mantienen estables hasta hoy.

En este sentido, la reducida concentración de la tasa de oferta canalizada a través de las OP de FH españolas responde a ciertos elementos como veremos también recurrentes en nuestros análisis empíricos: la falta de confianza de algunos agricultores en las OPs; la inexistencia o el carácter insuficiente de incentivos financieros; los variados y heterogéneos intereses de los productores; la excesiva verticalidad de las organizaciones, lo que impide la participación de los agricultores en los procesos de

²⁹⁴ *Ibid.*, p. 133.

toma de decisión; etc. Con todo, lo cierto es que las medidas para revertir tal situación no parecen inalcanzables: «mayores márgenes de liquidación para los socios; reforzamiento de la asistencia técnica, comercial y financiera de las OPs a sus asociados, así como el aumento –por parte de la UE– de la cuantía otorgada vía fondos operativos»²⁹⁵.

En el año 2013, la Comisión Europea introdujo un último paquete de reformas encaminadas –según las líneas maestras del plan– a: 1) repartir los fondos de forma más equitativa entre agricultores, regiones y países miembros; 2) agilizar las ayudas en caso de crisis o fluctuaciones rápidas de precios; 3) reservar el 30% de los pagos de la PAC a las explotaciones respetuosas con el medio ambiente; 4) dirigir la investigación y el desarrollo a fines más específicos; 5) apoyar a las organizaciones del sector concediendo así más poder a los agricultores respecto a otros agentes de la cadena alimentaria; 6) apoyar la protección al medio ambiente; 7) atraer a más jóvenes al sector, apoyando a jóvenes agricultores menores de 40 años en sus cinco primeros años de explotación; 8) fomentar el empleo y emprendimiento rurales; 9) prevenir la desertificación; 10) y, finalmente, reducir la burocracia simplificando las normas y trámites para la concesión de ayudas²⁹⁶. Aparte de las buenas palabras, claro está, en el sexenio 2014-2020 se pretende profundizar en los cambios introducidos en anteriores reformas, extendiendo y mejorando la aplicación de las estrategias ya señaladas.

Con todo, y antes de dar paso al siguiente capítulo, es preciso hacer notar aquí que la agricultura es de hecho el único sector económico que funciona de forma común e integrada en el marco de la Unión Europea. En este sentido, la PAC es y funciona, en efecto, como una auténtica “política común”, hecho que podía intuirse fácilmente por ejemplo cuando señalamos las dificultades que España debió asumir en este sentido para completar el proceso de su incorporación a las Comunidades Europeas. Ahora bien, y como resulta lógico imaginar, el sector agrícola presenta enormes diferencias incluso dentro de cada uno de los países que conforman la actual Unión Europea, circunstancia que inevitablemente dificulta sobremanera la toma de decisiones para el conjunto de la Unión. Este es, en efecto, uno de los vectores clave de nuestros análisis, circunstancias y problemáticas que serán más que recurrentes en los análisis de nuestro material empírico.

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 135.

²⁹⁶ Comisión Europea, Agricultura: http://ec.europa.eu/news/agriculture/111012_es.htm. Visitado en 18 de sep. de 2014.

Capítulo 5: Contextos II. La Agricultura en Murcia y en la Comarca del Bajo Guadalentín

I. La Región de Murcia: el sector agrícola

La Región de Murcia es una Comunidad Autónoma uniprovincial española, situada en el sudeste de la Península Ibérica, en el extremo suroeste del continente europeo. Al este y noroeste linda con la Comunidad Valenciana, al norte y noroeste con Castilla-La Mancha, al oeste y suroeste con Andalucía, y al sur y sureste con el Mar Mediterráneo. Con sus 11.317 kilómetros cuadrados ocupa el 2,24% del territorio español, y su 1.472.048 habitantes –en 2013– suponían en torno al 3% de la población española. En relación a su Producto Interior Bruto (PIB), es una de las regiones más pobres de España, ocupando el puesto nº 11 con 19.089 € per cápita, y suponiendo el total del PIB nominal unos 28.000 mill. de €.



Imagen: La Región de Murcia en España. Imagen de Wikimedia Commons.

Por sus condiciones físicas y los rasgos morfológicos y edafológicos de los suelos, es sin duda una región de contrastes, desde los amplios litorales mediterráneos hasta las

montañas del centro y norte, pasando por depresiones, llanuras y valles ²⁹⁷. Prácticamente la mitad de la región se encuentra entre los 200 y los 600 metros de altitud, situándose un cuarto restante por encima de los 600 metros y otro tanto por debajo de los 200. Entre las sierras del centro y norte de la región –La Pila, Ricote, Mojantes, Carrascoy, Burete, etc., con picos de hasta 2.027 metros en el caso de Revolcadores, en Sierra Seca, o el Morrón de Sierra Espuña, con 1.580 metros– y el litoral, transcurre el *corredor murciano* o depresión prelitoral, enmarcado en la falla del río Guadalentín, llegando hasta el último tramo del gran río de Murcia, el Segura. Por dicho corredor –que atraviesa la región en dirección suroeste-noreste–, encontramos la huerta de Murcia, parte de Cieza, Mula, campos de Cartagena, Mar Menor, Lorca, Mazarrón, Totana, Alhama y Librilla. Al noreste quedan los altiplanos, con entre 500 y 1.000 metros de altitud, cuyos grandes municipios son Yecla y Jumilla.



Imagen: Las comarcas de la Región de Murcia. Imagen de Wikimedia Commons.

En esta diversidad geográfica y ecológica, predominan no obstante las zonas de secano, mientras que el regadío tradicionalmente se ha visto reducido a los dos grandes ejes fluviales de los ríos Segura y Guadalentín. De hecho, es en estas dos zonas donde han surgido las redes urbanas más importantes y los núcleos más poblados, como es el caso de Murcia y Lorca –con la excepción de Cartagena, segunda ciudad de región–. Como no podía ser de otro modo, la producción agrícola en aquellas zonas de secano fue eminentemente cerealista, a pesar de que su aprovechamiento fue incrementándose desde finales del siglo XIX con la plantación de arbolado dedicado al olivo, almendro,

²⁹⁷ Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, Murcia, Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia, 2002, p. 38 y ss.

algarrobos e higueras, fundamentalmente. Bien distinta ha sido la evolución del sector agrícola en los valles más fértiles y en las zonas costeras con mayores recursos hídricos. Es aquí, claro está, donde la ralentización de nuestro discurso resulta necesaria.

Si atendemos al momento desde el que partieron nuestras disquisiciones sobre la agricultura en España en el capítulo anterior –a saber, hacia mediados y finales del siglo XIX–, es preciso hacer notar que los desarrollos del sector en la región no difirieron sustancialmente de los acaecidos en la mayor parte del territorio español²⁹⁸. En este sentido, la etapa estuvo caracterizada por un incremento de la superficie cultivada, lo que supuso un aumento importante de la producción, unido al auge del comercio cerealista. Asimismo, en ciertas áreas de la geografía regional comenzaron a desarrollarse cultivos intensivos de hortalizas, agrios y frutales, como las naranjas y limones de Abarán, Ricote, Blanca o Totana, los higos de Alhama, Mazarrón y Águilas, las patatas de Lorca, el pimiento para pimentón en las huertas de la capital, Molina de Segura o Alcantarilla, o –especialmente interesante para nosotros– las uvas de mesa de Aledo y Alhama. No obstante, se trataba de pequeñas huertas, organizadas como explotaciones familiares, cuya producción era comercializada en ciudades y mercados urbanos aún cercanos. Fue de hecho el almendro, unos de los cultivos estrella desde 1880, sobre todo en Lorca, el que más contribuyó a agilizar la apertura de los mercados exteriores –fundamentalmente al Reino Unido–, junto con los viñedos, especialmente importantes en el Altiplano de Jumilla y Yecla –y cuya época dorada derivó entonces, precisamente, de la fuerte demanda francesa–. En otro punto, fueron aquellos años los que vieron enmudecer hasta la práctica desaparición en Murcia el cultivo de la morera, encaminada a la producción de la seda, principalmente por dos motivos: la epidemia de la pebrina por un lado; y la agresión comercial de los mercados, espoleados por la apertura del Canal de Suez y la llegada consecuente de sedas orientales a precios más competitivos, por otro.

Con todo, fue en aquellos años cuando el sector agrícola de la región inició un imparable proceso de especialización e intensificación, esencialmente derivado de un aumento considerable de los regadíos, sustituyendo cultivos menos rentables y de subsistencia, por otros orientados a la exportación²⁹⁹. Así, en el primer cuarto del siglo XX, «la mejora de la renta y del nivel de vida, los cambios en los patrones de consumo,

²⁹⁸ Para esta evolución del sector en Murcia, véase el libro que venimos usando de Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., p. 289 y ss.

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 301 y ss.

la presión urbana e industrial y sobre todo la demanda de los países occidentales, tendieron a incrementar la producción agraria. Pero a diferencia de antes, triunfaron los procedimientos de intensificación y especialización, como la sustitución de cultivos tradicionales por otros comerciales, la rotación y alternancia en los regadíos y, sobre todo, la mayor rotación de recursos por hectárea y empleo. La difusión de nuevas técnicas aumentaron la productividad y mejoraron la eficiencia de las explotaciones agrarias. A las importaciones de maquinaria y fertilizantes se sumó la oferta de estos insumos provenientes de la industria española. Aumentó así la disponibilidad de abonos químicos y aperos a precios más asequibles desde la Primera Guerra Mundial. El resultado de todo ello fue una mayor mercantilización de la producción, aumentando la capacidad exportadora de los cultivos de regadío, y una reorganización de las estructuras de propiedad y explotación agrarias, que afectó incluso a los secanos»³⁰⁰.

Como había sucedido en el conjunto de la agricultura española –y ya hemos comentado–, fue disminuyendo progresivamente el cultivo de los cereales, al tiempo que aumentó el de frutales. Así, por ejemplo, entre 1900 y 1930 las tierras destinadas a cultivos cerealísticos encogieron casi 75.000 hectáreas (ha), mientras que aumentaron en unas 15.000 las orientadas a cultivos leñosos –sobre todo vid y olivos–, y unas 30.000 a frutales –que habían pasado de 14.277 ha en 1900 a 40.000 en 1930–. Con todo, los cereales se mantuvieron, principalmente para el abastecimiento familiar y pecuario, aumentando el cultivo de la cebada en regadío, o el de la avena, que llegó a multiplicarse casi por ciento hasta 1935, extendiendo su cultivo a Lorca y el Campo de Cartagena. El viñedo, por su parte, prosiguió su imparable mejora de rentabilidad, derivada del mantenimiento de la demanda francesa y del incremento de mercado interior de vinos, mientras que otros cultivos como el almendro o el olivo permanecieron estables, con ciertos repuntes en los años treinta.

En este contexto es interesante señalar una de las cuestiones que, con mucho, iba a marcar el desarrollo del sector agrícola en Murcia durante todo el siglo XX y hasta nuestros días: a saber, la *cuestión hidráulica*³⁰¹. En efecto, aquel auge progresivo y continuado de los cultivos de regadío iba a exigir –y ya desde finales del siglo XIX–, de planes de mejora de las infraestructuras hidráulicas que suministraran de recursos suficientes para una agricultura de tales características, en una de las zonas más secas y de precipitaciones más irregulares de la península. Y es que en aquel período se había

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 377.

³⁰¹ *Ibid.*, p. 382 y ss.

pasado de las 57.000 ha de regadío en 1916, a 68.000 en 1935. Tal crecimiento de la superficie regada exigió de la adopción de viejas y nuevas tecnologías en la captación y aprovechamiento de aguas, tanto subterráneas como superficiales, en una necesidad que aunó la iniciativa de particulares y organizaciones agrarias, con la del propio Estado.

En esta cuestión, y respecto a la iniciativa privada, se generalizó la introducción de motores de elevación de diversos tipos y potencia, lo que transformó de forma definitiva el paisaje agrícola de ciertas áreas de la geografía regional, permitiendo la introducción de cultivos hortofrutícolas en el corazón de los tradicionales secanos: fundamentalmente, en el Campo de Cartagena, el Bajo Guadalentín (Totana y Alhama principalmente), y el Altiplano de Yecla y Jumilla³⁰². Era el inicio, de hecho, de una tendencia continuada a lo largo de todo el siglo XX, y que va a seguir soportando hasta hoy mismo importantes zonas de agricultura intensiva en la región. Por otro lado, fue también en aquel momento cuando comenzó la intervención directa del Estado en temas hidráulicos, sobre todo desde la dictadura de Primo de Rivera, cuando se crearon las confederaciones hidrográficas³⁰³. Estas confederaciones –pensadas ya por Joaquín Costa y el movimiento regeneracionista–, se concebían como circunscripciones geográficas, con centros de gestión especializada y con amplias competencias, encargadas de vertebrar una política hidráulica nacional. En este punto, de hecho, las confederaciones del Segura y del Ebro fueron las primeras en crearse, siendo los objetivos de la primera: «dotar de infraestructura hidráulica a la cuenca segura, con el fin de regular y ordenar los diversos aprovechamientos –tanto agrícolas como industriales– y de prevenir las avenidas. Asimismo, se intentaba promover el espíritu asociativo y de integración, ayudando de esta manera a superar la fuerte concurrencia existente entre los diversos usos del agua. Para ello se pretendía integrar en la misma estructura todas las actividades e intereses que confluían en la administración y el aprovechamiento del agua; es lo que se denominará en lo sucesivo aprovechamiento integral»³⁰⁴. Con todo, fue el *Plan Nacional de Obras Hidráulicas*, aprobado en 1902, el que iba a trazar los embalses y pantanos en las cuencas murcianas –y albaceteñas– las décadas siguientes, siendo los más importantes los de La Cierva –en el río Mula, terminado en 1929–, el de

³⁰² Pérez Picazo, M^a Teresa, “Cambio institucional y cambio agrario. La gestión del agua en los regadíos del Segura, siglos XIX y XX”, en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 17, 1997, pp. 91-108.

³⁰³ *Ibid.*, p. 103.

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 103.

La Fuensanta –en funcionamiento desde 1933–, y el del Taibilla –aunque este para abastecimiento urbano, y que finalizaría ya en 1945–³⁰⁵.

Al margen de la cuestión del agua –a la que volveremos a prestar atención más adelante–, es importante señalar aquí en aquellas primeras décadas del siglo XX dos fenómenos relacionados, por un lado, con la decadencia de la industria minera murciana y, por otro, con el fuerte impulso de la producción hortofrutícola y el desarrollo asociado de la agroindustria regional³⁰⁶. Fue entonces cuando se produjo, en efecto, un sintomático aumento de la población en aquellas zonas donde el desarrollo de la agroindustria –sobre todo conservas, pimentón y vinos– y los nuevos cultivos hortofrutícolas asociados, ofrecieron mayores posibilidades de trabajo. Así, mientras municipios con tradición minera como La Unión o Mazarrón perdieron gran parte de su población entre 1910 y 1930 –pasando de 30.000 habitantes a 11.700, y de 22.600 a 13.600, respectivamente–, otros núcleos urbanos, impulsados por la nueva agroindustria, brincaron de 18.700 a 26.400 habitantes entre 1900 y 1930 en el caso de Yecla, por ejemplo, o de 5.600 a 7.700 en el caso de Alcantarilla, entre 1910 y 1930. Efectivamente, había aparecido una agricultura y una industria asociada llamadas a marcar el futuro de la región y de sus zonas más prósperas: «aún más que en el caso del pimentón, la nueva especialidad va a ejercer un fuerte efecto multiplicador sobre la economía regional. Primero, porque valoriza la producción agrícola, al aumentar la demanda de frutas y hortalizas. Segundo, porque dará lugar a la creación de nuevas industrias debido a las necesidades de envasado y etiquetado. Y tercero, porque la explotación masiva del producto genera un considerable flujo de beneficios, casi siempre reinvertidos en el sector. De esta forma despegan en la región una forma de industrialización diversificada y ampliamente apoyada en la producción agrícola, financiada por capitales autóctonos en casi todos los casos»³⁰⁷.

No obstante, y como iba a suceder con el conjunto de la agricultura española, la Guerra Civil, la larga posguerra y la propia política económica del primer franquismo iban a suponer un severo estancamiento del sector agrícola murciano³⁰⁸. En efecto, el primer franquismo, «por el lado de la producción, lo único que logró fue recuperar los

³⁰⁵ Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., p. 383.

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 366 y ss.

³⁰⁷ Pérez Picazo, María Teresa, “Agricultura y desarrollo regional en Murcia, 1750-1980”, en *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 12, 1990 [pp. 225-236], p. 233.

³⁰⁸ *Ibid.*, p. 233 y ss. Véase también: López Ortiz, M^o Inmaculada, “Los efectos de la autarquía en la agricultura murciana”, en *Revista de Historia Económica*, nº 3, 1996, pp. 591-618; y el libro que venimos comentando de Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., p. 446 y ss.

cultivos tradicionales, aquellos que estaban abocados al mercado interno y al abastecimiento de alimentos básicos, como los cereales. Por el contrario, el aislamiento y la autarquía impuestos por los gobernantes dejaron sin nutrientes, energía ni repuestos a la agricultura de exportación, la más dinámica de la región. Si los productos de secano encontraron apoyo en las medidas autárquicas, los de regadío se quedaron sin mercados y sin insumos para poder hacer frente a la escasa demanda que quedaba. La crisis de la agricultura especializada en frutas y hortalizas dejó importantes sectores campesinos sin recursos y ocasionó la pérdida de los mercados internacionales. Aunque la Segunda Guerra Mundial trastocó el comercio de exportación, los efectos de la autarquía fueron tremendamente dañinos para la agricultura más dinámica de la región. Los principales productos exportables –cítricos y demás frutas, bulbos y hortalizas, conservas vegetales y pimentón– fueron perdiendo mercados en beneficio de otros países competidores, y ello en un momento en el que el mercado interior no estaba en condiciones de compensar la pérdida del comercio exterior, ya que difícilmente podían colocarse en las plazas nacionales, a buen precio, productos alimenticios que eran considerados de lujo cuando la mayor parte de la población ni siquiera lograba satisfacer sus necesidades primarias»³⁰⁹.

Todo ello supuso, en efecto, que las cifras productivas de preguerra –en una historia tristemente tozuda y recalcitrante– no fueran alcanzadas hasta 1955-56, en unas circunstancias comerciales donde una agricultura como la murciana –fuertemente orientada a los mercados– iba a sufrir necesariamente un impacto negativo aún mayor que el de otras regiones del país³¹⁰. En este contexto, como arriba citamos, productos como los cereales ganaron terreno a las huertas, mientras que el esparto³¹¹, el cáñamo o la seda conocieron un último momento de esplendor. Con todo, fue entonces cuando se acometió de forma definitiva la construcción de la red de embalses y canalizaciones proyectadas en la etapa anterior, circunstancia decisiva en la evolución del regadío, que aumentó de hecho un 17,6% tan sólo entre 1955 y 1960³¹². En este sentido, y desde un punto de vista tecnológico, la introducción de la “gran hidráulica” permitió en efecto una ampliación constante y notable de las superficies regadas, creciendo hasta los años

³⁰⁹ Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., pp. 446-447.

³¹⁰ Pérez Picazo, M^a Teresa, “Agricultura y desarrollo regional en Murcia, 1750-1980”, op. cit., p. 233.

³¹¹ Véase para el esparto en la Región de Murcia el preciso relato al que ya hicimos referencia en la introducción firmado por Frigolé, Joan, *Un hombre: género, clase y cultura en el relato de un trabajador*, Barcelona, Muchnik, 1998.

³¹² Pérez Picazo, M^a Teresa, “Agricultura y desarrollo regional en Murcia, 1750-1980”, op. cit., p. 233.

90 más del doble de lo que representaban en conjunto durante los años treinta³¹³. Era la consolidación de una agricultura moderna, de vocación netamente exportadora, pero cuyos costes medioambientales iban a ser muy elevados, continuando y exacerbando hasta hoy los problemas derivados de la sobreexplotación de los recursos hídricos, principalmente: «aceleración de la erosión del suelo y agravamiento de las avenidas, consecuente al abandono de los sistemas tradicionales de regadío (aprovechamiento de turbias, cuidado de terrazas), contaminación creciente de las aguas del Segura y, a la vez, agotamiento y salinización de los acuíferos con la consiguiente inutilización de los suelos regados con este tipo de aguas y, por último, subida del nivel freático en algunos puntos a causa de la falta de obras de drenaje y los riegos excesivos»³¹⁴.

Por otro lado, y desde un punto de vista institucional, la gestión de los regadíos sufre un fuerte proceso de centralización, transfiriéndose de las instancias locales a las estatales. Este reforzamiento de la intervención del Estado –canalizado ahora precisamente a través de la Confederación Hidrográfica del Segura–, supuso no obstante la asimilación de ciertos postulados regeneracionistas convencidos desde antaño –como ya hemos visto en otros lugares– de que el regadío es esencial para la marcha de la economía nacional, motivo por el cual debe ser fomentado a cualquier precio³¹⁵. Se trata, en efecto, de «un modelo de desarrollo agroexportador –exportar productos hortofrutícolas para incrementar la tasa de cobertura de las importaciones de *inputs* industriales y tecnología– [...] Ello requería el proyecto y construcción de importantes obras hidráulicas –en 1960 se construyeron los dos embalses más importantes de la cuenca, los de Camarillas y el Cenajo– de los cuales el Trasvase [Tajo-Segura, que después analizaremos] puede considerarse la culminación. Esta orientación, que tenía cierto sentido en los años 1950-1960 debido al carácter incompleto de la dotación de obras hidráulicas y al predominio de la agricultura en la vida económica regional y nacional, ha dejado una triple herencia que sigue pesando sobre la gestión del agua: a) la idea de que la agricultura de regadío constituye, hoy como ayer, un sector de utilidad general; b) la consideración de toda planificación Hidráulica como una política de obras públicas y c) la excesiva dependencia de un Estado paternalista por parte de los grupos sociales interesados en el tema del regadío»³¹⁶.

³¹³ Pérez Picazo, M^a Teresa, “Cambio institucional y cambio agrario”, op. cit., p. 104.

³¹⁴ *Ibid.*, p. 105.

³¹⁵ *Ibid.*, p. 105.

³¹⁶ *Ibid.*, p. 105.

CONTEXTOS II. LA AGRICULTURA EN MURCIA



Imagen: Viejas canalizaciones de riego aún en uso en muchas zonas de Murcia.

Con todo, esta mayor dotación de recursos hídricos, unida a las nuevas circunstancias económicas y sociales derivadas de la apertura económica ordenada por el Plan de Estabilización de 1959, abrieron uno de los períodos más expansivos de la agricultura regional³¹⁷. Tanto las tasas de crecimiento productivo, de inversiones y del capital privado, como las exportaciones e incluso de empleo agrario, presentaron resultados excelentes hasta mediados de los años ochenta. Este crecimiento fue posible gracias en parte a la iniciativa privada, pero también a la promoción del Estado español, que favoreció –quizá más que a otras regiones– a la agricultura murciana, especialmente con la construcción de grandes obras hidráulicas y otras infraestructuras. En este contexto, la agricultura murciana se modernizó y transformó radicalmente hasta los años ochenta, impulsando la industria agroalimentaria de la región, pero también otras ramas de la economía regional. Así, por ejemplo, la propia expansión del regadío se apoyó en la motorización y difusión de tecnologías capaces de aprovechar más eficientemente los recursos, mientras que la electrificación del campo permitió la sustitución de los motores de explosión por los eléctricos. Al tiempo, los sistemas de embalse, canalización y transporte de aguas fueron evolucionando sostenidamente desde los años sesenta, lo que permitió un aprovechamiento y distribución del líquido elemento más eficaz. Los pantanos se plastificaron –evitando así fugas– y crecieron de tamaño, al tiempo que el riego por inundación o manta comenzó entonces a ser sustituido por el de aspersión y a goteo. Como puede intuirse, esas nuevas técnicas,

³¹⁷ Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., pp. 487 y ss.

unidas al mayor uso de maquinaria agrícola, demandaron de industrias y trabajos auxiliares que –junto con la propia industria conservera–, iban a incidir notablemente en el conjunto de la economía de la región.



Imagen: Embalse de riego plastificado, de propiedad privada, utilizado para asegurar el agua para el riego por goteo mecanizado.



Imágenes: Instalación de riego por goteo en un parral.

En esta historia, el último gran elemento estructural que –hasta hoy– ha espolcado a la agricultura murciana ha sido la construcción y puesta en funcionamiento en 1979 del Trasvase Tajo-Segura³¹⁸. Esta gran obra hidráulica encuentra de hecho sus orígenes en el Plan Nacional de Obras Hidráulicas de 1933, siendo en los años sesenta que el proyecto cobró especial interés para las autoridades, concretándose finalmente en el marco del II Plan de Desarrollo Económico y Social franquista de 1971. La piedra angular que lo justificaba era «el principio de que las aguas públicas debían utilizarse allí donde su efecto resultara más beneficioso económica y socialmente para el conjunto de la nación

³¹⁸ Para esta cuestión, véase: Melgarejo Moreno, Joaquín, “El Trasvase Tajo-Segura, en el centro de la tormenta política de la transición”, en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 17, 1997, pp. 129-141.

y en que el Estado tenía capacidad para ordenar y fijar el destino del agua con independencia del marco físico de la cuenca por la que discurría de forma natural»³¹⁹. En este sentido, y a pesar de ser un proyecto concebido durante la II República, iniciado en el tardofranquismo y concluido en la democracia, su terminación y puesta en funcionamiento estuvieron salpicadas por fuertes enfrentamientos políticos, por ser considerado un proyecto paradigmático de la dictadura, y de efectos desiguales para varias comunidades autónomas. Con todo, lo cierto es que a mediados de la década de los sesenta las posibilidades de la agricultura murciana habían quedado muy limitadas dada la sobreexplotación de los recursos hídricos superficiales, así como al agotamiento y salinización progresivas de los acuíferos en determinadas zonas de la región. No obstante, la llegada del agua procedente del Tajo no sólo alivió tal presión sobre los acuíferos y ríos de Murcia, sino que produjo «un incremento de las expectativas y de la superficie de regadío muy por encima de los recursos disponibles, por lo que tales proyectos hidráulicos [junto con el pantano del Cenajo que arriba comentamos], más que una solución, han dado como resultado final un aumento del déficit hídrico: según los datos del Plan de Cuenca del Segura, veinte años después de la puesta en marcha del trasvase Tajo-Segura, el déficit hídrico se ha duplicado»³²⁰. Así, a principios de los años 2000, la situación de déficit hídrico en la cuenca del Segura, lejos de haber mejorado, ascendía ya al 228% de todos los recursos renovables de la cuenca. En este sentido, en efecto, el trasvase permitió la transformación –no siempre regulada– de amplias zonas de secano en regadío, ahondando así en un problema estructural en la región como la falta de agua. Como veremos a continuación, fue de hecho el Trasvase Tajo-Segura –entre otros elementos– lo que permitió la introducción y extensión de ciertos cultivos en el Valle del Guadalentín, pero también generó una serie de expectativas y nuevas demandas cuyo colofón iba ser la gran disputa a nivel estatal por el proyecto de construcción –fallido hasta hoy– del trasvase del Ebro.

Sea como fuere, desde aquellos años setenta, el sector en Murcia parecía encontrarse en condiciones de orquestar una agricultura intensiva y extensiva capaz de ofrecer los productos con mayores posibilidades de mercado: a saber, las frutas y hortalizas

³¹⁹ Ibid., p. 131.

³²⁰ Alarcón García, Mariano; Esteve Selma, Miguel Ángel y Martínez Fernández, Julia, “Situación regional del agua, el medio ambiente y la energía”, en VV. AA., *El otro estado de la región*, Murcia, Diego Marín, 2003.

frescas³²¹. Así, el descenso en la producción de cereales y leguminosas siguió reduciéndose hasta nuestros días, mientras que los cultivos hortofrutícolas, en efecto, han terminado por convertirse en los mayoritarios y casi los únicos rentables. De hecho, mientras que la superficie dedicada a la producción de cereales pasaba de las 166.500 ha en 1959 a 82.288 en el año 2000, el cultivo de hortalizas alcanzaba en ese mismo año las 43.568 ha, mientras que en 1959 apenas se destinaban a su cultivo 4.820 ha. Lo mismo sucedía con los frutales, que de ocupar 50.055 ha en 1959 sobrepasaban ya las 140.000 en el año 2000. Al tiempo, la extensión de nuevos cultivos como el tomate en invernadero, produjo una fuerte expansión económica, sobre todo hasta mediados y finales de la década de los 2000, en una “agricultura de los cien metros” de altitud³²². Como ha señalado Andrés Pedreño, se había llevado a cabo la preparación de “un territorio para la producción agrícola en fresco”, reformulando el mundo rural murciano para integrarlo en el nuevo orden agroalimentario global³²³.



Imágenes: Trasvase Tajo-Segura en distintos tramos a su paso por la Comarca del Bajo Guadalentín.

En efecto, en Murcia, como en otras zonas rurales agroindustriales europeas y norteamericanas –y hoy en día prácticamente en cualquier parte del globo–, se ha desarrollado un nuevo tipo de agricultura que integraba aceleradamente la producción, la elaboración y la comercialización –a nivel mundial– de alimentos³²⁴. En su condición

³²¹ Véase: Gómez Espín, José M^a, *Tradición e innovación en el sector hortofrutícola de la Región de Murcia*, Murcia, Consejería de Agricultura y Agua, 2007, p. 9 y ss.

³²² Cortina, Jorge, *La agricultura murciana antes y después del Mercado Común, 1975-1992*, Murcia, Consejería de Agricultura, Ganadería y Pesca, 1994.

³²³ Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos territoriales de la globalización: el caso de la ruralidad agroindustrial murciana”, en *Revista de Estudios Regionales*, nº 59, 2001, pp. 69-96.

³²⁴ *Ibíd.*, p. 71 y ss. Véase también para esto, en el caso murciano: Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la “uva global””, en Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *De cadenas*,

de “territorio de producción en fresco” –señala Pedreño–, la agricultura murciana quedaría así inscrita progresivamente en las redes globales de producción y distribución, haciendo bascular a su alrededor tanto elementos endógenos como exógenos³²⁵. Así, mercados globales y producción localizada encuentran en la agricultura de la región un campo de estrechas interrelaciones y dinámicas superpuestas. En este contexto se han desarrollado ramas sectoriales con pequeñas y medianas empresas agrupadas a escala local y regional, especializadas en la elaboración de productos autóctonos de alta calidad, y altamente capaces de adoptar cambios tecnológicos y de mercado. Pero alrededor de estos actores de pequeño y mediano tamaño actúan otros de orden global, capaces de orientar producciones, mercados y usos, alterando las configuraciones locales y adaptándolas a las nuevas circunstancias.



Imágenes: Izquierda, plantación de alcachofas. Derecha, plantación de brócoli, con trabajador inmigrante en labores de recolección.

En estas cadenas de producción agrícola global –en las que la agricultura murciana está hoy plenamente inserta–, cabría pues destacar tres aspectos de las estrategias empresariales que Pedreño interpreta desde Veltz³²⁶: «1º) conlleva una visión estratégica de la demanda y de la competencia que resquebraja los viejos límites para adoptar un enfoque global, que requiere constatar la diversidad de las situaciones nacionales y regionales, es decir, afrontar el reto del paso de economías de escala de productos estandarizados a economías de diferenciación; 2º) esta óptica estratégica se materializa en un conocimiento ampliado de los recursos internos y externos de la empresa (patrimonio de competencias y tecnologías, especialmente), para vertebrar una

migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias, Madrid, Talasa, 2014, pp. 13-37.

³²⁵ Véase también aquí: Aguilar Criado, Encarnación, “Los nuevos escenarios rurales: de la agricultura a la multifuncionalidad”, en *Endoxa: Series Filosóficas*, nº 33, 2014, pp. 73-98.

³²⁶ Veltz, Pierre, *Mundialización, ciudades y territorios*, Barcelona, Ariel Geografía, 1999.

estrategia organizativa de coordinación de las actividades y de las operaciones más precisa e integrada, y 3º) estas redes no están “desterritorializadas”, por el contrario, tienen vinculaciones muy estrechas con el territorio, y ello por dos razones, primera, “porque la globalización, como estrategia para el control (y no la supresión) de la diversidad, supone una estrecha articulación con las especificaciones locales de los mercados y, más en general, de los contextos sociopolíticos”, y segunda, “porque las interacciones de base territorial se vuelven a convertir, en el contexto actual de competencia a través de la diferenciación, en un factor de éxito esencial”»³²⁷. De este modo, se genera un nuevo contexto de empresas-red, al tiempo que en los territorios de la producción en fresco –el caso de Murcia– se articulan saberes y tradiciones arraigados en la historia, sobre la base de la cooperación, la innovación y el aprendizaje. Al tiempo, elementos endógenos y exógenos producen un entrelazamiento de lo global y lo local, mientras que empresas y otras instituciones locales y externas establecen o refuerzan vínculos permanentes. Y finalmente, dentro de esa red local y global a un tiempo de producción y mercantilización, se originan relaciones jerarquizadas de poder y de saber, luchas de reconocimiento, por los recursos, e incluso disputas de identidad³²⁸.

En este contexto podemos distinguir –siguiendo a Pedreño– *cinco estructuras productivas y de comercialización básicas* en la Región de Murcia, que es preciso tener presentes puesto que será en los intersticios de sus relaciones múltiples e interconectadas en los que nuestros agricultores autónomos desarrollarán sus estrategias de vida económica³²⁹. Así, y en primer lugar, encontramos *empresas cultivadoras-comercializadoras*, que cubren todo el proceso productivo, desde el cultivo hasta las líneas de manipulación del producto en almacén y su posterior comercialización. Se trata, en efecto, de grandes empresas del sector, especializadas en uno o varios productos, con una organización compleja, y predominantemente orientadas a la exportación. Su capital suele tener un origen local, aunque también se da el caso de capitales foráneos, sobre todo en el Campo de Cartagena. En segundo lugar, encontramos *explotaciones agrícolas familiares* –obviamente, las que más nos interesan a nosotros–, que adoptan la forma de la producción mercantil simple que ya

³²⁷ Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos territoriales de la globalización”, op. cit., p. 72.

³²⁸ Ibid., pp. 73-74. Véase también aquí: Comas d’Argemir, Dolors, “La globalización, ¿unidad del sistema? Exclusión social, diversidad y diferencia cultural en la aldea global”, en Chomsky, Noam et. alt., *Los límites de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 85-112.

³²⁹ Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos territoriales de la globalización”, op. cit., pp. 75-76.

comentamos, y que han venido incrementando su productividad en las últimas décadas sobre la base de dos estrategias fundamentales: el incremento del trabajo familiar, ó la introducción de mano de obra asalariada. El tamaño de estas explotaciones es muy variable –desde unas 4 ha hasta 20 o incluso más–, y su rentabilidad depende fundamentalmente del tipo de cultivo y de sus estrategias de comercialización. Estas explotaciones familiares, a su vez, suelen coordinarse a través de *cooperativas de agricultores*, instrumento de acción privilegiada sobre todo a la hora de la comercialización de los productos. En este sentido, el desarrollo de cooperativas en Murcia se ha mostrado especialmente dinámico y profesional, siendo capaz de competir con las grandes empresas del sector en un contexto de crecientes presiones competitivas y predominantemente orientado a la exportación. Una cuarta estructura productiva son las llamadas *alhóndigas*, un sistema de subastas que permite la comercialización de la producción hortícola a los pequeños agricultores suprimiendo o minimizando la figura de los “intermediarios”. En este caso se ha detectado una diferenciación identitaria entre “agricultores alhondiguistas” y “agricultores cooperativistas”, accediendo los primeros a mercados menos exigentes –regionales o nacionales principalmente–, mientras que los segundos están obligados a respetar los controles de calidad imprescindibles para la exportación, supervisados por la cooperativa. Y finalmente, los *almacenes*³³⁰, pequeñas empresas de manipulado y comercialización, que o bien compran el producto a agricultores con los que han llegado a un acuerdo verbal –o a los que les proporcionan la planta para que la cultiven–, o bien lo adquieren en alhóndigas. Sus mercados han sido tradicionalmente nacionales, receptores de productos de menor calidad, aunque en los últimos años se han orientado hacia la exportación, lo que ha exigido al tiempo la introducción de controles estandarizados de sus productos.

Todas estas estructuras productivas, por lo demás, han tenido que amoldar sus propias formas de producción y organización a las características propias de las frutas y hortalizas, altamente perecederas y de una extrema fragilidad³³¹. Si a esto unimos los exigentes controles de calidad y fitosanitarios requeridos para la comercialización exterior de tales productos, entendemos cómo la adopción de esta horticultura intensiva ha obligado a los diferentes actores a coordinar diversas tareas en las distintas fases del proceso productivo. En este sentido, tanto las grandes empresas exportadoras como las

³³⁰ Gómez Espín, José M^a, *Tradición e innovación en el sector hortofrutícola de la Región de Murcia*, op. cit., pp. 103-121.

³³¹ Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos territoriales de la globalización”, op. cit., p. 76 y ss.

cooperativas y los pequeños productores han necesitado adquirir un alto grado de profesionalización, dotando a la producción agrícola de una gran “flexibilidad” que permitiera –como decimos– una coordinación eficiente de las distintas fases del proceso: cultivo, transporte hasta el almacén, confección y presentación final del producto, respeto de calibres, observancia estricta de las normas fitosanitarias, etc. Esta “profesionalización” del sector es de hecho una de las afirmaciones más recurrentes de los agricultores con los que hemos hablado. Con todo, y a pesar de la estandarización del proceso de trabajo agrario, la “incertidumbre” propia del sector sigue siendo uno de los múltiples factores a tener en cuenta, muchas veces difíciles de prevenir, como en el caso de las condiciones meteorológicas: «Esta es una importante diferencia con respecto a otras industrias [...] donde el trabajo estandarizado ha sido pre-fijado desde los departamentos de programación y planeación. Es el carácter del producto que se maneja, de mucha fragilidad y su atributo perecedero, el que está en el fondo de una organización del trabajo difícil de estandarizar, donde la “historia del campo”, en cuanto experiencia de trabajo acumulada y arraigada territorialmente es un valor imprescindible, y en el que la necesidad de coordinación/sincronización es la única forma de reducir el importante grado de incertidumbre existente»³³².

En este contexto de especialización y profesionalización del agro murciano, inscrito como decimos en redes globales de producción, comercialización y consumo, los diferentes agentes aquí señalados –de un modo u otro, claro– han venido desarrollando en los últimos años profundos y acelerados cambios estratégicos que les han permitido posicionarse en los mercados europeos e internacionales³³³. Así, y en primer lugar, se ha extendido la utilización de invernaderos –primero para el tomate, el melón o el pimiento, y más tarde para la uva de mesa–, estructuras cubiertas y tecnificadas en mayor o menor medida dependiendo de las necesidades de los diversos cultivos, y que han permitido modificar temperaturas y evadirse de los ciclos naturales. Al tiempo, en ciertos cultivos como la lechuga o el brócoli, las nuevas técnicas permiten varias plantaciones al año, mientras que otros agricultores y empresas optan por rotar cultivos de invierno –lechuga o brócoli– y de verano –la sandía y el melón, por ejemplo–. Algunas grandes empresas de la región, por su parte, han expandido la localización de

³³² Ibid., p. 78.

³³³ Ibid., p. 78 y ss. Véase también para esto: Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas: racionalización productiva, agricultura salarial y nueva estructura social del trabajo jornalero”, en *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 22, 2002, pp. 71-93.

sus plantaciones hacia otros lugares de la geografía nacional –a Castilla La-Mancha, por ejemplo– o internacional –el caso de Marruecos–, persiguiendo un suministro continuado de sus productos a lo largo del año. Otra importante estrategia –clave también en nuestro caso de estudio– ha sido la diferenciación de los productos, atendiendo especialmente a las exigencias y gustos de los consumidores. Se ha plantado una u otra variedad de vegetales, atendiendo a criterios no sólo productivos, al tiempo que se diferencia el empaquetado dependiendo del mercado y la superficie comercial de destino. En este sentido, los comercializadores trabajan cada vez más estrechamente con las grandes superficies comerciales y los distribuidores, amoldando producto y presentación a sus exigencias. En efecto, «el sistema productivo y sus formas organizativas de la agricultura regional funciona estrechamente ligado a los imperativos comerciales de los clientes. De esta forma se establece una relación jerarquizada, donde la producción agrícola es un “servicio” de las superficies comerciales. Así es conformada una división espacial del trabajo, por la cual las grandes cadenas del norte de Europa determinan las formas de trabajo de los productores del sur, influyendo sobre sus fórmulas organizativas, sus ritmos de trabajo, etc. Estas relaciones se caracterizan por el elemento de tensión que subyace a las mismas, que solamente emerge cuando es necesario recordar los términos del contrato»³³⁴.

Estas estrategias serán de hecho reclamadas por nuestros entrevistados en varias ocasiones, como tendremos ocasión de ver. Ahora bien –como advierte Pedreño–, no se trata tanto de “estrategias ofensivas” que permitan a las empresas de la región –o de otras regiones– la conquista de los mercados, sino más bien de sometimientos a las exigencias y requerimientos de los clientes. En efecto, se trataría de “estrategias defensivas” incapaces de generar productos con características diferenciales y específicas que abran nichos de mercado: «Esa estrategia defensiva, limitada a acoplarse a las exigencias del mercado y a los requerimientos y/o “caprichos” de los clientes, se mueve en ese sentido aún dentro de una lógica fordista, teniendo muchas dificultades para dar un salto a estrategias ofensivas donde la lógica postfordista de las economías de variedad o de gama se despliegue en toda su potencialidad, pasando de una flexibilidad “estática” (resultados en términos de variedad) a una flexibilidad “dinámica” (capacidad de reacción, y sobre todo, de anticipación a las variaciones del mercado)»³³⁵. Bajo esta interpretación, la agricultura murciana permanecería pues

³³⁴ *Ibid.*, p. 82.

³³⁵ *Ibid.*, p. 83.

mayoritariamente en el eslabón más bajo de la cadena –esto es, en el factor trabajo–, sumida en un complejo de producción-comercialización que tiende a imponer –en esa ineficacia a la hora de expandir sus propios parámetros de calidad, productos innovadores, etc.– la lógica de un mercado de trabajo precarizado y eventual como la única forma de abaratar costes.

Con todo, este modelo hortofrutícola murciano ha sido posible, además de a ciertas condiciones estructurales que ya hemos señalado aquí –la propia tradición regional en el sector pero, en última instancia, a las infraestructuras estatales y la entrada de España en la CEE en 1986, entre otras–, a las intensas transformaciones en los modos de organización del trabajo en la región³³⁶. En efecto, este modelo hortofrutícola y su exigencia de especialización productiva requiere de una intensificación en la aplicación de tecnología y organización productiva, así como una ampliación de las tierras cultivadas, pero también de trabajo. En este sentido, el sector ha demandado de forma creciente mano de obra asalariada, dada la reducción del trabajo propio familiar y las transformaciones en la composición de la población activa agraria desde los años 60 y 70. En este punto, y a pesar de que la despoblación rural en Murcia fue notablemente menor que en otros lugares de España³³⁷, la generalización del modelo hortofrutícola ha exigido de continuos aportes de trabajadores asalariados y, hasta cierto punto, especializados, capaces de cubrir las exigencias de los nuevos cultivos. La mayor rentabilidad de éstos ha fijado de hecho a algunos productores en el campo, sobre todo propietarios –o arrendadores– de una suficiente cantidad de tierra, lo que no ha evitado no obstante una fuerte disminución de los activos agrarios en las últimas décadas. En este sentido, es interesante advertir respecto a las explotaciones familiares, que son precisamente las medianas y grandes donde más tiende a disminuir el trabajo familiar respecto al trabajo total, mientras que en las explotaciones de menor dimensión el titular suele contar más a menudo con la ayuda de familiares –como veremos en nuestro análisis empírico–.

Con todo, desde principios de los años 90 este nuevo modelo agrícola había planteado al menos dos incertidumbres que era preciso resolver para apuntalar la

³³⁶ Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas: racionalización productiva, agricultura salarial y nueva estructura social del trabajo jornalero”, op. cit., p. 76 y ss.

³³⁷ Andrés Sarasa, José Luis, “El proceso desrularizador de la Región de Murcia: sus consecuencias”, en *Nimbus*, nº 13-14, 2004, pp. 33-69.

expansión del sistema³³⁸: por un lado, una necesidad creciente de mano de obra asalariada, en un contexto general de “modernización económica” en el que parecía irrevocable el trasvase de jornaleros agrícolas a otros sectores productivos – principalmente en Murcia la construcción y la hostelería–. Y por otro lado, el sostenimiento de un modelo productivo necesitado de costes laborales bajos en un contexto de crecimiento continuado de los salarios –con un incremento del 78% entre 1985 y 1992–. Estas incertidumbres del nuevo sector –y otras que ya hemos analizado como la propia fragilidad de los productos agrícolas en fresco, o la estacionalidad característica del agro, reducida no obstante gracias a la diversificación de los nuevos cultivos–, han sido gestionadas gracias a «la formación de una estructura social jornalera en las áreas agroexplotadoras mediterráneas. En el caso de la Región murciana, y a semejanza de otras regiones, inmigrantes y mujeres locales protagonizan las nuevas formas del trabajo asalariado en los cultivos intensivos. Pero estos sujetos sociales se posicionan desigualmente en un espacio social cruzado ya no solamente por la jerarquía de clase (que les sitúa en las capas más bajas de la clase proletaria), sino también por otros dos principios de estructuración cruciales [...]: la desigualdad de género y la desigualdad en el estatus de ciudadanía. Estas dos desigualdades son constitutivas de la organización social del trabajo en las agriculturas intensivas, en la medida que posibilitan dos rasgos esenciales para la gestión de las incertidumbres en este sistema productivo: disponibilidad de trabajo y vulnerabilidad de la mano de obra»³³⁹.

En efecto, tanto las mujeres como los inmigrantes han configurado en Murcia una mano de obra disponible, flexible y vulnerable, que en muchas ocasiones ha sido negada de su cualificación de hecho debido a su débil posición en la estructura social. Así, en el contexto de la nueva agricultura y con la llegada de trabajadores inmigrantes³⁴⁰, las mujeres han dejado sus tradicionales labores de recolección –con la excepción del tomate y, con menor rotundidad, la uva de mesa–, para dedicarse a las tareas de manipulación y confección del producto agrícola. En este punto, en los almacenes agrícolas la práctica totalidad del envasado de productos lo realizan las mujeres, en una

³³⁸ Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas”, op. cit., p. 83. Véase también la tesis doctoral de Pedreño Cánovas, Andrés, *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*, Tesis Doctoral Inédita, sita en Internet: <http://digitum.um.es/jspui/bitstream/10201/2100/1/PedrenoCanovas.pdf>

³³⁹ *Ibid.*, pp. 87-88.

³⁴⁰ Gómez Espín, José M^a, *Tradición e innovación en el sector hortofrutícola de la Región de Murcia*, op. cit., pp. 123-144.

evidente “feminización del trabajo manual”. De este modo, «las mujeres en la empresa agrícola reproducen las posiciones subordinadas que las mismas han ocupado tradicionalmente en la explotación campesina, donde la función del cabeza familiar asumía todo el poder de mando y disciplina. El organigrama jerárquico de la empresa agrícola reproduce ese tradicional diseño patriarcal. Si nos atenemos a la división funcional del trabajo en las empresas agrícolas, hay una línea divisoria fundamental entre, por un lado, el trabajo de planificación, concepción, control y administración, y, por otro, el trabajo manual de campo (cultivo y recolección) y de manipulado. La mayor parte de las mujeres están concentradas en la esfera del trabajo manual y prácticamente ausentes en la esfera del trabajo de concepción y control. Pero, además, esta línea divisoria marca una diferenciación en la relación salarial. En la esfera del trabajo de planeación y control aparecen los contratos fijos, los salarios altos, la estabilidad ocupacional, etc., mientras en la esfera del trabajo manual prevalece una plantilla contratada eventualmente, muy flexible en su relación contractual, el salario a jornal, la inestabilidad e intensa movilidad laboral, etc.»³⁴¹. De hecho, en el caso de algunos de nuestros agricultores entrevistados podremos comprobar cómo la mujer, al margen de ayudar en la explotación familiar, trabaja eventualmente como trabajadora asalariada en un almacén agrícola, realizando precisamente las labores de empaquetado que el marido “cede” a la cooperativa o, en su caso, a las medianas y grandes empresas a las que vende su producción. Esta división, por lo demás, es bastante explícita dentro del almacén o el campo: «El trabajo se masculiniza cuando exige esfuerzo físico (cargar, descargar) o de manejo de maquinaria o medios de transporte y se feminiza cuando se caracteriza por ser más minucioso y habilidoso y cuyo ritmo es marcado por el movimiento de las cintas transportadoras, cuyo flujo continuo define tareas muy intensivas y repetitivas»³⁴².

Y por otro lado, los inmigrantes procedentes de países del sur, cuya llegada ha ido en aumento desde finales de los años 80, y que han modificado la composición de la mano de obra jornalera en la agricultura de la Región murciana³⁴³. Así, mientras que en

³⁴¹ Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas”, op. cit., p. 89.

³⁴² *Ibid.*, p. 89. Se trata –como ya señalan los autores del texto que comentamos–, de un perfecto ejemplo de las hipótesis sobre las diferencias entre los sexos –o, mejor, los géneros– que Bourdieu realizó en algunos de sus trabajos, sobre todo en: Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

³⁴³ *Ibid.*, p. 89. Véanse también el compendio de: García García, Antonio Agustín; Gadea Montesinos, M^a Elena y Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *Tránsitos migratorios, contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales*, Murcia, Editum, 2010; el trabajo de Pedone, Claudia,

el año 2000 se calcula que habitaban en Murcia unos 55.000 extranjeros, esa cifra pronto ascendería de los 100.000 ya en 2004, para situarse en torno a los 230.000 en 2013. Respecto al mercado laboral, por ejemplo, sólo entre diciembre del año 2000 y el mismo mes de 2001, el número de extranjeros afiliados a la Seguridad Social en la región pasó de 22.703 a 33.420, un incremento del 47,42%. Según cifras del Centro Regional de Estadística de Murcia (CREM), de los permisos de trabajo concedidos a extranjeros al año en la región, prácticamente la mitad se destinaban al sector agrario, en cifras que oscilan entre los 24.444 del año 2005, y los 3.426 permisos concedidos en 2012³⁴⁴. En efecto, la canalización de este fuerte e intenso flujo migratorio ha sido sólo posible en Murcia gracias a las ingentes necesidades de mano de obra exigidas por la expansión en la región de ese tipo de agricultura industrial que venimos comentando.

Pero además, «los empresarios agrícolas murcianos han tenido buenas razones para estimular la progresiva etnificación del trabajo en los cultivos intensivos, que ha cristalizado prácticamente en la actualidad con la constitución de un nicho de trabajo específico de inmigrantes. De esta forma, se ha dispuesto de un suministro cuantioso de trabajo asalariado, que ha permitido sostener toda la expansión de la producción intensiva a lo largo de los 90 [y los 2000, añadimos], y además en unas condiciones extremadamente favorables para mantener muy bajos los costes laborales, dada la extrema vulnerabilidad de estos trabajadores inmigrantes, que se deriva al menos de cuatro hechos: 1) una legislación de extranjería que debilita sus posibilidades de ejercicio de una ciudadanía plena, así como determina sus opciones laborales; 2) la desregulación laboral, que refuerza la capacidad de las empresas para sustituir/gestionar libremente a los trabajadores vía eventualidad; 3) el racismo social dominante, que le recuerda constantemente el estigma de un capital simbólico negativo y 4) la inversión vital y económica realizada por los inmigrantes en su proyecto inmigratorio que les empuja a aceptar unas condiciones de trabajo degradadas que la mano de obra local no aceptaría, con el objetivo de amortizar lo más rápidamente posible la inversión realizada»³⁴⁵. En este proceso, además, se han producido una serie de “categorizaciones” de la mano de obra inmigrante. Así, los trabajadores inmigrantes de procedencia

“Globalización y migraciones internacionales. Trayectorias y estrategias migratorias de ecuatorianos en Murcia, España”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 69 (49), 2000, sito en Internet: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-69-49.htm>. Ó de: Cebrián Abellán, Aurelio, “Cambio inmigratorio en la Comunidad de Murcia y nuevo reparto territorial: de la corriente africana a la iberoamericana”, en *Papeles de geografía*, nº 37, 2003, pp. 41-53.

³⁴⁴ Véanse las series estadísticas en el Sitio Web: <http://www.carm.es/econet/sicrem/PU140/sec4.html>

³⁴⁵ Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas”, op. cit., p. 90.

marroquí, mayoritarios desde finales de los años 80, a medida que adquirirían ciertos derechos derivados de los procesos de regularización de los años 90, presentaron reivindicaciones laborales y resistencias a las exigencias empresariales. Ello derivó en su estigmatización como “conflictivos e improductivos”, lo que facilitó su sustitución progresiva en ciertas zonas por trabajadores procedentes de Sudamérica, principalmente Ecuador³⁴⁶.

Esta situación llegó a agravarse a principios de los años 2000, con la puesta en marcha de una ley de extranjería altamente punitiva y regresiva para los derechos laborales de los inmigrantes extracomunitarios³⁴⁷. En este sentido, las condiciones degradadas de vida y trabajo de los inmigrantes deben entenderse como estrechamente relacionadas con determinados procesos sociales, económicos y políticos, como la entrada en el Mercado Único Europeo y la extensión de la agricultura de exportación en Murcia. De hecho, es en aquellos municipios donde más éxito ha tenido este nuevo tipo de agricultura donde se concentran los mayores porcentajes de inmigración extracomunitaria: en Mazarrón, en el año 2011, de los 34.422 habitantes censados, 15.142 eran extranjeros –el 44% de la población, siendo el 16,25% no comunitarios–, de los cuales 2.861 procedían de Marruecos, y 1.743 de Ecuador; en Totana, de sus 30.733 habitantes en ese mismo año, 6.933 serían nacidos fuera de Europa –el 22,5% de la población–, viniendo 914 de África –con 778 marroquíes censados–, y 4.241 de América del Sur –siendo 3.324 procedentes de Ecuador–; finalmente, en Torre Pacheco, por ejemplo, con sus 33.419 habitantes también en 2011, de los 9.248 extranjeros censados –el 35% de sus habitantes–, unos 2.000 serían europeos, 4.243 africanos –de los cuales 4.047 procedería de Marruecos–, y 2.414 americanos –de los cuales casi 2.000 procederían de Ecuador–³⁴⁸. Por lo demás, y antes de la eclosión de la crisis económica en 2008, el 39,7% de los hogares de inmigrantes se encontraba en una situación de pobreza relativa –frente al 19,1% de los autóctonos–, lo cual mostraba a las claras las condiciones socio-económicas de este colectivo en Murcia³⁴⁹.

³⁴⁶ Véase Cebrián Abellán, Aurelio, “Cambio inmigratorio en la Comunidad de Murcia y nuevo reparto territorial: de la corriente africana a la iberoamericana”, op. cit., pp. 41-53.

³⁴⁷ Carrasquilla Coral, Claudia; Lario, Manuel; Méndez Lago, Mónica; Navarro Ortiz, Domingo y Pedreño Cánovas, Andrés, “La Murcia inmigrante”, en VV. AA., *El otro estado de la región*, op. cit., p. 53- 66.

³⁴⁸ Datos del Centro Regional de Estadística de la Región de Murcia. En el caso de Mazarrón, no obstante, hay que hacer notar que la mayoría de “inmigrantes”, unos 10.000, proceden de países comunitarios, residentes en urbanizaciones fuera del núcleo urbano de la ciudad.

³⁴⁹ Para la evolución de la situación de los trabajadores inmigrantes en Murcia: Alzamora Domínguez, Miguel Ángel; De Castro Pericacho, Carlos; Gadea Montesinos, M^a Elena; Moraes Mena, Natalia y Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos de la crisis del trabajo sobre la Murcia inmigrante en un contexto

En este contexto y bajo estas circunstancias, el sector hortofrutícola de la Región de Murcia ocupaba la segunda posición a nivel nacional –por detrás de Valencia y por delante de Almería, Alicante y Castellón–, alcanzando una producción total con un valor de 2.251 millones de euros en 2013³⁵⁰. Así, desde 2004 se ha registrado un aumento del 60%, con un volumen entonces de 1.413 millones de euros. El destino principal de estas exportaciones fue, claro está, el mercado europeo, con 98% de su volumen total, fundamentalmente a Alemania, Reino Unido y Francia (un 65% entre los tres países), seguidos por Países Bajos, Italia, Polonia, Suecia, Dinamarca, Bélgica y Austria. Es fácil entender bajo estas cifras que el sector agroalimentario sea –como ya hemos señalado– uno de los pilares básicos en el crecimiento de la economía regional, siendo su aportación al PIB de la región el 4,9%, y ocupando al 12% del empleo directo. Con todo, el informe sectorial de 2014 venía recordando algunos problemas de difícil solución: la excesiva atomización de la oferta agraria; la notable concentración de las exportaciones en los mercados europeos; la necesidad de diversificar e innovar en los cultivos; y, finalmente, la siempre problemática utilización de los escasos recursos hídricos con los que cuenta la región. Veamos llegados a este punto cuáles son los elementos, virtudes y problemáticas que nuestra comarca de análisis, el Bajo Guadalentín, comparte con el resto de la Región de Murcia.

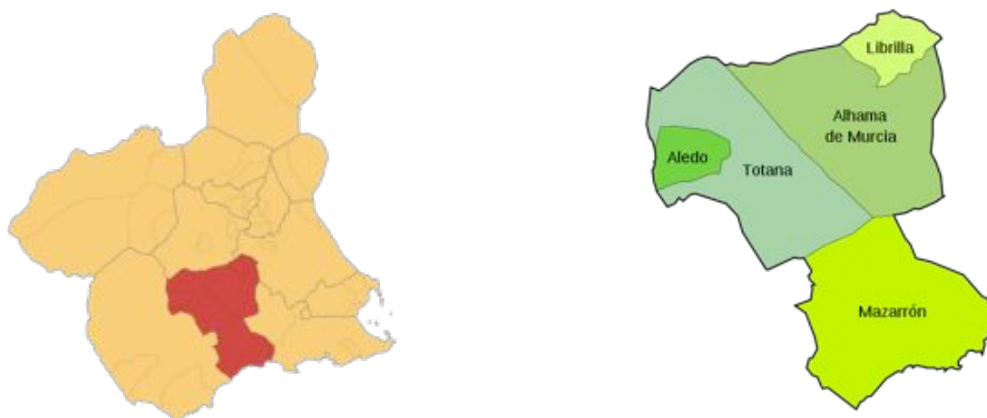
II. La Comarca del Bajo Guadalentín: el sector hortofrutícola

Aunque muchas de las circunstancias, factores y evoluciones de la agricultura en Murcia son evidentemente compartidas por la Comarca del Bajo Guadalentín, es preciso hacer notar aquí algunos elementos de especial interés en nuestra investigación. El primero de ellos, claro está, el estrictamente geográfico. En este punto, la comarca debe su nombre al estar en la parte baja del río Guadalentín, y está situada en el suroeste de la Región de Murcia. Sus municipios más importantes son, por este orden: Mazarrón –con 34.422 habitantes–; Totana –30.733–; Alhama de Murcia –20.560–; Librilla –4.812–; y

europé de renacionalización de las fronteras”, en VV. AA., *El otro estado de la región. Informe 2010*, Murcia, Diego Marín, 2010, pp. 81-98.

³⁵⁰ Para esto y lo que sigue: VV. AA., Informe Sectorial. El sector hortofrutícola en la Región de Murcia, mayo 2014, Murcia, Instituto de Fomento de la Región de Murcia, 2014, documento sito en Internet: http://www.institutofomentomurcia.es/c/document_library/get_file?uuid=9b22b40b-5211-4d1d-91d8-5ad814cd60c3&groupId=10131

Aledo –1.044³⁵¹. Por superficie, Mazarrón tiene 318 Km2, Alhama 311,5 Km2, Totana 288,9 Km2, Librilla 56,5 Km2, y Aledo 49,7 Km2.



Imágenes: La Región de Murcia y la Comarca del Bajo Guadalentín. Imágenes de Wikimedia Commons.

Por su parte, la villa de Aledo es la ubicada a una mayor altitud, con 625 metros sobre el nivel del mar (msnm), seguida por Totana a 255 msnm, Librilla a 178 msnm, Alhama a 176 msnm, y finalmente Mazarrón, que se encuentra a tan sólo 55 msnm.

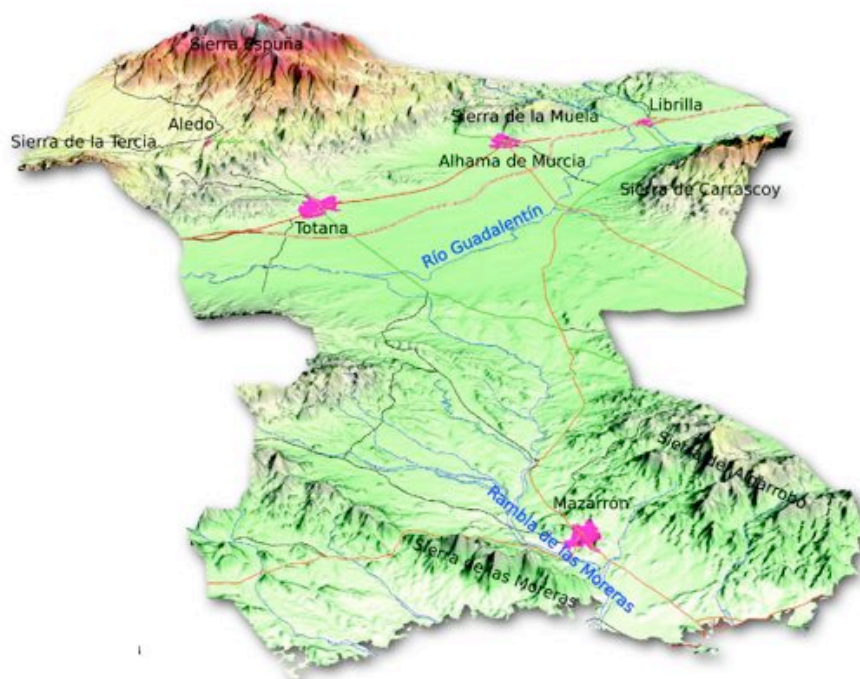


Imagen: Mapa topográfico de la Comarca del Bajo Guadalentín. Imagen: *Atlas de la Región de Murcia (La Verdad)*.

³⁵¹ Son datos recogidos en el Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>

Esta cuestión es importante por cuanto, como veremos, la altitud determinará en gran medida el tipo de cultivo –y también de variedad de uva– más aconsejable. Sea como fuere, es preciso señalar aquí que la agricultura siempre ha representado en la comarca un importante sector económico. Así, y como ya apuntamos anteriormente, desde la segunda mitad del siglo XIX el cultivo de cereales fue dejando paso progresivamente a las frutas y hortalizas –como en Murcia en general–, siendo predominante en Totana el cultivo de la naranja, y apostándose en Aledo y Alhama ya entonces por la uva de mesa. De hecho, la elección de este último cultivo fue expandiéndose en la zona desde mediados del siglo XIX, adquiriendo a principios del XX una importancia notable en los tres municipios que acabamos de señalar. La variedad de uva predominante entonces era de tipo *Ohanes*, procedente de Almería, estando ya destinada a la exportación en fresco, fundamentalmente a Inglaterra³⁵². Otros cultivos como el algodón, la palmera, o la rubia –que servía como tinte para tejidos–, fueron asimismo importantes en el pasado, prácticamente desaparecidos hoy –aunque el algodón recobró cierta presencia entre 1940 y 1960, debido a la difícil situación económica general y a los obstáculos para la importación que ya hemos comentado en otros lugares–³⁵³.



Imágenes: Envasado de uva de mesa en Extremadura, en torno a los cincuenta, con una organización y técnicas similares a las empleadas en Murcia en aquel entonces. Foto tomada de <http://desdemicerro.blogspot.com.es/>.

Como en el resto de la agricultura murciana, el inicio de los años 50 del pasado siglo marcó una época de expansión desmesurada del regadío en la comarca, lo que iba a agudizar con el tiempo el problema endémico de la falta de agua en la zona. En 1953

³⁵² Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., p. 298.

³⁵³ Méndez García, Francisco, *Geografía agraria de Totana, un municipio del Valle del Guadalentín*, Lorca, Grafisol, 1976, p. 189 y ss. Aunque en principio se trata de un estudio sobre el agro en Totana, lo cierto es que el autor hace referencias constantes a la situación de la agricultura en toda la comarca que analizamos aquí, por lo que será una importante referencia en estas páginas.

una Orden Ministerial permitió la legalización de los pequeños riegos ilegales, lo que iba a posibilitar una progresiva sobreexplotación en los años siguientes, protagonizados por recurrentes sequías. No obstante, el alumbramiento y extracción de aguas mediante pozos-sondeo fue en cierto modo positiva para la zona baja del valle del Guadalentín. Así, a medida que la sobreexplotación en la cabecera del valle aumentaba –sobre todo en Pulpí y Puerto Lumbreras, cerca de Lorca–, el alto nivel freático y la salinidad característica del valle fueron disminuyendo, lo que permitió la expansión de los cultivos. Se inició entonces en la zona lo que puede considerarse una “primera edad de oro” del sector agrícola, con unas ventajas enormes para los agricultores, que ahora podían disponer de agua abundante y de calidad a tan sólo uno o dos metros de la superficie. En cualquier caso, la continua extracción de aguas subterráneas y la falta de control de las perforaciones alumbró una nueva situación crítica en los pozos ya a finales de los años 70, con un aumento progresivo de la salinización y agotamiento de los acuíferos³⁵⁴. En 1979, como acabamos de ver, las aguas del Tajo fueron llamadas a regar estos nuevos enclaves agrícolas del suroeste murciano, inaugurando una “segunda edad de oro” de la agricultura de la zona y produciendo una segunda gran expansión del regadío que continúa –con altibajos– hasta hoy.



Imagen: Antigua Presa de la Rambla de Lébor, construida entre 1711 y 1716. Esta presa, construida en el reinado de Felipe V, es una buena muestra de la continua lucha por el aprovechamiento de los escasos recursos hídricos de la zona para la agricultura, así como contra las violentas precipitaciones que suelen producirse en otoño y primavera. Esta historia se ve igualmente reflejada en la foto mostrada a continuación, donde aparece la parte posterior de esta presa y al fondo la figura imponente del Trasvase Tajo-Segura.

³⁵⁴ Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, op. cit., p. 298.

CONTEXTOS II. LA AGRICULTURA EN MURCIA



Imagen: Reparación del pozo de extracción de “El Balsón de Guillén”. El pozo debe su nombre a los “balsones” o lagunas que ocupaban la zona hace algunas décadas, antes de que la explotación de los acuíferos de la cabecera del valle hicieran descender el nivel freático en el valle. Según los operarios, el agua de este pozo se alcanza hoy a unos 200 metros de profundidad, mientras que hace unos pocos años se conseguía a tan sólo unos 20 metros, lo que evidencia la sobreexplotación del acuífero. Por lo demás, el motor eléctrico del pozo suele estropearse bastante a menudo, nos comentaban, dada la alta salinidad del agua extraída. Al fondo a la izquierda se puede ver un parral, y a la derecha una parcela dedicada al cultivo de cebolla.

AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA

Como venimos señalando, las nuevas posibilidades derivadas de una mayor facilidad en el acceso al agua modificaron, por un lado, las preferencias de los agricultores en la elección de los cultivos y, por otro lado, produjeron un incremento considerable de la superficie de regadío. Así, y en primer lugar, el pimiento de bola o “ñora” para la elaboración de pimentón, ha sido uno de los cultivos privilegiados en la zona, especialmente en Totana, donde el pimentón ha llegado a adquirir la Denominación de Origen. No obstante, en los últimos años su cultivo se ha visto drásticamente reducido debido a la entrada de grandes cantidades de pimiento procedentes fundamentalmente de China, a unos precios mucho más bajos.



Imagen: Secadero de pimientos para pimentón o “ñoras”.



Imagen: Plantación de pimientos para pimentón o “ñoras”.

CONTEXTOS II. LA AGRICULTURA EN MURCIA

El cultivo de hortalizas, por su parte, tradicional en la zona pero muy reducido a pequeñas áreas dada la escasez de recursos hídricos, se ha expandido por la práctica totalidad del valle, donde las temperaturas invernales rara vez descienden a valores negativos. En este sentido, la alcachofa –sobre todo en Lorca–, la coliflor, la lechuga y la cebolla han sido en los últimos años los cultivos estrella, al igual que el brócoli, que ha conocido una extensión extraordinaria, con la introducción asimismo de nuevas variedades. En este punto, los agricultores, con explotaciones de menor o mayor tamaño, compran la “planta” a semilleros, que a su vez se abastecen de semillas de las grandes multinacionales del sector, tales como Monsanto, Osaka, etc., y que no pueden ser usadas para posteriores plantaciones.



Imágenes: Interior de un semillero, a modo de invernadero equipado con riego automático, control de temperatura, etc., donde se cultiva la planta de las hortalizas antes de llevarlas al campo. Abajo, un operario prepara las “tarrinas” para su traslado al campo.



AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA



Imágenes: A la izquierda, tarrinas con plantas de brócoli procedentes de un semillero, ya plantadas e irrigadas en un primer momento por riego “a manta” o “a pié”. A la derecha, un trabajador inmigrante ocupado en la plantación de los esquejes.

En este sentido, pudiera parecer que los agricultores de la zona, incluso aquellos que participan en medianas o grandes cooperativas, no son más que un eslabón intermedio en la gran cadena de producción agroalimentaria, cuyos extremos serían, por un lado, las grandes multinacionales con patentes en el sector y, por otro lado, las grandes cadenas de distribución y comercialización de los productos agrícolas.



Imagen: Plantas de Cebolla Osaka, gran multinacional del sector, en el invernadero de un semillero local.

Otro de los cultivos que más impacto ha tenido en la zona en las últimas décadas, sobre todo en el área de Mazarrón, ha sido el tomate producido en invernadero. En efecto, y tras la debacle del sector minero en dicha comunidad murciana a principios y mediados del siglo XX, la extensión de las plantaciones de tomate supusieron –junto

con el turismo y el turismo residencial– un auténtico boom económico, especialmente en las décadas de los 80 y 90. No obstante, y ya desde principios de los años 2000, su producción ha venido reduciéndose drásticamente, fundamentalmente debido al éxodo de las grandes empresas de la zona, que han trasladando su producción fuera de Murcia y España, fundamentalmente a Marruecos.



Imagen: Trabajadores recolectando tomate en el municipio de Mazarrón. Fotografía de Francisco García, tomada entre 1960 y 1965.

Los cítricos, fundamentalmente la naranja y el limón, han sido tradicionalmente muy importantes en la zona, remontándose su cultivo presumiblemente al tiempo de la dominación árabe³⁵⁵. Han solido ocupar no obstante zonas situadas al norte de las poblaciones de Alhama, Totana y Librilla –a las faldas de las sierras de Espuña y Carrascoy–, donde como ya hemos señalado se extendían las áreas que podían contar con algún caudal de agua. No obstante, desde los años cincuenta y sesenta ha sido un cultivo en regresión en prácticamente toda la zona, a excepción de nuevas y extensivas plantaciones en Alhama y, sobre todo, en Librilla, donde la producción de cítricos en grandes fincas es sin duda la predominante. Así, las plantaciones de cítricos se extienden preferentemente entre el este de Alhama hasta Librilla y la falda de la Sierra

³⁵⁵ Méndez García, Francisco, *Geografía agraria de Totana, un municipio del Valle del Guadalentín*, op. cit., p. 206 y ss.

de Carrascoy, en su vertiente a la depresión prelitoral murciana –el interior del valle–. En Lorca, Totana y Aledo, así como en ciertas zonas de Alhama, el cultivo de los cítricos fue sustituido por el almendro, de secano en su mayor parte, y con una mayor rentabilidad aún hoy, dadas las preciadas variedades de la zona. Con todo, el limón y, sobre todo, la naranja, siguen ocupando una posición privilegiada en las pequeñas huertas familiares de la zona, donde han seguido cultivándose al margen de los escasos precios del mercado, para consumo familiar o su venta a muy reducida escala.

Año 2003	Cítricos	Brócoli y Coliflor	Lechuga	Pimiento pimentón	Melón	Tomate	Alcachofa	Almendra	Uva de mesa
Reg. Murcia	38.887	9.560	13.826	543	6.330	5.163	6.442	74.006	6.302
Aledo	16	50	200	0	30	0	0	473	288
Alhama	2.688	546	200	75	130	20	45	1.202	1.600
Librilla	2.590	0	0	0	0	0	0	95	10
Mazarrón	456	180	90	10	1.600	2.025	0	1.480	346
Totana	592	1.065	180	350	180	8	500	548	870

Año 2013	Cítricos	Brócoli y Coliflor	Lechuga	Pimiento pimentón	Melón	Tomate	Alcachofa	Almendra	Uva de mesa
Reg. Murcia	38.361	12.587	14.893	376	6.260	2.692	7.281	72.892	5.192
Aledo	2	70	45	0	25	0	0	314	378
Alhama	3.666	735	670	80	80	0	50	542	947
Librilla	1.471	120	60	0	10	0	0	65	27
Mazarrón	705	370	350	8	155	950	40	988	231
Totana	313	1.495	625	202	250	8	496	340	1.050

Tabla: Evolución de la superficie y tipo de cultivo en los municipios analizados. Elaboración propia a partir de los datos registrados en el Centro Agrario de 2009, consultados en el sitio Web del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>.

En relación al tamaño de las explotaciones, en los cinco municipios de la Comarca del Bajo Guadalentín que venimos comentando, su mayor parte corresponde a las que comprenden entre 2 y 5 ha –tamaño por lo demás también recurrente en las explotaciones que hemos visitado en nuestro trabajo de campo–. Asimismo, también son comunes las explotaciones con una extensión de entre 5 y 10 ha, acortándose progresivamente el número de las unidades de producción que se encuentran tanto por encima como por debajo de ambas superficies. Es interesante en este punto señalar

CONTEXTOS II. LA AGRICULTURA EN MURCIA

aquí que en Aledo, el municipio más pequeño de los analizados, apenas haya explotaciones que superen las 20 ha, mientras que en Alhama, por su parte, la mayoría de las tierras de cultivo pertenecen a explotaciones de mayor tamaño, 21 de ellas por encima incluso de las 100 ha. Esto será determinante en la elección de los cultivos, debido al hecho de que los agricultores con menor extensión de terreno optarán por productos más intensivos y con una mayor rentabilidad –el caso de la uva de mesa es paradigmático–, mientras que los grandes propietarios –en ciertas zonas de Alhama y Librilla es una constante– podrán permitirse otro tipo de producciones, en este caso, de cítricos –rentables sólo a partir de un cierto volumen de producto con los precios actuales–.

Año	Total Explotaciones	Menos de 1 ha	De 1 ha a - de 2 ha	De 2 ha a - de 5 ha	De 5 ha a - de 10 ha	De 10 ha a - de 20 ha	De 20 ha a - de 30 ha	De 30 ha a - de 50 ha	De 50 ha a - de 100 ha	Igual o mayor de 100 ha
2013										
Reg. Murcia	32.698	6.853	5.800	7.328	4.383	3.212	1.353	1.196	1.008	939
Aledo	176	3	42	77	30	10	3	9	1	0
Alhama	892	214	166	213	123	67	25	32	21	21
Librilla	749	324	179	148	62	18	10	2	0	2
Mazarrón	500	46	101	128	87	43	25	23	18	15
Totana	1.023	101	228	291	168	102	39	23	24	12

Tabla: Número de Explotaciones y superficie total, según municipios de la Comarca del Bajo Guadalentín. Elaboración propia a partir de los datos registrados en el Centro Agrario de 2009, consultados en el sitio Web del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>.

Respecto a la personalidad jurídica del titular de las explotaciones agrícolas en la comarca que analizamos, la persona física es la fórmula claramente predominante, seguida muy de lejos por las sociedad mercantil, ensayada en proporciones muy tímidas en los tres municipios más grandes –Alhama de Murcia, Mazarrón y Totana–. En este punto, es significativo el hecho de que la titularidad de las explotaciones agrícolas en manos de sociedades cooperativas sea prácticamente inexistente, representando porcentajes ciertamente residuales, e incluso por debajo a las figuras jurídicas correspondientes a “otras condiciones” –comunal, de libre acceso, etc.–.

AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA

Censo Agrario 2009	Aledo	Alhama	Librilla	Mazarrón	Totana
Total	176	892	749	500	1.023
Persona Física	168	809	734	442	927
Sociedad Mercantil	4	56	11	41	63
Sociedad Cooperativa	2	8	-	2	8
Otras Condiciones	2	19	4	15	25

Tabla: Número de explotaciones según personalidad jurídica del titular. Elaboración propia a partir de los datos registrados en el Centro Agrario de 2009, consultados en el sitio Web del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>.

Si atendemos al número de explotaciones con superficie agraria utilizada y según el régimen de tenencia, la mayoría de las explotaciones se encuentran registradas de nuevo en propiedad, si bien la superficie arrendada cobra cierta importancia, especialmente en los municipios más grandes de Alhama, Mazarrón y Totana. En este punto, por lo demás, llama la atención el caso de Aledo, dónde únicamente 7 de las 175 explotaciones aparecen en régimen de arrendamiento, volumen que se corresponde con 89 ha, permaneciendo 746 ha de superficie agraria utilizada (SAU) en propiedad.

Censo 2009	Aledo	Alhama	Librilla	Mazarrón	Totana
Total Nº Explotaciones	175	877	746	482	972
Total SAU (ha)	876	9.729	1.941	5.746	7.568
Nº en Propiedad	161	815	721	384	852
SAU en Propiedad (ha)	746	7.762	1.792	3.880	4.820
Nº en Arrendamiento	7	39	13	89	95
SAU en Arrendamiento (ha)	89	1.454	101	1.752	2.224
Nº en Aparcería	7	23	12	9	25
SAU en Aparcería u otras (ha)	41	513	49	113	524

Tabla: Número de explotaciones con superficie agraria utilizada (SAU) en hectáreas (ha), y superficie total según régimen de tenencia de la SAU. Censo Agrario 2009. Elaboración propia a partir de los datos registrados en el Centro Agrario de 2009, consultados en el sitio Web del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>.

Obviando por el momento la uva de mesa –en la que nos detendremos, claro está, en el siguiente capítulo–, en el sector agrícola en la Comarca del Bajo Guadalentín encontramos asimismo las mismas cinco estructuras productivas básicas que ya

señalamos anteriormente³⁵⁶: *empresas cultivadoras-comercializadoras; explotaciones agrícolas familiares; cooperativas de agricultores; alhóndigas*; y, finalmente, *almacenes*. Sin ánimo de detenernos de nuevo en los detalles, es preciso aquí recordarlas, puesto que si bien los agricultores autónomos son nuestro objeto de estudio privilegiado, sus estrategias de vida económica entrarán en conflicto, colaboración o simple contacto con estas estructuras productivas. En este sentido, de nuevo, la mejor forma de entender las evoluciones y dinámicas del sector es imaginar el conjunto de sus actores en una red de interdependencias y relaciones mutuas que cristalizan o modifican tanto las estructuras y elecciones productivas, como las decisiones más personales.

En otro punto, y en una dinámica también compartida con el resto de la región, este auge de la agricultura intensiva propició la llegada a la comarca de una ingente cantidad de mano de obra extranjera, que al tiempo contribuyó decisivamente a ese desarrollo del sector. Por lo demás –y como vimos al final del apartado anterior–, en pueblos como Alhama o Mazarrón, el grueso de esta inmigración procedió de países del norte de África –predominantemente de Marruecos–, mientras que en otros, como el caso de Totana, la inmensa mayoría de estos trabajadores inmigrantes proceden de Sudamérica –siendo Ecuador el mayor país emisor–. Lo interesante, con todo, es insistir en el hecho de que el desarrollo del sector agrícola en la zona iba a estar –como en el resto de la región– íntimamente conectado con estas *cadena de migrantes* incrustados en *enclaves agrícolas globales*³⁵⁷. Por lo demás, es quizá interesante aquí señalar el extraño caso de Aledo, un municipio con 1.004 habitantes en 2013, de los cuáles únicamente 95 poseían la nacionalidad extranjera, siendo extracomunitarios sólo 14. Con todo, es preciso señalar que las especiales características geográficas del municipio, una villa medieval enclavada en la cima de una montaña, dificulta sobremanera la construcción de nuevas viviendas –de hecho, la población en 1900 era prácticamente la misma que en la actualidad, 973 habitantes, alcanzando eso sí en 1950 los 1.384 habitantes–³⁵⁸.

Llegados a este punto, nos encontramos ya en condiciones de iniciar el análisis y argumentaciones derivadas de nuestros análisis empíricos, orientadas a desvelar las características, desafíos y evoluciones del modo de vida de los agricultores autónomos de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín.

³⁵⁶ Estas estructuras productivas básicas fueron señaladas, como ya comentamos, por Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos territoriales de la globalización”, op. cit., pp. 75-76.

³⁵⁷ En estas cuestiones es imprescindible el compendio –que después nos servirá de guía– de Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014.

³⁵⁸ Cifras del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>

Capítulo 6. Trabajadores autónomos de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín

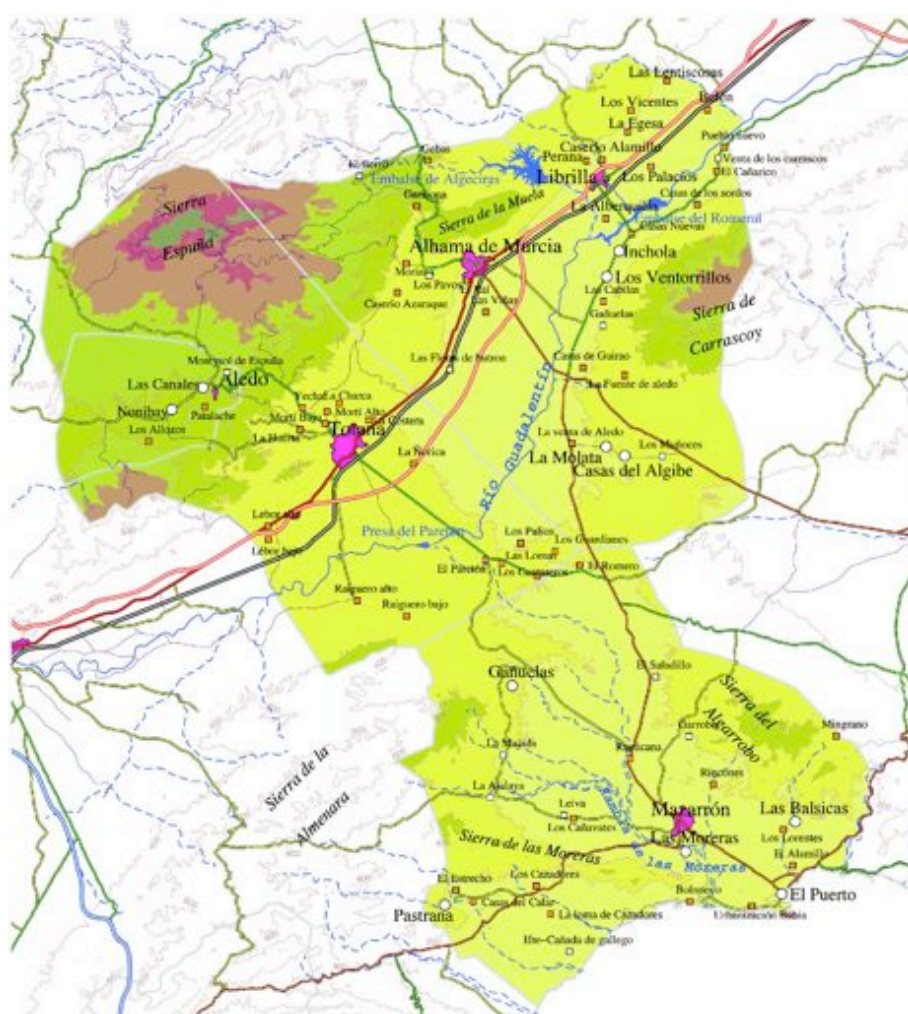


Imagen: Mapa topográfico de la Comarca del Bajo Guadalentín. Imagen: *Atlas de la Región de Murcia (La Verdad)*.

La uva de mesa se ha convertido en los últimos años en el auténtico “cultivo estrella” de la agricultura murciana. En este sentido, y a pesar de ser desde el siglo XIX un producto emblemático del sureste español –como ya vimos en el capítulo anterior–,

su cultivo en Murcia ha llegado a representar hoy el 37% de la superficie total plantada en España, alcanzando las 5.457 ha³⁵⁹. Esta producción especializada se ha concentrado fundamentalmente en la Vega Media-Alta del Río Segura³⁶⁰, en algunas zonas costeras de Águilas, y en la Comarca del Bajo Guadalentín. Así, y si prestamos atención al cuadro de abajo, podemos comprobar cómo por ejemplo de las 834 ha de regadío registradas en el municipio de Aledo en 2013, casi la mitad –378 ha– estaban destinadas a este cultivo. Este porcentaje no es tan abrumador en otros municipios, a pesar de seguir siendo ciertamente importante, sobre todo considerando las características y exigencias del cultivo –que después veremos–: 1.050 ha de las 5.925 ha de regadío en Totana; 948 ha de las 8.077 en Alhama; tan sólo 231 ha de las 3.924 en Mazarrón –aunque nos consta en aumento–; y, eso sí, ninguna en Librilla, de las 1.753 ha declaradas en regadío en 2013, aunque nos consta que se están plantando actualmente algunos cientos de ha. En esta tabla es interesante además señalar la evolución del cultivo de la uva de mesa en relación con la superficie total de regadío en los municipios analizados, notando ciertas desigualdades de difícil explicación: mientras que en Totana y en Aledo se aprecia un notable incremento, en los municipios de Mazarrón y Alhama de Murcia el descenso es considerable.

Cifras en hectáreas	Total Regadío 2005	Uva de Mesa 2005	Total Regadío 2013	Uva de Mesa 2013
Aledo	624	290	834	378
Alhama	7.463	1.550	8.077	948
Librilla	2.768	-	1.753	-
Mazarrón	4.884	346	3.924	231
Totana	5.049	854	5.925	1.050

Tabla: Elaboración propia a partir de los datos registrados en el Centro Agrario de 2009, consultados en el sitio Web del Centro Regional de Estadística de Murcia: <http://www.carm.es/econet/>.

Con todo, lo importante aquí es enmarcar este cultivo en la Comarca del Bajo Guadalentín en un desarrollo de la fruticultura industrial –parejo al que ya sucediera a nivel regional y en el conjunto del sector hortofrutícola, como ya analizamos–,

³⁵⁹ Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad de los enclaves de producción de la ‘uva global’”, en Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014, pp. 13-37.

³⁶⁰ El cultivo de la uva de mesa en esta zona de Murcia, de hecho, ha sido el tema y el ámbito de estudio privilegiado por los miembros del proyecto *Enclaves Productivos Agrícolas España-México*, capitaneado en Murcia por Andrés Cánovas Pedreño, cuyo texto anteriormente citado resume algunas de las conclusiones más interesantes del proyecto, de obvio enorme interés para nosotros aquí.

orquestrado sobre la base de al menos cuatro tipos de relaciones sociales de producción: «1) pequeños agricultores que han orientado sus producciones hacia el mercado de forma independiente; 2) pequeños y medianos agricultores que se han asociado y potenciado un vigoroso crecimiento del cooperativismo agrario que ha ido progresivamente adquiriendo una lógica de funcionamiento capitalista; 3) grandes empresas integradoras de todas las fases del proceso productivo (desde el campo a la comercialización pasando por la confección del producto) y cuyas relaciones sociales de producción se basan en un uso intensivo de trabajo asalariado; y 4) pequeños y medianos agricultores “tutelados” por las grandes empresas que supervisan y compran sus producciones»³⁶¹. Estos cuatro actores, en efecto, están llamados a jugar un papel fundamental en nuestro análisis, a pesar de ser los invocados en los puntos 1, 2 y 4 los que obviamente constituyen nuestro objeto central de estudio: esto es, los *agricultores autónomos de la uva de mesa*. Con todo, nuestros objetivos exigen la incorporación de otros agentes estructurales en el marco de análisis, ya exhortados y analizados en apartados anteriores: las *medianas empresas*, fundamentalmente comercializadoras y exportadoras pero no necesariamente productoras; los *poderes públicos* –en los niveles local, regional, estatal y europeo–; los *condicionantes* tanto *medio-ambientales* como de *recursos*; y, finalmente, los *gustos* y *exigencias* de los mercados y consumidores.



Imagen: Parral con estructura moderna de invernadero a doble altura, con maya de protección antigranizo y postes metálicos.

³⁶¹ Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad de los enclaves de producción de la ‘uva global’”, op. cit., p. 24.

Llegados a este punto, y apelando siempre a las argumentaciones expuestas en apartados anteriores, nos encontramos ya en condiciones de inaugurar los análisis de nuestro material empírico, análisis estructurados en función de una composición cuyo primer punto versará, como no podía ser de otro modo, sobre el *modo de vida de autónomo*.



Imagen: Interior de un parral moderno con uva de la variedad Crimson (sin pepita y sin patente), días antes de su recolección. Se pueden observar en el suelo los tubos de plástico negro de la instalación de riego por goteo, y las zonas humedecidas donde se precipita el riego localizado.

I. Uvas que dan libertad: el modo de vida de autónomo

Como ya señalamos en el capítulo 3 de este trabajo –y especialmente en su apartado II–, el trabajador autónomo, en su modo de producción mercantil simple característico, se identifica por una serie de elementos propios, el primero de los cuales es precisamente la propiedad de sus medios de producción. Ello le permite, por un lado, conservar un alto grado de independencia y de resistencia ante las fluctuaciones del mercado, posibles gracias a su elevada maleabilidad y adaptabilidad. Por otro lado, esa tenencia supone hacer frente tanto a costes fijos y por unidad –aunque en el caso de la uva de mesa éste último es extremadamente difícil de calcular–, como a costes variables –que podrían por ejemplo ser los jornales pagados puntualmente a un trabajador asalariado–. Y finalmente, el trabajador autónomo no obtiene un salario, sino –en su

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

caso– beneficios, ganancias que por lo demás serán destinadas tanto a la propia empresa como a los costes privados derivados del mantenimiento de la familia –o de su hogar simplemente–. Estas cuestiones han sido en efecto invocadas en numerosas ocasiones en nuestras entrevistas y durante nuestro trabajo de campo, en primer lugar referidas a la compra y mantenimiento de la maquinaria necesaria para la explotación. Así lo expresaba un entrevistado ante la pregunta de si todos los agricultores autónomos tenían su propia maquinaria:

No todo el mundo lo tiene. Eso lo tiene el que puede costearlo. Porque el que tiene 400 parras, 300 o 200, pues no se va a comprar un tractor que le cuesta 5 millones de pesetas, o 30.000 €. No se va a gastar 6.000 € en un atomizador. No se va a gastar en una herramienta de labrar, un rotovator, que a lo mejor vale 3.000 €. Una trailla que vale... Porque claro, aunque sean pequeños hacen falta las mismas herramientas que si tienes una extensión grande de terreno. No puede. Entonces lo que hace es echarle mano a un tercero, que se dedica a trabajar ajeno, que tiene su tractor, su atomizador, su trailla, y esa persona pues le paga las horas que le echa y así marcha esa persona. Porque todo el mundo no puede tener lo que yo tengo. Y a mí me compensa, ya está más que pagado todo. Yo son 12 o 13 curas que se les dan a las parras en todo el año. Que esas 12 o 13 curas a lo mejor valen 1.200 o 1.300 €, lo que es la cura nada más. Y no estás bien servido, porque yo lo tengo allí, y me dice el perito: “Mañana tienes que curar”. Y yo no tengo que contar con nadie. Lo que si dependo de una persona, de un tercero, que se dedique a eso, seguro que no va a ir cuando yo quiero, te va a decir: “Mañana no puedo, pasado ya veremos”. Entonces yo la uva que tengo durante todo el año me vale curarlas 1.200 o 1300 €, y el atomizador, por lo que vale, pues en 4 o 5 años lo he amortizado. El tractor, como hay que labrar, currar, hay que meter palos, monos, hay que trabajar con el tractor, es una herramienta, o con la otra de trabajo, pues también, con 4 o 5 años pues ya se ha quedado amortizado. Pero claro, todo esto teniendo cierta cantidad, porque los pequeños no (Entrevista N° 4).



Imagen: Trabajador autónomo con el pequeño y típico “tractor parralero” –el más adecuado para los trabajos en el parral–, y su atomizador, realizando labores de fumigación.

Otro agricultor autónomo respondía de esta manera cuando le preguntábamos por la forma de gestionar la inversión en maquinaria y equipo:

Tienes que tenerla porque si no ni haces las cosas en su momento, y además te cuesta un dinero, porque el curar, el echar un atomizador de 300 litros, pues igual te cobran 30 o 35 €, y eso tienes que estar prácticamente todas las semanas, y yo que tengo que echar tres cada vez que curo, pues serían 100 € aproximadamente, entonces pues... Tengo que tener yo toda la maquinaria (Entrevista N° 6).

En esta cuestión de los gastos fijos y variables derivados de la posesión de los medios de producción, es también interesante señalar los incrementos experimentados en el sector derivados, no sólo de la adquisición de nueva maquinaria que facilite e intensifique el rendimiento del trabajo –recordemos, una cuestión fundamental a la hora de explicar la supervivencia de la pequeña agricultura en Europa–, sino también de la mejora de las estructuras de los parrales –en este caso–. Todo ello se relaciona, en efecto, con un lugar común de muchos teóricos de la pequeña agricultura que ya comentamos: a saber, el incremento de los costes y los gastos de inversión y créditos, así como la conexión del sector agrícola con otros sectores económicos, sucesos que vienen acaeciendo en los países desarrollados desde finales del siglo XIX. Así lo explicitaba uno de nuestros entrevistados, que de hecho había calculado en torno a unos 3 € el coste por metro cuadrado de parral:

La uva de mesa, lo que tiene, es que levantar un parral de uva de mesa estamos hablando de 3 € el metro cuadrado: el riego es lo de menos, pero postes, monos, alambre, malla, planta, etc. Sólo lo que es la inversión, se estima 3 € el metro cuadrado. Eso ya, para empezar, es un freno bastante gordo. Y luego, a partir de ahí, hasta el segundo año no empiezas a tener cosecha (Entrevista N° 25).



Imagen: Parral antiguo, con estructura de madera y una única altura. Estos parrales son mucho más bajos y con calles más estrechas que los modernos, lo que dificulta el empleo de maquinaria y la circulación de personas y productos. Por lo demás, actualmente las ayudas europeas a la inversión –como después veremos– están supeditadas al uso de hierro para los postes, con estructuras en invernadero más duraderas.

Así se refería a esto mismo otro de nuestros entrevistados:

Aquí tenemos la diferencia: antes montabas madera, ahora montas hierro, y claro, pues te metes en otros sectores. El hierro, pues si está alto, pues te toca pagarlo más. Y entonces pues también juegas a eso. Antes no, antes se montaba más sencillo, no montabas estructura para poner arriba. Es decir, ahora el montaje es bastante más complejo. La inversión es mayor, de dinero y de todo (Entrevista N° 13).

O este otro, que apunta al aumento del precio de la tierra y el agua:

Ya cada vez es más difícil tener un terreno para explotarlo... El terreno vale mucho dinero, mientras que hace 15 o 20 años la tierra no valía tanto dinero, el agua no valía tanto, las infraestructuras... Ha ido todo subiendo a un ritmo muy alto, al pequeños agricultor le cuesta más trabajo, es más difícil, y los márgenes son más estrechos. Tanto en la venta como en la compra de productos, de preparar un terreno para explotar (Entrevista N° 2).

En comparación con otros cultivos, es precisamente esa inversión inicial, y el largo plazo exigido para alcanzar la rentabilidad del cultivo, uno de los elementos que lo convierte en una apuesta relativamente segura. En efecto, no todos los agricultores pueden afrontar unos gastos iniciales tan elevados, rentables únicamente cuando se dispone de un mínimo de extensión de tierra. En el caso de la uva de mesa, esta extensión suele fijarse en torno a unas 4 o 5 ha, aunque puede ser incluso menor en las zonas más próximas a Sierra Espuña, donde la productividad suele ser mayor. La percepción de este volumen de tierra en propiedad como el mínimo para mantener el negocio familiar aparece como una constante entre los agricultores autónomos de la uva de mesa entrevistados, cuyas explotaciones por lo demás se encuentran entre las 3 y las 12 ha. Esta notable diferencia en el tamaño de las explotaciones entre unos agricultores y otros deriva, principalmente, de la zona en la que se encuentre el cultivo. Así, mientras que en el valle del río Guadalentín las explotaciones suelen tener un mayor tamaño –se trata de hecho de nuevas tierras de cultivo de regadío, y por tanto hasta fechas recientes con precios más bajos–, en las zonas más cercanas a Sierra Espuña –donde históricamente se encontraban las explotaciones de regadío y también los parrales–, las tierras han sido más caras y más intensamente explotadas, lo que ha limitado tradicionalmente su concentración. Esta excesiva parcelación de la tierra en la comarca es de hecho, a juicio del siguiente agricultor –y al tiempo ingeniero agrícola, en nómina de una gran empresa de la zona–, uno de los mayores problemas:

El problema de la agricultura en Totana es el minifundio, está muy parcelado. El problema de la zona es que no se llegó a una concentración de fincas, que es lo que se ha hecho en otras partes de España. Y el problema es que con ese minifundio suben los costes de producción un disparate [...] Yo la concentración de tierras creo que no se va a hacer, por el tema de que se podría hacer en un Estado semi-dictatorial, cuando se hizo en aquel

entonces, como el Plan Badajoz, toda esa historia... Creo que es muy complicado, pero creo que la condena está ahí, en esa parcelación tan pequeña, tan atomizada (Entrevista N° 10).

Se trata, en efecto, de un viejo tema en la discusión sobre las posibilidades de futuro de la pequeña agricultura en Europa. Por lo demás, tanto la ubicación de la explotación como su extensión diferenciarán distintas estrategias tanto productivas como mercantiles, cuestiones en las que entraremos más adelante. Por el momento, y siguiendo con el tema de los gastos, es interesante aquí señalar cómo nuestros entrevistados corroboran la no distinción entre costes privados o familiares y de empresa en el modo de producción mercantil simple:

Cubres gastos, pero tú tienes que seguir pagando tractor, dando de comer a tu familia, pagando casa... Al fin y al cabo, los agricultores, a parte de su explotación, tienen su vida, y ese es el problema, que tienen que ganar para su explotación y para su vida. Hay una frase muy famosa de un agricultor de aquí del pueblo que decía: “Cómo ha vendido usted las sandías?”. Y respondía: “Comme ci comme ça”. Y el otro decía: “Pues hombre, si no ha perdido”. Claro, eso es como venir al bar, invitar en la barra, e irte tú sin beber. Pues eso es una cosa así [...] Estamos hablando del coste de la vida. Y para sacar una familia hacia adelante necesitas más. Es así, no hay más historia, y para sacar lo mismo... Antes se hacía todo muy fácil, porque con media fanega³⁶² podías vivir, y ahora necesitas diez fanegas. Para sacar el mismo beneficio... Los costes de producción han aumentado un montón, y los precios se han mantenido o han bajado. Los costes han subido un disparate: abonos, insecticidas, gasoil, se ha juntado todo (Entrevista N° 10).

Como ya señalamos en otros lugares, en los últimos diez años se ha producido un aumento considerable del tamaño medio de las explotaciones en Murcia. Este aumento había sido exigido por una decreciente tasa de beneficio derivada de múltiples factores, conectados con los crecientes gastos derivados de unos mayores controles fitosanitarios, de seguridad, nuevas estructuras de los parrales, mecanización, etc. Así, y en primer lugar, el encarecimiento de los productos fitosanitarios, menos tóxicos y con un menor trazo de seguridad, es un tema más que recurrente en nuestras conversaciones, un factor que parece incidir en gran medida en la viabilidad de las explotaciones:

Se necesitan más productos, son caros... Porque antes eran productos muy tóxicos, eran muy económicos, y se necesitaba fumigar poco. Ahora son muchas más fumigaciones, productos más flojos... Pero vamos, los agricultores no están en contra de esos nuevos productos, hablo con agricultores y no están en contra, preferimos pagar más, y sacar un producto de mejor calidad. Y luego, si el producto es tóxico, nos lo estamos comiendo nosotros mismos. Hay otros márgenes, pues (Entrevista N° 2).

³⁶² Una *fanega* es una unidad de medida tradicional, anterior a la implantación del sistema métrico, y tanto de volumen o capacidad como de superficie. Aunque sus equivalencias son distintas según su lugar de uso, en Murcia 1 fanega podría corresponder aproximadamente a unos 830 metros cuadrados (equivalente a una doceava parte de una hectárea).

En efecto, el aumento del precio de los nuevos productos fitosanitarios –al que se refiere el anterior entrevistado–, y su menor efectividad –según nos comentan–, ha socavado buena parte de los márgenes de beneficio. Se trata indudablemente de uno de los factores que ha empujado a los agricultores a adquirir nuevas tierras, haciendo aumentar sus explotaciones hasta un mínimo viable.

También en este sentido, los nuevos parrales –con calles más anchas, más altos y con una eficiente optimización de espacios–, permiten una circulación más rápida de trabajadores, materiales y productos, lo que ha supuesto un incremento en la intensificación del trabajo³⁶³. Estas nuevas estructuras, introducidas en un primer momento por las grandes empresas –y apoyadas más tarde por las directrices europeas debido a su “durabilidad” y suponemos incidencia en otros sectores–, acarrearán un aumento de los beneficios derivados de una disminución de los costes a largo plazo. Ello aumentó la presión sobre los pequeños agricultores, obligados a adoptar estas nuevas estructuras para sus parrales si querían seguir siendo competitivos; lo que suponía, por un lado, una fuerte inversión inicial y –en algunos casos– un endeudamiento considerable y, por otro lado, la adquisición de un mínimo de extensión de tierra que permitiese, precisamente, un mínimo de optimización para estos nuevos parrales.



Imagen: Panorámica de una nueva explotación industrial de uva de mesa, propiedad de una gran empresa de la zona, cerca del parque natural de Sierra Espuña. A la derecha de la imagen se puede ver el pantano regulador donde se almacena el agua para abastecer el sistema de riego.

³⁶³ Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches”, op. cit., p. 28.

En estas nuevas inercias y presiones, algunos –muchos– pequeños agricultores han optado por la venta de sus propiedades, lo que ha librado espacios tanto para otros agricultores autónomos –que han decidido seguir con su actividad económica adquiriendo nuevas tierras–, como para las grandes empresas –siempre en expansión de su negocio–. Por lo demás, el propio funcionamiento y extensión de estos “parrales industriales” ha sido posible en muchos casos –tanto para las grandes empresas como para los trabajadores autónomos– gracias a la llegada masiva de mano de obra inmigrante, muy “adaptable”, y puntualmente disponible en aquellos momentos del proceso productivo exigidos de una mayor intensificación del trabajo –principalmente la poda, el aclareo, y la propia recolección–. Esta “intensificación puntual del trabajo”, al tiempo, ha sido radicalizada –como veremos– por la introducción de nuevas variedades de uva apirena, con un período óptimo de recolección mucho más breve que el de las variedades autóctonas de uva pirena.

Y conectado con todo esto, una *profesionalización de la agricultura*, impuesta en gran medida tanto por las autoridades europeas, por las agencias dedicadas a la certificación de las buenas prácticas agrícolas –tanto en la utilización de productos fitosanitarios como de mano de obra asalariada, etc.; pensemos, por ejemplo, en Global G.A.P.–, así como por las grandes cadenas de supermercados³⁶⁴. Esta es, en efecto, una percepción muy extendida entre la mayor parte de nuestros agricultores, relatada por lo demás en numerosas ocasiones bajo la forma narrativa de la comparación con tiempos pretéritos:

Uno tiene su experiencia en el campo, pero salen productos nuevos, enfermedades nuevas, tal, que si, y como lo importante hoy es usar productos que a la hora de comercializar el mercado no los rechace, porque estamos en un control de EUROCARD, el control que hacen los supermercados, analíticas, no puedes echar este producto, ni este, y todo eso es difícil, si no estamos, alguien que nos informen, sería imposible [...] Los técnicos, lo que yo sé como funcionan [...] Yo recuerdo antes de todo esto, cuando yo iba por libre ponerme una noche a echar “espolvoreo”, un producto muy tóxico, pero claro, veíamos bichos, y usábamos lo más fuerte que sabíamos, recuerdo que hacía Luna, y yo me fui con el espolvoreo, porque iba a regar al otro día, riego a manta, que ahora ya no se riega a manta, pues yo estuve un rato ahí, que no sabía si me mareaba, si me caía, si no sé qué. Pues ahora ya, cuando me he enterado lo que era el producto aquel... Es que ese producto tú tragas, y el organismo nunca lo echa. Vas tragando, tragando, y llega un momento que ya no tienes escapatoria, admites hasta que admites, y claro, ahora te das cuenta cuando te explican las cosas, ahora los que echas, pues tienen 15 días u 8, de plazo de seguridad, y a

³⁶⁴ Véase para esto el texto de Moraes, Natalia y Cutillas, Isabel, “Nuevos dispositivos de regulación transnacional: un análisis sobre los estándares de calidad y responsabilidad social y su impacto en los enclaves globales agrícolas”, en Pedreño, Andrés (Coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros*, op. cit., p. 195-218.

partir de ahí le hacen un análisis a la uva, y se puede comer tranquilamente. Hay diferencia (Entrevista N° 9).

En estos mismos términos, y refiriéndose a esta misma cuestión, nos contestaba un entrevistado a la pregunta de si había apreciado una “vuelta al campo” en la zona a raíz de la crisis del ladrillo de finales de los 2000:

Ahora es más difícil, porque para volver a la agricultura pues tienes que tener tus cursos, tu formación... Porque es así, hasta para estar fumigando, y tratando hierba, pues te hace falta como mínimo el carné de manipulador de productos fitosanitarios, y la gente que estaba en la construcción no los tiene. Y mucha gente se está formando en ese sentido, pero es que como no tengas algo, viene una inspección de trabajo, y... Al final estás como agricultor perjudicado. Te cuesta trabajo, pero es lo que hay (Entrevista N° 23).

Esta es al tiempo una cuestión tremendamente importante, por cuanto muestra un cambio sustancial en las *condiciones de reproducción* de las pequeñas explotaciones agrícolas. En efecto, la actual profesionalización y tecnificación de las labores agrícolas ha supuesto una cierta ruptura en esa *transmisión del saber agrario* de padres a hijos, en el que se fundaba en gran medida la reproducción de las unidades agrarias. No es de extrañar pues que nuestros testimonios en este sentido recurran frecuentemente a las comparaciones con tiempos pretéritos. Los agricultores, en su mayor parte hijos de agricultores, aprenden con sus padres sólo una parte de las técnicas de cultivo, si bien ese “saber hacer” tradicional es valorado enormemente en la mayoría de los casos. Pero esos conocimientos sólo constituyen hoy una parte de lo exigible. Hoy es preciso asistir a cursos de formación, de manejo de maquinaria, de seguridad, de utilización de nuevos productos, de técnicas de agricultura ecológica, etc., que además son imprescindibles para desarrollar un producto “asimilable” –recordemos los controles de certificación– por el mercado.

En otro orden de cuestiones, y conectado con los gastos variables –o fijos, en su caso– que mayoritariamente deben afrontar los agricultores de la zona, se encuentra el trabajo asalariado del que deben disponer en determinadas fases del proceso productivo. El volumen de estos costes, por lo demás, dependerá de otros factores, el primero de la extensión de la explotación, pero también de determinadas estrategias de venta del producto en las que después entraremos, de disposición de mano de obra familiar, etc. De hecho, son muy pocos los agricultores entrevistados que no se refieren al incremento de los salarios como uno de los elementos que determinan en gran medida la viabilidad de las explotaciones:

Mi cuñado, esta conmigo trabajando, y tengo dos bolivianos, todo el mundo con papeles, y sus contratos y todo declarado, yo no tengo sin papeles, no, porque te buscas la ruina entre otras cosas, vas a la cárcel luego a luego. Ellos ahora están echando 9 horas, a 6 euros la hora... Están ganando 1.200 euros al mes, que a ver quién gana eso hoy en día. Si hay mala suerte a lo mejor uno de ellos lo tengo que despedir, y cosas de esas. Pero bueno, yo ya los tengo a los tres... un año y medio, se va aguantando el ritmo, se va aguantando. Este año es que las estoy pasando canutas porque he invertido mucho, mucho, mucho, y estoy un poquillo apretado, pero bueno, ahora ya, de aquí a un par de meses empezaré a recoger algo para seguir funcionando, poco a poco (Entrevista N° 3).



Imagen: Trabajadores asalariados temporalmente contratados por uno de los agricultores autónomos entrevistados, realizando labores de “despampanado” o “aclareo” de los pámpanos. Esta labor se realiza para favorecer aireación a los racimos, su iluminación, penetración de los tratamientos fitosanitarios mediante atomización, reducir la masa vegetal disminuyendo así las necesidades hídricas de la parra, y dificultar los ataques de oídio u otros hongos.

Aunque más tarde entraremos en esta cuestión, quizá sea interesante aquí señalar que –sobre todo en las explotaciones más pequeñas– la mano de obra familiar resulta ser muy relevante en determinados momentos. Así, muchos agricultores han relatado cómo en el inicio de su actividad económica independiente, han podido contar con la ayuda de sus esposas primero, o de sus hijos después. Es frecuente, en este sentido, que reconozcan cómo en los primeros años, especialmente antes de tener hijos, el trabajo se realizaba “en familia”, el marido, la mujer, y quizá algún familiar o allegado muy próximo. Con la llegada de descendencia, por el contrario, la mujer se apartaba de las *labores productivas* para dedicarse principalmente a las *reproductivas*, aunque seguía echando una mano en momentos puntuales en el parral. Cuando los hijos crecían, por su

parte, solían ayudar en el parral en períodos vacacionales o momentos puntuales, y al parecer con el tiempo unos se harán cargo de la explotación, mientras otros buscarán su futuro en otros sectores. En este sentido, la disposición de mano de obra familiar – insistimos, para un cierto tipo de explotaciones que después veremos–, ha estado en gran medida determinada por el propio ciclo familiar, cuestión por lo demás muy a tener en cuenta en determinados casos en relación con los costes fijos y variables en cada momento. Por otro lado, en muchos casos tanto las labores en el parral –esto es, *productivas*– como las realizadas en casa –entendidas como *reproductivas*–, eran entendidas como unidas en el negocio familiar, como dos caras de una misma moneda; es en este sentido en el que la expresión “somos un equipo”, muy repetida por algunos agricultores y sus mujeres con los que hemos conversado en nuestro trabajo de campo, cobra toda su significación.

Con todo, y como tuvimos ocasión de comentar en apartados anteriores, determinados teóricos han querido sugerir que la contratación de mano de obra asalariada desvirtúa en cierta medida la condición de producción mercantil simple de las pequeñas explotaciones agrícolas en los países desarrollados, tornándose así en pseudo-capitalistas. Como ya discutimos, la contratación de mano de obra asalariada en este caso –y aceptando los principios de la teoría de los modos de vida de la que aquí nos servimos–, no puede ser entendida en términos clásicos de “explotación capitalista”. Ello se debe a que con dicha contratación no se pretende –al menos no en la mayoría de los casos– la generación de *plusvalía* –piedra angular del modo de producción capitalista–, sino la realización de una serie de tareas que el titular de la explotación no puede cubrir, bien por no contar con la suficiente ayuda familiar, bien por sus propias limitaciones físicas y temporales. En este sentido, es esclarecedora la más que recurrente expresión “tengo un chaval que me ayuda en ciertos momentos”, a la que le suele seguir la afirmación “está dado de alta desde el primer día hasta el último” –como quedó ejemplificado en el corte anterior–. Es aquí más que interesante la situación de unos de nuestros entrevistados, dedicado principalmente a la uva de mesa, pero que utilizada un remanente de tierra para mantener todo el año a un trabajador asalariado:

Yo la tierra en blanco la utilizo de comodín para darle trabajo todo el año a un obrero que tengo. Tengo a un obrero fijo todo el año, entonces pues me gusta tenerlo todo el año, a alguien fijo. Porque a mí de vez en cuando pues me gusta perderme, a mi padre tampoco le puedo obligar a que esté aquí todo el año, aunque él viene (Entrevista N° 25).

O este otro, que se refiere de este modo a un inmigrante ecuatoriano del que dispone en momentos puntuales del año:

Ahora mismo tengo un hombre, un ecuatoriano que está echándome ahora mismo 15 o 20 días, el mes pasado me echó otros 15 o 20 días, y luego en agosto me echará otro tiempo, cuando me hace falta. Porque esto son trabajos esporádicos, porque ahora mismo hay que descolgar la uva, y luego el mes de julio que aprieta la calor no tocarla. Y luego en agosto arreglarla otra vez, quitarle hojas, quitarle grumos que no valen, dejarlo arreglado. Que no es trabajo como una fábrica que te pones a montar coches y te tiras todo el día montando coches. Esto no, esto tiene sus días de trabajo y sus días de descanso, sus tiempos (Entrevista N° 6).

En esta última frase, en efecto, también está presente la cuestión de los ritmos propios de la agricultura, como vimos una de las condiciones naturales que permiten en parte la persistencia de las pequeñas explotaciones frente a la presión siempre constante –y quizá hoy en aumento– de las grandes empresas. En este punto, el cultivo de la uva de mesa es quizá un ejemplo paradigmático, por cuanto su “buena crianza” exige, además de la profesionalización que arriba comentamos –común a otros cultivos–, de una experiencia y un cuidado extraordinarios. Así se refiere a esta cuestión uno de nuestros entrevistados más decano, ya en edad de jubilación:

La uva es algo en lo que nunca terminas de aprender. Los apuntes que tomes este año, para el año que viene no te valen. Tienes que estar con la parra siempre. Yo, me llaman, y un día me llamó uno y cuando iba por el camino le dije: “Mira, no hace falta que entremos al parral. ¿Tú sabes lo que le pasa al parral? No hace falta que entre. Tu parral pasa miedo, no tiene gente nunca. El humo del cigarro tiene que darle todos los días, aunque no hagas nada, tienes que ir a verlo. Tú ve a verlo, porque si no...”. Aquí siempre lo digo [en la cooperativa de la que es socio], aquí los técnicos van cada 8 días, y yo digo que con el parral llegas corto (Entrevista N° 11).

O este otro, más joven:

Sacar una parra... Primero plantar lo borde, después injertarla, después guiarla a su sitio, después formarla, tiene su trabajo, tiene que gustarte, y tienes que saber. Una planta, si no eres agricultor, mucha gente me llama y me dice: “Llévame un sarmiento que voy a poner una parra”. Una parra no puedes. Estos que dicen que ponen la parra... La pones, la dejas, y luego me dicen: “Es que se me ha estropeado”. Cuando tú tienes una plantación, tú no puedes esperar a que la enfermedad le entre, tienes que preverla antes. Tienes que prevenir. Cuando te ha entrado la enfermedad, la uva ya no vale. Nosotros, de aquí a octubre que se corte esta uva, pues cada 15 días hay que curarla, veas enfermedad o no veas. Si ves malo, no tienes que ver ninguna, tienes que pasar debajo de la parra y verla limpia. Y si ves enfermedades ya hay algo que no va (Entrevista N° 6).

Esta es una cuestión importante para nosotros, por cuanto puede ser entendida en principio como una ventaja de los pequeños agricultores respecto de las grandes empresas del sector. Y de hecho entraremos en ello más adelante. Por el momento es preciso hacer referencia a un último grupo de costes al que deben hacer frente los

agricultores autónomos: a saber, los impuestos, y en ocasiones a las sanciones administrativas. En este punto –y sin adelantar cuestiones que trataremos en el apartado relativo a la influencia de los poderes públicos en el sector–, los impuestos y las sanciones son de hecho la única relación que los agricultores entrevistados suelen admitir con las administraciones locales: “Del Ayuntamiento cero, del Ayuntamiento sólo he recibido impuestos, para pagarle” (Entrevista N° 4); “Nada, para nada, yo pago mi contribución, y aquí el Ayuntamiento no arregla ni los caminos” (Entrevista N° 7); o este otro, que comentaba “Del Ayuntamiento cero. Si acaso haces algo fuera de traste, para denunciarte. Y si tienes un problema...” (Entrevista N° 3).

El aumento de los costes –maquinaria, productos fitosanitarios, instalaciones, salarios, impuestos, combustible, etc.–, no ha venido acompañado en general de un aumento parejo de los precios de la uva de mesa en los últimos años. De hecho, la mayor parte de los agricultores entrevistados coinciden en que los precios se han mantenido estables desde hace al menos una década, lo que ha reducido los márgenes de beneficio, obligando incluso a algunos agricultores a vender o abandonar sus explotaciones. Este mantenimiento de los precios –en el que han influido tanto las grandes comercializadoras como las florecientes grandes empresas del sector, además de otros factores como las cadenas globales de la agroalimentación, etc.–, es asimismo uno de los argumentos que los teóricos de la agricultura han aducido desde décadas para pronosticar –de nuevo– el fin de la producción mercantil simple en agricultura. Esta será una de las cuestiones principales en nuestras conclusiones. Baste aquí recordar por el momento algún testimonio sobre este estancamiento de los precios de la uva de mesa, en relación con la mayor inversión necesaria para la producción:

Las cosas yo creo que han estado mejor que están ahora. Yo ahora lo veo más difícil, porque están mis hijos, que están conmigo... ¿Y por qué? Porque esto cuesta mucho, los gastos son muy grandes, los plásticos... Hemos asegurado un poco, ponemos plástico para que no se moje, tenemos la cosecha más segura, y buscando calidad que es lo que se paga, pero la uva la estamos cobrando casi al mismo precio que hace... yo no sé si hace 20 años. Está al mismo precio que estaba hace 15, 18, 20 años. Y los gastos cada vez son más grandes (Entrevista N° 12).

No obstante, otros agricultores afirman que, siempre dependiendo del año, los precios pueden llegar a ser elevados:

El año pasado fueron buenos los precios [2011], pero este año [2012] han sido muy buenos. A nivel de cooperativa yo creo que si no los mejores, casi los mejores. El kilo, las medias, han salido la *Superior*, después de todo, el transporte, mano de obra, la Seguridad Social, la caja, etc., a 89 céntimos de euro, la *Superior*. La *Autumn Royal* cerca del euro el kilo, después de quitarle todos los gastos, del almacén, que son casi otro euro. Y la *Red*

Globe ha salido a una media de unos 65 céntimos, que también está bien, porque casi es la mas barata (Entrevista N° 19).

Este tipo de explotaciones, ordenadas bajo el modo de producción mercantil simple, exigen como vemos afrontar toda una serie de gastos, y adquirir una serie de habilidades y destrezas, ciertamente difíciles de asumir. En la mayoría de los casos, de hecho, la cuestión de la reproducción social que ya analizamos en otros lugares es crucial para comprender y explicar estas situaciones tan sumamente complicadas. Y es que, en efecto, prácticamente todos los agricultores entrevistados son hijos, muchos incluso nietos, de agricultores:

Mi padre era agricultor, y yo pues de crío con él, y ahí empezamos. Él me deja pie, me deja una poquica de tierra, cuando hace las partes, yo me quedo con mi parte y mi hermana con la suya. Pero mi hermana la tierra no le hacía mucho juego por aquí porque mi cuñado está en otra zona, entonces ahí unos años que tuve suerte que me fue la cosa bien, y a ella no le importaba vender y a mí no me importaba comprar. Y entonces fui ampliando un poco, porque yo con lo que mi padre me dejó no tenía para dedicarme a eso. Pero van las cosas bien, y le compro a ella dos o tres trozos de tierra, y ya con lo que me tocó a mí y lo que cojo de ella, puedo tirar adelante (Entrevista N° 9).

En este corte además podemos ver un elemento muy importante en la cuestión de la reproducción social, por cuanto suele suceder que son los hijos varones los que –de nuevo– continúan la explotación familiar, y por unos motivos u otros concentran la mayor parte de las tierras heredadas. En nuestro trabajo de campo, de hecho, tan sólo encontramos una mujer autónoma ocupada en el cultivo de la uva de mesa, en Aledo, circunstancia precipitada por el fallecimiento del marido unos años antes, quien originariamente mantenía la titularidad de la explotación. Desafortunadamente, y aunque pudimos mantener con ella una conversación informal sobre sus circunstancias, estrategias, etc., no nos fue posible concretar una entrevista en profundidad y registrada.

Sea como fuere, el acceso a la tierra es obviamente determinante para entender tanto las condiciones de reproducción social de los agricultores autónomos, como lo cambios actuales relacionados con el acaparamiento de tierras por parte de las grandes empresas del sector, o el propio aumento del tamaño medio de las explotaciones al que hicimos referencia en otros lugares. En este sentido, es interesante aquí señalar que este “movimiento de tierras” responde a dinámicas distintas dependiendo de la zona de la comarca donde se encuentren. Así, por ejemplo, en las zonas altas y cercanas a la localidad de Aledo o Totana, las parcelas “liberadas” por una defunción sin herederos, un abandono de la actividad agraria o una jubilación, suelen ser asimiladas por pequeños agricultores decididos a continuar con su actividad económica. La adquisición

de una parcela colindante les permite a estos agricultores el montaje de un parral de nueva estructura metálica, más adecuado a las nuevas estrategias productivas. Esas pequeñas parcelas, por lo demás, no son lo suficientemente atractivas para las grandes empresas, que prefieren de una mayor extensión de terreno –en propiedad o arriendo– donde ubicar sus “explotaciones industriales”. De hecho, y como después veremos, estas grandes empresas –y los agricultores a ellas asociados– se ubican principalmente en nuevas zonas de regadío, ostensiblemente amplificadas tras la llegada del Trasvase Tajo-Segura en los ochenta.



Imagen: Panorámica de la zona de las “Viñas”, en Aledo, cerca de Las Canales (ver el mapa del inicio del capítulo), área elevada a unos 700 metros del nivel del mar, cercana a Sierra Espuña. Como puede apreciarse, en esta zona se concentran pequeñas explotaciones, todas propiedad de pequeños agricultores, y franqueada por montes y montañas que dificultan explotaciones de gran tamaño. También es importante destacar aquí que la práctica totalidad de estos parrales están destinados al cultivo de la uva Dominga, variedad pirena de la que hablaremos más adelante.

Con todo, la llegada al campo y la posibilidad de explotación de las primeras tierras viene determinada en la mayoría de los casos por una herencia familiar, o lo propia continuidad de la unidad agraria por los propios hijos tras la jubilación del titular. El imperio de esta forma de reproducción es incuestionable –con algunas excepciones que comentaremos–, y fácilmente rastreable en nuestras entrevistas. Así se refiere a esto nuestro siguiente protagonista cuando nos cuenta cómo llegó a la agricultura casi por

“inercia” familiar, en un relato que es ciertamente recurrente en buena parte de nuestros entrevistados:

Pues supongo que me hice agricultor por eso, porque ya venía de mi abuelo, mi abuelo ya cultivaba parras. Mi padre y mi tío siguieron cultivando parras. Y luego mi padre se fue a otro trabajo, pero siempre ha tenido parrales. Y entonces yo, cuando terminé el instituto, pues decidí quedarme aquí. Por la familia, porque si no hubiese seguido estudiando o me hubiese buscado otra cosa (Entrevista N° 13).

Y también, como en otras muchas ocasiones, continúa este mismo entrevistado haciendo constar su dedicación, cariño e inquietud por el cultivo de la uva de mesa:

Me gusta, porque la verdad es que me gusta, por lo menos en este cultivo, en otros no sé si me gustaría tanto la agricultura [se ríe], en la uva. Hombre, porque es un cultivo interesante, que todos los días se aprende, y te crees que sabes, y no sabes. Todos los días vas aprendiendo cosas, porque no paran de verse cosas, de salir cosas nuevas, variedades nuevas, y entonces no es que digas: pues tengo esta variedad, la llevo cultivando muchos años, sé cómo va, sé cómo tengo que hacerlo, y ya está. No, porque tienes que moverte, y cuando te mueves pues tienes que aprender (Entrevista N° 13).

Esta cuestión conecta con una de las características esenciales del modo de vida de autónomo: a saber, el esfuerzo y la tozudez siempre constante por asegurar la *viabilidad* y *supervivencia del negocio propio*. Esa es, en efecto, la máxima responsabilidad del autónomo, el sostenimiento de la empresa familiar, y con ella de toda su familia. Y ciertamente es un argumento común en muchas de nuestras entrevistas:

Yo creo que los agricultores son la gente más sufrida. Que un año pierden la cosecha, y al año siguiente no pasa nada. Los ves trabajando igual. A mí me ha pasado, un año cayó una granizada, teniendo las lonas que las iba a poner el mes siguiente, y tal, y me pilló una granizada y me las limpió, y las lonas compradas [...] Tú sabes el pasar un año entero trabajando en lo tuyo, para que luego llegue una mala pata, y lo pierdas todo... Uf, te quedas tirado, no tienes nada. Ni nadie. Y sin embargo, la gente se hunde, y al año siguiente ahí la ves otra vez, y se levanta [...] Yo paso 12 meses sin cobrar [...] Y un año se hace largo, tienes que estar muy acostumbrado para llevar eso. Y cuando tienes una familia, ya no eres tú, porque te pones a pensar... Y claro, como el margen cada vez es más pequeño, pues el margen de error es también peor (Entrevista N° 2).

En este sentido, la fe en el negocio propio es algo a lo que se suele apelar también en la agricultura para intentar explicar la fortaleza moral de los agricultores, la confianza en el trabajo propio y en el futuro así solicitado. Eso es lo que explica para muchos de nuestros entrevistados la enorme capacidad de resistencia y de adaptación de los trabajadores autónomos:

Lo primero y fundamental es, aunque no seamos creyentes, la fe. La fe, en lo que toques, tú te puedes tirar aquí una campaña entera desarrollando un trabajo, y cuando llega el final de año, pues fácilmente te pueden faltar perras. Tu, tienes unos gastos, y cuando llega el final de año haces cuentas, y coño, este año he perdido 20.000 euros. Entonces pues tienes

que tener la fe del agricultor, que como dicen aquí, el chiste: “No pasa nada, el año que viene toca”. Y así el año siguiente, el año de después.

Aunque puntualiza nuestro entrevistado, señalando de nuevo las patentes diferencias entre la agricultura de “antes” y de “ahora”:

Pero claro, esa es un poco la forma de pensar de la generación anterior, de mi padre, de las personas mayores: “Este año no ha sido, mala suerte, el año que viene”. Esa forma de pensar a mí no me gusta, porque yo no sé el año que viene lo que va a pasar. Yo a lo mejor el año que viene me rompo un brazo, y no puedo yo estar aquí pendiente del cañón. Entonces lo que yo trato es de diversificar el riesgo, y de alguna forma, dentro de lo que el campo permite, pues un poco asegurar (Entrevista N° 25).

Otro de nuestros entrevistados, también refiriéndose a estas cuestiones, introdujo un elemento que a menudo ha sido expuesto de forma velada, casi entre líneas: la ayuda y el papel de las mujeres. Se trata de una cuestión sumamente interesante, por cuanto obvia la importancia que las mujeres representan para el sostenimiento de las condiciones de reproducción de este modo de vida, y en varios sentidos:

[Mi mujer] trabaja conmigo en el parral. Es una empresa familiar. Pero es que, de los jóvenes que estamos aquí es así, es familiar. Luego, ellas tienen libertad, porque están con nosotros y luego pues están con otras cosas... Rico aquí nadie se hace, subsistimos, ósea, no es que vayamos ahorrando, pero eso sí, vamos pasando, y trabajando para nosotros, y con nosotros, con la familia, que es lo que a nosotros nos gusta, que es lo que nosotros queremos (Entrevista N° 24).

En efecto, se trata de una cuestión fundamental, y que a menudo ha quedado ensombrecida, invisibilizada por los objetivos de esta investigación y por el propio grupo en el que se centra –los trabajadores autónomos–: nos referimos, claro está, al *papel de las mujeres*. En efecto, como “explotaciones familiares”, en las unidades agrícolas que estudiamos las mujeres ocupan en muchos casos un lugar absolutamente crucial en el sostenimiento de este modo de producción. Y más concretamente, en sus *condiciones de reproducción*. Así, como ya señalamos, son en su mayoría mujeres las que se ocupan de ciertas labores como el envasado del producto, y ya sea como trabajadoras asalariadas en los almacenes de las grandes empresas y cooperativas de la zona, o bien “bajo la parra” en las explotaciones de sus propios maridos. Para otras labores como el aclareo, por ejemplo, las mujeres son muy valoradas por su dedicación y celo en el trabajo, realizado –de nuevo– bien como trabajadoras asalariadas, o bien en la propia explotación familiar.

Pero estas labores agrícolas desempeñadas por mujeres, en cierto modo “silenciadas” en relación con los “trabajos masculinos” –de coordinación, elección de cultivos, planificación, etc.–, tienen una importancia relativamente menor si se las

compara con su contribución al sostenimiento de la vida y la reproducción familiar. En efecto, y sobre todo en el caso de los pequeños agricultores autónomos, las mujeres son en muchos casos las responsables de esa “otra parte del negocio” –*familiar*, se intuye–, donde tienen lugar las labores de reproducción que se unen a la explotación agrícola como el reverso de una moneda –como antes apuntamos–. En los testimonios que aquí utilizamos de agricultores autónomos, este papel de la mujer queda en cierto modo –aunque no en la mayoría de los casos– poco valorado, obviado por unos hombres cuya forma de vida “supone” a la mujer la realización de esas “otras tareas”, tan necesarias como el cuidado de la casa, la crianza de los niños y los enfermos, etc. Además de, en algunos casos, su empleo como mano de obra familiar en determinadas etapas de la producción, o incluso –como decimos– como trabajadoras asalariadas. El grado de implicación de las mujeres en la explotación familiar dependerá en gran medida de múltiples factores –como la propia extensión de la misma o la situación familiar, etc.–, pero no cabe duda que en la mayoría de los casos las mujeres cumplen un papel fundamental en el mantenimiento del modo de vida de los trabajadores autónomos. Como en apartados anteriores vimos de la mano de Hannah Arendt, la distinción moderna entre *trabajo* y *labor* sigue siendo por lo demás poderosa y, en efecto, no son pocos los agricultores con los que hemos tenido la ocasión de conversar que ignoran –o no consideran suficientemente en su significación– esta “doble condición” de sus mujeres, trabajadoras y amas de casa.

Dejando esta cuestión apartada de momento, quizá sea interesante aquí exponer algunos casos de “advenedizos” en la pequeña agricultura. En este punto, y a pesar de que la mayoría de nuestros entrevistados son hijos y nietos de agricultores, también hemos encontrado ejemplos en los que la decisión de trabajar en la agricultura como autónomo ha sido plenamente meditada, e incluso adoptada como la sinceramente deseable. Así sucedió con uno de nuestros entrevistados, que entró en la agricultura para cubrir el lugar de su suegro ya jubilado:

Es curioso porque yo a la agricultura me vengo dedicando desde el año 2000, a raíz de que mi suegro se planteó que se jubilaba, y la explotación era rentable, y era plantearse si continuarla o no. Y entonces pues decidí yo continuar con ella. Yo no tenía nada que ver con la agricultura hasta ese momento. Yo soy técnico en electrónica, y trabajaba en [una empresa de juegos recreativos], o sea que es completamente diferente a la agricultura. Ese fue el motivo (Entrevista N° 12).

En este caso, en efecto, la propiedad de los medios de producción –tanto de la tierra como de los parrales, maquinaria, etc.– se sigue heredando, si no de padres a hijos, sí

dentro de la familia extensa. En este punto, es mucho más “radical” el cambio de vida económica meditado y adoptado por nuestro siguiente entrevistado, con una extensa experiencia laboral como conductor de camiones, capataz en una gran empresa de la construcción, etc., y que decidió dejar su etapa anterior para dedicarse a la agricultura, a pesar de que ello supusiera adoptar grandes riesgos económicos y personales:

Yo, lo primero que hice en cuanto tuve los años, fue hacerme mi carné de primera, eso fue lo primero. Y entonces no lo tenía casi nadie, y yo me lo hice. Pero es que antes de darme el carné en la mano, ya tenía yo una plaza de trabajo [...] Y yo iba a mi casa, hasta a almorzar, al medio día. A comer no te digo nada, y a dormir pues fijate. Todo el trabajo estaba aquí, moviendo tubos para acá y tubos para allá. Y estaba súper bien. Pero a mí no me llenaba eso, y no me gustaba eso, y nada, y que no, y que no, y que no me llenaba y que no [...] Y estaba bien, y ganaba dinero, pero yo no estaba satisfecho. Me fui para [una gran empresa de construcción de la zona], y estuve otros cuatro años, de encargado general allí abajo, en la fábrica. No había nadie por encima de mí, nada más que el jefe. Coño, y me salí a los cuatro años ya aburrido, y no me salí antes por vergüenza, me salí. Y fue entonces cuando me compré el tractor, y me fui al campo a trabajar. Y yo estaba allí hecho un señorito, en la fábrica. Yo llevaba mi libretica, y mi bolígrafo, y la ropa que yo llevo ahora mismo, así podía yo estar marchando allí. Y a mí no me permitían tocar ni un pedazo de bloque, de hacer nada, nada más que vigilar al personal y mandarlo para acá o para allá. Y me salí porque no estaba a gusto. Le dije: “Un mes te doy para enseñar a uno en el puesto mío, porque yo me voy”. “¿Y por qué?”. “Pues porque no me satisface esto. Y me voy a ir al campo” (Entrevista N° 4).



Imagen: Panorámica del Valle del Guadalentín, con las sierras de la Almenara y las Moreras al fondo, tras las cuáles se encuentra el municipio de Mazarrón y el Mar Mediterráneo. La mayor parte de las explotaciones agrícolas ubicadas en este zona de la comarca deben su existencia a la llegada del agua del Trasvase Tajo-Segura, de mayor tamaño que las ubicadas cerca de Sierra Espuña, fundamentalmente destinadas al cultivo de hortalizas, y más apetecibles para las grandes empresas agrícolas.

Por lo demás, la compra de una extensión de tierra suficiente para el desarrollo de su nueva actividad económica, le fue posible a este entrevistado gracias a la incorporación de nuevas zonas de regadío habilitadas gracias a la llegada del Trasvase Tajo-Segura. Así, pudo hacerse con tierras a precios relativamente bajos, en un momento de expansión de la agricultura de regadío en la zona, que aprovecharon no sólo los pequeños agricultores, sino también las grandes empresas y cooperativas de la zona. Fue, en efecto, el pistoletazo de salida de esa industria agroalimentaria a la que ya hemos descrito en otros lugares, a esa “destrucción creativa del territorio” a la que nos referimos con Andrés Pedreño. Sea como fuere, este caso nos va a servir además para mostrar la importancia que los trabajadores autónomos conceden a la libertad derivada de ser su propio jefe, una de las características –quizá la principal– del modo de vida de autónomo, además de algunas otras:

Me compré el tractor antes de salir de allí [gran empresa de la construcción], lo tenía en mi casa encerrado, aquí lo tenía, en el bajo. Y me salí de allí, a trabajar con el tractor, a trabajar, a labrar, a traillar, y tal y tal, y yo estaba más a gusto por ahí que todo. Y así me he retirado³⁶⁵. Y no he estado a gusto, porque estaba allí [en la gran empresa], y yo venía a mi casa quemado todas las noches. Había noches que no cenaba de las pesadumbres que yo tomaba para mí. Otros no, otros... Que a mí eso que no, que no. Y en el campo he estado yo muy a gusto. Y a mí no me ha mandado nadie. Y yo como he sido una persona que he tratado siempre de superarme yo, de hacer las cosas mejor, y mejor y mejor, y que me cundiera más, y no abusar de las personas. También me gustaba ganar dinero. Pero también, no trataba de abusar de nadie, pero claro, yo veía el trabajo que hacía el otro, y el que hacía yo, y yo cobraba más barato y ganaba más dinero que aquel, por mi trabajo, por lo que fuera. Y yo más a gusto que todo. Yo, trabajar un domingo, encantado, yo iba a gusto. Trabajaba un domingo, lunes, y trabajo siempre revolcado, nunca puedo decir que estuviera parado porque no tenía trabajo. Y estaba de mi cuenta [...] Y todo lo que quería y más. Y todo lo que trabajaba ganaba, ahí no abusaba nadie de mí. En todo caso abusaba yo de mi cuerpo. Y ya, cuando me metí ya que empecé a poner parras y parras, pues fue entonces que yo vi que... “Esto no puede ser”. Y ya me dejé paulatinamente el trabajo para otra gente, diciéndole a la gente: “Ve buscándote a otro que yo ya no voy a poder”. Pero a lo próxima vez volvía... Y me ha costado mucho trabajo dejarme a la clientela que tenía. Pero en fin, logré... Claro, no me quedaba tiempo para mí. Y yo la verdad que en las parras lo he pasado muy bien. Trabajo flojo, porque dentro del campo es lo mejor, y es donde más dinero se gana, con menos esfuerzo. También tiene sus inconvenientes, como que antes de sacar hay que meter mucho, ése es el inconveniente que tiene [...] Y claro, yo me encontraba a gusto. Claro que me encontraba a gusto (Entrevista N° 4).

Este corte, de hecho, es extraordinariamente valioso, por cuanto muestra buena parte de esas notas esenciales del modo de vida de autónomo que venimos comentando. Así, y en primer lugar, podemos ver cómo nuestro entrevistado perseguía, casi por encima de cualquier otra cosa, el ser su propio jefe. Aún trabajando como responsable de la empresa de construcción a la que hace mención, ya había invertido –mediante un

³⁶⁵ El año de la entrevista, 2013, era de hecho el primero de su jubilación.

préstamo al que se refiere en otro lugar— en un tractor, que le permitiese trabajar en el campo y por cuenta propia. Al principio, en efecto, trabajando para otros —labrando, curando, traillando, etc.—, pero habiendo adquirido sus propios medios de producción. Dentro de la empresa, en efecto, “no estaba a gusto”, porque no le gustaba “abusar de las personas”, ser el jefe de otros. En este sentido insiste en cómo le afectaba su trabajo rutinario, a pesar de estar en una buena situación dentro de la empresa. Y por el contrario, cómo era capaz de ganar más dinero que otros, generar más que otros, haciendo en principio el mismo trabajo, una vez que hubo adquirido la condición de autónomo. Se trata de una característica esencial del autónomo, que queda sintetizada perfectamente en una frase: “Ahí no abusaba nadie de mí. En todo caso abusaba yo de mi cuerpo”. Los trabajadores asalariados en la empresa donde era capataz seguramente no podían comprender la “obsesión por el trabajo” que a bien seguro revelaba nuestro entrevistado, y que además se sentía mal por tener que “mandarles”. En el campo, por el contrario, como autónomo, no era capaz de diferenciar días laborales de festivos, tiempo libre de tiempo de trabajo, casi obsesionado por hacer mejor su trabajo, *casi* “auto-explotándose” a sí mismo —en una expresión bien cara a algunos teóricos de este modo de producción en agricultura—. Y finalmente, invirtiendo los beneficios de ese trabajo como “tractorista” para otros, pudo dedicarse exclusivamente a su propia tierra, dedicada al cultivo de la uva de mesa, y adquirida a lo largo de los años con su propio esfuerzo personal.

Este caso es además, recordemos, el de un “advenedizo” en la agricultura y en el cultivo de la uva de mesa. No obstante, en el resto de nuestros agricultores entrevistados no hemos encontrado ni un solo caso que no compartiera estos “valores” propios del autónomo, que no participara de esa “cultura laboral” de este concreto modo de vida. Así lo expresa este otro entrevistado, recientemente jubilado y que nunca pudo llegar a ser trabajador autónomo, cuando le preguntamos si le hubiese gustado alcanzar esa condición:

Mejor que estar trabajando al jornal [dice entre sollozos, con una larga pausa] Diez veces mejor. Es que te he contado antes, que nosotros teníamos las tierras, que mi padre se fue de autónomo, era autónomo mi padre. Y se fue a las tierras. ¿Y qué pasaba en las tierras? Pues que el autónomo, en aquel tiempo, recogía para pagar. Qué te quiero decir, que no le miraba la cara a nadie, y siempre los antiguos decían: “Es mejor una sardina en lo tuyo que un cocido en lo de otro”. Y eso es valorado, no mirarle la cara a nadie, aunque te comas una sardina, es muy valorado. Pero claro, llega un día y dices: “Pero señor, si es que no tengo ni para comprarme un polo en el verano”. Pues me voy a echar el jornal, y mi madre vio luz cuando yo empecé a ganar 72 duros, y yo también. Yo de no tener un duro, a las semana, cuando cobraba los sábados, los domingos me quedaba con dos duros, y le daba a mi

madre, y mi madre era la reina con aquellas perras. De la otra manera era recoger para pagar, sí, no le mirabas la cara a nadie, pero no tenías un duro. Y así como nosotros, todos mis amigos (Entrevista N° 7).

En esta entrevista, ciertamente emotiva, pudimos sentir precisamente la frustración generada por la experiencia de no haber podido “vivir” como trabajador autónomo, de no haber sido capaz de alcanzar el ideal de una cultura laboral que en este caso, como en tanto otros, había sido heredada de su padre. Incluso recurre a un relato de justificación mediante el que explica su decisión de emplearse como trabajador asalariado: “Es que no tengo ni para un polo en el verano”. Para este entrevistado, de hecho, que siempre había compaginado su pequeña explotación de uva de mesa con el trabajo asalariado en una empresa del sector, el trabajo para sí mismo había significado casi más una liberación personal que una carga –a pesar de poseer algo más de 2 ha de parrales, una extensión más que considerable para una explotación “a tiempo parcial”-. Es interesante además señalar en este caso que este entrevistado era conocido con simpatía y cariño en la zona, a pesar de haberse mostrado en el trabajo –había sido “encargado” de una cuadrilla en una empresa agraria–, como muy celoso de sus cometidos, y a menudo “incomprendido” por los trabajadores a su cargo. Uno de los asalariados que había trabajado con él, y con el que tuvimos ocasión de conversar, se refería a esto mismo afirmando, con un cariño evidente: “Parecía que iba a heredar la empresa”. De nuevo, y como en el caso anterior, un trabajador con una cultura laboral de autónomo predominantemente, obligado a trabajar como asalariado, lo que inevitablemente deriva en una incompatibilidad de percepciones. Se trata, en efecto, de un ejemplo paradigmático de aquel etnocentrismo de los modos de vida al que hicimos referencia, a aquella ceguera cultural entre los distintos modos de vida.

En efecto, los ejemplos idiosincrásicos de esta específica cultura laboral y de sus valores característicos son fácilmente detectables en nuestras entrevistas:

Si las cosas fueran de otra manera, pues la agricultura. Y no es sólo el dinero, porque también vale el tener algo propio, el ser tu propio jefe, a mí me vale. Y hay gente que le vale con su trabajo, pero yo prefiero ganar algo menos por estar en lo mío, pero claro, siempre no trabajar por debajo de los costes [...] El de agricultor, un trabajo digno, y nadie tiene por qué sentirse menospreciado por ser agricultor. Porque es una persona autónoma, autosuficiente, y una persona así para mí es mucho, una persona que sea capaz de salir adelante, yo eso lo valoro. Y además una persona así genera mucho trabajo. Y cuando llega el corte, que tienes 400 personas que viven de ti, de lo que has producido, durante 4 días... Yo sí lo veo digno (Entrevista N° 2).

Muchos de nuestros entrevistados, de hecho, han tenido que recorrer un largo camino para poder alcanzar sus ideales de vida económica, caminos que muy a menudo les han conducido fuera de las fronteras del Estado, hacia Europa:

Los principios de esto fue pues, estar en Francia 20 años trabajando y ahorrando, para invertir aquí y empezar a trabajar [Pregunta: ¿Entonces la tierra es tuya?] La tierra es mía, comprada, con mis ahorros, y con los préstamos que después hice con el banco para seguir ampliando. Porque yo cuando me vine de allí tenía una hectárea, y ahora mismo tengo tres. La primera la compré con los ahorros de Francia, y las otras 2 hectáreas con los préstamos que me ha dado el banco pues yo qué sé, criar una parra, plantarla, verla crecer, y ver su fruto, eso me encanta. Yo he estado de chófer de camión, porque cuando vine de Francia no sabía qué hacer, me saqué todos los carnés, y lo intenté, estuve 6 meses, pero eso a mí no me iba. Eso de estar todo el día en la carretera, y dormir fuera, que no, yo volvía a lo que me gustaba. A mí la agricultura me encanta, y no me siento minusvalorado que otro, porque no. Yo creo que hoy en día no estamos peor valorados, quizá antes, pero son los mínimos. (Entrevista N° 6).

También en este caso podemos ver que, a pesar de haber tenido un trabajo previo – como conductor de camión, tal que en un caso anteriormente citado–, nuestro entrevistado hizo todo lo posible, incluso recurrir al crédito, para poder vivir como trabajador autónomo. De hecho, esta cuestión de la inversión en la explotación familiar, orientada a asegurar tanto su viabilidad como el propio modo de vida, es también recurrente:

Yo todo lo que voy ganando, absolutamente todo lo tengo invertido, todo, me voy quedando lo que necesito para vivir, pero yo para comprarme un Mercedes no tengo, yo eso lo tengo invertido en el campo. Todo, todo, todo lo que gano y me sobra y lo voy juntando, un trozo de tierra tal y cual, lo puedo comprar, vamos a plantar aquí esto. Que a mí no me gusta tener dinero en los bancos, no sé, no me gusta la playa tampoco. A mí me gusta mi negocio, y no sé, me hace ilusión, eso de prosperar y de comprar un trozo más, y de plantarlo, y no se. Me hace ilusión, es lo que más ilusión me hace de todo, sí (Entrevista N° 3).

Este fragmento muestra con total claridad las ambiciones de nuestro entrevistado, por cierto, uno de los agricultores más jóvenes con los que hemos tenido la ocasión de conversar, de apenas 35 años en el momento de la entrevista. Su “negocio”, en efecto, es para él mucho más ilusionante que una casa en la playa o que un “Mercedes”. Quizá con los años cambien sus perspectivas y “ambiciones”, pero sin duda no se puede negar su ímpetu por prosperar y mejorar en su trabajo.

Finalmente, y antes de concluir con este apartado, es preciso comentar al hilo de nuestros testimonios una última característica definitoria de este modo de vida; a saber, la condensación en la figura del autónomo de todos esos roles que en el modo de producción capitalista cristalizan en distintos modos de vida: el inversor, el empresario, el trabajador asalariado, el contable, el experto, etc. En efecto, nuestros agricultores son

AGRICULTURA MURCIANA Y MODOS DE VIDA

inversores –los cortes que acabamos de utilizar son meridianos al respecto– y empresarios, pero también trabajan “de sol a sol”, determinan las estrategias de venta – como veremos en el siguiente apartado–, apuestan por unas variedades de uva u otras como estrategia de especialización, llevan la contabilidad del negocio, etc. Estas cuestiones, en efecto, ya han ido apareciendo en las entrevistas que hemos utilizado hasta ahora, e irán surgiendo en momentos posteriores. Con todo, pueden seguir rastreándose fácilmente en nuestros testimonios, como el de este agricultor, que señalaba así su rol de técnico: “Tienes que ser un agricultor más profesional. Tienes que quitarle más tiempo al abonado y demás, y dedicárselo a los papeles que tienes que cumplir y que rellenar, y que tener. Hoy en día sin eso, no (Entrevista N° 12)”. O este otro, que se refiere a la modernización de su sistema productivo –como un empresario capitalista– para maximizar la rentabilidad del trabajo –propio de un asalariado, pero no medido por horas, claro–: “Trabajar más no, porque también te modernizas más [...] Tú te puedes estirar lo que te puedes estirar, pero llega un momento en que ya no te puedes estirar más [...] Hay sistemas para trabajar que ayudan a que puedan llevar mayor cantidad haciendo menos trabajo (Entrevista N° 2)”.

TRATAMIENTOS DE CAMPO		FECHA 15 Junio 2013	
VARIEDAD	PARRAS	REP.	CUD PARCELA
Antonio Díaz e Hilariada del Val CB			
PRODUCTO Borelex MATERIA ACTIVA	INCIDENCIA Engard Nº REGISTRO	DOSIS 350cc 1000 lu.	VOLUMEN DE CALDO 870
PRODUCTO Basfoliar Ca MATERIA ACTIVA CaO 23%	INCIDENCIA Nutrición Nº REGISTRO	DOSIS 50 lu.	CANTIDAD PRODUCTO 50
PRODUCTO Basfoliar Kelp MATERIA ACTIVA	INCIDENCIA Biotónico Nº REGISTRO	DOSIS 0,3%	CANTIDAD PRODUCTO 7P
PRODUCTO Terra sorb foliar MATERIA ACTIVA Aminoácidos 0,3%	INCIDENCIA Nutrición Nº REGISTRO	DOSIS 0,3	CANTIDAD PRODUCTO 3P
PRODUCTO MATERIA ACTIVA	INCIDENCIA Nº REGISTRO		

NOTAS: Tratamiento de orgánico después de cosechar tonajón 6-10.

Imagen: Diario de “Tratamientos de campo” en el que uno de nuestros agricultores entrevistados anota la fecha, los tratamientos y la cantidades de productos utilizados, amoldados a una variedad de uva (Magenta) en un determinado momento de su desarrollo. Buen ejemplo de esa “profesionalización” actual de la agricultura y de los controles fitosanitarios que deben observar los agricultores.

Llegados a este punto, pasemos a analizar las estrategias de venta ensayadas por nuestros agricultores, estrategias cruciales para su supervivencia y de enorme interés interpretativo para nosotros.

II. Estrategias de venta de la uva de mesa en el Bajo Guadalentín

En nuestro trabajo de campo, hemos podido diferenciar tres estrategias de venta mayoritarias –y prácticamente únicas– ensayadas por los agricultores autónomos de la uva de mesa de nuestra zona de estudio: en primer lugar, la llamada “venta al tanto”, “por libre” o “por fuera”; en segundo lugar, a través de *cooperativa*; y finalmente, a una *gran empresa* exportadora, y también productora, de uva de mesa. La elección de una u otra de estas estrategias de venta vendrá determinada, por lo demás, por factores diversos, entre los que podríamos destacar desde la propia elección de la variedad de uva cultivada, hasta la ubicación de la explotación, o la disposición o no de mano de obra familiar para la realización de las distintas labores agrícolas. Atendiendo a estos y otros factores, pasemos ya a analizar de forma separada y más en detalle cada una de estas estrategias, comenzando por la “venta al tanto”, “por libre” o “por fuera”.

II.1. La uva Dominga: la “venta por libre”

La llamada “venta por libre”, “por fuera” o “al tanto”, consiste en tratos anuales que los agricultores suelen hacer con una mediana empresa comercializadora. Los agricultores, de hecho, prefieren hacer dichos tratos con empresas con las que ya hayan trabajado previamente, o que conozcan de otros agricultores, sobre todo para evitar problemas con los pagos. Estos tratos, por lo demás, suelen realizarse entre el agricultor, el empresario y un tasador profesional, que determina para el empresario el volumen de la producción en kilos. Así, se realiza una negociación que persigue acercar posturas entre ambas partes, pues el agricultor también tiene una idea aproximada del volumen de su producto. En caso de acuerdo entre las partes se llega a un “trato”. Dependiendo del año, la producción de uva en la zona –y en cada parral– es mayor o menor, con lo que la posición de unos –los agricultores– y otros –los empresarios y tasadores– es diferente: con un mayor volumen de producción, los empresarios pueden bajar más el precio por kilo, mientras que en años con menor producción son los agricultores los que tienen más capacidad de maniobra. Con todo, estos “tratos” son bastante difíciles, y

aunque se suelen realizar en el parral, pueden llevar tras de sí una historia de “aproximaciones” en algún bar del lugar, al cruzarse los implicados en un camino, etc.



Imagen: En este bar-restaurante situado cerca de Aledo, “El Mandola” o “Arco de Aledo”, los tasadores suelen realizar muchas de sus “aproximaciones” a los pequeños agricultores. Era en efecto un buen lugar donde “desentrañar” el funcionamiento de estas conversaciones y tentativas. De hecho, y aunque no se aprecia bien en la foto por permanecer en la sombra, en la parte izquierda puede apreciarse, debajo del árbol, cómo un grupo de agricultores discute sobre los precios que pretenden pedir por su uva en esa campaña de 2014, una vez que el tasador ha abandonado las escena, a la que asistimos en la distancia dentro del local.

En nuestro trabajo de campo, hemos podido asistir a alguno de estos tratos, pero siempre a una distancia prudencial –por deseo expreso de los agricultores–. Con todo, nuestros entrevistados se han referido a ellos en algunas ocasiones, mostrando por lo demás una máxima naturalidad. Así lo comentaba un agricultor, que nos respondía a la pregunta sobre si estos tratos podían ser tensos, o durar algo más de lo acostumbrado:

No, depende. Eso es que te interese a ti o que le guste al otro. Si le gusta al otro, tú tienes que pedir pues arreglado a lo que hay. Este parral aquí el año pasado tuvo 30 mil kilos, pesados, que no nos entendimos antes, pues bueno, en ese momento lo pesamos, lo llevamos a la báscula y pesó eso. Supongo que este año vendrá, porque si el hombre se quedó contento pues supongo que vendrá. Cuando venga, él sabe que si el año pasado tuvo 30 mil kilos, estas parras que son jóvenes, pues puede haber 32 o 33, o 29, pero entonces, como él ya lo sabe y yo también, pues el trato no se puede alargar mucho, porque sabemos lo que hay (Entrevista N° 6).

Por lo demás, uno de los problemas a los que deben enfrentarse los agricultores que optan por esta estrategia de venta es, claro está, el cobro. En efecto, en ocasiones estas medianas empresas alegan dificultades para pagar la uva que ya han cortado y comercializado, con o sin motivos para ello. A esta circunstancia, y al miedo o cautela que su posibilidad despierta entre los agricultores, se han referido en repetidas ocasiones nuestros entrevistados, lo que de hecho explica que suelen repetir tratos con las

empresas que consideran de confianza. Así se refiere a esto el agricultor al que acabamos de citar:

Ese es otro tema, el cobrarle. Yo mismo ahora mismo estoy con uno de Cartagena porque me debe ahora mismo 18.000 €. Me hizo unos cheques el año pasado, empezó a pagar, hasta que dejó de pagar, y la uva está ya comida. Y ahora dice que él tiene otra finca, que tiene melocotones, que va a coger dinero, que va a empezar a pagar... Que esa es otra, que hay que vendérsela a gente que sabes que paga, aunque pierdas mil euros, pero por lo menos sabes que cobras [...] Eso me ha pasado este año, pero otro año no me pasa. Ése me ha pasado porque me la había comprado dos años y me había pagado, pero este año pues me está fallando. Es decir, que yo la uva la puedo tratar, y vendérsela a uno, pero mientras no me la termine de pagar no se lleva la uva. Tiene que ser así, porque como está la vida ahora mismo, como está la situación tienes que ser así. De aquí para atrás, yo estoy en esto ya varios años, y a mí nadie me ha dejado a deber un duro, y este año sí. Yo no sé por lo que es, pienso que será por como está la cosa, que habrá pillado un bache el hombre, y ya está, todos tenemos baches en esta vida, pero... (Entrevista N° 6)

Y prosigue, señalando la indefensión en la que se encuentran los agricultores en esa misma situación:

De presionarle, pues llevarlo al juzgado, pero bueno, antes de eso voy a probar a por las buenas que pague. El juzgado son historias. Él tiene un puesto de frutas allí en Cartagena, en la plaza de Abastos, está activo, que no puede decir que está en quiebra. Pero yo bueno, parece se que quiere pagar, ha tenido el hombre un bache y parece que quiere pagar, entonces antes de meterte en juicios y en historias, pues a probar a ver. Los contratos que se firman los firmas, y después si no pagas pues tienes que estar de juicios e historias. Y si las leyes de España estuvieran como las que yo conozco en Francia, pues tendrían que andar más rápido, porque allí si firmas un cheque sin fondos, pues vas a la cárcel, directamente, y aquí no, aquí no te hacen nada (Entrevista N° 6).

A esta cuestión se han referido en estos mismos términos otros entrevistados, como el que citamos a continuación:

Y en el tema de las ventas, pues ahí está mucho peor [...] Porque ahí hay mucha gente, y no se trabaja con papeles, con eso bien hecho. A ti te compran la uva, no te hacen una factura bien hecha, en el caso de que ese hombre te retire la uva y luego no te la quiera pagar... Eso no, en muchísimos casos no se hace. Funciona por confianza y porque el hombre, como va por libre, huyen de la ley porque realmente les interesa a ellos. Te dan un dinero, o te ofrecen un dinero, esto se te pagará cuando lo cortemos... Pero es un papel, un simple papel, que eso te lo pueden romper delante de tus morros, a la hora de meterte en un juicio, eso no vale para nada. Puede ser que la empresa luego no te la pague, después de haberla cortado. Y además esa empresa puede alegar muchas cosas. Puede decir que la uva no estaba en condiciones, que el precio había bajado... No te ponen un precio por kilo, te dicen la uva de Fulanito ha sido vendida a tal... Y claro, tampoco les interesa facturar todo, porque esa parte que no está facturada pues luego se limpian las manos... “Eso no es lo que hablamos, ese dinero no tengo por qué dártelos...”, esas cosas... (Entrevista N° 2).

Estos agricultores, por lo demás, suelen cultivar unas variedades de uva determinadas, en concreto uvas con pepita o *pirenas* –aunque en los últimos años también están optando por variedades de uva *apirena* o sin pepita–. La preferencia por las primeras, las uvas *pirenas*, se explica por varias cuestiones, la primera es que se trata

de variedades sin patente. Además de no implicar los costes adicionales derivados del pago de royalties –en cuyo funcionamiento entraremos después–, ello supone en segundo lugar que su comercialización se realiza en mercados considerados “marginales” o “secundarios”: esto es, menos atractivos para las grandes empresas del sector. En efecto, las medianas empresas que comercializan estas variedades de uva, lo hacen en el mercado nacional o luso, o en aquellos cuyos ciudadanos tienen un poder adquisitivo más bajo –y por tanto no pueden acceder a los precios marcados por las grandes empresas del sector para sus productos “exclusivos”, en este caso uvas apirenas con patente–.



Imagen: Uva Dominga, variedad pirena autóctona de la zona.

Aunque como iremos viendo esta hipótesis quizá no sea tan evidente, antes de continuar con nuestras argumentaciones es imprescindible aquí introducir un elemento de enorme importancia, relativo a la existencia en nuestra zona de estudio de una variedad de uva autóctona, principalmente orientada a este tipo de comercialización – aunque también distribuida a través de las cooperativas y una gran empresa de la zona–, y llamada *Dominga*. Esta variedad de uva, de grano grueso y color rosáceo en su punto de maduración, presenta ciertas ventajas respecto a otras variedades, pero también serios inconvenientes. Entre sus ventajas, y en primer lugar, cabe señalar que su cultivo sólo alcanza su máxima calidad y productividad en una pequeña área de la Comarca del

Bajo Guadalentín, correspondiente a las zonas altas de Totana y Alhama de Murcia –las más cercanas a Sierra Espuña–, y en Aledo³⁶⁶. Ello se debe a una combinación especial de condiciones climáticas –una mayor diferencia térmica entre el día y la noche, sin alcanzar nunca las altas temperaturas del Valle en verano–, y físicas –una singular composición del suelo, ideal para este tipo de uva–. En este punto, de hecho, su cultivo en otros lugares de la geografía española ha resultado escasamente exitoso –salvo en algunas zonas muy localizadas de Alicante y Almería, al parecer–, tanto en la productividad de la parra como en el aspecto y sabor de la uva. Esta circunstancia, en segundo lugar, concede a los agricultores de la zona una posición de mercado privilegiada, pues nadie puede competir con ellos en calidad. En tercer lugar, esta variedad de uva se caracteriza por tener un ciclo extraordinariamente largo, que puede extenderse desde octubre hasta enero, lo que permite a los agricultores conservar el fruto en la parra en meses donde ninguna otra variedad –a excepción de las uvas embolsadas del Vinalopó, en Alicante, o procedentes del hemisferio sur– tiene cabida. Si a ello sumamos la tradición española de comer doce granos de uva para dar la bienvenida al Año Nuevo, es fácil imaginar los elevados precios que esta variedad puede alcanzar a finales de año. Y finalmente, y puesto que su zona de cultivo se encuentra ya intensamente explotada y parcelada en pequeñas propiedades –y como decimos es muy localizada–, el mercado de la tierra ideal para este cultivo es extremadamente limitado, lo que hace muy difícil la introducción de grandes empresas en la zona.



Imagen: Panorámica de la zona de los Secanos, en la Diputación de Mortí (mirar mapa del inicio del capítulo), comienzo del área de cultivo de la uva Dominga. No obstante, en esta zona esta variedad comparte hábitat con otras, y las grandes empresas de sector han conseguido comprar o acondicionar tierras de cultivo, conviviendo hasta hoy con pequeños agricultores.

³⁶⁶ Véase el mapa topográfico de la comarca situado al inicio de este capítulo.



Imagen: Panorámica de la zona conocida como “Los Albares”, donde se ha cultivado hasta hoy la uva Dominga, con la Torre del Homenaje de Aledo a la derecha, y el Morrón de Sierra Espuña al fondo a la izquierda. Todas las explotaciones de esta zona pertenecen a pequeños agricultores, en su mayor parte convencidos de esta variedad de uva autóctona.

Pero como hemos apuntado, junto a estas ventajas la uva Dominga presenta serios inconvenientes, el primero de los cuales –al parecer– ser una uva *pinera*. En efecto, y como iremos viendo en estos apartados, la predilección actual de los consumidores por la uva sin pepita o *apirena* parece estar condenando a las variedades tradicionales con pepita a mercados considerados como decimos residuales, si no a su extinción. Ello parece admitir que la uva Dominga tiene “poca salida”, quedando reducida su comercialización a la Península Ibérica y a ciertas zonas geográficas específicas como –curiosamente– Rusia. Un segundo inconveniente –ligado por lo demás a sus importantes ventajas–, es el mayor período de exposición a las inclemencias del tiempo que su largo ciclo conlleva, especialmente arriesgado en los meses de otoño, cuando se concentra el mayor índice de precipitaciones en la zona, y también el riesgo de granizadas –aunque este peligro sea reducido hoy gracias a la nueva estructura de los parrales a doble altura, con lonas en el nivel superior–. Este largo ciclo exige, finalmente, una mayor inversión tanto en agua, abonados y demás productos fitosanitarios, como en plástico, que sirve

para evitar precisamente las posibles consecuencias de una lluvia excesiva en un mal momento.



Imágenes: El año 2013 fue extraordinariamente lluvioso y húmedo en la zona, lo que favoreció la aparición de enfermedades que desembocaron en la podredumbre y pérdida de gran parte de la producción de uva Dominga. Como después comentaremos, este mal año ha convencido a numerosos agricultores para abandonar el cultivo de esta variedad autóctona, apostando por otras uvas sin pepita, e incluso variedades con patente propiedad de alguna gran empresa de la zona. En la foto de la izquierda pueden verse varios racimos de uva Dominga podridos en la parra, y en la derecha una muestra de la uva perdida, en el suelo del parral, tras haber sido “desechada” por los trabajadores asalariados que pueden distinguirse al fondo de la imagen.

Con todo, la presencia de esta variedad de uva autóctona en aquello que podríamos llamar el “imaginario agrario colectivo” de la zona, es ciertamente sorprendente, hasta el punto de que hemos podido encontrar incluso tres “mitos fundacionales” de la uva Dominga. Así narraba dos de estos posibles inicios de esta variedad de uva en la zona nuestro entrevistado más decano (de 71 años en el momento de la entrevista, 2013):

Esa fue una uva que salió en 1912 en Totana. Una uva que salió por mutación, se dice, por las oídas que hay, que apareció en un lavador, en un lavador de las mujeres, y ahí apareció una parra, y ahí vieron que aquello funcionaba... Otros dicen que entonces se iban a segar a La Mancha, y se trajeron unos sarmientos de vino, los plantaron en una linde, y de ahí salió esa variedad, una nada más... El caso es que eso no se sabe. Apareció ahí una variedad, que es muy buena, pero que es mejorable (Entrevista N° 11).

Es curioso aquí señalar que, según esta historia, la uva Dominga dio sus primeros pasos en Totana, a pesar de que nuestros entrevistados de Aledo siempre hayan afirmado que se trata de una variedad autóctona de este pueblo. Al margen de pequeñas rivalidades tan propias de localidades vecinas, es interesante aquí señalar este hecho, por cuanto será un elemento a tener en cuenta cuando hablemos del frustrado intento por conseguir una Denominación de Origen para esta uva. Ambas historias, por lo demás, evocan en sí varios elementos de enorme riqueza interpretativa, como el agua – fuente de vida casi por definición– propia de un lavador, donde las mujeres –símbolo eterno de fertilidad– se dedican a sus quehaceres; o los segadores del cereal de La

Mancha, que portan la comida tras un largo viaje. No obstante, quizá lo más interesante sean, precisamente, las últimas palabras, “una variedad muy buena, pero que es mejorable”, queriendo señalar las posibilidades –en las que después entraremos– de modificación de las variedades de uva que ofrece hoy la biotecnología.

Así narraba este lejano comienzo de la uva Dominga otro de nuestros entrevistados, esta vez natural de Aledo, mucho más joven que el anterior (45 años en 2014):

Nuestros abuelos tenían... Date cuenta que nuestros abuelos tenían, y la uva de aquí, la uva Dominga, pues faltan 14 años, pero ya le queda menos para hacer 100 años de la uva. Es la variedad de uva más antigua que hay [...] de 1928 [...] se sabe el año, no sé decirte el por qué, pero fue ese año. Además fue un injerto, por aquí abajo [una zona de Aledo], de gente que trabajaba en molinos, molinos de harina, e hicieron un injerto, y salió esto. La uva Dominga. Había una parra borde, injertaron, y salió esto. Y hasta ahora. Es la más antigua de las que conocemos por aquí. Después han venido miles de clases nuevas, porque hay miles de variedades, pero lo de aquí es la uva Dominga, la uva de Aledo, los Secanos [un área de Totana]... Y además, sólo está en esta zona, de aquí [Aledo], de la carretera de Lorca hacia abajo, los Albares, las Viñas, Carivete, los Secanos, y otra pequeña parte de Totana que no recuerdo ahora cómo se llama, pero solamente se cultiva aquí. Se ha intentado cultivar en Cieza, en Alhama de Almería, que tiene un clima muy parecido a esto, pero no funciona (Entrevista N° 24).

Es precisamente esta longevidad del cultivo de la uva Dominga en la zona uno de los argumentos que este entrevistado aduce para apostar por su mantenimiento, y a pesar de los inconvenientes que acabamos de resumir:

“Llevamos 86 años con la uva, es la única variedad que ha subsistido. Han pasado las uvas Ohanes, Napoleón, otras variedades de uva que aquí no han ido. Y la uva Dominga sí. Incluso el año pasado [2013], que fue un año malísimo, se empezaron a arrancar parrales de Dominga a un ritmo vertiginoso, y sin embargo este año la venta ha empezado... Y además, es una uva muy tardía, solamente llega la uva Aledo, del Vinalopó, a Diciembre, porque se embolsa, y solamente llega esa uva y esta. Y esta uva perfectamente se está cortando el 10 y el 15 de enero, en los parrales. No hay ninguna uva con esas condiciones. ¿Problema? Es una uva que tiene un ciclo muy largo, aquí empieza a brotar en abril, y hasta diciembre-enero, pues fíjate, estamos hablando de 8 meses, 8 meses y medio, es un ciclo muy largo. ¿Por qué la gente se la quita de encima, o se la quiere quitar de encima? Pues por eso mismo, porque tiene un ciclo muy largo... Cuesta dinero, es la uva que se vende muy tarde, tienes que tenerla en la parra mucho tiempo, la lluvia, como a todas, pero quizá a la Dominga le afecta más que otras también por ese ciclo tan largo, el cultivo es muy largo y costoso (Entrevista N° 24).

Por lo demás, los agricultores son plenamente conscientes de que la limitada área de cultivo de esta variedad de uva les concede una posición privilegiada, lo que les convence –a pesar de sus inconvenientes– por su elección. Así lo expresaba uno de nuestros entrevistados, cuando le preguntábamos el por qué de su elección por la uva Dominga:

Porque no se cría nada más que aquí, es donde se cría mejor, y es la que más da, más que otras uvas. ¿Que es la más delicada para criar? Es que es la que hay que aguantar para la

Navidad. ¿Qué uva ves tu para Navidad? En esta zona no ves tu uva, nada más que la Dominga. Si te vas a la parte de Aspe y esa zona de Alicante, pues está la uva Aledo, que se llama, que se embolsa, y están en las bolsas para la Navidad, pero en el campo tú no puedes conseguir uva de esta, porque en el campo... Hoy mismo aquí hay por lo menos 6 o 7 grados de temperatura de diferencia con Totana. Es raro que haga mucho calor aquí (Entrevista N° 7).

Para este entrevistado, además, es esa “unicidad” de la uva Dominga lo que les puede permitir a los agricultores de la zona el mantenerse al margen de las grandes empresas del sector, empresas que fijan los precios de sus propias variedades de uva; así lo explica al referirse al *modus operandi* de una de estas empresas de la zona, dedicada al cultivo y exportación de otras variedades de uva:

Que ahí está solo [la Gran Empresa 1], que yo sepa no compra esa uva casi nadie. Y luego vienen Los Granadinos³⁶⁷ a por la uva Dominga, y empiezan a meter mano, y ahí no se encuentra él cómodo. Porque la mayoría de uva que hace te dice: “Venga, llévala”. Y qué pasa, que un año te sale a 100, otro te sale a 120, y otro te sale a 80. Él es el que dispone el precio, y tú como no puedes decir: “Es que la has vendido a 200 pesetas, o a 3 €, y me la estás pagando a 20 céntimos”. Tú no puedes decir eso. Ahora, con la Dominga sí lo puedes decir. ¿Por qué? Porque fulano ha venido y te ha dicho: “Yo te la compro a tanto”, y el otro “Yo te la compro a tanto”... Hay más movimiento de compradores, y claro... Hay más margen de movimiento. La uva Dominga te voy a decir que, si la uva la tienes curiosa y la tienes buena, es muy difícil que se quede en la parra. Es muy difícil. Tiene mercado hasta febrero casi. Yo no la he conocido. Al revés, un año se puede quedar en el mismo precio que se empieza, pero al revés, de... Si llegas a tenerla en la Pascua vale mucho dinero. Tú quieres más dinero, tienes que aguantarla. Y yo, digo, hasta que no llegue últimos de octubre no vendo la uva. Si la vendes temprano, me dijo mi jefe [de una empresa agrícola en la que había trabajado], es para arriesgarla nosotros en la parra. Y como el riesgo, pues el precio lo ponemos nosotros. Y entonces yo, digo, si tengo posibilidad y tengo fuerzas para aguantarla, voy a ver si el riego me lo pagan, se lo saco (Entrevista N° 7).

Así se refería a esta misma cuestión otro de nuestros entrevistados:

Ahora mismo hay otras clases de uva sin hueso, pero esa es uva de exportación, esa tiene unos clientes fijos que tienes que pasar por ellos obligado, y esta no, esta cualquiera te la puede comprar y exportarla. Tanto la Dominga como la Italiana como la Red Globe. Esas tienen mercado nacional y extranjero, y las sin hueso prácticamente es mercado todo extranjero, Inglaterra, Alemania, pero hay dos o tres, que hay que entrar por ellos [...] Entonces estás más sujeto a que te la quieren comprar ellos. Esta cualquiera que no sea exportador, pues te la compra y te la mete aquí en el mercado nacional. Para nosotros, para los pequeños agricultores es mejor, mejor porque tienes más gente que te la puede comprar, que te la puede sacar (Entrevista N° 6).

En efecto, y como señala este entrevistado, los agricultores de la zona suelen diversificar sus plantaciones, optando por distintas variedades de uva que, además, pueden comercializarse a través de varias empresas o estrategias de venta diferentes. En el caso anterior, tanto la uva Italiana como la Red Globe son uvas pirenas y sin patente,

³⁶⁷ Una mediana empresa que también hemos anonimizado aquí.

pero también hemos encontrado ejemplos en los que los agricultores cultivan distintas variedades de uva con y sin pepita, que comercializan bien a través de la venta por libre o a través de una cooperativa, o bien las venden a una gran empresa:

La Red Globe se la vendo a una empresa portuguesa, de fruta fresca, y este año le he vendido una parte a San Antonio, de Mazarrón, y luego le he vendido a Gran Empresa 1 las 400 parras que tengo de Crimson³⁶⁸. [La uva Dominga] la vendemos a otra gente, y como se vende por un tanto, y el dinero procuras asegurarlo, pues procuran cortarla. Por un tanto, la uva se vende... Yo primero me doy una vuelta por los parrales, y a ojo calculas los kilos que tienes. Él lleva un tasador, y ellos tasan y yo taso, y si coincides pues haces un trato. Te compran tantos kilos de uva por este precio. Ellos tienen la uva en el parral y la han pagado o la van a pagar, así que les interesa llevársela (Entrevista N° 26).

De hecho, en los últimos años, un creciente número de agricultores se muestran escépticos sobre el futuro de la uva Dominga –debido fundamentalmente a sus problemas de comercialización–, lo que está empujando a su sustitución por otras variedades de uva, principalmente apirenas, al parecer con mayores posibilidades de mercado. Esta percepción se ha agravado seriamente tras la desastrosa campaña del año 2013, atípicamente lluvioso y con incesantes vientos de Levante –con elevados índices de humedad–, lo que ocasionó la podredumbre de muchos parrales. Además, fue un año con una producción extraordinaria que llegó incluso a saturar los mercados. Esta cuestión, de hecho, ha podido ser constatada en varias de nuestras entrevistas:

Yo te diría que por aquí arriba, quitar 15 o 17 mil parras, han quitado. Debe ser un 10 o un 12%. Se va a plantar de uva pero de uva apirena, sin hueso. Y aquí entran los contratos con las grandes empresas. Cambian de estrategia. Y la verdad es que no lo entendemos. Y se han llegado a cortar parrales nuevos, parreles que entrarían en plena cosecha este año. No lo entendemos por qué, porque lo que pasó el año pasado no fue sólo con la uva Dominga, fue con la Dominga, con la Red Globe, con la Crimson, con Autumn Royal, con todo. Todo lo que vino después de las lluvias del 28 de agosto, fue con todo. Y a parte de la superproducción que había. Pero esa psicosis nosotros no la entendemos. Porque sabemos que un año es malo y otro mejor. Si es que esto funciona así, si esto, quién han dicho que esto es oro, si esto es debajo del cielo. Si un año es bueno, y otro es regular, y otro pues es llevadero. Pero es una psicosis lo que hubo el año pasado. La gente empezó a cortar parras, a cortar parras (Entrevista N° 24).

Como señala aquí nuestro entrevistado, la sustitución de la uva Dominga –y de otras variedades de uva pirena– por nuevas variedades sin pepita, se encuentra además asociada a otros elementos que deberán ser centrales más adelante, principalmente referidos a ese “cambio de estrategia” al que se alude en este corte. No obstante, es preciso aquí advertir que esta estrategia de “venta por fuera” que venimos comentando no se restringe en absoluto a la uva Dominga, ni tampoco a las uvas pirenas. En este

³⁶⁸ Variedad de uva apirena sin patente, muy de “moda” en la zona como iremos viendo.

sentido, en efecto, los agricultores autónomos que opten por plantar variedades de uva apirena sin patente podrán seguir practicando esta estrategia de venta, esta vez a una mediana o una gran empresa, conservando su libertad para elegir al comercializador con el que quieran hacer negocios. Por lo demás, son muchos los agricultores con explotaciones en lugares donde la uva Dominga no encuentra sus mejores condiciones, motivo por el cuál deben necesariamente apostar por variedades de uva “libre” –con o sin pepita–, que a menudo venden a una mediana o gran empresa “al tanto”.



Imagen: Trabajadores inmigrantes de una mediana empresa recolectando y envasando la uva de un agricultor autónomo vendedor “al tanto”. En este caso, se trata de uva de la variedad Red Globe, con pepita, muy apreciada hace unos años pero con unos precios a la baja desde hace algún tiempo.

II.2. El cooperativismo

Es interesante aquí señalar que prácticamente todos los agricultores entrevistados que se inclinan por la venta por libre –y también la mayoría de los que trabajan con una gran empresa, por lo demás–, consideren el cooperativismo como la opción más deseable. No obstante, señalan algunos problemas para esta forma de organización y venta, como expresa uno de nuestros entrevistados:

[El cooperativismo] podría ser una buena solución. ¿Pero sabes cuál es el problema que tenemos por aquí? Nosotros, muchos de nosotros, hemos estado en Cooperativa 1 trabajando, y nos hemos ido, por problemas. La gente está muy escamada. Nosotros lo hemos propuesto por activa y por pasiva: una cooperativa, es la única forma de que nosotros saquemos un duro más a la uva, o un euro, como quieras, pero jugamos con que

un 60% de la gente es gente mayor, y mayor de 65 años, uno que tiene sus 500 parras, su tal, y no los metas en estas cosas que no... Y claro, así está. Yo mismo, mi padre, con 76 años, si tiene sus cuatro parras de siempre, de toda la vida, si le quitas eso se muere. Y no gana nada con eso, pero está ahí. Pero no le digas vente, que vamos a tener una reunión, una cooperativa, porque no, él no... (Entrevista N° 24).

O este otro, también convencido de las ventajas del cooperativismo, pero que vende su producción por libre:

Haría falta que las cooperativas que hay estuvieran mejor reguladas. Las que hay prácticamente son privadas, cooperativas que se juntan dos o tres, y son realmente empresas privadas. Entonces cazan socios, agricultores, que se apunten a esa cooperativa, pero realmente son empresas. Y claro, una empresa privada, pues no es como una empresa a nivel nacional, para a la hora de vender un producto si hay un problema tenga alguna ayuda... Aquí si el producto no puede salir el que pierde es el agricultor, no es la cooperativa. Aquí la cooperativa no respalda a los agricultores de ninguna manera. Se hace un plan, se cuenta con tu cantidad de fruta, pero a la hora de la salida puede que salga, puede que no, puede que se atranque, no hay al 100% una seguridad, ni en precio ni en producto (Entrevista N° 2).

Ambos cortes señalan algunos de los problemas que acompañan a las cooperativas en la zona. El primero –que trataremos más adelante–, la avanzada edad de muchos agricultores, más reacios a afrontar el “extra” de volumen de trabajo e implicación que supone la participación en una cooperativa. Y otro, que hace referencia en los dos casos aquí utilizados hasta ahora a la misma cooperativa –a la que llamamos Cooperativa 1, y quizá la más importante de la zona–, es su funcionamiento como una gran empresa privada. En este punto, muchos agricultores que ahora se decantan por la venta por libre o a una gran empresa fueron socios de esta misma cooperativa, que después abandonaron por su disconformidad con las decisiones de la administración de la misma. A esta cuestión también se refiere el siguiente entrevistado, que curiosamente ahora comercializa su uva a través de una gran empresa:

Cooperativa 1 no es una cooperativa, es como si dijéramos Cuba, y el presidente, Fidel Castro, y tiene a los 4 que lo rodean que son pues, los más tontos, que tiene ahí engolosinados, que cada vez que hay elecciones para la dirección, pues lo votan a él, pero que eso no es cooperativa. Luego ya, otras cooperativas yo no sé: Cooperativa 3, funciona muy bien, la Cooperativa 4, esa también funciona muy bien. Cooperativa 2 creo que también funciona muy bien, pero Cooperativa 1 no funciona muy bien, es todo fachada, es saber venderse. La imagen que tiene Cooperativa 1 es lo mejor de lo mejor, y luego... Puf, luego no vale nada, porque ni defiende al agricultor, ni tiene capacidad para cubrir mercado, es nada, simplemente fachada, y tiene premios a nivel europeo, no sé qué, no sé cuantas, pero... Es que no lo entiendo, no lo entiendo. Un amigo de mi padre que es socio de allí, que está llevando brócoli pues toda la campaña, pues dice que la media son 20 o 22 céntimos. En otras cooperativas la media está saliendo sobre 35, 37, el kilo de brócoli. Es que no saben defender el género, y podría ser, no sé, si hubiera otro gobernante podría ser una buena cooperativa por el prestigio que tiene, y la infraestructura que tiene, no sé, en genera (Entrevista N° 3).

Ahora bien, esta imagen negativa de esta cooperativa en concreto no lo es tanto cuando hablamos con algunos agricultores que comercializan su uva a través de esa misma organización, de la cual son socios. Así se refiere a ello uno de estos agricultores:

Yo creo que [Cooperativa 1 funciona] muy bien. Si te adaptas a las normas, porque como somos muchos socios, pues hay unas normas, tienes unos kilos, y el corte te lo dan en proporción a los kilos que tienes. Empezamos todos a la vez, para terminar todos a la vez. Si uno tiene 100.000 kilos y el otro tiene 50, pues el que tiene 100 cada día tiene que coger el doble que el otro, y eso si lo aceptas, y tú sabes que es así, estás a gusto. Ahora, si te pones nervioso, si quieres... Me entiendes, que es plan de... (se ríe). Yo creo que allí se hacen las cosas todo lo bien que se pueden. Ahora también hay que trabajar, hay que organizarse, que por otro lado, es más cómodo venderla, perder dinero, venderla fuera, y te quitas de buscar a gente... ¿Pero qué pasa? que el que te compra el parral, si tu tienes un parral con 100.000 kilos, 100.000 kilos no te paga, porque no se sabe seguro los kilos que hay, pues el hombre va a la baja. Nosotros jugamos con esa ventaja de que los kilos que tienes son los que cobras, y luego lo que se tiene que ganar el que viene a comprártela, salvo que te quiten los gastos o lo que sea, pues es para el socio aquí (Entrevista N° 9).

En este corte podemos observar varias de las cuestiones que hacen quizá más complicado la participación en una cooperativa, la primera de las cuales es la adaptación a los criterios de calidad y volúmenes de corte de la cooperativa. Así, mientras que en la venta por libre o a una gran empresa los agricultores no tienen que preocuparse por el corte y envasado de la uva, la participación en una cooperativa supone que es el agricultor el que debe organizar las personas encargadas de estas tareas, e igualmente el traslado de la uva del parral al almacén. Además, el corte de la uva no se realiza en unos pocos días –como sucede en otras formas de venta– sino poco a poco, en días consecutivos o alternos, guardando quizá una atención mayor al momento ideal de maduración del producto, pero con una fórmula más engorrosa. Con todo, como señala nuestro entrevistado, el margen de beneficio al parecer suele ser mayor, por cuanto son menos los intermediarios entre el productor y el consumidor.

Otro de los socios de esta misma cooperativa se refiere así a las ventajas de esta estrategia de venta, reconociendo también las críticas que suele escuchar sobre Cooperativa 1:

¿Cuál es el problema de la cooperativa? Pues que yo tengo que llevarle la uva, con lo cual tengo que hacer un desembolso, y tengo un sobre-trabajo más, tengo que estar entretenido más tiempo. Y segundo que las liquidaciones me vienen a final de campaña. Yo no sé a qué precio estoy cortando la Crimson. Es más, yo hace ya mes y medio que terminé la Superior, y no sé a qué precio voy a liquidar la Superior. Puedo llevar una idea, pero esa idea no vale para nada. Tengo que confiar [...] Yo tengo gente, contrato a gente [...] en función... Porque claro, la uva tengo que cortarla yo, tengo que hacer yo la confección, tengo que llevarla en la confección que ellos me digan [Pero] yo la uva la tengo toda en una cooperativa, en Cooperativa 1. A fecha de hoy, Cooperativa 1 la gente la criticará más o

menos, todo el mundo critica a todo el mundo en este país. A fecha de hoy, yo hago balances de los 5 últimos años. Porque del último año, tienes el número real, pero no es una realidad, tienes que hacer un protocolo de los últimos 5 años. Y yo hasta el momento, en los 13 años que llevo aquí ya, en ese intervalo de 5 años ha sido positivo. Ha habido años malos, pero cada intervalo de 5 años ha sido positivo. Y eso me permite seguir aquí, de poder ampliar incluso (Entrevista N° 25).



Imagen: Pequeña cuadrilla de trabajadores locales recolectando y envasando bajo parra uva para una cooperativa de la zona.

En efecto, una vez más, es la propia organización del trabajo lo que parece hacer desistir a algunos agricultores de su participación en una cooperativa. En este sentido, y si bien las propias cooperativas mantienen unos trabajadores asalariados que los agricultores asociados pueden solicitar en un momento preciso –para el corte, despampanar, etc., y pagando los jornales, eso sí, por su cuenta–, ha sido interesante comprobar cómo los agricultores asociados a una cooperativa suelen disponer en mayor porcentaje que otros grupos de mano de obra familiar. Así, algunas de las explotaciones de estos agricultores conservan plenamente las características clásicas del modo de producción mercantil simple –aunque dependiendo del tamaño de la explotación se vean obligados a contratar asimismo trabajadores asociados para momentos puntuales, que por lo demás suelen pertenecer a la familia o ser vecinos y amigos–. De este modo lo argumenta uno de nuestros entrevistados, también socio de Cooperativa 1:

La familia trabaja conmigo, yo empecé sólo, mi mujer y yo, pero luego los zagales empezaron estudiar, pero lo que pasa, vueltas para acá y para allá, hicieron algo fuera, pero al final están en la casa. Y ahora toda la familia trabaja en la explotación, estamos mi mujer y yo, y mis dos hijos, todo el año. Y ahora, en la hora de la recolección, tengo que buscar

dos o tres personas más, porque el trabajo durante todo el año, pues es menos trabajo. Pero ahora hay más faena (Entrevista N° 9).



Imagen: Trabajadoras locales e inmigrantes asalariadas por una cooperativa de la zona, realizando labores de despampano o aclarado de pámpanos. Se trata de una cuadrilla contratada casi todo el año por dicha cooperativa, que se desplaza de una explotación a otra según las exigencias y necesidades, y cuya salario corre a cargo del agricultor autónomo asociado a la cooperativa, que paga por horas su trabajo.

Así narra este proceso otro de nuestros entrevistados, también en referencia al trabajo familiar y asalariado, exponiendo las ventajas e inconvenientes de pertenecer a Cooperativa 1:

Porque tienes que cortar las uvas, y llevarlas, mi mujer venía a cortar... Y a empaquetar. Las zagalas no, ellas siempre han estado atareadas con los estudios y todo eso, y no... Y luego, si querías pues te mandaban a gente, desde la cooperativa. Pero yo tenía a gente que conocía, y los llamaba por teléfono, y les decía: “Mañana vamos a cortar”. Cuando no cortábamos, pues se lo decía. Eso de Cooperativa 1 es un follón para cortar las uvas: hoy cortas, mañana no cortas. Luego te tiras todos los días cortando, pero al principio de la Dominga no es parejo, unos días cortas, otros no. [Lo menos es que] por lo menos cobras. Pero el margen, como tienes que llevar gente, y pagarles, y todo eso, al final el margen sale casi a lo mismo, porque son muchos jornales lo que se necesita para cortar... Si ajustas cuentas, a lo mejor sale la cosa así así, como el que la vende por un tanto[por libre]. El que la vende por un tanto a los mejor la vende a 60 céntimos, y en Cooperativa 1 a 80. Pero para cortar 1.000 kilos de uva se necesitan dos jornales. Según como esté la uva. Si está buena se corta fácil, pero si está podrida se necesitan cuatro jornales para cortar esos 1.000 kilos de uva. Y además, ahí en Cooperativa 1 la uva tiene que ir bien limpia, porque si no te llaman la atención (Entrevista N° 18).

Otro agricultor apela precisamente a estos inconvenientes para argumentar su opción por la venta por libre de su uva, a pesar de ser –de nuevo– firme partidario del cooperativismo:

Yo, por ejemplo, si no tengo familia, para que me ayuden a recolectar mi uva, y tengo que depender de... No es que me cueste pagar jornales. Es que allí [en Cooperativa 1] te dicen: “Hoy corta 2000 kilos, mañana no”. Entonces tú, por ejemplo, no vas a estar a expensas de mí, a que yo te avise para dos horas mañana y que luego estés en tu casa al día siguiente. Te aburres. Yo, claro, las zagalas que tengo, la mujer, si decidimos que nos dedicamos a esto, pues sí, hubiera entrado en la cooperativa. Yo me lo hago, me busco un remolque. Sacan más margen, pero tienes que estar adaptado a ella, y aguantarte, y pagar como socio. Pero no dependes de la cabronada del que viene, tirándote los trastos, o haciéndote ascos, o “está la cosa mal, hoy este año vais a tener casi por nada”³⁶⁹. Todas esas palabras te las ahorras. Pero qué necesidad tengo yo, para mí es más cómodo [la venta por libre] (Entrevista N° 7).

En este punto, además, es interesante señalar que en muchas ocasiones las mujeres de nuestros entrevistados cooperativistas, o bien trabajaban con ellos en la explotación familiar o en el almacén de la cooperativa de la que el marido es socio, en este segundo caso como trabajadoras asalariadas eventuales –o, lo que es más común, en ambos lugares, además de en el hogar–. Esto supone en efecto una diferenciación de tareas por sexos ciertamente esclarecedora, por cuanto muestra a las claras una reformulación del tradicional diseño patriarcal de las empresas agrícolas. Las mujeres, en este organigrama, son las encargadas de realizar el envasado de los productos, en una “feminización del trabajo manual” que reserva al agricultor autónomo –recordemos, nuestro objeto de estudio– las funciones “positivas” de concepción y control del producto. Como antes ya señalamos, en este modo de producción las labores destinadas a la mujer son silenciadas, consideradas secundarias en un marco conceptual incapaz de ver la importancia de las funciones de reproducción encomendadas al “segundo sexo” –que diría Simone de Beauvoir–.

Pero por otro lado –y esto es un lugar común tanto en cooperativas como en la venta por libre y en las grandes empresas–, el envasado puede realizarse tanto en el mismo parral –en “la manta” o “bajo parra”–, como en un almacén agrícola. Aunque en esta cuestión entraremos en el siguiente apartado, es necesario aquí señalar que cuando dicho envasado se produce en el parral –y especialmente “bajo parra”–, se trata de una labor realizada tanto por hombres como por mujeres, si bien el envasado en “la manta” se suele realizar por mujeres –siendo el método tradicional–. Con todo, la diferencia más interesante aquí entre los cooperativistas y las pequeñas y medianas empresas, es

³⁶⁹ Se refiere, claro, a los “tratos” propios de la venta por libre.

que los primeros suelen optar por mano de obra local, mientras que las empresas –de distinto tamaño– se inclinan por trabajadores inmigrantes. Y lo mismo sucede en los almacenes agrícolas: mientras que las cooperativas suelen contar con mano de obra local en sus instalaciones –tanto femenina como masculina, aunque con diferentes funciones–, y preferentemente de familiares de miembros de la cooperativa, en los grandes y medianos almacenes de las empresas privadas la mano de obra suele ser inmigrante. En efecto, se trata –de nuevo– de un ejemplo más de la reformulación de los roles patriarcales que han sostenido desde antaño las sociedades agrarias tradicionales, pero donde además se ha creado un último “escalafón social” –disculpándonos por la expresión– ocupado por los inmigrantes³⁷⁰.



Imagen: Cadena de envasado de uva de una cooperativa de nuestra zona de estudio. En este caso, las mujeres realizan las labores de envasado, mientras que los hombres se encargan del traslado de las cajas y los palets allí donde proceda, utilizando o no maquinaria según las necesidades. Nótese además que la mayoría de las mujeres son trabajadoras locales, al contrario de lo que sucede en las grandes empresas del sector, donde la mayor parte de la mano de obra es inmigrante.

Este proceso estaría señalando una “etno-estratificación” del mercado de trabajo, que se habría añadido al tiempo a la estratificación de género. Se trata de una cuestión a la que ya atendimos en el capítulo 5, y que aquí se aprecia de forma explícita a partir de

³⁷⁰ Véase para esto –además de los estudios citados en apartados anteriores–, el texto de Gadea, María Elena; Ramírez, J. Antonio y Sánchez, Joaquín, “Estrategias de reproducción social y circulaciones migratorias de los trabajadores en los enclaves globales”, en Pedreño, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros*, op. cit., pp. 134-149.

nuestros datos empíricos. En efecto, y también en nuestra zona de estudio, mujeres locales e inmigrantes realizan los trabajos exigidos por estos cultivos intensivos, conformando una mano de obra siempre disponible, flexible y vulnerable. Por supuesto, los inmigrantes ocupan la posición más débil en la estructura social, precedidos por unas mujeres –ahora asalariadas– a las que se les ha arrebatado –en la mayoría de los casos– incluso sus tradicionales labores de recolección, sustituidas ahora por la manipulación y confección del producto agrícola en largas cintas de envasado. Se ha producido –en estas nuevas labores encomendadas a las mujeres trabajadoras, locales e inmigrantes–, una “feminización del trabajo manual”, en una especie de reformulación de las posiciones subordinadas que tradicionalmente habían ocupado las mujeres en las explotaciones familiares. Y claro está, apartar a mujeres e inmigrantes de las labores de concepción, planificación y control supone, por otro lado, una brecha tanto salarial como en la forma y seguridad de los propios contratos de trabajo.



Imágenes: Trabajadores se encargan de apilar y transportar las cajas y palets de uva una vez confeccionada por las mujeres en las líneas de envasado, en una clara diferenciación de las tareas encomendadas a cada sexo.

Otra cuestión que nos ha parecido interesante al entrevistarnos con cooperativistas de la zona –o con agricultores que lo fueron pero ya no–, es la relacionada con las pavorosas narraciones sobre malversación de fondos que se han producido en algunos casos. De hecho, han sido precisamente experiencias asociadas a este tipo de sucesos lo que parece haber obligado a algunos agricultores a desistir de la estrategia cooperativista:

Las cooperativas para mí fueron una ruina. Yo me metí en una cooperativa y me arruinaron. Nosotros hicimos una cooperativa, la hicimos entre todos los agricultores, pero por la mala dirección, o porque era ladrones los señores que se pusieron al frente, la hundieron totalmente. Y con ellos nosotros demás. En la cooperativa habíamos 135 agricultores, con muchas hectáreas de uva, de brócoli, de tomate, de todo lo que se criaba de hortalizas en Totana iba para allá. Y además de esos 135 socios de gente trabajando

había más de 1.000 personas diarias. Y eso se fue al garete por la mala administración de unos señores. Y podía haber funcionado, pero nos robaron vivos a todos los que había allí. El gerente que no tenía nada que ver con la empresa, el contable, que tampoco tenía nada que ver, y yo después me di cuenta, que donde a lo mejor hacía falta un contable, pues había tres. Y eso no era todo lo malo. Eran los dirigentes de la cooperativa los malos. El dinero se perdió, todo lo que se metió se perdió. Estuvimos 2 o 3 años, y el dinero se perdió. Nos metimos de juicio, y a los 10 años los sacaron que no veían indicios de culpabilidad en la cooperativa, y eso desde los juzgados de Murcia. Eso me lo mandaron a mí y a todos los socios que denunciábamos, que fuimos sobre 40, y aquello siguió marchando con el resto, y a los 2 o 3 años les volvieron a robar, en la misma cooperativa (Entrevista N° 4).

Así se refiere a ello este otro entrevistado, que siendo hoy miembro y presidente de una cooperativa, narra así los duros momentos por los que atravesó –junto con otros socios–, cuando otra cooperativa de la que formaba parte se declaró en suspensión de pagos, a pesar de su buen funcionamiento, y al parecer de nuevo por las malversaciones de su presidente:

La agricultura los palos que te pega son fuertes. Yo el año que compré en camión aquél, que hace 19 años, ese fue el año que me metí en Cooperativa 3, en el camión y en Cooperativa 3, y no vi un santo duro en todo el año. Y me vi con la espada contra la pared. Y gracias a que entonces ponía pimientos y cebollas, y medio pude salir adelante. Y ahora... Prefiero no acordarme de los años que pasé ahí... [...] Uno que está aquí de secretario [en Cooperativa 2], estuvo a punto de colgarse con Cooperativa 3, debía 25 millones de pesetas, más lo que le dejaron de púa de todo el montaje de parrales, y a ese le crujieron el ato. Si no lo coge su cuñado o no sé quien, estuvo a pique de liarla... Y sin embargo, pues le echamos cojones a la cosa, y como dicen, el que ríe en último pues es el que mejor ríe. Y éste [se refiere al entonces presidente de Cooperativa 3], cuánto ha influido en que [Sociedad Cooperativa de Uvas] no fuera para adelante... (Entrevista N° 19).

Estas cuestiones, que además tiene que ver con la lucha de reconocimiento entre unos agricultores y otros, y con las grandes empresas, serán analizadas con más profundidad en el siguiente apartado. Por lo demás, y finalmente, una última cuestión que influye en gran medida en las distintas acomodaciones de las cooperativas dedicadas a la uva de mesa es, de nuevo, las nuevas variedades de este producto. Como ya hemos apuntado en el apartado anterior, las estrategias de supervivencia de los agricultores autónomos de la uva de mesa en la Comarca del Bajo Guadalentín –como de Murcia en general–, pasan aparentemente por la apuesta por nuevas variedades de uva apirena, como decimos más aplaudidas en principio por el mercado. En este sentido, incluso las cooperativas que hasta ahora había apostado por las variedades de uva autóctona –y especialmente por la uva Dominga–, están convenciendo a sus socios para que las sustituyan por otras más “apetecibles” al mercado:

La mucha competencia en la uva. Hay tanta variedad, hay tanta... Aquí la uva esta Dominga, en la zona esta, se vendía muy fácil, porque tal... Pues ahora ya ésta será la

misma, pero se junta con la Aledo, con la de Italia, con las variedades esas tempranas... Y cuesta trabajo sacarla. Están las sin pepitas estas modernas, que de momento van bien, porque en el extranjero, los ingleses, y los alemanes, les gusta esta uva. Y entonces yo jamás pensé en cambiar de variedad, porque esta es la zona de la uva Dominga. Pero por un lado porque estamos con una variedad sola y tiene sus riesgos, de estar a un palo sólo, y por otro lado que el comercial de Cooperativa 1: “Esto es lo que tiene futuro, la uva sin semilla”. Pues ahora tenemos al 50% la Crimson y la Dominga [...] Jamás se me pasó a mí por la cabeza... Yo sabía que existía esa variedad, pero la veía muy pequeña. Lo que yo no sabía es que al mercado le apeteciera tanto. Y entonces el comercial de Cooperativa 1, cuando hablábamos de uva decía: “El mercado lo que quiere es esta variedad”. Y luego a otro año nos decía lo mismo. Y entonces cuando hago una plantación de riparias para injertar Domingas, pues mi hijo y yo empezamos a pensarlo... Y dio la casualidad que aquí unos vecinos, se rumorea, y unos cuantos vecinos pusimos esa variedad y muy bien. Y funciona, porque esta variedad Dominga funciona ahora cuando llueve, humedades, etc., y esa viene antes [Crimson], en agosto y septiembre, es un tiempo muy bueno, y cuando empezamos con esta la otra ya la hemos cogido, y ya no cobras sólo una vez al año [...] Organizarse en el trabajo y correr riesgos, menos que con la otra. (Entrevista N° 9).

En este caso, además de apostar por nuevas variedades de uva apirena como la Crimson –sin patente por lo demás–, nuestro entrevistado señala las ventajas de cultivar distintas variedades de uva, cada una con un momento de corte distinto, lo que les permite “cobrar” dos veces al año –circunstancia a la que ya hicimos referencia antes–. Es interesante al tiempo advertir cómo nuestro entrevistado afirma que “jamás pensó en cambiar de variedad”, “nunca se me pasó por la cabeza”, una certidumbre que hemos seguido encontrando en otros agricultores, en cierto sentido “creyentes” de la uva Dominga. En este punto, las dudas de este socio de la Cooperativa 1 sobre la uva Dominga son certidumbres en otro de nuestros entrevistados, también asociado a esta misma cooperativa:

La uva Dominga lleva ya 3 años con precios muy malos, una uva que lo que es mano de obra lleva poca, pero claro, lo que es consumo de agua es mucho, porque claro, desde aquí [agosto] a que empieces a cortar, desde junio hasta diciembre si quieres, es mucho dinero en la calle, plásticos e historias, circunstancias... También la uva con pepita tiene cada vez menos demanda. Si es que la uva con pepita se va a acabar perdiendo. No se va a perder del todo porque siempre va a tener un mercado residual, pero se va a quedar un parral de uva Italiana para un cliente francés, un parral de uva Dominga para un cliente no sé qué, otro parral de Dominga para un cliente no sé cuantas... Está visto que la uva con pepita es una uva entre comillas fácil de cultivar. Si es fácil, se pueden hacer más kilos, puede haber más gente que la cultive, entonces tienes que irte un poco a la especificación.

Afirmación esta última a la que reprochamos:

[Entrevistador]: Pero la uva Dominga no tiene muchos sitios donde se puede cultivar. [Entrevistado]: En el entorno de Sierra Espuña. Pero la uva Dominga la conoces tú porque eres de aquí. Tú te vas a Madrid y dices: “La uva Dominga”, “¿Y eso qué es?” Pues uva blanca con pepita que se come en Navidad. Ya vale. Entonces tú tienes que darle a probar el grano, y entonces si le gusta, pues bien, y si no, pues nada. Es que al final lo que es la variedad en sí, se pierde. Cuando sales fuera es uva blanca con pepita, y se ha acabado (Entrevista N° 25).

No obstante, otras cooperativas de la zona, quizá de menor tamaño que Cooperativa 1, han seguido apostando por la uva Dominga, abriendo nuevos mercados en países a priori más receptivos de esas nuevas variedades de uva apirena que venimos comentando. Así lo afirma uno de nuestros entrevistados, socio de otra cooperativa a la que llamamos Cooperativa 2, que no tiene uva Dominga, pero que es el presidente de la sección de la uva de mesa de la citada cooperativa:

Yo tenía socios que estaban reacios con el tema de la uva Dominga, que no querían hacer uva Dominga en la cooperativa, y este año hemos abierto un mercado en Dinamarca, de uva Dominga. En Dinamarca tenemos un cliente que toda la que le mandemos, siendo uva limpia con sus grados Brix de azúcar, nos la acepta toda y a un buen precio. Y para Rusia también hemos abierto un mercado, una cadena, y cuando se cerraron las fronteras por la nieve en Rusia, entonces la misma cadena la mandó a Italia. Y hemos hecho una campaña buenísima.

Tras esta afirmación, que reconocemos provocó nuestra sorpresa en ese momento, le preguntamos sobre si no había sido un problema el que fuera una uva pirena, a lo que respondió:

Pues sin embargo, por lo visto, este año... Aquí vinieron los clientes a ver los parrales, vienen a ver el funcionamiento, los parrales, la empresa... Y me llega mi jefe el lunes y me dice: “Para el lunes quieren un camión”. Y yo pues nada, un camión que les mandamos. Yo no tengo uva Dominga. Esta zona es muy buena, el parral que hay ahí es de uva Dominga, de esta zona para arriba la Dominga funciona. Aquí funciona [...] Ahí fue plantar las parras, y cuando las iba a regar, ya estaban nacidas. Y este socio estaba reacio... Y yo me empeñé en abrir un mercado para la uva Dominga. Y le compré la uva [...] Ahora, hay que tener mucho cuidado, eso sí, hay que mantenerla cubierta para que no coja color. Y de ese color no la quieren. La quieren verde, pero con sus grados Brix, de azúcar, y estando verde crujiente, toda la que quieras. A mí me ha faltado uva este año. De Dominga. Y cuando le facturé el compañero me dice: “Esto no lo esperaba yo” (Entrevista N° 19).

En efecto, la cuestión sobre las variedades de uva es central para comprender las estrategias de vida económica de nuestros entrevistados. De hecho, su radical importancia quizá sea incluso más evidente en el siguiente apartado, dedicado a la venta a través de una gran empresa.

II.3. Piel sin hueso, ¿autónomos sin alma?: la agricultura contractual

En efecto, varios agricultores autónomos con los que hemos tenido la ocasión de dialogar –bien en entrevistas registradas o durante nuestro trabajo de campo–, nos han comentado cómo el cambio de sus estrategias de venta ha conllevado la sustitución de ciertas variedades de uva por otras. En este sentido, antiguos cooperativistas o vendedores “al tanto”, que habían comenzado sus explotaciones con variedades

autóctonas de uva pirena, han ido sustituyendo progresivamente sus plantaciones por uva sin semilla, con o sin patente. Así lo explica uno de nuestros entrevistados, que de hecho había formado parte de Cooperativa 1:

Yo, con cooperativa, antes era socio de Cooperativa 1, pero empecé a plantar variedades nuevas de uva, y Cooperativa 1 no quería esas variedades. Total, que yo vendí la uva a Gran Empresa 1, y Cooperativa 1 me echó de la cooperativa. No me hacían la uva, y yo al venderla me echaron. O sea, que se ve que querían que me la comiera, seguramente. Yo estaba bien en Cooperativa 1, pero si te tengo que ser sincero, ahora funciono mejor. Estoy más tranquilo, no sé por qué, pero estoy más tranquilo, allí en la Cooperativa 1 una cosa muy estricta, un agobio, siempre dándote el follón. Yo ahora vivo más tranquilo (Entrevista N° 3).

De hecho, para este agricultor el futuro de la agricultura de la uva de mesa no pasa sino por la apuesta por nuevas variedades de uva apirena, y más aún, con patente:

[Yo este año he plantado] Timpson, que esa es nueva, esa la he plantado este año, que están así los injertos [muy pequeños, señala con la mano], y esa lleva patente. Esa he tenido que pagar 2.000 euros por hectárea, y aparte la planta. Entonces, yo en el tema de la uva de mesa, las patentes son el futuro. Eso seguro. Un producto de calidad, y variedades nuevas, y continuamente cambiando las variedades, continuamente cambiando las variedades. Eso va a ser así, porque como hay tanta variedad de uva, los mercados son así, son caprichosos: “Ahora tráeme de esta que sabe a fresa, ahora de esta que sabe a melón, ahora de esta que sabe a melocotón, ahora esta que parece una piña”. Es así, y todas esas mariconadas son lo que se vende (Entrevista N° 3).

Además de la cuestión de los “gustos” en la que entraremos más adelante, este corte nos va a servir para introducir un elemento crucial aquí: a saber, la llamada “guerra de las patentes”, y su tremenda influencia en la conformación de ciertas *condiciones de posibilidad* para el desarrollo de grandes empresas del sector de la uva de mesa en la zona –y en Murcia en general³⁷¹. Por supuesto, nuestro interés no puede ser analizar el proceso de constitución, desarrollo, características, etc., de tales empresas³⁷², pero sí mostrar la tremenda influencia que su conformación en la zona ha supuesto para los agricultores autónomos. En este punto, muchos de nuestros agricultores han señalado a una empresa en concreto como la primera que, a finales de los años noventa, introdujo en la región el cultivo de la uva apirena en gran superficie. Se trataba de una variedad protegida entonces mediante patente, la uva Superior, y que según parece había sido adquirida por esa empresa a un vivero de California. Atraídos por las características y los buenos precios de esta uva, muchos productores murcianos fueron expandiendo

³⁷¹ Se trata de hecho de una cuestión que ha tratado en profundidad el *Grupo Enclaves* encabezado en Murcia por Andrés Pedreño y otros miembros del Departamento de Sociología de la Universidad de Murcia, como ya señalamos en otra ocasión: <http://sociologiaruralyde la agricultura.blogspot.com.es/>

³⁷² Véase el artículo de Pedreño Cánovas, Andrés, “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la “uva global””, op. cit., pp. 13-37.

mediante injerto el cultivo de la nueva variedad, desconocedores de que se debían pagar *royalties* a dicha empresa. Las plantaciones se extendieron tanto y tan rápidamente, que la empresa en cuestión litigó contra los agricultores y otras empresas en varios pleitos judiciales. Finalmente, se llegó a un acuerdo que comprometía a los agricultores a pagar dichos *royalties*, a cambio de seguir cultivando y comercializando la uva. Así narra este suceso uno de nuestros entrevistados, socio de una cooperativa en la actualidad, pero que por aquel entonces trabajaba como encargado en una gran empresa de la zona:

La guerra de las patentes estaba yo en Gran Empresa 2 todavía. Eso fue a finales de los 90, y aquello fue dentro de que podemos discutir de si *royalty* si o no, aquello fue el gran negocio de Gran Empresa 1 y Gran Empresa 2. Ellos fueron los que supieron sacar tajada de eso... La Superior ya no tiene *royalty*, y las otras, pues se las han traído ellos de California, de Israel, de Sudáfrica... Han apostado por esas, y ahí están. Pero eso ha venido a raíz del primer boom que ellos pegaron con eso. Ellos aprovecharon el tema del *royalty*... Tú ten en cuenta, y te hablo de memoria, no recuerdo si eran 5 pesetas por agricultor y 10 por exportador, lo que se le pagaba a Antonio Muñoz por la Superior, por cada kilo de superior que cruzara la frontera (Entrevista N° 25).

O este otro, y que también recuerda muy bien el momento:

A mí me trajeron las brocales para injertar, pero no me dijeron que entonces se iba a pagar patente. Porque después si pagué, yo y todo el mundo. Porque la cosa se fue extendiendo mucho a través de los agricultores, y ahí no se sabía que estaba patentado por Antonio Muñoz y Cía. Cuando vieron que se extendía la cosa demasiado fue cuando se destapó todo aquello, y frenaron el mercado. Fue entonces cuando empezamos la cooperativa, y tuvimos que darnos de alta en la organización, que era “Apirena” entonces, una cooperativa donde nos juntamos todos los agricultores con Superior. Nos asociamos con el nombre de “Apirenas”. Nosotros comercializábamos a través de la asociación, pero Antonio Muñoz era el que distribuía en el mercado donde iba la uva, a nivel europeo. Era el que distribuía la uva, porque era el que controlaba todos los kilos que salían de Murcia (Entrevista N° 19).

Como señala Andrés Pedreño, fue precisamente aquél conflicto lo que originó la creación en la Región de Murcia de un organismo de investigación técnica específicamente orientado a la uva de mesa, ya en el año 2002³⁷³. En efecto, aquel fue el arranque del Instituto de Investigación y Tecnología de la Uva de Mesa (ITUM), un consorcio mixto público-privado impulsado por un grupo de productores –desde grandes empresas y cooperativas hasta pequeños agricultores asociados para la compra de una o varias acciones–, que iba a aprovechar las líneas de investigación sobre nuevas variedades de uva del Instituto Murciano de Investigación y Desarrollo Agrario y Alimentario (IMIDA). Los principales cometidos de este instituto eran, por un lado, adaptar la producción murciana de uva de mesa a las exigencias de los nuevos mercados

³⁷³ *Ibid.*, p. 25 y ss.

globales, cuya inclinación por las variedades apirenas era evidente; y, por otro lado, evitar los altos costes derivados de los elevados royalties exigidos para tener acceso a las nuevas variedades de esas “uvas globales”³⁷⁴. La solución de ambos problemas, claro está, pasaba por el desarrollo propio de nuevas variedades de uva de mesa protegidas asimismo por patentes, pero esta vez propiedad de los productores murcianos. Ahora bien, ¿cómo han afectado estas dinámicas a nuestros agricultores autónomos?

En efecto, estos agricultores no son en absoluto independientes de esas cadenas de mercancías globales en las que se pretenden introducir los productos agrícolas locales. En el caso de la uva de mesa, como intuimos paradigmático, estos nuevos escenarios han permitido el desarrollo de grandes empresas de producción y comercialización, y de hecho dos de las más importantes a nivel europeo se encuentran precisamente en la comarca donde se desarrollan nuestros análisis. Obviamente, estos dos grandes actores económicos del sector van a ordenar un auténtico campo gravitacional con el que de un modo u otro los agricultores autónomos van a tener que relacionarse, coaligándose o intentando minimizar las múltiples líneas de fuerza que los atraviesan. Así, y en primer lugar, estas grandes empresas productoras y comercializadoras de uva de mesa adquieren una cierta porción de su volumen de producto mediante la compra a pequeños agricultores autónomos, agricultores que por lo demás se sienten más seguros vendiendo su producción a estas sociedades:

Mi idea, al estar trabajando con Gran Empresa 1, es tener una cierta garantía de que el producto que produces va a tener una salida, no ir siempre al mejor postor, a mí me gusta seguir trabajando con una persona de confianza, que sabes que tu producción la va a explotar, se la va a llevar, y te va a pagar. Eso es lo que siempre vamos buscando. A parte del futuro que yo veo que es la uva sin hueso, pues esta gente tiene esa garantía, de que hasta ahora se trabaja bien con ellos y no cuesta ningún trabajo estar con ellos (Entrevista N° 12).

A esto mismo se refiere otro de nuestros entrevistados, que compara de hecho la venta a esta gran empresa con la que antaño realizaba a medianas empresas, cuando aún cultivaba uva Dominga:

Yo la uva se la lleva toda Gran Empresa 1, y a mí hasta el último céntimo que me ha tenido que pagar me lo ha pagado. Y es más, yo ahora voy y le digo que me hace falta dinero, y me da dinero, o sea, que yo no tengo problemas. Pero los compradores de la uva Dominga, como no son empresas como Gran Empresa 1, que son compradores pequeños, y, no sé, parece que les cuesta trabajo pagar, sobre todo si viene alguna desgracia, que llueve, que se estropea la uva, luego para cobrar no hay cojones, entonces, yo por ese aspecto estoy tranquilo, pero lo que te dijo ese hombre [que sólo cobraba una vez al año con la uva

³⁷⁴ *Ibid.*, p. 26.

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

Dominga], lleva toda la razón del mundo, hay que tener mucho estómago. Un sufrimiento siempre tenía, y la uva pudriéndose en el parral... (Entrevista N° 3).



Imágenes: Trabajadores asalariados inmigrantes de una mediana/gran empresa de la zona recolectan la uva y la depositan en cajas de plástico, para ser después transportadas en camión a las cintas del almacén agrícola, donde las mujeres se encargarán de su envasado.



Por otro lado, además, las grandes empresas de la zona son las que se encargan de contratar la mano de obra asalariada necesaria para cortar la uva, del transporte del producto al almacén, de su confección, y de hecho ponen a disposición de los agricultores a sus propios técnicos agrícolas. En este sentido, claro está, los agricultores que venden su producción a estas grandes empresas se despreocupan de ciertas fases del proceso que, sobre todo en el caso de los agricultores cooperativistas, es un auténtico trabajo añadido. A esto mismo se refiere el siguiente entrevistado, comparando además su experiencia con la forma de trabajar dentro de una cooperativa:

Yo tengo aquí uva para cortar, y aparecen como ha habido días, 200 o 300 personas, y 4 camiones, y de la noche a la mañana se han llevado un montón de kilos, todo lo que había para cortar, son uvas negras, y entonces son en varios cortes, pero si ha habido 50.000 kilos o 60.000 kilos para cortar se lo han llevado, y si ha habido 10, también. Eso es lo que tiene esta gente [...] Mientras que en una cooperativa no, en una cooperativa: “Llévame 1000 kilos, llévame no sé qué, no sé cuántos, clasifícamela: extra, primera, segunda y lo que no vale”. Y si no tienes a tu familia, necesitas contratar gente para uno o dos días, para cortar esa uva, y luego... (Entrevista N° 12).

No obstante, estas grandes empresas únicamente están interesadas como decimos en la comercialización de uva apirena. Su situación en los mercados, como acabamos de señalar, ha dependido de hecho de este nuevo producto. Pero su estrategia va más allá, encaminada a la producción de variedades de uvas con patente que les permitan una comercialización exclusiva. Y aquí está el segundo movimiento orbital con el que pueden converger los pequeños agricultores de la zona: a saber, comprometerse al pago del royalty de una variedad de uva patentada por estas grandes empresas, a cambio de la seguridad que en principio les ofrece esta asociación. Estos compromisos, además, se realizan mediante la firma de contratos por una duración que –según nuestros testimonios– puede extenderse entre los 10 y los 15 años, contratos que obligan a los agricultores a vender su producción exclusivamente a la gran empresa con la que adquieren dicho compromiso. Con todo, el precio de la uva no se marca por contrato, claro, pero tampoco parece que exista una obligación contractual por parte de la gran empresa de comercializar la uva de estos agricultores que podríamos llamar, ahora sí, *asociados, tutelados, o autónomos dependientes*.

Como ya vimos en otro apartado, esta *agricultura tutelada* se ha extendido recientemente en muchas las partes del globo, y también entre nuestros agricultores. Con todo, es preciso aquí señalar que los agricultores que han optado por esta estrategia de venta –quizá también de vida económica– suelen ser firmes partidarios de este modelo de las patentes:

[Gran Empresa 1] son los que te pueden proporcionar una variedad protegida, con royalty, patente. Yo sólo no puedo buscar una patente de ese tipo. Yo sólo no puedo, tiene que ser a través de ellos, de una empresa fuerte que pueden ayudarnos de alguna manera. Ellos buscan su beneficio, pero al mismo tiempo te pueden a ti ayudar a seguir con el negocio este. [Pregunta: ¿Y pagas una patente?] Sí, siempre que es de ese tipo que van protegidas sí, pagas una patente, pagas unos royalties, y así es como funciona. Ten en cuenta que las variedades sin pepita llevan detrás una investigación, un desarrollo, entonces hay que pagarlo, y el futuro es ese [...] Ellos [Gran Empresa 1] están plantando mucho y... Por eso también nosotros el decantarnos por variedades protegidas, una de las razones es esa. Se va a controlar la producción, los precios pueden ser más o menos estables, porque no se va a plantar en demasía, se va a plantar lo que el mercado necesite. Por eso las variedades protegidas, se busca calidad, un producto específico, y una producción que va a

estar acorde con la demanda [...] No es como una variedad que está libre y que todo el mundo puede plantar. Si hay mucha producción los precios bajan (Entrevista N° 12).

A esta estabilidad en los precios que puede introducir el modelo de las patentes, y a la tranquilidad que parece les proporciona la asociación con estas grandes empresas del sector, se refiere también este otro entrevistado, casi en los mismos términos:

Gran Empresa 1 la mayoría de las variedades que tienen son con patente. Al final es lo ideal, porque tú al final controlas la producción, y al controlar la producción tú puedes ofrecer mejor precio al agricultor y tú puedes también vender con mejor precio. Cuando hay superproducción es cuando se tuerce todo, cuando se tuercen todos los precios. Ahora, ellos mismos, si colaboran con muchos agricultores, que tienen su patente pero les dan su simiente, no va a dejar nunca que se produzca más de lo que tienen contratado con sus mercados. Así ellos pueden ofrecer calidad, porque son sus técnicos los que van a controlar esa producción, porque ellos tienen que ofrecer calidad. Y al mismo tiempo tú la cosecha la tienes vendida, aunque sólo se la puedas vender a ellos. Y ellos al mismo tiempo te la pueden comprar a mejor precio porque no hay superproducción. Yo creo que al final hay que morir ahí. Y no sólo Gran Empresa 1, hay varias empresas que lo están haciendo así. Aparte de sus producciones tienen a sus agricultores que les producen a ellos. Eso es igual que El Pozo [gran empresa cárnica de la zona] hace con sus cerdos, los tienen contratados. Más o menos, en sectores diferentes, pero es lo mismo: tú me engordas a los cerdos y yo me los llevo. Pues tú me haces uva, me la haces con la calidad que yo quiero y como yo te diga, y al final me la llevo y te pago pues lo mejor que pueda pagarte. Y así la producción siempre la tienen controlada. Porque al final, si esto se abriera a todo el mundo, al final siempre se produciría de más y los precios pues siempre estarían bajos (Entrevista N° 23).

Estos agricultores, en efecto, únicamente tienen que preocuparse de su producción, así como de respetar los estándares de calidad y certificaciones necesarios para que la empresa con la que están asociados pueda introducir sus productos en los mercados agroalimentarios globales. Además, es la propia empresa la que pone a disposición de los agricultores a sus técnicos agrícolas, especializados según nos han contado en cada una de estas nuevas variedades. En este sentido, parece de hecho que las variedades apirenas son más susceptibles de “enfermar” que las uvas con hueso, lo que a algunos de nuestros entrevistados les resulta ciertamente preocupante cuando se trata de nuevas variedades con las que aún no se cuenta con la suficiente experiencia:

Ya te digo que no las he quitado [uvas Napoleón, variedad tradicional pirena] porque he visto algo en estas nuevas [variedad apirena con patente] que no me gusta mucho, en el año de injertos, de subirlas, de formarlos... He visto algo por ahí, una mancha por ahí que tenía, y esa mancha... Empezó a salirles, y yo decía: “Esto es un hongo, si Mildiu no es...”. Y nada, no se ve nada... Al final no sé qué tipo de hongo es, y claro, la que le ha salido en un brazo, bueno, pues tienes tres brazos. El brazo en que esté la mancha esa esta seco, hacia adelante se ha secado, se ha comido la corteza y la savia... Hay por ahí alguno... [nos levantamos y vemos algunas parras] Mi pensamiento este año era quitarlo [el parral de uva Napoleón], pero claro, la que le ha salido en el tronco, pues ese es el que más miedo me da... porque de ahí para arriba está seco. Y esa fue mi duda. Y además, sacar los cuatro brazos al injerto me ha costado mucho trabajo, porque cuando subía por aquí, llegaba un momento en que se venía para abajo, se doblaba y se chafaba. Cogías la punta, la subías, y

la siguiente costilla que venía abajo no lo limpiaba. Pero me di cuenta que cuando subía seguía teniendo un chafado... He ido teniendo muchos problemas para llegar a ordenar los cuatro brazos. Por eso fue dejar el parral este (Entrevistado N° 13).

Como comentamos en su momento de la mano de Kautsky, el *saber hacer* tan propio de la agricultura en general y de la uva de mesa en concreto, parece estar dejando paso a ese *saber técnico* del especialista, lo que en cierto sentido puede revelar una nueva posición para el agricultor autónomo. En efecto, cabría preguntarse hasta qué punto se trata de agricultores *realmente autónomos* cuando han *externalizado* –en cierto modo– algunos elementos que podrían considerarse *definitorios* de la producción mercantil simple: parte de la propia organización de la producción; la propiedad de algunos de sus medios de producción –una uva patentada, de la que no se es completamente titular, y que además sólo puede comercializarse a través de esa empresa–; su condición de especialista, diseñador y cuidador de sus productos –tareas ahora realizadas por técnicos especializados a sueldo de una empresa–; etc. En este sentido, podría parecer que estos agricultores tutelados no son más que *trabajadores externalizados*, ocupando una posición en cierto modo privilegiada, en un lugar intermedio entre la producción y el mercado, pero que sin embargo mantienen la mayor parte de las notas definitivas del modo de vida de autónomo: la no distinción entre horas de trabajo y horas de ocio; la gestión de los costes y beneficios de la explotación; el sentimiento de realización personal derivado del mantenimiento del negocio familiar; la implicación personal y absoluta en el negocio; el cuidado delicado de su producto; y, sobre todo, la concepción de su explotación o empresa familiar como un *fin* en sí mismo, y no como un medio.

III. Percepciones y lucha de reconocimiento

Para las grandes empresas de la zona, mantener como “socios” a estos trabajadores autónomos de los que acabamos de hablar conlleva toda una serie de beneficios que aseguran una relación absolutamente rentable, en primer lugar al conseguir un producto de la máxima calidad con unos costes muy reducidos. Como cualquier trabajador autónomo, estos agricultores tutelados conceden una enorme importancia a la obtención de un producto de la máxima calidad, en lo que invierten tanto tiempo y esfuerzo como sea necesario. Dadas las condiciones propias de la producción agrícola, el cuidado y la atención que prestan estos agricultores será –casi necesariamente– mayor que la

invertida por los trabajadores asalariados en las explotaciones en propiedad de estas grandes empresas productoras y exportadoras. Así se refería a esta cuestión uno de nuestros agricultores tutelados entrevistados:

Nosotros llegamos los tratamientos de “giberélico en floración”³⁷⁵, y yo no sé por qué son en comuniones, o en la boda o la invitación... (ríe) Y tú antes de irte cada mañana, pues te has dado tu vuelta por tu parral, y has hecho tu recuento de flores. Yo sé que una fábrica o una industria tendrá sus requisitos, su calentamiento de cabeza, pero cierras tu puerta y se ha terminado. Este no. Son cosas vivas, entonces hay que estar muy encima [...] La uva es de las cosas que se cultivan que más encima y más mimo hay que tener. Y lo que son variedades de estas sin hueso, más todavía, son mucho más sensibles, a la climatología, a las carencias, a todo. Y hay que estar muy pendientes, muy encima. Tú vives para eso. Echas las horas que tienes que echar, y no tienes ni sábados, ni domingos ni nada de eso, y así es como vivimos. Pero vamos [...] te sientes, no sé, es un ser vivo, y es un trabajo que comienza ahora en el invierno, y cuando llega el verano pues ya lo tienes ahí, y lo ves. A esto se le dedica muchísimo tiempo (Entrevista N° 12).

En efecto, estas palabras podrían corresponder a cualquier agricultor autónomo, ejemplo paradigmático de un modo de vida que quizá encuentre en la agricultura una realización superlativa: la percepción de sí mismos como profesionales y como trabajadores autónomos es también en su caso –con todo lo que ello supone y con sus notas características–, esencial en su modo de vida.



Imágenes: Uno de nuestros agricultores entrevistados dedicado al cultivo de la uva apirena nos muestra el “anillado” de una parra. Esta técnica, que suelen desarrollar trabajadores asalariados especialistas cada año, consiste en rasgar en toda su circunferencia el tronco de la parra justo debajo de los brazos, lo que provoca que el flujo de savia sea mayor hacia arriba que hacia abajo, lo que concentra los nutrientes en la uva, y no en el tronco. Se trata de una técnica realizada exclusivamente en ciertas variedades de uvas apirenas.

No obstante, y en relación a los precios que les ofrecen por su producción estas grandes empresas, éstos están muy por debajo de los de mercado –precios que, por otra parte, son en gran medida marcados por ellos mismos–, a pesar de despreocuparse éstas

³⁷⁵ El ácido giberélico es un fitoregulador de crecimiento, de acción hormonal, que regula o estimula el crecimiento y desarrollo de las plantas.

casi por completo tanto del proceso productivo como de los costes de producción. En este punto, como hemos señalado sólo se encargan de asesorar a través de sus propios técnicos sobre los productos fitosanitarios a utilizar, los cuidados necesarios para cada variedad de uva, sobre la obtención de las certificaciones necesarias, etc. ¿Por qué optan entonces por esta estrategia de venta estos agricultores autónomos? Como hemos visto de la mano de algunos cortes de entrevista, el despreocuparse de ciertas fases del proceso productivo –especialmente del corte, el envasado y del transporte de la uva–, o la seguridad que les ofrecía –en principio– el trabajar con estas grandes empresas, eran motivos más que suficientes para decantarse por esta estrategia de venta. Lo cual explica en gran parte su elección, pero no completamente. En efecto, tanto en nuestras entrevistas como en nuestro trabajo de campo, hemos encontrado relatos y argumentos que justifican esta elección desde un punto de vista que podríamos llamar *subjetivo*, o si se quiere, mucho menos “racional” y económico. Así lo argumenta uno de nuestros entrevistados:

Yo veo mejor la forma que nosotros tenemos con Gran Empresa 1, somos independientes, estamos en contacto con ellos, pero tenemos nuestro grado de independencia. En ese sentido lo veo más factible que estar asociado en una cooperativa [...] Ellos se benefician de las ayudas, ellos las reciben porque son productores y reciben esas ayudas. Pero ellos nos necesitan a nosotros que estemos asociados a ellos para poder recibir esas ayudas. Y al mismo tiempo ellos las reciben, pero nosotros también. Es una simbiosis. De esas ayudas que ellos reciben se quedan con una parte proporcional, como son más grandes, pero nosotros recibimos nuestras ayudas.

Y continúa:

[Con el jefe de Gran Empresa 1], yo no he hablado muchas veces con él, pero él apuesta por la zona, está clarísimo que él apuesta por la zona, él apuesta por los agricultores que estamos con él. Él mira su interés, pero yo creo que él ha apostado muchísimo por la zona y por los agricultores que estamos con él, en todos los aspectos. Yo lo veo que tiene mucho interés de la producción de la uva de mesa en esta zona, y eso es lo que se necesita [...] Yo sólo no vendo en Emiratos, ni en Rusia ni en China, tiene que ser una empresa como la suya, o alguien como él. Entonces los demás tenemos que andar al remolque, al lado de él, si no, no tiene salida. Una cooperativa con un director gerente o con un comercial, no llega a eso. Porque una gran empresa, o cualquier cosa, tiene que tener una cabeza visible que tome las decisiones en un momento determinado, y no estar contando con gente alrededor. Se equivocará o no, eso no lo sabemos, pero si él tiene que tomar una decisión de mercado la va a tomar él y punto, y la va a tomar en su momento, cuando lo necesita, mientras que los otros necesitan ponerse de acuerdo. ¿Y luego quién te va a vender, un director comercial, un gerente? Al fin y al cabo ese está a sueldo, no es como lo tuyo. Por eso es... Y luego tiene mucha visión. Él ha apostado por la uva sin hueso, hace años, y es el camino, era el camino, y de hecho ahí está. Cada vez ampliando, plantando más, y a rastras de él vamos los demás, nos lleva, tenemos que seguirlo (Entrevista N° 12).

En estos cortes podemos detectar en efecto una gran carga de confianza en el conductor de una de estas dos grandes empresas productoras y exportadoras de la zona.

En este sentido, se alaba su saber hacer, su profesionalidad y su visión comercial, describiéndolo casi como un *leader* que marca el camino del éxito y el futuro del sector en la zona. Despreciando en cierto modo los principios de un cooperativismo que exige por definición –aunque al parecer no de facto en ocasiones– de la participación democrática de los socios en la toma de decisiones, ensalza la virtud de la acción *decisionista* –en el más puro sentido schmittiano– del jefe de la gran empresa, capaz de unir a los agricultores en un auténtico *haz de lictores*. Pero también es preciso detenerse aquí en una cuestión a la que nuestro entrevistado hace referencia en el primero de estos dos cortes, al referirse a esa “simbiosis” entre las grandes empresas y los pequeños agricultores, lo que permite a ambas partes la adquisición de ayudas públicas.

En efecto –como vimos en el capítulo 4–, la concesión de las ayudas europeas de la PAC exige de la formación –en este caso– de una Organización de Productores de Frutas y Hortalizas (OPFH). Las grandes empresas de la zona –como las grandes y medianas cooperativas–, se han preocupado por agrupar a sus productores asociados con el fin de constituir estas Organizaciones de Productores, paso previo para optar a los Fondos Operativos de la UE. Estas organizaciones, en efecto, deben tener un carácter cooperativo u asociativo al menos, por lo que esas empresas “necesitan” en cierto modo a sus agricultores tutelados, como también éstos deben tender a este u otro tipo de asociación para concurrir a dichas ayudas. A la cuestión concreta de las ayudas entraremos con algo de detalle en un capítulo posterior. Lo que por el momento se nos exige, en efecto, es corroborar el funcionamiento –en cualquier forma– de aquella “simbiosis” a la que se refiriera nuestro anterior entrevistado. Por lo demás, se trata de una cuestión central en esa lucha de reconocimiento –y de recursos– a la que ya nos hemos referido en nuestros apartados teóricos. En efecto, no se trata tan sólo de optar a las ayudas europeas, sino además de sentirse *respaldado* por una comunidad, seguro dentro de una cierta cadena económica, un proyecto colectivo guiado en este caso por una empresa y una persona. Así lo explica este otro entrevistado:

Con la estrategia que allí en Gran Empresa 1 te enseñaban, porque nosotros todos los años, a principios de campaña, tenemos una reunión, para ir encauzando cómo vamos a llevar la cosa, si hemos tenido algún problema. Por eso te he dicho antes que por una parte está bien, funciona casi como una cooperativa, por lo menos porque están ellos como empresa, pero ellos también tienen interés en que esto funcione bien. Y agricultores alrededor de ellos, con los cuáles ellos funcionan, o funcionamos mutuamente, y por eso casi siempre son los mismos. Y entonces pues, de cara al año siguiente, por eso está muy bien (Entrevista N° 13).

No obstante, es interesante advertir aquí que todos los agricultores tutelados con los que hemos tenido ocasión de hablar y/o entrevistar, conservan producciones de uva sin patente, e incluso una gran mayoría de uva pirena, que siguen comercializando a través de otras empresas. En un corte anterior, de hecho, el último de estos agricultores citado nos confesaba que había decidido no cambiar un antiguo parral de uva Napoleón –pirena sin patente, claro–, porque en la nueva variedad con patente suministrada por Gran Empresa 1 “había visto algo que no le gustaba”. En ese corte, en efecto, se refería a una cuestión puramente técnica, pero en otro momento de la entrevista –ya al final, cuando habíamos labrado una cierta confianza–, nos confesaba sus dudas a propósito de este pretendido monopolio de las grandes empresas del sector, y de esa insaciable búsqueda de nuevas variedades de uva:

Yo, lo único que juegas es, pues eso, ellos son los que te marcan el precio. Yo con ellos no ajusto un precio, yo particularmente no, entonces pues eso. El precio ha sido a esto, pues ha sido a esto. Y bien, lo único es que el futuro yo no lo veo bien bien, pues eso. Su manera de trabajar perfecta. Pero además creo que se está plantando mucho [...] Ahí también tengo mi punto negativo, el futuro pasa por ahí, pero también me hago yo una pregunta: ¿Por qué yo tengo que cultivar lo que el que se va a comer quiere? Y de la forma que la quiere, y del sabor que la quiere, y del color que la quiere, ¿por qué? ¿Por qué tengo yo que amoldarme al consumidor tanto, por qué yo no puedo tener mi producto, y ese es mi producto y ya está? ¡Pruébalo! Y mira a ver... Que muchas veces, cuando ya la bola se hace tan grande, ellos son los que te imponen, los de fuera son los que te imponen. Y también estar dando vueltas con tanta variedad, ¿por qué eso? Pues porque ellos también te dicen como quieren. Pero yo no sé hasta qué punto debería ser así. No digo que no haya que innovar, que conocer, y que... Porque yo lo estoy haciendo. Yo esta variedad [señala el nuevo parral], la desconozco, y la he plantado. Conozco a alguien que la cultiva, la he visto, pero la desconozco. Y entonces, pues eso, sí que estoy de acuerdo con que hay que poner nuevas variedades, pero no sé hasta qué punto ya tanta variedad...

A esta última afirmación no pudimos reprimir una pregunta que nuestro interlocutor parecía estar insinuando: “¿no están persiguiendo el monopolio?”. A lo que nos respondió:

Exactamente. Por una parte está bien, porque ya te digo, a la hora de funcionar se funciona, vamos, por lo menos yo con Gran Empresa 1, perfecto, en todos los sentidos. No tienes problemas a la hora de cobrar. Y yo, a mí, cuando ellas empiezan [las uvas], si hay que venir, a verlas, o lo que les pase, a mirarle. Está todo más controlado. Pero eso, yo no sé hasta qué punto a la hora de seguir sobreviviendo como autónomo en este sector pues interesa o no interesa. Pero eso lo vamos a ir viendo en el futuro. Pero mis dudas las tengo (Entrevista N° 13).

Estas últimas frases, en efecto, podrían servirnos de testimonio ideal para ilustrar aquella duda teórica a la que hicimos referencia más arriba: ¿siguen siendo estos agricultores tutelados plenamente autónomos? ¿Siguen manteniendo su modo de vida propio al depender en tan elevada medida de estas grandes empresas del sector? ¿No

habrán perdido precisamente esa *libertad* de elegir sus estrategias de vida económica al aliarse con estas empresas, al amoldarse a sus maniobras, a sus intereses, a sus productos? Esta es la duda que se plantea nuestro interlocutor aquí, como también otros entrevistados, o los agricultores autónomos tutelados de otras partes de Europa.

De hecho, se trata de una incertidumbre que irremediablemente también proyectan nuestros otros grupos de agricultores, convencidos en su mayoría de que asumir estas formas de agricultura tutelada es renunciar a su propia *esencia*. Así lo argumenta este agricultor, hasta ahora vendedor “al tanto”, pero convencido de la opción cooperativista:

El estar sujeto a esta gente, a estos mayoristas, es nuestra muerte, es la muerte del pequeño agricultor. Porque al final lo tuyo no es tuyo. Lo que significa pequeña agricultura, toda esta zona que la está manteniendo la pequeña agricultura, no desde ahora sino desde hace muchísimos años, desde mis padres, mis abuelos, y desde... mis bisabuelos, y mi abuelo hablaba de... Y esto, al final, tú haces un contrato y lo tuyo no es tuyo, no es tuyo. Es cierto que es tuyo por cuanto no puedas vender, porque no te la van a comprar, porque te la vas a quedar ahí, eso está claro (Entrevista N° 24).

Optar por este tipo de agricultura tutelada, en efecto, significaría para nuestro entrevistado incluso romper con una herencia de sus “ancestros”, quebrar ese *espacio de experiencia* inaugurando un nuevo *horizonte de expectativas* –en expresión de Koselleck–, en el que su futuro pasaría por ese “estar sujetos” a esas grandes empresas. La libertad es para él, en efecto, un valor cardinal:

Tampoco estamos sujetos a nadie, no nos gusta estar sujetos a nadie. Porque, vale, pones un parral de uva apirena, te vas a una gran empresa de estas de ahora, te firman un contrato de 15 años, y estás sujeto ahí 15 años. Eso, ¿es bueno? Puede serlo. El año pasado hubo gente con contrato, y no pudo vender la uva porque no se la retiraron [...] Aquí había mucha Crimson, y pasó como en otros sitios, se llevaron cuatro uvas, o parrales que no se la llevaron... Entonces, ahí está también [...] Cómo llamar al agricultor, si lo llamas asociado de tal o cual... Nosotros sí que estamos, y sí que seguiremos estando como agricultores autónomos y libres (Entrevista N° 24).

Además de la absoluta convicción de que su libertad pasa por su independencia respecto de estas grandes empresas del sector, y de lo inadmisibile que le resulta la firma de un contrato –fórmula a la que ya hicimos referencia– que les obligaría durante 15 años a comercializar su producto a través de una sola empresa, nuestro entrevistado hace aquí mención a una cuestión que de hecho no hemos podido corroborar: las obligaciones de estas grandes empresas para con sus agricultores asociados. En efecto, tanto unos como otros nos han hablado de esos 10 o 15 años de compromiso. Pero nadie nos ha querido responder a la pregunta de si las grandes empresas con las que se firman esos contratos se comprometen a retirar todo el producto –siempre y cuando cumpla unos estándares de calidad y de utilización de productos fitosanitarios adecuados, claro–

. Por supuesto, los agricultores “contrarios” a esta forma de venta siempre nos han dicho que esas empresas no se comprometen a nada en ese sentido, pero es claro que su concepción de los agricultores tutelados es, cuando menos, de recelo. En cierto modo, y aunque suelen admitir que a menudo les ha resultado una idea tentadora, los consideran “menos auténticos”, secuaces de unas compañías a las que sienten amenazadoras, siempre al acecho de sus medios de subsistencia. Pero tampoco los agricultores tutelados nos han respondido con claridad sobre este asunto.



Imagen: Agricultores autónomos montando un nuevo parral en la zona de los Albares, en Aledo. Se trata de un trabajo que suelen realizar trabajadores profesionales, pero muchos de estos agricultores son capaces de hacerlo ellos mismos, o al menos partes del proceso. Como puede apreciarse en la imagen, el “tractor parralero” también puede acondicionarse para esta función, transportando los rollos de alambre dentro del “esqueleto” del parral.

Sea como fuere, lo cierto es que este “menosprecio” de unos agricultores respecto a otros ha sido recurrente en nuestras entrevistas. Y unos agricultores cuyos únicos elementos de identidad grupal –además de su lugar de origen– son fundamentalmente: por un lado, las variedades de uva cultivada; por otro lado –y quizá de forma más determinante–, sus estrategias de venta; y finalmente, aunque sólo en determinadas ocasiones, su inclinación por uno u otro sindicato. En el corte anterior esta cuestión ha sido expuesta de forma paradigmática, narrada de hecho por un agricultor de Aledo, titular de una pequeña explotación de apenas 3 ha, firme defensor de la uva Dominga y

convencido de la opción cooperativista –aunque, como hemos apuntado, vendedor al tanto–. Pero el modo en que los agricultores no tutelados consideran la “forma de trabajar” de estas grandes empresas, su relación con los agricultores y cómo se aprovechan de estos, es fácilmente rastreable en nuestras entrevistas. En este sentido, es extraordinariamente precioso el siguiente testimonio, de un antiguo trabajador de una de estas grandes empresas con elevadas responsabilidades entonces, ahora agricultor autónomo y socio de una cooperativa:

Si tu estás bajo el paraguas de unos de los grandes, de Gran Empresa 1 o Gran Empresa 2, pues de alguna forma pues siempre te llevan informado... Pero yo que he trabajado en Gran Empresa 2, y en aquellas fechas, mi padre le vendía a Gran Empresa 2, y yo trabajaba ahí, aunque se quede mal como suene cuando se quede grabado, yo le dije al jefe, que si a mí mi sueldo me lo pagaba mi padre, porque allí una cosa era el precio a lo que se acordaba, y otra a lo que se liquidaba. Porque yo el último año le dije al jefe que si mi sueldo me lo pagaba mi padre, porque entonces qué hacía yo allí [trabajando en Gran Empresa 2]. Porque había recortes [ríe]. Tú acordabas un precio, y luego ese precio no era ni por allí arrimado. Se pagaba bastante menos. Y luego, la calidad de uva... Se llevaban la extra, la flor, lo mejor que tenías, y luego lo demás te lo dejaban (Entrevista N° 25).

Estas suspicacias respecto a la forma de embaucar a los agricultores que utilizan las grandes empresas de la zona es especialmente patente, en efecto, entre los cooperativistas. Otro de nuestros entrevistados, con el que conversábamos sobre el funcionamiento de Gran Empresa 1, narraba así una discusión que había mantenido con la mujer de un agricultor de la zona, sobre la posibilidad de que su marido –agricultor él mismo–, accediera a cultivar una variedad con patente de aquella gran empresa, firmando el correspondiente contrato de exclusividad:

Hay una mujer que trabaja conmigo, [y] su marido tiene Superior, y me dijo un año que la cortáramos [en Cooperativa 2], se mete como si fuera un socio, a mi nombre o el de otro y ya está, haciendo el análisis y viendo que está bien no hay ningún problema. Y bueno, se metió por medio y se la compró el jefe de Gran Empresa 1, y se la compró. Me dice: “Nada, ha venido este...”. Y yo, pues nada, la uva es tuya y puedes hacer lo que quieras. Pues este año pasado le dijo [el jefe de Gran Empresa 1]: “Esa uva tienes que arrancarla y poner uva de esta que es la que tiene futuro. Y la Superior ya no tiene futuro”. Y me pregunta la mujer: “Le ha dicho esto a mi marido y está convencido de que el parral viejo lo vamos a arrancar y poner esto”. Y yo le dije: “ten cuidado que tu marido no está para firmarle 15 años, que va a cobrar la vejez”. Y la mujer: “¡Has dicho 15 años!” Y entonces, empezaron a andar los pasos, el hijo que está en la Consejería trabajando, y el hijo se lo dijo también: “¡Ni se te ocurra!”. El año pasado le pagó la uva a 57 céntimos (Entrevista N° 19).

En la entrevista con este agricultor, convencido cooperativista, era de hecho tremendamente evidente la animadversión que sentía por Gran Empresa 1 y sus responsables; de hecho, justo después de esta historia, nos contó una jugosa anécdota sobre el jefe de esta empresa:

A parte de eso [la historia anterior] es las cosas malas que decimos. La nave nueva que está haciendo, dijo: “Esa me la tienen que pagar los agricultores”. Si es verdad que te la están pagando los agricultores, pero cállate la boca. Estás que todo el mundo se ha dado cuenta el viaje que le has pegado al precio para abajo. Eso lo dijo en público, en los bares donde lo estaban oyendo los agricultores (Entrevista N° 19).

Por lo demás, claro está, para este entrevistado la opción cooperativista es la mejor forma de vivir su libertad como agricultor, permaneciendo siempre al margen de estas grandes empresas:

El ser cooperativista, eso por supuesto, y sentirme libre de esa presión de la persona ajena que viene a explotarte. Es lo que le estoy inculcando a mi hijo, que este año ha empezado en Lorca, en la Escuela de Organización Agraria, haciendo el Superior de Perito, y es lo que más le inculco. Yo le digo: “vas a tener tu título, si hay trabajo trabajas, y si no tienes una empresa montada. Y ya sabes que aquí nadie va a venir a engañarte, tú eres el que va a vender”. De hecho nosotros, cuando empieza la campaña, me llama el de la exportadora y me dice: “Oye, vámonos a Dinamarca, vamos a este sitio, vamos a ver a este cliente, etc.”. A conocerlos, cómo quieren que se haga el trabajo, a ver lo que se hace, a aprender más [...] ¿Y qué pasa con Gran Empresa 1? Siempre quiere empezar el primero, esté la uva o no esté. Lo que no comparto es que la gente que está con estos ni siquiera están por libre, los tienen pillados, entonces, eso, yo no lo comparto de ninguna de las maneras, que nunca llegas a saber lo que vale tu producto... El año pasado tuvimos una de las cadenas a las que él manda mucho, mucha uva. En Suecia, la cadena Ica. Pues ese tío quiere calidad, y nos comentó que había rechazado uva Autumn Royal [variedad de uva] porque la habían mandado antes de tiempo, ni tenían los grados Brix, ni tenía... Y él está acostumbrado a hacer eso, él y Gran Empresa 2... Quiere servir antes, porque el que llega antes, es el que agarra al tío. Y pasa porque tú tienes que servirle coliflor, lechuga... Y por ahí les tenemos un poco cogidos, y cuando llega la uva nuestra, ven la diferencia, y ven como se vende, porque lo otro que habían mandado antes, pues ahí lo tienen en la cámara que no lo pueden vender (Entrevista N° 19).

En efecto, claro está, la calidad de su producto es un factor absolutamente relevante para estos agricultores cooperativistas, muy a menudo invocada para diferenciarse tanto de las grandes empresas como, en algunos casos, de los agricultores que venden por libre. En este punto, uno de nuestros agricultores –con experiencia anterior en una gran empresa–, nos comentaba algunas de las ventajas que precisamente las explotaciones de los autónomos siguen manteniendo respecto a las grandes empresas del sector:

No es que seas más listo que nadie, pero tienes que hacerle en su momento [lo que tienes que hacerle]. Y cuando llega una cosa que tienes que hacerla el domingo por la tarde, es el domingo por la tarde, no es el lunes por la mañana. Son tres momentos al cabo del año, pero hay que estar ahí. Cuando llega el incremento de riesgo de ataque de oídio [una enfermedad de la vid], a mediados del cultivo, si por mucho que lo lleves protegido antes, si en ese momento no tienes la certeza de que está verdaderamente cubierto, pues tienes que darle. Y si no le das, pues cuando tengas el más mínimo fallo, pues te la has cargado, y has perdido la cosecha. Tienes el vuelo del gusano, de la mariposa del gusano, que tiene a partir de un momento puntual tienes 4 o 5 días para hacer un tratamiento. Si en esos 4 o 5 días no lo has hecho, pues puedes perder un porcentaje gordo de cosecha. Son cosas puntuales que tienes que hacerle en un momento determinado. Y luego estar preparado para hacerlo [...] Yo, por ejemplo, tengo muy buena relación con los técnicos de Gran Empresa 2, y con el

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

jefe de los técnicos, yo se lo digo: “Amigo, cuando llegan las papeletas, y los técnicos desaparecen, y se van los viernes, y los lunes hasta las 7 de la mañana no aparecen, ¿qué?”. Y claro, el me dice: “Me cago en la madre que los parió. No hay cojones”. Dice: “Son dos o tres fines de semana al año los que hay que estar al pié del cañón, pero no hay cojones”. El fin de semana que coincide con la floración, y otro fin de semana que suele ser unas 3 semanas después. Coinciden, lo que te he dicho, si toca un domingo por la tarde toca un domingo por la tarde, no lunes por la mañana (Entrevista N° 25).

Un elemento también muy importante en relación a esta reivindicación de la calidad al que se suelen referir nuestros agricultores, que también hemos podido observar durante nuestro trabajo de campo –y que ya hemos comentado anteriormente–, es el *envasado* del producto. En este sentido, en efecto, el envasado de la uva de mesa se puede hacer de varias formas, aunque podemos distinguir dos sistemas muy diferentes: en el almacén o en el parral. El envasado en el almacén es el único que observa Gran Empresa 1, si bien Gran Empresa 2 lo combina con el envasado en el parral para ciertos tipos de uva –especialmente la uva Dominga, que aún comercializa pero en mucho menor volumen que la uva apirena–. Las cooperativas de la zona, por lo demás, combinan ambos tipos de envasado –en el parral o en el almacén–, dependiendo muchas veces de las preferencias del agricultor –o de si éste cuenta con mano de obra familiar, etc.–. Por lo demás, también las medianas empresas –comercializadoras tanto de uva apirena como con pepita–, combinan ambas formas de envasado.



Imagen: Trabajadora de una mediana empresa envasa la uva “bajo parra” (la foto ha sido retocada para mantener el anonimato de la empresa).

Pues bien, tanto para los agricultores que venden por libre como para los cooperativistas, el envasado en el parral –en “la manta” o “bajo parra”–, es mucho

mejor que el realizado en los almacenes agrícolas, ya sean de una gran empresa o una cooperativa. Esto se explica –según ellos– en que la uva “se manosea menos” de este modo, se manipula menos, pues es justo en el corte que la uva se empaqueta en el envase apropiado, sin apenas tocarla, y por supuesto sin el transporte extra hasta el almacén –realizado en camiones sin refrigeración y en cajas de plástico–, y el posterior envasado en las cintas. En este punto, claro está, la preferencia de las grandes empresas por el envasado en el almacén no tiene tanto que ver con el buen tratamiento del producto, sino con las ingentes cantidades de uva que manejan a diario en tiempo de campaña. En efecto, es muy difícil llevar un tráiler a una explotación agrícola, ordenar la logística necesaria para “montar” la improvisada línea de envasado, cargar los 24 palets en el remolque, etc. No obstante, en determinadas circunstancias –suponemos que un retraso en un pedido, una obligación inexcusable, un cliente especial, etc.–, hemos podido observar durante nuestro trabajo de campo que también las grandes empresas recurren a estas formas “tradicionales” de envasado.



Imagen: Trabajadoras de una gran empresa en una línea de envasado en el campo, con un procedimiento conocido como “manta” o “banco”, por las telas que en verano suelen colocarse en la estructura del parral para proteger a las trabajadoras del sol (y que aquí se han reducido a unos cartones, pues era invierno). Como en una línea de envasado en un almacén, las mujeres elaboran el producto final y los hombres colocan las cajas de uva detrás del “banco”, y retiran las cajas de cartón con las tarrinas ya confeccionadas, colocándolas más tarde en palets en el camión (la foto ha sido retocada para mantener el anonimato de la empresa).

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA



Imágenes: A la izquierda, mujeres en la “manta” confeccionan las tarrinas con el peso exacto, para lo que se sirven de una balanza digital colocada sobre la tabla. A la derecha, un hombre descarga del remolque del tractor las cajas de plástico con la uva recolecta previamente, colocándolas junto a las mujeres encargadas del confeccionado de la uva (la foto ha sido retocada para mantener el anonimato de la empresa).

Con todo, como decimos, la forma de envasado en la parra es uno de los argumentos que los agricultores autónomos aducen para certificar la mayor calidad de sus productos respecto de los de las grandes empresas. Es curioso cómo se refiere a esto uno de nuestros entrevistados:

Yo en verano, cuando tengo muchos kilos en Superior, yo les pido a los zagales que me muevan cajas, y entonces en los ratos libres pues les pongo a cortar uva. Pero claro, yo les pongo a cortar uva, y esa falta de interés por el trabajo, no consigo que me corten la uva que yo quiero. Que no es la que yo quiero, es la que me demandan: la que tenga más color, más tamaño, etc. Cada momento pues lo que ellos necesitan. Entonces yo, en cada momento, no tengo más remedio que asegurarme tres o cuatro mujeres, de esas que las cojo, las suelto a las 6 de la mañana, y las recojo a las 3 de la tarde, y sólo me tengo que preocupar porque no pasen sed. Sólo porque no pasen sed, ni les falten cajas. Son gente con la que ya trabajo normalmente. Entonces lo que trato es de un poco, cuando empezamos a trabajar en el mes de abril o mayo, a despampanar y tal, pues trato de ir encadenando un trabajo con otro, hasta que termine de cortar uva, y tener siempre a los mismos. Este año he cortado poco, había pocos kilos, y he tenido sólo a dos mujeres (Entrevista N° 25).

Así relacionaba esta cuestión con la mayor calidad del producto de los pequeños agricultores este otro entrevistado, que además señalaba cómo las grandes empresas – siempre según su opinión, por supuesto– se aprovechan de ello para “incrementar” la calidad de su propio género, pagando un precio siempre mínimo:

El pequeño saca mejor producto, en tema de fruta y en tema de toxicidad, seguro. Pero claro, los agricultores grandes se dedican además a comercializar su producto, como Gran Empresa 2, Gran Empresa 3 y Gran Empresa 1, ellos son agricultores y comercializan su producto. Y claro, su producto es el primero, esté como esté. Lo que sale primero es el suyo, y luego el que tengan que comprarte a ti te ponen el precio que ellos quieran, y se llevan de lo tuyo lo que ellos quieran. Si lo suyo es malo y tienen que revolver con lo tuyo que es bueno, pues lo hacen. Yo no sé, el tema de comerciar el producto es muy negativo que se quede en unos pocos, porque esos pocos se asocian, y el pequeño agricultor estaría acabado... Por eso la cooperativa, que sean más fuertes, porque a la hora de sacar el producto pueden luchar con más fuerza, sacar mejor producto, que estando como estamos

ahora mismo. Hay cooperativas pero no funcionan como deberían de funcionar... Ahora se juntan dos o tres, funcionan por un tiempo, se llevan el dinero de todos los socios cuando pegan el batacazo, y luego a los cuatro días los ves con otro nombre, en otro sitio, y han vuelto a poner otra cooperativa [risas]. No son cooperativas, son empresas privadas (Entrevista N° 2).

Este agricultor –que en la actualidad vende su producción “por fuera”–, señala además al final de este corte una cuestión muy recurrente en nuestro trabajo en el terreno: la desconfianza que muchos agricultores suelen tener para con sus “iguales” y, muy especialmente, para con el cooperativismo. Por supuesto, ya lo hemos visto, hay socios de cooperativas muy contentos con el funcionamiento de tales sociedades, siempre admitiendo que sus formas de trabajo quizá exigen mayores esfuerzos. Y también es cierto que muchos consideran a estas grandes empresas que estamos comentando como el mayor riesgo para su supervivencia. Pero es ciertamente sorprendente hasta qué punto nos hemos encontrado en ocasiones con manifestaciones honestas sobre una cuestión muy recurrente en la agricultura: una desgracia ajena puede suponer una enorme alegría. Así lo narraba uno de nuestros entrevistados:

Si ponen alcachofas y tú piensas que va a venir una helada, sabes tú que se hielan las alcachofas fácilmente, no pongas. Entonces, ¿por qué pones? Porque dices: “a ver si viene una helada y soy yo el único que no le pilla y las vendo caras”. ¡Eso! Somos oportunistas, los agricultores, la mayoría somos muy oportunistas. Casi te quisiera decir que deseamos que venga una nube y le pille a otro y decir: “Ahora voy yo a sacar el cuello y venderlo a como quiera”. Pero sepas que, aunque no te lo dicte el corazón, te lo manda. Es así, por cansancio (Entrevista N° 7).

Y, en efecto, por *cansancio*. De hecho, otro de nuestros entrevistados –esta vez un ingeniero agrícola especializado en la solicitud de ayudas europeas–, se refería de este modo a un cierto carácter especial de los agricultores, una pasividad y conformismo al que han hecho referencia muchas personas con las que hemos tenido ocasión de conversar:

[Los políticos] han dado con un sector que son gente que están acostumbrados a recibir palos, a no quejarse, a que les vayan las cosas mal... Si esto ocurre como en Madrid, el tema de las basuras, pues esto estaría aquí todo el día la autovía cortada. Pero han dado con un sector que está acostumbrado a recibir palos, y palos y palos, pero vamos, esto era para que estuviera todos los días en la televisión y se formara la de San Quintín. Lo que pasa es que es un sector resignado, pero resignado poco a poco está en la UVI, muriendo poco a poco (Entrevista N° 22).

Nuestro entrevistado hacía aquí referencia a esa pasividad de un sector tradicionalmente habituado a hacer frente a un sin fin de dificultades, desde las propias de una producción agrícola siempre expuesta a las condiciones climatológicas, hasta las

dificultadas de cobro que antes reseñamos, o los sostenidamente ínfimos precios agrícolas. Así lo expresaba este otro agricultor:

Los agricultores somos gente tranquila, que no nos gustan los líos, los follones. Además, creo que nos falta algo de organización, alguien que nos diga: “Vamos a hacer esto, o lo otro”. Porque al fin y al cabo, en los distintos sectores siempre tiene que haber alguien que diga: “Vamos”. Los agricultores, pues siempre, vamos a cultivar, y no me interesa ir allí. Habría que ser más folloneros, más reivindicativos (Entrevista N° 15).

En este punto, es interesante notar cómo para algunos cooperativistas es precisamente esta supuesta desconfianza, pasividad y conformismo dominante en el sector lo que imposibilita a algunos agricultores a participar en las cooperativas de la zona, pero sin embargo no de formar parte de las sociedades constituidas por las grandes empresas. Así se refería a esta cuestión este agricultor:

Yo para mí veo que hay gente que no es cooperativista, no sabe estar en cooperativa. En el sentido de que van a la pillería, con la idea de que si me achuchas por aquí, viene un tío y me compra esto y tal [...] Y lo que no me gusta entonces lo llevo a la cooperativa... Así no se puede hacer una cooperativa. Tiene que ser para entrar con lo bueno y con lo malo, con todo lo que tengas. Y lo que la cooperativa no pueda vender, pues oye, habrá que ir a la bodega. Lo que el mercado no se coma, hay que mandarlo a la bodega... [...] Yo tengo socios que se han salido, y no sé por qué, porque han ganado dinero estando en la cooperativa. Y ha sido entrar, estar un año, y al siguiente pedir la baja (Entrevista N° 19).

Y continúa, preguntándose precisamente el por qué aquellos antiguos socios descontentos con la cooperativa sí han sido capaces de trabajar bajo las directrices y las condiciones de una de esas grandes empresas del sector, recordando por lo demás una experiencia pasada con una de esas compañías:

[En Gran Empresa 1 o 2] pues a lo mejor [ganan] en comodidad, porque en seguridad... ¿Tú en seguridad qué tienes? ¿Tienes un papel firmado que te certifica que la uva la vas a poder cobrar a este precio? No. El tío sí, porque tiene el mercado, pero a ti no te lo va a decir. Y eso es lo que la gente no... Tienen que ser cooperativistas, y sin embargo para eso no le ponen trabas... Yo es que no lo llego a comprender, que hayan estado en una cooperativa y no sepan ser cooperativistas, y que ahora sí se dejan ir por una persona ajena, porque yo hoy no le firmo un contrato así ni a mi padre. No se lo firmo. Porque yo, este mismo parral, venir aquí a comprarme la uva, antes de ser yo cooperativista, y decirme... Vamos, pasearme en el coche, cojones por ahí, por todos lados, para convencerme de que le vendiera la uva... Le vendo la uva, no me da ni un duro ni hacemos nada, de contrato ni nada, y luego vino, se llevó menos de la mitad de la uva, y el resto tuve que tirarla a la alcoholera, a que la molieran. Por eso, como he pasado tanto... Al contrario, ahora es cuando estoy tranquilo, porque sé que ahora si mi producto vale 5, me dan 5, si vale 10 me dan 10, y si no vale nada por lo que sea, por una desgracia, pues va a la bodega, y punto (Entrevista N° 19).

En esta percepción de sí mismo como agricultor autónomo, libre e independiente, también debemos hacer aquí mención a la propia cuestión de las variedades de uva. Como antes vimos, en efecto, las grandes empresas ordenan su negocio –y el de sus

agricultores tutelados– sobre la base de las uvas apirenas, y especialmente con patente. Ese es el motivo, de hecho, por el que muchos de nuestros agricultores deciden asociarse a estas empresas, adornadas por unas halagüeñas perspectivas de futuro, supuestamente guiadas por la innovación y la infalibilidad de sus productos y posiciones de mercado. No obstante, y desde la otra perspectiva, algunos agricultores cimentan su seguridad –entendida en su originario sentido como “ausencia de ansiedad”–, en función, precisamente, de sus no patentadas –y por tanto libres– variedades de uva pirena. Para ellos, en efecto, se trata de *juegos de mercado* distintos:

Cada uno está metido en un mundo. Yo estoy metido ahora mismo en la uva más bien en la Dominga y eso. Parras tempranas es más bien por aquí abajo [el Valle], es otra cosa. Entonces, o estás metido casi completamente en unas variedades tempranas, o te metes... [...] Si estuviera metido en Gran Empresa 1 mismo, porque nosotros en la Cooperativa no tenemos patente. Pero entonces podría decir: “Pues sí, te doy de esta, esta y esta”. Porque ahí en los Secanos, Gran Empresa 1 ha dado otras variedades. La patente la tiene Gran Empresa 1, la tiene Gran Empresa 2, pero tú no pagas, a ti te lo desquitan de lo que tengan que pagarte. Pero claro, al final de cuentas ellos te dejan lo justo, no te equivoques, y te ponen el precio. Claro, si la cosa viene bien, pues todo bien, pero si la cosa se tuerce un poco, entonces pues empiezan a recortar, y el último somos nosotros, y somos los que perdemos. Y vamos, si va bien entonces tú tampoco te enteras [...] Cuando venden la uva a Rusia, a un precio desorbitado, porque no saben lo que es, pues tú no te enteras. Y vamos, a la vista está lo que están haciendo. ¿Por qué? Porque hay mucho margen. Pero en fin. La Cooperativa pues no tanto. Pero en fin, ahí está el tajo, el que quiera que se ponga y que empiece de cero (Entrevista N° 20).



Imágenes: Variedad de uva Crimson (a la izquierda) y Autumn Royal (a la derecha), apirenas y sin patente.

Y continúa, dando algunas pistas de por qué las grandes empresas han abandonado – o están abandonando– progresivamente el cultivo de estas variedades de uva:

Las grandes empresas no les es rentable cultivar la uva con semilla, por el largo período que tiene, la campaña es muy larga, se exponen mucho, y tal. Nosotros es más rentable aunque es más trabajo, pero al final es más rentable. Entonces ellos, en las apirenas ellos tienen más ventajas que nosotros, porque ellos te la compran al precio que ellos quieren.

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

Pero en la otra con semilla, tú estás aquí con esta gente que es mercado [cooperativas y medianas empresas], y tienes otro margen, otro trabajo, es diferente. Los otros llegan, la campaña es corta, como la Superior mismo, y llega el tío, el 1º de julio, que empieza fuerte, hasta finales, y tiene que cortar una cantidad de kilos de uva, y es un momento que te la pagan como quieren, porque es muy delicada. En cuanto llega tu fecha tienes que cortarla, [porque si no] se mancha. Hay que cortarla cuando está y no te puedes retrasar. Y claro, ese es el problema, no te puedes... Ahí juegan con un margen que es suyo (Entrevista N° 20).

Nuestro entrevistado hace además referencia aquí a una cuestión crucial para explicar la persistencia de la producción mercantil simple en agricultura, y que también hemos visto en otros lugares: las plantas tienen sus ritmos, sus cuidados, y en ciertas variedades de uva –o de otros cultivos–, existe un “extra” de trabajo que tornaría en no rentable su cultivo por parte de las empresas capitalistas. Para las grandes empresas, en efecto, se trata de *rentabilidad*, mientras que para los agricultores autónomos es, sobre todo, una cuestión de *supervivencia*, de sostenimiento del negocio familiar.

También en relación a la posición de mercado que el cultivo de las uvas pirenas les concede a estos pequeños agricultores –en concurrencia con las grandes empresas del sector–, nos contesta lo siguiente este otro entrevistado a la pregunta sobre si Gran Empresa 1 comercializa uva Dominga:

No hace mucha, pero él tiene la suya, tiene parrales. Gran Empresa 1 es otra historia, es que trabaja para los ingleses. Y los ingleses es uva temprana, la variedad de Crimson, y otras, la que trabaja, y sus mercados son sus mercados. Pero a lo mejor tiene más margen. La Dominga quizá tiene más gastos, más limpieza, y... Y en fin, en aquella no le hace sombra nadie, uvas modernas, no le hace sombra nadie, y en la uva Dominga, pues tiene que competir con toda esa sombra que te estoy diciendo [medianas empresas y cooperativas] (Entrevista N° 7).



Imagen: Trabajadores inmigrantes especializados en tatar las parras con plásticos para salvaguardar la uva de las lluvias de otoño. Se trata de una medida que suele tomarse para variedades de uva tardía –como la uva Dominga–, y que concede una cierta seguridad sobre el producto, pero que al tiempo supone un gasto extra. Con todo, también se utiliza para otras variedades de uva, pues permite aumentar y conservar la temperatura del parral-invernadero.

En este sentido, tanto las empresas de mayor o menor tamaño, como las cooperativas y, por supuesto, los pequeños agricultores, parecen ocupar espacios distintos, dependiendo de diversas variables, pero también de los tipos de uva que cultiven. Desde este punto de vista, en efecto, la elección por una u otra variedad determinará en gran medida sus propias concepciones de sí mismos, de los demás y del mundo –mercados, naciones, gustos, etc.–, en una danza económica en la que casi cualquier paso debe ser debidamente meditado y ejecutado a la perfección. Por lo demás, es quizá interesante señalar aquí cómo a menudo ciertas estrategias económicas han mostrado, siempre de forma solapada, indirecta, insinuante, determinadas posiciones políticas. Así, por ejemplo, no pocos cooperativistas se han mostrado más partidarios de opciones políticas de izquierda, mientras que varios agricultores tutelados han dejado entrever sus simpatías por determinadas posturas neoliberales –aunque no necesariamente conservadoras–. Por supuesto, este no es un tema del que pretendamos ocuparnos aquí ni tan siquiera superficialmente. Por lo demás, nuestra exploración no puede ser considerada en absoluto “representativa” –si es que podría pretender serlo alguna investigación de este tipo–, pero no deja de ser ciertamente interesante anotar aquí –un apartado destinado a las percepciones subjetivas que han circulado en nuestro trabajo de campo y en nuestras entrevistas, así como a las luchas de reconocimiento y de posición de nuestros actores–. Se trata, en efecto, de percepciones y luchas de reconocimiento y de supervivencia económica que bien podrían ser resumidas con este último corte de entrevista:

[Las grandes empresas] han conseguido lo que querían, han conseguido que la mayoría de los pequeños agricultores [estén con] ellos. Porque tú imagínate que el X%, [ahora] no podemos llegar a ellos, todos los pequeños agricultores de la zona no podemos llegar a ellos, [pero] si nos lanzamos donde ellos están, y ofertamos nuestro producto en Europa como lo están ofertando ellos, entonces empezaría una guerra de precios. Si nosotros como pequeños agricultores estuviésemos todos unidos y bien unidos, y todas esas variedades que se están poniendo... Crimson que no tiene royalty, y es la uva que está tirando ahora, pues tú imagínate que todos los que están fuera [de esas empresas] estuviésemos unidos, y nosotros hiciésemos la uva a nosotros, a X dinero, y nos fuésemos a Europa, y ofertáramos esto en Europa, a los supermercados. Porque claro, esto al final es oferta y demanda. Y claro, si tú me cobras esto a 3 €, yo te lo voy a cobrar a 2,90 €, y lo voy a hacer porque tengo margen. Te lo voy a cobrar a eso. No sé lo que pasaría. Ya sería... Pero ha pasado todo lo contrario, ha pasado que el pez grande ha abierto la boca y los pequeños se han ido metiendo. Incluso ofertando: “¿Qué te cuesta la estructura del parral, 12.000 €? Vale, yo te lo monto y tú me lo vas pagando poco a poco”. Pero vamos a ver, tenemos que saber lo que estamos haciendo, somos pequeños agricultores, y cuando empezamos con estas cosas ya no somos nosotros [...] nuestro producto ya no es nuestro. A esa gente le vas a tener que pagar la estructura, le vas a tener que pagar tal... Al final de todo esto no es el núcleo de nuestra agricultura. Quien está sustentando la economía nacional son los pequeños empresarios, y en la agricultura pasa lo mismo. Te vas a esa gente y te dicen: “Es que yo

tengo 3000 empleados”. Vale, me parece bien, y me parece muy bien que estés dando trabajo, pero es que a quién estás chupando la sangre es a nosotros (Entrevista N° 24).

IV. Procesos de interpelación: niveles local, regional y estatal

Como tratamos de justificar en apartados teóricos, en el marco de una aproximación antropológica el Estado –y demás poderes públicos– debe ser, inexcusablemente, un factor determinante. Ya discutimos como –desde sus inicios hasta tiempos muy recientes– los antropólogos –tanto en sus trabajos en Europa como en las colonias de ultramar–, han solido denostar el papel de las instituciones estatales a la hora de comprender sus objetos de estudio. Esto se podía entender casi como un movimiento paralelo al de los teóricos liberales –y neoliberales hoy– de la economía, empeñados en sostener una independencia –si no una supremacía– utópica de aquella esfera de la vida humana sobre las otras. También en relación a nuestro tema de análisis, no tomar en cuenta la enorme relevancia de los poderes públicos en la ordenación, sostenimiento y desarrollo de nuestras argumentaciones y elementos de discusión sería, en efecto, una ausencia injustificable. Ausencia que no nos vamos a permitir aquí. A fin de cuentas, los modos de vida –y en particular el modo de vida de autónomo que vertebra nuestro análisis–, son *relaciones sociales* cristalizadas en distintos grupos humanos, grupos cuya existencia, realización, supervivencia, transformación o desaparición, vienen en gran medida determinadas por las condiciones de posibilidad que estructuran –precisamente– los poderes públicos. En este sentido, además –lo acabamos de ver–, incluso los individuos que habitan en los conceptos de un mismo modo de vida adquieren percepciones distintas, formas de entenderse a sí mismos y a los demás que exigen reconocimiento mutuo, y que perpetúan unas irremediables luchas de reconocimiento. Pero partamos, en una necesaria ficción hermenéutica –pues no están en absoluto separadas–, de las esferas locales a las estatales, pasando por las regionales, para llegar –ya en un siguiente apartado– a la supranacional.

Así, comenzando por las percepciones que nuestros agricultores nos han relatado respecto de los poderes locales, lo cierto es que en la mayoría de los casos sus acciones son entendidas como básicamente restrictivas o directamente punitivas. En este punto, valgan por ejemplo estos cortes de entrevista a los que ya hicimos referencia más arriba, por ser ciertamente paradigmáticos: “Del Ayuntamiento cero, del Ayuntamiento sólo he recibido impuestos, para pagarle (Entrevista N° 4)”; “Nada, para nada, yo pago mi

contribución, y aquí el Ayuntamiento no arregla ni los caminos (Entrevista N° 7)”; o este otro, que afirmaba: “Del Ayuntamiento cero. Si acaso haces algo fuera de traste, para denunciarte. Y si tienes un problema... (Entrevista N° 3)”. En efecto, los impuestos y las sanciones son a menudo la única relación que nuestros entrevistados han confesado habitual para con los entes públicos locales. De hecho, a nuestra inquisición sobre el tema son muchos los que a menudo nos han respondido señalando que son precisamente los agricultores los que deben unirse para solucionar un problema con algún camino, para construir un nuevo embalse regulador, relevarse para realizar labores de vigilancia por la noche, etc.:

Del Ayuntamiento nada, son los propios agricultores que forman sociedades, como nosotros, y somos los que aportamos dinero para hacer un pantano, un pozo, hacer este pantano, esta tubería, para llevar esta tubería más lejos... Sociedades que hacemos, y vamos poniendo dinero todos los años, todos los meses, porque si nos van subiendo la luz, nos van subiendo todo... Pues nada, poco a poco, no sabemos dónde vamos a llegar. La política del Ayuntamiento en Totana, no sé, pero ayudas muy pocas por no decir casi ninguna. Alguna sociedad, quizá puede tener alguna ayuda para asfaltar un camino para llegar a un embalse, tal y cual... O le ha dado permiso para cruzar una tubería por allí o aquí... El Ayuntamiento tampoco da información, nada (Entrevista N° 2).

En este sentido, fue muy interesante el testimonio de uno de nuestros entrevistados, actualmente dedicado exclusivamente a su explotación de uva de mesa, pero que antaño había formado parte de un gobierno local como Concejal de Agricultura:

Yo he sido concejal en X. Y fui concejal en una época en la que quizá no tenía una suficiente conciencia de la realidad. Ahora, que ya he pasado por allí, estoy más asentado aquí. Pienso que la Administración se preocupa poco por el ciudadano. Ya no te hablo de respaldo, no se preocupa por el ciudadano. Y te hablo de la Administración, y no sólo del político, sino también del funcionario. Aquí está de moda que el político es el culpable de todo, pero yo digo que no. El político puede meter la mano, y la mete, pero el político no ve todo lo que firma. Y en este país, algunos funcionarios, los que están metidos en despachos rellenando una documentación, pues ese sí tiene posibilidad de hacer más o menos. Ese tiene la posibilidad de que un expediente sancionador de 50.000 € se quede en 5 mil, o que se suba a 500.000 €. Tiene posibilidad de cambiar la legislación que haya, de cambiarla en función de su forma de ver las cosas, no es aséptico. Porque el político da las directrices, pero la Ley, si son 500 folios, el político no lee esos 500 folios. Porque por desgracia en este país la mayoría de los políticos no son gente preparada (Entrevista N° 25).

En efecto, este entrevistado, como decimos con experiencia política, carga las tintas más sobre el funcionario que no se implica en su trabajo, que sobre el mímico político, al que por lo demás casi presupone corrupto. Esta cuestión de la ineficacia de los funcionarios en las instituciones públicas encargadas de cuestiones agrícolas –al menos en Murcia– será comentada más adelante, pero es interesante señalar aquí cómo en este sector los empleados públicos parecen también sentir –como en otros lugares– el

desgaste tanto de la crisis, como de los oxidantes discursos neoliberales. Por lo demás, es interesante seguir con este entrevistado, quién prosigue narrando su descontento con el ayuntamiento, a pesar de haber participado activamente en la vida política local:

Papeletas y más papeletas. Coño, yo tengo que abrir una zanja para pasar una tubería, y yo tengo que pedir permiso en el Ayuntamiento para abrir una zanja en esta parcela. Lo que pasa es que no se pide. Pero vamos, si la paso y pasa el inspector, pues me la he cargado. Y es una zanja que voy a abrir y enterrar el mismo día para poder regar. En el IBI, de este ayuntamiento, llevan un sobrecargo los pantanos. Yo el pantano no lo tengo por capricho, pero tengo que tenerlo para poder tener una reserva de agua para poder regar (Entrevista N° 25).

De nuevo, en efecto, la cuestión de los impuestos, las sanciones, las restricciones, etc., en una visión puramente “depredadora” de la administración local. En este sentido, es curiosa la anécdota de algunos entrevistados de Totana, que nos comentaron cómo el Ayuntamiento de esta ciudad, para suavizar las consecuencias de una tormenta con granizo, decidió precisamente condonar temporalmente un impuesto de propiedad: “[Del Ayuntamiento ayuda] sólo un año que vino una tormenta muy grande, ayudó a no pagar los recibos de contribución durante 5 años, pero al quinto ya lo cobró (Entrevista N° 18)”. Curiosa forma de intentar compensar los daños de un temporal: suspender temporalmente el cobro de impuestos. En efecto, una ayuda que en sí misma corrobora en negativo las percepciones de nuestros entrevistados, por lo demás perfectamente conscientes en su mayoría de que los impuestos son absolutamente necesarios para el mantenimiento de las infraestructuras, legislación, etc.

Es también muy interesante este otro testimonio, tremendamente esclarecedor de la actuación de un ayuntamiento de la zona respecto de los pequeños agricultores y sus condiciones de posibilidad económica, en este caso relacionado con su “seguridad” y sus “infraestructuras”, en principio exigibles precisamente a los poderes públicos:

[Del Ayuntamiento] yo pienso que ni fu ni fa. Yo pienso que el ayuntamiento a nivel de ayudar ni a los chicos ni a los grandes. A los grandes, bueno, por ejemplo a Gran Empresa 1, esas naves en el polígono... Eso se entiende, eso son puestos de trabajo que se dan. Pero ayudar a los agricultores en general. Y si dicen que nos va a ayudar... “Ahora tenéis que pagar contribución de las tierras, porque vamos a poner unos guardias para que vigilen tal y cual”... Y ponen a Pepito, a vigilar... Esos capullos, eso nada, eso no... Que no, el ayuntamiento cero, si acaso si haces algo fuera de trasto, para denunciarte. Y si tienes un problema... Yo de hecho ahora tengo un problema, tengo un camino, que es vecinal, y ha llegado un vecino y ha montado otro parral y se ha metido dentro del camino. El camino es del ayuntamiento, y yo he ido a protestar para que vayan allí a que no lo dejen a ese hombre hacer eso, pues allí está el parral levantado. Como no sea... Yo hice unos escritos, como no sea que después se le de curso a todo eso, porque el ayuntamiento va despacio, pero me extraña, porque cuando se hace la obra para que lo tiren es prácticamente imposible. Yo soy el perjudicado para toda la vida, porque no puedo pasar por allí con un vehículo, con un camión grande no puedo entrar, así es que, eso es (Entrevista N° 3).

En efecto, podemos afirmar que nuestros agricultores no se sienten en absoluto respaldados por la administración local, a la que consideran siempre amenazante y parasitaria. En este último corte, además, nuestro entrevistado insinúa tímidamente que una gran empresa de la zona ha podido beneficiarse de algún trato de favor para la adquisición de una tierra en un político industrial, justificándolo no obstante por su capacidad para generar empleo en la zona.

Seas estas percepciones ciertas o no, si saltamos del nivel local al regional encontramos un cambio de discurso palpablemente notable. En este sentido, muchos de los agricultores con los que hemos tenido ocasión de conversar nos han insistido en las ayudas que han recibido de la administración regional, especialmente en el asesoramiento y la introducción de nuevos tratamientos fitosanitarios, así como a jóvenes agricultores o para la compra de maquinaria y mejora de infraestructuras. Así lo narraba un entrevistado:

[De la Comunidad Autónoma] alguna ayuda hemos pedido, y hemos conseguido algo alguna vez, sí. Planes de mejora, de estos que pone una parte la Comunidad Europea, y la comunidad autónoma la gestiona. Mi hijo tiene algún trocico a su nombre, de tierra, y también ha cogido algo. Yo, de joven agricultor cogí unas perricas, de hecho lo mismo yo que mi hijo, pues hay gente que no las puede coger. Mi hijo y yo, hemos estado en la tierra, y solamente en eso, y entonces normalmente reúnes las condiciones. Si el agricultor es joven, o menos joven, pero directo, pues suele tener algo (Entrevista N° 9).



Imágenes: Difusores de feromona para el control de polilla del racimo (*Lobesia botrana*), utilizada como técnica de confusión sexual para los machos, que desorientados mueren sin llegar a fecundar a las hembras. Se trata de un tratamiento ecológico ciertamente revolucionario, que la Consejería de Agricultura y Agua de la Región de Murcia impulsó decididamente, suministrándolo a unos agricultores reacios en un principio, pero que pronto comprobaron su eficacia.

O este otro, que comentaba las ayudas a la introducción de nuevos tratamientos –las feromonas en este caso–, o su apuesta por el desarrollo de nuevas variedades de uva como copartícipe en el IMIDA:

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

Hemos tenido unos años buenos en que la Consejería estaba comprometida, por lo menos en el tema de la uva de mesa, que nos subvencionaba las feromonas, nos subvencionaba el cebo de la mosca de la fruta, hemos llevado unos años muy buenos, que de hecho se han dado las feromonas y ha funcionado bien la cosa. Había buena conexión con la Finca de Experimentación esa, con el IMIDA o como se llame, sacando variedades para acá, para allá, informándonos, a nivel de eso bien, pero ya, como se ha acabado el dinero, el año pasado [2011] ya no dieron nada, cero, como si se hubiera muerto la Consejería: no hay dinero, no hay nada (Entrevista N° 3).



Imágenes: A la izquierda, un cebo de la mosca de la fruta, y a la derecha imagen del interior de uno de estos cebos, con los insectos capturados.

La apuesta de la Consejería de Agricultura y Agua de la Región de Murcia por la introducción de estos nuevos tratamientos fitosanitarios, ha sido en efecto patente, como también su notable éxito en algunos casos. Con todo –y a pesar como decimos de los muchos testimonios que han corroborado en múltiples ocasiones las acciones positivas para con los agricultores de este organismo regional–, lo cierto es que las críticas tampoco han sido en exceso veladas. Así se refería uno de nuestros entrevistados a las acciones de la Consejería, en última instancia encargada de gestionar las ayudas y los fondos procedentes de la Unión Europea:

Para mi punto de vista no funciona la Conserjería. Porque es un órgano que en la Región de Murcia debería ser cabeza. Y estamos viendo cómo el tema del ladrillo ha sido el fracaso más grande, y seguimos apostando por el tema del ladrillo, que nos ha llevado donde estamos. Y ahora queremos que la agricultura nos saque del callejón sin salida en el que estamos, y sin embargo estamos apostando poco por ella. La Consejería, si te digo, que se ha devuelto dinero que ha venido de Bruselas, porque la Consejería no ha tenido el 20% que faltaba en el tema. Y la Consejería, yo no digo que hace lo que puede, pero habrá que ver lo que puede hacer más. Se pueden hacer cosas sin gastar mucho dinero. Nosotros no queremos ayudas, los papeles que tenemos que hacer nos molestan más que los 500 € que te dan al año. El agricultor quiere que lo que tenemos la Administración lo explote, que hasta ahora no ha sabido explotarlo. Porque a la vista está que cuando se ha puesto en marcha, por ejemplo, en el tema de los caldos, los vinos, en cuanto se ha puesto una miajica en marcha, a la vista está. En la Región de Murcia no sabemos vender el producto que tenemos, nos hace falta marketing (Entrevista N° 9).

Este entrevistado –muy combativo por lo demás en la zona y fácilmente rastreable en los testimonios y conversaciones informales con nuestros agricultores–, se lamenta en efecto del aparentemente escaso interés que la Administración regional muestra –en su opinión– por el sector agrícola murciano. Se queja, como también hacen otros, de que la Consejería deje escapar fondos europeos por mostrarse incapaz de aportar la parte proporcional acordada en las ayudas, así como de la escasa visibilidad para los productos de la región que son capaces de proyectar. Estas quejas –como decimos muy recurrentes entre nuestros interlocutores–, vienen en este corte acompañadas por una percepción también habitual en nuestros testimonios: a saber, la preferencia de los agricultores de la zona por las anheladas buenas regulaciones y su relativo desprecio por las ayudas económicas. Este es en efecto un lugar común, la convicción aparentemente firme de los agricultores de la zona en que sus producciones no pueden ni deben estar subvencionadas, si no –a lo sumo– por ayudas a la inversión, las únicas consideradas en la mayoría de los casos como *lícitas*. Así lo argumenta un entrevistado:

Ayudas a la producción, nosotros no hemos recibo nunca ninguna. Ni yo soy partidario de ayudar a la producción, no soy partidario de que un alimento esté subvencionado, porque eso al fin y al cabo es artificioso. Es como la energía solar, eso es artificioso. Tú subvencionas para tener una maquinaria para producir eso, si necesita hacer una inversión para producir eso [...] Porque si tú me vas a ayudar a mí a garantizar que tenga 100 o 200 kilos y me los vas a pagar, a mí que más me da que salgan buenos o malos, o bonitos o feos. Con todo lo que ha pasado con el maíz en España. A ese tipo de ayudas yo no soy partidario, yo soy partidario a la inversión, que se dice, a la maquinaria, a la renovación de maquinaria. Hay muchísimos tractores todavía sin los arcos de protección, que están por ahí funcionando, y de vez en cuando aquí en Murcia alguien muere, hay accidentes de ese tipo. Oye, pues subvencionas que ese hombre se compre un tractor. No si va a tener 10 kg se los pagues, no, a producir calidad (Entrevista N° 12).

Pero también en la gestión de estas ayudas hemos encontrado continuas quejas. De hecho, uno de nuestros entrevistados, también agricultor pero principalmente técnico agrícola y administrador especializado en la gestión de las ayudas de la PAC, se quejaba amargamente de cómo demasiado a menudo entorpecían su trabajo en la consejería murciana de agricultura:

En el tema [de las ayudas], depende de con qué departamento toques. En el Departamento de Pago Único, el tema de las ayudas, pues peor imposible, no puede funcionar peor. Sin embargo, el departamento de Ganadería, pues es una maravilla como funciona. Pero el Departamento de Pago Único de Agricultura, que ha cambiado este año la jefa de servicio... Nosotros que tenemos poderes y autorizaciones para comprobar toda la documentación, para evitar que el agricultor pierda tiempo en estos temas, además de que no sabe... Pues como siempre han sido reticentes a mostrar los expedientes y demás, pues hemos hecho hasta poderes notariales. Pues ni con poderes notariales nos enseñan la documentación. Pido cita para ver los expedientes, para ver la documentación, para que no se retrasen los pagos, y se niegan rotundamente a enseñar la documentación, y tú con tus

poderes notariales. Y te dicen que ya notificarán por escrito. ¿Pero cómo van a notificar por escrito cuando ya hayan pasada un puñado de meses, que el hombre ya no pueda recibir el pago en su debido momento, se retrasan los pagos, si falta documentación [después de que se hayan pasado] los plazos y ya no estamos en tiempo y forma? Complican la cosa de una manera, y hablas con los técnicos y te dicen que eso no es nuestra labor, que es labor suya y que nosotros no tenemos que meternos en... Y nosotros no nos metemos, queremos colaborar y agilizar los procesos. Es sencillo, y además no le cobramos nada a la Administración por ayudarles a hacer su trabajo. Pero vamos, yo, si tengo 300 clientes, me siento allí con un listado, y si al 20% de los clientes les falta el DNI, la Cuenta o tienen alguna deficiencia, pues yo la semana siguiente lo tengo corregido y ya está. No hace falta ninguna comunicación por escrito, ni retrasarlo 4 o 5 meses, ni retrasar los pagos. Ahora han hecho el primer pago este mes, y no han cobrado ni el 10% por deficiencia de documentación. Pero como no sabemos qué documentación les falta, pues no se puede aportar. Entonces te crea una sensación de impotencia y de decir... Esta Administración es amiga, quiere colaborar, o son enemigos... Yo no lo entiendo. Y más cuando son ayudas que vienen de Bruselas, que estamos provocando que se pierdan esas ayudas, y no se cobra ese dinero por no colaborar, simplemente, porque nosotros oficialmente somos colaboradores de la Consejería para estos trámites. Y además tenemos los poderes que nos autorizan para ello de los clientes, de los agricultores y ganaderos. Entonces no se entiende esa obsesión de no enseñar la documentación, de no compartir nada... Que eso supondría... Si la Consejería aceptara la ayuda de los cuatro asesores que nos dedicamos a hacer esto, el gasto de la Consejería se reduciría a la mitad (Entrevista N° 22).

A pesar de lo extenso de este corte creemos que vale la pena reproducirlo aquí, sobre todo porque resume en buena medida la sensación de impotencia que hemos podido observar en buena parte de nuestros agricultores al respecto. En este caso, por supuesto, es un gestor el que percibe la incompetencia y las trabas de una administración incompetente –un juicio subjetivo aquí, claro–, pero es fácil imaginar que será el mismo sentimiento de unos agricultores que no reciben las ayudas que por derecho les pertenecen por –en principio– ineficacia administrativa a nivel regional. Este mismo entrevistado, en otro momento, se permitía comparar la administración murciana con la castellano-manchega, lamentando el –para el– mal funcionamiento de una, y envidiando la eficacia de la otra:

Yo tengo contacto con otras administraciones y no funciona así. En la Junta de Castilla La-Mancha funciona diametralmente opuesto, es un encanto. Cómo funcionan, la tecnología... Ahí van al campo con todos los datos digitalizados, con una tablet, el técnico, y el técnico controla todas las ayudas. Lo tienen todo informatizado por zonas, van barriendo por zonas, los técnicos miran agricultura, ganadería, y simplemente tienen un estadillo para decir “sí o no, cumple o no cumple”. Es un encanto, y luego a la hora de colaborar, si falta alguna documentación son ellos los que te llaman: “Oye, que Fulanico le falta el número de cuenta, tráemelo que la semana que viene toca pagar, y si no me lo das no podemos pagarle”. Y claro, tú lo comparas con otra administración y dices: no se funciona porque no se quiere. Porque el ejemplo lo tenemos cercano (Entrevista N° 22).

En este orden de cuestiones, es interesante comprobar cómo los agricultores con los que hemos tenido ocasión de dialogar y entrevistar, casi conceden menos importancia al Estado que a las Comunidades Autónomas. Por supuesto, en una ordenación territorial

como la española, donde las comunidades y regiones tienen transferidas gran parte de las competencias, esto no debería ser motivo de sorpresa. Pero quizá por ello, y sobre todo por las propias percepciones que genera este sistema de ordenación autonómica, las condiciones de posibilidad necesarias para la ordenación y funcionamiento de la vida económica garantizadas y facilitadas por el Estado, pasan absolutamente desapercibidas. En este sentido, hablamos por supuesto de infraestructuras –carreteras, puertos, etc.–, pero también de condiciones legales que aseguren –al menos un mínimo– el cumplimiento de los contratos, de la igualdad en la aplicación de las directrices y normas de calidad, etc. Por lo demás, en el caso de la agricultura en la Región de Murcia –y más especialmente en nuestra zona de estudio–, el propio crecimiento del sector desde los años ochenta vino supeditado precisamente a la construcción del Trasvase Tajo-Segura, una gran obra de infraestructura inconcebible sin una determinada forma de entender la administración estatal de los recursos naturales – como vimos, esta vez muy alejada de las concepciones básicas del gobierno autonómico–.

Con todo, la necesidad de ese *modo de producción pública* –al que ya hicimos referencia en otros lugares pero aún falto de un análisis en profundidad– para el sostenimiento de esas condiciones de posibilidad de la economía en todos sus niveles y facetas, es prácticamente indetectable en nuestros testimonios. En este sentido, un lugar común entre nuestros entrevistados tiene que ver con las actuaciones del Estado –en coalición con otros agentes económicos y sociales–, en relación a las ayudas encaminadas a corregir los efectos de una catástrofe natural o una plaga descontrolada. Tiene que ver, en efecto, con la gestión de los agro-seguros:

Del Estado el Agroseguro, si lo pagas, porque ese seguro es del Estado. El Agroseguro es del Estado, y tú aseguras por ejemplo con Mapfre, o la que sea, pero dependen todas del Estado para recibir las ayudas. Si tú aseguras sin el Agroseguro tú pagarías, por ejemplo 2000, y así pagas 500. Tú pagas una parte, y la otra la pone el Estado, el gobierno te ayuda, sí, siempre (Entrevista N° 7).

En este punto son también reseñables los inconvenientes que la mayoría de nuestros entrevistados sienten para con la organización autonómica del Estado. En efecto, y para prácticamente todos nuestros entrevistados, una administración central en materia agrícola podría solucionar buena parte de los problemas del agro murciano. Y no ya en el tema de las ayudas económicas, sino sobre todo en cuestión de infraestructuras y “defensa” de los productos:

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

Luego España tiene otro problema, las regiones, que está muy dividida en ese aspecto. Eso de Valencia es Valencia, Murcia es Murcia... Parece que cada una tiene que hacer lo que considere, y claro, eso no puede funcionar. Así no puede funcionar. Y Murcia ha sido prácticamente siempre agrícola, ojalá no, ojalá hubiera sido tema de empresas, más industria, pero Murcia por lo que se ve va a tener que ir sobreviviendo con el tema de la agricultura (Entrevista N° 2).

A esta cuestión se refería el técnico agrícola especializado en la gestión de las ayudas europeas al que arriba hemos citado, refiriéndose a los programas informáticos necesarios para la gestión del territorio en relación, precisamente, a tales ayudas:

Las competencias las tienen las Comunidades Autónomas. Y eso también es un lastre y un gasto innecesario. Cada Comunidad Autónoma ha tenido que hacer su programa informático, y teniendo uno nacional sería suficiente. Luego lo traduces al catalán, en vasco o gallego o como te dé la gana. Pero claro, me encuentro en Castilla La-Mancha un programa informático, en Andalucía otro, en Murcia otro. Luego no son compatibles. Yo tengo que presentar una ayuda de clientes que tienen tierras en Albacete, pues yo estoy autorizado con el programa en Murcia, pero allí como el programa no es igual, yo tengo que buscarme un compañero y decirle: “Oye, estos clientes me los tienes que hacer tú”. Y al revés. Pero si fuera el único programa pues sería más barato, con una sola compañía sería más barato. Aquí en Murcia, al principio de campaña, te pasas un mes modificando versiones, no dan con la tecla, fallan cien mil cosas... Y luego las herramientas son pésimas (Entrevista N° 22).

Este otro entrevistado se refiere a cómo ciertas cuestiones encuentran fácil solución precisamente por ser ordenadas desde Madrid, en concreto en el tema de los purines, un auténtico problema en una zona donde la industria cárnica del cerdo tiene una importancia sobresaliente:

[El Estado] es la base, es la base. ¿Cuántos problemas ha habido con los purines aquí en la comarca? Denuncias de los forestales, de tal y cual. La papeleta se solucionó cuando Tomas Fuertes se fue a ver al Ministro: “Oye, pasa esto con los purines, a esto hay que darle solución”. Y claro, Tomás Fuertes es Tomás Fuertes. Dice: “¿Qué hay que hacer, esto?” Y se hace. Y habrá algo más invasor para el medio ambiente que los purines. Y ya lo estás oliendo, donde están... [en efecto, huele a los purines empleados como abono en el campo] Estamos arreglando tierras, y están repartidos por todas las tierras de la comarca. Hasta incluso dentro de los 50 metros del parámetro del río, hasta dentro de la cepa de los Saladares del Guadalentín. Ya te digo, estoy muy desengañado de la Administración en general. Porque yo, como yo estuve, entablas un poco de amistad con los funcionarios. Yo me siento como agricultor, no como representante de los agricultores por estar en un sindicato, sino como agricultor, e intento hacerles ver algunas cosas, y no, no, porque la Ley, porque el Reglamento, la Ordenanza... Y entonces qué, ¿cerramos el pueblo y nos vamos todos? Pues eso, que yo la Administración... Cada día que pasa estoy más hasta el gorro (Entrevista N° 25).

Antes de terminar con este apartado y orientar nuestra mirada hacia la Unión Europea, es preciso comentar aquí algunas notas sobre la percepción de nuestros entrevistados respecto a las actuaciones y el papel de los sindicatos en nuestra zona de estudio. En este punto, por lo demás, es interesante comprobar una pluralidad de

opiniones ciertamente reseñable, un abanico que cubre desde la militancia más decidida hasta la crítica y el desprecio puramente visceral, pasando por la franca indiferencia. Así lo expresaba, por ejemplo, uno de nuestros interlocutores, que reconocía en el sindicato las actuaciones que, en su opinión, podían corresponder a los empleados y técnicos del ayuntamiento:

En el tema de riesgos laborales, los cursos de riesgos laborales, de por ejemplo también del tema del “obrero”, cómo tenemos que llevarlos. Por si viene una inspección que sepamos cómo tenemos que llevarlos. De eso se encargan ellos, de eso estamos bien asesorados. Nos fiamos más del sindicato que del ayuntamiento, en este sentido, porque también la gente del sindicato son agricultores, se toman más interés y hay más competencia en ese aspecto, que si fuera un político metido por el ayuntamiento (Entrevista N° 2).

Este otro entrevistado, al contrario, se refería a las organizaciones sindicales como algo absolutamente prescindible, en línea con una percepción general bien conocida en España en los últimos años:

Yo de los sindicatos no soy partidario. Y los sindicatos agrarios no sé ni para lo que están. Mi suegro era socio de un sindicato, y yo cuando empecé lo primero que hice fue que se borrara porque yo no iba a seguir pagando un sindicato que yo no sabía ni para lo que sirve. Entonces... La COAG debe ser como un sindicato, pero no, que no quiero saber nada de ellos. Los sindicatos lo veo algo innecesario. El sindicato podría ser que los agricultores de aquí de Totana estuviéramos asociados, pero un sindicato nacional no sé, para qué sirve. El sindicato podría cumplir la función de mediación, alguna manera de presión ante el gobierno, pero eso en el sindicato no funciona. ¿Para qué quieres pagar una cuota, más gastos? No soy partidario, ni de esos ni de los que hay a nivel nacional, ni de esos ni de CCOO, UGT, ni nada de eso. Yo un sindicato lo entiendo dentro de una empresa, en El Pozo, por ejemplo, los trabajadores pueden estar asociados para defenderse, de acuerdo, pero esto son politiqueros (Entrevista N° 12).

Los agricultores, como cualquier otro grupo de trabajadores, no son impermeables a un sentimiento muy generalizado y contrario en la actualidad a las organizaciones sindicales. Por supuesto, en esta cuestión confluyen múltiples factores que abarcan desde los agresivos discursos neoliberales que transitan por los medios a todos los niveles, hasta las corruptelas que en los últimos años afectan a casi todos los segmentos de la sociedad española, y también al sindicalismo. A nivel local, como después veremos, una lucha intestina entre los dos sindicatos agrícolas mayoritarios pudo suponer –en gran parte y según nos han contado–, el fracaso de una anhelada Denominación de Origen para la uva Dominga. Sea como fuere, este otro entrevistado, miembro de la dirección de una de estas organizaciones sindicales en la zona, reconoce las limitaciones a las que tienen que hacer frente:

Realmente, ellos aquí no pueden hacer mucho, porque a nivel local... Los Sindicatos están regulados por el gobierno, a nivel provincial o nacional, y lo que les dicen hacen. Porque como reciben subvenciones, como la UGT o CCOO, en cuanto... Y vamos, los grandes, a nivel nacional digo, porque aquí COAG o ASAJA, aquí no te llega nada... Entonces, si no haces lo que ellos dicen, pues te cortan el grifo, y lo van a cortar pronto porque las cosas no están para... Pero ellos a nivel local, no se puede hacer mucho (Entrevista N° 20).

La teórica función de los sindicatos, mediadores entre la Administración y los distintos agentes sociales, o entre los trabajadores y las empresas, se ve por tanto coartada por limitaciones impuestas en instancias alejadas del terreno. Con todo, y como se puede intuir, las distintas percepciones que los sindicatos despiertan entre los grupos de agricultores entrevistados derivan, en gran medida, de las preferencias no ya sólo políticas, sino también de las propias estrategias de venta y de vida económica. Así, por ejemplo, creemos significativo el hecho de que prácticamente todos los agricultores tutelados con los que hemos tenido la ocasión de conversar han mostrado sospechas y reticencias respecto de las organizaciones sindicales, mientras que los cooperativistas –y también los que se decantan por la venta por libre–, son claros defensores del sindicalismo. Además, en este último grupo, la pertenencia a una u otra cooperativa parece determinar en gran medida la afiliación a uno u otro sindicato, en una dinámica que a bien seguro esconde tras de sí intereses partidistas, y quizá también clientelares. Como arriba ya apuntamos, estas rivalidades encontrarán una cristalización paradigmática, un campo de batalla desafortunadamente privilegiado en el intento por conseguir una Denominación de Origen para la uva Dominga. Pero antes de comentar esta cuestión con un mínimo de detalle, pasemos a analizar ya esas dinámicas europeas que en ocasiones parecen mostrar en nuestra zona de análisis sus concreciones más inconfundibles.

V. Mercado de Leyes, Imperio de Gustos: Europa y la Unión Europea en su influencia a nivel local

Nosotros estamos en [un pueblo] que está en una comarca, el Valle del Guadalentín. Esa comarca está en una Provincia que, por circunstancias, Provincia y Región es lo mismo, que es Murcia, y que es una Comunidad Autónoma. Esa región está en un país, España, y ese país está en una Comunidad Económica Europea. Al final, lo que se legisla en Europa, se legisla en un despacho, en un edificio de Bruselas, y por desgracia tiende a ser una tabla rasa tanto para [este pueblo] de Murcia, como para el último pueblo de Dinamarca. Poco más o menos, salvando un poco las distancias, las diferencias, tiende a ser lo mismo (Entrevista N° 25).

Sobre esto mismo, pero en sentido inverso, opina este otro entrevistado:

Tiene que ser desde el Consejero hasta el Ministro, en Bruselas. Los temas de la agricultura hay que defenderlos en Bruselas, no vale la Comunidad Autónoma, no vale el Congreso, hay que irse a Bruselas y defenderlo. Porque allí es donde se decide todo. Y el tema de la agricultura nos lo está imponiendo países que no se dedican a la agricultura. Son noruegos, o son alemanes, o son ingleses, o daneses. Son países que tienen una agricultura pero no es una agricultura productiva como tenemos aquí en España, o como puede tener Italia, Grecia o Portugal, y esos son los que manejan el tema de la agricultura (Entrevista N° 12).

Resultaba difícil imaginar una contextualización mejor respecto al sentimiento que sobre Europa describen nuestros entrevistados: un pueblo, en una comarca, en una región, que también es Comunidad Autónoma, en un país miembro de una comunidad supranacional llamada Unión Europea, con una sede, Bruselas, donde se toman las decisiones que afectan de un modo u otro a todos los agricultores de cualquier parte de Europa. Por tanto, es en Bruselas, y no en Murcia o Madrid, donde se deben discutir las circunstancias y las posibles propuestas para resolver los problemas o mejorar la situación de cada producto y en cada región. No obstante, en este contexto las imágenes que nuestros entrevistados dibujan en sus testimonios suelen ser bastante escépticas en muchos casos:

Europa está muy lejos, y España es poca Europa. Yo no he pillado... también porque yo no soy de moverme a pedir subvenciones. Yo lo único que quiero es que cuando haga la declaración de la Renta que me cobren poco. Yo no quiero que me den ayudas, ni que me den subvenciones, ni que me den nada, entonces tampoco las he pedido, pero no sé, pero a nivel europeo cero. Lo controles de calidad lo único (Entrevista N° 3).

Subvenciones, por qué no, empecemos por aquí. Controles de calidad, más tarde. De hecho, estas son las dos grandes temáticas que nuestros agricultores han traído a colación las más de las veces cuando les hemos preguntado sobre Europa. Por supuesto, se trata de una cuestión, la de las ayudas de la UE, que ya introdujimos al hablar de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia y de su Consejería de Agricultura y Agua, un actor político y técnico necesariamente influyente en nuestras temáticas de análisis. Por lo demás, los agricultores son plenamente conscientes de que el dinero que sostiene esas ayudas viene de Europa. Así lo expresaba uno de nuestros entrevistados, cuando le preguntábamos si había recibido ayudas de la Comunidad Autónoma:

Recibimos, sí, pero eso viene de la PAC, de la Unión Europea. Y eso creo que ahora le habían dado para el 2016, querían darle un poco más... Ayer hubo una [reunión] para toda Europa y le estaban dando una normativa para toda Europa... La PAC y las OPFH estaban reguladas para 2016, y creo que quieren ampliar los planes. Teníamos de prórroga hasta 2016, para ayudas de la OPFH [...] En la OPFH te dan un porcentaje de lo que facturas: voy a sacar un tractor, una cuba, algo, entonces te dan un porcentaje. Pero claro, si no llegas a la

cantidad, pues a lo mejor este año para estos socios, otro para otros... Yo he puesto algunas cosas por ahí, es una ayuda. Pero la OPFH ya sabes que tienes que hacerlo, pagarlo, y después pues ya veremos. Que no es decir que te dan el dinero así como así (Entrevista N° 20).



Imagen: Cartel situado en la zona de los Albares (Aledo), anunciando el acondicionamiento de un camino rural costeado con fondos europeos.

Además, en efecto, son también conscientes –la mayoría al menos– de que la única forma de acceder a esas ayudas de la UE es a través de esas Organizaciones de Productores de Frutas y Hortalizas (OPFH) a las que antes ya hicimos referencia, sean éstas conformadas por grandes empresas del sector o por cooperativas. En este sentido, es interesante aquí señalar que los agricultores que venden “por fuera”, sin el abrigo de una cooperativa o al margen de las dinámicas impuestas por las grandes empresas, tienen muchísimas dificultades para acceder a tales ayudas, por otra parte una consecuencia lógica de las últimas modificaciones de la PAC –las nuevas regulaciones de las OPFHs, el Pago Único, etc.–, que ya vimos en su momento. Así lo expresaba uno de nuestros entrevistados, vendedor “al tanto”:

Pues yo pedí un año, fue la COAG, cuando puse las telas, decían que había unas subvenciones [de la UE] para cubrirla para la piedra, y yo pedí apoyo allí, información. Y es cierto que había ayudas, pero a mí me la denegaron porque los postes tenían que ser de hierro, y yo los tengo de madera [...] Te exigían tener 2 hectáreas y media, y yo las tenía, tenía 3, me exigían tener postes de hierro, que los tengo de madera, y ya no me dieron un duro [O sea que] nada, bueno, a mí no me llega nada. Las cooperativas sí, y si vas a comprar maquinaria agrícola, un tractor, una cuba, pero si no estás en cooperativa no (Entrevista N° 6).



Imagen: Cooperativa de la zona, donde se hace constar tanto el grupo exportador como el nº de OPFH asignado.

O este otro, también vendedor “al tanto”, que argumenta cómo las subvenciones de la UE están supuestamente destinadas a las grandes empresas:

El tema de ayudas y tal, pues las tienen las grandes empresas. Cuando viene una gran subvención viene a las grandes empresas. Gran Empresa 1 mismo, estos últimos años se están llevando todas las subvenciones. Puede ser porque es el mayor exportador, ha configurado una serie de uvas que no existían hace unos años, con muchos sabores, colores, texturas, y claro, fuera en Europa lo que se ve es eso. Luego cuando estás metido dentro las cosas son muy diferentes. Luego también por la contratación de gente, tienen muchísima gente, hace contratos nuevos, y claro, recibe ayudas. Y tiene gente muy preparada, informada, y cuando huelen algo, pues agarran, saben agarrar. Tienen a gente que se dedican a buscar ayudas para la empresa. Y la mejor gente. Mucha gente que tiene Gran Empresa 1 en el tema de la uva, son gente que estaba antes en antiguas cooperativas, que ha ido buscando él. Y es la mejor empresa. No sé si es la segunda a nivel de Europa, y busca ser la primera (Entrevista N° 2).

Por supuesto, esta no es una cuestión que podamos –ni debemos intentar– corroborar aquí. Tampoco nos interesa. Posiblemente nuestro entrevistado –uno de los primeros, por lo demás–, no fuera consciente que para optar a tales ayudas es inexcusable formar parte de una OPFH –tampoco lo éramos nosotros en ese momento–, organizaciones de productores que bien se han encargado de formar estas grandes empresas. Por lo demás, es interesante señalar aquí que las ayudas provenientes de la UE –al menos entre los agricultores con los que hemos tenido la ocasión de dialogar y/o entrevistar–, siempre han sido a la mejora de infraestructura, instalaciones, la compra de maquinaria, etc., pero nunca se ha tratado de subvencionar el producto –en la uva de mesa se entiende–:

Nosotros ahora estamos acogidos a las OPFH. A través de Cooperativa 2, con nuestra facturación, se reparte ese dinero cada socio lo que quiera hacer. Ese dinero se da para mejoras, es decir, para comprar un tractor, para montar cabezales, un sistema de riego por goteo, para infraestructuras como este parral, que antes estaba en madera y ahora es metálico [...] Que pongas hierro es un criterio, porque eso es para toda la vida [...] Eso es lo

mejor que ahora se está utilizando, el sistema invernadero montado en metálico, es lo mejor ahora mismo. Las subvenciones son para el desarrollo agrícola, no para subvencionar el producto (Entrevista N° 19).

También lo ratifica este otro corte de entrevista, esta vez de un agricultor asociado a Gran Empresa 1, que nos responde a la pregunta sobre si ha recibido algún tipo de ayudas de la UE, señalando además las dificultades que tienen los agricultores “por libre” para optar a tales ayudas:

Sí [hemos recibido ayudas] Un agricultor a nivel individual, sólo, ya no tiene ayudas de ningún tipo. Nosotros hasta hace unos años solos no hemos tenido ayudas de ningún tipo. Desde que estamos asociados a Gran Empresa 1 sí tenemos ayudas que se llaman... Son ayudas a la inversión. Montaje de parrales, instalaciones de riego, maquinaria, ese tipo de ayudas sí que la tenemos, pero estando asociados con Gran Empresa 1. Eso es lo que han hecho las grandes empresas, crear una red de gente para poder recibir ayudas de la UE (Entrevista N° 12).

Ahora bien, tampoco los agricultores se han mostrado en absoluto partidarios de otro tipo de ayudas a la producción, como bien señala este otro entrevistado:

Yo te digo, que en 15 ha que tenemos aquí, ayudas 0. Que tampoco las quiero, porque yo soy de los que piensan que si la agricultura es negocio, habrá agricultores, pero cuando deje de ser negocio, ¿qué sentido tiene que estemos gastando perras por lo menos en una zona donde la gente vive? Si me hablas de los campos de Moratalla, o de los campos de San Juan [al norte de la Región de Murcia], que la gente lo va abandonando, pues hombre, habrá que incentivar para que haya algo de gente en el terreno. Y más que nada para que haya algún pastor con ganado y que se encargue de ir limpiando de broza el suelo. Y evitas lo que viene después, incendios y demás (Entrevista N° 25).

O este otro:

Las ayudas tienen que ser productivas, para un producto autosuficiente, que no solamente van a servir para sobrevivir el agricultor, sino que va a generar dinero y trabajo en un futuro. Dar una ayuda a una cosa moribunda, eso es una tontería, como pasaba con la almendra y la oliva... Y claro, en cuanto se han acabado las ayudas, pues los almendros arrancados (Entrevista N° 2).

Si pasamos a la cuestión de los controles de calidad, del control de los productos fitosanitarios y de las certificaciones, tampoco nos resulta complicado encontrar referencias en nuestras entrevistas que señalen la importancia que los agricultores de la zona conceden a la UE. Así lo expresa uno de nuestros entrevistados:

Nosotros estamos acogidos a unas normas, al Global G.A.P, y ahí pues entran los fitosanitarios con un listado con lo que está permitido usar, no puedes llevar más de 3 productos de residuos por la fruta. No puede llevar más de tres variedades de fitosanitarios. Por ejemplo, si están curando con una cosa, ya sabes que en toda la campaña no puedes usar más de dos más, y alternándolos, dos tratamientos con un producto, y dos de otro, y de ahí no te puedes salir. Y para el tema de fungicidas, para el mildiu y todo eso, igual, más de dos productos no puedes usar. Cualquier anomalía que haya te echan el producto para atrás. Antes de que entre el producto en el almacén te hacen una analítica (Entrevista N° 19).

En este caso, nuestro entrevistado es socio de una cooperativa que ha sido capaz de organizarse en OPFH, y que tiene el mercado europeo como principal destino de sus productos. Pero también estos controles son algo que tanto los agricultores que venden “por fuera” como los asociados a las grandes empresas del sector tienen muy presente. Así lo comenta un agricultor tutelado:

Hoy lo primero que te piden antes de comenzar es: “Oye, te han pasado ya el Global G.A.P., mándame los códigos”. Y analíticas, antes de salir un kilo de uva para el supermercado ha habido una analítica de todas las variedades. Y tienes que ser muy coherente con los plazos de seguridad, con los residuos. Bueno, si es asombroso. Nosotros cumplimos unos protocolos de calidad que no tiene ningún producto que venga de fuera [...] Porque todo lo que va a la UE te exigen unos protocolos de calidad que tienes que cumplir y que tienes que estar ahí (Entrevista N° 12).

En esta entrevista se insinúa precisamente uno de los mayores reproches que nuestros agricultores dedican a la Unión Europea: la apertura de los mercados comunitarios a los productos agrícolas de terceros países, sin exigirles no obstante –en su opinión– las certificaciones y controles de calidad que ellos deben de observar con diligencia. Por supuesto, esta no es una cuestión nueva ni para España ni para la Unión Europea, y puede que para ningún otro país del globo. Los impulsos y posiciones “proteccionistas” son tan antiguas como el propio capitalismo, y quizá más. Pero resulta curioso que la principal argumentación de nuestros agricultores en contra de la apertura de los mercados europeos a estos productos agrícolas de otras partes del globo se funde, precisamente, en la supuesta ausencia de controles de calidad y de productos fitosanitarios para sus competidores:

El problema es que sabemos que esos productos llevan menos controles, que se están curando con productos que aquí hace años que dejamos de usarlos. Y sin embargo están entrando aquí en el mercado nuestro. Y quizá ese producto no entra en Alemania, Holanda, etc. Porque esos países no lo permiten. Como hemos dicho antes, ¡5 materias activas! Eso es prácticamente nada, eso no lleva toxicidad apenas ninguna. Y estamos hablando de 5 materias activas a un nivel muy bajo, porque si supera ese nivel tampoco entra. La uva de Chile, por ejemplo, yo estoy seguro que no llevan los controles que tienen las nuestras. Por eso también puede salir el producto más barato... Y los márgenes para el mayorista son mayores, mientras que el consumidor lo paga igual de caro (Entrevista N° 2).

Este otro entrevistado se refiere a esta misma cuestión del siguiente modo:

La competencia de terceros países donde yo veo que nos puede hacer mucho daño. El darle como se lo tienen dado a Marruecos y al norte de África, que pueden exportar sin cupo y de cualquier manera, a nosotros nos hunde [...] Y luego otra cosa que es con el tema de los fitosanitarios. Es totalmente injusto que a nosotros nos impongan unas normas totalmente restrictivas que yo estoy de acuerdo con ellas, que no se puedan usar una serie de productos que sean perjudiciales para la salud y para el medio ambiente. Yo estoy de acuerdo con ellas, pero si a mí me las imponen, [entonces] cualquier producto que entre en la EU tiene que tener esas mismas condiciones. Y eso no es así, y eso las autoridades lo

están permitiendo. Yo tengo que llevar una serie de protocolos, y productos caros, mientras que al otro lado del estrecho usan lo que quieren, y materias activas que incluso están prohibidas en la UE, a ellos le salen baratísimas, tratan con esos productos y no pasa nada. Ese es el problema. Eso se cargará la agricultura, con el tiempo ese será el gran problema si no le ponen remedio. Eso si no le ponen solución es el gran inconveniente que se plantea aquí (Entrevista N° 12).

Por supuesto, en esta competencia con terceros países también entra en la discusión en tema de los menores costes de producción en otras partes del globo, tanto de mano de obra como de recursos hídricos o, como vemos, de productos fitosanitarios:

Porque está habiendo mercados de Terceros Países, que nos están haciendo la competencia, y están curando por ejemplo ahora mismo con los fitosanitarios, están metiendo veneno, y no tienen regulación de ninguna clase. Y tienen a la gente que están trabajando, y están criando un kilo de uva por nada, prácticamente, al lado de nosotros. Y la UE está absorbiendo todo ese material. Y tú en qué te ves de meterlo para allá. Entonces a nosotros nos están perjudicando todos esos países por mediación de la UE. Porque yo siempre he entendido que lo primero debería ser lo mío. Porque en Marruecos están criando uva, y tomates, de cosas de campo, y como allí un jornal vale lo que valga... A mí me han dicho que por 5 € hay una persona de sol a sol trabajando, y aquí una persona cuesta entre 6 y 7 € una hora, y el producto aquel sale antes que el tuyo, porque le están dando cabida, por lo barato, a ti casi te lo retienen cuando lo que tendrían que hacer es sacar lo nuestro... El sector del tomate en España lo han hundido los marroquíes... No los marroquíes, la UE. Aquí ya los agricultores de tomate, lo han tenido que dejar prácticamente, cerrar las empresas, y el tomate se está trayendo prácticamente todo de Marruecos (Entrevista N° 4).

Quizá sería aquí interesante conectar estas percepciones y discursos sobre el “peligro moro”, con toda una serie de elementos culturales e imaginarios colectivos que sin duda perviven en la conciencia de muchos murcianos y españoles. En este sentido, es curioso comprobar que prácticamente todos los agricultores con los que tuvimos ocasión de conversar se refieren mucho más a la enorme competencia comercial procedente del norte de África –y Marruecos fundamentalmente–, que de otras partes del planeta, como pueden ser por ejemplo Sudáfrica o Chile. Por lo demás, y con todo, es también interesante señalar que muchos de nuestros entrevistados no “culpan” de la situación a los marroquíes, argelinos o egipcios, sino a la propia Unión Europea, e incluso a los políticos españoles y murcianos. A esto se refiere el siguiente entrevistado, presidente de una organización sindical, miembro directivo de una cooperativa y agricultor de uva de mesa:

La última [vez que] fui a Marruecos, y ya me cabré, porque estuve viendo que nuestra tecnología, nuestros productores, nuestros técnicos, se estaban yendo a producir a otro país cuando aquí se estaba dejando abandonado, esa fue la última visita y más me impactó por eso. Sólo había firmas españolas, francesas y alemanas. Los moros seguían exactamente igual que estaban antes de ir esos, o peor, pero estábamos llevando toda la tecnología española allí, a cultivar en otro país, y aquí no la sabemos utilizar [...] Estuve en la finca de [gran empresa murciana del tomate] en Marruecos, y allí tenían 3000 personas trabajando

para el tomate, y decían que cargaban el camión allí, y a las 12 horas estaba aquí, y ale, a vender tomate, como si fuera de España. Esa es otra cosa que nos están perjudicando a los agricultores españoles. Tienes que meter unas tasas, pues nada, cumple el cupo [...] Eso es lo que nos está perjudicando a los agricultores, que lo están cultivando empresarios de España. Claro, si esa fue mi sorpresa mayor... El embajador español en Casablanca me dice: “Quieres ir a criar sandías o melón Galia, a Sudáfrica”. No me decía vete a España y críalos. Y estamos viendo que los productos de la Región de Murcia tienen un sobresaliente, todos lo sabemos (Entrevista N° 11).

Una cuestión también muy recurrente en nuestro trabajo de campo, conversaciones y entrevistas –en la que se entrecruzan desde las políticas europeas hasta los intentos de ciertos agricultores autónomos por mantener su modo de vida, pasando por las luchas de reconocimiento entre agricultores y poderes públicos–, es el intento fallido por alcanzar la Denominación de Origen para la uva Dominga. En efecto, la Denominación de Origen (DO), antigua forma de indicación geográfica de un producto agrícola o alimenticio de especiales y exclusivas características –quesos, vinos, embutidos, frutas, etc.–, ha servido para identificar a muchos de esos productos reconociendo su idiosincrasia y facilitando su continuidad. La Unión Europea, de hecho, creó en 1992 un registro de productos agrícolas y alimenticios, como una forma de asegurar a los consumidores la posibilidad de elección de unos productos auténticos y tradicionales, elaborados con las mejores materias y –al menos en principio– las mejores condiciones tanto laborales como de calidad, etc. Estas DO, por tanto, han sido muy interesantes a la hora de concurrir a los mercados con unos productos certificados y únicos, además de optar a ciertos fondos de la UE.

Estos motivos fueron los que empujaron a un grupo de agricultores de la uva de mesa de la zona a intentar conseguir una DO para la uva Dominga, un producto autóctono, tradicional, y como ya hemos argumentado con un cultivo limitado a una zona geográfica muy precisa. En principio, ciertamente, esta variedad de uva cumplía todas las condiciones a priori necesarias para la obtención de este certificado, lo que supuestamente le habría permitido concurrir a los mercados con un mínimo de garantías de partida. Pero algo salió mal. O muchas cosas. Lo cierto es que en nuestro trabajo de campo nos ha sorprendido la gran cantidad de explicaciones a este fallido intento, muchas de ellas claramente contradictorias. Así, según unos, fueron los propios agricultores de uva Dominga los que fueron incapaces de ponerse de acuerdo. Otros afirman que este fracaso derivó de las luchas entre los dos sindicatos agrícolas mayoritarios en la zona, ligados a una u otra cooperativa –o, incluso, de forma de venta–, las que impidieron el éxito de los trámites. Algunos nos han comentado por otra

parte que fue precisamente el “gobierno” de la DO el motivo de las mayores disputas, disputas entre unos, partidarios de poner al frente al promotor de dicha DO –cargado de un sindicato y directivo de una cooperativa–, y otros, a favor de un representante designado por los ayuntamientos de Totana y Aledo –ceranos al parecer al gobierno regional, por su parte también interesado en esta segunda opción–. Hemos llegado incluso a escuchar testimonios de agricultores que afirman que el fracaso de este proyecto fue orquestado en la sombra por una empresa de la zona dedicada asimismo a la uva de mesa, poco interesada –según estas personas– en sumar a su competencia en los mercados una uva con Denominación de Origen.

Sea como fuere, lo cierto es que el proyecto fracasó, pero no han sido pocos los testimonios registrados a través de los cuales poder seguir su desarrollo. En este punto, podemos hacer aquí un breve recorrido por algunos de los cortes de entrevista donde aparecen las diferentes posturas sobre el asunto, al menos las más recurrentes. Así narra el proceso uno de nuestros entrevistados, buen ejemplo de una de las posturas a las que acabamos de hacer referencia:

Aquí, hace unos 8 o 9 años, cuando empezaron con la DO, aquí vinieron, porque no había ningún sindicato, ni asociaciones agrarias... Y aquí vinieron una gente de Totana, y nos metieron un gol, ellos vinieron con sus declaraciones, para que hiciésemos declaración de la uva que teníamos. Estamos hablando de que todo el término de Aledo, pues de que el 60% o 55% de la uva Dominga estaba aquí metida. Y cuando nos dimos cuenta, supimos de que Sindicato 1 Totana nos hizo todas las declaraciones para hacerse ellos... ¿Sabes cómo funcionan las DO? Si presentas el 60% de las parcelas, de los productores, tú te haces con la DO, con la presidencia, con la secretaría, con todo. Los otros van entrando y cuanto más tienes, pues más gente tienes en la mesa de representantes. Cuando nosotros nos dimos cuenta de aquello, pues empezamos a movernos, llamamos al presidente de Totana, nos dijo que no, que eso ya estaba hecho, que nosotros ya habíamos dado el consentimiento con las firmas, bueno, un rollo... ¿Qué tuvimos que hacer? Pues asociarnos a un sindicato, recurrir esas declaraciones, y volverlas a hacer, y hacerlas nuestras para que se quedaran aquí en el pueblo. Y no por el sindicato [...] porque nosotros cogimos el nombre de un sindicato [...] con nuestros estatutos, porque teníamos que estar registrados, porque teníamos que tener un nombre [y fue con Sindicato 2] Bueno, pues esto siguió para adelante, conseguimos meternos en la mesa de negociación, con ellos, con los exportadores, con los sindicatos, con los productores, con Cooperativa 1 que también iba... Y cuál fue nuestra sorpresa, que a medida que íbamos investigando descubrimos que esta gente llevaba parcelas puestas de olivos, parcelas puestas con chalets, con pistas de tenis. Luego, expedientes falsos, de gente que fue a la Consejería a decir que habían falsificado su firma. Y esto lo sabemos porque conocemos a personas a las que les falsificaron las firmas. Y a raíz de todo esto, al enterarnos de todo lo que había pasado, pues hicimos una reunión aquí, tuvimos una reunión con el antiguo Concejal de Totana [...] porque él fue nombrado Presidente de la DO, por el [Consejero de Agricultura], para ver si todo esto se podía arreglar. Y nada, esto no tenía arreglo, y todo esto pasó. De hecho, a mí me metieron una demanda porque había dicho públicamente que había habido firmas falsas, y estando registradas allí en Consejería. Y claro, el Consejero, y [X], de allí de Consejería, que era la que llevaba todo el tema este, cuando fueron enterándose de estas cosas, porque nosotros fuimos demostrando todo esto, siempre con papeles, nunca de boca, y a raíz de esto la cosa se fue... Ellos querían

cambiarle el nombre, querían llamarla “Uvas España”, o no sé qué. Y nosotros no queríamos, queríamos que se llamara “Uva Dominga”. Y desde Bruselas estuvieron buscando por los mercados, porque cuando anuncias lo de la DO ellos se mueven, ellos van por los mercados, y estuvieron buscando la Uva España y no la encontraron por ningún lado. Y de Bruselas vinieron a la Consejería diciendo que no, que la uva tenía que tener su nombre [...] Y aquella fue la última reunión que tuvimos en la Consejería. Y ahí se paró todo. O sea que todo aquello pasó, y ya no volvió más (Entrevista N° 24).

Este testimonio es ciertamente interesante, sobre todo por cuanto muestra las negociaciones y los trámites para conseguir la DO para la uva Dominga como una auténtica “batalla de intereses” entre pueblos vecinos, entre sindicatos y entre cooperativas. De hecho, más adelante en la entrevista nos comentaba la enorme ayuda que esta “facción”, principalmente de Aledo, siempre recibió tanto de su Ayuntamiento como del de Totana, mientras que –como veremos a continuación– otros culpan precisamente a los políticos locales y regionales del fracaso de los trámites que comentamos:

Te voy a hablar de pequeño a grande... Nosotros estuvimos, con el Ayuntamiento, tanto el Alcalde como el Concejal, nos ayudaron al máximo. Pusieron a nuestra disposición a unos técnicos, todo. La actuación que tuvo el Ayuntamiento fue muy buena en este tema de la DO. Tampoco se quiso meter más de lo que les competía, porque ellos decían que era un tema nuestro, que era un tema de los agricultores, y que nos ayudarían en todo lo que pudieran pero que era cosa de nosotros. Desde el Ayuntamiento de Totana yo trabajé mucho con [el] Concejal de Agricultura que entonces había, que yo con [el]... Que habrá personas de bien, y él es uno. Con él siempre bien, siempre se trabajaba con las dos partes, con Sindicato 1 y Sindicato 2, siempre se trabajaba bien juntos. A nivel de Murcia, creo que se podría haber hecho algo más. Y yo creo que hubo un problema, y es que siempre tratamos con las partes altas. Siempre tratamos con el Director General [...] o con el Consejero [...] Creo que si no se hubiese tratado tanto con arriba, tanto nosotros como Sindicato 1, y hubiésemos trabajado más con gente de abajo, con los funcionarios, que son los que saben más de este tema, quizá se hubiese hecho algo más. Pero bueno (Entrevista N° 24).

Como decimos, esta es solo una versión de la historia. Para otros el fracaso de la DO para la uva Dominga fue precisamente, y sobre todo, debido a la incompetencia o falta de compromiso y talante democrático de los políticos implicados:

La Uva Dominga, [quisimos] hacer una denominación de origen, la teníamos hecha, y cuando los agricultores me votaron a mí como presidente, al Consejero le pareció mal y ya está, la tiró para atrás. Problema político fue ese. Yo tenía los efectivos productivos, firmados con poderes, la gente que cultivaba uva de mesa, los 300, pero claro, a ningún político le gusta que una asociación sea fuerte en el tema de que le puede implantar cosas. A mí un día [un alto cargo de la Consejería] me llamó y me dijo que “iba a hacer lo que le salía de los cojones”. A los 6 o 7 meses me lo mandaron otra vez, me volvieron a mandar el expediente, le faltaban dos o tres tonterías, mandaron de Bruselas, y como el expediente iba a nombre mío, ellos no fueron capaces a decirme a mí, porque no quisieron decirme las dos chuminadas que faltaban, que luego nos enteramos... Una era que la diferencia entre el racimo era de 300 gramos a 3 kilos, y que eso sonaba un poco raro, pero eso es así. Puede tener 3 kilos. Eso les parecía que eso no, a Bruselas. Estaba todo hecho, hecho, y nos

mandaron que ya podíamos funcionar. Y sin embargo a [un alto cargo de la Consejería], se le metió en los cojones, y ya está. Y la tiró para atrás. Luego me llamaron para que la volvieran a meter, y yo le dije que le dieran a él. Y nadie se ha molestado. Yo estuve 8 años trabajando para la Denominación de Origen, y nos costó mucho trabajo y dinero, una cosa que era buena para la Región de Murcia (Entrevista N° 11).

Para este entrevistado, en efecto, los problemas para la consecución de la DO para la uva Dominga derivaron principalmente de las instancias políticas implicadas. Recordemos, justo lo contrario a lo que afirmaba nuestro anterior entrevistado. De hecho, este segundo continúa cargando las tintas sobre uno de los concejales involucrados en el proceso, precisamente aquel de quien el entrevistado anterior afirmaba explícitamente “que habrá personas de bien, y él es uno”:

El Consejero vino y nombró presidente de la Denominación de Origen al Concejal que había en Totana, que se hiciera cargo. Los agricultores dijeron que no querían una denominación de origen con políticos, que eso era una cosa de los agricultores, y que los agricultores la dirigieran. Y ahí ya se rompió del todo. Y ya te digo, estaba hecha, y a mí me dolió mucho (Entrevista N° 11).

Estas son, de hecho, las dos versiones mayoritarias que nos hemos encontrado en nuestro trabajo de campo para explicar el fracaso de esta DO. Mientras unos culpan a los políticos, otros señalan a los sindicatos, coaligados a su vez con un colectivo u otro, o con esta o aquella cooperativa. Algunos testimonios lo quieren presentar incluso como lucha entre pueblos enfrentados –principalmente Aledo y Totana–, al tiempo que otros insisten en que aquella decepción no tuvo nada que ver con este tipo de disputas. Por lo demás, ha sido interesante comprobar cómo los agricultores de uva Dominga encuadrados en una u otra cooperativa o sindicato, nos han contado versiones muy parecidas a las narradas por sus respectivos representantes en el proceso, y muchas veces versiones “hiperbolicadas”.

Con todo, es interesante notar también en este punto cómo algunos entrevistados, cultivadores de otras variedades de uva, han relativizado la importancia de la DO. En este sentido se refería este agricultor, ingeniero agrícola y antiguo concejal de agricultura de uno de los municipios de nuestra comarca de análisis:

Es que a mí eso de las DOs... es una cosa que me hace un pelín de gracia. Yo estoy en Sindicato 1, en la Ejecutiva Regional, y tienes que defender ese tipo de cosas, porque tienes que defenderlas, porque es la línea a seguir, pero al final... ¿Qué diferencia hay entre una uva que esté en una DO, y otra que no lo esté? Yo puedo entender que puede haber una DO para la uva del Vinalopó, que es una uva que va embolsada, que va tal... Eso sí es una cosa específica, una especialización, eso sí lo puedo entender. Pero una uva Dominga... Yo estando en Gran Empresa 2, las Red Globe que no cogían color, las mandábamos como Dominga, y las mandábamos. Y tú te echabas un grano de Red Globe y de Dominga y veías que no era lo mismo. Pero cuando esa uva va a Madrid, a Barcelona, a Holanda, a

Alemania o va donde va, es uva blanca con pepita. Por eso te digo que sí, las DO están ahí, porque tal o porque cual, pero... Al final cogemos y qué hacemos. Montamos una DO, empezamos con la uva Dominga, y llega un año, un exportador, el que sea, y coloca la Red Globe. Luego otro año llega un exportador se trae una uva muy parecida que venga de Italia, la cambia de caja, la coge y la coloca. Y al final, realmente al agricultor... DO tampoco. Porque te obliga a entrar en una serie de parámetros, que te van a inspeccionar, y que por lo que sea te los saltas, y te joden. No es la panacea, porque al final una DO te puede interesar a fuerza de gastar muchísimo, muchísimo dinero en publicidad, pero para hacer publicidad no te hace falta una DO (Entrevista N° 25).

Es también interesante recordar por lo demás un testimonio del actual concejal de agricultura de uno de los pueblos de nuestra área de estudio, también agricultor de uva de mesa, y partidario de apostar por las nuevas variedades de uva apirena con patente:

[La DO] se intentó [...] hace ya tiempo, y no sé por qué se quedó ahí parado, porque al final nadie se ha echado para adelante. Pero la gente se quedó desanimada en aquel momento, y la gente se quedó ahí, yo siempre he intentado pero... Yo ahora mismo tampoco apostaría por una DO para la uva Dominga, gastar un dinero, porque al final lo que va a suponer el aumento de precio en una DO, lo vas a tener que invertir en técnicos que tengan esa DO, en administrativos, en oficinas y demás. Entonces ahora, habiendo variedades nuevas que son mucho más rentables, yo creo que apostar por una DO de una uva que este año se ha quitado más del 50%, según los estudios que ha hecho la Comunidad Autónoma, este año hay ese porcentaje menos que el año pasado. Entonces, apostar por una cosa que al final no sabemos si puede funcionar o no. Además, si la gente no quiere apostar... El Ayuntamiento está para apoyar, pero no es el que hace la DO. La DO la hacen los agricultores (Entrevista N° 23).

Este corte nos puede servir de hecho para introducir la última cuestión a la que haremos referencia en este apartado: a saber, la apuesta y desarrollo de nuevas variedades de uva más “rentables” por nacer ya adaptadas a los *gustos europeos*. En efecto, como ya señalamos anteriormente, la gran estrategia competitiva de las grandes empresas y cooperativas de la zona es la apuesta por nuevas variedades de uva apirena más atractivas para el mercado europeo e internacional, desarrolladas a ser posible por centros de investigación regionales. Después de todo, el consumo de productos agrícolas está relacionado en gran medida con el gusto, y gustos que finalmente son impuestos a los agricultores por los consumidores europeos –o, quizá, por las grandes empresas y actores comercializadores–. En este “mercado de sabores”, como ya hemos indicado en otros lugares, las uvas pirenas no parecen tener cabida:

La uva con pepita tiene cada vez menos demanda. Si es que la uva con pepita se va a acabar perdiendo. No se va a perder del todo porque siempre va a tener un mercado residual, pero se va a quedar un parral de uva Italiana para un cliente francés, un parral de uva Dominga para un cliente no sé qué, otro parral de Dominga para un cliente no sé cuantas... Está visto que la uva con pepita es una uva entre comillas fácil de cultivar. Si es fácil, se pueden hacer más kilos, puede haber más gente que la cultive, entonces tienes que irte un poco a la especificación (Entrevista N° 25).

Así resumía la cuestión este otro entrevistado:

[Los consumidores europeos] ellos son los que mandan. De hecho, yo, cuando voy a plantar, bajo allí a Gran Empresa 1, hablo con [jefe], y le digo: “[Jefe], ¿qué puedo plantar?”. Pues me dice: “o esta, o esta, o esta o esta. Que son las que más aceptación han tenido al llevarse las nosotros a los mercados y se pueden vender bien”. Entonces se coge y se planta esas variedades. Luego puedes acertar o te puedes equivocar, pero hay que hacer que rule la pelota, hay que probar, no te puedes estancar o apalancar en: “Venga, variedades de toda la vida: Dominga y Napoleón”. No, eso no, yo eso no lo quiero. De hecho tenía y las quité todas. Yo, cosas nuevas, cosas nuevas, siempre nuevo, y me va bien, de momento me va bien (Entrevista N° 3).



Imagen: Imagen de la campaña “5 Frutas al día”, impulsada y subvencionada en parte por la UE.

Para la mayoría de los agricultores cuyos productos encuentran en países del norte de Europa su mercado de destino –comercializados como ya analizamos de uno u otro modo–, los mayores márgenes de beneficio dependen fundamentalmente de su capacidad para amoldarse a los “gustos internacionales”. Se trata de hecho de una cuestión muy recurrente en la actualidad y que ya ha sido analizada para otros productos, quizá el más paradigmático y conocido haya sido el del vino³⁷⁶. En esta materia, claro está, la cuestión esencial sería determinar hasta qué punto son los consumidores los que imponen sus gustos a los mercados, o más bien al contrario. Quizá Guilles Deleuze y Félix Guattari tuvieran algo que decir al respecto³⁷⁷. Sea como fuere, lo cierto es que no todos nuestros agricultores son partidarios de este “Imperio del Gusto”:

³⁷⁶ Véase, a modo de ejemplo: Núñez, Diego, “Los nuevos gustos del vino ¿Mundialización o americanización?”, en *Vino y gastronomía*, N° 176, 2001, pp. 22-28. Y también muy interesante aquí Aguilar Criado, Encarnación y Amaya Corchuelo, Santiago, “Patrimonializando saberes locales, resignificando tradición e innovación: el caso del jamón ibérico”, *Etnicex: revista de estudios etnográficos*, n° 4, 2012, pp. 63-75.

³⁷⁷ Deleuze, Guilles y Guattari, Félix, *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985.

¿Por qué yo tengo que cultivar lo que el que se va a comer quiere? Y de la forma que la quiere, y del sabor que la quiere, y del color que la quiere, ¿por qué? ¿Por qué tengo yo que amoldarme al consumidor tanto, por qué yo no puedo tener mi producto, y ese es mi producto y ya está? ¡Pruébalo! Y mira a ver (Entrevista N° 13).

Con todo, las dinámicas que hemos encontrado en nuestro trabajo de campo parecen apuntar en esta dirección, y no sólo por parte de las empresas, cooperativas y agricultores, sino también de los poderes públicos y las instituciones de investigación. En este punto, los trabajos del grupo Enclaves a los que ya hemos hecho referencia son ciertamente esclarecedores, por cuanto han mostrado para Murcia cómo tanto las instituciones públicas como los diferentes actores implicados en la producción y exportación de la uva de mesa, apuestan claramente por “crear tendencias de consumo” en la población receptora de sus productos o, como poco, transformar sus producciones para hacerlas atractivas a los gustos internacionales.

Con todo, y antes de pasar al siguiente –y último– apartado de este tema, queremos recordar aquí las palabras que uno de nuestros entrevistados más decanos, hoy ya jubilado, dedicaba al experimento europeo. Ciertamente, más allá de las distintas estrategias de venta, las diversas variedades de uva o los estrictos controles fitosanitarios, en su discurso parece desvelarse ese *evidente* que tan fácil parece ocultarse en la cotidianidad:

Yo estoy a favor, no tengo mucha idea, pero estoy a favor de la UE. Porque los 40 años de dictadura no hemos salido de las fronteras, entonces... He estado en el lado más flojo, no en el lado de los pudientes, que nunca han querido abrir las fronteras. La miel para ellos. Por eso te digo yo a ti que a mí me gusta esto. Y ahora dicen: “es que los dirigentes se lo llevan todo”. De acuerdo, ¿cuándo no se lo han llevado? ¿Pero cuándo no es mejor estar con Europa y con el resto del mundo, con lo vivido? [...] Hoy no hay pobres ni ricos, ¿no se llama al que tiene dinero rico? El que ha tenido medios puede vivir [...] Te tengo que decir de lo que me acuerdo, cuando entramos en la UE, tuvimos la suerte de que éramos los más pobres, y ahora ha cambiado. Los agricultores recibieron ayudas, y se vendían los productos. Cuando dicen: “¡Volvamos a la peseta!”. Yo no quiero volver a la peseta, a lo mejor vivimos mejor, pero yo digo que solo caminando no me gusta. Me gusta acompañar, y si es compañía buena, mejor (Entrevista N° 7).

VI. La cuestión ambiental y de recursos

La cuestión ambiental es, claro está, uno de los factores más determinantes para la agricultura en cualquier lugar del mundo y en todas las fases de su desarrollo. De hecho, la crisis ecológica global constatada en todas las partes del globo desde hace ya bastantes décadas es, sin duda, una de las evidencias más claras de los límites de la

hegemónica economía capitalista. En este punto, no obstante, tanto las grandes extensiones agrícolas capitalistas como las pequeñas explotaciones familiares, comparten unas únicas condiciones *ambientales* de posibilidad. Más aún, y por un lado, cualquier lugar del planeta, desde los campos de cereales ucranianos hasta las plantaciones azucareras cubanas, desde el maíz andino hasta los arrozales del sudeste asiático, todos están conectadas a las cadenas de riesgos y de comercialización de mercancías globales. Y por otro lado, cada uno de esos ecosistemas locales tiene una historia propia, unas fases de desarrollo y alteraciones derivadas tanto de la acción humana y de las interacciones de los seres vivos y plantas que las habitan como, en efecto, de los impactos de aquellos –cada vez más evidentes– procesos globales.



Imagen: Instantánea del deplorable estado en el que se encuentra el río Guadalestín, históricamente uno de los más importantes de la Región, a su paso por el municipio de Totana. Este río, que de hecho nace en la Sierra de María (Almería) y desemboca en el río Segura (Murcia), tiene un reducido régimen retenido en los pantanos lorquinos de Puentes y Valdeinfierno. Por lo demás, su elevada contaminación se debe principalmente a los vertidos procedentes de la potente industria del curtido en la zona de la Serrata (Lorca).

En el marco de nuestros temas de análisis, no obstante, muchas de estas cuestiones no pueden ser tratadas, pues escaparían con mucho de los intereses y objetivos de la investigación. Con todo, la cuestión ambiental es crucial a la hora de entender tanto las distintas acomodaciones de nuestros agricultores, como sus posibilidades de futuro. Entre estos factores, claro está, se encuentra el siempre recurrente tema del agua, de muy largo recorrido en Murcia, absolutamente politizada hoy, y cuya solución parece

aún muy lejana –después de muchas disputas, esfuerzos y gran disparidad de propuestas–. De hecho, durante nuestro trabajo de campo y entrevistas ha sido más que interesante comprobar cómo este asunto apenas exigía de la más mínima mención para desatar los ánimos de nuestros interlocutores, como este que recordamos aquí:

Pero nosotros, el problema real que tenemos es el agua. A nivel de Murcia, mucho “Agua para todos”, muchas leches, pero al final los que no tenemos agua porque no tenemos el Trasvase [Tajo Segura] estamos jodidos, estamos mal. Estamos que no nos hacen caso. Hemos estado con el Consejero, con el Alcalde, con el Abogado Municipal, yo he ido a decirle qué está pasando aquí. Que tenemos un rincón aquí y que esto se va todo al carajo, que no nos dan soluciones. Y no nos digáis que no podéis hacer nada, porque precisamente ahora Confederación pertenece a vosotros, a vuestro partido [el Partido Popular]. Entonces, pues nada, esas cosas son así (Entrevista N° 24).



Imagen: Ayuntamiento de Totana, en el momento de colgar la pancarta de “Agua para todos”, en el año 2005. En la Pagina Web municipal se señala: “El Ayuntamiento de Totana inicia una campaña institucional ‘Agua para todos’ que cuenta con el apoyo de organizaciones y cooperativas agrarias”. Pancartas similares fueron colocadas entonces en todos los ayuntamientos de la Región de Murcia, en protesta por la derogación del PHN en 2005, y retiradas tras la victoria electoral del Partido Popular en las elecciones nacionales de 2011. Foto tomada de la web: Totana.com.

Cuando fue registrada esta entrevista, en agosto del año 2014, hacía un año desde las últimas lluvias copiosas en la zona, lo que había provocado una situación alarmante. Por el contrario, el año 2012, cuando iniciamos nuestras aproximaciones al terreno y realizamos las primeras entrevistas, la situación era bien distinta, un año extraordinariamente lluvioso en una de las zonas más áridas de la Península Ibérica. Ello supuso un respiro para los pozos de extracción de la zona, y una recuperación de

los llamados “pozos de sequía”, utilizables únicamente en situaciones de extrema escasez –como la experimentada en la zona desde finales del año 2013 hasta septiembre de 2014–. De hecho, y como ya señalamos en capítulos anteriores, la agricultura extensiva que hoy conocemos en la zona sólo fue posible gracias a la llegada de este trasvase Tajo-Segura, lo que por lo demás –y como también ya apuntamos– trajo consigo una extensión desmesurada e incontrolada del regadío. Así lo recuerda uno de los entrevistados de mayor edad, hoy ya jubilado, que precisamente “montó” su primer parral cuando llegó el agua del Tajo:

[Yo monté mi primer parral] con el Traslase [Tajo-Segura]. Yo me acuerdo que entonces no tenías problemas con el agua, tenías toda la que querías. Al principio del Traslase toda la que querías. Es que sin Traslase no se pueden criar las parras en el campo de Totana, ¿no lo sabes? Pues yo te lo digo. Porque el agua del Traslase es dulce o semidulce. Es decir, que lleva a lo mejor un gramo o dos de sales. Mientras que en los pozos tenemos 5 o 6 gramos de sales, y con esa cantidad no se pueden criar [uvas]. Sí se pueden criar, pero gastando mucho dinero y ya no es rentable. Entonces, las parras que yo tengo y que tienen muchos como yo, es bajo el dominio del Traslase, si no es impensable criar parras aquí (Entrevista N° 4).



Imagen: Traslase Tajo-Segura a su paso por la zona de los Secanos (Totana), con parrales al fondo.

Y continúa:

Antes del Traslase [Tajo-Segura], unos pocos de pimientos, melones, hortaliza, con el agua de los pozos, y almendros. Ni naranjos, ni limoneros, ni parras, a lo mejor en las casas de campo dos o tres naranjos, y si tenían que mantenerlos tenían que echarles agua... Agua de qué, si no había ni del Taibilla... Pues ahí, nada, en la puerta cuatro naranjos acosados de tanta sal, y ya está, y cogías cuatro naranjas que no valían para nada, y ya está (Entrevista N° 4).

La uva de mesa había sido un cultivo tradicional en la zona, cierto, pero muy restringido –recordemos– a las zonas altas del valle, cercanas a Sierra Espuña, donde por lo demás también se extendían los demás cultivos de regadío. La “colonización” del Valle del Guadalentín por el regadío sólo fue posible –como recuerda nuestro entrevistado– por la llegada del Trasvase Tajo-Segura, inicio claro y evidente tanto de un déficit hídrico hoy ya estructural en la Comarca del Bajo Guadalentín –y en el resto de la Región de Murcia–, como de la agricultura de exportación en la zona, y el nacimiento de las grandes empresas y cooperativas del sector. Por lo demás, se trata de un desarrollo del que nuestros entrevistados son plenamente conscientes, como nos recuerda este agricultor, nacido en 1972:

Todo esto está gracias al Trasvase. Antes del Trasvase había cuatro cereales. Pero vamos, de la Autovía para abajo, aproximadamente, no había nada. Si algún año había llovido, salía algún ojo de agua por algún sitio, pues se ponía algún pimiento, algo de cereal, algún tomate, algodón arriba, donde estaban los pozos... Y claro, a raíz del Trasvase es cuando empieza a haber agricultura aquí. Antes del trasvase, había cuatro parrales, contados. En [la Sierra de] Carrascoy agua del trasvase no tiene... Los parrales estaban en la falda de Sierra Espuña. En Carrascoy lo que había eran melocotones, fruta de hueso, y yo no le he empezado a conocer. Pero era, lo que va de la carretera del Palmar hacia arriba, porque hacia abajo de la carretera no había prácticamente nada. Lo que se podía regar melocotones, y lo que no, almendra. Entonces, cuando empieza a venir agua del Trasvase, pues los pozos descansan un poco, y fue cuando se empezaron a reconvertir las plantaciones, los limoneros vienen... En Alhama empezó el tema de la uva de mesa más en serio, el pimiento de bola más en serio. Un desarrollo agrícola importante. Se ponía entonces bastante algodón. Cuando vino el trasvase ya era algodón, tomate y uva de mesa. Cuando vino el trasvase, pues había que hacer canalizaciones y tal, pero vamos, en cuestión de 3, 4 o 5 años pues la agricultura [de regadío] se fue desplazando hacia abajo (Entrevista N° 19).



Imagen: Pozo de extracción situado en la falda de Sierra Espuña.

Pero a pesar de la tremenda importancia que el agua de este Trasvase ha tenido para la expansión de la agricultura de regadío en la zona, ésta ha estado también sostenida

por la sobreexplotación de los pozos de extracción. De hecho, fue esa misma expansión del regadío surgida de las expectativas del Trasvase Tajo-Segura la que desencadenó una utilización desmesurada de los pozos de regadío, espoleada por el “dinero fácil” que parecía asegurar entonces la nueva agricultura. En este contexto, durante los últimos 30 años se han estado explotando tierras de secano con plantaciones de regadío, situación que la Confederación Hidrográfica del Segura parece hoy querer enmendar mediante expedientes sancionadores que, por lo demás, amenazan con arruinar a un gran número de pequeños agricultores de la zona. Así lo exponía un gestor de la zona especializado en cuestiones agrícolas:

El tema del agua se está poniendo muy mal. La Confederación Hidrográfica está mandando denuncias en Totana, Alhama, y parte de Lorca, a todas las zonas que hace 20 o 30 años se estaban regando, pero que oficialmente en la Confederación Hidrográfica no constaban como regadío. Entonces los pozos, cuando se hacían, presentaban plano, o simplemente las escrituras, y allí en Murcia: “Tantos hectómetros sacas tantas hectáreas”. Y dibujaban un perímetro, y ese perímetro es el que hoy consideran como válido, y están viniendo a poner denuncias hasta de 10.000 €, 30.000 €, parcelas que van encontrando. Y eso ahora mismo aquí me han venido más de 20 clientes con cartas de ese tipo, y hay clientes que están abandonando, los arrendatarios no se fian... Y claro, esto no le viene nada bien al sector (Entrevista N° 22).

Una cuestión sumamente interesante, que de hecho merecería un análisis en profundidad, son los propios “derechos” sobre la explotación de los pozos. Se trata, en efecto, de “sociedades cooperativas”, donde los socios tienen derecho a la utilización de una cantidad estipulada de agua, por la que costean una parte del mantenimiento del pozo, del motor de elevación, del sueldo del “repartidor” –la persona encargada del mantenimiento del pozo y el reparto del agua–, los impuestos, etc. Estas sociedades funcionan de hecho en algunas zonas como un verdadero auténtico “factor regulador” de las explotaciones agrícolas, pues la introducción de nuevos socios o la compra de derechos de agua están estrictamente regulados. Estas sociedades, además, han “democratizado” en cierto modo el acceso al agua, eliminado aquella posición de privilegio que antaño ocupaban los llamados “agua-tenientes”, o propietarios de pozos de agua. Uno de nuestros entrevistados recordaba así las subastas a las que había que concurrir para optar al agua de aquellos pozos particulares, cuyo funcionamiento por lo demás beneficiaba a los grandes propietarios:

Siempre los agujeros del agua. El agua, el agua se subastaba, sabes lo que es una subasta, a dedo, la puja, lo sabes lo que es. Tantos metros: “yo doy tanto”, y el otro “yo doy más”, “yo doy más”. Una puja, como cuando están vendiendo los cuadros esos caros. Y el que más pagaba pues se llevaba las horas de agua y podía pagar. ¿Qué pasa, quien se llevaba las

horas de agua? Pues el que más tenía, y el pobre muchas veces se le secaban las cosas por no poder pagar el agua. El agua de los pozos (Entrevista N° 7).

La situación hoy en relación a los pozos, en efecto, es bien distinta, como señala este agricultor, a su vez “repartidor” de uno de esos pozos, que también señala el carácter asociativo de estos recursos hídricos al que acabamos de referirnos:

Los pozos son sociedades [...] cada uno compra una acción, o varias. Yo por ejemplo tengo veinte y alguna aquí, el otro a lo mejor tiene 15... Y en relación a las acciones que tienes pues tienes derecho a X horas. Bueno, aquí es por horas, equivalente a metros cúbicos, pero aquí es por horas más o menos. [Entrevistador: ¿Y es difícil que una empresa lo compre? Entrevistado:] No, eso no lo puede comprar una empresa. Ni lo puede embargar ni nada. Tú tienes una sociedad cooperativa. La cooperativa tiene su listado de socios, su Junta Rectora, y ahí nadie puede venir, nadie te puede venir a embargarte tus acciones. La Sociedad es propiedad de los socios. [Entrevistador: Entonces, ¿las sociedades regulan también la producción? Entrevistado:] Claro. Son las que regulan la producción porque si no hay más agua pues no se puede poner más (Entrevista N° 20).

Con todo, muchos de los agricultores con los que hemos tenido ocasión de dialogar se muestran enormemente preocupados por la sostenibilidad de la agricultura en la zona en relación a los recursos hídricos, conscientes de su sobreexplotación:

Pues entonces en el tema del agua, al plantar tanto, ¿qué? Ya se podrá regar con aguas malas, o con goteo, pero... De agua no, va a faltar agua, yo creo que se está plantando de más [...] Lo que está pasando en otros sectores aquí en España actualmente, no quita que pueda pasar en esto. En el sentido de que en la construcción se construyó mucho, en esto si te das cuenta pues se está plantado mucho. Yo, en realidad, no sé las necesidades del mercado. Yo lo único que veo es que... No lo sé, pero yo creo que el mercado lo que es los recursos, pues sí, el mercado se puede tragar todo lo que quieras, pero tú tampoco te puedes pasar en plantar porque vas a gastar más cantidad de agua, la cual no tienes en Murcia (Entrevista N° 13).

Este entrevistado, en efecto, veía en la sobreexplotación de los recursos el mayor obstáculo para el futuro de la agricultura en la Comarca del Bajo Guadalentín, una convicción compartida por casi todos. En este sentido, este otro entrevistado reconocía además la supuesta explotación ilegal de aquellos “pozos de sequía” que arriba comentamos:

No hay pozos para la cantidad de agua que se saca, se han hecho muchos pozos ilegales. Y esos pozos están sacando agua. Muchos de esos pozos, no ilegales, sino legales [los pozos de sequía], sólo deben funcionar en caso de necesidad, y están funcionando. Eso es para cuando hay sequía, o no ha venido el Trasvase, o para completar lo que viene del Trasvase. Ahora mismo están todos los pozos sacando toda el agua que pueden y más, y para eso, para sacar una fruta o una verdura que es para después tirarla, o para el ganado... Y todo eso se tiene que regular, y se tiene que regular cuanto antes. Porque las consecuencias las vamos a pagar nosotros, y no en 100 años, sino dentro de muy poco tiempo. Si vamos agotando esos recursos naturales a ese ritmo, nosotros mismos nos estamos haciendo polvo. Porque esos mismos pozos hace 10 años tiraban 100 metros, y ahora tiran 70, y cada vez más hondos, y peor calidad de agua... Y eso pasa en todos los

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

pozos, y eso es para tirar la fruta y la hortaliza porque no se regulan las cosas (Entrevista N° 2).



Imágenes: Instalación automatizada de riego localizado. Estas modernas instalaciones permiten minimizar el consumo de agua, suministrando la cantidad más ajustada a las necesidades de la parra, dependiendo tanto de la variedad de uva como del momento de su desarrollo, y aprovechando los momentos del día donde la evaporación es menor y la captación por la planta mayor. Esta tecnología permite además suministrar fertilizantes y productos fitosanitarios a través del sistema de riego, también ajustados a las necesidades puntuales de la planta.

En efecto, con determinados productos agrícolas de la zona –sobre todo cebollas, lechuga, melones, etc.–, a menudo sucede que los precios son tan bajos que los agricultores prefieren “labrar” sus plantaciones antes de pagar la mano de obra necesaria para su recolección. Con todo, y antes de terminar con la cuestión del agua, es interesante recordar aquí las afirmaciones de un entrevistado sobre el cambio en la situación y condiciones de los pozos de extracción que siguió al terremoto del año 2011, especialmente devastador en la ciudad de Lorca. En este punto, se afirma que aquel seísmo provocó el movimiento de los acuíferos desregulando los cauces subterráneos, lo que exigiría de nuevas regulaciones “políticas” y medioambientales:

Tenemos que hacer un estudio geológico porque han cambiado los acuíferos desde el terremoto de Lorca. Entonces, como la zona está declarada sobreexplotada, ahora mismo ha cambiado la cosa y creemos que esa declaración se puede quitar, y se puedan dar permisos para hacer más pozos, y regularizar la zona, que es lo que estamos intentando. El Alcalde de Aledo siempre ha estado preocupado por ese tema, porque le gusta, le ha gustado de siempre, lo tiene más o menos hecho un estudio. Él conoce la zona de abajo, y ha visto que yacimientos donde había agua antiguamente, hace unos años no había, y ahora han rebrotado. Y otros pozos que tenían un caudal más o menos bueno, pues ha bajado el caudal. Él y otros que creen que el terremoto ha afectado a unos para bien y otros para mal. Ha movido las placas y claro, los acuíferos pues cambian. Aquí, por ejemplo, está saliendo bastante menos que hace unos años. Hace unos años estaban saliendo unos 46 litros por segundo, y ahora están saliendo unos 28. De toda la vida ha habido bastante agua, porque aquí pozos no hay nada más que uno en esta zona, los demás están más abajo. Hay uno y la comunidad de regantes que tiene otro, pero está cerrado, porque es de sequía. Querían intentar llevarlo a Totana pero no lo han conseguido. De sequía. Esos pozos sólo se abren cuando hay un decreto de sequía. Como ahora que se han abierto dos. Se hicieron en 2012,

y ahora se han abierto por la emergencia que hay, que no hay agua, para sacar las cosechas adelante (Entrevista N° 23).

Una de las últimas soluciones al problema del agua por las que se ha apostado en la Comunidad Autónoma de Murcia, directamente impulsada y costeada por el gobierno central, han sido las desaladoras situadas en la costa. No obstante, el agua desalada no parece ser la mejor para la producción agrícola, además de tener un precio demasiado elevado para asegurar la rentabilidad de los cultivos. En este punto, son muchas y variadas las opiniones de los agricultores con los que hemos dialogado, aunque la más difundida parece tener que ver mucho más con cuestiones políticas que agrícolas o medioambientales: mientras que el proyectado Trasvase del Ebro –por lo demás la opción más deseada por los agricultores– es entendido como una propuesta impulsada por el gobierno del Partido Popular en tiempos de José María Aznar, las desaladoras – hoy en funcionamiento– son consideradas casi una “imposición” del gobierno socialista de José Luis Rodríguez Zapatero. Así señalaba esta cuestión este entrevistado:

Política es. Al margen de que seas ecologista, de izquierdas o de derechas. España tenía un Plan Hidrológico que iba a estar subvencionado por Bruselas, que era interconectar las cuencas, y de donde sobrara agua trasvasarla de un sitio a otro, pagándola, porque al agricultor no se le regala, ni a los ganaderos. Y estaba subvencionado por Bruselas. Y entonces se antepusieron intereses partidistas, o egoístas, a que un proyecto de interés general no se hiciera, que era un proyecto que podía resolver este problema y muchos más [...] Que el agua es necesaria. Entonces el haber desaprovechado esa oportunidad, y con el tema de las Comunidades Autónomas, pues nunca se va a llegar a un acuerdo. Pero es una pena. Es como hacer una autovía del Mediterráneo, es necesario para subsistir. Y el tema de las desaladoras se sabía antes de eso, que el precio es inviable, pero es que el mantenimiento... Porque el Trasvase [del Ebro], cuando has hecho la obra, pues son las cuatro impulsiones, y ya no tienes mas gasto. Pero una desaladora, pues es un motor, que está trabajando con sales, tiene muy corta vida, o sea que continuamente tienes que estar reinvertiendo porque son de vida muy corta (Entrevista N° 22).

Junto al tema del agua, un elemento también muy presente en nuestras entrevistas, sobre todo entre los agricultores de menor edad, son las cuestiones ambientales. En este sentido, mientras que los agricultores mayores suelen mostrar un cierto apego al campo derivado esencialmente de una concepción de este como “medio” de subsistencia, los agricultores más jóvenes evidencian una verdadera –o al menos incipiente– conciencia ecológica. Así se refiere a esta cuestión uno de nuestros entrevistados, que además compara sus convicciones con las de su padre, al que ha intentado educar en esta nueva *conciencia de la naturaleza*, refiriéndose en este caso a los pájaros que “visitan” sus parrales:

[Los pájaros] es el mal menor. Tengo medidas no agresivas para poder disminuir esas pérdidas [la uva que comen]. Está el pirata que las envenena, que tampoco. Pero hay formas

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

de poder llevarte bien con ellos, sin que no te metan mucha mano. Y mi padre, que era de los que “¡el pájaro hay que matarlo!”, lo he enseñado, a sus 70 años, lo he enseñado. Que ve un pájaro y se pone... Pues lo he enseñado (Entrevista N° 25).



Imagen: Láminas de aluminio que emiten un ruido desagradable para los pájaros al ser zarandeadas por el viento, disminuyendo así su entrada en los parrales.

De hecho, la utilización de productos y el empleo de técnicas de cultivo ecológicos, si bien en gran medida han venido impuestas en cierto modo por las normativas europeas, han encontrado en una gran parte de los agricultores de la zona un apoyo inestimable, conscientes por lo demás de que es su propia salud la que está en juego, además del futuro de sus explotaciones. En este sentido, y aunque la producción ecológica está lejos de ser mayoritaria en la zona, se trata de una tendencia en aumento, impulsada no obstante por los mayores precios de mercado para este tipo de productos:

Nosotros [Cooperativa 2] estamos ya casi al 50% en productos ecológicos, ya no en la agricultura ecológica, sino en todo lo que cultivamos. Porque la mayoría de los productos que utilizamos son ecológicos, productos que no tienen plazo de seguridad. Por ejemplo, nosotros para el gusano ya no se trata, tenemos las feromonas (Entrevista N° 19).

A estas cuestiones se refería también este otro entrevistado:

En el tema de los productos se ha mejorado. Yo estoy de acuerdo, y aún se debe seguir mejorando, porque hay muchos productos, como el tema del gusano, que ahora se coloca una feromona [...] Yo creo que si se pudiera conseguir con otras plagas, iríamos andando en el tema de una agricultura ecológica realmente, que es lo que tenemos que buscar. Cuanto más ecológica mejor, en el tema de los abonos también, porque los abonos tienen su repercusión, si no en el producto, sí en la tierra, a la larga. Son sales, son cosas que la planta transforma y limpia, pero siempre algo queda. En eso se ha mejorado mucho (Entrevista N° 2).

Con todo, algunos agricultores son conscientes del impacto medioambiental de la agricultura intensiva implantada en la zona ya desde hace algunas décadas. Este tipo de agricultura, ya lo hemos visto, exige la utilización de una gran cantidad de productos fitosanitarios, pesticidas, etc., que han causado según parece un fuerte impacto en la salud de los suelos, especialmente grave en algunas zonas del valle. A esta cuestión se refería este entrevistado, que reconocía una influencia negativa tanto en los suelos como en las reservas hídricas de la zona, motivo por el cual se imponía un uso racional y controlado de los productos fitosanitarios:

Se abusa [de los nitratos]. La tendencia con todos estos protocolos [...] es ajustarlo todo a lo suficiente, no abonar en exceso, no tratar en exceso, simplemente en su justa medida, cuando la planta lo demanda. Entonces, te exigen análisis de suelo, te exigen control de riego, si necesita regarse o no, entonces todos esos protocolos han aglutinado a eso. Porque sí hay un problema con los nitratos, estos años atrás se ha abusado muchísimo, con el abono. Aquí, en el Valle del Guadalentín, creo que hay zonas donde no se puede abonar con nitrógeno porque se ha abonado en exceso. Y lo que es el campo de Cartagena, ahí sí sé que es seguro que tienen problemas de contaminación de aguas por el abuso que se ha hecho de todo eso. Entonces todos estos protocolos que hacemos están encaminados a usar el abonado en su justa medida. Y además que es así. Tú lo que abones de mas, la planta es un ser vivo, va a tomar lo que necesite, y lo demás se queda en el suelo. Y eso también es dinero que estás perdiendo, y así es como funciona (Entrevista N° 12).

Es curioso en este sentido cómo uno de nuestros entrevistados se refería a esta cuestión en sentido justamente opuesto, al justificar el elevado índice de unidades fertilizantes descubiertas en una explotación de la zona por las propias cualidades extraordinarias de las tierras. Con todo, debemos admitir aquí que no hemos podido contrastar estos supuestos, aunque consideremos oportuna aquí su reproducción:

El otro día tuve una discusión con uno en Murcia porque me habían volcado un expediente de producción integrada, porque pasaba las 90 unidades fertilizantes. Era el análisis que habían hecho. Y es verdad que las pasan. Y yo les dije: “Coja usted una tierra en la Región de Murcia y haga un análisis. Ya verá como todo le pasa”. ¿Por qué? Porque no tienen ni puta idea. En la Región de Murcia donde cojas un muestreo de tierra te da por encima de las 90 unidades de fertilizantes, sin aportar nada. Y él nos dijo: “Tienes razón, estas tablas nos las sirvieron de Sudamérica” (Entrevista N° 11).

La utilización de productos fitosanitarios ecológicos, la racionalización de los recursos hídricos de la zona, o la limitación de la extensión de la superficie cultivada, son en efecto reivindicaciones muy recurrentes en nuestras entrevistas, por lo demás no necesariamente justificadas por preocupaciones medioambientales, sino quizá por puros intereses mercantiles. Sea como fuere, lo cierto es que, tanto en nuestro trabajo de campo como en nuestras entrevistas, hemos podido comprobar un verdadero cambio de tendencia entre los más jóvenes en la forma de entender el medio ambiente que rodea,

TRABAJADORES AUTÓNOMOS DE LA UVA DE MESA

necesariamente, su día a día. Con todo, debemos quizá recordar que los agricultores, como cualquier otro ciudadano europeo, son conscientes de la fragilidad del equilibrio de los ecosistema, de lo limitado de los recursos naturales, y de los siempre amenazantes riesgos medioambientales derivados de la industrialización global.



Imagen: Uno de nuestros agricultores, contemplando su plantación, se pregunta por el futuro de la agricultura de autónomo en la Comarca del Bajo Guadalentín.

A modo de conclusión: perspectivas de futuro de la agricultura de autónomo en la Comarca del Bajo Guadalentín

Para Karl Marx, como ya comentamos en su momento, el modo de producción mercantil simple –que ya había sostenido la actividad económica en la Antigüedad clásica–, no podía considerarse sino como una fase transitoria intercalada entre períodos de consolidación de otras relaciones de producción dominantes. Bajo este supuesto, este modo de producción parecía destinado a sucumbir ante el inevitable desarrollo de la economía capitalista. Estas tesis fueron retomadas para la agricultura con más o menos matices y complejizadas por diversos autores, entre los cuales quisimos destacar a Lenin, Kautsky y Chayanov, a los que siguieron, en la segunda mitad del siglo XX, otros como Servolin, Lebossé o Lisovkij. Ya en los años ochenta, aquellos discursos preocupados por la llamada “cuestión agraria” parecieron agotar las vías de análisis, desapareciendo paulatinamente de la vida académica, interesada en los albores del siglo XXI por otro tipo de cuestiones. Este colapso discursivo derivó de múltiples factores, quizá de las propias modas intelectuales de entonces, acaso de la definitiva incorporación al mercado mundial de alimentos de ciertas áreas del globo –Sudamérica, África, el Sudeste Asiático–, hasta entonces en un segundo plano y cuyas transformaciones exigían de reflexión teórica. Era –y es– el momento de autores como Wolf, Friedmann o Berstein. Sea como fuere, lo cierto es que el cambio en el foco de atención de los teóricos de la llamada agricultura familiar no supuso, claro está, la desaparición de esta modelo económico en los países desarrollados.

En efecto, la supervivencia de esta forma de vida económica –condenada teóricamente a la desaparición desde hace ya 150 años–, ha encontrado múltiples explicaciones que hemos comentado aquí, y de las que quizá la más importante sea su

capacidad de inversión en actividades productivas de baja rentabilidad desde la perspectiva de la empresa capitalista. En este sentido, el caso de los pequeños agricultores de la uva Dominga puede ser considerado paradigmático, conscientes ellos mismos de que el cultivo y comercialización de esta variedad de uva parece haber dejado de ser atractivo para las grandes empresas del sector. En efecto, el amplio período de maduración de esta variedad de uva y la prolongada atención que este exige, los riesgos climatológicos propios del otoño mediterráneo –en el que esta uva encuentra su desarrollo óptimo–, o el hecho de que su cultivo sólo sea viable en una zona geográfica muy limitada, ha permitido hasta ahora a sus cultivadores mantener una resistencia casi numantina a la penetración de las grandes empresas en sus lugares de cultivo. En este punto, además –y dada la decidida apuesta actual de las grandes empresas y cooperativas del sector por las variedades apirenas de uva de mesa–, cabría preguntarse si el supuesto “poco atractivo” de esta variedad autóctona –y otras– no deriva, precisamente, de una estrategia meditada, o al menos favorecida, por los grandes comercializadores. Después de todo, como ya tuvimos ocasión de mostrar, la tozudez de uno de nuestros entrevistados hizo incluso posible la introducción de la uva Dominga en mercados –centro y norte-europeos–, en principio alérgicos a las pepitas de este fruto mediterráneo. ¿No cabría imaginar pues que una efectiva campaña de publicidad, que explicara las condiciones de estos pequeños agricultores de la uva Dominga, las características especiales de este cultivo, o la exclusividad de su área de producción, espolearían sus ventas también fuera de la Península Ibérica?

En este punto, el fracaso en el intento de una Denominación de Origen para la uva Dominga resulta ciertamente incomprensible, por cuanto habría supuesto ciertamente el inicio de una estrategia activa –y no pasiva– de resistencia. La incapacidad de los diferentes actores implicados en el proceso para llegar a acuerdos en cuestiones al parecer puramente formales, no deja de ser profundamente lamentable, desgraciado ejemplo de esa “actitud desconfiada” de la que –según algunos entrevistados– hacen gala los agricultores, y también de la –al menos en ocasiones– ineptitud de los políticos. Ahora bien, nos permitimos preguntar, ¿de veras es demasiado tarde para volver a intentarlo? ¿Acaso es la hora de renunciar a un cultivo tan característico de la zona, casi identitario, que ha supuesto para tantas familias –al parecer a lo largo de casi 100 años– una fuente constante de sustento y bienestar? Quizá. De hecho, no parece que los poderes públicos –tal y como nos confesaba el Concejal de Agricultura de uno de los pueblos implicados, él mismo agricultor de uva de mesa– estén interesados en volver a

A MODO DE CONCLUSIÓN

la cuestión. Con todo, según hemos averiguado, el promotor inicial de aquella DO ha sido el primero en plantar una variedad modificada y con patente de uva Dominga, esta vez sin pepita, y cuya viabilidad aún no hemos podido constatar...

Pero como hemos visto, existen además otros factores tradicionalmente determinantes para explicar la supervivencia de la pequeña agricultura en los países desarrollados, por supuesto también presentes en nuestra zona de estudio: la estructura de propiedad de la tierra; los propios ritmos biológicos del agro –que dificultan en sí mismos algo así como una “producción en cadena” que otorgue a los grandes productores ventajas competitivas insalvables para los pequeños–; una calidad en los productos que quizá sólo los pequeños agricultores son capaces de conseguir –debido a ese “celo inusitado” del trabajador autónomo respecto a sus quehaceres–; o la adquisición de maquinaria y mejoras tecnológicas también hoy accesibles a los pequeños productores. En efecto, y en primer lugar, nuestros agricultores han mostrado –como sucede en cualquier lugar del planeta– un apego asombroso a su tierra, su principal fuente de ingresos, su posesión más preciada, la condición más básica de su modo de producción, de su forma de vida. Ello limita la introducción de las grandes empresas en las áreas de presencia mayoritaria de agricultores autónomos, lo que supone en sí mismo un mecanismo de resistencia al que difícilmente renunciarán. Se trata, en efecto, de una condición de posibilidad esencial para el sostenimiento de su modo de vida.

En segundo lugar, en efecto, los propios ritmos biológicos de la actividad agrícola limita las posibilidades de presión de las grandes empresas sobre los pequeños agricultores. Con todo, éstas parecen decantarse por el cultivo de ciertas variedades de uva tempranas, cuya recolección puede comenzar ya casi a finales del mes de mayo, lo que les permite acceder a los mercados en primer lugar, asegurando así –en principio– una posición dominante. Pero esta carrera por los mercados, en tercer lugar, puede limitar en ocasiones la propia calidad del producto, ocasionando “devoluciones” y enturbiando las relaciones de estas empresas con sus clientes. Los pequeños agricultores, por el contrario, suelen recolectar su producto poco a poco, prestando una especial atención al punto exacto de maduración de cada racimo. Pero además, y también en este sentido, el mimo de estos agricultores autónomos hacia su producto –lo acabamos de recordar–, tanto en su desarrollo como en su recolección y envasado, no podrá ser nunca alcanzado por los trabajadores asalariados de aquellas grandes empresas. Y no por una falta de profesionalidad, sino por las diferencias conceptuales

entre los distintos modos de vida, y por tanto en su forma de entender y realizar su trabajo. Finalmente, también los agricultores autónomos han adaptado sus producciones a las exigencias fitosanitarias impuestas tanto por los mercados como por la propia Unión Europea, así como por las propias limitaciones de recursos hídricos de la zona, o la mejora en las tecnologías y métodos de cultivo. Certificaciones, tratamientos ecológicos avanzados como las feromonas, riego por goteo y programado para realizarse en las horas más efectivas y provechosas para la parra, y para cada estadio de desarrollo de la uva, la infraestructura de los parrales modernos anti-granizo en dos alturas, etc., todos avances para una u otra necesidad o exigencia que también han adquirido los pequeños agricultores de la uva de mesa en nuestra zona de análisis.

Y junto a estos factores, varias estrategias individuales de supervivencia, entre las cuáles cabría señalar en primer lugar la *intensificación del trabajo*, quizá la más socorrida teóricamente desde los primeros estudiosos de la “cuestión agraria”, para explicar la supervivencia de los pequeños agricultores en el desarrollo del capitalismo. La posibilidad de aumentar la intensidad del trabajo cuando las circunstancias lo exigen es —como ya vimos—, un elemento fundamental del propio modo de producción mercantil simple, y del modo de vida de autónomo a ella asociado. Nuestros agricultores, como trabajadores autónomos, han confesado en efecto recurrir al 100% de sus capacidades físicas y mentales en momentos de dificultad económica, precisamente para asegurar la viabilidad de la explotación y de su propia familia. En este sentido, además, recordamos las palabras de un agricultor que se sorprendía él mismo de la capacidad de resistencia, trabajo y abnegación de sus colegas, siempre tercios en su empeño de mantener la explotación a flote. Sin duda, este es y será un elemento siempre a tener en cuenta para comprender y explicar el futuro de la agricultura de autónomo en cualquier lugar, y también en nuestra área de análisis.

Y junto a esta primera estrategia individual de supervivencia, otras que nos permiten intuir las posibilidades de futuro de nuestros agricultores, entre las que quizá podamos apelar a la propia *agricultura a tiempo parcial*. En efecto, y aunque en principio marginada de nuestros análisis, muchos de nuestros agricultores han utilizado esta maniobra como estadio previo y necesario para la adquisición tanto de una suficiente cantidad de tierra como de la necesaria maquinaria agrícola, para “ponerse por su cuenta”. Esta ha sido la estrategia que ha permitido a los advenedizos de la agricultura realizar sus valores como trabajadores autónomos, camioneros, zapateros, gerentes de empresas en nuestros ejemplos, para los que la agricultura a tiempo parcial no fue,

A MODO DE CONCLUSIÓN

efectivamente, sino un paso intermedio hasta conseguir la independencia y la libertad *en* sus explotaciones. Una estrategia que hoy, aún en tiempos de crisis, está llamada a completar los ínfimos ingresos –a menudo provenientes de la economía sumergida–, de aquellos que poseen un trozo cultivable de terreno. Esa “vuelta al campo”, en lo que puede convertirse en una auténtica reformulación de los espacios y los usos agrícolas – los que vuelven ya no son los que marcharon–, debe pasar quizá necesariamente por la agricultura a tiempo parcial. En efecto –y a pesar de que las estadísticas se preocupan por minimizar los porcentajes de este proceso post-crisis del ladrillo en España–, en nuestro trabajo de campo hemos encontrado algunos jóvenes –y no tan jóvenes– que hoy miran hacia el campo con perspectivas de futuro, y que comienzan de hecho invirtiendo tan sólo una parte de su tiempo, no entendido ya –recordemos las características del modo de vida de autónomo– como *tiempo de trabajo*.

Esta estrategia individual puede ser entendida como conectada con una tercera, muy reclamada también por quienes han pensado los motivos de la resistencia de los pequeños agricultores en Occidente: a saber, la *adquisición paulatina de pequeñas porciones de tierra* que completen progresivamente una datación en principio insuficiente en las actuales exigencias del mercado. Se trata de un movimiento que de hecho hemos detectado frecuentemente durante nuestro trabajo de campo, muchas veces orientado a la compra de tierras a familiares directores y vecinos que han dejado de cultivarlas, o que han concentrado sus esfuerzos en otros lugares. Las más de las veces estas nuevas adquisiciones no superan la hectárea de terreno, rodeadas a su vez de pequeñas explotaciones propiedad también de agricultores autónomos. Obviamente, estos terrenos no son apetecibles para las grandes empresas del sector, debido por un lado a su elevado coste –se encuentran en lugares muy codiciados por los pequeños agricultores–, pero por otro lado, y sobre todo, porque esas empresas exigen plantaciones de decenas de hectáreas, supuestamente más eficientes y rentables. En esta situación, y sobre todo en las áreas montañosas de nuestra zona de estudio, únicamente una retirada masiva de los pequeños agricultores podría tornar plausible para las grandes empresas la adquisición de estos terrenos, circunstancia que resulta ciertamente improbable. En este sentido, la propia situación de la propiedad de la tierra, y su en principio excesiva parcelación, resultan en sí mismas estrategias de resistencia estructurales ante el avance de las empresas capitalistas.

Una cuarta y última estrategia individual de supervivencia para estos pequeños agricultores de la uva de mesa puede ser, precisamente, su *colaboración con las*

grandes empresas del sector. Como ya vimos, son muchos los que han adoptado los métodos de la llamada agricultura contractual –tutelada o de propietarios asalariados–, mediante la que han aceptado los preceptos productivos y comercializadores de las empresas con las que se han asociado. Estos agricultores, sometidos en gran medida a los dictados y las formas de producción de las empresas capitalistas del sector, representan enormes problemas teóricos, por cuanto resulta difícil justificar su identificación como trabajadores autónomos. Con todo, ya lo vimos, sus explotaciones conservan buena parte de los elementos definitorios del modo de producción mercantil simple, a pesar de haber perdido un elevado margen de independencia económica y libertad de decisión y acción. Sea como fuere, esta estrategia puede marcar el futuro y la supervivencia de los pequeños agricultores de la uva de mesa de nuestra zona de análisis, como ya ha sucedido por lo demás en otros lugares de Europa –o en la propia Comarca del Bajo Guadalentín con los ganaderos dedicados a la crianza del cerdo, por ejemplo–.

Junto a estas estrategias individuales, nuestros agricultores han sabido adoptar asimismo una serie de soluciones colectivas que les han permitido conservar su modo de vida, y que también podrían suponer su viabilidad futura. Entre estas estrategias, claro está, la más socorrida ha sido el *cooperativismo de comercialización*, a priori la solución más deseable para prácticamente todos nuestros entrevistados, pero que en nuestra zona de estudio y para nuestros temas de análisis no deja de ser tan sólo una opción entre otras. Con todo, los cooperativistas convencidos con los que hemos tenido la ocasión de conversar se han decantado por esta opción casi por un convencimiento ético y estético –además de económico, claro–, considerando en muchos casos incomprensibles e ilógicas otras opciones de comercialización de sus productos. No obstante, lo cierto es que en numerosas ocasiones los agricultores con los que hemos podido conversar se han mostrado recelosos para con las cooperativas de la zona, circunstancia que se explica por algunas malas experiencias del pasado, y por el funcionamiento “dictatorial” –comentaron algunos– de la mayor cooperativa de la comarca. Por lo demás, resultan más que evidentes los deseos cooperativistas de muchos pequeños agricultores, convencidos de que la “venta por libre” o “al tanto”, al margen de las grandes empresas del sector y de las cooperativas –y que tan buenos resultados ha dado en el pasado–, es quizá la opción menos viable dadas las actuales condiciones del mercado internacionalizado –de difícil acceso para las medianas empresas del sector, interesadas en esa compra “al tanto”–.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En este sentido, es preciso destacar aquí que otras estrategias colectivas de supervivencia –como pueden ser el cooperativismo de explotación comunitaria de la tierra o de maquinaria agrícola–, están absolutamente ausentes en nuestra zona de análisis. Sobre todo en el caso del cooperativismo de maquinaria agrícola, se trata a nuestro entender de una opción innegablemente interesante para muchos de nuestros agricultores, especialmente para aquellos que tienen sus explotaciones en las zonas altas de la comarca, como hemos comentado de tamaño muy reducido y enormemente concentradas. No obstante, ninguno de nuestros agricultores ha reclamado de este tipo de acciones para reducir los costes de producción, a pesar de tratarse en principio de una opción perfectamente viable y rentable. Quizá esta sea una de las posibles propuestas para asegurar el futuro de la pequeña agricultura en la zona, sobre todo si tenemos en cuenta que en muchos casos nuestros agricultores parecen “inventarse trabajos” para rentabilizar su maquinaria. Con todo, es quizá el supuesto carácter desconfiado y prudente del agricultor de la zona, quizá individualista –insistimos, siempre según nuestros testimonios–, el que dificulta este tipo de acciones colectivas.

No obstante, existe también otro tipo de problemas que pueden socavar el futuro de la agricultura en la zona –y no sólo el de los pequeños productores–, y que parecen escapar de las capacidades de acción de los actores locales directamente implicados. El primero de esos problemas, claro está, es de índole medioambiental: la *escasez de agua*. En efecto, la agricultura de regadío en la Comarca del Bajo Guadalentín –y por tanto también la dedicada al cultivo de la uva de mesa–, se funda en la introducción de recursos hídricos ajenos a las cuencas murcianas, especialmente procedentes del centro de la Península y vehiculados a través del Trasvase Tajo-Segura. La llegada de este trasvase supuso en un primer momento un “efecto llamada”, que derivó en un aumento descontrolado de las tierras dedicadas al regadío, lo que ha venido a provocar un déficit hídrico estructural –y no sólo en la comarca que analizamos, sino en toda la Región de Murcia–. Según las estadísticas, no obstante, la extensión de tierras dedicadas al cultivo de regadío se estancó desde principios de los años 2000 –posiblemente por el inicio de la llamada “burbuja inmobiliaria” y el trasvase de mano de obra a la construcción–, pero se ha mantenido hasta hoy en unos niveles de producción absolutamente insostenibles. Todo ello ha provocado una prolongada sobreexplotación de los recursos hídricos subterráneos que, de hecho y por Ley, deben cubrir el 50% de las necesidades agrícolas, quedando el 50% restante para las dotaciones del Trasvase –siempre en peligro por lo demás debido a disputas entre las regiones y comunidades autónomas implicadas–. Se

trata, en resumen, de un problema de difícil solución, que ya pretendió resolverse mediante el Plan Hidrológico Nacional del Partido Popular en 2001 –cuya estrategia esencial era la construcción de un segundo trasvase que conectase esta vez el río Ebro con las cuencas levantinas y Almería, y que nunca llegó a realizarse–, y la construcción –ya en tiempos del gobierno posterior del PSOE– de plantas desaladoras en la costa. La obtención de agua desalada mediante esta última opción es ya un hecho, pero no deja de ser problemática debido al elevado precio final del agua y a sus especiales características, al parecer no las más adecuadas para la agricultura.

Proponer o imaginar posibles respuestas de futuro que solventen este problema resulta, en efecto, tremendamente complicado. Por supuesto, para buena parte de los agricultores entrevistados la opción del Trasvase del Ebro era la más adecuada, a pesar de que a menudo confiesen haberse sentido engañados por la administración central en este tema, una vez que el Partido Popular volviera al Gobierno tras las elecciones de 2011 –un partido no interesado ya en recuperar aquel proyecto, y a pesar de haberlo enarbolado como principal estrategia política en la zona durante sus años en la oposición–. Con todo, y esto sí ha sido una opinión general, para la mayoría de los agricultores el futuro pasa por regular administrativamente el volumen de producción agrícola en la zona, evitando así que se plante más de lo necesario, o al menos estableciendo unos cupos. En efecto, y sobre todo en el cultivo de legumbres y hortalizas –como ya señalamos muy importante en el valle–, a menudo la sobreproducción origina una bajada de precios tan acusada que los agricultores se ven obligados a destruir sus propias cosechas, puesto que la recolección les haría perder dinero –en mano de obra, consumo de gasoil, transporte, etc.–. Sin duda, la opción de regular el volumen de producción debería plantearse técnicamente, máxime si tenemos en cuenta que estos productos agrícolas exigen de grandes cantidades de agua. Con todo, tampoco parece que la opción de la uva de mesa sea la más apropiada, especialmente si tenemos en cuenta las vastas extensiones de terreno que las grandes empresas del sector dedican a su cultivo en la comarca y la región, y todavía en constante aumento. En este sentido, las plantaciones de uva de mesa de los trabajadores autónomos no dejan de ser menores, comparadas con los cientos de hectáreas de estas empresas. Sea como fuere, es preciso aquí advertir que precisamente en este cultivo se ha avanzado muchísimo en los últimos años en la minimización del consumo de agua, con riego localizado, realizado en los tiempos precisos teniendo en cuenta el estadio de

desarrollo de la planta y su fruto, con la cantidad de agua mínima, preferentemente en horas sin sol para evitar la evaporación, etc.

Otro problema que afecta especialmente a los pequeños agricultores –y que por lo demás siempre ha puesto en peligro la continuidad de la agricultura de autónomo–, son los *precios de mercado* de los productos agrícolas. En efecto, son las grandes cadenas de supermercados y distribuidoras las que marcan muchas veces el precio de compra en origen, reduciendo unos márgenes de beneficio que apenas alcanzan en algunos casos para el sostenimiento de la explotación. En un mundo globalizado, por lo demás, estos pequeños agricultores están en gran medida condicionados por unos mercados en los que compiten, no sólo con las grandes empresas nacionales del sector, sino también con los productores de terceros países. Esta concurrencia es, en efecto, uno de los escollos para el futuro de la agricultura en la zona que más dudas despierta entre nuestros entrevistados, sobre todo por dos elementos que muy constantemente se empeñan en destacar: por un lado, por los menores costes laborales y de bienes de equipo y recursos –sobre todo hídricos– que estos competidores deben afrontar; y, por otro lado, por la persuasión de que los controles fitosanitarios en estos terceros países no son tan exigentes –y por tanto tan costosos– como los que nuestros agricultores deben asumir. Todo ello les permite ofrecer unos productos agrícolas a un precio muchísimo menor del que los agricultores españoles y europeos se pueden permitir, aún manteniendo unos mínimos márgenes de beneficio. Por supuesto, la elección de la uva de mesa, y más de variedades con patente –ya lo hemos señalado en otros lugares–, es una estrategia de supervivencia en sí misma. Pero la solución pasa, como a menudo nos han comentado nuestros entrevistados, por estipular unos precios mínimos en origen. De nuevo, se vuelve a reclamar una mayor intervención estatal –o europea– que les permita vender sus productos a un precio razonable, reivindicación que por lo demás ha sido recurrente en todo el sector primario desde hace bastantes años. Es curioso comprobar en este punto como, a contracorriente de los discursos neoliberales hegemónicos, se vuelve a reclamar *más Estado*, y no *menos Estado*...

También en relación con esto, es preciso advertir aquí las posibles influencias que las políticas orquestadas por la Unión Europea pueden tener sobre este modo de vida. Como vimos en nuestros análisis, las directrices dictadas por una Política Agraria Común en gran medida orientada por postulados neoliberales, no parecen en absoluto beneficiar a los pequeños agricultores, cada vez más arrinconados por las grandes empresas del sector. En este sentido, y si bien las políticas públicas europeas habían

apoyado decididamente en el pasado el sostenimiento de las pequeñas explotaciones agrícolas, en la actualidad las ayudas de la PAC parecen actuar decididamente a favor de las empresas capitalistas, a lo sumo de las grandes cooperativas del sector. En efecto, solo asociándose a estas empresas o a las grandes cooperativas de la zona pueden optar nuestros agricultores a estas ayudas, lo que supone de facto una cierta “competencia desleal”: mientras que los grandes actores económicos pueden reducir sustancialmente sus costes adquiriendo suculentas ayudas a la inversión y mejoramiento de instalaciones, la mayor parte de los pequeños agricultores no pueden optar de entrada a dichas subvenciones. Sin duda, estas dificultades se ven acrecentadas por la desinformación de muchos agricultores, ignorantes de las premisas exigibles para tales ayudas. Pero no parece que la voluntad política –al menos en la Región de Murcia– sea la de ayudar a los pequeños agricultores en estas cuestiones.

Un cuarto problema que podríamos considerar estructural en nuestra zona de análisis es, no podemos obviarlo, el aparente *envejecimiento* de la población activa del sector agrícola. Se trata, en efecto, de una percepción generalizada entre una gran mayoría de nuestros entrevistados, quienes a menudo se preguntan por el “quién quedará” para sostener la pequeña agricultura. En nuestro trabajo de campo, por lo demás, hemos intentado conversar con agricultores de todas las edades, pero es cierto que ha sido más fácil encontrar para nuestro grupo de análisis –trabajadores autónomos– a personas mayores que a jóvenes. No deja de ser sintomático que la propia UE dedique sus ayudas para “jóvenes agricultores” en el horizonte 2020 a trabajadores menores de 40 años. Con todo, lo que sí parece suceder es que los agricultores aún jóvenes –considerando como tales a los que rondan esos 40 años–, suelen aspirar a ampliar sus explotaciones, adquiriendo aquí y allí porciones de terreno suficientes –en nuestro caso– para poner un nuevo parral. En este punto, es cierto que los agricultores autónomos mayores de 55 años propietarios de extensiones menores de 3 hectáreas, son conscientes de que las nuevas circunstancias exigen de una mayor cantidad de tierra para mantener la viabilidad de su explotación. En estos casos, son frecuentes las actitudes pesimistas sobre el futuro de la agricultura en la zona, únicamente reservado según sus opiniones a las grandes empresas. Por otro lado, han sido muchos los agricultores –todavía jóvenes– con los que hemos conversado, que nos han confesado que su dedicación a la agricultura iba a ser en principio temporal, circunscrita a un período transitorio, convirtiéndose finalmente en definitiva y, aún más, deseable.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Una última cuestión fundamental para imaginar el futuro de esta estrategia económica, política, social y cultural –y del propio modo de vida de autónomo–, se encuentra en el “ámbito privado” de estos trabajadores autónomos, y que tiene que ver con los aspectos de la reproducción que directamente se conectan con las labores asignadas en este caso mayoritariamente a las mujeres. En efecto, y como hemos señalado en otros lugares, la importancia de las labores de reproducción realizadas por las mujeres ha quedado en cierto modo “ensombrecida” en este trabajo, debido fundamentalmente a que el propósito de la investigación se ha centrado en un modo de producción eminentemente masculino. Pero ello no significa que el ámbito de la reproducción social concentrado en los hogares no albergue una importancia capital en este caso –como, por lo demás, en el propio sistema capitalista–. E importancia en múltiples niveles, el primero de los cuales, por supuesto, la posibilidades de formar una familia para estos agricultores, posibilidades aseguradas en cierto modo por la permanencia de las mujeres en la zona.

En efecto –y a diferencia de lo que ocurre en otros lugares de España y Europa–, los principales núcleos de población de la comarca conservan un mínimo de condiciones que permiten a las mujeres –y a los hombres, claro– permanecer en sus lugares de origen, o vivir en pueblos vecinos. Ello significa que nuevas familias de agricultores pueden seguir formándose, asegurando la condición básica de reproducción de este modo de vida: a saber, traer niños al mundo que puedan dedicarse a la explotación familiar en el futuro –o en el presente, claro–. Como vimos en el apartado anterior, la gran mayoría de los agricultores entrevistados eran hijos de agricultores, decididos a proseguir con la explotación familiar tras la jubilación del padre. Esta cuestión, aparentemente baladí, ha determinado en muchos casos el agotamiento de este modelo económico en muchos lugares de la geografía española y europea, y por ello es preciso notar aquí que se trata de una “condición de posibilidad” absolutamente necesaria para el mantenimiento de este modo de vida.

Por otro lado, lo vimos en diferentes ocasiones, las mujeres ayudan a sus maridos en la explotación familiar, sobre todo en los períodos iniciales de su independencia económica. De hecho, la posibilidad de contar con el trabajo familiar –más tarde puede ser también de los hijos–, determina en gran medida aspectos tan cruciales como las opciones de comercialización de sus productos, siendo al parecer una de las premisas más importantes en la opción cooperativista. En otras etapas de la vida familiar –cuando el matrimonio tiene hijos o nietos–, la mujer suele seguir ayudando en la explotación,

pero menos tiempo, dedicando más esfuerzos al trabajo en el hogar. Y trabajo que, obviamente, es asimismo necesario para la continuidad de la empresa familiar. De hecho, los costes derivados del mantenimiento de la empresa familiar no se diferencian –lo vimos en el apartado destinado a los gastos– de aquellos que provienen del mantenimiento de la familia. En este sentido, las “labores” realizadas mayormente por la mujer en casa no diferirían esencialmente del “trabajo” realizado por el hombre en la explotación –asumiendo y excusando la diferente valoración que el sistema capitalista y la propia tradición patriarcal ha otorgado a ambos conceptos–. Y ello porque se trata, en efecto, de una “empresa familiar”, donde las ganancias y los gastos, la labor y el trabajo, forman parte de la misma estrategia de vida económica.

En efecto, en la producción mercantil simple y su modo de vida de autónomo asociado, la producción, comercialización, planificación o tratamiento de los productos son elementos fundamentales, pero no deben ser considerados independientes de aquellos otros aspectos más directamente conectados con la dimensión reproductiva de este modelo económico. Como señalaba Marx, *no hay producción sin reproducción*. Si se trata de elementos quizá no suficientemente expuestos en su importancia en estas páginas, no es porque los consideremos secundarios o marginales, sino porque nuestra atención debía centrarse –siempre a tenor de los objetivos de la investigación– sobre determinados factores productivos y de comercialización que, en efecto, son realizados predominantemente por hombres. Además, y como acabamos de señalar, la condición de empresa familiar torna indiscernible la teóricamente nítida distinción entre el ámbito público y privado de estas unidades económicas.

Para concluir, es preciso aquí una breve reflexión final sobre la teoría y el análisis de los modos de vida utilizada en este trabajo. Como quedó explicitado en capítulos iniciales, los postulados de aplicación de este modelo analítico y teórico exigen de una aproximación deductiva, contrastada por los datos empíricos. En este sentido, los propios objetivos de la investigación fueron ya inicialmente diseñados atendiendo a ciertos principios teóricos básicos, que después verían su correlato efectivo. En el proceso de investigación empírica, estos postulados fueron constantemente enfrentados con los datos observacionales recopilados, contemplado siempre una hipotética falsación de la teoría fundante. No fue así. No obstante, y como cabía imaginar, la concepción de los distintos *modos de vida* –y el nuestro particular, el del trabajador autónomo– como “tipos ideales”, no podía encontrar obviamente su correlato empírico perfecto. A pesar de que todos nuestros entrevistados compartían un universo

A MODO DE CONCLUSIÓN

conceptual bien diferenciado, en distintos momentos de su vida habían ocupado relaciones sociales y laborales diversas, aunque en la práctica totalidad de los casos conservando su principios vectores. Con todo, creemos haber alcanzado de modo satisfactorio los objetivos iniciales propuestos para esta investigación, corroborando la eficacia, utilidad y validez de la teoría utilizada.

Por lo demás –y atendiendo a la perspectiva “europea” que ha guiado nuestra investigación–, este trabajo no debe ser entendido sino como el comienzo de una “exigencia política” para la antropología europea. En este sentido, no es más que una muestra programática de una línea de investigación antropológica y etnográfica preocupada por conectar los modos de vida presentes en los distintos países, con las instituciones y políticas de la Unión Europea. En efecto, y como a menudo hemos tenido ocasión de comprobar, muchas de las decisiones tomadas en Bruselas parecen dificultar aún más si cabe el día a día de cientos de miles de ciudadanos europeos, abandonados en cierto modo a los caprichos de los mercados globales y a la competencia –en ocasiones desleal– con las grandes empresas del sector. En este marco analítico, además, las decisiones gubernamentales y sus consecuencias parecen atravesar múltiples instituciones y conectar diversos niveles, desde sindicatos y entidades financieras, hasta regiones y Estados, desde actores locales y consumidores globales, hasta migraciones internacionales y desarrollos biotecnológicos de nuevas variedades de uva y demás productos agrícolas.

En este sentido, los especialistas en la teoría y análisis de los modos de vida han centrado buena parte de sus esfuerzos en el sector de la pesca en Europa, coordinando grupos de investigación internacional que, desde un punto de vista antropológico, analizaran precisamente las consecuencias de las políticas pesqueras comunitarias sobre la vida de las poblaciones costeras del Viejo Continente. Aunque esta no ha sido la única línea de investigación desarrollada atendiendo a las premisas y herramientas de esta teoría social, sin duda puede ser considerada como una muestra paradigmática de un cierto “saber hacer etnográfico”, decididamente orientado a un análisis cultural eminentemente práctico, esto es, *transformador*. Las implicaciones políticas de este tipo de análisis son, en efecto, evidentes, sobre todo si atendemos a esa capacidad “mediadora” tan accesible a una ciencia social situada, casi por definición, entre aquellos a los que demasiado a menudo no se escucha –esto es, los ciudadanos–, de aquellos otros –los trabajadores públicos y los políticos– instalados en instituciones gubernativas muchas veces alejadas de la realidad social concreta. El análisis de las

diferentes culturas laborales existentes en la Europa de hoy es una exigencia ineludible de la antropología europea, al menos si se trata aún de una disciplina crítica, orientada a la creación de programas de acción política y social que imagen *futuros posibles* para nuestras sociedades.

Sea como fuere, y como sucede con cualquier otro sector económico, las perspectivas de futuro de los agricultores autónomos protagonistas de este trabajo varían sobre manera dependiendo de las actitudes subjetivas de –casi– cada uno de ellos. Las problemáticas, por lo demás, parecen infinitas, sobre todo si queremos insistir en que la actividad económica –que también es social, política y cultural– de los pequeños agricultores, se encuentra en efecto íntimamente conectada con múltiples factores que van desde lo local y regional, hasta lo estatal y supraestatal. En este sentido, en efecto, estos trabajadores pueden entenderse como en el centro de una *meseta* por donde transita una miríada de líneas de fuerza, cristalizadas en luchas de reconocimiento, eternos dilemas que ofuscan decisiones entre la innovación o la tradición, re-territorializaciones del espacio, migraciones mundiales de trabajadores, cadenas globales de deseos y mercancías, etc. A pesar de que –como recordamos al principio de estas últimas líneas– la espada de Damocles ha querido cernirse durante un siglo y medio sobre las cabezas de los pequeños agricultores europeos, su amenaza sigue amedrantada por la tozudez de este *modo de vida*. Pero nada es necesario en este mundo. Como Michel Foucault anunciara al final de *Les mots et les choses*, incluso el *Hombre* podía desvanecerse como se deshace un rostro de arena en la orilla del mar. No obstante, no parece que pueda aún otearse en el horizonte la definitiva ola mortífera que acabe de una vez por todas con los agricultores autónomos de la vieja Europa.

Summary

Since at least the mid1980s the Region of Murcia (Spain) has become an agro-industrial zone completely integrated in the global markets of agricultural products. In this context, the table grape, an emblematic product of the southeast of Spain, has become the “cultivation star” of the region, and condensing in itself many of the problems derived, on the one hand, from the profound changes experienced in the agricultural sector during the last decades and, on the other hand, from the transformations taking place at a global level.

In this sense, the new agricultural enclaves of Murcia were converging a multitude of characteristic processes of the last phases of the globalizing economy: firstly, an intense migratory flow coming, in this case, mainly from South America and Africa and which comprised of an army of low wage earners; secondly, the incorporation, extension and perfection of the so-called “organization of the science of labour” in the production of the table grape; thirdly, the application of the new biological technologies for the development of the new varieties of seedless grapes – grapes without the seed –, adjusted to the tastes of the international market, which were more resistant, easy to handle and a plain flavour. And, finally, the configuration of the large scale producers and trade companies of the table grape, emerging into the market of ever increasing competition between companies, conditioned by the time for the scrupulous attention to the standards of quality marked by the large supermarket chains.

The conjunction of these processes has caused at the regional level the conquest by the capitalism market of – at least – two “non-capitalistic spheres”, which had on the one hand been previously alien to the logic of exchange, these include: the taste of the fruits and their own qualities such as their colour, aroma, texture, etc. This provoked a progressive marginalization and exclusion of the local varieties of the table grape, appealing to an assumed lack of adaptability to the new demands of the global markets,

for one part, and to the decreasing attraction for the new “global tastes”, to the other part.

Whilst on the other hand, the conquest of the second non-capitalist sphere referred to as the self-employed farmers of familiar agricultural exploitations, are apparently excluded from the new channels of this global commercialization, and from the concentration of the agro-industrial capital. In this sense, these capitalistic companies would produce at the same time an increasing concentration of the property of the land – during the period of an agricultural expansion to a large scale – which would result in the expulsion of the small producers of the sector. Aside from this, the introduction of new varieties of the patented table grape by the big companies and cooperatives – generally unachievable for small-scale farmers – would result in the loss of their capacity to compete. For the small farmers the only options that remained were either abandoning economical activity or becoming “associate farmers” under the service of these big companies.

However, what are the survival strategies of these self-employed farmers? Are they really heading towards the failure of their model of productivity or are there certain possibilities for their future still imaginable? Is this process of the concentration of the land and the markets by the big companies of the agricultural sector a necessary development in Spain and Europe? What are the economical strategies of the life, the social and political organisation that would allow them to maintain their working culture? These are the fundamental questions of our investigation, oriented by, in the first instance, an understanding of the actual situation of the self-employed farmers of table grapes in Murcia, and then to imagine the possible solutions and future perspectives for them.

In order to realize our investigation, our fieldwork focuses on the “Comarca del Bajo Guadalentín”, in the southeast of the region of Murcia (Spain), one of the traditional zones of the cultivation of the table grape, and where all of these dynamics and contexts that we want to refer converge. In this way we centre our attention solely on the self-employed farmers, owners of their exploitation, and disregarding both part-time agriculture, and the big companies of the sector. It is, however, necessary to warn here that these companies will be crucial in our theoretical development, because their influence is enormous on the everyday-life and economic strategies of these small farmers.

SUMMARY

Our analysis will be centred on the so-called simple commodity production, developed by these self-employed farmers and considered in their exclusive life-mode. In this sense, we privilege the Life-Modes Theory and Analysis, an anthropological theory developed initially in Denmark, but extended today to the majority of the central European and northern countries. This theory postulates the existence of various modes of production and associated with them different life-modes with their own conceptual universes. In this way, these self-employed farmers – the objects of our study – would have a particular life-mode, in this case unique to the simple mode of commodity production. These self-employed farmers would cohabit with people who carry out other life-modes – for example those of the wage earner, the capitalist investor, or the career professional, all of whom are present in the capitalist mode of production. The products produced in both mode of production – the simple commodity and the capitalist mode of production – would compete in the single market. On the other hand, these diverse life-modes would name “distinct labour cultures”, conceptual universes that would determine distinct forms to conceive of concepts like freedom, personal realization, professional success, happiness, etc. What, aside from the anthropological theory, is considered by our analysis is the importance of the state, as well as the different organisms and spheres of the supra-state of the European Union in their influence upon the self-employed farmers – and of course for the rest of the agricultural sector. Finally, and also from a theoretical point of view, this theory will be confronted by some of these more successful theoretical conceptualizations about labour in the global era.

With respect to the methodology implemented in this investigation, and in the first instance, we used the archival investigation and primary sources and secondary related sources with the themes of the analysis, paying as much attention to the “canonical” authors as to these more recent examples. In the second instance, and with respect to the methodology developed in the ethnographic field work, this was based for one part in: the observation and participant observation in our area of study; and for the other part, in the realization of in-depth interviews, mainly carried out with self-employed farmers who participate in the production of the table grape; and finally, in the summary of the data in a field journal and accompanying photography. Finally, the interviews that were carried out were transcribed using the software F4© and afterwards encoded using the software MaxQda11©.

With respect to the structure of the thesis, which is composed of six chapters, the first chapter is dedicated to the detailed exposition of the object of the investigation, such as the implemented methodology. In the second chapter the theoretical development will be elaborated, where the theoretical approximation most relevant to the simple commodity production in agriculture is discussed, as are the actual conceptions and problems of small agriculture. In a third section the fundamental principles of the Life-Modes Theory and Analysis will be presented, in the context it appears in as well as its main contributions to European Anthropology. Moreover, in this part the ethnological theory is confronted with contemporary conceptualizations of the labour in the global era. In the fourth chapter we present a historical contextualization of the agriculture in Spain, paying special attention not only to its evolution in the last years but also to the process of the European convergence, and the influence of the politics of agriculture of the EU in that country. The fifth chapter serves as historical, economical, environmental and demographic contextualization, but in this case centred on explaining the characteristics and evolutions of agriculture in the region of Murcia, and in the “Comarca del Bajo Guadalentín”. In the last chapter, the sixth, we develop the analysis of the empirical material recompiled during the fieldwork, always analysed in light of the previously explained elements and theoretical works that have been used. For the conclusion, the analysis carried out is extracted in order to find possible derivations of the small agriculture of the table grape in the “Comarca del Bajo Guadalentín”, while imagining some responses that would allow their future viability.

Conclusion

The simple commodity production in agriculture has been considered theoretically by many as a distinct method of production of past ages, and expected to disappear in the development of capitalism. However, its survival up until now, including in the most advanced states, has generated an enormous body of scientific literature, concerned with explaining precisely the reasons for this survival. Among these explanations, the most repeated has been its capacity to invest in productive activities of low profitability, as seen from the perspective of capitalist companies.

In this respect, the case of the Dominga grape we analyzed can be considered to be an exemplary case. The small farmers convinced of their cultivation and commercialization understand precisely that its power is derived mostly because it is a table grape that has little appeal for the major companies of the sector. This can be explained in the long maturing period of this grape variety and the extended attention involved in its cultivation, the climatological risks of the Mediterranean fall – in which this grape finds its growth optimum –, or the fact that its cultivation is only possible in a limited geographical zone. This permitted the farmers to until nowadays maintain a strong resistance against the penetration of large global corporations into the areas of their cultivation. Related to this point, we should furthermore ask if the assumed lack of this variety of native grape for the international markets is not precisely at the mercy of these large companies with patented grapes and exclusive sales. On the contrary, we are convinced that an effective publicity campaign for the Dominga grape, its characteristics, the condition of small farmers of their producers, or the fact that it can just be very accurately cultivated in a zone, would propel its sales to a notable extent.

Apart from the particularities of this cultivation, other factors exist to explain the survival of small agriculture in developed states which are of course present in our field of study: The structure of land property; the particular growth rate of the plants; a product quality which perhaps only small farmers can achieve; or the affordable

acquisition of machinery and better technologies for the small producer. So, first of all, our farmers have shown a great fondness for their land, their most esteemed possession and basic condition for their production-mode and for their life-mode. All of these factors had the effect of the introduction of large companies in areas heavily populated by the presence of self-employed farmers, which supposes that this was a mechanism of resistance.

Secondly, the particular biological growth rates of the plant limits the possibilities of large companies applying pressure on the small farmers. Moreover, these companies seem to select the cultivation of varieties of early grapes, without pips, whose crop can begin at the end of May, which permits them to occupy a primary position in the market. The Dominga grape, and other varieties of native grapes, have a different maturation period – in the first case from October to January –, which permits different niches in the markets. Furthermore, these small producers dedicate an incomparable care to their products, which is difficult to attain with large scale capitalist companies, and evidently have the obligation of employing contract wage earners with whom, by definition, they cannot invest in their work the same enthusiasm and dedication as the self-employed farmers. Finally, the independent farmers have adapted their manufacturing to the phytosanitary requirements posed through the markets and the European Union, for their own limited aquatic resources in their area, or the improvement of new technologies and methods of cultivation.

These factors came furthermore accompanied by various individual strategies of survival, between those one has to mark in the first place for the intensification of the work. In effect, the possibility of increasing the intensity of the work when the circumstances require it is a fundamental element of the simple commodity production and of the self-employed life-mode. In this sense, the self-employed farmers interviewed admit to on occasions using their maximum physical and mental capacities in order to conserve their economic independence and the activity of their small exploitations.

A second individual strategy of resistance of the small farmers is the gradual acquisition of small portions of land, which allows them to reach an extension of enough crops to adjust to the current demands of the market. This is a strategy that we frequently witnessed in our fieldwork, a purchase that is usually realized buying new properties from neighbours and relatives, normally no bigger than one hectare of land – and therefore of very little value for the large companies. That usually had the effect of,

CONCLUSION

not only improving the productive capacities of the farmers, but also of preventing the entrance of the large capitalist companies of the sector in some areas, because they are only interested in large scale extensions of the land.

A third and last individual strategy of survival is the collaboration and/or association with the big companies of the sector, an option that we could increasingly consider in our field of study in the last few years. In effect, many of the farmers who opted for the so-called “contractual agriculture”, accepted the productive and commercialized precepts of the companies with whom they are associated with. These farmers, submitted for a great part to the dictates and production forms of the capitalist companies of the sector, represent enormous theoretical problems, by which it resulted as difficult for them to justify their identification as self-employed farmers. With all of this, their exploitations conserve a good part of the defining elements of simple commodity production, despite having lost a high margin of economic independence and freedom of decision and action making. However, these strategies can mark the future and the survival of the small farmers of the table grape of our zone of analysis, as has already occurred in other parts of the developed world.

Besides these individuals’ strategies the self-employed farmers can adopt other collective strategies that can mark their future possibilities. Among these strategies it was necessary to name, in the first place, the cooperative commercialization, a priority, and the best option for a large number of the farmers interviewed. In fact, this option was also seen to have an ethical and political inclination. However, we also met numerous distrusting farmers with the cooperatives of the zone, which had derived from bad past experiences or because of the little “democratic operation” of the major cooperative of the zone.

Apart from that, within the cooperativistic option other models like the cooperativism of communitarian exploitation of the land or the agricultural machinery are absolutely missing in our zone of analysis. However, the adoption of those production models could be a very interesting solution, especially the sharing of the agricultural machinery in some zones where the maximum extension of the exploitations is usually less than five hectares and very concentrated. In any case, none of our farmers demanded this option, despite the fact that this is without a doubt one of the possible collective strategies that makes viable their agricultural exploitations and self-employed life-mode.

It is clear however that it is important for that the self-employed farmers of “Comarca del Bajo Guadalentín” could adopt individual and collective strategies to secure their future, and that they need to keep these other problems of the difficult situation of nowadays in mind. The first of these problems is to clarify the environmental nature: the shortage of water. In effect, this is a problem with a difficult solution in the entire area and Murcia as a region as a whole, solely corrected by the contribution of water coming from other parts of the Iberian Peninsula. In this sense, the arrival of “Trasvase Tajo-Segura” produced an uncontrolled increase in the surface irrigation in Murcia, which provoked one of the major hydric deficits of the whole Mediterranean. Despite the surface of destined irrigated land keep stable from the beginning of the last decade, this form of agriculture maintained until today one of the absolutely unsustainable production levels. It is effectively a problem with a very difficult solution, which, without doubt, will continue to provoke interregional conflicts in Spain and it will require effective and resolute political action. Aside from this,, on this point of small scale farmers are not more than a part of the problem, united in this point at the destination of the whole agriculture sector in the region.

Another problem that we saw is that of the market prices of the agricultural products. In effect, the big supermarket chains and distributors are those who mark the prices of the agricultural products, apart from any type of approximate logic calculation that considers the necessities and costs of the small farmers. Apart from that, in a globalized world our autonomous farmers not only compete with the large corporate Spanish companies of the sector, as is also the case with the large global agrifood chains. In this sense they are extremely weak, despite their numerous strategies of economical adaptation and survival. Another point is that they usually complain about the lowest costs that they should deliver ahead of the producers from other places on the globe – especially in South America and North Africa – which counts amongst the worst salaries and permissiveness in the utilization of forbidden phytosanitary products in Europe give these producers the possibility to offer more competitive prices. In this sense, there is not a small number of farmers who have demanded major phytosanitary controls for the products coming from outside of Europe, in addition to arguing for fixing a minimum price for their products on behalf of the competing authorities.

The lines of actuation of the European Union are also very important to imagine future possibilities for the self-employed agriculture in the region of Murcia – and in the rest of Europe. In effect, and as we saw in our analysis, the gathered guidelines in the

CONCLUSION

last modifications of the Common Agricultural Policy (CAP) – greatly orientated by the neoliberal postulates –, don't seem to benefit the small scale farmers that are ever more discarded by the big companies of the sector. In this sense it could be seen in positive terms that the European guidelines are more concerned about promoting the good running of the big companies and cooperatives of the sector, encouraging the association of the small farmers to one or the other productive and/or commercialized strategy. What all of this seems to indicate is that the big companies and cooperatives of the zone can reduce their production costs substantially by consent in the major proportion to the aid for the inversion of the EU, meanwhile the major part of the small farmers can only access a these aid if they accept the association with these companies and cooperatives.

Another problem is the small amount of agriculture the zone will have in the next few decades is the aging demographic of the self-employed farmers. In this sense, while the arrival of the young immigrant population allowed the apparition and increase of the big empires and cooperatives of the sector, there are ever fewer young farmers resolute in maintaining their exploitations. However, these young farmers are continually extending their exploitations, conscious of the new minimal necessities to maintain their activity. Aside from this, another factor is the economic crisis that Spain suffered from 2008 had meant amongst many things, that young farmers stayed with their small exploitations, firstly by necessity and then by preference – in most of cases.

Finally, it is necessary to warn here that in our area of study, one of the more indispensable conditions for the support of self-employed farmers and the simple commodity production is the number of the sufficient population – and especially of women – to ensure the reproduction of the communities. In effect, the villages are sufficiently large enough and populated to guarantee subsidiary economical activities for women, not necessarily committed to agricultural work. In this sense, while in other places of Spain and Europe the shortage of women prevented the social reproduction of the small communities of self-employed farmers and their mode of production, in our area of study this does not seem to pose a problem.

To finish, it is essential here to warn that this work shall not be more than a starting attempt to apply the Life-Modes Theory and Analysis to the study of the evolutions of the agriculture in the Old Continent. In this sense, the ethnographic work shows how fundamental it is to understand why the self-employed European farmers continue to stubbornly maintain their life-mode, despite the Marxist as well as Liberal predictions

about their disappearance in the development of capitalism. In effect, the economic – or macroeconomic, – motives shouldn't be the only ones kept in mind to understand the resistance of the distinct individuals in maintaining their respective life-modes. On this point, the theory and the methods of the analysis that we used here have proven to certainly be efficient and useful in understanding the fundamental characteristics of this collective, their aspirations and cultural and conceptual universes.

Bibliografía

- Aguilar Criado, Encarnación, “Los nuevos escenarios rurales: de la agricultura a la multifuncionalidad”, en *Endoxa: Series Filosóficas*, nº 33, 2014, pp. 73-98.
- “Territorio, calidad e innovación: el diseño de la nueva ruralidad europea”, en *Desarrollo rural y sostenible*, nº 5, 2010, pp. 6-7.
- “Entre la tradición y la innovación: políticas de empleo femenino y desarrollo rural”, en Aguilar Criado, Encarnación; Lozano Cabedo, Carmen; Moreno, Ignacio L., y Pérez, Alberto, *Sociología del trabajo*, nº 65, 2009, pp. 111-136.
- Aguilar Criado, Encarnación y Amaya Corchuelo, Santiago, “Patrimonializando saberes locales, resignificando tradición e innovación: el caso del jamón ibérico”, *Etnicex: revista de estudios etnográficos*, nº 4, 2012, pp. 63-75.
- Alarcón García, Mariano; Esteve Selma, Miguel Ángel y Martínez Fernández, Julia, “Situación regional del agua, el medio ambiente y la energía”, en VV. AA., *El otro estado de la región*, Murcia, Diego Marín, 2003.
- Althusser, Louis, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
- Altieri, Miguel, *Agroecología. Bases científicas de la Agricultura Alternativa*, Valparaíso, CETAL, 1985.
- *Bioteología agrícola. Mitos, riesgos ambientales y alternativas*, Oakland, Food Firts/CIED/PED-CLADES, 2001.
- Alzamora Domínguez, Miguel Ángel; De Castro Pericacho, Carlos; Gadea Montesinos, M^a Elena; Moraes Mena, Natalia y Pedreño Cánovas, Andrés, “Efectos de la crisis del trabajo sobre la Murcia inmigrante en un contexto europeo de renacionalización de las fronteras”, en VV. AA., *El otro estado de la región. Informe 2010*, Murcia, Diego Marín, 2010, pp. 81-98.
- Amin, Samir y Kostas Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Barcelona, Fontanella, 1980.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1993.

- Andrés Sarasa, José Luis, “El proceso desrularizador de la Región de Murcia: sus consecuencias”, en *Nimbus*, nº 13-14, 2004, pp. 33-69.
- Anido, José Daniel; García Álvarez-Coque, José M^a y Ouabouch, Hassan, “El sector de frutas y hortalizas español y la Política Agraria Común: actualidad y perspectivas en el marco de la Organización Común de Mercados”, en *Agroalimentaria*, Vol. 16, nº 31, julio-diciembre 2010, pp. 115-139.
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.
- “Labor, trabajo y acción”, en Arendt, Hannah, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós/ICE de la UAB, 1995, pp. 89-107.
- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Alianza, 2002.
- Arnalte, Eladio, “Formas de producción y tipos de explotaciones en la agricultura española: viejas y nuevas líneas de diferenciación”, en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, op. cit., pp. 501-531.
- Badosa Pagés, Juan, “La adhesión de España a la CEE”, en *ICE. 75 Años de política económica española*, nº 826, noviembre, 2005, pp. 99-106, sito en Internet: http://www.revistasice.com/CachePDF/ICE_826_99-106_270EE6565A5D690BC190CD0BCD7FC083.pdf.
- Barciela López, Carlos, *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003.
- “Introducción”, en Garrabou, R.; Barciela López, Carlos y Jiménez Blanco, José Ignacio (eds.), *Historia agraria de la España Contemporánea. Vol. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 383-454.
- “Crecimiento y cambio en la agricultura española desde la Guerra Civil”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1991, pp. 258-279.
- Barciela López, Carlos y López Ortiz, M^a Inmaculada, “El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española”, en Barciela López, Carlos (ed.), *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 55-93.
- Beck, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós, 1998.
- *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva Modernidad*, Barcelona, Paidós, 2002.
- *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Ben Kaabia, Monia y Gil, José M., “La competitividad de las exportaciones agroalimentarias españolas tras la entrada en la CE”, en *Revista española de economía agraria*, nº 170, 1994, pp. 13-46.
- Berger, Peter L., y Lukmann, Thomas, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernstein, Henry, "Is There an Agrarian Question in the 21st Century?", en *Canadian Journal of Development Studies/Revue canadienne d'études du développement*, Nº 4, 2006, pp. 449-460.
- "From Transition to Globalization: Agrarian Questions of Capital and Labour", Paper presented at the conference on *Land, Property, Social Justice and Development*, Institute of Social Studies, The Hague, 2006, sito en Internet: <http://www.iss.nl/content/download/3612/35265/file/Bernstein.pdf>.
- "The Peasantry in Global Capitalism: Who, Where and Why?", en *Socialist Register*, Vol. 37, 2001, pp. 25-51.
- Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Bellaterra, 2005.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.
- Boserup, Anders y Mack, Andrew, *Guerra sin armas: la no violencia en la defensa nacional*, Madrid, Catarata, 2001.
- Bourdieu, Pierre, "Condición de clase y posición de clase", en AA. VV., *Estructuralismo y sociología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969, pp. 71-100.
- "Espacio social y espacio simbólico", en Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997, pp. 15-28.
- *La distinction. Critique sociale du jugement*, Paris, Minuit, 2007.
- *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- *La Noblesse d'Etat. Grandes Écoles et Esprit de Corps*, Paris, Gallimard, 1989.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *La Reproduction. Eléments pour une Théorie de l'enseignement*, Paris, Minuit, 1970.
- *Les héritiers*, Paris, Minuit, 1964.
- Bretón Solo de Zaldívar, Víctor, "¿De campesino a agricultor? La pequeña producción familiar en el marco del desarrollo capitalista", en *Noticiero de Historia Agraria*, Nº 5, 1993, pp. 127-159, p. 136.
- Bretón Sólo de Zaldívar, Víctor; Comas d'Argemir, Dolors y Contreras Hernández, Jesús, "Cambio social en la agricultura familiar española", en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, op. cit., pp. 653-671.
- Campillo, Antonio, *Variaciones de la vida humana. Una teoría de la historia*, Madrid, Akal, 2001.
- *La invención del sujeto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- *El gran experimento. Ensayos sobre la sociedad global*, Madrid, La Catarata, 2001.
- *El concepto de lo político en la sociedad global*, Barcelona, Herder, 2008.
- Carrasquilla Coral, Claudia; Lario, Manuel; Méndez Lago, Mónica; Navarro Ortiz, Domingo y Pedreño Cánovas, Andrés, "La Murcia inmigrantes", en VV. AA., *El otro estado de la región. Informe 2010*, Murcia, Diego Marín, 2010, pp. 53-66.

- Carreras, Albert y Tafunell, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Cayuela Sánchez, Salvador, *Por la grandeza de la patria. La biopolítica en la España de Franco (1939-1975)*, Madrid, FCE, 2014.
- “¿Biopolítica o tanatopolítica? Una defensa de la discontinuidad histórica”, en *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, Nº 43, 2008, pp. 33-49.
 - “Biopolítica, nazismo, franquismo. Una aproximación comparativa”, en *Éndoxa: Series Filosóficas*, Nº 28, 2011, pp. 257-286.
 - “El nacimiento de la biopolítica franquista: la invención del ‘homo patiens’”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, Nº 40, enero-junio, 2009, pp. 273-288.
 - “La biopolítica del franquismo desarrollista: hacia una nueva forma de gobernar (1959-1975)”, en *Revista de Filosofía*, Vol. 38, Nº 1, 2013, pp. 159-179.
 - “La interpelación franquista en la memoria del sureste español. Aproximación desde la antropología política”, en *Gazeta de Antropología*, Nº 28 (2), artículo 3, 2012.
- Cebrián Abellán, Aurelio, “Cambio inmigratorio en la Comunidad de Murcia y nuevo reparto territorial: de la corriente africana a la iberoamericana”, en *Papeles de geografía*, nº 37, 2003, pp. 41-53.
- Chayanov, Alexander V., “On the Theory of Non-Capitalist Economic System’s”, en Kerblay B. y Smith, R., *The Theory of Peasant Economy*, Illinois, Homewood, 1966.
- *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
- Chebil, Ali, y Briz Escribano, Julián, “Función de exportación hortícola española”, en *Sector Exterior Español*, nº 788, noviembre 2000, pp. 79-85.
- Clastres, Pierre, *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Monte Ávila, 1978.
- Clifford, James, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Cobo Romero, Francisco, “La cuestión agraria y las luchas campesinas en la II República, 1931-1936”, en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 11, 2013, artículo sito en Internet: <http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d002.pdf>
- Comas d’Argemir, Dolors, *Antropología económica*, Barcelona, Ariel, 1998.
- *Andorra, una economía de frontera*, Lleida, Pagès Editors, 2002.
 - “La globalización, ¿Unidad de sistema?: exclusión social, diversidad y diferencia cultural en la aldea global”, en Chomsky, Noam et. alt., *Los límites de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 85-112.
 - “La globalización, ¿unidad del sistema? Exclusión social, diversidad y diferencia cultural en la aldea global”, en Chomsky, Noam et. alt., *Los límites de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 85-112.

BIBLIOGRAFÍA

- *Mujeres, trabajo y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona, Icaria, 1995.
- “Gender Relations and Social Change in Europe: On Support and Care”, in Goddard, Victoria; Llobera, Josep R., y Shore, Cris, *The Anthropology of Europe. Identities and Boundaries in Conflict*, Oxford, Berg Publishers, 1994, pp. 209-225.
- Comín, Francisco, “La crisis económica durante la Segunda República Española (1931-1935)”, en *Mediterráneo económico. El sistema bancario tras la Gran Recesión*, nº 19, 2011, pp. 77-92.
- Comín, Francisco, “La economía española en el período de entreguerras (1919-1935)”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1991, pp. 105-149.
- Contreras Hernández, Jesús y Noëlle Chamoux, Mari (eds.), *La gestión comunal de recursos: economía y poder en las sociedades locales de España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 1996.
- Contreras Hernández, Jesús, “Alimentación y sociedad: sociología del consumo alimentario en España”, en González Rodríguez, Juan Jesús y Gómez Benito, Cristóbal (coords.), *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, CIS, 1997, pp. 17-44.
- “Cambios sociales y cambios en los comportamientos alimentarios en la España de la segunda mitad del siglo XX”, en *Anuario de Psicología*, Vol. 30, nº 2, 1999, pp. 17-33.
- “La modernidad alimentaria: entre la sobreabundancia y la inseguridad”, en *Revista Internacional de Sociología*, nº 40, 2005, pp. 109-132.
- Cook, Roberta L., “Tendencias internacionales en el sector de frutas y hortalizas frescas”, en *Economía Agraria*, nº 181, septiembre-diciembre 1997, pp. 183-308.
- Cortina, Jorge, *La agricultura murciana antes y después del Mercado Común, 1975-1992*, Murcia, Consejería de Agricultura, Ganadería y Pesca, 1994.
- Dean, Mitchel, *Governmentality. Power and Rule in Modern Societies*, London, Sage Pub, 1999.
- Deleuze, Guilles y Guattari, Félix, *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós, 1985.
- Delruelle, Edouard, *Métamorphoses du sujet. L'éthique philosophique de Socrate à Foucault*, Bruselas, De Boeck, 2004.
- Díaz Agea, José Luis, *Experimentar el sufrimiento en la cultura del ocio. Una perspectiva antropológica del amputado de miembro inferior*, Tesis Doctoral Inédita, Defendida en Julio de 2011.
- Domínguez Martín, Rafael, “Campesinos, mercado y adaptación. Una propuesta de síntesis e interpretación desde una perspectiva interdisciplinar”, en *Noticiero de Historia Agraria*, Vol. I, Nº 3, 1992, pp. 91-130.

- Dorner, Peter, *Reforma agraria y desarrollo económico*, Madrid, Alianza, 1974.
- Esposito, Roberto, *Bíos. Biopolítica y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
- Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979.
- Feder, E., “Campesinistas y descampesinistas”, en *Comercio Exterior*, Vol. 27 y Vol. 28, Nº 12 y Nº 13, 1977-1978.
- Fernández Navarrete, Donato, *Historia de la Unión Europea, España como Estado Miembro*, Madrid, Delta, 2010, p. 267.
- Foucault, Michel, «*Il faut défendre la société*». *Cours au Collège de France. 1976*, Paris, Gallimard/Seuil, 1997, pp. 146-147.
- *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999.
 - *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard, 2003.
 - *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France. 1977-1978*, Paris, Gallimard/Seuil, 2004.
 - *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Paris, Gallimard, 2004.
- Friedmann, Harriet, “Focusing in Agriculture: A comment on Henry’s Berstein’s ‘Is There an Agrarian Question in the 21st Century?’”, en *Canadian Journal of Development Studies/Revue Canadienne d’études du développement*, Vol. 27, Nº 4, 2006, pp. 461-465.
- “Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations”, en *The Journal of Peasant Studies*, Nº 2, Vol. 7, 1980, pp. 158-184.
 - “The Political Economy of Food: A Global Crisis”, en *New Left Review*, Nº 197, 1993, pp. 29-57.
 - “The Political Economy of Food: The Rise and Fall of the Postwar International Food Order”, en *The American Journal of Sociology*, Vol. 88, *Supplement, Marxist Inquiries: Studies of Labor, Class and States*, 1982, pp. 248-286.
- Frigolé Reixach, Joan, *Un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1997.
- Gadea, María Elena; Ramírez, J. Antonio y Sánchez, Joaquín, “Estrategias de reproducción social y circulaciones migratorias de los trabajadores en los enclaves globales”, en Pedreño, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros*, op. cit., pp. 134-149.
- Gallego Bono, Juan Ramón, “La agricultura a tiempo parcial y la externalización de servicios agrarios como vehículo del cambio estructural”, en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, Nº 225, 2010, pp. 13-45.
- García García, Antonio Agustín; Gadea Montesinos, M^a Elena y Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *Tránsitos migratorios, contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales*, Murcia, Editum, 2010.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1983.

BIBLIOGRAFÍA

- Giddens, Anthony, *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Península, 1995.
- Gliessman, Stephen R., *Agroecology. Researching the Basis for Sustainable Agriculture*, New York, Verlang, 1997.
- Goddard, Victoria, “Trabajo y sustento en una Europa en transformación – Lecciones desde una Antropología Crítica del Mediterráneo”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Anthropological perspectives. Tools for the Analysis of European Societies/Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Murcia/Muster, Editum/Waxmann, 2014, pp. 25-67.
- “From the Mediterranean to Europe: Honour, Kinship and Gender”, in Goddard, Victoria; Llobera, Josep R., y Shore, Cris, *The Anthropology of Europe. Identities and Boundaries in Conflict*, Oxford, Berg Publishers, 1994, pp. 57-92.
- Goddard, Victoria; Llobera, Josep R., and Shore, Cris, *The Anthropology of Europe. Identities and Boundaries in Conflict*, Oxford, Berg Publishers, 1994.
- Godelier, Maurice (dir.), *Transition et subortinations au capitalisme*, Paris, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, 1991.
- (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, 1976
- “Antropología y economía ¿Es posible la antropología económica?”, en Godelier, Maurice (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, 1976, pp. 279-333.
- Gómez Espín, José M^a, *Tradición e innovación en el sector hortofrutícola de la Región de Murcia*, Murcia, Consejería de Agricultura y Agua, 2007.
- Gómez Espín, José María y Gil Meseguer, Encarnación, “El fracaso de la agricultura a tiempo parcial en las pequeñas explotaciones frutícolas de la Región de Murcia”, en *Papeles de Geografía*, N° 23-24, 1996, pp. 147-163.
- Gómez López, José Daniel, “El movimiento cooperativo agrario en España y la Unión Europea: evolución y cambios verificados ante el proceso de internacionalización del capital”, en *Boletín de Geografía*, Vol. 26/27, N° 1, 2008/2009, pp. 15-23.
- Gómez Oliver, Miguel Carlos, “Acción de gobierno y organizaciones campesinas en la Europa mediterránea”, en Sánchez Picón, Andrés (coord.), *Agriculturas mediterráneas y mundo campesino: cambios históricos y retos actuales. Actas de las Jornadas de Historia Agraria: Almería, 19-23 de abril de 1993*, Almería, Universidad de Almería, 1993, pp. 137-150.
- González Portilla, Manuel y Garmendia Urdangarín, José María, “Corrupción y mercado negro: nuevas formas de acumulación capitalista”, en Sánchez Recio, Glicerio y Tascón Fernández, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 237-260.
- Gough, Kathleen, “New proposals for Anthropologists”, in *Current Anthropology*, N° 9, 1969, pp. 403-407.

- Gray, John, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Barcelona, Paidós, 2000, pp. 171-212.
- Hansen, Kirsten Monrad, “La producción mercantil simple y el modo de vida del trabajador autónomo – Una cultura de importancia para la industria pesquera costera”, en Højrup, Thomas y Schriewer, Klaus (eds.), *European Fisheries at a Tipping Point/La pesca europea ante un cambio irreversible*, Murcia, Editum, 2012, pp. 137-171.
- Hegel, Georg W. H., *Principios de la filosofía del derecho*, Barcelona, Edhasa, 1999.
- Hilgers, Matieu, “The three anthropological approaches to neoliberalism”, en *International Social Science Journal*, nº 63, pp. 351-364.
- Hobbes, Thomas, *El Leviatán*, Madrid, Editora Nacional, 1979.
- Hobsbawm, Eric J., *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.
- *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*, London, Michael Joseph, 1994.
- Højrup, Thomas y Schriewer, Klaus (eds.), *European Fisheries at a Tipping Point/La pesca europea ante un cambio irreversible*, Murcia, Editum, 2012.
- Højrup, Thomas, *State, Culture and Life-Modes. The Foundations of life-Mode Analysis*, Aldershot, Ashgate, 2003.
- “Análisis de los modos de vida – una explicación contextual”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Anthropological perspectives. Tools for the Anaysis of European Societies/Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Murcia/Muster, Editum/Waxmann, 2014, pp. 217-265.
- “Del recuerdo a la experiencia. Herencia cultural y ambiente cultural en Dinamarca I”, en *SphEra especial Pública. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Nuevas formas de tratamiento/nuevos sentidos*, 2010, pp. 119-165.
- “The Concept of Life-Mode. A Form-Specifying Mode of Analysis Applied to Contemporary Western Europe”, en *Ethnologia Scandinavica*, 1983, pp. 15-50.
- Kautsky, Karl, *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, París, Ruedo Ibérico, 1970.
- Lattuada, Mario, “El crecimiento económico y el desarrollo sustentable en los pequeños y medianos productores agropecuarios argentinos de fines del siglo XX”, ponencia presentada en las *X Jornadas de la Asociación Argentina de Extensión Rural*, Mendoza, 18-20 de junio del 2000.
- Lebossé C. J. y Ouisse, M., “Les politiques d’integration de l’agriculture artisanale au mode de production capitaliste”, *Économie Rurale*, Nº 102, número 4, 1974. Aquí citamos la traducción de Miren Etxezarreta “Las políticas de integración de la agricultura artesanal en el modo de producción capitalista”, en Etxezarreta, Miren *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 199-245.

BIBLIOGRAFÍA

- Lehmann, David, “Ni Chayanov ni Lenin: Apuntes sobre la teoría de la economía campesina”, en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, Nº 1, Vol. 3, 1980, pp. 5-23.
- “Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chayanovian Marxism”, en *Comparative Study of Society and History*, Nº 4, Vol. 28, 1986, pp. 601-627.
- Lenin, *El contenido económico del populismo*, Obras Completas, Tomo I, Editorial Akal, 1977.
- *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa 1905-1907*, ambos textos en Lenin, *Obras Completas*, Tomo XIII, Madrid, Akal, 1977, pp. 217-438.
- *El sistema capitalista en la agricultura moderna*, *Obras Completas*, Tomo XVI, Madrid, Akal, 1977, pp. 429-454.
- *La cuestión agraria y los “Críticos de Marx”*, en Lenin, *Obras Completas*, Tomo XIII, Madrid, Akal, 1977, pp. 165-216
- *Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura*, en *Obras Completas*, Tomo XXIII, Madrid, Akal, 1977.
- Lévi-Strauss, Claude, *Anthropologie structurale*, Paris, Pion, 1966.
- Lipovetsky, Gilles, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 2003.
- Lisovkij, J., “Il rapporto agricultura-industria nelle condizone dello sviluppo del capitalismo”, en *Agricultura y sviluppo del capitalismo*, Roma, Ediciones Riuniti, 1973. Aquí utilizamos la traducción española de Carmel Artal, con el título “La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista”, recogida en el compendio de Etxezarreta, Miren *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 297-323.
- López Estudillo, Antonio, “Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: el trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba)”, en *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, nº 211, 2006, pp. 63-119.
- López Ortiz, M^o Inmaculada, “Los efectos de la autarquía en la agricultura murciana”, en *Revista de Historia Económica*, nº 3, 1996, pp. 591-618.
- MacLennan, Julio Crespo, “El europeísmo español en la época de Franco y su influencia en el proceso de democratización política”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, H^a Contemporánea, Nº 10, 1997, pp. 349-367.
- Maluquer de Motes, Jordi, “De la crisis colonial a la guerra europea: veinte años de economía española”, en Nadal, Jordi; Carreras, Albert y Sudrià, Carles (comp.), *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1991, pp. 62-104
- Mann, Susan A., y Dickinson, James M., “Obstacles to the Development of a Capitalist Agriculture”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 5, Nº 4, pp. 466-481.

- Martínez Carrión, José Miguel, *Economía de la Región de Murcia*, Murcia, Consejería de Educación y Cultura de la Región de Murcia, 2002.
- Marx, Karl *La guerra civil en Francia*, Madrid, Aguilar, 1971.
- *El capital. Libro III. El proceso global de la producción capitalista*, Vol. 8, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, Buenos Aires, Ateneo, 1972.
- *La lucha de clases en Francia*, Madrid, Ayuso, 1975.
- *Formaciones económicas precapitalistas*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.
- Melgarejo Moreno, Joaquín, “El Trasvase Tajo-Segura, en el centro de la tormenta política de la transición”, en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 17, 1997, pp. 129-141.
- Méndez García, Francisco, *Geografía agraria de Totana, un municipio del Valle del Guadalentín*, Lorca, Grafisol, 1976.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard, 2003.
- Moraes, Natalia y Cutillas, Isabel, “Nuevos dispositivos de regulación transnacional: un análisis sobre los estándares de calidad y responsabilidad social y su impacto en los enclaves globales agrícolas”, en Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014, pp. 195-218.
- Moreno Fonseret, Roque, “Pobreza y supervivencia en un país en reconstrucción”, en Mir, Conxita; Agustí, Carme y Gelonch, Josep (eds.), *Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo, Espai/Temps*, nº 45, 2005, pp. 139-164.
- Moreno Pestaña, José Luis, *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*, Madrid, Montesinos, 2006.
- Mouzelis, Nicos, “Peasant Agriculture, Productivity and the Laws of Capitalis Development”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 3. Nº 4, 1976, pp. 483-492.
- Nozick, Robert, *Anarquía, Estado y utopía*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Núñez, Diego, “Los nuevos gustos del vino ¿Mundialización o americanización?”, en *Vino y gastronomía*, Nº 176, 2001, pp. 22-28.
- O’Malley, Pat, “Risk and Responsibility”, in Barry, Andrew; Osborne, Thomas and Rose, Nikolas, *Foucault and Political Reason. Liberalism, Neoliberalism and Rationalities of Power*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, pp. 283-299.
- Osborne, Thomas and Gaebler, John, *Reinventing Government. How the Entrepreneurial Spirit is Transforming the Public Sector*, New York, Penguin Books, 1993.
- Pedone, Claudia, “Globalización y migraciones internacionales. Trayectorias y estrategias migratorias de ecuatorianos en Murcia, España”, en *Scripta Nova*.

BIBLIOGRAFÍA

- Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 69 (49), 2000, sito en Internet: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-69-49.htm>.
- Pedreño Cánovas, Andrés (coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014.
- “Efectos territoriales de la globalización: el caso de la ruralidad agroindustrial murciana”, en *Revista de Estudios Regionales*, nº 59, 2001, pp. 69-96.
 - “Encadenados a fetiches. Del enfoque de las cadenas de mercancías a la sostenibilidad social de los enclaves de producción de la ‘uva global’”, en Pedreño Cánovas, Andrés (Coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa, 2014, pp. 13-37.
 - *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales. Estrategias familiares y nomadismo laboral en la ruralidad murciana*, Tesis Doctoral Inédita, sita en Internet: <http://digitum.um.es/jspui/bitstream/10201/2100/1/PedrenoCanovas.pdf>
- Pérez Picazo, M^a Teresa, “Cambio institucional y cambio agrario. La gestión del agua en los regadíos del Segura, siglos XIX y XX”, en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 17, 1997, pp. 91-108.
- “Agricultura y desarrollo regional en Murcia, 1750-1980”, en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 12, 1990, pp. 225-236.
- Pérez Touriño, Emilio, *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1983.
- Pérez Yruela, Manuel y Sevilla Guzmán, Eduardo, “Agricultura familiar y campesinado: Discusión sobre la conceptualización en las sociedades desarrolladas”, en Rodríguez Zúñiga, Manuel y Soria Gutiérrez, Rosa (coord.), *Lecturas sobre agricultura familiar*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1985, pp. 75-104, p. 82.
- Planells, José M., y Mir, Joan, “La agricultura mediterránea en el siglo XXI”, en *Mediterráneo Económico*, nº 2, 2002, pp. 123-139.
- Polanyi, Karl, *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta, 1989.
- Postel Vinay, Gilles, “La rente foncière dans le capitalisme agricole. Document et recherche d’économie et socialisme”, Paris, F. Maspero, 1974. Aquí citamos el compendio español traducido por Miren Etxezarreta como “La renta de la tierra en el capitalismo agrícola”, y recogida en Etxezarreta, Miren, *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 249-295.
- Pujadas i Muñoz, Joan J., *El método biográfico: el uso de las historia de vida en las ciencias sociales*, Madrid, CIS, 1992.
- “La etnografía como proceso de investigación. La experiencia del trabajo de campo”, en Pujadas i Muñoz, Joan J.; Comas d’Argemir, Dolores y Roca i Girona, Jordi, *Etnografía*, Barcelona, Editorial UOC, 2010, pp. 271-311.
- Roca i Girona, Jordi, “Las entrevistas”, en Pujadas i Muñoz, Joan J.; Comas d’Argemir, Dolores y Roca i Girona, Jordi, *Etnografía*, op. cit., pp. 89-109.

- Rooset, Peter, *Mitos de la revolución verde*, Oakland, Food First, 1998.
- Rose, Nikolas, *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*, London, Free Books, 1999.
- *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Russell Bernard, Harvey, *Research Methods in Anthropology. Qualitative and Quantitative Approaches*, New York, Altamira Press, 2006.
- San Martín Arce, Ricardo, *Observar, comparar, escuchar, escribir. La práctica de la investigación cualitativa*, Barcelona, Ariel, 2003.
- Sánchez Jiménez, José, “Política y agrarismo durante la Segunda República”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 8, 1987, pp. 211-233.
- Sancho Hazak, Roberto, “Las políticas socioestructurales en la modernización del mundo rural”, en Gómez Benito, Cristóbal y González Rodríguez, Juan Jesús, *Agricultura y sociedad en la España contemporánea*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación/Centro de Investigaciones Sociológicas, 1997, pp. 839-882.
- Sapir, Edward, *El lenguaje: introducción al estudio del habla*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Schippers, Thomas, “A history of paradoxes. Anthropologies of Europe”, en Vermeulen, Han F. and Álvarez Roldán, Arturo (eds.), *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*, London/New York, Routledge, 1995, pp. 234-246.
- Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Anthropological perspectives. Tools for the Anaysis of European Societies/Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Murcia/Muster, Editum/Waxmann, 2014.
- Schriewer, Klaus, “Desde el legado disciplinar hacia Europa. Prolegómeno para una Antropología de Europa”, en Schriewer, Klaus y Cayuela Sánchez, Salvador (eds.), *Anthropological perspectives. Tools for the Anaysis of European Societies/Perspectivas antropológicas. Herramientas para el análisis de las sociedades europeas*, Murcia/Muster, Editum/Waxmann, 2014, pp. 267-321.
- “La cultura de los trabajadores autónomos”, Documento de Trabajo Inédito.
- “Europa como reto. La construcción teórica en las ciencias sociales y la antropología a la luz de la integración europea”, en *Revista de Antropología Social*, Nº 12, 2003, pp. 55-78.
- “La conciencia: sobre el papel del sujeto en la teoría cultural”, en Álvarez Munárriz, Luis (ed.), *La conciencia humana: perspectiva cultural*, Barcelona, Anthropos, 2005, pp. 211-225.
- Segura, Pedro; Pedreño, Andrés y De Juana Espinosa, Susana, “Configurando la Región de Murcia para frutas y hortalizas: racionalización productiva, agricultura

BIBLIOGRAFÍA

- salarial y nueva estructura social del trabajo jornalero”, en *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 22, 2002, pp. 71-93.
- Sennet, Richard, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- Service, Elman R., *Los orígenes del Estado y la civilización*, Madrid, Alianza, 1984.
- Servolin, Claude, “L’absorption de l’agriculture dans le mode de production capitaliste”, *L’univers politique des paysans*, Paris, Armand Colin, 1972, texto traducido al español por Miren Etxezarreta como “La absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista”, y recogido en *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 149-195.
- Sevilla Guzmán, Eduardo y González de Molina Navarro, Eduardo, “Ecosociología: algunos elementos teóricos para el análisis de la coevolución social y ecología en la agricultura”, en REIS, Nº 52/90, 1990, pp. 7-45.
- Sevilla Guzmán, Eduardo, “Agroecología y agricultura ecológica: hacia una ‘re’-construcción de la soberanía alimentaria”, en *Agroecología*, Vol. 1, 2006, pp. 7-18.
- “El campesinado: Elementos para una reconstrucción teórica en el pensamiento social”, en *Agricultura y Sociedad*, Nº 27, 1983, 33-79.
 - “Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado”, en *Política y sociedad*, Nº 9, 1991, pp. 57-72.
- Shore, Cris and Wright, Susan (eds.), *Anthropology of Policy. Critical perspectives on governance and power*, London, Routledge, 1997.
- Shore, Cris, *Building Europe. The Cultural Politics of European Integration*, London, Routledge, 2000.
- “La antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la formulación de las políticas”, en *Antípoda*, nº 10, 2010, pp. 21-49.
- Sonorellas Masdeu, Montserrat, *Pagesos en un món de canvis. Família i associacions agràries*, Tarragona, Publicaciones de la Universidad Rovira i Virgili, 2006.
- “Les cooperatives agràries del franquisme. Desmantellament institucional i resorgiment del sentiment cooperatiu, 1939-1964”, en *Estudis d’Història Agrària*, nº 16, 2003-2004, pp. 65-90.
 - (Coord.), *Famílias en la inmigración: Emociones, solidaridades y obligaciones en el espacio transnacional*, Barcelona, Icaria, 2010.
- Soria Gutiérrez, Rosa; Rodríguez-Zúñiga, Manuel y Langreo Navarro, Alicia, “La agricultura contractual: el sector lácteo asturiano”, en *Revista de Estudios Agro-Sociales*, Nº 144, 1988, pp. 221-254.
- Soverna, Susana; Tsakoumagkos, Pedro y Paz, Raúl, “Revisando la definición de agricultura familiar”, en *Serie Documentos de Capacitación*, Nº 7, 2008, edición digital:
<http://www.proinder.gov.ar/productos/Biblioteca/contenidos/doccap.07.%28ebo>

[ok%29%20revisando%20la%20definici%C3%B3n%20de%20agricultura%20familiar.pdf](#)

- Spencer, Herbert, *The evolution of Society*, Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- Tamames, Ramón, *Estructura económica de España. Vol. I. Medio Ambiente, población, sector agrario, industria*, Madrid, Alianza, 1982.
- *La Comunidad Europea*, Madrid, Alianza Universidad, 1987.
- Taylor, Charles, *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996.
- Téllez Infantes, Anastasia, *La investigación Antropológica*, Alicante, Editorial Club Universitario, 2007.
- Tenbruck, Friedrich, “Gesellschaftsgeschichte oder Weltgeschichte? Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie”, en *Sonderheft*, nº 30, 1989, pp. 417-439.
- Tio Saralegui, Carlos, “La agricultura española: de la negociación de adhesión a la reforma de la P.A.C., en *Revista de Estudios Agrosociales*, nº 140, abril-junio 1987, pp. 183-201.
- Vázquez García, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009.
- *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*, Donostia-San Sebastián, Gakoa, 2005.
- Veltz, Pierre, *Mundialización, ciudades y territorios*, Barcelona, Ariel Geografía, 1999.
- Vergopoulos, Kostas, “Capitalism and the Peasant Productivity”, en *The Journal of Peasant Studies*, Vol. 5, nº 4, 1978, pp. 446-465.
- VV. AA., European Comission, *CAP reform: Fruit and Vegetable reform will raise competitiveness, promote consumption, ease market crises and improve environmental protection*, 2010, en: <http://europa.eu/rapid/pressReleasesAction.do?reference=IP/07/810&format=HTML&aged=0&lang>
- VV. AA., Informe Sectorial. El sector hortofrutícola en la Región de Murcia, mayo 2014, Murcia, Instituto de Fomento de la Región de Murcia, 2014, documento sito en Internet: http://www.institutofomentomurcia.es/c/document_library/get_file?uuid=9b22b40b-5211-4d1d-91d8-5ad814cd60c3&groupId=10131
- VV. AA., Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, <http://www.magrama.gob.es/es/politica-agricola-comun/historia-pac/>
- VV. AA., Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, <http://www.magrama.gob.es/es/agricultura/temas/regulacion-de-los-mercados/pagos-directos/antecedentes.aspx>
- Wacquant, Loïc, “Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism”, en *Social Anthropology*, nº 20 (1), pp. 66-79.
- Wallerstein, Immanuel, *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

BIBLIOGRAFÍA

- *El moderno sistema mundial*, 3 Vols., Madrid, Siglo XXI, 1979-1984-1988.
- Wolf, Eric, *Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1982.
- “Ownership and Political Ecology”, en *Anthropological Quarterly*, N° 45, 1972, pp. 201-205.
- *Peasant Wars in the Twentieth Century*, New York, Harper and Row, 1969.
- Zaratiegui, Jesús M., “El europeísmo como arma de oposición al franquismo (1956-62)”, en *Actas del VII Encuentro de Investigadores sobre el franquismo*”, celebrado en Santiago de Compostella, 11-13 de noviembre de 2009.